.UBAsociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Repositorio Digital Institucional

Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: La hegemonía en su laberinto: reflexiones sobre teoría política y marxismo desde la polisemia del concepto gramsciano

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Javier Ignacio Waiman

Alberto Rubén Bonnet, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2022

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: http://repositorio.sociales.uba.ar/

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)
La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR

Repositorio Digital Institucional

.UBAsociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

.UBA SOCIALES
Facultad de Ciencias Sociales

Doctorado en Ciencias Sociales

La hegemonía en su laberinto

Reflexiones sobre teoría política y marxismo desde la polisemia del concepto gramsciano

Tesis para optar al título de Doctor en Ciencias Sociales

Mg. Javier Ignacio Waiman

Director: Dr. Alberto Rubén Bonnet

Buenos Aires, 2022

Resumen

La siguiente tesis constituye un trabajo teórico que se propone la reconstrucción sistemática del concepto de hegemonía mostrando su despliegue a lo largo de los textos de Antonio Gramsci. Para esta tarea, se rastrea su emergencia en los escritos precarcelarios y se analiza su desarrollo en los *Cuadernos de la cárcel* atendiendo a la dimensión diacrónica de su escritura. En este recorrido se busca evidenciar la construcción de diversas formas de entender la hegemonía. Por ello, bajo la hipótesis de que no existe un único concepto de hegemonía a ser restituido en origen, buscamos, más allá de la intencionalidad autoral, abordarlo desde su polisemia. Nuestro acercamiento consistirá, por lo tanto, en dar cuenta de las formas de la hegemonía desde su articulación en tres constelaciones conceptuales: en relación a la ideología y la cultura; al Estado; y a una forma histórica de la dominación como resultado de la lucha de clases. Al abordar cada una de estas formas, buscaremos, primero, mostrar su despliegue en el texto gramsciano; luego, contra Gramsci, proponer ciertos problemas que estas suponen en su conceptualización del marxismo para, finalmente, retomar sus potencias críticas en sus reapropiaciones más allá de Gramsci. Nos proponemos así una interrogación crítica del concepto de hegemonía en un diálogo con sus principales interpretaciones, como forma de abordar un pensamiento sobre la política en la teoría marxista.

PALABRAS CLAVE: HEGEMONÍA // GRAMSCI // IDEOLOGÍA // ESTADO // MARXISMO

Abstract

The following thesis is a theoretical work that presents a systematic reconstruction of the concept of hegemony, showing its development throughout the works of Antonio Gramsci. In order to do so, this dissertation tracks the emergence of the concept in his pre-prison writings and analyzes its development in the *Prison Notebooks*, taking into account the diachronic dimension of its writing. In this way, I seek to bring forward the different forms of understanding hegemony that are constructed in Gramsci's works. Following the hypothesis that there is not a single original meaning to be restored, throughout this work I approach hegemony in its polysemy, beyond authorial intentionality. Therefore, the reconstruction I undertake consists of an account of the forms of hegemony in its articulation through three conceptual constellations: first, in relation to ideology and culture; second, to the State; and third, to the historical forms of domination resulting from class struggle. In this way, I show the development of each of these forms in Gramsci's writings; then, against Gramsci, I underline certain problems that each of these meanings pose for marxist theory; and, finally, I return to certain critical reappropiations of hegemony beyond Gramsci's work. In sum, the following thesis presents a critical interrogation of the concept of hegemony in dialogue with its main interpretations as a way of addressing the problem of a marxist political theory.

KEYWORDS: HEGEMONY // GRAMSCI // IDEOLOGY // STATE // MARXISM

Agradecimientos

El conjunto de reflexiones que dan forma a esta tesis son el producto de debates y lecturas compartidas durante años con numerosos colegas y amigos cuyos aportes se encuentran esparcidos de las más diversas formas a lo largo de estas páginas. Motivada por una pregunta que surgió al final de mi carrera de grado, esta investigación recorrió varios caminos hasta encontrar su hilo; las ideas y conclusiones de estas exploraciones, acompañadas por distintas personas, fueron fundamentales para poder abordar el objeto de este trabajo. Por esta razón, sería imposible hacer una lista que incluya a todos aquellos que contribuyeron a lo que aquí se despliega. Sus aportes no se agotan en lo intelectual sino que, fundamentalmente, incluyen el cariño y acompañamiento sin los que ninguna escritura sería posible. Resignado frente la ilusión de alcanzar la totalidad, me contento con agradecer a quienes condensan los núcleos de pensamiento y afecto que acompañan mi trabajo.

A Alberto Bonnet, director de esta tesis, cuya presencia es incalculable en estas páginas. Durante años he aprendido de él la tarea de un pensamiento crítico que se adentra en las contradicciones buscando los signos de la lucha por la emancipación. Con su generosidad ha contribuido a los pasajes más agudos de esta investigación y su influencia recorre todos sus rincones, a la vez que sus aportes exceden ampliamente el objeto concreto de esta tesis. Su amistad al final de este recorrido es probablemente uno de los logros de este trabajo.

Junto a Alberto, a los miembros del programa de investigación "Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina contemporánea" de la Universidad Nacional de Quilmes: Laura Álvarez, Iván Kitay, Rodrigo Pascual, Sebastián Salvia, Julián Kan, Santiago Juncal, Matias Eskenazi, Alejando Jaquenod, Florencia Isola, Gerardo Oviedo, Gerardo Iraci, Emiliano Fernández, Mariana Giaretto y Hernan Lamela. Espacio fundamental para mi trabajo, gran parte de los borradores de estas páginas fueron allí debatidos y enriquecidos con aportes y criticas de mis compañeros, de quienes, a su vez, aprendo hace años en nuestra formación conjunta y en la lectura de sus trabajos.

A su vez, muchos de los contenidos de este trabajo tuvieron una versión preliminar como parte de mi tesis de maestría, por lo que su reformulación y ampliación es deudora de los comentarios realizados por quienes fueran sus jurados: Gerardo Aboy Carles, Marcelo Starcenbaum y Adrián Piva, a quienes agradezco por el gran estímulo que sus opiniones significaron para continuar profundizando mis reflexiones.

También fueron de enorme importancia para realizar este trabajo ciertos espacios donde florecieron algunas de las ideas que lo articulan, por lo que no puedo más que agradecer a quienes formaron parte de estas experiencias. En primer lugar, a los participantes, docentes y estudiantes, de la tercera edición de la *Ghilarza Summer School*. Esta escuela de estudios gramscianos fue un antes y un después para el enfoque general que articula esta tesis. En segundo lugar, a Massimo Modonesi, por su generosa dirección y atenta lectura durante la realización de mi estancia de investigación en la Universidad Autónoma de México. En tercer lugar, a mis compañeros de la *Asociación Gramsci Argentina*, espacio desde el que insistimos en seguir propiciando los debates y discusiones abiertas por el pensamiento gramsciano.

A mis compañeros de Jóvenes Científicos Precarizados (JCP) y de la Asociación Gremial Docente (AGD-UBA) por su incansable lucha por mejorar las condiciones de investigación y docencia.

A los Viejos Topos por enseñarme a soñar mundos mejores

A mis amigos Lola Loustaunau, Emmanuel Romero, Cintia Zamponi, Martín Quiroga Barrera Oro, Clara Noceti, Sonia Basch, Máximo Pereyra Iraola, Ana Loustaunau y Pablo Romá. Compañeros en mi camino intelectual desde sus inicios, han sido lectores, correctores, críticos y consejeros a lo largo de todo mi trabajo. Más importante aún, en su acompañamiento han llenado mi vida de ideas, risas y afecto, volviendo tolerable la inverosímil tarea de escribir una tesis.

A Gabriel Anapolsky, Gonzalo Bea y Adriana Pérez, por su escucha y sus palabras tan necesarias para destrabar las mías

A mis padres, Enrique y Patricia, quienes sin entender, la mayor de las veces, mis caminos y decisiones, me han dado siempre su incondicional amor y apoyo.

A Facu Rocca, la persona más importante para esta tesis y, por sobre todo, para mi vida. Todas las ideas presentes o ausentes en mi trabajo fueron discutidas, desplegadas y pensadas junto a él. En su imparable impulso por conocer y darle belleza al mundo volvió mis días una aventura de descubrimiento y los llenó de felicidad. Su importancia es casi tan inconmensurable como el infinito amor con el que hace años me acompaña.

Índice

Resumen I

Agradecimientos III

Abreviaciones y referencias utilizadas 3

INTRODUCCIÓN

A. Una, dos, tres, muchas hegemonías: los sentidos del concepto gramsciano como problema para una teoría política marxista. 9

B. Para una breve historia de las interpretaciones del concepto de hegemonía 22

1. Las primeras lecturas en Italia bajo la estela de Togliatti: entre la hegemonía del proletariado y la hegemonía cultural 23

2. La hegemonía en Francia, la eficacia de las superestructuras y la especificidad de la dominación capitalista 29

3. El descubrimiento de las múltiples formas de la hegemonía 35

4. Itinerarios de la hegemonía en América Latina: de la ausencia de hegemonía a la hegemonía como respuesta posible a la crisis del marxismo 40

5. Lecturas contemporáneas, hegemonía, constitución de lo político y filosofía de la praxis 51

6. El largo y sinuoso camino del legado de la hegemonía 56

C. ¿Cómo leer la hegemonía? Algunas reflexiones para abordar el concepto gramsciano 57

1. Del texto al contexto, abordajes clásicos de la teoría política 60

2. En busca del Gramsci perdido, la fidelidad autoral en los estudios gramscianos 65

3. Experiencia histórica y polisemia de los conceptos 69

4. Leer la hegemonía desde una teoría crítica del capitalismo 72

5. Sobre la selección y el tratamiento de los textos y las ediciones donde leer la hegemonía 76

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: La emergencia de la hegemonía en los textos gramscianos precarcelarios 85

1. Los orígenes de la hegemonía gramsciana: debates e interpretaciones 86

2. El espíritu de la historia y la conmoción de la gran guerra (1910-1919) 94

3. La forma finalmente encarnada: los consejos obreros (1919-1920) 114

4. La hegemonía bajo el signo de las masas (1921-1926) 135

Capítulo 2: Itinerarios de la hegemonía en los *Cuadernos de la Cárcel* 159

1. Los primeros cuadernos. Del estudio de la constitución de la burguesía como clase dominante a las relaciones de fuerza (de febrero de 1929 a octubre de 1930) 161

2. La hegemonía en tensión: intelectuales, sociedad civil y Estado Integral en la crisis de posguerra (de octubre-noviembre de 1930 a 1932) 174

3. Los "cuadernos especiales", la hegemonía como parte de una filosofía de la praxis (de 1932 a principios de 1934) 186

4. Los últimos cuadernos: entre lo cultural y lo internacional, del devenir hegemónico de los subalternos y las formas de la hegemonía burguesa (de los primeros meses de 1934 hasta mediados de 1935) 204

5. Un laberinto sin centro ni salida: las múltiples formas de la hegemonía. 220

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3: Hegemonía, ideología y cultura 233

1. La germinación de las ideologías y su enfrentamiento: la forma ideológica-cultural de la hegemonía *en* Gramsci 233

2. El Marx(ismo) "ideológico", la cultura a medida de las fuerzas productivas y el problema de los intelectuales: pensando la hegemonía ideológica-cultural *contra* Gramsci 247

3. Ideología, cultura y hegemonía *más allá* de Gramsci 262

Capítulo 4: Hegemonía y Estado 271

1. Hacia una teoría de la hegemonía estatal *en* Gramsci 272

2. ¿Filosofía de la praxis o crítica de la economía política? La forma estatal y su hegemonía *contra* Gramsci 287

3. Estado y hegemonía *más allá* de Gramsci 296

Capítulo 5: Hegemonía, lucha de clases y formas de la dominación 311

1. La hegemonía como una forma histórica de la dominación burguesa *en* Gramsci 312

2. Las clases en conflicto y la crítica al historicismo: la hegemonía como resultado de la lucha de clases *contra* Gramsci 325

3. Pensando los elementos de la hegemonía como forma histórica de la dominación burguesa *más allá* de Gramsci 335

CONCLUSIONES

Hacia una teoría crítica de la hegemonía 347

Bibliografía 365

Anexo I: Textos precarcelarios que mencionan la palabra hegemonía 383

Anexo II: Menciones de la palabra hegemonía/hegemónico en los *Cuadernos de la Cárcel* 385

La hegemonía en su laberinto

Reflexiones sobre teoría política y marxismo desde la polisemia del concepto gramsciano

Abreviaciones y referencias utilizadas

En la siguiente tesis, para facilitar el trabajo de lectura y siguiendo una práctica generalizada en los estudios realizados en base a los textos gramscianos, utilizaremos las siguientes abreviaciones, entre paréntesis y seguidas del número de página al que se hace referencia, para referir a las distintas compilaciones de textos que utilizamos. A su vez, en los casos en los que se refiere a los *Cuadernos de la Cárcel*, la referencia incluirá la indicación del cuaderno y el parágrafo al que pertenece la cita. En todos los casos que las citas textuales fueran tomadas del italiano original se presentan en base a traducciones propias.

CT	*Crónicas de Turín*, Buenos Aires, Gorla (2014) [Selección y traducción de: *Cronache torinesi: 1913-1917*, a cura di S. Caprioglio, Torino, Einaudi (1980)]
CF	*La ciudad futura,* Buenos Aires, Gorla (2015) [Selección y traducción de: *La Città futura : 1917-1918*, a cura di Sergio Caprioglio, Torino, Einaudi (1982)]
NM	*Il nostro Marx*, Buenos Aires, Gorla (2016) [Selección y traducción de *Il nostro Marx: 1918-1919,* a cura di Sergio Caprioglio, Torino, Einaudi (1984)]
ON	*L'Ordine Nuovo (1919-1920),* Torino, Einaudi (1954)
SF	*Socialismo e fascismo. L'Ordine Nuovo (1921-1922)*, Torino, Einaudi (1966)
CPC	*Le construzione del Partito comunista (1923-1926)*, Torino, Einaudi. (1971)
Q	*Cuadernos de la cárcel*, 6 tomos, México, Era (1981-2000) [Traducción de *Quaderni del carcere.* Edizione critica dell'Istituto Gramsci*, 4 voll.*, a cura di V. Gerratana, Torino, Einaudi (1975)]
L	*Cartas desde la cárcel*, Buenos Aires, Losada (2015). [Traducción de *Lettere dal carcere*, a cura di Palmiro Togliatti e Felice Platone, Torino, Einaudi, (1947)]
A	*Antología*, selección de textos a cargo de Manuel Sacristán, Buenos Aires, Siglo XXI (2009)

El hilo se ha perdido; el laberinto se ha perdido también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un caos azaroso. Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad.

La Casa de Asterión – Jorge Luís Borges

INTRODUCCIÓN

A. Una, dos, tres, muchas hegemonías: los sentidos del concepto gramsciano como problema para una teoría política marxista.

1. Parecería ser que en el principio, tal como reza el máximo texto del canon occidental para todo lo existente, fue un verbo. Los orígenes de la palabra hegemonía, vocablo que se ha vuelto frecuente e importante en nuestra contemporaneidad política e intelectual, se encuentran en el verbo hégeomai (ἡγέομαι) del griego antiguo. Presente en un uso mítico, literario y político, en los textos de Homero, significaba guiar, liderar, marcar un camino, conducir a otros a partir de una autoridad propia. Convertido luego por los historiadores griegos en hēgemonía (ἡγεμονία), pasó a designar el liderazgo al interior de una alianza entre ciudades-estados, donde una, entre varias consideradas como iguales, asumía el rol de dirigirlas consensualmente hacia un fin común. Un paso del verbo al sustantivo desde el cual se produjeron luego los diversos sentidos que portará dicha palabra y que, como toda operación de sustantivación, conlleva el paso desde la expresión de un proceso al intento de dar cuenta de un referente fijo, un fenómeno cristalizado que en este caso pasa a nombrarse como hegemonía. Así, con la excusa de haber revisitado este origen etimológico de la palabra hegemonía, nos encontramos, no obstante, con la pregunta que atraviesa y motiva un trabajo: ¿qué procesos sociales y políticos se nombran bajo la hegemonía?

Emprenderemos este trabajo convencidos de que una respuesta a este interrogante no puede alcanzarse por pura etimología o a partir de una historia de la palabra hegemonía desde sus orígenes hasta nuestra contemporaneidad, como si el sentido se pudiera determinar por mera evolución y sumatoria de sus diversos usos. Por el contrario, consideramos que desentrañar su potencia requiere una indagación teórico-política de los textos donde dicha palabra se constituyó en un concepto, es decir, donde busco ir más allá de un mero nombre, para intentar explicar los procesos que se anudan en la hegemonía en su necesaria articulación con una serie de otros conceptos que informan y transforman su sentido. Debemos reconducir, entonces, aquello que aparece como una cosa fija al proceso que anuda, articularlo con los otros fenómenos de su totalidad que le dan sentido, y, a su vez, remitirlo a su génesis histórica, entendiendo que estos conceptos no son eternos y que la realidad política y social, con su conceptualidad propia, es parte de su historia.

En este sentido, y más allá de la larga historia de su presencia en textos políticos desde la antigüedad, la compresión del concepto de hegemonía para nuestra contemporaneidad teórica y política requiere abordar su forma específica moderna de aparición y desarrollo. Con esta idea mente, debemos reconocer que, por más que encontremos menciones textuales anteriores, el destino de la hegemonía, en sus usos teóricos y políticos contemporáneos, ha quedado unido a una serie particular de textos y a un nombre propio que se reclama como el creador del concepto: Antonio Gramsci. Buscamos, entonces, volver al concepto de hegemonía allí donde se reclama su origen moderno para desentrañar en estos textos sus sentidos y sus potencias para producir interpretaciones e intervenciones sobre lo social.

Los textos gramscianos, desde su formulación en Italia durante las primeras décadas del siglo XX, y con su publicación a partir de fines de los años cuarenta, han sido ampliamente difundidos, estudiados y discutidos a nivel mundial, volviendo a Gramsci un teórico central a la hora de

pensar la política. Dentro de las reflexiones realizadas sobre este conjunto de textos, los abordajes del concepto de hegemonía han tenido un lugar destacado en la historia de su interpretación, siendo considerado, en muchos de estos estudios, como la clave que explica la articulación del conjunto del pensamiento gramsciano. De esta forma, primero como parte del debate interno de la cultura de los partidos comunistas y luego como elemento de un campo más amplio de reflexiones en las ciencias humanas, los textos gramscianos se han convertido en una importante referencia para la discusión de la relación entre elementos políticos, ideológicos, culturales de una dominación clasista de la sociedad. En este movimiento, el concepto de hegemonía, partiendo desde su formulación gramsciana y en una diversidad de nuevas inflexiones, se ha convertido en uno de los más usados tanto en el marco de las ciencias sociales como en el análisis político y social cotidiano.

A partir de estos múltiples usos de la hegemonía, el pensamiento gramsciano se ha vuelto una potente fuente de numerosas críticas a aspectos de la sociedad que, bajo su aparente naturalidad, organizan y sostienen relaciones de poder y dominación. Sin embargo, y a pesar de este frecuente y productivo uso, al estar frente a la pregunta ¿qué es la hegemonía? nos encontramos con que no existe una definición unívoca de este concepto ampliamente difundido. Más allá de la polisemia existente en todo concepto, la hegemonía, partiendo de su formulación en los textos gramscianos, soporta un particular y diverso conjunto de acepciones y definiciones divergentes. Dicha multiplicidad ha dado lugar, por lo tanto, a una miríada de interpretaciones sobre su significado y, a su vez, a su transformación productiva en el marco de distintas teorías de lo social que multiplican aún más los usos de la hegemonía. Nos encontramos entonces con una persistente aparición de diversos sentidos del concepto de hegemonía desplegada, principalmente, en dos dimensiones.

Por un lado, no resulta difícil constatar que Gramsci no define hegemonía en ninguna parte de su obra. Como palabra recorre gran parte de sus textos; en tanto concepto, sin embargo, nunca es desarrollado ni explicado, sino más bien utilizado en diversos análisis y como parte de distintas constelaciones conceptuales, posibilitando así la construcción de distintos sentidos en los propios textos gramscianos. Por otro lado, este corpus plural de textos ha sido retomado por sus intérpretes como fuente de distintas teorías posibles de la dominación hegemónica, determinando y explicando dicho concepto de diversas formas. Los sentidos de la hegemonía, por lo tanto, se han ampliado para pensar diversas estrategias políticas, en su reconceptualización en distintas disciplinas de las ciencias sociales, así como en su traducción y reinterpretación en nuevas geografías. Con cada interpretación del texto gramsciano se han modificado las maneras de pensar la materialidad de la hegemonía, el rol en ella de las instituciones y del estado, los sujetos que la disputaban o su lugar como lógica de lo social. Es decir, que al intentar responder la pregunta sobre qué proceso social y político se anuda bajo este concepto, vemos que se han multiplicado las formas de pensar los mecanismos de la constitución de una hegemonía dominante, así como las respuestas a la pregunta por cómo construir un poder de los dominados llamado a destruirla.

2. Asistimos, a su vez, a una persistente actualidad en estos diversos usos de Gramsci, o más bien en los usos de la hegemonía en el discurso político contemporáneo. Si el concepto ha mostrado su presencia en polémicas teórico-políticas desde la temprana difusión de los textos

gramscianos; lo cierto es que estamos viendo, en los últimos años, un resurgir de las apariciones de la hegemonía. El debate sobre su significado, sobre la vigencia actual de dicho fenómeno, sobre su capacidad para designar diversos procesos sociales y, principalmente, sobre su utilidad para designar estrategias políticas que abran nuevos futuros posibles, hace que nuestro trabajo teórico se proyecte más allá del pasado, desde una historia del concepto, para abarcar su presente y también su futuro. La actualidad del uso de la hegemonía, presente en nuevos estudios dedicados a Gramsci y sus conceptos, en nuevas teorías de lo social que recurren al concepto, así como en nuevos discursos políticos que se apropian de esta palabra, nos compele, por tanto, a reconducir nuestra mira hacia polisemia de la hegemonía y su persistencia para interpelarnos en nuestra propia contemporaneidad teórica y política.

Dentro de esta actualidad del concepto, nos encontramos con que se han multiplicado las voces que, desde la sorprendente perspectiva del enemigo, declaran que la hegemonía de Gramsci ha triunfado. Eso es lo que vociferan hace algunas décadas, y particularmente con un renovado interés en los últimos años, los más oscuros personajes de la derecha global, afirmando que las ideas y la política del autor sardo han moldeado la realidad contemporánea en la que vivimos. Desplegando todo su cinismo, algunos de estos personajes buscan, como expresó Nicolás Sarkozy en su campaña presidencial de 2007, hacer suyo el análisis gramsciano, entendiendo que el poder se gana por las ideas. Pero la mayoría de ellos denuncian temerosos la corrupción social que acontece en secreto por medio de una "batalla cultural" de inspiración gramsciana con la que la izquierda estaría transformando el mundo. Argumento repetido por numerosos genocidas argentinos de la última dictadura cívico-militar al ser juzgados, la estrategia comunista se habría modificado hacia la conquista de la cultura. De tal transformación adviene su triunfo, incluso allí donde la "amenaza" había sido sangrientamente derrotada, por lo que el máximo responsable de tal exterminio, Jorge Rafael Videla, pude llegar a afirmar que: "Los enemigos de ayer están en el poder y desde él intentan establecer un régimen marxista, a la manera de Gramsci, que puede estar satisfecho de sus alumnos". Un éxito de tal magnitud que, según el canciller designado en Brasil por el neo-fascista Bolsonaro, hasta la globalización es efecto de la difusión de una ideología conducida por el marxismo.

La ironía de la historia ha vuelto de Gramsci su contrario, haciendo de un pensamiento que anhela la emancipación humana una perversa proclama que anuncia como triunfo una realidad cada vez más injusta. El "marxismo cultural" que los ideólogos de la derecha ven surgir con Gramsci hace del concepto de hegemonía el estandarte de la izquierda contemporánea, que habría comprendido que la lucha debe ser por conquistar las mentes y se ha dedicado por tanto a infiltrarse en todos los ámbitos de la sociedad para cambiar los valores que la fundan. Entendida como lucha por las ideas, la hegemonía es pensada así desde el miedo paranoico a un mundo corrompido y usada entonces para justificar las más violentas ofensivas para detener una transformación secreta de la sociedad.

Existe, por lo tanto, un uso por parte de la derecha política del concepto de hegemonía, y particularmente por lo que se ha llamado la nueva derecha, que busca designar a nuestra contemporaneidad como dominada por una cierta hegemonía cultural de la izquierda. Un diagnóstico que se articula en un programa propositivo, que llama a emprender una lucha por retomar la hegemonía de los valores conservadores y derrotar así a quienes han infiltrado siniestramente la cultura erosionando los pilares de la civilización occidental. No se trata de un uso novedoso, parte de la derecha ha prestado atención a Gramsci y su concepto de hegemonía

desde los años setenta[1]. Sin embargo, el auge contemporáneo de movimientos políticos fundados en estas ideas nos obliga a revisar interpretaciones que antes hubiéramos descartado como simplemente delirantes. La obsesión de la derecha actual con la falsedad de realidades tomadas como objetivas (sean estas "fake news" de los medios liberales o afirmaciones científicas comprobadas) y la eficacia de su "lucha cultural" al combatirlas, con un poderoso uso de las redes sociales como "aparato de hegemonía", parecen confirmar una nueva vigencia, y una nueva lucha, por el uso y el sentido de la hegemonía

No hace falta emprender un análisis profundo del texto gramsciano para demostrar la falacia de esta interpretación de sus conceptos. Como militante comunista Gramsci pensó y luchó toda su vida por el triunfo de una revolución que no se agotaba en un cambio de las ideas y que claramente no ha encontrado su realización en las condiciones de la barbarie capitalista actual. Sin embargo, este uso perverso de Gramsci surge de un sentido común difundido sobre el sentido de la hegemonía que excede sus interpretaciones de derecha. Pensar al complejo proceso de la hegemonía como una conquista ideológica y como la dirección cultural de la sociedad parece surgir como primera imagen cuando se referencia al pensador italiano. Aún para quienes buscan reivindicar su potencia crítica, la hegemonía suele designar la adopción de una serie de ideas que moldean la forma de actuar de hombres y mujeres, imponiendo con estas la perpetuación de injustas relaciones de poder y dominación.

Contra esta imagen, no obstante, parecería que Gramsci insiste en pensar, bajo el concepto hegemonía, una dinámica compleja del poder y la dominación que excede el hecho de que el poder debe ser internalizado por los sujetos sobre el que es ejercido. Atendiendo a su dimensión ideológica y cultural, sus aportes dotaban, sin embargo, a la hegemonía de numerosas determinaciones que excedían su versión corriente como batalla de ideas. Partiendo de esta riqueza teórica-conceptual, el corpus plural de notas escritas durante su encierro bajo el régimen fascista fue tomado por sus intérpretes como fuente de distintas teorías posibles de la hegemonía que la determinan y explican de diversas formas. En sus usos, por lo tanto, el potencial crítico del concepto sirvió para nombrar como hegemónicos a los más diversos fenómenos y con estos, se cargó de nuevos y numerosos sentidos.

Una multiplicidad de sentidos de la hegemonía con los que se ha cargado el concepto en sus interpretaciones, que se reproduce, a su vez, en las distintas estrategias políticas que pretenden basarse en el pensamiento gramsciano. Retomado en un primer momento en el accionar del partido político que fundado por Gramsci – el Partido Comunista Italiano (PCI) - y que devino un partido de masas en la segunda posguerra, el concepto de hegemonía se volvía el nombre de una estrategia a seguir para conquistar el poder. Así, desde los años cincuenta, el PCI, y junto a él otros que siguieron su ejemplo, lo volvían la guía de una conquista consensual de las masas por medios democráticos, como una justificación de una política de reformas para construir la hegemonía del proletariado. Quienes se oponían a esta estrategia, reivindicaron el pensamiento

[1] Quizá la figura más relevante de este movimiento sea el filósofo francés Alain Benoist, quien es considerado uno de los fundadores de la nueva derecha europea. Sus propuestas, de un claro contenido racista, xenofobo y antidemocrático, se articulan en un llamado de defensa de la civilización occidental, explícitamente proponiendo desarrollar una derecha gramsciana, abandonando un leninismo inconsciente con el que operaba la derecha tradicional, apostando a una batalla por los poderes culturales que amenazan, socavan y transforman a los Estados y las sociedades occidentales.

revolucionario de Gramsci, retomaron el concepto como instrumento de crítica de las instituciones sociales establecidas para proponer la construcción de un poder y una autonomía obrera como forma efectiva de destrucción de la hegemonía dominante. Sumado a estos debates, como si esta divergencia en el sentido de la hegemonía para pensar una política de izquierda no fuera suficiente, el traslado del pensamiento gramsciano a nuevas geografías multiplicó las formas de pensar los mecanismos de constitución de la hegemonía dominante en cada realidad nacional, y con estas las respuestas dadas por organizaciones políticas a la pregunta de cómo construir un poder de los dominados.

Este debate sobre el uso de la hegemonía como categoría estratégica persiste, lejos está de ser un capítulo cerrado en un libro histórico sobre las izquierdas. Del mismo modo que los usos de la hegemonía se han reactualizado y han vuelto a mostrar su vigencia en discursos de la derecha, la referencia a Gramsci y su concepto de hegemonía ha regresado al centro de las discusiones estratégicas de la izquierda. Algunos de los movimientos políticos más relevantes de las últimas décadas, como *Syriza* en Grecia y *Podemos* en España, han replanteado sus posiciones estratégicas a partir de una relación entre movimientos sociales y estado en términos de una lucha hegemónica de inspiración gramsciana. Por esta razón, sus dirigentes se declaran seguidores del autor sardo, y plantean desde sus ideas la necesidad de una renovación estratégica de la izquierda que combine luchas sociales con transformaciones democráticas desde el Estado para producir una nueva hegemonía.

De manera similar, en América Latina, movimientos actuales autoproclamados de centro-izquierda también han recurrido al concepto de hegemonía. Habiendo llegado al poder estatal en la primera década del nuevo milenio, diversos intelectuales que apoyan a estos gobiernos han planteado la necesidad de construir un nuevo liderazgo en estas sociedades devastadas tras la experiencia neoliberal, articulando una nueva hegemonía que, retomando las tradiciones populares de cada país, sea capaz de dirigir al conjunto de la sociedad para cambiar la matriz neoliberal, donde el estado actué como el articulador y el propulsor central de una transformación social.[2]

Estas estrategias estado-céntricas basadas en el concepto de hegemonía conviven, a su vez, con una enorme y continua presencia de la palabra hegemonía utilizada en los movimientos radicales para denunciar las formas de opresión que se reproducen bajo el manto de una aparente neutralidad. La hegemonía, entonces, articula su potencia política en discursos que buscan combatir diversos ordenamientos que, desde el estado y la sociedad civil, construyen la dominación de diversas estructuras y la subalternidad de ciertos sujetos. Analizar y denunciar sexualidades, corporalidades, ideas, valores, estructuras familiares, relaciones raciales o de género, etc., como hegemónicas conlleva, en su contrapartida, a pensar las formas de destruir dichas hegemonías y subvertir finalmente, tal como diría Gramsci, la división misma entre dominantes y dominados en cada uno de esos campos de disputa.

[2]La reinterpretación de la hegemonía realizada por Ernesto Laclau será tomada como referencia teórica para estos movimientos populistas, en particular dentro de un sector del kirchnerismo en Argentina. De forma también notoria, Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia entre 2006 y 2019, explica gran parte de la experiencia política del MAS en dicho país a partir del concepto gramsciano, e incluso lo cita ampliamente en uno de sus discursos de asunción (García Linera, 2015)

Nos enfrentamos, entonces y nuevamente, con sentidos de la hegemonía que retoman los nudos teóricos enlazados en los textos gramscianos entre estado, cultura, pueblo, subalternidad y lucha de clases. Se trata entonces de usos de la hegemonía que logran ir más allá de una lectura culturalista, en un movimiento, que, a su vez, va también más allá de Gramsci en su interpretación del concepto. Los sentidos que se despliegan en estos usos actuales por parte de la izquierda política, sin dejar de ser gramscianos, anuncian su inspiración en diversos autores que transformaron el concepto en sus teorizaciones. Refiriendo explícitamente a las conceptualizaciones de Nicos Poulantzas, Stuart Hall o Ernesto Laclau, la vuelta al concepto de hegemonía es también una reapropiación de nuevas maneras de entenderlo, obligándonos así a ampliar nuestra mirada hacia una polisemia que parte de pero no se agota en Gramsci.

Estos "usos de Gramsci" en el campo político, son acompañados y retroalimentan, a su vez, la traducción de su pensamiento dentro de ámbitos académicos que produjeron nuevas significaciones y lecturas del concepto. Al complejizar las formas de entender las dinámicas sociales, combatiendo los esquemas de un marxismo ortodoxo, el concepto de hegemonía encontró una prolífera recepción en diversas disciplinas de análisis de lo social. Estos nuevos territorios en los que se usaría a Gramsci, le dieron al autor y a sus conceptos un importante estatus teórico, llegando estos a ocupar un lugar central en campos como los estudios culturales, los estudios subalternos y de género, las relaciones internacionales o la filosofía posmarxista. Un movimiento en el que la palabra hegemonía se convirtió en una clave para nuevas interpretaciones de lo social que buscaban en Gramsci el inicio de otra forma de marxismo a ser desarrollada profundizando su pensamiento. El concepto de hegemonía mutaba así sus sentidos en diversas reformulaciones que lo volvieron la clave de la interpretación de la cultura, del estado, de formas de subjetividad, de la constitución de lo social, o de formas de entender y analizar procesos concretos de lucha de clases. En las transformaciones sobre el concepto de hegemonía que estas suponían se operan por tanto profundizaciones, desviaciones, o contradicciones con el pensamiento de Gramsci que a su vez potenciaron y diversificaron el uso de la hegemonía para dar cuenta de la complejidad social.

Por esta razón, y gracias a estas sucesivas multiplicaciones, el concepto de hegemonía se ha establecido como uno de los más usados y difundidos teórica y políticamente desde su formulación hasta la actualidad. La diversidad de sus usos conlleva e implica, tanto su potencia como su necesaria polisemia, con sentidos en disputa bajo un concepto que nos continúa interpelando. Nos enfrentamos, por lo tanto, con un campo abierto de discusión sobre el significado de un concepto que se ha vuelto central en nuestra contemporaneidad política e intelectual, por lo que lejos de constituir un debate meramente filológico o de historia intelectual, la relevancia de los sentidos del concepto de hegemonía y de los debates que genera en su polisemia se nos presentan como un problema teórico-político que nos interpela desde su continua actualidad.

3. Partiendo de este escenario, cabe preguntarnos: ¿Una tesis sobre la hegemonía, y esta tesis en particular, es una tesis sobre Gramsci o es una tesis que busca repensar las categorías gramscianas, y en particular al concepto de hegemonía, más allá del autor? Nos proponemos ensayar una lectura rigurosa los textos gramscianos sin quedar atrapados en un puro estudio textual, lo que implica, a su vez, reconocer las potencias teóricas contenidas en estos sin dejar

de someterlas a su crítica, y a la del propio Gramsci, en lo que este hereda y continua de un marxismo que, quizá, deba abandonarse para potenciar su capacidad teórica, analítica y política. Una crítica que, por lo tanto y a su vez, nos reconduce a un diálogo con las interpretaciones posteriores del concepto de hegemonía y con las diversas corrientes teóricas que los han retomado como parte de sus respectivos discursos para problematizar lo social. Ambos movimientos han repensado el concepto discutiendo con el propio Gramsci y en sus propuestas han problematizado diversas formas de entender lo político en el marxismo.

En este sentido, buscamos retomar estos usos e interpretaciones de la hegemonía más allá de Gramsci pero en y desde sus textos, en tanto estos nos hablan de la potencia del concepto, precisamente en las "desviaciones" y reformulaciones que sufre a lo largo de su introducción en diversas teorías político-sociales contemporáneas. El "enfrentamiento" entre Gramsci y dichos discursos no debe entonces ser pensando en términos de fidelidad sino más bien de profundización de aquellos aspectos críticos contenidos en la polisemia del concepto gramsciano de hegemonía. Elementos que no se encuentran necesariamente desarrollados por el autor sardo, o que incluso son por momentos negados por su inscripción contradictoria dentro una teoría que se encuentra en los bordes entre un marxismo clásico y un marxismo crítico, a caballo, entonces, entre una crítica al pensamiento decimonónico y el desarrollo del pensamiento crítico del siglo XX.

Abordamos, entonces, un trabajo en tensión entre una vuelta a los textos gramscianos como territorio privilegiado para indagar al concepto de hegemonía y la búsqueda de los límites y potencias del concepto más allá de la intención autoral, retomando entonces críticamente elementos de sus interpretaciones y usos posteriores. Una tensión que se asocia, a su vez, con las diferencias presentes entre las dos propuestas principales con las que se abordado el pensamiento gramsciano: una gramscologia dedicada al riguroso estudio textual de la obra de Gramsci, y un gramscismo que, inspirado en sus conceptos, ha desarrollado novedosas teorizaciones y análisis críticos de lo social.

Contamos, por un lado, desde la temprana recepción de los textos gramscianos, con un campo consolidado de estudios dedicados exclusivamente a trabajar sobre la obra de Gramsci y que particularmente se ha desarrollado ampliamente en las últimas décadas. Una gramscologia que se ha internado en los diversos textos del autor intentando precisar los sentidos de su propuesta teórica y su relación con su contexto histórico, político y teórico. Desplegados principalmente en Italia, y sostenidos en una metodología filológica, estos trabajos nos han brindado un conocimiento detallado del desarrollo de los conceptos a lo largo de los textos gramscianos. Pero así como ha buscado aclarar ciertos sentidos presentes en estos, y ha logrado discutir y despejar ciertas interpretaciones de sus conceptos, esta gramscologia ha descuidado la enorme potencia teórica contenida en estos textos que puede ser retomada, crítica a Gramsci mediante, más allá del este. Centrándose en la búsqueda del "verdadero" sentido de los textos a partir de una reconstrucción filológica de la intención de su autor, los trabajos de gramscologia han carecido, la más de las veces, de un momento de crítica teórica a Gramsci, y con esta, de la posibilidad de potenciar sus conceptos.

Asimismo, y con particular relevancia cuando se trata de aquellos estudios dedicados al concepto de hegemonía, esta búsqueda de un sentido definitivo de los conceptos no ha conducido a un acuerdo, produciendo diversas explicaciones sobre estos, todas ellas basadas en

rigurosos estudios textuales. De esta manera, aun cuando lo ha intentado, la rigurosidad filológica no lo ha reducido en una unidad. Por el contrario, los más interesantes de estos ensayos han destacado la polisemia teórico-conceptual que persiste en los conceptos gramscianos, y han propuesto una necesaria incompletitud del pensamiento de Gramsci que obliga a pensarlo dialógicamente, buscando que quiso decir el autor pero también que se puede pensar con él.

Por otro lado, encontramos una serie de trabajos sobre los textos y los conceptos gramscianos desplegados en su uso para el análisis de las sociedades contemporáneas. Gramsci y sus conceptos, entonces, utilizados y profundizados como un "marco teórico" aplicado en diversas disciplinas (sociología, ciencia política, relaciones internacionales, antropología, estudios culturales, etc.), han dado lugar a un gramscismo que produce análisis con los conceptos presentes en sus textos y, que al hacerlo, también realiza una interpretación de los conceptos mismos. Un gramscismo que, a su vez, ha llevado al desarrollo de teorías que se independizan de Gramsci y que solo encuentran en él y sus conceptos, donde el de hegemonía ocupa un lugar destacado, una inspiración para producir teorizaciones que dialogan con Gramsci pero yendo más allá de él. La potencia teórica de este gramscismo no debe entonces descartarse por su contraposición con un Gramsci puro a reconstruir filosóficamente. Por el contrario, una vuelta a los textos gramscianos no puede sino estar ahora informada por la existencia de los diversos sentidos que allí han sido encontrados, y deberá retomarlos para encontrar las líneas teóricas que estos estudios han profundizado. Abordar el pensamiento gramsciano, y al concepto de hegemonía, hoy en día, requiere, por lo tanto, repensarlo en diálogo con su usos y con estas nuevas teorías como campos de inscripción de las potencias contenidas en el texto.

Nos encontramos, por lo tanto, con un amplio y diverso campo de trabajos sobre Gramsci y sus conceptos que se vuelven también objeto de nuestra discusión al pensar la hegemonía. Se trata de una diversidad textual creciente que debemos retomar y que se produce por: 1) una gran cantidad de rigurosos trabajos académicos sobre Gramsci ya existentes; 2) una multiplicidad de usos del concepto de hegemonía para el análisis de lo social; 3) una diversidad geográfica de estudios gramscianos, con tres centros principales de irradiación (Italia, el mundo anglosajón y América Latina) cada uno con sus propios énfasis y métodos; y 4) un momento histórico de mayor libertad para el campo, donde luego de la caída del muro de Berlín y de la crisis del Partido Comunista Italiano, se ha quebrado un cuasi-monopolio interpretativo de los textos. Buscamos, por lo tanto, volver al concepto de hegemonía en los textos gramscianos recuperando los aportes de los estudios actuales en su diversidad, intentando, en tensión entre un estudio textual, una crítica conceptual y una exploración de lo presente no desarrollado en el texto, superar una dicotomía entre gramscologia y gramscismo.

4. Partimos, por lo tanto, de la actualidad teórica-política del concepto de hegemonía, sostenida en una multiplicidad de formas de entenderlo, aplicarlo y transformarlo. No obstante, constatamos que esta diversidad de sentidos encuentra una y otra vez la referencia a Gramsci, y en particular a sus *Cuadernos de la Cárcel*, la fuente principal para pensar la hegemonía. Sin importar el uso que se le dé, o las operaciones teóricas de transformación que el concepto atraviese, es en la figura de Gramsci donde los diversos autores construyen el punto de partida para entender la hegemonía. Volver a Gramsci, entonces, parecería imponerse como la tarea

necesaria para interrogar el concepto; recorrer sus textos como una manera de dar sentido a aquello que aún se nos aparece, a casi un siglo de ser plasmado en sus escritos, como un concepto enigmático.

Abordando dicha vuelta a Gramsci, una primera intención que motivó este trabajo en sus comienzos buscaba "clarificar" el concepto de hegemonía en su origen. Creíamos que una lectura rigurosa, que se valiera de los recientes estudios del pensamiento gramsciano, nos llevaría a encontrar un "verdadero" sentido contra los usos y abusos de la categoría. Esta ilusión se desvaneció rápidamente al comenzar la investigación. La hegemonía en Gramsci discurre a través de una obra fragmentaria y asistemática y como parte de este proyecto abierto, sus textos eran un laboratorio de diversos ensayos en los que este concepto central se desplegaba de diversas formas. El desarrollo de la escritura lo iba hilvanando con otros conceptos y análisis que curvaban sus sentidos y lo transformaban. No existía entonces un único concepto de hegemonía en Gramsci a restituir en origen. Pensarlo, y con él a sus re apropiaciones, implicaba lidiar con esta diversidad de sentidos que aparecían a lo largo de sus textos. Por esta razón, debimos transformar el sentido de nuestra investigación, apuntando a reconstruir sistemáticamente el concepto de hegemonía a partir del reconocimiento de la multiplicidad de sus usos ya en el propio Gramsci. Una multiplicidad que, lejos de resolver en una unidad, buscamos mantener para interrogar y cuestionar.

El retorno a Gramsci como forma de abordar y repensar el concepto de hegemonía tomaba entonces otro carácter: no se trataba ya de ir a los textos a buscar una respuesta el sentido del concepto, sino de abrir sus diversos sentidos en su polisemia, volviendo a la hegemonía el *locus* de un problema teórico. Es decir, nos interesa pensar cómo bajo este concepto se anuda, de múltiples formas, una particular relación entre dominación de clase, cultura, ideología, estado, lucha de clases y transformación histórica. Repensar esta relación, entonces, tomando a los textos gramscianos como un campo de diversos intentos de anudarla bajo el concepto de hegemonía. De qué manera, por tanto, pensar la totalidad de la sociedad capitalista y dentro de ella a sus formas de la política, aparece para nosotros como el punto de partida de la propia indagación de Gramsci y como una serie de posibles puntos de llegada en sus textos, de respuestas diversas e inacabadas a esta problemática allí presente y retomada luego en toda su diversidad por numerosos intérpretes posteriores.

Los textos gramscianos serán entonces el objeto de nuestro trabajo, no en tanto sitio de una verdad, ni tampoco como fuente originaria de sentidos posteriores de la hegemonía, sino como campo privilegiado de despliegue de un problema teórico-político que toma el nombre de hegemonía. Escritos en el periodo que va desde el estallido de la primera guerra mundial, la irrupción de la revolución rusa y la extensión del fervor revolucionario por toda Europa hasta el cierre violento de dicha experiencia por la emergencia del fascismo, los textos gramscianos dan cuenta de un momento de crisis de la política liberal clásica desbordada por la irrupción de las masas trabajadoras. Crisis que en estos textos aparece como abierta, y cuyo resultado parece jugarse entre la realización de una nueva forma de política burguesa o su superación por parte de la política proletaria. La hegemonía emerge entonces en el nudo de esta problemática histórica de crisis de una modernidad política que persiste y bloquea las posibilidades de su superación, como una forma de explicar el fin de una era y las posibilidades y tendencias de constitución de una nueva.

Sin embargo, lo interesante de este movimiento es que en la búsqueda de explicar la crisis de la dominación burguesa de su tiempo y la ausencia de un surgimiento claro de una alternativa clara la reemplace, aparece la necesidad de repensar y teorizar las formas mismas en que se constituyen las formas de dominación así como las estrategias superarlas. En los textos que analizaremos se despliegan por lo tanto teorizaciones sobre el lugar del conflicto, de la cultura y el estado que complejizan una explicación marxista clásica sobre la dominación social y el proceso de su transformación. Aunque aún en tensión con las teorías de su tiempo, y en particular con el propio marxismo de Gramsci, los análisis anudados en el concepto de hegemonía expresan una crisis de los conceptos con los cuales entender la dinámica socio-histórica. Nos enfrentaremos y recorreremos, por tanto, textos producidos en una particular constelación histórica donde se expresan los límites de una forma de conceptualidad política, y con ella, de una forma del marxismo y donde, a su vez, emerge, incipientemente, una teoría nueva que busca superarla.

Tal como para el propio Gramsci su realidad política y social manifestaba aquello viejo que no terminaba de morir y lo nuevo que no terminaba de nacer, los conceptos y las teorías que en sus textos intentan dar cuenta de esta realidad parecen estar atravesados por la misma tensión. La crisis histórica y conceptual con la que los textos gramscianos lidian no se resuelve, entonces, en una ruptura teórica absoluta con elementos centrales del marxismo de su tiempo y sin embargo, en su profundización y discusión crítica contra las formas más ortodoxas de dicho pensamiento, presenta potencias y líneas de fuga que permiten ir más allá del mismo. Contenidas en los diversos sentidos con los que el concepto de hegemonía aparece en sus textos, encontramos las potencias de un discurso que evidencia la crisis de una modernidad política que muestra sus propios límites. Tensionadas por las persistencias de teorías anteriores, dichas potencias contenidas en el concepto de hegemonía, no radican, por tanto, en la propia consciencia de Gramsci sobre sus conceptos, sino en los sentidos polisémicos con los que son usados para explicar esta realidad contradictoria.

Nuestro acercamiento consistirá, por lo tanto, en dar cuenta de las formas del concepto de hegemonía en los textos gramscianos para interrogarlas teóricamente explorando sus límites y potencialidades. Pero también, pensar las diversas formas en que se anudan estos problemas bajo una idea de hegemonía, nos permite abordar críticamente las modalidades que cada uno de estos sentidos supone para el marxismo y sus maneras de desplegar una teoría de la política. En este sentido, trabajar sobre el conjunto de los textos gramscianos como forma de pensar el concepto de hegemonía, se vuelve un trabajo de dar cuenta de aquella problemática teórico-social que se expresa, bajo diversas formas, en el concepto. Del particular proceso político y social que pasa a conceptualizarse como hegemonía. Es decir, nuestro trabajo parte del pensamiento históricamente situado de los textos gramscianos, para pensar cuales son los fenómenos sociales que allí requieren ser nombrados bajo una nueva conceptualidad política marxista que se anuda en la hegemonía.

Volver a Gramsci, y a la hegemonía, entonces, como una de las formas en las que se buscó repensar al interior del discurso marxista la relación entre economía y política, entre lo "objetivo" y lo "subjetivo", entre "estructura" y "superestructura", en contra de su entendimiento como reflejo o relación simple, para escapar e ir más allá de las versiones deterministas del marxismo. Pero volver con la certeza de que allí no se encuentra una respuesta cerrada y completa del problema, sino que, por el contrario, en las diversas formas que el

concepto de hegemonía soporta en los textos gramscianos, asistimos la emergencia del problema mismo, a una serie de respuestas contradictorias y muchas veces no satisfactorias.

5. Llegamos entonces a una serie de interrogantes que asecharán esta tesis a medida que vaya avanzando en su sistematización del concepto gramsciano de hegemonía: ¿Que implica una idea de hegemonía para pensar lo político desde el marxismo? ¿Qué forma de marxismo puede articularse desde un entendimiento crítico de la hegemonía? ¿Cuáles son los elementos de la hegemonía que nos hablan de lo político en la sociedad capitalista y por tanto nos sirven para su crítica? En este punto, la indagación sobre la hegemonía se convierte en una suerte de excusa, o más bien en un territorio privilegiado para empezar a explorar un problema que excede tanto a Gramsci como a este concepto. Buscamos pensar el sentido y el estatus de lo político dentro de la teoría marxista partiendo de uno de los conceptos clave con el cual se buscó abrodar este nudo problemático.

En las diversas formas que el concepto de hegemonía ha sido pensado, en Gramsci y en la mayoría de sus intérpretes posteriores, este ha intentando siempre dar cuenta del problema de la dominación y el poder, emprendiendo su crítica desde una perspectiva que apunta a la emancipación y que se reconoce como marxista. Por esta razón, aun cuando sus sentidos sean múltiples, y aun cuando estos no contengan una explicación cerrada y total del problema de lo político para una teoría marxista, existe en sus usos varias de maneras de pensar dicho nudo y, por tanto, diversas líneas a explorar para abordarlo. La pregunta que subyace a esta tesis es por tanto, de qué manera el concepto de hegemonía nos permite abrir un campo de discusión sobre el problema de la dominación y el poder desde una crítica marxista. Una pregunta que, a su vez, implica pensar cuál forma del marxismo es la que puede articularse con un concepto crítico de hegemonía, y, por tanto, que elementos de sus formas tradicionales deben abandonarse para avanzar en una conceptualización de lo político.

Abordar entonces el marxismo en el que se inscribe de forma contradictoria el concepto de hegemonía, las diferencias, continuidades y rupturas de este con el marxismo de su tiempo y también con el propio Marx, pensando así las innovaciones teóricas, pero también las falencias, que aparecen desde el prisma del concepto de hegemonía. La tarea de pensar la hegemonía, conlleva entonces, la tarea de interrogar críticamente la propuesta teórico-filosófica de Gramsci, reconociendo que se encuentra en un momento de particular transición entre un marxismo clásico y una forma crítica del discurso marxista, que encontramos en potencia en Gramsci pero que debemos profundizar más allá de su propuesta. Con este interrogante en mente, tendremos que abordar, aunque sea de forma provisional, las relaciones entre el discurso gramsciano, con su propuesta explícita de conceptualización del marxismo, y otros discursos marxistas en las tensiones que suponen para pensar lo político y una idea de hegemonía.

Este movimiento implica revisar y dialogar en nuestra interpretación de la hegemonía, con aquellas teorías que hacen del concepto su centro para repensar el problema de la política en clave marxista. Como veremos en el próximo apartado, Gramsci y la hegemonía han dado lugar a un particular marxismo culturalista, ha sido retomado como elemento central para pensar lo político dentro del marxismo estructuralista, y se convirtió en el punto de anclaje de una teoría posestructuralista de lo político, que se proponía a su vez como un discurso posmarxista que continuaba pero iba más allá del marxismo. Estas interpretaciones generales de la dinámica de

lo social en términos de hegemonía resonaran permanentemente en nuestro análisis, sea para criticarlas o para retomar sus impulsos críticos, pero bajo la convicción de que existe una necesidad de pasar por ellas a la hora de leer la hegemonía. Estas forman hoy parte del acervo histórico que constituye y con el que nos acercamos al concepto. Pero más allá de su importancia histórica, el diálogo con estas teorías se nos impone ya que desnudan distintas profundizaciones contenidas en el concepto gramsciano y desde estas, y sus sentidos para pensar lo político, proponen particulares formas del marxismo o de su superación.

Por último, la pregunta por lo político en la teoría marxista interrogada desde el concepto de hegemonía, implica pensar la potencia crítica contenida en dicho concepto, y como está convive en tensión tanto con la forma de entender el marxismo por parte de Gramsci. Se trata, entonces, de ensayar un posible cruce no desplegado, pero contenido para nosotros en potencia en la hegemonía gramsciana, entre dicho concepto y un marxismo entendido como teoría crítica de las relaciones sociales capitalistas. Nos proponemos entonces pensar y derivar el concepto de hegemonía como forma posible del despliegue de la lucha de clases dentro de las particulares relaciones sociales capitalistas, como marco antagónico objetivo de dicho conflicto. De esta manera, pensaremos a la hegemonía como una articulación temporal que surge del conflicto, que explica dinámicas históricas particulares de la disputa política, recuperando un concepto histórico crítico contra aquellas lecturas que lo entienden como un elemento siempre presente en toda articulación de lo social.

6. Pensar la hegemonía como concepto persistente en su diversidad a la hora de abordar el problema de la dominación y el poder en las sociedades contemporáneas. Pensarlo volviendo a los textos gramscianos como lugar donde se despliegan sus múltiples sentidos, y donde se ensayan formas de su articulación como parte clave de una teoría marxista de la política. Volver a Gramsci, entonces, pero volver críticamente, analizando las potencias y los límites de su propuesta teórica, abriendo en sus inflexiones de sentido las líneas posibles de despliegue que surgen desde sus conceptualizaciones de la hegemonía.

Releer los textos gramscianos, y particularmente los *Cuadernos de la Cárcel*, porque se han constituido en el territorio privilegiado de disputa de las posteriores interpretaciones y reelaboraciones del concepto de hegemonía. Volver a ellos para, entonces, a la vez que leemos a Gramsci, ir más allá de él, retomando las huellas teóricas que allí fueron encontradas para profundizar e imaginar, desde la polisemia del concepto de hegemonía, nuevas formas de abordar lo social y lo político. Volver a los textos gramscianos porque en los diversos usos del concepto de hegemonía allí presentes este se ha vuelto, tanto en Gramsci como en quienes lo han retomado, una llave para repensar lo político en el marxismo. Atravesar críticamente estos textos, por lo tanto, entendiéndolos como un lugar en el que se desarrolla un problema teórico-político que busca responderse desde el concepto de hegemonía, pero cuyas respuestas no son siempre. Pensar la hegemonía, en suma, en, contra y más allá de Gramsci.

Realizaremos este ejercicio de lectura recorriendo, en primer lugar, los textos a lo largo de su escritura en el tiempo, explorando sus desarrollos del concepto de hegemonía y, en segundo lugar, conceptualizando sus territorios de inscripción en los usos de la hegemonía para pensar la cultura, el estado y la lucha de clases; y, desde estos nudos teóricos, el problema de lo político para una forma crítica del marxismo.

En este sentido, en la primera parte de esta tesis, constituida por dos capítulos, nos centraremos en desplegar el concepto de hegemonía a lo largo del desarrollo de los textos gramscianos. Buscamos mostrar cómo emerge para dar cuenta de una nueva problemática teórica-política propia de una determinada época y mostrar también cómo se va desarrollando y modificando en, entre y al interior de los escritos gramscianos. En nuestra lectura apuntamos a establecer la multiplicidad de formas bajo la cual la palabra hegemonía se encuentra presente en Gramsci para construir una suerte de mapa de las menciones y usos allí realizados. El enfoque principal que orienta esta primera parte es por tanto un análisis diacrónico de carácter cronológico, mostrando las apariciones de la hegemonía a medida que avanza la escritura gramsciana e interrogando las transformaciones de sus sentidos en este recorrido.

El primero de estos dos capítulos estará dedicado a trabajar sobre los textos de la etapa precarcelaria (1910-1926), para mostrar allí la emergencia de la problemática teórico-política que se desplegará luego bajo el concepto de hegemonía. Por su parte, el segundo capítulo aborda el concepto en los *Cuadernos de la Cárcel* (1929-1935), dando cuenta de sus distintivos despliegues a lo largo de su desarrollo diacrónico, mostrando las transformaciones del concepto sin suponer su evolución lineal. Mostramos, en cambio, la persistencia de diversos sentidos bajo dicha palabra, y su posibilidad de articularse teóricamente desde diversas constelaciones conceptuales, en distitnas formas de la hegemonía.

Luego abordamos, en la segunda parte de la tesis, compuesta por tres capítulos, el análisis crítico de los núcleos teóricos en los que se articula el concepto de hegemonía en el texto gramsciano y sus consecuencias para pensar problemas de teoría política en el marxismo. Utilizaremos, entonces, en esta segunda parte, un corte sincrónico y temático, a diferencia del cronológico de los primeros capítulos, que permita adentrarnos en estos "territorios" de la teoría de la hegemonía, y explorar así su desarrollo teórico a partir de un análisis sincrónico de las principales constelaciones de conceptos sobre los que se sostienen.

En el capítulo tercero, apuntamos a construir críticamente aquella forma de la hegemonía que la construye desde una determinación ideológica y cultural, en el cuarto aquella que la articula desde la dominación estatal y en el quinto, una constelación de la hegemonía considerada a partir de los resultados históricos de la lucha de clases. En estos capítulos, analizamos, en primer lugar cómo se articulan los elementos teóricos con los que Gramsci piensa la cultura, el estado y el despliegue de la lucha de clases y la construcción histórica de la dominación burguesa, para desplegar dentro de cada uno de estos núcleos problemáticos un sentido posible de la hegemonía. En segundo lugar, abordamos una perspectiva crítica de estas construcciones desde las consideraciones teóricas que suponen para pensar el marxismo. Por último, entendiendo la polisemia del concepto desplegada en estos núcleos, los pensaremos como puntos de partida de las reformulaciones del concepto en la teoría contemporánea más allá de los textos gramscianos. De esta forma, los capítulos que configuran el despliegue de las constelaciones de la hegemonía en la segunda parte de esta tesis se estructuran en una indagación del concepto en, contra y más allá de los textos gramscianos. En su conjunto, buscaremos pensar la hegemonía, entendida como una llave que abre la crítica gramsciana a la ortodoxia marxista, en sus potencias para pensar lo político dentro del marxismo, ensayando una reflexión de cómo retomar este concepto críticamente.

Sin embargo, antes de abordar el análisis y discusión de los textos gramscianos que acabamos de describir, debemos llevar adelante dos tareas fundamentales que servirán como apoyo para dicho trabajo. En primer lugar, recorrer una breve historia de las interpretaciones que se han realizado sobre el concepto de hegemonía y que, como hemos mencionado, informan el análisis y la reflexión a lo largo de nuestro trabajo sobre el texto gramsciano. En segundo lugar, buscamos exponer la perspectiva epistemológica que inspira nuestra lectura, discutiendo brevemente diversas tradiciones de abordaje presentes en la teoría política. Plantearemos aquí las razones que, como hemos descrito en esta introducción y a diferencia de una interpretación dominante en los estudios gramscianos, nos llevan a privilegiar un enfoque que piensa al concepto de hegemonía en su productividad polisémica. En los apartados que siguen en esta introducción nos dedicaremos, entonces, a desplegar estas tareas para luego adentrarnos en los textos gramscianos analizando las diversas formas del concepto de hegemonía allí presente, sus límites y potencias, y sus consecuencias para una teoría marxista de la política.

B. Para una breve historia de las interpretaciones del concepto de hegemonía

La plétora de apariciones que el concepto de hegemonía reviste a lo largo de los textos gramscianos ha sido objeto de las más variadas explicaciones sobre su significado. Los exegetas e intérpretes de este corpus han hecho de la palabra hegemonía uno de sus campos predilectos de batalla teórica, volviéndose la forma de interpretarla una clave central para descifrar el pensamiento de Gramsci, pero también, de situarlo dentro de una forma de entender al marxismo. En este sentido, al abordar el estudio de este polémico y polisémico concepto nos encontramos con que "ha habido y todavía hay una verdadera lucha hegemónica en torno a la manera de entender hegemonía" (Barata, 2003: p. 26). Esta lucha teórica y política ha acompañado la recepción de los textos gramscianos casi desde sus orígenes, constituyéndose en un campo de batalla donde continúan discutiéndose los sentidos que se anudan bajo el concepto elaborado por Gramsci. Asistimos así a más de medio siglo de interpretaciones que se erigen como distintos intentos de dar sentido a la diversidad con la que se presenta el concepto de hegemonía, de intentos de darle a esta palabra un significado unívoco, de construir una síntesis que pueda ir más allá de sus formas de aparición en los *Cuadernos de la Cárcel*.

Podemos así cartografiar un mapa de múltiples itinerarios de la hegemonía a partir de las diversas geografías y contextos históricos en los que se lee y discute el concepto gramsciano. Un recorrido que atraviesa distintos momentos y territorios de recepción mediados por las discusiones teóricas sobre el marxismo en cada época y lugar, por la incorporación de las categorías gramscianas en nuevas disciplinas académicas de análisis de lo social y, fundamentalmente, por las posiciones políticas que se despliegan inspiradas en el pensamiento gramsciano. Se producen así interpretaciones del concepto de hegemonía que complejizan los sentidos presentes en los textos gramscianos, multiplican las formas del concepto y con estas de las maneras de entender lo político dentro de una teoría marxista.

En este apartado nos proponemos realizar un breve recorrido a través de este debate, indicando las principales perspectivas que han tratado de darle sentido a la hegemonía adentrándose por el confuso laberinto de las notas y apuntes dejados por Gramsci. Lo que buscamos retratar es,

entonces, una historia de la lucha teórica y política sobre el terreno de una palabra que, a partir de sus diversos sentidos multiplicados por sus intérpretes, llegó a convertirse en central para la cultura de la izquierda marxista[3].

1. Las primeras lecturas en Italia bajo la estela de Togliatti: entre la hegemonía del proletariado y la hegemonía cultural

Lejos de la imagen de Antonio Gramsci como uno de los principales teóricos del marxismo, y de su difusión a nivel internacional tanto en los círculos de discusión comunistas como en la academia y sus distintas disciplinas, su obra no ha sido siempre considerada con tal estatus. Por el contrario, durante la vida del propio autor así como en los primeros años luego de su muerte, Gramsci era visto como un dirigente político fundador del Partido Comunista Italiano (PCI) del que se conocían únicamente sus intervenciones en los periódicos y órganos partidarios. Será con el transcurso de los años, y especialmente con la publicación de los *Cuadernos de la Cárcel*, a más de 10 años de su muerte, que sus textos, y con ella el concepto de hegemonía, empezarán a ser discutidos como una de las principales fuentes del marxismo.

Las primeras interpretaciones del pensamiento de Gramsci, producidas a partir de la segunda posguerra, están marcadas, naturalmente, por las condiciones teóricas y políticas de su temprana recepción, y se encuentran en gran parte monopolizadas por el PCI que se proclama como heredero y difusor del pensamiento de Gramsci. La recuperación de sus textos opera, por tanto, como una forma de comenzar a elaborar una línea política y teórica para el partido, como una forma con la que este busca influir ante la sociedad italiana en su nuevo rol de partido de masas. En este movimiento, las lecturas sobre Gramsci serán "hegemonizadas" por Palmiro Togliatti quien, como compañero de Gramsci y principal dirigente del partido fundado por ambos, ocupó el lugar de intérprete, guardián y editor de su obra[4]. Si bien sus lecturas no serán unívocas, y tienen su propia historia y desarrollo, expresan su unidad al presentar a Gramsci como teórico de la realidad nacional italiana, como el estratega de la forma de lucha que el proletariado debía allí adoptar. La reflexión gramsciana será entonces delimitada a la historia de Italia, con un especial énfasis en la cuestión meridional del campesinado y una preocupación

[3] Esta historia de la interpretación del concepto de hegemonía no puede ser separada, no obstante, de la historia de la recepción y los debates en torno al conjunto de la teoría gramsciana. Gran parte de esta ha sido magníficamente retratada en el libro de Guido Liguori (2012) *Gramsci contesto. Interpretazioni, dibattiti e polemiche, 1922-2012,* que lamentablemente aún no ha sido traducido al español.

[4] Palmiro Togliatti conoce a Antonio Gramsci mientras ambos eran estudiantes en Turín y funda en 1919, junto a este, Angelo Tasca y Umberto Terracini, el periódico *L'Ordine Nuovo* como órgano de los socialistas turineses. Desde éste intervienen activamente en el proceso revolucionario de los consejos de fábrica y constituyen unos de los núcleos fundantes, y luego dirigente, del Partido Comunista de Italia escindido del Partido Socialista en 1921. Como delegado ante la Internacional en Moscú evita el arresto frente a la proscripción dictada por el gobierno fascista en 1926, convirtiéndose en el principal dirigente del PCdI en el exilio. Al regresar a Italia, en 1944, ocupará el cargo de secretario general del PCI hasta su muerte el 21 de agosto de 1964 (a excepción de un breve periodo entre 1934 y 1938). Bajo su liderazgo en la posguerra el partido retomará la figura de Gramsci como fundador y principal teórico e impulsará una política de edición y difusión de su obra. Los principales escritos realizados por Togliatti sobre la obra de Gramsci han sido compilados en el volumen *Scritti su Gramsci* (Togliatti, 2013).

central por los intelectuales italianos, para así pensarlos en su rol para la constitución de la hegemonía del proletariado en Italia (Liguori, 2016; Vacca, 1995a).

Bajo esta impronta, aun cuando Togliatti no realiza una teorización in extenso sobre la noción de hegemonía, su intervención comienza a delinear una particular e influyente lectura del concepto. Esta puede verse tanto en la estrategia política de "inspiración gramsciana" que propondrá para el PCI, como en la particular forma de difusión y edición que le dará a la obra de Gramsci. Políticamente, el giro de Salerno impulsado por Togliatti[5], establece como estrategia del partido una lucha nacional y democrática de unidad antifascista. Las referencias aquí a la noción de hegemonía apuntaban a la construcción de una política de alianza entre obreros, campesinos e intelectuales que planteara la defensa de las instituciones democráticas y la formación de un bloque nacional que se propusiera salvar al país de la barbarie fascista. Con ese objetivo en mente, Togliatti emprende la publicación a partir de 1948 del conjunto de las notas que hoy conocemos como los *Cuadernos de la Cárcel*, como una herramienta política-cultural de esa estrategia. Encargada a Felice Platone de la editorial Enaudi (distanciándose de una edición directa del partido y delegándola en la prestigiosa editorial italiana), esta primera edición "temática" divide el conjunto de las notas dejadas por Gramsci en 6 "libros" cuyos títulos y énfasis referían fundamentalmente a la cultura y el debate italiano[6].

La operación de Togliatti logrará establecer a Gramsci como un punto de referencia intelectual y político fundamental en la Italia de posguerra, permitiendo que su obra se vuelva un elemento de estudio cultural plausible de separarse parcialmente de las realidades del movimiento comunista. Un "Gramsci para todos" que con su arsenal conceptual de gran pensador de la cultura italiana se convertía en vehículo de conexión entre el partido y los intelectuales,

[5] Se conoce como giro de Salerno al viraje, tomado en abril de 1944, en la política del PCI. Siguiendo las directivas de Stalin, sus principales características fueron el desarme de los partisanos comunistas de la resistencia, el abandono de la lucha armada y la integración al gobierno de unidad nacional de posguerra como parte de la política de conformación de frentes populares antifascistas. Este giro político es considerado el comienzo de la política democrática del PCI, orientada al aumento de su representación parlamentaria y a su desarrollo como partido de masas dentro de la institucionalidad republicana.

[6] Los *Quaderni del carcere* fueron publicados entre 1948 y 1951, divididos en 6 volúmenes temáticos, sin incluir los borradores escritos por Gramsci ni sus ejercicios de traducción y realizando ciertos cortes y ediciones del material. Los "libros" publicados fueron: *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* (1948); *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* (1949); *Il Risorgimento* (1949); *Note sul Machiavelli, sulla politica, e sullo Stato moderno* (1949); *Letteratura e vita nazionale* (1950); y *Passato e presente* (1951). Como puede observarse, los primeros volúmenes publicados apelan directamente a la cultura italiana, dominada por la figura de Croce, y a los intelectuales y la historia de Italia. Solo posteriormente aparece una temática política general, pero a su vez precedida por la figura de Maquiavelo, referencia inevitable de la cultura italiana. De igual manera, el tomo de los análisis literarios es entendido en el marco de la vida nacional italiana. Si bien no se trata de títulos totalmente inventados, ya que responden a algunas de las rúbricas y temas propuestos por el propio Gramsci; es un agrupamiento que resalta la importancia del autor como parte de la tradición intelectual italiana y lo separa, parcialmente, del marxismo en clave de debate internacional y de la problemática de la estrategia revolucionaria del proletariado. Discutiremos brevemente algunos problemas que esta edición presenta para el estudio del texto gramsciano en el próximo apartado. Para una historia de la edición de los *Cuadernos de la Cárcel* realizada por Togliatti ver la compilación de Daniele (2005), *Togliatti editore di Gramsci*, así como los trabajos de Monasta (1985) y Vacca (1995b).

permitiendo atraerlos dentro de un bloque nacional dirigido por el PCI. La noción de hegemonía desarrollada por Gramsci, parecía entonces designar a la alianza entre diversos sectores de la sociedad italiana dirigida por el proletariado, con el PCI como su representante, como una vía nacional al socialismo. Esta hegemonía del proletario se consolidaba en el marco del juego de las instituciones democráticas y a partir, fundamentalmente, de una política cultural de atracción e incorporación de los intelectuales italianos a la causa del comunismo en la formación de un frente democrático antifascista.

Las primeras lecturas realizadas por Togliatti enfatizaron el carácter de Gramsci como gran militante comunista y mártir del fascismo, y luego como gran intelectual italiano y brillante analista de las particulares condiciones históricas de dicho país. Sin embargo, el énfasis que toma la interpretación de Togliatti cambia a partir de 1956 bajo las nuevas condiciones políticas abiertas por el XX Congreso de Partido Comunista de la Unión Soviética (primero realizado tras la muerte de Stalin y en el que se realiza la famosa crítica al culto a la personalidad). El inicio del "deshielo" permite repensar la teoría de Gramsci planteándola directamente en relación una la estrategia política antes totalmente dominada por las directrices estalinistas. Sin romper con la tradición comunista soviética, Gramsci aparecerá ahora como un fiel seguidor de Lenin, pero también como un "gran teórico de la política" a partir de su concepto de hegemonía (Liguori, 2016; Vacca, 1995).

Togliatti expone los elementos centrales de esta concepción en su intervención en el *Primer Congreso de Estudios Gramscianos*, realizado en 1958, por el Instituto Gramsci, en Roma. Aquí se describe a Gramsci como el "traductor" de Lenin para las condiciones de la revolución en Italia, y, al mismo tiempo, aprovechando las condiciones políticas abiertas por el XX Congreso del PCUS, Togliatti parece contrabandear el juego de palabras, traduttore, traditore (traductor/traidor) para hacer de esa traducción la fuente de matices con la estrategia antes totalmente dominada por las directrices estalinistas. En este sentido, en el concepto de hegemonía Gramsci retomaría la propuesta leninista de alianza de las clases subalternas pero, distinguido las condiciones entre Occidente y Oriente y planteado el reconocimiento de las características particulares que marcan la lucha de la clase obrera en Italia, la hegemonía daba cuenta de las formas diferenciales que podía tomar la dictadura del proletariado a partir de las diversas fases históricas del capitalismo y sus distintas realidades nacionales.

La relación entre Lenin y Gramsci no se jugaba entonces en una diferencia sustancial entre el concepto de dictadura del proletariado y el de hegemonía, sino en una relación de complementariedad, donde la originalidad del planteo gramsciano sería la de incorporar el ámbito de la sociedad civil como elemento y espacio para esa alianza de clases. Pero en todo caso, se trataría de una ampliación derivada de la observación de las características particulares de las sociedades occidentales, y de Italia en particular, y no de una contraposición con la teoría leninista. El concepto de hegemonía será, por tanto, planteado aquí a partir de la alianza que por distintos métodos y en diversos planos de la vida social, según cada particularidad nacional, una clase subalterna debía realizar para lograr la conquista del consenso de la mayor parte de la población, y con éste, del poder.

> Una clase dirigente realiza su propia dirección de maneras diferentes, no solo de acuerdo a la diversidad de las situaciones históricas, sino también a las diferentes esferas de la vida social. De manera similar, una clase subalterna que persigue el

> objetivo de la conquista de la dirección política, realiza una lucha por la hegemonía en diversos niveles y en todos los campos, y puede darse inclusive que, en momentos determinados y gracias a circunstancias particulares, logré obtener resultados importantes aun antes de haber logrado la conquista del poder político. […] En este ámbito debe considerarse la acción que tiende a lograr para esta clase ciertas alianzas y por lo tanto el consenso de la mayoría de la población, a neutralizar otras fuerzas políticas y sociales; a preparar esa revolución cultural que generalmente acompaña a las revoluciones económicas y políticas; y la misma acción educadora que pertenece esencialmente al Estado, pero que pertenece también al partido político, puesto que el partido político ya anticipa algunas de las funciones dirigentes que mañana pertenecerán a la clase que hoy es aún subalterna. […] Como podemos observar, muchos son los medios a través de los cuales la clase que apunta a la conquista del poder se esfuerza para crear las condiciones de su hegemonía (Togliatti. 1965: p. 33)

Sin un desarrollo extenso del concepto, la "vía italiana al socialismo" plantea la hegemonía del proletariado como el proceso de constitución del PCI como dirigente del conjunto nacional. Hegemonía realizada a partir de una amplia alianza con otras clases y fuerzas sociales en el marco de una política democrática que antecede y prefigura la toma del poder. Hegemonía que se plantea a distintos niveles y según cada caso nacional, pero donde el elemento de "revolución cultural" aparece como articulador de lasfuerzas sociales por medio de la tarea "educadora" del partido. En una situación particular donde la revolución no se plantea como directamente posible, esta interpretación hace de la hegemonía una política de conquistas obtenidas en el marco de la democracia y una amplia política cultural que tienda a consolidar el sistema de alianzas para constituir a la clase obrera como clase dirigente. Una política que, en última instancia, iguala la constitución de la hegemonía del proletariado con la obtención de un consenso electoral a las políticas de reforma impulsadas por el PCI en la posguerra.

La interpretación de Togliatti, en conjunto con la difusión de la obra de Gramsci por parte del PCI, habilitaron el comienzo de un debate sobre la obra gramsciana que se convertiría en Italia en el punto de referencia de la cultura comunista. Inspirados por el giro en la interpretación habilitada por el "deshielo" de 1956, numerosos intelectuales vinculados al comunismo italiano comenzarán un trabajo de análisis e interpretación de los *Cuadernos* y sus categorías centrales. El concepto de hegemonía comenzó entonces a incorporarse al arsenal de nociones que permitían pensar al marxismo de Gramsci y su relación con cierto marxismo ortodoxo que comenzaba a poder ser criticado. A la sombra de Togliatti, estas primeras lecturas de fines de los años 50' y 60', incorporarán las problemáticas planteadas por él proponiendo interpretaciones que se centran en la continuidad/ruptura entre Gramsci y Lenin bajo la problemática de la relación dictadura/hegemonía del proletariado, y del lugar central de la cultura y el consenso como elementos originales de la reflexión gramsciana.

En lo que hace específicamente al concepto de hegemonía, un primer trabajo centrado en dicha noción será ensayado por Giuseppe Tamburano en su texto "Gramsci y la hegemonía del proletariado". Tamburano comenzará marcando la falta de un estudio en profudnidad sobre el concepto de hegemonía que sería el aporte maestro de Gramsci al marxismo, y plantea su especificidad como conquista del consenso de las masas en la sociedad civil antes de la conquista de los instrumentos del dominio político. Centrando su interpretación en la diferencia radical de

la teoría gramsciana con la ortodoxia marxista clásica, Tamburano entiende a la hegemonía como lucha por la conquista del consenso de las masas de toda una sociedad nacional como condición previa y necesaria de la toma del poder y del devenir dirigente del proletariado. La hegemonía no supone, entonces, una mera extensión del concepto de dictadura del proletariado leninista para incluir a los mecanismos de dominación de la sociedad civil. Supone, para Tamburano, la constitución de una nueva doctrina comunista centrada en la conquista del consenso de las masas por medio de la adopción de una concepción del mundo propia del proletariado (Tamburano, 1965)[7].

En una operación similar, pueden encontrarse en los trabajos de Luciano Gruppi, quien escribe en 1967 el primer ensayo extenso, ampliado luego como libro, dedicado exclusivamente al concepto de hegemonía. Aquí se vuelve a plantear una continuidad con Lenin, en la propuesta política de articulación de una alianza de clases, pero planteando que Gramsci enfatizará el momento del liderazgo, de constitución como dirigente, de una clase dentro de esa alianza. Se tratara, en suma, de ver a la hegemonía como un proceso de unificación de distintas fuerzas sociales y políticas mantenidas juntas por una concepción del mundo delineada y difundida por la clase que lucha por volverse hegemónica y que pone en crisis a la ideología dominante. En este sentido, para Gruppi, el hilo que recorre los *Cuadernos* es la reflexión sobre el proceso que conduce a la hegemonía del proletariado. Comenzado por el momento en que una clase subalterna participa de una concepción del mundo impuesta por la clase dominante, que está sujeta a su hegemonía; pasando por el momento en que su propia necesidad la impulsa a luchas que entran en contradicción con esa concepción; hasta lograr dar conciencia a su acción y adquirir una concepción del mundo propia, que se vuelve a su vez el canal a partir del cual unificar al conjunto de fuerzas sociales cuyos intereses entran en contradicción con el orden capitalista. De esta forma Gruppi define la hegemonía como:

> […] capacidad de unificar a través de la ideología y de mantener unido a un bloque social que, sin embargo, no es homogéneo, sino marcado por profundas contradicciones de clase. Una clase es hegemónica, dirigente y dominante, mientras con su acción política, ideológica, cultural, logra mantener junto a si a un grupo de fuerzas heterogéneas e impide que la contradicción existente entre estas fuerzas estalle, produciendo una crisis en la ideología dominante y conduciendo a su rechazo, el que coincide con la crisis política de la fuerza que está en el poder (Gruppi, 1978: p. 95)

[77] La discusión sobre la filosofía de la praxis de Gramsci, su diferencia con el marxismo de la segunda internacional, y su relación con el historicismo, serán también uno de los temas principales de estudio de los intérpretes gramscianos en este momento. En el mismo coloquio donde se presentan las intervenciones de Togliatti y Tamburano, encontramos en este sentido, por ejemplo, la exposición de Cesare Luporini. En esta se retoma la influencia de Labriola en Gramsci y se analiza el planteo común de ambos autores del marxismo como una filosofía que parte del desarrollo concreto del movimiento de masas y sus experiencias, como filosofía propia del proletariado. El marxismo aparece entonces como elemento central de una reforma intelectual y moral de las masas, como una revolución cultural diferenciada del momento de revolución política o económica. El problema de la hegemonía se plantea así, en consonancia con las lecturas culturalistas, en la lucha por la dirección cultural y política sobre el conjunto de la sociedad, como disputa por el sentido común y como potencial unificación cultural de la humanidad bajo una filosofía marxista-proletaria (Luporini, 1965).

Estas interpretaciones constituyen intentos pioneros de pensar la hegemonía como ideológica-cultural, como el triunfo de una concepción del mundo que articula una voluntad de clase[8]. Sin embargo, será la interpretación de Norberto Bobbio (1977), expuesta en una significativa intervención en el *Segundo Congreso de Estudios Gramscianos* organizado en Cagliari en 1967, la que volverá canónica la interpretación de la hegemonía como consenso ideológico en la sociedad civil. Como importante representante de la intelectualidad republicana liberal de la Italia de posguerra, la recuperación por parte de Bobbio de Gramsci expande su presencia más allá de los pensadores comunistas, en un movimiento que lo establece como un teórico general de la política. Su interpretación, centrada en el concepto de sociedad civil, plantea una diferencia radical entre la conceptualización desplegada por Marx y aquella de Gramsci. Este, invirtiendo la clásica determinación por la estructura económica, plantea para Bobbio una primacía del desarrollo intelectual en la sociedad civil como motor político de lo social. Esta caracterización le permite así postular un Gramsci centrado en la dirección cultural e ideológica como último determinante de lo social, que rompe y va más allá del pensamiento marxista.

> Gramsci invierte la relación entre instituciones e ideologías: las ideologías se convierten en el momento primario de la historia y las instituciones en el momento secundario. Es lógico que después de considerar que la sociedad civil es el momento en el que se realiza el paso de la necesidad a la libertad, las ideologías se consideren como fuerzas formadoras y creadores de la nueva historia, como colaboradoras en la formación de un poder que se va constituyendo más que de uno ya constituido. La ideología ya no es, únicamente, la justificación póstuma del poder que se forma históricamente sobre condiciones materiales (Ibíd.: p. 164).

Bobbio termina de consolidar una interpretación culturalista de Gramsci que prima en estas primeras lecturas. A partir de su influyente intervención, que se volverá una lectura clásica de Gramsci, establecerá una imagen generalizada sobre el concepto de hegemonía en su incorporación más allá de los círculos comunistas. La hegemonía se entenderá como el consenso resultante por la difusión de elementos ideológico-culturales que son adoptados por la mayoría de la población. Una lucha cultural que se produce en el conjunto de las organizaciones privadas de la sociedad civil donde distintos grupos sociales, bajo la figura clave de los intelectuales, disputan por la forma y los contenidos la ideología dominante. Una interpretación que, políticamente, se asocia a una perspectiva republicana, en la que la hegemonía se juega en un pluralismo del conflicto democrático, donde el conflicto de las ideas y la cultura son el principal campo de acción y cambio político. En una socialdemocratización de Gramsci, en esta primera interpretación italiana de la hegemonía, se fundamenta así una estrategia de batalla cultural por el sentido común en el marco de la sociedad civil, alejando la acción política tanto de la lucha por el poder del Estado como de la transformación de las relaciones sociales de producción.[9]

[8] Una concepción "culturalista" similar del concepto de hegemonía es realizada por Eugenio Garín, para quien toda la obra gramsciana giraría sobre la fundación de una nueva cultura como momento del desarrollo de la civilización. En esta tarea, los intelectuales aparecen como los actores centrales, articuladores principales de una hegemonía entendida como la difusión y aceptación de esta nueva cultura por el conjunto de la sociedad (Garín, 1977).

[9] En este proceso de difusión será de gran importancia el desarrollo de instituciones, más allá del propio partido, que permitan un trabajo a partir de los conceptos gramscianos. En este sentido, el establecimiento del Instituto Gramsci en 1950 representa un importante hito institucional para el

2. La hegemonía en Francia, la eficacia de las superestructuras y la especificidad de la dominación capitalista

El concepto de hegemonía, sus interpretaciones y usos, comenzarán a mutar con su traslado a nuevas geografías. Bajo el prestigio que iba cobrando Gramsci en el seno del que se convertiría en el partido de masas más grande de Europa, sus textos e ideas cruzan las fronteras de Italia, y pasan a ser reflexionadas como fuentes de categorías generales de lo político en el marxismo, trascendiendo así su uso para pensar una política únicamente italiana. En este movimiento, en su recepción francesa, el pensamiento de Gramsci encontrará un terreno fértil de discusión e interpretación a medida que comienza a ser introducido en los años 60', entremezclándose en el debate teórico-filosófico dentro del marxismo francés entre "humanistas" y "estructuralistas". En este contexto, la lectura "culturalista", dominante en las primeras lecturas italianas, será rechazada para proponer nuevas interpretaciones como parte de las discusiones filosóficas del marxismo (Mouffe y Showstack Sasson, 1977; Paris, 1979; Tosel, 1995).

Las primeras lecturas de la obra de Gramsci comienzan a circular en Francia en los primeros años de la segunda posguerra, pero será recién en 1956 cuando empiece a tomar notoriedad el pensamiento gramsciano en el territorio galo. Esta fecha no es casual: combina el comienzo de la apertura de los debates dentro de los partidos comunistas tras la "desestalinización" de la URSS en su XXvo Congreso y la fecha de la represión soviética a la revolución húngara, con el consecuente abandono del Partido Comunista Francés (PCF) por parte de numerosos y renombrados intelectuales.

Las referencias más tempranas a Gramsci en Francia aparecen, entonces, de dos formas: como un "comunista herético reivindicado por la izquierda por fuera del PCF; o bien como parte de un posible viraje teórico interno al partido. En este caso, aun manteniéndose dentro de la ortodoxia, Gramsci es parte de una renovación que puede atraer hacia el marxismo, y hacia el PCF, a nuevas generaciones de intelectuales limpiando la imagen de un "marxismo sin rostro humano" (Crezegut, 2015)[10]. En ambas formas primará, en un primer momento, una lectura de Gramsci dentro de la unión entre marxismo y humanismo que sintetizaba las posiciones filosóficas de las nuevas generaciones intelectuales francesas de posguerra con sus posiciones políticas a favor del comunismo en el marco de la guerra fría. Bajo esta perspectiva, Gramsci aparecerá como parte de un marxismo anti economicista que privilegia la actividad del hombre y la construcción de su subjetividad en el camino de su libertad.

---

desarrollo de la investigación en una perspectiva gramsciana. De forma análoga, los dos primeros congresos de estudios gramscianos organizados por el instituto, realizados en Roma y en Cagliari, se convierten en los escenarios privilegiados de este debate, son los lugares por excelencia donde Gramsci puede comenzar a ser debatido teóricamente (Izzo, 2009). En el primero de estos, de 1958, se presenta la influyente exposición de Togliatti, así como la de Tamburano. Por su parte la interpretación de Gramsci por parte de Bobbio se presenta en el congreso de 1967. Los años que van de uno a otro, consolidan por tanto, este primer énfasis interpretativo del concepto de hegemonía en Italia.

[10] Dentro de las lecturas del PCF la más destacable es la realizada por el "filósofo oficial del partido", Roger Garaudy, como parte de su particular marxismo humanista. Inspirado por la lectura realizada por Togliatti, el filósofo retoma la idea de un camino nacional al socialismo y usa los conceptos gramscianos como parte de su batalla contra los intelectuales disidentes del partido (Garaudy, 1957, 1959 y 1971).

Influido por estas lecturas, encontramos en Jacques Texier a uno de los pioneros en la difusión francesa de la obra de Gramsci. Identificado como uno de los mayores teóricos de una filosofía propia del marxismo, para Texier, Gramsci aborda el problema filosófico del marxismo en la articulación de las formas de existencia de la actividad humana, entendidas en la relación entre estructura y superestructura (Texier, 1976). Participante del congreso de Calgary en el cual Bobbio realiza su famosa intervención, el autor es uno de los primeros en polemizar y discutir con dicha interpretación. Para él, en Gramsci existe una relación compleja entre estructura y superestructura, rechazando una determinación simple, tanto economicista como idealista, y proponiendo la unidad dialéctica entre sociedad civil, sociedad política y estructura económica, cuya unidad forma "un proceso cuyo agente exclusivo es la actividad humana en sus diferentes formas" (Texier, 1975, p. 18). En este sentido, Gramsci sería el gran teórico de las superestructuras, ya que plantea la relación cpm su contenido económico y social, a la vez que teoriza sus distintas formas de existencia, distinguiendo, en su unidad dialéctica, sus formas consensuales y coercitivas (sociedad civil y sociedad política), bajo la noción de Estado integral. La sociedad civil no es entonces un lugar autónomo de disputa de ideas, sino que como nexo de la relación integral entre la economía y la política, es donde se realiza la hegemonía como dirección de una clase del conjunto de la sociedad. Dirección cuyos contenidos son económicos pero que a su vez se consolida y expresa en una alianza política que conduce el Estado. La hegemonía deviene, por tanto, una categoría clave en la explicación de la unificación y cimentación del bloque histórico, de la conformación y unidad del conjunto de lo social: como dirección de clase, explica la consolidación, mantenimiento y reproducción de un orden social con sus correspondientes relaciones de producción.

Desde su perspectiva humanista, la lectura de Texier plantea dos elementos sobre la hegemonía que marcan así la recepción francesa del concepto: el problema de la articulación entre estructura y superestructura, y el papel fundamental del Estado en dicha unificación. Buscando hacer confluir la importancia de la esfera político-cultural con la determinación económica del todo social, esta lectura plantea entonces un equilibrio inestable entre el conjunto de las instancias de lo social, donde la lucha y la conquista de hegemonía explica su articulación: la hegemonía explica, entonces, cómo se conforman y funcionan las sociedades en su totalidad[11].

Estos mismos elementos, aunque teorizados de una forma radicalmente diferente, serán también los centrales del otro gran proyecto teórico del marxismo francés de la época: el estructuralismo. En su lectura de Marx, Althusser encontrará una forma nueva de pensar la totalidad social que se demarca de las concepciones hegelianas reivindicadas por el marxismo humanista e historicista. Contra quienes proponían que Marx invertía a Hegel, en una mera sustitución de la idea hegeliana por la "materia", la producción o el hombre, Althusser postula el descubrimiento de una ciencia marxista de la historia que implica una nueva forma de concebir la totalidad social y sus contradicciones. Se trata de una totalidad dada por la articulación de instancias de lo social en la que la estructura del todo determina el lugar de cada una de ellas; no como una esencia que se despliega, sino como la articulación compleja de distintas estructuras cada una con prácticas sociales específicas. El modo de producción no es

[11] Una lectura similar puede encontrarse en el influyente y múltiples veces editado libro *Gramsci y el Bloque Histórico*; de Hugues Portelli del año 1972 Su análisis se centra en el rol de los intelectuales como productores de la hegemonía en la sociedad civil y esta, a su vez, aparece como el elemento clave que explica la unificación del bloque histórico como unidad de estructura y superestructura (Portelli, 2011).

una esencia abstracta de lo económico o de la práctica humana en general que se despliega en distintos momentos; sino la articulación determinada entre las instancias de lo económico, lo político y lo ideológico, cada una de ellas con una historia propia y un conjunto de prácticas que las caracteriza. Una concepción nueva del complejo estructura-superestructura, que no esta dominada por una contradicción simple, sino por la combinación de contradicciones sobredeterminadas entre las diversas instancias de toda formación social. De esta forma, para el marxismo estructuralista cada instancia es eficaz, tiene su autonomía relativa y ocupa un lugar determinado, sólo en última instancia, por lo económico (Althusser, 2004)

¿Qué lugar ocupa la figura de Gramsci en esta forma de conceptualizar el marxismo por parte del estructuralismo althusseriano? Se trata de una posición ambigua y que tendrá un particular recorrido, a medida que va formando parte de los debates teóricos y políticos encarados por Althusser y sus discípulos, mediada por la discusión en contra del humanismo (Crezegut, 2016). Por un lado Althusser combate abiertamente las lecturas humanistas en las que incluye a Gramsci como teórico de la praxis humana en general, del despliegue histórico del espíritu popular, o de la voluntad de una clase. Por otro lado, Gramsci aparecerá como un teórico que, mediante su crítica al economicismo mecanicista, pudo dar cuenta de la eficacia de las superestructuras y de la necesidad de conceptualizar una forma de articulación distinta de la totalidad social. Esta ambigüedad puede observarse en desarrollo de los artículos de Althusser. En sus textos publicados entre 1960 y 1964, Gramsci aparece como el único que luego de Marx y Lenin continúa la exploración de la eficacia específica de las superestructuras; un teórico fundamental de una tarea que, no obstante, aún debe ser elaborada. Por el contrario, en sus escritos de los años 66 y 67, Althusser enfatizará la crítica a Gramsci como historicista y humanista; emprendiendo a partir de su figura la crítica a esta posición dentro del marxismo (Althusser, 2010).

Frente a este planteo althusseriano se habilitan, entonces, dos operaciones posibles con respecto a Gramsci y al concepto de hegemonía al interior del pensamiento estructuralista. Una primera opción será la de "depurar" a Gramsci de su historicismo y humanismo tomando sus aportes sobre las superestructuras como elementos para construir el "materialismo histórico", pero rechazando sus concepciones sobre la filosofía y la teoría del marxismo. La segunda, será realizar una "lectura sintomática" de Gramsci que compatibilice su particular teoría marxista con los planteos estructuralistas.

La primera de estas dos operaciones es ensayada por el propio Althusser en *Ideología y Aparatos ideológicos del Estado* y, más notoriamente, por Nicos Poulantzas en sus estudios sobre el Estado capitalista. En el primer caso, la intuición gramsciana sobre la ampliación del Estado hacia instituciones "privadas" se vuelve la clave para el desarrollo de una teoría material de la ideología por la actuación de los aparatos ideológicos de estado. Aquí el concepto de hegemonía tiene un carácter secundario para nombrar la unificación de las prácticas que funcionan bajo la ideología de la clase dominante: "[…] ninguna clase puede detentar durablemente el poder del estado sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los aparatos del estado" (Althusser, 2008: p. 118). El concepto de hegemonía, alguna vez nombrado por Althusser como un intento de pensar la articulación entre estructura y superestructura, queda reducido a un elemento del "materialismo histórico", de una ciencia que permite pensar la instancia particular de lo ideológico. Este designa entonces el control y dirección del conjunto de estos aparatos ejercido por la clase dominante, una capacidad de imprimir su ideología en una serie de instituciones y

prácticas, que, como había planteado Gramsci, exceden a las instituciones públicas del Estado. Como concepto de una ciencia que permite pensar la instancia de lo ideológico, el concepto de hegemonía será así apenas mencionado, y no realmente conceptualizado por Althusser.[12]

Poulantzas, por su parte, realiza una operación similar, pero más desarrollada sobre el concepto. Para analizar la instancia de lo político se aborda una reflexión directa sobre el pensamiento de Gramsci, buscando allí los conceptos presentes en "estado práctico" que puedan ser retomados y transformados para constituirse en conceptos del materialismo histórico. La operación sobre la hegemonía será entonces, la de construirla como un concepto que dé cuenta de la región de lo político en el modo de producción capitalista, de la forma particular con la que se produce la dominación burguesa en el Estado. La autonomía específica de las instancias de lo económico y lo político en el modo de producción capitalista, plantea que la función de cohesión social que cumple el Estado tenga aquí la singularidad de no realizarse fijando a los individuos en cuanto agentes de la producción ni garantizando la dominación política directamente a uno de esos agentes. Es un Estado de clase (en tanto garantiza la cohesión de una sociedad dividida en clases) en el cual el dominio político de clase está ausente de sus instituciones. Esto plantea la capacidad a la clase dominante en el capitalismo de "constituir sus intereses propiamente políticos como representantes del interés general del pueblo-nación" (Poulantzas, 1974: p. 169), como el interés general del conjunto de los individuos, aislados de su condición de clase, como ciudadanos libres e iguales. En este sentido, la hegemonía designa en Poulantzas a la práctica política de la clase dominante en el capitalismo realizada en y a través del aparato de Estado y que implica a su vez dos sentidos:

> indica la constitución de los intereses políticos de las clases en su relación con el Estado capitalista, como representantes del interés general del cuerpo político que es el pueblo nación y que tiene como sustrato el efecto de aislamiento de lo económico. […] 2) el concepto de hegemonía reviste asimismo otro sentido, que en realidad no indica Gramsci. Se verá, en efecto, que el Estado capitalista y las características especiales de la lucha de clases en una formación capitalista hacen

[12] Vittorio Morfino (2016) ha analizado la presencia de Gramsci en los escritos althusserianos, desde sus primeras lecturas del autor sardo en 1961 hasta sus últimos escritos. Este excelente trabajo excede ampliamente lo que aquí nos proponemos al evaluar la particular lectura estructuralista del concepto de hegemonía en los años sesenta. En textos posteriores Althusser planteará casi un sinsentido en el concepto de hegemonía. Este concepto estaría inscripto en la obra de Gramsci de forma triple y en ninguna de esas versiones bajo un sentido preciso: como producto de los aparatos de hegemonía (una serie de aparatos que nadie sabe a base de que materialidad funcionan), como producto del Estado sobre toda la sociedad y, en tercer lugar, como hegemonía del partido de la clase subalterna, como dirección sin violencia de las clases aliadas. Para Althusser, la indefinición del concepto hace que todo fenómeno social puede reducirse a efecto de la hegemonía que, además, parece carecer de toda base material e ignora la especificidad represiva del Estado. Este efecto de hegemonía tiene como resultado una cultura que aparece como la creación y el alcance de nuevos niveles de civilización en el cultivo de un espíritu del hombre. De esta forma, una hegemonía como efecto de la dominación burguesa es a su vez sobrepasada en un nuevo nivel de hegemonía proletaria dando lugar al desarrollo de una nueva cultura de individuos libres la hegemonía termina apareciendo como un fenómeno que engloba todos los momentos de lo social como despliegue de un espíritu que se desarrolla progresivamente hacia la libertad. Es eveidente que para este Althusser tardío Gramsci y su concepto de hegemonía no tienen mucho que ofrecer para el desarrollo teorico del marxismo (Althusser: 2003).

> posible el funcionamiento de un "bloque en el poder", compuesto de varias clases o fracciones políticamente dominantes. Entre esas clases y fracciones dominantes, una de ellas detenta un papel predominante particular, que puede ser caracterizado como papel hegemónico. En este segundo sentido, el concepto de hegemonía comprende el dominio particular de una de las clases dominantes respecto de las otras clases o fracciones dominantes de una formación social capitalista […] La clase hegemónica es la que concentra en sí, en el nivel político, la doble función de representar el interés general del pueblo-nación y de detentar un dominio específico entre las clases y fracciones dominantes: y esto, en su relación particular con el Estado capitalista. (Ibíd., p. 173-175)

Poulantzas delimita así al concepto de hegemonía en un uso particular que excluye las prácticas de las clases dominadas y por tanto la constitución de una hegemonía del proletariado, a su vez que designa con este concepto a la práctica particular que por medio de las instituciones del Estado le permite a la clase dominante en el capitalismo reproducir su dominación presentando su interés particular como interés general de toda la sociedad. La hegemonía se vuelve entonces un concepto central para explicar la reproducción de la dominación en las sociedades capitalistas (y en particular dentro de estas en las más avanzadas, en aquellas donde este se encuentra plenamente desarrollado) a partir del accionar de la superestructura jurídico-política del Estado en su eficacia y entendiendo su autonomía relativa como instancia del modo de producción. En clara consonancia con el espíritu estructuralista de esta incorporación, el concepto de hegemonía será entonces entendido como un efecto estructural de la dominación en los países del capitalismo avanzado.[13]

Estas dos lecturas presentan una misma lógica: traducir la categoría gramsciana de hegemonía dentro del marco teórico estructuralista y utilizarla como insumo para el análisis de instancias regionales de la superestructura del modo de producción capitalista, la ideológica en Althusser, la política en Poulantzas. Pero existe, decíamos, otra aproximación que busca releer los desarrollos de la filosofía de la praxis en términos que se compatibilicen, pero también que completen, al estructuralismo. En este sentido, Christine Buci-Glucksmann propone una lectura que combine ambas tradiciones teóricas: crítica la lectura de Gramsci como un historicista realizada por Althusser, entendiendo al pensamiento gramsciano como depurado de sus interpretaciones idealistas; pero a su vez retoma la problematización teórica althusseriana para leer los conceptos gramscianos (Buci-Glucksmann, 1978).[14]

---

[13] En otro trabajo hemos desplegado el itinerario de la hegemonía en Poulantzas (Waiman: 2015). Aquí tratamos su primer libro, el más influido por el estructuralismo althusseriano, y en el que más se utiliza el concepto. Poulantzas se irá distanciando del estructuralismo hasta llegar a la concepción del Estado como condensación material de una relación de fuerzas bajo la forma del aparato estatal (Poulantzas: 1980). Aquí, la relevancia del concepto de hegemonía es menor, pero puede pensarse en relación a la lucha entre clases y fracciones de clase por y dentro de los aparatos de Estado. Una teoría cercana a la que veremos en Buci-Glucksmann y que, políticamente, lo acerca al eurocomunismo.

[14] Otro de los libros a destacar en esta línea es *Gramsci y la revolución en Occidente*, de María Antonieta Macciocchi. Militante del PCI, su autores se propone un libro que sirva para introducir el pensamiento de Gramsci en Francia y escribe así su *Pour Gramsci* (título análogo al famoso *Pour Marx* de Althusser). Aquí presenta al autor sardo como quien desarrolla y completa a Marx y a Lenin dándonos la clave para pensar la práctica política revolucionaria en los países del occidente capitalista. Macciocchi retomara una lectura

A partir de la invención del concepto de Estado ampliado, la autora busca pensar los mecanismos de dominación, tanto coercitivos como consensuales, a partir de la articulación de diversos aparatos estatales, públicos y privados, que producen el consenso activo de las masas, volviendo al Estado hegemonía acorazada de coerción. La hegemonía, como dirección política y cultural de una clase sólo es posible "materializada" en un conjunto de aparatos unificados por su referencia clasista. Estos aparatos explican en el pensamiento gramsciano una forma particular con la que se puede dar cuenta de la eficacia de las superestructuras, sin que estas sean pensadas como meras ideas o epifenómenos: "la hegemonía, el aparato de hegemonía, aseguran una teoría de la eficacia de las ideologías y de su realidad material" (Ibíd., p. 67). La hegemonía es el efecto de dirección de clase logrado por el accionar de dichos aparatos; su análisis es una historia de su constitución y accionar que excede ampliamente lo cultural.

Esta teoría se complejiza, asimismo, en la forma particular en que Buci-Glucksmann entiende los aparatos de Estado, diferenciando su planteo de los de Althusser y Poulantzas. Mientras estos reservaban el concepto de hegemonía para el efecto de aparatos de las clases dominantes, Buci-Glucksmann retoma la teoría gramsciana de las relaciones de fuerza operando una doble diferenciación: 1] los aparatos de hegemonía aparecen atravesados por la lucha de clases, de manera que es posible la constitución de aparatos propios de las clases subalternas como también la disputa por la orientación de los ya existentes; 2] la introducción de la teoría de las relaciones de fuerza en sus 3 niveles expande el accionar de los aparatos de hegemonía más allá de la superestructura, para incluir aparatos económicos de hegemonía[15]. Como resultado de una relación de fuerzas en todos los momentos de la práctica social, el concepto de hegemonía resulta en una forma particular de pensar problema de la unidad entre la base económica y la superestructura que, que continua y diferenciada al mismo tiempo del estructuralismp

Este conjunto de interpretaciones del pensamiento grasmcaino realizadas en Francia del pensamientoevidencia un desplazamiento del foco de interés y de la clave interpretativa con la

"italiana", que pone el acento en la estrategia política del proletariado, pero puesta en relación con las lecturas francesas sobre la articulación entre base y superestructura. Se trata de pensar bajo términos similares a los de Althusser, de articulación de instancias sobredeterminadas con eficacias propias (contra toda lectura epifenoménica o historicista del despliegue de una esencia), pero corrigiéndolo con Gramsci al pensar la posible construcción de superestructuras por parte del proletariado en su estrategia revolucionaria. La construcción de una hegemonía proletaria no debe entonces esperar el momento estatal posrevolucionario, sino que puede y debe construirse antes de la toma del poder. La estrategia de la hegemonía, asimilada a la "revolución cultural" maoísta, aparece como aquella que afirma el papel de dirección del proletariado en todos los sectores de la superestructura a partir de una revolución intelectual y moral. No obstante, retomando la inspiración althusseriana, y tratando de combatir una estrategia de consenso electoral, Macciocchi recae en la sobredimensión de la importancia de los intelectuales, ya que serían estos por sobre la clase los que pueden producir una ruptura, mediante el conocimiento, de la dominación (Macciocchi: 1987).

[15] Esta interpretación estará inspirada en la conformación de la alianza política entre socialistas y comunistas en Francia en 1973-1974; que llegara al poder con un "programa común" de reformas desde el Estado. De manera similar, la experiencia chilena de Salvador Allende y su vía democrática al socialismo aparece como fuente de inspiración, aunque no se realice una reflexión sobre los problemas y límites de esta una vez derrocada. Ambas fuentes de inspiración política son las mismas que aparecen en el pensamiento del último Poulantzas y que llevan a ambos autores a una cercanía con la estrategia eurocomunista planteada por los partidos comunistas de Italia, Francia y España.

que el concepto de hegemonía será leído. En primer lugar, existe un claro cambio desde la centralidad del problema de la constitución de la hegemonía del proletariado a un análisis del funcionamiento de la hegemonía, como categoría general, y en particular del funcionamiento de la hegemonía burguesa. En segundo lugar, la noción de hegemonía se piensa a partir del problema de la articulación entre estructura y superestructura, como forma particular de pensar y analizar la unidad de lo social. Se trata entonces de un análisis de las sociedades existentes y su forma de funcionamiento más que del pensamiento de las formas de su superación. Articulación entre las instancias que tomará, en tercer lugar, formas que buscarán alejarse de una interpretación que plantee la unidad de forma cultural. La "materialidad" de la hegemonía dejará de pensarse desde concepciones del mundo para partir del conjunto de aparatos, ideológicos y de estado, en los que se realiza una dirección de clase.

3. El descubrimiento de las múltiples formas de la hegemonía

La intervención francesa de las décadas de los 60 y 70 marcará una de las formas dominantes con la cual se interpretará el concepto gramsciano de hegemonía. Esta lectura coincidía con un contexto de renovación teórica del marxismo en la que empezaba a combinarse con las ciencias humanas y sociales para dar lugar a categorías de análisis de lo social que superaran el determinismo económico característico de los partidos comunistas. El complejo diálogo Gramsci/Althusser representa una de las formas de esta renovación que, sostenida por el prestigio de la academia francesa, influyó fuertemente para los desarrollos del concepto de hegemonía en otras geografías. Nos encontramos, por lo tanto, en la segunda década de los años 70, con que la hegemonía se volverá central en los análisis teóricos del capitalismo desarrollado y que, a su vez, se convertirá en la clave para leer los *Cuadernos de la Cárcel* (Liguori, 2012 y 2016). Este nuevo interés conduce a la multiplicación de los análisis sobre el concepto y dejará un saldo a partir del cual empezará a pensarse su multiplicidad semántica. La internacionalización de la discusión sobre Gramsci y la publicación de la edición crítica de los *Cuadernos de la Cárcel*, que renovará los estudios sobre la obra de Gramsci, serán, a su vez, dos movimientos que impulsarán fuertemente esta relectura.

En este contexto, una intervención central en la historia de los estudios del concepto de hegemonía será el ensayo de Perry Anderson titulado *Las Antinomias de Antonio Gramsci,* publicado en 1977 en la revista británica *New Left Review.*[16]. En este se plantea que la hegemonía era un concepto utilizado crecientemente por parte de todo tipo de cientistas sociales, pero que, sin embargo, no existía una investigación profunda de los textos en los que Gramsci lo desarrolla. Anderson se propone por lo tanto un estudio de los *Cuadernos de la Cárcel* centrado en el concepto de hegemonía a partir de: "examinar su validez como consideración de las estructuras típicas del poder de clase en las democracias burguesas de

[16] La New *Left Review* y los análisis de Anderson serán centrales en esta extensión del uso del concepto de hegemonía en el mundo anglosajón. Existirá en Gran Bretaña, con la publicación en 1971 de algunos fragmentos de los *Cuadernos*, una profusión de estudios sobre el pensamiento gramsciano, y algunos de estos han sido compilados recientemente en un libro que busca dar cuenta de las principales intervenciones gramscianas realizadas en Gran Bretaña (Boothman, Giasi y Vacca, 2015). Para un estudio de la difusión de Gramsci en los debates de la izquierda británica, ver el ensayo de Forgacs (1989).

Occidente; y finalmente, sopesar sus consecuencias estratégicas para la lucha de la clase obrera por conseguir la emancipación y el socialismo" (Anderson, 1981: p. 18).

Repitiendo la operación que veíamos en autores del estructuralismo, Anderson ve en Gramsci un autor que permite pensar la particular articulación y unidad de consenso y coerción en sociedades desarrolladas, con el concepto de hegemonía dando cuenta del poder de la burguesía bajo una forma particular de su dominación: las democracias de masas del occidente desarrollado.El resultado principal de su estudio será plantear que en los distintos fragmentos de la obra carcelaria de Gramsci la articulación entre Estado y sociedad civil, con sus distintas implicancias para el concepto de hegemonía, no aparece de una única forma, sino que se presenta de tres maneras antinómicas.

Como manera predominante en las notas gramscianas, la hegemonía pertenece a la sociedad civil y la coacción al Estado, entendiendo a la primera como la subordinación ideológica de la clase obrera a la burguesía que se vuelve capaz de dominar mediante el consenso en democracias representativas de masas. En otras notas de los *Cuadernos*, Gramsci desarrollaría, por el contrario, una relación equilibrada entre sociedad civil y sociedad política, con la hegemonía como parte ambas, dando cuenta de la unidad planteada por Anderson. Sin embargo: "Esta versión no puede reconciliarse con la precedente, que sigue siendo la predominante en los Cuadernos. Porque en la primera, Gramsci contrapone hegemonía a sociedad política o estado, mientras que, en la segunda, el estado mismo se convierte en un aparato de hegemonía" (Ibíd., p. 43). Pero a su vez, nos dice Anderson: "Aún en otra versión, la distinción entre sociedad política y civil desaparece totalmente: consentimiento y coerción se transforman juntos en co-extensivos del estado" (Ibíd.). En esta tercera articulación, bajo la unificación en la figura del Estado integral, se elimina toda distinción entre ambos momentos superestructurales y de sus diferencias para la constitución de la dominación burguesa; en una extensión indefinida del Estado que funde todos los elementos en un momento unitario de la hegemonía como realización de una voluntad de clase.

Anderson presenta, entonces, tres maneras antinómicas con las que Gramsci desarrolla de forma ambigua y contradictoria el concepto de hegemonía, rompiendo así con la idea de una noción única en su obra. A su vez, realiza una elección teórica entre esas formas, planteando a la hegemonía como una forma de la dominación de las burguesías de los países occidentales, una articulación superestructural históricamente determinada de consenso y coerción producida en la unidad de estado y sociedad civil.[17]

[17] Podemos observar la influencia estructuralista en estos planteos ya que Anderson y la *New Left Review* fueron uno de los canales de diálogo entre dicho pensamiento y el mundo anglosajón. En este caso en particular encontramos la problemática similar de la articulación de las instancias de la superestructura y de la dominación, política e ideológica, y la necesidad de separar estos descubrimientos de una forma de entender el marxismo como despliegue histórico de una voluntad. Encontramos entonces una crítica a Gramsci que no responde únicamente a las antinomias de su pensamiento, sino que se sostiene en una diferencia teórica vinculada a las influencias estructuralistas. A su vez, y de forma análoga a Althusser, implica una reivindicación de las fórmulas políticas del marxismo clásico. En este sentido, los aportes de Gramsci, así como los del conjunto de los autores que Anderson agrupara bajo la denominación de "Marxismo Occidental" (Anderson, 2005) se limitarían a iluminar aspectos de la superestructura no desarrollados en un marxismo clásico con faltas pero sin problemas teóricos y políticos profundos. De esta forma, tanto en su lectura de Gramsci y del "marxismo occidental", Anderson pierde de vista la potencia

El trabajo de Anderson ha sido justamente criticado por carecer de rigor filológico (Francioni 1984), pero más allá de la crítica metodológica propone una tesis que para nosotros se vuelve fundamental: efectivamente no existe un concepto unívoco de hegemonía en Gramsci. El concepto existe de múltiples formas y en cada caso se articula de manera diferenciada con otra serie de conceptos que también son múltiples y cambiantes a lo largo de los *Cuadernos*. Nos enfrentamos a un descubrimiento de la polisemia del concepto de hegemonía que el autor presenta como "antinomias", pero que, por el contrario, permite pensar diversos puntos de partida para desarrollar sus sentidos.

Por el contrario, frente a la evidencia de esta multiplicidad, la opción de lectura más ensayada buscará resolver lo múltiple en una unidad a partir de una investigación filológica de los *Cuadernos* que logre desentrañar el sentido último de la hegemonía. Propiciados por la publicación de la edición crítica de los *Cuadernos* en 1975, en los últimos años de los 70' asistimos una proliferación de trabajos que se internarán dentro de la totalidad del texto, ahora con cierto orden cronológico entre el cúmulo de notas, para pensar los conceptos gramscianos, y con cierta centralidad, al de hegemonía.

En esta línea de investigación, Valentino Gerratana distinguirá entre una teoría general de la hegemonía y sus distintas formas históricas, diferenciando en las distintas notas de los *Cuadernos* la existencia de nociones que dan cuenta de una categoría de interpretación histórica general y referencias que caracterizan el modelo específicamente burgués de la hegemonía. Como "teoría general" la hegemonía es una categoría que puede referir a distintas clases y grupos sociales y políticos, a la forma en que estos logran ser dirigentes de otras clases y grupos sociales. Un método de interpretación histórica que es formulado de manera universal pero que aparece en las notas carcelarias aplicado al análisis histórico de la hegemonía burguesa en la Italia del *Risorgimento*. Hay que diferenciar, entonces, los momentos dentro del pensamiento gramsciano que refieren a la teoría general de aquellos que tratan los instrumentos e instituciones específicas del ejercicio de la hegemonía por una determinada clase social en determinado contexto histórico (Gerratana, 1977).

Esta distinción, que evidencia formas históricas particulares de la hegemonía, permite, a su vez, pensar que las formas de su ejercicio, sus instituciones e instrumentos, varían históricamente, según la clase social que la ejerza. En este sentido, e interviniendo en el debate político italiano de su época, Gerratana postula que la forma específica que tomara la hegemonía del proletariado se diferenciaba radicalmente de formas anteriores del dominio, permitiendo separar la noción de hegemonía de una concepción de dictadura de clase. La hegemonía proletaria, al no sostenerse en la explotación de ninguna clase, se despliega como un consenso entre el conjunto de los grupos subalternos, como una educación permanente en el autogobierno apoyada en instrumentos e instituciones totalmente novedosas.

Un planteo similar, centrado en las posibilidades de la hegemonía proletaria a partir del consenso del conjunto de los grupos subalternos, se encuentra en la intervención realizada por Biagio de Giovanni, quien busca pensar el desarrollo de la política del PCI a partir de la interpretación del concepto de hegemonía. Para De Giovanni, los análisis carcelarios de Gramsci

crítica, y plenamente política, de las formas de repensar la teoría marxista que estos autores despliegan, descartando erróneamente a sus aportes fundamentales como un debate epistemológico académico escindido de la praxis política (Waiman, 2021).

describen la expansión del Estado y con el de la hegemonía como dirección consensual, ya que la transformación particular en la dominación burguesa que Gramsci analiza en sus notas a partir de la crisis de la forma liberal, se sostiene en una expansión del nexo y la integración entre política y sociedad. La teoría del Estado ampliado responde a dicha expansión, en la cual cada vez más la política estatal se basa en la integración de las masas bajo la articulación de los mecanismos consensuales de la sociedad civil y los gubernamentales. Se trata de una transformación morfológica de la relación estado/sociedad civil "en el sentido de la constitución de un terreno democrático sobre el que la lucha por la hegemonía puede jugarse y resolverse a la luz del sol" (De Giovanni, 1977, p. 60).

Esta transformación histórica de la relación entre masas y Estado permite una lucha a través de la articulación de distintas posiciones políticas, una lucha por la hegemonía en el marco de la democracia, donde la hegemonía de una clase no equivale a la del partido, sino a la de una articulación plural de grupos subalternos. El socialismo aparece así como un proceso transicional de constitución de la hegemonía con el partido como garante de un pluralismo político democrático en el cual se dirige consensualmente al conjunto del pueblo[18]. Se postula entonces una articulación entre hegemonía, democracia y pluralismo que opera como explicación teórica del llamado "compromiso histórico" propuesto por Berlinguer para el PCI[19].

[18] La preocupación de un conjunto de intelectuales del PCI por la democracia, y la separación entre hegemonía y dictadura, responde a las polémicas que enfrentaba el partido en los años 70. Desde la revista *Mondoperaio*, intelectuales del Partido Socialista Italiano plantean que Gramsci y el PCI eran ajenos a la democracia al no aportar teórica y políticamente nada distinto que la dictadura del proletariado leninista, asociada esta, a su vez, con el autoritarismo de la URSS (Colleti,1977; Salvadori, 1977). De modo similar, Bobbio (1975), en su clásico texto *¿Existe una teoría marxista del Estado?,* plantea la falta de tal teoría en la tradición marxista, limitada a la idea de dictadura de clase. Este debate será de fundamental importancia dentro del PCI en el marco de su giro hacia una política pluralista democrática. Las interpretaciones de Gerratana y De Giovani pueden verse, por tanto, como una respuesta a estas intervenciones. Una lectura similar, que busca mostrar un modelo de democracia socialista a partir del concepto de hegemonía diferenciado del de dictadura pueden encontrarse en el libro *Socialismo ed hegemonía in Gramsci y Togliatti* de Nicola Aucielo (1974). De manera similar, Franco Lo Piparo, en su libro *Lingua, Intelectuali, Egemonia in Gramsci*, busca mostrar el origen del concepto de hegemonía en los estudios de Gramsci sobre glotología y en particular en la centralidad de la categoría de prestigio, enfatizando una interpretación consensual del concepto que lo vinculan al pluralismo democrático y la dirección consensual por parte de un grupo social. (Lo Piparo: 1979). Este debate, sobre la relación entre dictadura/democracia y socialismo dista de ser solo italiano, pero aquí tiene la particularidad de estar ligado al pensamiento de Gramsci y su concepto de hegemonía. En paralelo a estos planteos, encontramos importantes desarrollos al estudio de los conceptos de Gramsci en el Congreso Internacional de Estudios Gramscianos, convocado por el Instituto Gramsci en la ciudad de Florencia en 1977. No trataremos aquí las numerosas intervenciones de este congreso, en el cual la categoría de revolución pasiva ocupará un lugar central, y cuyas ponencias pueden verse en: Ferri, 1977.

[19] Se conoce como "compromiso histórico" a la política impulsada por el secretario general del PCI Enrico Berlinguer durante la década de los 70. En líneas generales proponía la colaboración entre los principales partidos políticos con mayor representación nacional en Italia (la Democracia Cristiana, el PCI, y el Partido Socialista Italiano) sobre la base de un consenso en torno a la defensa de las instituciones democráticas y a una política reformista. Esto no se diferenciaba en gran medida de la política que el PCI venía impulsando desde el giro de Salerno pero de forma concreta se plasmó en el apoyo brindado al gobierno democristiano encabezado por Giulio Andreotti en 1978. De esta forma, la política del PCI se articulaba

Unos años más tarde nos encontramos con otra intervención central en la historia de las interpretaciones del concepto de hegemonía, en el estudio de Gianni Francioni quien, valiéndose de un riguroso estudio filológico, buscará desentrañar el desarrollo del concepto de hegemonía en Gramsci respetando la diacronía de su pensamiento y su escritura. En particular el autor destaca una aparición del concepto en los *Cuadernos* que define usos diversificados: un uso genérico, no sistemático y uno más restringido. En el primer caso se trata de un término amplio que refiere a la conducción de un agente, cualquiera sea (una nación, una lengua, una cultura, una ciudad), por otro; es un uso que no representa una conceptualización clara y que es más bien descriptivo. Pero en segundo lugar hay un uso específico que refiere a la relación entre clases sociales, en una teoría general que en los *Cuadernos* encuentra la novedad de su uso para analizar la hegemonía de la burguesía. Se trata de formas que hace falta distinguir pero que se encuentran íntimamente relacionadas por el método de Gramsci, quien construye sus conceptos en una relación dialéctica entre abstracción conceptual y sus determinaciones por el análisis histórico. Lo que va a destacar Francioni, al igual que Gerratana, es la no exclusividad del uso de la hegemonía para el análisis de su forma burguesa; existe la posibilidad de pensarla como categoría de interpretación general que refiere a la supremacía de cualquier clase en diferentes épocas históricas (Francioni, 1984).

¿Cómo distinguir entonces estos usos? El trabajo de Francioni opta por un despliegue cronológico y filológico que distingue entre las notas y dentro de estas en sus distintos énfasis. Francioni transita así el recorrido del concepto desde su primera aparición en la nota 44 del primer cuaderno, donde se extrae el criterio general a partir del análisis histórico, a su extensión y profundización a medida de que Gramsci va desarrollando sus teorías mes a mes en la prisión. La teoría general de la hegemonía aparece entonces como parte integral de la teoría gramsciana de las relaciones de fuerza entre clases, como el momento político en el cual, principalmente desde instituciones de la sociedad civil, una clase logra universalizar sus intereses en pos de su propia expansión. Este movimiento da cuenta, como parte de una teoría política general, de la forma por la que toda clase subalterna deviene Estado y por tanto clase dominante, estableciendo una relación de dirección con otros grupos y clases sociales.

Nos encontramos entonces que en el momento de auge de las interpretaciones del concepto de hegemonía, a fines de los años 70', asistimos al descubrimiento de su existencia bajo distintas

---

con la de otros partidos en un proceso donde la identidad comunista se fundía en una amplia alianza "progresista" que apuntaba a la conformación de coaliciones de gobierno. En palabras de Berlinguer el compromiso histórico era: "el designio de transformación de la sociedad y del Estado por medio de un movimiento unitario y democrático en el cual sean protagonistas, en condiciones de igualdad, todas las fuerzas populares". Esta política debe ser considerada en el contexto de la década del 70 marcada, desde el "otoño caliente" de 1969, por una creciente radicalidad política impulsada por grupos de izquierda por fuera del PCI, que rechazará dicha estrategia apostando al juego dentro de la institucionalidad establecida y oponiéndose a los movimientos radicales de base. El compromiso histórico supone, entonces, un giro a la derecha en el cual el partido se suma al enfrentamiento con la izquierda radical designada como terrorista por el gobierno. La insistencia en las teorías de la hegemonía en relación a la democracia y al pluralismo y como rechazo de la vía insurreccional debe leerse en este contexto. La alianza plasmada en el compromiso histórico llegara a su final en 1980: el asesinato del líder democristiano Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas lleva a la Democracia Cristiana a impulsar una política anticomunista rompiendo así su alianza con el PCI.

formas en la misma obra de Gramsci. Entendidas como antinomias entre las que elegir, como momentos de un desarrollo diacrónico que arriba a un concepto más complejo, o diferenciadas entre una teoría general de la hegemonía y sus formas históricas de ejercicio, lo cierto es que la polisemia del concepto, sus múltiples sentidos, deben ya abordarse como un problema. Nos enfrentamos, por tanto, a dos opciones para una interpretación conceptual. En primer lugar, contamos con la exploración y profundización de una teoría general abstracta de la hegemonía, como una teoría política para el marxismo; opción que ocupará a la mayor parte de las interpretaciones del concepto. Pero a su vez, podemos pensar el concepto desde la profundización de su forma histórica particular. De esta manera, a partir de las interpretaciones surgidas en los años setenta, podemos entender a la hegemonia, además de como una teoría general de lo político, como una forma particular de la dominación burguesa. Queda pendiente, por tanto una exploración sobre hasta qué punto sus elementos históricos son parte constituyente del concepto de hegemonía, y de esta forma lo limitan espacio-temporalmente y en su carácter de clase, dándole así un sentido específico nuevo.

4. Itinerarios de la hegemonía en América Latina: de la ausencia de hegemonía a la hegemonía como respuesta posible a la crisis del marxismo

En paralelo a su difusión en Italia, Francia e Inglaterra, los textos de Gramsci, y con ellos el concepto de hegemonía, comenzaran a diseminarse y usarse en el que quizá sea el territorio más prolífico del gramscismo luego de Italia: América Latina. Gramsci y la hegemonía atravesarán tempranamente la geografía latinoamericana introduciéndose en el debate intelectual y cultural de la región hasta convertirse en referencias casi de sentido común a la hora tanto de analizar las sociedades latinoamericanas como de plantear perspectivas para su transformación. Claro que, al ser América Latina una "unidad problemática" (Aricó, 1999), este recorrido no será igual en los distintos países[20]. Sin embargo, podemos esbozar un itinerario común de las principales interpretaciones y usos de la hegemonía en América Latina; región que se han caracterizado por una lectura particularmente política de las categorías gramscianas, distinguiéndose así de las lecturas filológicas, estructuralistas, o culturalistas predominantes en Italia, Francia o el mundo anglosajón (Liguori, 2013).

La primer mención a Gramsci registrada en el mundo latinoamericano pertenece al marxista peruano José Carlos Mariátegui, quien, en una nota de junio de 1921, en el periódico *El Tiempo* de Lima, lo destaca, y con él al grupo de *L'Ordine Nuovo*, como un gran intelectual del partido comunista italiano (Massardo, 1991). Unas décadas después, y coincidentemente con las primeras publicaciones de sus textos en Italia, el nombre de Gramsci comenzará a circular en los

[20] Los recorridos de Gramsci y sus conceptos en los países latinoamericanos donde estos se han difundido más ampliamente han sido descritos en estudios dedicados a la recepción del autor en los distintos contextos intelectuales nacionales. Contamos así con trabajos que describen y discuten este itinerarios en Argentina (Aricó, 2005; Burgos, 2004 y 2009a; Gago y Sztulwark, 2015; Kohan, 2006), en Bolivia (Calderón, 1991) en Brasil (Coutinho, 1991 y 2015; Segatto, 1988, Secco, 2002, Simionatto, 2004), en Chile (Faletto, 1991; Massardo, 2001), en Colombia (Santofimio-Ortiz, 2018), en Cuba (Acanda, 2006), en México (Alvarez Ortiz, 2015; Cordova, 1991; Ortega Reyna, 2015) y en Perú (Mejia, 1987; Herrera, 2009). Estas investigaciones se suman, en nuestra lectura del concepto de hegemonía en América Latina, a los trabajos que abordan el recorrido de Gramsci en la región, incorporados a lo largo del apartado.

grupos intelectuales ligados al comunismo, pero al igual que sucedía en Europa, será su figura como mártir del fascismo, su valor ético como militante, lo que se rescatará, sin lecturas que realmente analicen y retomen en sus conceptos (Burgos, 2009b). Así, y con ese énfasis interpretativo, encontramos un primer hito del recorrido de Gramsci en la región: en 1947, en las páginas de la revista *Realidad*, el escritor argentino Ernesto Sábato realiza un elogioso comentario de la edición italiana de las *Cartas de la Cárcel;* reseña que constituye el primer comentario crítico de un texto gramsciano en la región (Sábato, 1947).

En este contexto de recepción, en el seno del Partido Comunista Argentino (PCA), un grupo de intelectuales y militantes reunidos alrededor de Héctor Agosti[21], titular de la comisión de cultura del partido, comenzarán a leer y pensar los textos de Gramsci. Se trata de una incorporación propiciada por un momento de fuerte influencia de la cultura italiana sobre el campo intelectual argentino, fundamental dentro de la cultura comunista, que facilita la lectura y la introducción de las discusiones teóricas, estéticas y políticas de la Italia de posguerra (Petra, 2017). De esta forma, primero al interior de este círculo militante y luego en las páginas de la revista partidaria *Cuadernos de Cultura*, los conceptos gramscianos comienzan lentamente a circular y ser discutidos en Argentina mediados de la década del 50', a su vez que se comienzan a traducir y editar, por primera vez fuera de Italia y en un idioma no italiano, las *Cartas* y los *Cuadernos de la Cárcel*[22].

Se trata, en principio, de una iniciativa limitada a este pequeño círculo militante, dentro del cual destacan las figuras de José María Aricó y Juan Carlos Portantiero, y que no será muy bien recibida por la diligencia del PCA: "la labor inicial de hacer conocer a Gramsci fue, en realidad, una actividad ajena a la tradición y a la cultura de los comunistas argentinos y comprometió únicamente a un sector muy limitado de sus intelectuales" (Aricó, 2005: p. 49), que ensayaron un modo particular de traducir en un lenguaje nacional los instrumentos de interpretación gramscianos para repensar la realidad argentina.

Esta experiencia de lectura mostrará así, rápidamente, sus límites para un desarrollo al interior de la estructura del partido, en lo que aparece como una contradicción teórica entre la postura

[21] Sobre la figura de Agosti, su importancia en la introducción del pensamiento gramsciano, y su particular uso de sus categorías para interpretar la cultura y la política argentinas, ver, además del clásico libro de Aricó (2005), los trabajos de Kohan (2004) y Massholder (2011).

[22] Las *Cartas de la Cárcel*, que habían recibido un importante premio literario en Italia, son traducidas y editadas en 1950 por la editorial Lautaro, vinculada al PCA. Luego, a fines de la década de los 50 y principios de los 60', impulsados por el grupo de Agosti, y con un particular protagonismo de José María Aricó, comienzan a traducirse y editarse los *Cuadernos de la Cárcel* en la misma editorial. Siguiendo la edición temáticas organizada por Togliatti en Italia, se publican: en 1958 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce,* con traducción de Isidoro Flaumbaum y prólogo de Héctor Agosti; en 1960, *Los intelectuales y la organización de la cultura,* traducido por Raul Sciaretta; en 1961, *Literatura y vida nacional*, traducido por José Aricó y con prólogo de Agosti; y en 1962 las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, con traducción y prólogo de José Aricó. La expulsión del grupo de jóvenes intelectuales ligados a Agosti que comentaremos a continuación, y la consecuente "expulsión" de Gramsci como interlocutor válido y teórico posible de referencia al interior del PCA, llevan a que se interrumpa este proyecto. Por esta razón, los otros dos libros editados en Italia, *Pasato e Presente* e *Il Risorgimento*, no serán publicados en español hasta 1977 y 1980 respectivamente.

marxista-leninista oficial del partido y las posiciones epistemológicas gramscianas[23]. Este debate intelectual decantará en la expulsión de estos "jóvenes gramscianos" del partido luego de que publicaran, en 1963, el primer número de la revista *Pasado y Presente.* En esta, estos jóvenes lectores de Gramsci abordaron una labor intelectual de cuestionamiento del marxismo-leninismo y buscaron nuevas respuestas teórico-políticas en los desarrollos más avanzados de la cultura de su época. Gramsci aparece, en esta aventura, como una figura clave para la revisión teórica del marxismo. Sin embargo, opera más como una inspiración que como una inscripción teórica o políticamente delimitada en el gramscismo por parte de sus integrantes. Gramsci aparece acompañado de los más diversos debates del marxismo contemporáneo y también de perspectivas que lo excedían, como el existencialismo, el estructuralismo, la fenomenología o el psicoanálisis. Todos estos elementos recorrían las páginas de una revista que "pretendía organizar una labor de recuperación de la capacidad hegemónica de la teoría marxista sometiéndola a la prueba de las demandas del presente" (Ibíd., p.89).

Lo cierto es que lo que aparecía como una disputa teórica expresaba una verdadera ruptura política de este grupo de intelectuales con el PCA y de forma más general con la estrategia política de la Tercera Internacional para América Latina. En sus análisis sobre la historia y la actualidad latinoamericana, la Comintern, y con ella los partidos comunistas de la región, postulaba una condición feudal o semicolonial para Latinoamérica, que implicaba el necesario paso por un momento de revolución burguesa y por tanto, una consecuente estrategia de alianza con sectores progresivos de la burguesía. Una estrategia que había implicado un ataque por parte de los comunistas a los movimientos nacional-populares de la región, caracterizados como fascistas en un alineamiento con la oposición liberal[24]. Pero la Revolución Cubana de 1959 pone en cuestión radicalmente dicha interpretación de etapas, a la vez que comienza a introducir una nueva forma de pensar la estrategia revolucionaria para América Latina. Bajo este impulso, y con la incomodidad que comienza a generar la posición hacia los movimientos políticos que habían logrado movilizar a amplios sectores populares; comienza a gestarse una nueva izquierda latinoamericana que encontrará en Gramsci, y en otros autores "heterodoxos", una inspiración teórico-política en su diferenciación con el comunismo tradicional (Sigal, 2002; Terán, 1993). Esta disputa anuda la recepción de Gramsci en la región y, si en principio es solamente argentina, se replica luego en otras geografías de América Latina.[25]

---

[23]La discusión sobre Gramsci en el seno del PCA se da a partir de la inclusión, resistida por la intelectualidad oficial del partido, del artículo "Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad", de Oscar del Barco, en la revista oficial *Cuadernos de Cultura*. En este artículo, el joven intelectual cordobés criticaba desde una lectura de Gramsci las posiciones epistemológicas oficiales sostenidas desde el libro *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin. El artículo fue acompañado de una advertencia que aclaraba que se trataba de un posición no compartida por el resto del partido y fue luego duramente criticado en artículos posteriores de los filósofos oficiales. Se anticipaba así, en el rechazo del PCA a la incorporación teórica de Gramsci, la expulsión de quienes desde sus textos buscaban una renovación teórica y política.

[24] Una interesante y resumida crítica a la historiografía del comunismo argentino, sobre su dependencia de las interpretaciones liberales de la historia argentina y sobre su imposibilidad de entender el fenómeno del peronismo, puede encontrarse en un temprano artículo de Portantiero (1964) publicado en el número 5/6 de la revista *Pasado y Presente*.

[25] Esto se produce, principalmente, a partir de la circulación, aunque limitada, de las ediciones argentinas de los *Cuadernos*, por la difusión de debates gramscianos en las páginas de la propia revista *Pasado y*

Para esta nueva izquierda, Gramsci opera como una vía de crítica al economicismo, desde un historicismo que permite pensar desde las especificidades históricas y que destaca los aspectos subjetivos de los procesos sociales. A su vez, sus reflexiones, al otorgarle un rol preeminente a los intelectuales y al ámbito de la cultura, parecen dar un sentido de pertenencia, y de función histórica a los integrantes de estos grupos en su búsqueda de un acercamiento a la clase obrera. Gramsci abre así una interrogación sobre nuevas formas de organizar una voluntad revolucionaria en las masas, retomando un leninismo abandonado por los partidos comunistas de la región. Las lecturas de estos partidos sobre América Latina, así como los compromisos que implicaba una política determinada por un "defensismo" de la URSS, habían llevado a su inmovilidad política y a su falta de organicidad con las masas populares del continente. Frente a ello, el PCI, gran partido de masas con cierta autonomía de Moscú, opera, en su referencialidad en Gramsci, cierta atracción, en un contexto donde las experiencias revolucionarias del tercer mundo desafiaban los análisis comunistas tradicionales.

Desde esta perspectiva, en una productiva y original "traducción", las categorías gramscianas se volverán una herramienta central en las reinterpretaciones por parte de la nueva izquierda de las diversas realidades nacionales latinoamericanas. Se trata de lecturas que piensan a la operación gramsciana como una "traducción" para las condiciones específicas de Italia de las fórmulas bolcheviques, y que encuentra cierta similitud entre las esas condiciones y ciertas características latinoamericanas como parte de un "occidente periférico" (Portantiero, 1999). Al retomar a Gramsci, se buscaba, por tanto, desplegar una política comunista que se apoyara en un análisis gramsciano de la historia y la cultura de cada país de la región (Aricó, 2005; Concheiro, 2013; Fernández Díaz, 1995; Massardo, 1991).

En suma: teóricamente, este ejercicio de traducción conlleva a un cuestionamiento de los esquemas ortodoxos del marxismo-leninismo, repensando el lugar de la voluntad, la acción política y las especificidades histórico-culturales de cada país, aunque, en este primer momento de recepción, entendiendo a Gramsci como un continuador de Lenin. Políticamente, esta reivindicación voluntarista-leninista del pensamiento gramsciano se articula con posiciones maoístas, castristas, guevaristas o nacional-populares, que se expresaran, a su vez, en diálogos

---

Presente y otras revistas de la nueva izquierda latinoamericana, así como por cierta incorporación de las categorías gramscianas en el discurso académico de las ciencias sociales. A su vez, será de gran importancia para estos debates teórico-políticos la tarea que se dan los "gramscianos argentinos" al editar textos fundamentales del marxismo contemporáneo en los *Cuadernos de Pasado y Presente* (Crespo, 2009; Cortes, 2015). Existen también otros recorridos en este itinerario de Gramsci en la región. Por ejemplo, el pensamiento gramsciano influenciará a la teología de la liberación latinoamericana, a partir de la estancia del sacerdote peruano Gustavo Gutierrez en Roma entre 1959 y 1960, donde tomará contacto con los textos gramscianos (Massardo, 1991). Por su parte, en Brasil se asiste a un recorrido particular en la incorporación de Gramsci, dada la diferencia idiomática, en el que la figura de Carlos Nelson Coutinho será central. Este intelectual comunista realiza importantes interpretaciones del pensamiento gramsciano y de la realidad brasileña en dicha clave y traduce gran parte de sus textos al portugués. Bajo su impulso los *Cadernos do Cárcere* se publican en Brasil bajo la editorial Civilizagao Brasileire con los siguientes títulos: *Concepção dialéctica da história* (El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce) (1966) traducido por Coutinho y Konder; *Literatura e vida nacional (*1968); *Os intelectuais e a organização da cultura* (1968), ambos traducidos por Countinho; y *Maquiavel, a política e o Estado moderno* (1968) traducido por L. M. Gazzaneo.

y cruces con los diversos movimientos políticos de la región en la búsqueda de nuevas formas para la acción revolucionaria que se diferenciaran de la ortodoxia comunista (Burgos; 2009b).

Dentro de este espíritu de la recepción de las ideas gramscianas, de este "momento maquiavélico-jacobino" (Ibíd.) de inspiración leninista bajo el impacto de "los años de Cuba" (Aricó, 2005), el concepto de hegemonía muestra un uso particular. Aunque empiezan a plantearse las condiciones para generar una hegemonía de la clase obrera en Latinoamérica, este será fundamentalmente utilizado para analizar y explicar las formas históricas de constitución de la dominación burguesa y el estado en los países de la región. Se plantea, entonces, una lectura que destaca las deficiencias de este proceso con respecto a la matriz de los países europeos desarrollados y la consiguiente falta de una dominación hegemónica en América Latina. Es decir, durante los años sesenta y setenta, la hegemonía servirá, más que para designar una estrategia o un concepto de teoría política, como un instrumento para el análisis de las diversas realidades nacionales, bajo un diagnóstico generalizado de la ausencia de hegemonía en los países latinoamericanos.

Desde estas lecturas, y a medida que consolidan los regímenes autoritarios en la región, el concepto de hegemonía pasa de este uso "historiográfico" a un uso en los análisis de la actualidad socio-política latinoamericana, que pasará a ser entendida en términos de crisis de hegemonía. Crisis en la que la forma de dominación anterior, tanto en su forma oligárquica como populista, ya no puede contener y dirigir el conjunto social, pero en la que tampoco se puede constituir una forma nueva y estable a dicha dirección. Crisis, a su vez, en la que los subalternos tampoco cuentan con la fortaleza necesaria para asumir la dirección social y crear una nueva hegemonía. Una situación de "crisis de hegemonía", de "empate hegemónico" entre las fuerzas populares y las clases dominantes, en la cual la salida autoritaria aparece como la única posible para la burguesía (Lechner, 1977; Nun, 1966; Portantiero 1973 y 1977).

Nos encontramos así con un conjunto de análisis de las realidades latinoamericanas a partir del concepto de hegemonía. Un uso de Gramsci que se produce, principalmente, en las organizaciones políticas pero que comienza a ser incorporado en los análisis académicos de las nacientes ciencias sociales de la región. En estos cruces y vínculos entre universidad y movimientos políticos, aparece un uso común del concepto en el que se destaca el carácter no-hegemónico de la dominación histórica en la región así como la crisis de hegemonía en su actualidad. El concepto de hegemonía como herramienta de análisis concreto limita así su interpretación como parte de una teoría general de lo político en el marxismo, y forma parte de un discurso que, aunque los complejiza, no rompe con los esquemas del marxismo clásico. De esta manera, y como parte de una lectura política en clave leninista de Gramsci, el concepto de hegemonía será fundamentalmente utilizado en combinación con otros elementos de renovación teórica, como la teoría de la dependencia o el estructuralismo, para realizar mejores análisis de las realidades nacionales sin ser interpretado como un elemento para una transformación teórica y política profunda del marxismo mismo[26].

[26] La influencia de los planteos estructuralistas en la recepción latinoamericana de Gramsci, constituye un interesante objeto de debate. Mientras que en un primer relato se plantea que solo tras el abandono de las posiciones althusserianas, a fines de los setenta, Gramsci puede realmente ingresar en el pensamiento latinoamericano (Cordova, 1991; Coutinho 1991; Massardo, 1999); estudios más recientes han mostrado la convivencia de ambos autores en los análisis y planteos teóricos de la intelectualidad de la región.

Pero aún sin proponerse una teorización del concepto, estas lecturas en clave de ausencia de hegemonía suponen una forma particular de interpretar el concepto. La "vacancia de hegemonía", o el "vacío hegemónico" (Portantiero, 1973), implica que deben existir condiciones históricas particulares para que se produzca dicho fenómeno. Es decir, la hegemonía es un producto posible pero no necesario de las relaciones de fuerza entre clases y no constituye una condición presente en todas las sociedades. La hegemonía se especifica como una forma de ejercer la dominación que supone una particular relación entre masas y clases dominantes y que implica una serie de mediaciones y articulaciones político-estatales que pueden no existir. Sin conceptualizarla, la hegemonía opera entonces como una forma histórica de la dominación burguesa que se encuentra ausente en las sociedades latinoamericanas. El concepto limita así sus alcances teóricos al implicar condiciones histórico-políticas específicas para su producción.

Este énfasis interpretativo se modificará a partir del exilio de la intelectualidad de izquierda ante la persecución y represión de los regímenes militares. Un exilio que será el escenario para una revisión de las propias posiciones teóricas y políticas desde un encuentro y diálogo entre intelectuales de distintos países latinoamericanos. México, país que recibe a muchos de estos exiliados y les brinda un lugar institucional en el seno de sus universidades, será el escenario privilegiado de esta discusión. En esta se buscará articular un nuevo vínculo entre socialismo y democracia diferenciándose de la estrategia política anterior y su deriva en la lucha armada, en una autocrítica de la violencia política y su desenlace en el terror de las dictaduras. A la vez, este replanteo implicaba una nueva reflexión sobre la teoría marxista, que debería, ahora sí, y finalmente, romper con un pensamiento economicista para pensar un lugar privilegiado y autónomo de lo político (Cortes, 2016).

Desde esta revisión crítica, que conlleva el abandono, teórico y político, del leninismo, se buscará desplegar una teoría política marxista en la que la interpretación sobre concepto de hegemonía ocupará un lugar central. El seminario *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, organizado en la ciudad de Morelia en 1980, ocupa un lugar destacado en la formación de este nuevo uso e interpretación del concepto de hegemonía (Labastida Martín del Campo, 1998)[27], en este, en palabras de Aricó, uno de sus principales propulsores:

Existe, por tanto, más que una relación de exclusión entre Gramsci y Althusser, una serie de lecturas que combinan y articulan los planteos estructuralistas y gramscianos (Starcenbaum, 2015 y 2016). La incorporación de las categorías gramscianas se produce en un ambiente, que al menos como clima de época, habla y piensa en sentido althusseriano, y combina sus conceptos con una serie heterogénea y ecléctica de nuevos elementos para el pensamiento de lo social. Por esta razón, siguiendo a Acha (2014), sería pertinente cuestionar, para el caso de *Pasado y Presente* como ejemplo paradigmático, la autointerpretación de "gramscianos argentinos" realizada por Arico. Esta podría leerse como una justificación de las posiciones políticas posteriores de dicho grupo, sin dar cuenta del uso de Gramsci más como un signo para el activismo político que como verdadera inscripción teórica. En el mismo sentido, cabría preguntarse hasta qué punto la teoría de Gramsci, y su particular incorporación por parte de la nueva izquierda latinoamericana, significaba realmente, en los años sesenta y setenta, una ruptura teórica y política profunda con los cánones de la izquierda tradicional.

[27] Otro espacio importante para estas discusiones será la revista *Controversia*, que oficiará de foro de discusión y reunión entre los intelectuales argentinos exiliados en México provenientes de las tradiciones comunista y peronista, y donde la realidad y perspectivas argentinas aparecerán frecuentemente

> El eje en torno al cual giró todo el debate fue el concepto gramsciano de hegemonía, su validez como instrumental teórico y político para reconsiderar desde la perspectiva del presente las limitaciones de la teoría marxista de la política y del estado: las reelaboraciones mediante las cuales tal teoría podía reconquistar su potencial crítico y productor de estrategias de transformación en el terreno concreto de la realidad latinoamericana y, finalmente, la relación de continuidad o de ruptura que podía establecerse entre las elaboraciones de Gramsci y la tradición leninista (Aricó, 1998: p. 12).

Desde un diagnóstico sobre las insuficiencias de un marxismo que comienza a ser planteado, en consonancia con los planteos europeos contemporáneos, como en crisis, y desde una reflexión que revisa la propia práctica política de las izquierdas latinoamericanas, el concepto de hegemonía aparece como la llave para reelaborar la teoría y la práctica política marxista. Para permitir nuevas perspectivas para el análisis y la transformación de las sociedades latinoamericanas. El concepto gramsciano de hegemonía será por lo tanto interpretado, principalmente, como parte de una nueva teoría general de lo político que pueda superar la crisis del marxismo al dar cuenta plenamente de la articulación política de lo social.

> […] el de hegemonía no es un concepto más, destinado a completar la teoría del estado o a llenar algunas lagunas en el análisis marxista de las superestructuras, que dicho concepto no viene a agregarse a un marco teórico preestablecido para ocupar allí su lugar, sino que comporta una renovación positiva y crítica de ese marco teórico, un nuevo principio de análisis de la sociedad y de la política y, en ese medida, una refundación de la teoría marxista en su conjunto, correlativa a una nueva concepción de la praxis política misma. (De Riz y De Ipola, 1998: p. 61)

El concepto de hegemonía debía entonces retomarse en los aspectos en los que supera la noción leninista de alianza de clase, para dar cuenta de la constitución política de los sujetos sociales, revalorizando los espacios y aspectos de la sociedad que permitían una articulación de las diversas fuerzas populares. El concepto de hegemonía permite, por tanto, pensar en términos de la construcción de un sujeto que lleve adelante las reivindicaciones del socialismo, que se vuelve el resultado de un largo proceso de producción y reconfiguración de la sociedad. Contra la idea de un sujeto ya dado que debe ejercer la dictadura sobre el conjunto de la sociedad, la reinterpretación de la hegemonía conlleva, no solo un nuevo principio para el análisis de las sociedades, sino también una nueva concepción general del ejercicio de la política que abre paso a una nueva articulación entre socialismo y democracia.[28]

---

analizadas desde el concepto de hegemonía. Para un análisis de la expereicnia intelectual de esta revista ver: Gago, 2012; Montaña, 2017 y Reano, 2012.

[28] Esta nueva forma de entender la hegemonía, como una forma de ir más allá del marxismo clásico, se encuentra fuertemente influenciada por los aportes teóricos de Ernesto Laclau y Chantall Mouffe, cuyos aportes a la interpretación de la hegemonía veremos en el siguiente apartado. Ambos autores participan del Seminario de Morelia (Laclau, 1998; Mouffe, 1998), que constituye un momento central para sus elaboraciones posteriores en las que, rompiendo con su propio marxismo estructuralista, buscan en el concepto de hegemonía una teoría de la articulación política de lo social. Si bien esta forma de pensar el concepto de hegemonía, en su articulación con la democracia, y en su crítica al leninismo constituye el espíritu de las principales intervenciones teóricas del seminario, no todas las exposiciones del mismo

La reflexión desde el exilio, recupera así a Gramsci como el "teórico de la hegemonía", operando una transformación significativa sobre la intelectualidad latinoamericana que comenzará a complejizar sus usos y desarrollos del concepto gramsciano. Pensando la hegemonía desde una idea de la revolución como un largo proceso de transformación, no ya como un asalto al poder, el concepto deberá poder dar cuenta de las diversas luchas que atraviesan la sociedad y de sus impactos sobre el Estado. Deberá también poder articular una forma democrática para este proceso a partir de una complejización sobre las formas de ejercicio de la dominación hegemónica y de superar sus deficiencias en América Latina.

Dentro de este movimiento de interrogación sobre el concepto de hegemonía, el argentino Juan Carlos Portantiero, por ejemplo, realiza un particular "uso de Gramsci", profundizando sus trabajos socio-históricos sobre la región. Analizando una serie de países caracterizados como de "modernización temprana", Portantiero buscará pensar la actualidad de la crisis hegemónica como producto de la activación política de los subalternos a partir de los proyectos nacional-populares, y de la incapacidad de las clases dominantes de articular una nueva forma de dominación frente a esta presencia de las masas. Es decir, en su análisis, los populismos no aparecen como un momento en la historia de las clases dominantes, sino como la forma de activación política de las masas que, aunque de forma heterónoma a un proyecto propio, pasan a un momento de acción política a partir de su mediación por y en el Estado (Portantiero, 1998).

A partir de este diagnóstico, Portantiero realiza una complejización conceptual de la hegemonía, en una propuesta teórica que piensa la crisis no desde la lógica de la acumulación, sino desde la política y el conflicto. Retomando una conceptualización gramsciana, pero inspirado en los planteos de Poulantzas, el Estado capitalista aparece como un producto de las correlaciones de fuerza en toda la sociedad, como un espacio en el que se debe articular la incorporación/exclusión de las clases subalternas en su seno. En este sentido, la hegemonía debe entenderse a partir de los procesos históricos de construcción institucional que permiten la producción de acciones hegemónicas: "la hegemonía implica necesariamente una dimensión organizacional: no hay producción de hegemonía sin desarrollo de instituciones o aparatos, sin una práctica estructurada materialmente, de la lucha ideológica, cultural y política" (Ibíd.: p. 282). Es decir, en los procesos de constitución de las clases como fuerzas políticas que luchan por la dirección social, estas erigen, en el seno de la sociedad civil, una serie de instituciones propias. Pero a su vez, estas instituciones se convierten en formas de mediación entre las clases y el Estado, que incorpora a las masas desplegando formas institucionales que permitan su presencia y la de sus organizaciones en su seno. En este movimiento, mientras las clases subalternas persiguen su unidad mediante su constitución política, las clases dominantes la logran en y a través del Estado desde el cual incorporan de manera subordinada a las clases

siguen esta línea. Por el contrario, podemos encontrar intervenciones que vuelven a reivindicar una línea de continuidad Lenin-Gramsci y que retoman el concepto de hegemonía como una forma más compleja de la alianza de clases o que la presentan como una articulación de sectores en lucha contra el imperialismo (Loyola Díaz y Martinez Assad, 1998; González Casanova, 1998). En consonancia con estas críticas, también en los años del exilio mexicano, y reaccionado contra la influencia laclausiana, Boron y Cuellar (1983) critican la "interpretación idealista" de la hegemonía desde una posición leninista y que teóricamente se mantiene en las formas clásicas del marxismo.

subalternas en vínculos relativamente estables. En esta operación, en suma, se produce una hegemonía sobre las clases populares aun dentro de la dinámica conflictiva de sus luchas.[29]

Portantiero plantea entonces la existencia de sucesivas fases estatales en las que se desarrollan, a partir de esta dimensión productiva de la conflictividad social, diversas instancias organizacionales de articulación entre Estado y sociedad civil. Estos vínculos son pensados desde sus dos dimensiones: en un modelo de desarrollo, que permite la articulación con la acumulación y el crecimiento económico; y en un modelo de hegemonía, como una relación específica entre masas y Estado. Las crisis de hegemonía se producen por tanto cuando las mediaciones estatales son desbordadas por la conflictividad y pierden por tanto su capacidad de incorporación subordinada de las masas; una crisis que se produce políticamente y cuya resolución también depende de nuevas articulaciones políticas.

De esta manera, destacando su dimensión organizacional, podemos pensar la hegemonía desde una sociología histórica de las transformaciones del estado como sistema de dominación, fundando "el análisis político de la producción de hegemonía como una relación específica entre masas e instituciones" (Ibíd., p: 291). En suma, entendida como un sistema hegemónico a partir de diversas organizaciones en las que se produce, se media y se organiza el conflicto entre fuerzas sociales: "La hegemonía es el proceso a través del cual una clase se produce a sí misma como sujeto histórico. Es una construcción social y como tal se expresa en multiplicidad de organizaciones y de prácticas por las que una clase fundamental al reconstruir su unidad como sujeto político es capaz de dirigir al pueblo-nación. Es el resultado de una tensión permanente entre movimientos políticos y movimientos sociales en el interior de una conflictualidad que jamás debería clausurarse" (Ibíd., p. 299)

De manera análoga, el boliviano René Zavaleta Mercado también realiza una original y productiva apropiación de los conceptos gramscianos en su búsqueda de interpretar las formas de expresión y organización de las masas en América Latina. El autor ensaya una lectura basada sobre la heterogeneidad de formas de despliegue histórico de la relación sociedad civil y estado, diferenciándose de una visión sistemática que propone teóricamente una forma de articulación unívoca entre estas instancias de lo social. Inspirado en Gramsci, Zavaleta propone el concepto de ecuación social para investigar las distintas formas históricas específicas "de entrecruzamiento entre la sociedad civil, las mediaciones y el momento político-estatal", en el cual "Lo decisivo en todo caso es retener el carácter móvil, cambiable y aleatorio de las instancias. [...] El Estado y la sociedad, por eso, se invaden, se reciben y se interpretan de acuerdo con las circunstancias de la realidad concreta […]" (Zavaleta Mercado, 2009a: p. 334).

[29] La interpretación del concepto de hegemonía por parte de Portantiero muestra una clara influencia del estructuralismo francés, particularmente de los aportes de Althusser y de Poulantzas, que dan forma a su particular gramscismo (Frosini, 2016). Podemos encontrar una influencia similar en su compañero Aricó, quien recurre a la categoría de formaciones sociales como punto de partida de su utilización del concepto de hegemonía para el análisis político y social (Aricó, 2012). De esta manera, aun cuando ambos autores plantean sus diferencias con Althusser, y buscan con Gramsci un marxismo sostenido sobre el conflicto más que sobre las estructuras, se encuentran todavía operando en los esquemas estructuralistas de articulación de instancias, buscando pensar las distintas temporalidades y diferencias entre estas y su unidad en el conjunto social. Por esta razón, su insistencia en la autonomía y la primacía de lo político no parece romper con un marxismo de relaciones complejas entre instancias de lo social, sino simplemente exagerar la autonomía de una de estas e invertir tendencialmente la relación de determinación.

Es decir, lejos de suponer una teoría general de articulación de las instancias, de predominio de una de estas sobre la otra, lo que se busca es indagar en las formas históricas de constitución de este vínculo, para pensar también, las formas de presencia de las masas en dicha ecuación. En este sentido, y contra las visiones estructuralistas que vuelven a toda organización un aparato de estado que articula la dominación, Zavaleta Mercado busca pensar el carácter aleatorio de las mediaciones institucionales entre masas y estado. En este sentido, depende de mutaciones históricas si organizaciones como sindicatos o partidos pertenecen al sistema estatal o, por el contrario, si actúan como formas de las masas contra el estado.

Dentro de estas reflexiones, el concepto de hegemonía también será visto desde el prisma de su contextualización específica. Zavaleta Mercado crítica la lectura estructuralista del estado capitalista como estado hegemónico, que vuelve universal lo que corresponde a un contexto histórico europeo particular. A su vez, describe una idealización de la dominación hegemónica, que no tiene en cuenta la existencia de formas de "hegemonía negativa", de construcción autoritaria para la incorporación pasiva de los subalternos, como en los casos de los fascismos europeos. Se distingue así no solo entre situaciones con y sin hegemonía, sino entre distintas formas del fenómeno hegemónico burgues que suponen a su vez distintas formas de intervención estatal: "Es un hecho que la sociedad más sana, desde el punto de vista capitalista, es aquella en que la burguesía ha podido implantar su hegemonía sin el recurso al Estado, como ocurrió en la Francia prerrevolucionaria. Por el contrario, el grado de autonomía societaria del acto hegemónico es casi un coeficiente del desarrollo estatal, porque el Estado debe intervenir más donde hay menos desarrollo de la sociedad civil. (Ibíd.)

Ya en su reflexión sobre las especificidades de América Latina, Zavaleta Mercado invierte la conceptualización clásica sobre la complejidad de las sociedades civiles en países "desarrollados" y "atrasados", planteando la existencia de sociedades civiles más complejas en la región, ya que estas no han sido homogeneizadas por el desarrollo capitalista (Zavaleta Mercado, 1986). En estas sociedades la posibilidad de una dominación hegemónica se vuelve más difícil por las diversas realidades que se deben incorporar, por lo que los intentos de hegemonía suelen estar dados de formas autoritarias, por estados que buscan implantar por arriba una unidad que no responde a las características de la propia sociedad.

Desde esta perspectiva, Zavaleta Mercado no plantea una unidad entre democracia, hegemonía y estado, sino que, por el contrario, busca repensar la democracia a partir de las formas de autoconstitución de las masas en la sociedad civil. Existe por tanto más bien una denuncia de la hegemonía como forma de dominación burguesa y una apuesta por el desarrollo de formas propias de autogobierno subalterno como verdadera democracia. Estas, aun cuando se valgan y profundicen las posibilidades de la democracia liberal, se oponen al Estado y a sus formas violentas de homogeneización, hegemónica, de lo social (Zavaleta Mercado, 2009b).

En las formas de interpretación de la hegemonía en Portantiero y Zavaleta Mercado encontramos por loo tanto preocupaciones similares[30] que, si bien dan lugar a pensar la disputa por la hegemonía dentro del espacio estatal, muestran una clara preocupación por el desarrollo de las formas propias de organización de las masas en la sociedad civil. Sin embargo, dentro de

[30] En una perspectiva similar se podrían sumar los aportes del chileno Norbert Lechner en sus reflexiones sobre la constitución del orden político desde los conceptos gramscianos (Lechner, 2012).Para un análisis de la reapropiación del concepto de hegemonía por Lechner, ver Artese: 2018.

la reflexión latinoamericana sobre Gramsci y la hegemonía, será la intervención del brasileño Carlos Nelson Coutinho la que más profundamente plantee una concepción centrada en la sociedad civil y preocupada por el desarrollo de las formas democráticas. La hegemonía en esta visión, se asociará a una dirección consensual producto del debate democrático en la sociedad civil, que aparece como espacio de verdadera autonomía frente a los momentos autoritarios del Estado. A su vez, desde esta concepción, la democracia pasa a ser pensada como un valor universal que permite el propio proceso de lo político en la constitución de hegemonía, más que como meramente un régimen de gobierno (Coutinho, 1980, 2006 y 2012).

Inspirado explícitamente en el "giro democrático" del PCI, Coutinho busca enfatizar la autonomía relativa de la sociedad civil como espacio donde se dirime una hegemonía entendida como consenso y donde el estado integral gramsciano se asocia la inclusión de diversos sujetos políticos en su seno. En este sentido, en su interpretación de la hegemonía, el autor transformará los conceptos de tal forma en la que proceso revolucionario y pluralismo democrático terminarán siendo sinónimos (Freeland, 2014). La democracia será pensada entonces como el espacio vital del despliegue de un proceso de largo aliento de transformación de la sociedad a partir del desarrollo de organizaciones de los subalternos en la sociedad civil que se oponen a las formas autoritarias y corporativas de la dominación y que ejercen una presión desamortizadora sobre el Estado. Se trata de una interpretación "societalista" de Gramsci y la hegemonía que anuncia el giro político de la intelectualidad de izquierda latinoamericana hacia posiciones socialdemócratas en la década del ochenta, una vez terminada la larga noche de las dictaduras.[31]

En su conjunto, las interpretaciones latinoamericanas del concepto de hegemonía parecen mostrar cierta unidad con los momentos interpretativos europeos anteriores, así como operan como una bisagra de lo que serán las interpretaciones posteriores en el marco de la crisis del marxismo. Retomado desde un análisis socio-histórico con influencias estructuralistas, la hegemonía será pensada en sus formas históricas particulares como un fenómeno de la dominación burguesa ausente en Latinoamérica. En este movimiento, los conceptos gramscianos se introducen en la región como una forma de ruptura con los partidos comunistas desde una complejización de los diagnósticos sobre la constitución histórica y las formas

[31] La vuelta del exilio de muchos de estos intelectuales en la década del ochenta profundiza, en un nuevo contexto intelectual, los intentos de crítica y distinción frente a un pasado autoritario y por una reivindicación de la dimensión democrática, en el cual la figura de Gramsci será central (Freibrun, 2014; Lesgart, 2003). Aun cuando no es objeto de teorizaciones in extenso, el concepto de hegemonía se desplegara en su articulación con el concepto de democracia, visto este nexo desde el prisma de la sociedad civil, la opinión pública y la democratización del Estado (Nun, 1987; Portantiero, 1988). Se tratará entonces de reivindicar una autonomía de la sociedad civil frente a los aparatos corporativos y estatales identificados con el autoritarismo, y de pensar una política desde un pluralismo político que rechace las posiciones clasistas anteriores y que remplace la idea de revolución por las de reforma en el marco del juego democrático. En la Argentina, muchos de estos intelectuales apoyaran al gobierno radical de Raul Alfonsin, privilegiando una forma de consolidación de la cultura democrática y anti-corporativa sobre la constitución de una hegemonía de las clases subalternas. Muchas de las discusiones teóricas y políticas de esta década se producirán en el Club de Cultura Socialista (Ponza, 2013) y en las revistas La Ciudad Futura (Montaña, 2014) y Punto de Vista (Mercader, 2018).

actuales de la dominación en los países de la región, que conllevan, a su vez, una ruptura con un marxismo-leninismo clásico.

El fracaso de los movimientos políticos de esta nueva izquierda inspirada por Gramsci llevaran, en el exilio, a una profundización de esta revisión teórica, en la que el concepto de hegemonía operará como respuesta a una crisis que ya no se plantea solo como del marxismo ortodoxo, sino como del marxismo en su conjunto. El concepto de hegemonía deberá entonces ser profundizado para dar cuenta de una nueva forma de pensar la política desde el marxismo; una nueva teoría de lo político que repiense la articulación entre sociedad, estado y masas, para imaginar una nueva política de transformación social que recupere y reivindique la dimensión democrática. Encontramos entonces un uso original del concepto de hegemonía, que busca pensar la autonomía y el privilegio de lo política como forma de finalmente superar los determinismos económicos y las profecías históricas del triunfo de una clase que habían llevado a una derrota sangrienta de la izquierda latinoamericana.

5. Lecturas contemporáneas, hegemonía, constitución de lo político y filosofía de la praxis

Pocos años después de esta explosión del pensamiento gramsciano impulsada por la nueva publicación de los *Cuadernos* y por la difusión de Gramsci en los debates en el marxismo francés, latinoamericano y anglosajón, se sucederá una década de "luces apagadas", de "eclipse" del debate intelectual sobre la figura de Gramsci. La suerte de su pensamiento parece jugarse en su incorporación a nuevas disciplinas más que en un debate de su obra y sus consecuencias para el marxismo. Un eclipse que excede al pensamiento de este autor, que es parte de la pérdida en la centralidad del pensamiento y la cultura marxista, de una "crisis del marxismo" ahora acusado de totalizante, determinista y autoritario.[32]

Existirán, no obstante, aunque en menor cantidad y menos desarrolladas, intervenciones que volverán a explorar los textos gramscianos buscando allí las fuentes de un marxismo distinto a aquel entrado en crisis. Estas interpretaciones empezarán a versar, fundamentalmente, sobre las contribuciones gramscianas en la construcción de una filosofía de la praxis, entendida ahora en sus diferencias con la teoría y la práctica marxista tradicional, como una forma de marxismo gramsciano no determinista, anti-economicista y democrático (Liguori, 2012). En este camino, desde otra perspectiva y en lo que hace a una teoría de la hegemonía, la reformulación conceptual realizada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en su influyente libro *Hegemonía y Estrategia Socialista,* signará las discusiones sobre la hegemonía hasta la actualidad.

[32] En la crisis del marxismo de la década del 80' confluyen un creciente divorcio entre las luchas sociales y la teoría marxista petrificada y una fuerte derrota de los movimientos revolucionarios que consolida un giro neoconservador en todos los ámbitos, incluido el intelectual. En este contexto, nuevas teorías cuestionan los postulados marxistas en un paulatino abandono de gran parte de la intelectualidad de su afiliación al marxismo. Separación teórica que se expresa también en el distanciamiento político con los partidos comunistas y con la idea de una alternativa a la sociedad capitalista, que más que superada debía ser mejorada. Si bien el término "crisis del marxismo" se encuentra hoy vinculado con este momento histórico, cabe destacar que dicho fenómeno no es exclusivo de la década de 1980. El marxismo parece revivir sus crisis en los diversos momentos de derrota de movimientos revolucionarios, cuestionando la validez teórica de sus postulados. (Tosel, 2008)

Para Laclau y Mouffe la potencia y la novedad diferenciadora del concepto de hegemonía con respecto a la tradición marxista clásica reside en su capacidad de dar cuenta del carácter político de la unidad de la clase, o mejor dicho, de la articulación política necesaria para la construcción de toda "voluntad colectiva" en una unidad que no se supone entonces derivada automáticamente de lo económico. Por esta razón, proponen una vuelta teórica al concepto gramsciano ya que, "detrás del concepto de hegemonía se esconde algo más que un tipo de relación política complementario de las categorías básicas de la teoría marxista; con él se introduce, en efecto, una lógica de lo social que es incompatible con estas últimas" (Laclau y Mouffe, 2004: p. 27). Pero Gramsci, más allá de su gran aporte, seguiría atado a cierto esencialismo economicista al reconducir esta articulación a clases fundamentales. Es decir, a pesar de descubrir la lógica de la hegemonía, termina cerrando la posibilidad misma de un terreno de articulaciones políticas contingentes al reducirla a un "determinismo" de clase. Lo que Laclau y Mouffe se proponen es realizar un desarrollo del concepto más allá de Gramsci que les permita afirmar el carácter relacional y político de la lógica que da forma a lo social.

Hegemonía designará entonces la categoría central para explicar la construcción de todo campo, identidad o sociedad, como práctica articulatoria que instaura puntos nodales privilegiados que dan sentido a lo social entendido como discurso. Esta práctica se produce a través del enfrentamiento con otros sentidos antagónicos posibles ya que solo será posible instituir precariamente un orden mediante la exclusión radical de un elemento; estableciendo una frontera antagónica frente a la cual todos los momentos diferenciales del nuevo discurso pasan a ser equivalentes. El resultado de una hegemonía exitosa será, entonces, la construcción de un sistema estructural de diferencias, de identidades relacionales. Sistema en el cual una de sus partes logrará representar la totalidad erigiéndose como hegemónica y rivalizando antagónicamente con otros sentidos posibles. Hegemonía, por tanto, es el nombre que Laclau y Mouffe dan a la relación política que explica la existencia de toda articulación social.

Con esta reformulación de la hegemonía nos alejamos del pensamiento de Marx y de Gramsci en una nueva teorización que hace de este concepto, entendido de forma postestructuralista, la explicación de la lógica de todo fenómeno social. No es aquí el lugar para emprender una crítica de esta conceptualización "posmarxista" y de su diferencia radical con elementos centrales del pensamiento gramsciano[33]; lo que aquí nos interesa es su impactó en posteriores interpretaciones del concepto de hegemonía. La intervención de Laclau y Mouffe es un hito en la transformación de la hegemonía gramsciana, ubicándola como parte de una teoría política más allá del marxismo; pero también, un punto de referencia y discusión para aquellos intérpretes que busquen con Gramsci reivindicar esta tradición teórica y política.[34]

[33] Hemos emprendido la crítica al pensamiento de Laclau y Mouffe y a sus lectura de Gramsci y del marxismo en otros trabajos (Waiman, 2013a, 2013b y 2017).

[34] En términos de estrategia política las reflexiones contenidas en *Hegemonía y Estrategia Socialista* apuntan a la constitución de una democracia radical, entendida como una política de articulación de las luchas surgidas en los 60's y 70's, y su transformación en demandas democráticas. El objetivo de esta alianza era poder plantear una política opuesta a la hegemonía establecida, aquella que tomaba cada vez más un giro neoliberal, en una unificación y radicalización de las distintas luchas contra ese estatus quo. Aunque en su presentación teórica apuntaran a la articulación de luchas sociales más que a una política de compromisos entre fuerzas políticas establecidas, en los hechos esta democracia radical no se diferencia mucho de las alianzas para la constitución de gobiernos de orientación progresista propia del

Las interpretaciones más relevantes del concepto de hegemonía de los estudios gramscianos de las últimas décadas pueden leerse como respuestas a esta reflexión posmarxista. Se trata de reconstruir una teoría de la hegemonía como fuente de un marxismo no ortodoxo que pueda incorporar, críticamente, las nuevas complejidades presentes en la teoría social contemporánea. Dentro de este horizonte, durante los años ochenta y noventa, comenzarán a aparecer intervenciones que buscan en Gramsci un nuevo marxismo entendido como filosofía de la praxis, en una redefinición radical del materialismo histórico. Sin embargo, la mayor parte de estas interesantes intervenciones no cuentan con un denso desarrollo conceptual que despliegue una teoría de la hegemonía que pueda erguirse como una respuesta contundente a los desafíos de la hegemonía post-estructuralista[35]. Será en el nuevo milenio que esta acumulación de lecturas e reinterpretaciones llevará a un "retorno de Gramsci" como teórico de una nueva forma de entender al marxismo.[36] Dentro de este amplio renacer de los estudios gramscianos, que incluye, entre otros, a autores como Baratta, Vacca, Izzo, Rapone, Cospito, Bianchi, Modonesi, Davidson, McNally, Fillipini y Liguori, queremos destacar dos autores fundamentales para pensar los desarrollos del concepto de hegemonía: Fabio Frosini y Peter Thomas.

Las lecturas de la obra gramsciana por parte de Frosini se centran en una reinterpretación del marxismo como filosofía de la praxis, como un pensamiento alejado de las versiones economicistas, mecanicistas y teleológicas del marxismo. El punto de anclaje de esta filosofía desarrollada por Gramsci reside para Frosini en la constitución de las instancias de lo social, de las distintas realidades sociales, a partir de un proceso de lucha, conflicto y relaciones de fuerza entre grupos sociales (Frosini, 2010). Dentro de este ambicioso proyecto teórico, el concepto de hegemonía será el que da cuenta de cómo se logra instaurar y condensar una relación de fuerzas favorable a determinada dirección de clase sobre el conjunto de la sociedad. Por lo tanto, la hegemonía es una categoría filosófica central que explica la constitución de la realidad como producto de una actividad eminentemente política; es el resultado de la organización de una

giro eurocomunista. En este sentido, Laclau reivindica la política de frente democrático de Togliatti y plantea la inspiración de su propuesta en la práctica política del PCI.

[35] La intervención de Nicola Badaloni a fines de los años 80 constituye un buen ejemplo de estos primeros movimientos de respuesta gramsciana a la crisis del marxismo. Badaloni plantea una autonomía relativa de las funciones hegemónicas respecto a los movimientos de la base económica y de la superestructura. La función de dirección general de lo social no se determinaba de antemano ni por lo económico ni por lo político, sino por el conjunto del bloque histórico. La hegemonía es la síntesis de conciencia crítica humana y desarrollo económico, entendido a su vez como una actividad humana consciente. Qué era lo hegemónico en cada situación podía variar según distintas configuraciones de esta conciencia permitiendo una teoría de la hegemonía sumamente abierta a distintas inflexiones (Badaloni, 1987). Para una síntesis de las reflexiones de esta época puede verse la compilación del primer congreso mundial de la International Gramsci Society realizada por Baratta y Liguori (1999).

[36] La vuelta al pensamiento de Gramsci, así como la vuelta al pensamiento de Marx y al marxismo, que se produce en este momento no es casual. Así como la ofensiva neoliberal y la derrota de las luchas de los años 60' y 70' fueron seguidas de una profunda crisis del pensamiento marxista, el resurgir de movimientos de confrontación y resistencia al neoliberalismo lleva a un resurgir de un pensamiento que pueda dar cuenta de la crítica al capitalismo. El desarrollo de la teoría marxista no está despegado del desarrollo de la propia lucha de clases y así como una derrota se plasma en años de conservadurismo en el pensamiento, el resurgir de la luchas, y la vuelta a la discusión de alternativas posibles al capitalismo, ha ido acompañada de una vuelta a los debates teóricos y políticos dentro del marxismo.

clase social en el proceso de su lucha, la unificación de las relaciones de fuerza entre clases bajo formas políticas, económicas y culturales (Frosini, 2015).

En este sentido es que el concepto de hegemonía será para Frosini aquel que da cuenta de "la elaboración completa, integral de las exigencias de una determinada clase, en cuanto aspira a ponerse a la dirección de la entera sociedad nacional. Por lo tanto, la hegemonía traza un movimiento expansivo hacia la universalidad, que coincide con la transformación práctica de las relaciones sociales" (Frosini, 2013: p. 69). Esta refiere a toda la actividad de una clase por la que se busca la transformación de la relación de fuerzas de manera de garantizar una dirección social clasista, logrando en su expansión incluir otros grupos sociales. La hegemonía designa así la capacidad de una clase de universalizar sus propias reivindicaciones en el curso de la lucha, de redefinir continuamente sus objetivos conquistando un rol de dirección sobre otras fuerzas sociales (Frosini, 2012). De esta manera, en la propuesta de Frosini, la hegemonía es pensada a partir de los conflictos y luchas entre clases sociales, pero a diferencia del postmarxismo este conflicto se determina por al en las relaciones históricas de fuerza entre clases, no por una ontología abstracta y ahistórica de lo social. Diferenciándose de la lectura postmarxista, Frosini muestra un Gramsci que nunca libera su concepto de hegemonía de su referencia empírica, que parte de esta y solo desde allí construye los conceptos claves de su filosofía.

En desarrollos similares, Peter Thomas propondrá la existencia en Gramsci de una desarrollada filosofía de la praxis que permite "[…] el surgimiento de una teoría marxista de la constitución de lo político, o de la transformación de las fuerzas sociales en formas de poder político adecuadas a diferentes proyectos de clase" (Thomas, 2010: p. XXII) Anclada en el concepto de hegemonía, Thomas realizará una detallada reconstrucción del desarrollo de dicho concepto en la obra gramsciana. Se trata de una categoría que no es meramente analizada por Gramsci, sino desplegada a lo largo del conjunto de las reflexiones carcelarias. Por esta razón, no es posible pensar la hegemonía de forma independiente de la constelación conceptual que delinea en su despliegue. La hegemonía no es ni un origen del cual afloran otros conceptos ni un punto de llegada; su centralidad teórica-conceptual en los *Cuadernos* está dada por su capacidad de condensar una reflexión que rompe con las formas tradicionales de pensamiento.

En primer lugar, Gramsci analiza la formación histórica del poder de clase de la burguesía en Italia, la forma por la cual está devino hegemónica, dominante. Sus análisis del *Risorgimento* lo llevan, rápidamente, por medio de la comparación y la contrastación, a expandir su concepto de hegemonía hacia todas las formas históricas de consolidación del poder político de la burguesía. Aquí aparecerán dos nuevos elementos clave. Primero, la compresión del liderazgo político se desde una teoría que articula el conjunto de los mecanismos de dominación de una clase, vía la aparición del concepto de "aparato de hegemonía" como conjunto de instituciones y organizaciones en las que se despliega el liderazgo político y social de una clase. Segundo, Gramsci empieza a diferenciar entre distintas formas de liderazgo hegemónico: las apoyadas sobre la movilización de las fuerzas populares, del tipo jacobino, y aquellas que, por el contrario, apuestan a la desmovilización y el compromiso con las clases tradicionales, la revolución pasiva. Esta última forma aparecerá caracterizando la hegemonía burguesa en la época de Gramsci para Europa occidental y contra ella la se empezará a delinear la hegemonía proletaria como una forma radicalmente otra de política (Thomas, 2013).

Está marcada división hace que en su constitución el concepto no se produzca solamente como una categoría de análisis de las formas del poder de clase, sino también como el proyecto político de su superación. Una teoría doble: del poder político como inmanente al poder de clase y a su vez de una práctica capaz de fundar un nuevo tipo de política que vaya más allá de esa forma de dominación propia de la modernidad política del capitalismo. En este sentido, la hegemonía aparece como una forma particular de condensar fuerzas sociales en un poder político con una base de masas. Una forma propia de lo político en lo moderno que incluye, en distintas combinaciones dialécticas, tanto coerción como consenso, sociedad civil y sociedad política (integradas en el Estado), cuyo terreno de operación no es limitado a una geografía particular; y que asumirá una forma radicalmente distinta cuando la hegemonía de otra clase, del proletariado, rompa con esta forma de integración política y construya otra.

> […] el concepto de hegemonía como una teoría marxista de la constitución de lo político, como el proceso por el cual las fuerzas sociales son integradas al poder político de un estado existente –y como el camino a atravesar por las clases subalternas en el que deben aprender una forma bien diferente para fundar su propio estado no-estatal. (Thomas, 2010: p. 195).

Thomas propone por lo tanto una teoría de la hegemonía que implica una conceptualización distinta sobre la constitución de lo político de aquella presente en el marxismo clásico, pero que tampoco es totalmente opuesta a este. Lo político, pero también lo ideológico como parte del aparato de hegemonía, se constituye como elemento de un proyecto de clase, como el resultado de una actividad humana consciente pero atravesada por la lucha entre clases sociales. De esta forma, en consonancia con los planteos de Frosini, el marxismo no constituiría un materialismo histórico, entendido como análisis objetivo de la estructuración de lo social a partir del nivel de lo económico, sino una filosofía de la praxis. Esta filosofía implica un pensamiento de una absolutra inmanencia e historicidad, donde todos los elementos de la realidad social son productos históricos de la lucha por la constitución de la hegemonía.

Las interpretaciones de Frosini y Thomas se centran por tanto en la constitución de una nueva forma de pensar al marxismo como filosofía de la praxis. En los dos autores existe una apuesta por refundar un pensamiento marxista anclando las categorías al desarrollo de las relaciones de fuerza, y por tanto, convierten al concepto de hegemonía en el pilar fundamental de una nueva teoría de la política.[37] No obstante, esta filosofía de la praxis termina reduciendo la realidad social a prácticas conscientes y voluntarias de grupos sociales en lucha abstraídos de sus determinaciones por las relaciones sociales históricas que los constituyen. Al proponer como anclaje teórico al concepto de relaciones de fuerza, sin que las condiciones de existencia de las fuerzas sociales y las características de su enfrentamiento estén determinadas, toda configuración social se vuelve un mero resultado de relaciones de fuerza sin más. Bajo una

[37] En este apartado nos hemos centrado en los trabajos que reinterpretan el concepto de hegemonía como parte de una nueva reflexión sobre la filosofía de la praxis. No obstante, el renacer de los estudios gramscianos es mucho más amplio y en el nuevo milenio hay una proliferación de trabajos de lo más diversos sobre los textos gramscianos. Dentro de estos importantes estudios cabe destacar aquellos que buscaron la interpretación diacrónica de distintos conceptos a lo largo de los Cuadernos, muchos de los cuales se encuentran compilados en *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei Quaderni del carcere* (Frosini y Liguori, 2004). Del mismo modo, otro hito que debe considerarse en este desarrollo serán los seminarios sobre los *Cuadernos* impulsados por la rama italiana de la International Gramsci Society.

noción abstracta de praxis, como articulación de pensamiento y acción, la existencia de las clases, y la explicación de su lucha, no encuentran otra determinación que la voluntad de cada una por dirigir lo social.

Por el contrario, en debate con estas interpretaciones, buscaremos pensar una teoría que parta de las relaciones sociales capitalistas como inmanentemente antagónicas, encontrando así otro fundamento para los sujetos sociales, para su enfrentamiento y para la producción de hegemonía. Solo desde allí se puede plantear a las formas políticas, económicas culturales como formas del despliegue de esa lucha bajo sus determinaciones históricas producidas por la misma relación que los sujetos sociales establecen entre sí. De esta forma, podremos pensar la hegemonía como una forma particular de la configuración de la dominación en el capitalismo, como una forma históricamente determinada en el que se despliega la lucha de clases. Desde esta teoría, la posibilidad de la realización de otra forma de organizar lo social, de otra forma de articular el lazo fundamental que relaciona a los grupos sociales, se vuelve el centro de una política radical que no busque el devenir hegemónico de una clase sino el fin de la posibilidad de cualquier forma de dominación, el fin de toda hegemonía posible.

6. El largo y sinuoso camino del legado de la hegemonía

Hemos recorrido aquí un largo camino de casi 70 años de interpretaciones sobre el pensamiento de Gramsci, en el cual el concepto de hegemonía se constituía como un campo de batalla privilegiado en la lucha por su legado, pero también, por la definición de una forma de pensar al marxismo y, por la instauración de una estrategia política que pudiera marcar el camino a seguir por el movimiento comunista. Recorrimos así diversos itinerarios a lo largo de diversas geografías y momentos históricos[38] que nos permiten observar la complejidad y polisemia producida en y desde el concepto de hegemonía[39].

En un primer momento las interpretaciones se centraron en la idea de una hegemonía cultural como base de una alianza de distintos grupos que, bajo el liderazgo intelectual ejercido en la sociedad civil por la clase obrera, y su representante en el Partido Comunista, pudiera lograr la hegemonía del proletariado. La hegemonía pasó luego a ser interpretada como aquel concepto que mejor daba cuenta del mecanismo de articulación de lo social, de la unificación de sus instancias, de la unidad de estructura y la superestructura. Bajo una interpretación estructuralista la palabra hegemonía podía usarse para pensar el orden social, describiendo la forma de la dominación capitalista allí donde estaba más desarrollada. Posteriormente, el concepto de hegemonía aparecía diferenciado al interior de la obra de Gramsci existiendo en

[38] Si bien consideramos que hemos cubierto los principales territorios de desarrollo del concepto de hegemonía, existen otras geografías que pueden analizarse. En particular pueden observarse influencias y reapropiaciones de Gramsci en el mundo árabe (Mandunchi, Marchi y Vacca, 2017), en Japón (Ohara y Matsuda, 2004), en China (Caterina, 2021) o en Rusia (Gajduk, 1999).

[39] No hemos abordamos aquí las reformulaciones que en diversas disciplinas se han realizado del concepto de hegemonía retomado su origen en Gramsci pero llevándolo más allá de él. Recientemente Anderson ha identificado a quienes considera que realizan los aportes más importantes en esta línea como "Los Herederos de Gramsci". Limitándose al mundo anglosajón se destaca el trabajo realizado en el campo de los estudios culturales, de los estudios subalternos y postcoloniales, de la filosofía postmarxista y en las relaciones internacionales (Anderson, 2016).

distintas formas. Pensadas a veces como contradictorias, otras como parte de un desarrollo diacrónico, o diferenciadas entre una "teoría general" y sus formas históricas, nos encontramos con el descubrimiento de múltiples formas del concepto de hegemonía presentes en los textos gramscianos. Paralelamente, en América Latina, la hegemonía comienza a ser pensada en sus especificidades históricas y desde su ausencia en los países de la región. La profundización del concepto, no obstante, lleva a pensar las diversas formas de constitución de la relación entre masas y estado, revalorizando el papel de la democracia en la lucha política, y planteando desde el concepto gramsciano una nueva forma de pensar lo político para un marxismo entrado en crisis. Por último, con el cambio de milenio, reaparecen interpretaciones de la hegemonía que, centradas en el conflicto, vuelven a afirmar la lucha del proletariado por superar la dominación burguesa y buscan repensar la teoría marxista a partir de la constitución de lo social como una lucha política entre clases y grupos sociales por la hegemonía.

En esta batalla teórico-política las diversas interpretaciones intentaban darle algún sentido al caos surgido de la multiplicidad de notas dejadas por Gramsci, extrayendo de estas una teoría y una política legitimadas en los textos de un autor dueño de una gran originalidad y con las "credenciales" de una práctica revolucionaria. Existía así una tentación por dar al pensamiento gramsciano una coherencia absoluta y en este camino el concepto de hegemonía logró constituirse como el hilo que le daba su sentido total. Un movimiento que, por lo tanto, dejaba poco lugar a las posibilidades de crítica, de observar los lugares en donde Gramsci falla, de utilizar su pensamiento para ir más allá del propio autor y así repensar elementos clave para un pensamiento crítico y revolucionario.

Creemos que esta diversidad de interpretaciones no remite únicamente al desarrollo de una investigación cada vez más rigurosa sobre la obra del autor, sino que, principalmente, marca una disputa teórico-política por su interpretación. Afirmamos entonces que estas interpretaciones no se basan en distintas maneras de manipular las palabras de Gramsci. Parten de la multiplicidad de sus notas, de la polisemia que suponen para el concepto de hegemonía, y profundizan sentidos que permite desplegar una forma de entender la teoría gramsciana y una política a impulsar en consecuencia. Hemos recorrido este largo y sinuoso camino de interpretaciones para poder plasmar distintas formas posibles de la hegemonía gramsciana, distintos usos que el concepto puede resistir, todos ellos basados en un estudio de los textos gramscianos. No buscamos entonces entablar una discusión sobre quien mejor entiende el verdadero sentido del pensamiento de Gramsci, sino mostrar las múltiples posiciones teóricas y políticas que un mismo corpus textual y un mismo concepto soportan. Una polisemia sobre el concepto de hegemonía que a la vez se encuentra ahora informada por este extenso conjunto de interpretaciones que hemos relatado aquí.

C. ¿Cómo leer la hegemonía? Algunas reflexiones para abordar el concepto gramsciano

El recorrido a través de la historia de las interpretaciones del concepto gramsciano de hegemonía podría aparecer como una justificación de la propia tarea de nuestro trabajo. Huérfanos de una definición unívoca, asediados por la multiplicidad de interpretaciones y usos

que porta esta palabra, el trabajo a realizar consistiría en la reconstitución de un único sentido del concepto de hegemonía tal como fuera propuesto por Gramsci. Claramente todos los conceptos teórica y políticamente relevante han sido ampliamente debatidos y su significado, o forma de ser entendidos y utilizados, soportan múltiples interpretaciones y formulaciones. Pero no son tantos los conceptos cuya definición principal y cuya formulación original sean tan elusivas como el de hegemonía. No sólo qué es la hegemonía como concepto sino también qué quiso decir Gramsci al utilizarlo sería un misterio que una vez develado daría respuesta definitiva a las disputas de un campo de discusión que se ha vuelto central tanto en los debates de la tradición marxista como en un amplio campo de las ciencias sociales.

Bajo estas premisas partiríamos a su vez de la constatación de una causa principal que genera este misterio a develar, y que explica por qué, a más de 80 años de la muerte del que ha sido considerado su principal teórico, el concepto de hegemonía aún resista en tal grado de ambigüedad conceptual y de debate por su significado: efectivamente, Gramsci no definió hegemonía en ninguna parte. La indeterminación del propio concepto y la particularidad de la obra, fragmentaria e incompleta, en la que este se despliega harían que los debates interpretativos sean aún mayores que los de otros conceptos relevantes de las ciencias sociales. La tarea a realizar sería, entonces, la de adentrarse en ese laberinto de fragmentos que constituyen los *Cuadernos de la Cárcel* para descifrar el concepto de hegemonía y construir la unidad que se esconde bajo sus apariciones múltiples, para encontrar el verdadero sentido que Gramsci daría a la hegemonía.

Resulta evidente que el tiempo condicional con el que realizamos estas afirmaciones marca nuestra distancia con este modo de abordaje; evidencia, en realidad, un no reconocimiento de esta tarea como aquella a emprender en nuestro trabajo. La búsqueda del "verdadero" sentido de un concepto de hegemonía, posible de ser reconstruido mediante una adecuada interpretación de la obra de Gramsci, supone una serie de premisas, de las cuales, por el contrario, buscaremos distanciarnos. En primer lugar, supone resolver, por diversos mecanismos, la multiplicidad de formas en las que el concepto aparece en una unidad que niega la existencia de diversos sentidos posibles. En segundo lugar, deriva dicha unidad de una lectura exegética que hace de la intención del autor (reconstruida biográfica, contextual o filológicamente) el fundamento del sentido del concepto. En tercer lugar, supone considerarlo como un concepto coherente que es parte de una teoría ella misma ya sistemática e integral, más o menos exenta de contradicciones. En cuarto lugar, tal lógica interpretativa implica, casi necesariamente, la denuncia de toda interpretación alternativa como una desviación del sentido original dado por el autor, como un abuso en los usos correctos del concepto.

Se trata de premisas que han organizado los modos tradicionales de abordar los textos gramscianos y que parecen ser compartidas por las principales lecturas desplegadas en una disputa interpretativa que lleva ya décadas. No obstante, si bien son similares en sus presupuestos, presentan importantes diferencias que nos permiten, a su vez, dividirlas en tres estrategias en lo que hace a la construcción de un concepto de hegemonía.

En primer lugar, uno de los modos más usuales consistió en tomar una (o algunas) de las formas en que esta palabra es usada por Gramsci en ciertas notas de los cuadernos carcelarios y considerarlas casi como aforismos de los cuales extraer una máxima que permitiría la construcción de un concepto. El genio del autor permitiría la extracción del sentido de sus

conceptos de una de las partes de su obra, haciendo de tal fragmento el núcleo central que revela una perspectiva teórica general planteada por Gramsci. De esta forma, estas interpretaciones enfatizaron uno de los múltiples aspectos del concepto y lo generalizaron al punto de reducir su uso a solo uno de los temas en los que Gramsci lo utiliza, ignorando así su extensión a otras esferas, sus cambios al interior de la obra y sus diversos sentidos.

Otra estrategia de construcción de un concepto gramsciano de hegemonía consistió en desplegarlo dentro de un desarrollo general de la obra del autor, o al menos de sus desarrollos en los *Cuadernos de la Cárcel*. Se busca, en estos casos, poner en relación a la hegemonía con los otros conceptos de Gramsci como parte de una teoría política y social general presente en su obra. En estos abordajes se supone entonces que el autor articula un pensamiento integral coherente y completo que da respuestas originales a problemas teóricos y políticos. Es decir, vía la comprensión de una teoría social gramsciana supuestamente ya articulada, el concepto hegemonía aparece, derivado de la compresión del conjunto, como una potente solución que explica la dinámica social y su transformación. Así, y pese a su pretensión de no forzar el pensamiento de Gramsci, ubicando a la hegemonía como una pieza de una máquina conceptual mayor, estas interpretaciones necesariamente debían pasar por alto aquellas formas de aparición del concepto que contradicen dicha interpretación general de la dinámica social. En la búsqueda de construir un concepto de hegemonía único y coherente, estas lecturas no podían dar cuenta de las contradicciones entre las distintas formas con las que este concepto es articulado en diversos fragmentos escritos por Gramsci. Por esta razón, terminan organizando una teoría alrededor de un único aspecto considerado central, cerrando las preguntas abiertas por la propia interrogación gramsciana en una teoría sistemática.

Una última estrategia, dominante actualmente en los estudios gramscianos, busca seguir el desarrollo del pensamiento de Gramsci para analizar cómo el concepto de hegemonía fue construyéndose, y cambiando, a lo largo del tiempo. Surgidas a finales de los años 70, las lecturas filológicas procuraron precisar en los textos precarcelarios y al interior de los *Cuadernos,* aquello que Gramsci intentó decir en cada momento, reconstruyendo el conjunto de referencias con las que el autor trabajaba a cada paso, mostrando su precisa inscripción en determinados contextos de discusión teóricos y políticos, pero también, y principalmente, evidenciando el desarrollo diacrónico de su aparato conceptual. Se trataba, entonces, de encontrar las huellas en el texto que permitieran seguir cronológicamente los desarrollos del concepto de hegemonía y, en su articulación con el conjunto de conceptos gramscianos, identificar los momentos que evidencian su exposición más completa. El "verdadero" sentido que se articula bajo la palabra hegemonía aparece como un punto de arribo de Gramsci, como un resultado evolutivo registrado filológicamente y biográficamente contextualizado.

La apuesta de este trabajo es la de apartarnos de estas estrategias para intentar una construcción distinta del concepto de hegemonía. No pretendemos discutir la validez ni la productividad (innegables si se consideran los numerosos desarrollos teóricos y políticos a los que dieron lugar) de estas interpretaciones. Tampoco buscamos realizar un ejercicio de contraste entre estas formas de entender la hegemonía y un Gramsci "verdadero" plausible de ser reconstruido con mayor precisión. Por el contrario, nuestra intención es abordar al concepto de hegemonía a partir de las distintas formas que este soporta a lo largo de los textos gramscianos; multiplicidad que, lejos de resolver en una unidad como realizan las otras estrategias, creemos necesario interrogar en profundidad. Se trata, en suma, de resistir tanto la

tentación de “hacer decir” a Gramsci lo que uno pretende, tomando parcialmente su obra, como su extremo contrario: una hiperespecialización textual que trate de extraer filológicamente un sentido al fin “verdadero”. Esta propuesta apunta a abrir los sentidos posibles del concepto de hegemonía más allá de la intencionalidad autoral de Gramsci. Buscamos abordar los múltiples usos de la hegemonía en sus textos, así como también a sus profundizaciones y reapropiaciones posteriores realizadas por otros autores, como articulaciones posibles que dan cuenta de una problemática teórica que se anuda, bajo diversas formas, en el concepto de hegemonía.

Lo que ensayaremos se aleja entonces de las premisas compartidas en las estrategias que recién describimos al no reducir en una unidad aquello que aparece bajo múltiples y diversas formas; al no buscar en la reconstrucción de una autoridad autoral el cierre de un sentido definitivo del concepto; al no ver a la teoría gramsciana como una respuesta acabada y coherente, como una completa filosofía, en la cual inscribir al concepto de hegemonía; y al pensar las interpretaciones posteriores como profundizaciones de sentidos posibles, antes que tratarlas como desvíos o deformaciones de un sentido original a reconstruir. Nuestro acercamiento, por lo tanto, consistirá en dar cuenta y sostener las diversas formas del concepto presentes en los textos de gramscianos para interrogarlas teóricamente yendo más allá del propio autor, explorando sus límites y potencialidades para pensar no solo una teoría de la hegemonía sino también, para ver cómo esta nos permite pensar formas de entender al marxismo y al problema de la política dentro de esta tradición teórica. En este apartado buscamos, en consecuencia, esbozar algunas perspectivas epistemológicas que inspiran este abordaje y establecer ciertos criterios metodológicos que utilizaremos para el tratamiento de los textos.

1. Del texto al contexto, abordajes clásicos de la teoría política

Todo trabajo de reconstrucción teórica se encuentra acechado por la pregunta fundamental sobre cómo leer, o más bien, sobre cómo articular una práctica de lectura que permita la producción conceptual a partir de los textos que se interrogan. En particular en el campo de la teoría política las formas de leer se han sostenido en la relación entre los textos y el contexto político y social en el que se producen, en los diálogos, continuidades y rupturas con las tradiciones teóricas preexistentes y en la existencia de grandes continentes teóricos anudados a los nombres propios de los pensadores. La práctica de lectura emprendida generalmente por la teoría política como disciplina se vuelve, de esta forma, la reconstrucción de una historia que se narra a través de la obra de diversos autores que van desarrollando nuevas conceptualizaciones de la política, continuando y a la vez rompiendo con pensadores anteriores, motivados e influidos por el contexto en el que realizan su escritura.

Un enfoque clásico inspirado en estas premisas es aquel propuesto por Arthur Lovejoy y su “historia de las ideas”. La práctica de lectura apunta aquí a encontrar, en los clásicos del pensamiento politico, ideas significativas que pueden compararse con ideas similares elaboradas antes o después por otros autores. Se trataba de identificar aquellos enunciados que dan cuenta de ciertas “ideas unitarias” presentes en toda filosofía política y hacer la historia universal de su evolución (Lovejoy, 1940). Suponiendo una cadena evolutiva del pensamiento en la que se van dando distintas respuestas a ciertas preguntas de toda teoría política, la interpretación de los textos apunta a encontrar los núcleos de verdad universal en la obra de los

grandes autores, accediendo a estos desde los enunciados mismos que allí aparecen, tratando a los textos, en tanto continentes de estas verdades, como fenómenos aislados de sus contextos.

Más allá de esta propuesta, hoy mayormente descartada dentro del campo de la historia intelectual, las premisas principales de este enfoque sobreviven, bajo una forma más elaborada, en las lecturas de Leo Strauss y sus seguidores. Strauss aborda a "la filosofía política como búsqueda de la verdad última de los fundamentos políticos" en tanto una "actividad esencialmente no histórica" (Strauss, 2006: p. 19) que postula "la pregunta fundamental por la vida justa del hombre y el ordenamiento justo de la sociedad" (Ibíd., p. 26). Desde esta premisa, la lectura de los textos filosófico-políticos busca identificar actitudes morales y modos de pensar con las que, de forma consciente, los protagonistas de la práctica filosófica, es decir los grandes filósofos políticos, responden a eternas preguntas sobre el orden político.

A su vez, el abordaje straussiano se vuelve más refinado al proponer leer esotéricamente los textos. Se trata de una práctica particular de lectura que daría cuenta de aquello que el autor ocultó con su escritura. Bajo la idea de que la búsqueda de la verdad entraña un carácter subversivo, la escritura de la filosofía política debe, necesariamente, presentar una forma peculiar para evitar la persecución y la censura. Strauss plantea que las verdades contenidas en los textos clásicos no son dichas directamente sino que están escritas "entre líneas". El contenido de los textos filosófico-políticos no aparece directamente en su superficie, ya que no se dirige a todo el público sino a aquellos lectores atentos e inteligentes que son confiables y justos, en tanto se supone también el *dictum* socrático de que la virtud es conocimiento (Strauss, 2009). La tarea de aquellos que "saben leer" consiste en descifrar la verdadera y oculta intención de los autores a partir de diversas insinuaciones, ironías y pistas presentes en los enunciados. Asistimos a un saber del "cómo leer" compartido entre pocos, pasado de maestro a alumno y solo disponible a los más aptos. Se trata, en suma, de una práctica competente de unos pocos lectores que saben leer esotéricamente la verdad oculta; que pueden leer, allí donde aparece algo múltiple o contradictorio, una unidad subyacente de verdad producida por su autor.

Estas formas de leer postulan entonces un "textualismo integral" en tanto abordan los textos como objetos coherentes con una significación inherente y autosuficiente, es decir, suponen que la inteligibilidad de los textos depende únicamente de los enunciados allí vertidos sin necesidad de "contaminar" la interpretación con nada exterior a sus fronteras (Jay, 2003). Por el contrario, y en contraposición, otras formas de leer buscarán poner el foco de análisis en el enraizamiento de los textos teóricos en las matrices históricas de su producción. Estas lecturas "contextualistas" privilegian, por tanto, un análisis de los eventos sociales y políticos que pueda dar sentido a los textos y buscan situar su interpretación a partir de la historia de los propios intelectuales y de los públicos a los que estos se dirigen. De esta forma, se supone que la inteligibilidad del texto no puede agotarse en los enunciados contenidos en él.

Encontramos a los exponentes más influyentes de este contextualismo dentro de la llamada historia intelectual de la "Escuela de Cambridge". Estos apuntan a reconstruir el sentido de los textos por los contextos de discusión en los que se inscriben en tanto actos de habla con una intencionalidad. Se trata así de historizar los textos dando cuenta de un conjunto de elementos "extra-textuales" que permiten entenderlos "en términos que pudieran haber tenido sentido para el propio agente" que los escribe (Skinner, 2007: p. 137). Esta perspectiva metodológica busca así combatir los absurdos exegéticos propios de una historia de las ideas clásica que, en

tanto ahistórica y puramente textualista, produce lecturas distorsivas de los textos atribuyéndoles sentidos que serían irreconocibles para sus autores.

El enfoque contextualista busca de esta manera evitar ciertas "mitologías" que producen anacronismos, anticipaciones e instrumentalizaciones, propios de lecturas que fuerzan respuestas coherentes y completas buscando retrospectivamente la significación de una obra. Se critica así una "mitología de la coherencia", que hace de la interpretación la construcción de una unidad de sentido donde todas las diferencias al interior de una obra evidencian un camino evolutivo hacia una teoría carente de contradicciones; una crítica a la "mitología de las doctrinas" que supone que todo gran autor presenta una respuesta articulada al conjunto de los grandes problemas de la teoría política (orden, justicia, derecho, estado, etc.); y una crítica a la "mitología de la prolepsis" que proyecta en el autor preguntas, anteriores o futuras, ajenas a su época y a sus preocupaciones (Ibíd.). La crítica contextualista plantea que estas mitologías son producto del propio textualismo de estas formas de leer: carente de otro método de abordaje de los textos que no sea la reposición de sus enunciados, sólo queda la distorsión de sus sentidos originales para poder producir en estos las doctrinas coherentes que ya se presuponen.

Para evitar estos "abusos" interpretativos se debe articular una metodología histórica que permita definir los elementos del contexto relevantes para entender un texto. Los historiadores de Cambridge no se proponen con ello reducir las obras a una función, expresión o reflejo del contexto sociopolítico, como si se tratara de un materialismo burdo; sino que buscan entender el texto como un acto de habla históricamente situado. Retomando aportes del *giro lingüístico* se busca dar cuenta de la fuerza ilocucionaria o performativa de los textos, es decir, de comprender la fuerza y la intención con la que se pronuncia un enunciado. El sentido del texto depende así de aquello que este hace además de lo que este dice, entendiendo que fueron escritos con el propósito de afectar a determinados lectores. El contexto histórico a reponer apunta, por lo tanto, a la red de relaciones y sentidos compartidos en los cuales los autores introducen sus textos. Esta fuerza ilocucionaria se identifica así con una intencionalidad del autor que está enraizada en un sistema de acciones comunicativas; haciendo del contexto un marco de destinatarios del texto y un conjunto de convenciones lingüísticas que lo vuelven inteligible y efectivo en sus propósitos. Contra todo *telos* del pensamiento político como matriz de compresión, aquí cada texto pasa a ser entendido a partir de preguntas históricamente determinadas que se les presentan a sus autores en su contemporaneidad y de los sentidos de los que estos disponen para articular posibles respuestas (Skinner, 1974 y 2007)[40].

Pero más allá de la potencia de enriquecer el análisis con elementos histórico-contextuales, y de la correcta crítica de las mitologías producidas por un abordaje textual clásico, existen

[40]Existe un fuerte intento de determinar "objetivamente" la intencionalidad distinguiéndola vía la filosofía del lenguaje de la construcción mental del autor. Son los sentidos disponibles, los significados públicos de las redes en las que se inserta, los que determinan un aspecto intersubjetivo observable de estas intenciones. En este sentido, más que un contexto lo que parece intentar reconstruirse es, más bien, un marco de significados convencionalmente reconocibles disponibles para producir una comunicación intencionada en un momento y una sociedad determinada. En consecuencia, la profundización de este enfoque, presente en la obra de Pocock, termina proponiendo, más que una historia intelectual del pensamiento político, una historia de los lenguajes políticos, entendidos como modos característicos de producir enunciados y por lo tanto se propone traspasar un análisis textual para acceder al aparato argumentativo histórico que articula un texto (Pocock, 2011).

importantes problemas y límites a una estrategia de lectura centrada en el contexto. En primer lugar, nos encontramos con la pregunta por la extensión de la contextualización: ¿dónde empieza y dónde termina, en cantidad de interlocutores y en duración temporal, el contexto relevante? Articulado como un conjunto de significados compartidos, los sentidos posibles para dar cuenta de la intencionalidad del autor deben limitarse espacio-temporalmente y, principalmente, en el número de sus destinatarios posibles. Si asumimos que los textos no se producen en contextos homogéneos de sentido y que, por el contrario, participan de múltiples y contenciosas redes de significado, uno podría afirmar la imposibilidad de establecer un límite al contexto a ser considerado. Frente a este problema, el enfoque de la "Escuela de Cambridge" se termina centrando en una historia de intelectuales que participan de debates bien delimitados mantenidos entre pocos (no por nada suelen abordar textos de un periodo histórico anterior a la masificación del debate político público), limitando así la proliferación de los sentidos posibles y los eventos históricos relevantes a ser discutidos. Historizando con quienes debaten y pluralizando parcialmente este debate más allá de los grandes clásicos del pensamiento, este enfoque no deja de enfatizar para el análisis del sentido el diálogo entre una élite de lectores que comparten un particular conocimiento (Rocca, 2018).

Esta delimitación lingüística-comunicacional del contexto impide así ver el impacto que puedan tener eventos sociopolíticos que permanecen por fuera del discurso abiertamente articulado por un autor. Uno podría preguntarse si los textos no registran huellas de eventos históricos contemporáneos a su producción más allá de si estos son relevantes para el autor, o más bien, más allá de la propia inteligibilidad que autor y sus interlocutores tengan sobre estos. Consecuentemente, debemos considerar también los límites que la categoría de evento o acontecimiento, como episodios significativos que rompen toda regularidad de la historia, supone a cualquier tipo de explicación de corte histórico. El enfoque contextualista se apoya en la reconstrucción de un conjunto de sentidos sedimentados producidos en una larga duración histórica como fundamento de los sentidos disponibles con los que un autor busca hacer algo con sus textos. Sin embargo, ¿no pueden existir eventos que rompan con estos sentidos establecidos produciendo un nuevo repertorio de sentidos no posibles de ser referidos a su historia? (Jay, 2011). El enfoque contextual implica así una negación de la posible heterogeneidad del texto respecto a su contexto, es decir, cierra las posibilidades de que este pueda presentar y producir algo radicalmente nuevo. Por el contrario, negarnos a reducir al texto a mero reflejo de la realidad social implica considerar la posibilidad de la apertura de nuevos sentidos que vayan más allá de la situación histórica en la que los textos se producen y más allá de los sentidos que el autor y sus interlocutores pudieran tener sobre esta.

La radicalización de esta crítica, aún si aceptáramos cierta limitación elitista y acaso arbitraria del contexto relevante, deriva de la reflexión sobre las condiciones mismas de toda escritura. Esta supone, como elemento constitutivo, su separación tanto de su escritor como de todo destinatario supuesto, y por tanto, de todo sentido único capaz de definirse intencional y contextualmente. La escritura, como una marca que no se agota en la actualidad de su producción, articula una relación de ausencia entre quien escribe y quien lee. Esta separación implica la continuidad en su producción de efectos más allá de la presencia y el "querer decir" de su escritor. La condición de *iterabilidad* de todo lenguaje, es decir, su posibilidad constitutiva de ser leído, repetido e injertado en nuevas cadenas de sentido en ausencia absoluta del destinatario y del emisor, estructura a la escritura misma y "comporta una fuerza de ruptura

con su contexto, es decir, [con] el conjunto de las presencias que organizan el momento [de] su inscripción. Esta fuerza de ruptura no es un predicado accidental, sino la estructura misma de lo escrito." (Derrida, 1994: p. 358). Todo enunciado está estructurado por la posibilidad de ser leído y repetido por cualquiera; su *iterabilidad*, supone su democratización radical en su separación de todo referente, por la consecuente "ausencia de un significado determinado o de la intención de significación actual, como de toda intención de comunicación presente" (Ibíd., p. 359). En este sentido, debemos reconocer que la "ausencia esencial de la intención en la actualidad del enunciado, [su] inconsciencia estructural [...] impide toda saturación de contexto" (Ibíd., p. 369).

La imposibilidad de saturar el sentido de un texto por medio de un contexto (biográfico, histórico, político, institucional, comunicacional, etc.), y el conjunto de problemas que una forma de leer de este tipo conlleva, se anudan en aquello que opera en estos abordajes como última garantía de acceso a una interpretación correcta del texto: la intencionalidad autoral, ahora capaz de ser determinada contextualmente. Reducir el sentido de un texto a lo que el autor quiso decir (y/o hacer) en la situación específica de su producción no puede explicar, ni obturar, la multiplicidad de sentidos posibles que toda escritura constitutivamente produce más allá de aquel contexto específico y por fuera de la inteligibilidad propia de su escritor[41]. La operación necesaria para realizar tal reducción, y tratar así de evadir los inevitables problemas de toda contextualización, es por tanto la articulación de una figura autoral como autoridad y fundamento a un sentido único, que "hace posible una limitación de la proliferación cancerígena, peligrosa, de las significaciones […] El autor es pues la figura ideológica mediante la que se conjura la proliferación del sentido (Foucault, 2000: p. 32).

Contextualismo y el textualismo integral en teoría política comparten por lo tanto la operación del cierre de sentido mediante la intencionalidad del autor. Ya sea este un genio que da respuestas a las grandes preguntas de la historia, un astuto escritor que oculta sus verdades en su obra, o un intelectual que busca intervenir en un debate público, es el autor y sus intenciones (y las de otros autores e intelectuales a los cuales continua o con los cuales debate) la que conduce a un sentido unívoco, coherente y verdadero de un texto teórico-político. Nos encontramos, entonces, frente a formas sólo en apariencia opuestas de leer los textos teóricos: una apoyada en una lectura atenta y correcta que extrae la lógica unitaria del texto "aislado" del mundo, y otra que busca en el texto las huellas de un mundo histórico externo como aquello que explica su sentido. En ambas, no obstante, es la figura del autor la que resuelve la relación entre texto y mundo por medio de un único discurso autorizado. Leer, en todos estos casos, supone reponer por distintos medios una intención autoral que cierra los múltiples sentidos posibles de un texto, conjurando fuera de la interpretación todo contenido no intencional que este pueda contener, y autorizando así una única lectura correcta vía la palabra, siempre articulada y coherente, de quien lo escribió.

[41] La crítica derrideana que acabamos de argumentar se articula, precisamente, como una discusión contra la filosofía del lenguaje expuesta por Austin en *Cómo hacer cosas con palabras* (2006) que actuaba como marco teórico del contextualismo de la Escuela de Cambridge. Derrida reconstruye el argumento por el cual el contexto en la teoría de la enunciación performativa debe reponer la presencia del emisor, la intencionalidad de la fuente del enunciado, como fundamento del sentido (Derrida, 1994).

2. En busca del Gramsci perdido, la fidelidad autoral en los estudios gramscianos

Este conjunto de reflexiones sobre cómo leer refiere, y se inscribe para nosotros, no obstante, en los problemas para una construcción del concepto de hegemonía y en cómo este ha sido tradicionalmente abordado en los estudios gramscianos, orientados en su conjunto por una reconstrucción de aquello que Gramsci "quiso decir" con sus conceptos. Podemos afirmar que la misma conformación de un campo de estudios bajo el nombre propio de Gramsci explícita la inscripción en la problemática autoral y obtura una lógica de lectura centrada en la productividad polisémica que se anuda en el texto.

Pero estamos a su vez frente a un problema que puede rastrearse hasta el propio Gramsci, cuya figura autoral funciona, esta vez, para justificar el propio método de abordaje dominante en los estudios gramscianos. En este sentido, una parte de su trabajo carcelario parece estar motivado por las premisas anudadas en la figura de autor como garantía y como objeto de investigación. Al iniciar el estudio de la "concepción del mundo" inaugurada por Marx, como importante momento en el desarrollo de los principales argumentos teóricos desarrollados en los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci plantea, primero, unas observaciones metodológicas sobre cómo se debe abordar dicha tarea:

> Si se quiere estudiar una concepción del mundo que nunca haya sido expuesta sistemáticamente por el autor-pensador, hay que hacer una labor minuciosa y realizada con el máximo escrúpulo de exactitud y de honradez científica. Ante todo hay que seguir el proceso de desarrollo intelectual del pensador, para reconstruirlo según los elementos que resulten estables y permanentes, es decir, que hayan sido realmente adoptados por el autor como pensamiento propio, distinto y superior al "material" anteriormente estudiado y por el cual puede haber sentido, en ciertos momento, simpatía, al punto de haberlo aceptado provisionalmente y haberse servido de él para su labor crítica o de reconstrucción histórica o científica, Esta advertencia es esencial particularmente cuando se trata de un pensador no sistemático, cuando se trata de una personalidad en la cual la actividad teórica y la actividad práctica están entrelazadas indisolublemente de un intelecto por lo tanto, en continua creación y en perpetuo movimiento. Así pues: 1° *biografía*, muy minuciosa con [2°] *exposición* de todas las obras, incluso las más desdeñables, en orden cronológico, divididas según los diversos periodos: de formación intelectual, de madurez, de posesión y aplicación serena del nuevo modo de pensar. La búsqueda del *leit-motiv*, del ritmo del pensamiento, es más importante que las citas individuales aisladas. (Gramsci, 1981: *Q4* <1>: 131)

Gramsci parecería estar dándonos aquí las indicaciones con las cuales leer su propio pensamiento. Preocupado por aquellas concepciones no expuestas sistemáticamente por autores cuya actividad teórica y práctica están fuertemente entrelazadas, y agregando un particular cuidado por diferenciar entre obras publicadas y manuscritos, estas indicaciones parecen plantear una forma de leer adecuada para las características de su propia obra. El núcleo de esta práctica de lectura busca reconstruir un *leit-motiv,* un tema central que se va desplegando bajo un ritmo particular y por el que va avanzando un pensamiento a lo largo de distintos textos de diversos periodos. En este recorrido el autor va apropiándose y diferenciándose de los aportes de otros pensadores hasta elaborar su propia, singular y

completa teoría. Apoyado sobre el estudio de la biografía del autor como soporte para entender los cambios, el ejercicio de lectura se centra en buscar y narrar la evolución de una obra que avanza creando una nueva y completa concepción del mundo a partir de su incorporación crítica y diferencial del pensamiento precedente.

Biografía y obra articulan los puntos que, de forma más desarrollada, se desplegaban en los abordajes epistemológicos que recién hemos analizado. Parecería, sin embargo, que limitado por su encarcelamiento y consciente de esta limitación, Gramsci no realizará esta tarea, dedicando su trabajo carcelario a la elaboración de reflexiones propias vertidas en múltiples apuntes de trabajo. No obstante, su "método", que lo emparenta con las formas más clásicas de lectura en teoría política, parece nspirar a la gran mayoría de estudios sobre su pensamiento, y con él, sobre el concepto de hegemonía. Anclados ya sea en la biografía, con el impacto que los eventos políticos y sociales de su época pudieran tener en las reflexiones de Gramsci, o en el movimiento de elaboración de su pensamiento como continuad, ruptura u originalidad en relación a pensamientos teórico-políticos precedentes, o más bien, en la mayoría de los casos, en un combinación de estos elementos; los estudios gramscianos han buscado incansablemente entender qué quiso decir Gramsci para fundamentar desde allí un concepto de hegemonía, y con él, un nueva teoría política y social[42].

Los estudios sostenidos en la filología, abordaje actualmente dominante en los estudios gramscianos, son los que más abiertamente traicionan el sentido etimológico de su método (amor por las palabras) en favor de la búsqueda del Gramsci perdido, de la apuesta por una fidelidad hacia su autor que restituya su intención y su voluntad. En algunos casos se termina planteando una vía de acceso al "verdadero" Gramsci que reside en la materialidad misma del manuscrito. Serían las marcas físicas soportadas en el texto las que establecen el criterio que ordena una obra que ahora sí podría seguirse en su evolución y articularse en una coherencia (Francioni, 2016). Una obra que muestra su condición de genialidad, como una forma acabada del pensamiento de la cual extraer las respuestas para una interrogación de lo político y lo social.

[42] Las formas de combinación de estos elementos refracta, a su vez, en los distintos énfasis interpretativos sobre el pensamiento gramsciano que cada uno de las distintas lecturas subraya. Si la interpretación de Bobbio muestra el abordaje más cercano al textualismo integral, haciendo de Gramsci un gran pensador político que continúa la tradición filosófica para dar una nueva respuesta a la problemática universal de la relación entre sociedad civil y Estado (Bobbio, 1985); algunos de los abordajes contemporáneos buscan por el contrario reconstruir con mayor precisión la inscripción de Gramsci en un particular contexto de debate intelectual. Se enfatizan así sus rupturas y continuidades con el neoidealismo italiano (Izzo, 2009) o la particular reelaboración en dicho contexto del pensamiento de Marx como filosofía de la praxis (Frosini, 2003 y 2010). En coincidencia con estos estudios, pero enfatizando aún más en los acontecimientos políticos, encontramos lecturas que plantean la fundamental unidad de un estudio de la vida política y humana de Gramsci para entender su pensamiento (Vacca, 1995). En estos casos suele sobredeterminar la interpretación de los conceptos la biografía y las posiciones sostenidas por Gramsci frente a la política del PCI y de la Internacional Comunista; y en particular para el concepto de hegemonía su defensa de la estrategia del "frente único" (Thomas, 2010). A su vez. y como continuidad de esta centralidad de la "estrategia política", se llegan a proyectar y construir elementos de autocensura en el texto gramsciano, como si retornara la preocupación de Strauss por la persecución, pero ya no frente a los censores fascistas (la reposición del conjunto de los manuscritos descarta en gran medida esta interpretación) sino frente a la política soviética (Vacca, 2016a), por lo que se descubre, casualmente en lecturas realizadas luego de la caída de la URSS, un Gramsci como crítico radical del estalinismo.

La figura del autor opera así no solo como detención de la polisemia del texto sino que, en una construcción estructuralmente similar a la exégesis cristiana, que demuestra el valor de un texto por la santidad de su autor, busca articular la coherencia y la unidad de una obra reconstruida en todos los escritos firmados o producidos por un mismo autor. Esta unidad y coherencia alcanzada vía la fidelidad de los fieles a su autor, se traslada así a los conceptos contenidos en dicho continente autoral:

> el autor es lo que permite explicar tanto la presencia de ciertos acontecimientos en una obra como sus transformaciones, sus deformaciones, sus modificaciones diversas (y ello gracias a la biografía del autor, al establecimiento de su perspectiva individual, al análisis de su pertenencia social o de su posición de clase, a la puesta al día de su proyecto fundamental). El autor es igualmente el principio de una cierta unidad de escritura —es obligado que todas las diferencias se reduzcan al mínimo gracias a los principios de evolución, de maduración o de influencia. El autor es incluso lo que permite remontar las contradicciones que pueden desplegarse en una serie de textos: es preciso que exista —a un cierto nivel de su pensamiento o de su deseo, de su conciencia o de su inconsciente— un punto a partir del cual las contradicciones se resuelven, los elementos incompatibles finalmente se encadenan unos a otros o se organizan alrededor de una contradicción fundamental y originaria. Finalmente, el autor es un cierto hogar de expresión que, bajo formas más o menos acabadas, se manifiesta tanto, y con el mismo valor, en unas obras, en unos borradores, en unas cartas, en unos fragmentos, etc. (Foucault, 2000: p. 20).

La coherencia de una obra completa a la que se accede siempre de antemano con cierta reverencia de genialidad acompaña así los intentos de instaurar con Gramsci el origen de una nueva teoría a la que adherir y continuar; de volver a Gramsci un "fundador de discursividad", un autor que abre el espacio para algo que es, al mismo tiempo, diferente de aquello por él producido, pero siempre perteneciente a lo por él fundado (Ibíd.). Consecuentemente, todos los intentos de pensar sus conceptos, se vuelven "retornos al origen" donde "no se reconocen determinadas proposiciones como falsas, sino que, cuando se intenta captar este acto de instauración, se apartan simplemente los enunciados que no son pertinentes, sea porque se los considera inesenciales, sea porque se los considera como «prehistóricos» y pertenecientes a otro tipo de discursividad (Ibíd., p. 26). Amparados bajo la autoridad de Gramsci todos los intentos de uso del concepto de hegemonía deben así definir su validez teórica en relación a su obra como conjunto coherente y acabado.

Por esta razón, más allá del método con el que se busca producir la intención autoral lo que nos interesa aquí es lo que produce para pensar leer la hegemonía. En todos estos casos se busca derivar un concepto único de hegemonía, a partir de un diálogo de Gramsci consigo mismo (o expandido a quienes lo influyen y contra quienes discute) a lo largo de su obra, que siempre da como resultado una completa y coherente teoría de la política. En este sentido, la hegemonía se establece como pieza clave de una maquinaria libre de contradicciones a la que Gramsci arriba luego de una larga evolución. El sentido del concepto de hegemonía se vuelve así parte y resultado de una teoría que a la vez se establece, en prácticamente todos los estudios gramscianos, como una acabada y potente respuesta para la interpretación política y social, como una completa filosofía que se basta a sí misma para resolver cualquier problema teórico. Anudado en la figura autoral de Gramsci, el concepto de hegemonía aparece como una solución

teórica a la que arribar más que como un problema a interrogar; una solución ya articulada en la obra de un autor genial que no requiere la producción de ningún diálogo crítico de sus conceptos con otras teorías que puedan potenciarlos.

Por el contrario, abordar una lectura del concepto de hegemonía sin la garantía última de su significado en la voluntad de Gramsci implica el abandono de todo intento de "descifrar" el secreto de sus textos, para abrirlos, y con ellos a sus conceptos, en su polisemia. Leer, por lo tanto, como una actividad "contrateológica" que, sin inscripción al nombre del padre, se convierte en una experimentación productiva del texto (Barthes, 1994a). La tarea que nos proponemos, entonces, es la de atravesar la escritura de los textos gramscianos para ir desenredando allí los múltiples sentidos del concepto de hegemonía en sus diversos usos. En consecuencia, contra todo intento de centrar el análisis en construir una obra de Gramsci que, cual organismo que se desarrolla, cierra en su evolución los sentidos de sus conceptos, abordamos los textos como un "campo metodológico", como una red plural de significantes que no pueden "hallarse" por una ciencia filológica de la literalidad, por una hermenéutica que interprete sus secretos o por un contextualismo que los explique (Barthes, 1994b).

Este ejercicio de triple herejía gramsciana (con el método propuesto por Gramsci, con el campo establecido de estudios gramscianos y, más importante aún, con los sentidos del propio Gramsci), no implica, no obstante, que Gramsci como autor no pueda "aparecerse" ya en nuestro texto, sino que si lo hace, es a "título de invitado" (Ibíd.) sin ningún privilegio paternal que le asegure de antemano la palabra correcta para pensar la hegemonía. De esta forma, si no reducimos el sentido de hegemonía a un problema de continuidad o ruptura de Gramsci con otros autores (Marx, Labriola, Croce, Lenin, etc.), ni tampoco a sus lecturas del contexto político y social o a las estrategias políticas que él busca articular; esto no quiere decir que no podamos recurrir a pensar estos elementos en nuestra búsqueda de la productividad teórica del concepto. En este sentido, hacer producir al texto gramsciano, y a sus conceptos, más allá de Gramsci para superar la imagen de su "obra" como una respuesta sistemática de la que "extraer" una completa y verdadera teoría social o una correcta estrategia política, no nos impide, no obstante, pensarla en su especificidad. Abordamos ese continente particular de textos unidos al nombre propio de Gramsci, porque estos parecen contener, y porque allí numerosos lectores encontraron, un concepto de hegemonía que en su polisemia y bajo distintas formas busca dar cuenta de cómo se constituye la dominación social y de formas para superarla.

Resulta claro que, para nosotros, la productividad teórico-política del concepto de hegemonía no puede reducirse ni al contexto ni a su autor, cuya relevancia, en su propia época, fue de hecho menor, sin que se generarán importantes debates sobre su obra y sus conceptos durante su vida. En realidad, es la multiplicidad de interpretaciones y reapropiaciones posteriores que existen sobre este concepto la que justifica un abordaje que, contrario a una estrategia de retorno al origen, se centre en la categoría y sus potencialidades.[43] El interrogante, entonces, es

[43] El abordaje con el que leemos el texto gramsciano se aplica también a sus intérpretes posteriores. No se trata de negar los contextos en los que se reinterpreta y reelabora el concepto de hegemonía, sino de no reducir a estos, o a las particulares estrategias políticas que allí se proponen, la productividad conceptual de dichas interpretaciones. Se trata, en suma, de pensar estos "usos de Gramsci" no como "abusos" sobre una intención original del autor, sino como profundizaciones posibles de sentidos anudados en el texto gramsciano. Por esta razón, no buscamos ignorar la plétora de intentos de

porque, más allá de Gramsci pero articulado desde sus reflexiones, el concepto de hegemonía, se convirtió, en la segunda mitad del siglo XX y hasta nuestros días, en una categoría central al interior de las discusiones marxistas y de forma general en la teoría política y social. La pregunta que motiva nuestra lectura ya no es "qué quiso decir Gramsci con hegemonía" sino cuáles son las potencias teóricas y las problemáticas histórico-políticas que se anudan, bajo múltiples formas, en el concepto de hegemonía que aparece en sus textos.

3. Experiencia histórica y polisemia de los conceptos

El movimiento del autor al concepto que buscamos realizar aquí para pensar la hegemonía requiere, entonces, una reflexión sobre cómo pensar a los conceptos una vez liberados de la intención autoral. En este punto, para abordar el interrogante que articula nuestra forma de leer la hegemonía, creemos que pueden recuperarse, críticamente, algunos aportes de la "historia conceptual" [Begriffsgeschichte] desarrollada en Alemania en los años sesenta. Esta estrategia teórica se propone "un acercamiento interpretativo a la experiencia plasmada en los conceptos, y descifra, en la medida de lo posible, las pretensiones teóricas contenidas en los conceptos. Literalmente se pregunta por la evidencia de la transformación que se produce en [una] época, [en] cómo se ha articulado lingüísticamente en los conceptos" (Koselleck, 2009: p. 99). Es decir, para este enfoque, los conceptos políticos modernos dan cuenta, e intervienen, en una experiencia histórica que a su vez los atraviesa y los constituye. El abordaje apunta, entonces, a dar cuenta de las transformaciones históricas de la modernidad a partir de los conceptos, pero simultánea y principalmente, a entender la constitución y el surgimiento de los conceptos como condensaciones de la experiencia moderna, como un intento particular de anudar en ciertas palabras la inteligibilidad teórica de una realidad histórica contradictoria.

> cada concepto depende de una palabra, pero cada palabra no es un concepto social y político. Los conceptos sociales y políticos contienen una concreta pretensión de generalidad y son siempre polisémicos […], un concepto tiene que seguir siendo polívoco para poder ser concepto. También él está adherido a una palabra, pero es algo más que una palabra: una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra. Los conceptos son, pues, concentrados de muchos contenidos significativos […] Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto […] Con todo esto queda claro que los conceptos abarcan, ciertamente, contenidos sociales y políticos, pero que su función semántica [...] no es deducible solamente de los hechos sociales y políticos a los que se refieren. Un concepto no es sólo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible (Koselleck, 1993: pp. 116, 117 y 118).

"entender" la hegemonía desde Gramsci remitiendo a una lectura autoral, sino que queremos incorporar estas lecturas para explorar la productividad polisémica del concepto de hegemonía.

Los conceptos existen en una tensión constitutiva y nunca resuelta entre ellos y los estados de cosas a los que buscan pensar, al condensar una experiencia sociopolítica múltiple y contradictoria. A su vez, no son meros reflejos de esa realidad, sino que, en tanto ésta sólo puede entenderse por medio de estos, los conceptos se vuelven elementos que intervienen sobre la realidad y la constituyen. La plurivocidad de los conceptos emerge de la condensación de diversas experiencias de dicha realidad y, asimismo, de que los conceptos contienen sentidos sedimentados de otras épocas al mismo tiempo que conllevan una capacidad inherente de trascender su contexto originario y proyectarse en el tiempo (Palti, 2004). Los sentidos polisémicos de un concepto no pueden reducirse así a un contexto, de por sí contradictorio y múltiple, ya que no existe una relación directa y simple entre ambos. Sobre la realidad que los constituye, los conceptos pueden proponer y anticipar una situación aún no existente, incluyen la posibilidad lingüística de ser usados para ir más allá de los fenómenos particulares que denominan. Simultáneamente, pueden presentar la permanencia de experiencias anteriores y mostrar ciertas resistencias teóricas propias del pasado. Estos diversos niveles de significación simultáneos, procedentes de épocas diferentes y con capacidad de anticipar realidades futuras, expresan sus inherentes anacronismos y, por lo tanto, la imposibilidad de establecer una relación de concordancia directa de los conceptos con el curso de los acontecimientos de la historia (Koselleck, 1993 y 2009).

La pluralidad de la experiencia que se anuda en un concepto implica, entonces, su necesaria polisemia, y esto no simplemente porque este puede cambiar su sentido en contextos históricos distintos, sino porque la realidad contradictoria que habita el concepto vuelve precaria toda fijación última de sentido. Por ello no se trata de que los conceptos tengan historia, dando cuenta de ideas universales que se expresan en distintas palabras a lo largo de la historia o de una serie cronológica de significados que se anudan bajo una misma palabra que van cambiando según el contexto; sino que "portan" una experiencia histórica múltiple, que vuelve a su historicidad, polisemia y mutabilidad, sus elementos constitutivos. La "historia conceptual" propone entonces un análisis que muestre cómo ciertas palabras, muchas veces tomadas de tradiciones previas y manteniendo tensiones con estos pasados, se convierten en "vehículos" de conceptos que dan cuenta e intervienen en una realidad histórica radicalmente nueva. Un análisis que supone la naturaleza aporética de todo concepto, la imposibilidad de fijar en estos un sentido último ya que sus contenidos semánticos nunca conforman un sistema racional y lógicamente integrado. Este carácter aporético, que vuelve a los conceptos "indicadores" de un problema teórico/político que nombran y que a la vez los excede, supone entonces una polisemia inherente que debemos abrir (Duso, 1998; Palti, 2005).

Abordar el concepto de hegemonía, no implicará, entonces, realizar una historia de la palabra desde sus orígenes en la antigüedad griega hasta la actualidad, registrando las transformaciones en sus significados y sus usos, como si se tratara de distintas modulaciones bajo nuevos contextos de un fenómeno transhistórico llamado hegemonía[44]. Por el contrario, implicará pensar cómo, en un particular continente de textos, esta palabra se convierte en concepto

[44] En uno de los más recientes libros dedicados a pensar la hegemonía, Perry Anderson emprende esta tarea de rastreo de la palabra, insertándola en distintos contextos históricos para observar allí cómo es usada. Centrado en el uso de la hegemonía para describir, principalmente, relaciones de dirección y predominio entre naciones, el libro pareciera mostrar una línea de continuidad y profundización de los sentidos del concepto a lo largo de la historia (Anderson, 2017).

intentando dar cuenta de una experiencia política nueva; y en cómo esta se erige, a su vez y a través del concepto de hegemonía, en una problemática a pensar y resolver para las tradiciones teóricas en las que este concepto se inscribe. Por esto, si abordamos el concepto de hegemonía desde los textos gramscianos, y en particular desde los *Cuadernos de la Cárce*l, es porque es allí, y esto más allá de la intención de Gramsci, donde emerge, bajo diversas formas y en su polisemia, un concepto que busca dar cuenta de una nueva realidad histórico-política, nombrada, y entendida, a partir de la hegemonía.

El concepto de hegemonía se ha convertido así más que en una solución teórica a buscar en la obra de Gramsci, en un problema a interrogar en sus textos; y esto en un triple sentido. En primer lugar, debemos pensar cuál es la problemática política, la nueva experiencia histórica, que emerge en la época de escritura del texto gramsciano y que escapa a una inteligibilidad sobre la base de las teorías y la conceptualidad previa y requiere, entonces, su entendimiento bajo un nuevo concepto denominado hegemonía. En segundo lugar, en consecuencia, impone pensar la relación entre este concepto y la tradición teórica en la que se inscribe: el marxismo. En este sentido, debemos pensar cómo los elementos críticos introducidos por el concepto de hegemonía suponen una reformulación o profundización crítica de la teoría marxista en su manera de abordar lo político; a su vez que dar cuenta de las persistencias teóricas del marxismo de la época en el propio concepto de hegemonía. En su polisemia, entonces, el concepto de hegemonía se convierte en un *locus* problemático de profundización y reformulación de la tradición teórica a la que pertenece, en un campo de fuerzas donde se juegan la apertura a nuevos sentidos dentro del marxismo y la continuidad de formas sedimentadas de entenderlo[45]. Por último, y en tercer lugar, debemos pensar qué es aquello que aparece en el concepto gramsciano de hegemonía que abre lugar a posteriores reapropiaciones y transformaciones que multiplican la polisemia ya presente en los *Cuadernos*. Refiriendo a este texto como fuente, las diversas interpretaciones y reformulaciones del concepto de hegemonía en nuevos campos teóricos aparecen así como la profundización de sentidos ya allí anudados que debemos poder articular y no ya como apropiaciones indebidas del pensamiento de Gramsci.

Para pensar estos interrogantes del concepto de hegemonía, debemos, no obstante distanciarnos de la "historia conceptual" que, como planteábamos, sólo recuperamos críticamente en algunos elementos. Esto se debe, principalmente, a que dicho enfoque supone una narración particular sobre la transformación histórica y sobre las causas de la naturaleza aporética de los conceptos, que no compartimos y que dificultan un abordaje crítico del concepto de hegemonía. Centrado en un único quiebre histórico, entre modernidad y mundo antiguo, acontecido en el siglo XVIII, las investigaciones de dicho enfoque apuntan a las transformaciones conceptuales sucedidas en este período bisagra [*Sattelzeit*]. Por ello, no puede dar cuenta de transformaciones posteriores en la conceptualidad política, suponiendo una unidad y determinación de los conceptos modernos desde ese momento hasta nuestra contemporaneidad. Consecuentemente, explica el carácter polisémico y aporético de los conceptos políticos por un única causa originaria establecida en dicha ruptura y referida a la propia conceptualidad que explica dicha experiencia: se trata del vacío de todo fundamento

[45] Esto se produce, una vez más y a riesgo de repetición, más allá de la conciencia del propio Gramsci y de su propio intento por sistematizar una forma nueva de entender al marxismo. Se produce, en cambio, en los sentidos múltiples que el concepto de hegemonía soporta en sus textos y lo que estos implican en sus diversas articulaciones posibles para conceptualizar una teoría de lo político en el marxismo.

natural y externo del orden político propio de la modernidad, cuyas causas o lógicas no se explican más que circularmente por el propio vació de sentido.[46]

¿Cómo pensar el carácter aporético, polisémico, de los conceptos políticos desde una experiencia histórica que incluya pero no se agote en los mismos conceptos? ¿Cómo pensar esta experiencia en una dinámica de transformación que dé cuenta del surgimiento de nuevos conceptos y de su transformación? La lectura de los conceptos no debe ser un relato de un gran y único cambio entre grandes periodos históricos que explica la conceptualidad; sino que debe abordar una práctica social que en su dinámica y transformación expresa y opera cambios en los conceptos que portan esa experiencia. Es decir, queremos pensar la hegemonía como condensación de una particular experiencia histórica múltiple, contradictoria, conflictiva y cambiante que, a partir del advenimiento de dicho concepto, se expresa y entiende en su polisemia. Reconociendo que todo entendimiento no parte de un simple acceso directo a los textos sino que se inserta en una tradición teórica que moldea la interpretación del objeto que buscamos pensar (Gadamer, 1999); debemos confesar nuestra propia tradición como forma de explicar este fenómeno de la conceptualidad y de abordar el concepto de hegemonía. Debemos entonces retornar al marxismo, como teoría crítica de la sociedad capitalista, para entender, desde el antagonismo de esa particular e históricamente determinada sociedad, el inherente carácter contradictorio y polisémico de los conceptos políticos y sus transformaciones.

4. Leer la hegemonía desde una teoría crítica del capitalismo

La reflexión sobre los conceptos y su relación con la realidad, económica, política y social nunca ha sido simple, ni tampoco particularmente desarrollada, en la tradición del pensamiento marxista. En la imagen que prevalece del marxismo se entiende que este aborda a las ideas, y a los conceptos, como parte de ideologías que reflejan lo económico, lo productivo, en distintas realidades históricas. Entendidos como "superestructuras" de una estructura económica, y agregando el aforismo por el cual "Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época" (Marx y Engels, 2005 p. 50) los conceptos parecen reducirse a las posiciones y los intereses de las clases económicamente dominantes en distintos periodos. Consecuentemente, aquellas teorías o conceptos que denuncian dicho dominio deben ser reconducidos a las posiciones e intereses de las clases dominadas; como si cada clase tuviera sus propias ideas producto de su particular situación económica. De esta manera, la práctica teórica se vuelve un trabajo de "desenmascaramiento" de las ideas de los dominantes y de desarrollo de un conocimiento científico verdadero que, corriendo el velo ideológico, de cuenta de las cosas tal cual son para así contribuir a la emancipación de los dominados.

Sin embargo, esta forma de abordar la conceptualidad, por más que pueda reflejar la tarea realizada por muchos marxistas, es muy distinta a aquella emprendida por Marx en su crítica de la economía política. Allí, las categorías de la ciencia económica son pensadas como formas

[46] Este vacío puede fundamentarse desde distintas formas de pensar la relación entre los conceptos y la realidad moderna. Para nombrar algunas, puede explicarse por la pérdida del sentido que supone la ausencia de toda idea de trascendencia producida por la secularización (Blumenberg, 2008), por una contradicción irresoluble entre una lógica del orden político fundamentada en la dominación y una en la justicia (Duso, 2003), o porque el carácter constitutivamente antinómico de lo político moderno requiere la imposibilidad de fijar un sentido de sus conceptos (Rosanvallon, 2003).

fetichizadas de las relaciones sociales capitalistas. Es decir, los conceptos y categorías de la "economía política" (mercancía, valor, trabajo, dinero, capital, etc.) no son engaños ideológicos con los que la burguesía busca dominar a otras clases; son, por el contrario, una "ilusión objetiva" que emerge de las características propias de las relaciones sociales por las que se produce y reproduce la sociedad capitalista como una totalidad históricamente determinada.

> […] las categorías más abstractas, a pesar de su validez —precisamente debida a su naturaleza abstracta— para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para estas condiciones y dentro de sus límites. […] Como en general en toda ciencia histórica, social, al observar el desarrollo de las categorías económicas hay que tener siempre en cuenta que el sujeto — la moderna sociedad burguesa en este caso— es algo dado tanto en la realidad como en la mente, y que las categorías expresan por lo tanto formas de ser, determinaciones de existencia, a menudo simples aspectos, de esta sociedad determinada, de este sujeto, y que por lo tanto, aun desde el punto de vista científico, su existencia de ningún modo comienza en el momento en que se empieza a hablar de ella como tal (Marx, 2013: pp. 306 y 307)

La crítica marxiana no supone, entonces, una relación externa entre realidad y concepto, sino una mediación dialéctica de lo objetivo y lo subjetivo, donde son las características de una determinada realidad social histórica las que existen, requieren, y se expresan necesariamente bajo la forma de ciertas abstracciones reales. El "método" propuesto por Marx parte por ello de un concreto representado como caos, para abstraer conceptos que operan y son parte de esa realidad, para luego, en su crítica, volver a lo concreto como totalidad determinada de múltiples relaciones. El trabajo de reconstrucción y crítica de las abstracciones conceptuales implica, por lo tanto, contra toda ontología de los conceptos que pretenda presentarlos como válidos para todas las sociedades, mostrar su génesis histórica y entenderlos como formas de relaciones sociales históricamente determinadas. A su vez, supone articular los conceptos como nodos de un conjunto de relaciones, esto es de la sociedad como totalidad (Ibíd.)

La crítica de los conceptos se continúa, entonces, en la crítica de las relaciones sociales que estos expresan y operan. De esta forma, lo que aparece como una derivación lógica de los distintos conceptos a partir de sus diversas contradicciones, es, al mismo tiempo, una crítica de la experiencia social contradictoria y antagónica contenida en dichos conceptos. *El Capital*, en tanto crítica de la economía política, lejos de ser un libro de economía marxista, constituye entonces una crítica de la forma del lazo social, de la relación social fundamental, que domina y articula la sociedad capitalista. En la aparente neutralidad de los conceptos de la economía-política, se expresa y opera una experiencia histórico-social que conlleva la subordinación y explotación de unos sujetos por otros y que se reproduce en y por las contradicciones del antagonismo entre clases (Marx, 2002). De esta forma, los conceptos son, al mismo tiempo, abstracciones de una experiencia múltiple, producto y productores de una sociedad que implica la división y el antagonismo de clase, la dominación de unos de sus miembros por otros, y la subsunción del conjunto de la sociedad al funcionamiento ciego e impersonal del capital.

El objeto de la crítica es por lo tanto un único movimiento desde la conceptualidad que la describe y que opera en ella, hacia la sociedad capitalista como una totalidad histórica contradictoria y antagónica. Si el "ser social determina la conciencia social" este no puede

entenderse ya como lo económico o como la voluntad de una clase dominante que se impone, sino como el conjunto de las relaciones antagónicas que vinculan a los individuos en la producción y reproducción, material y simbólica, de una sociedad históricamente determinada. La conciencia social, y los conceptos en que esta se articula, deben entenderse, entonces, a partir del antagonismo que expresan y que organiza la sociedad como totalidad.

La conceptualidad propia de la modernidad capitalista, porta, por lo tanto, una experiencia histórica antagónica que la desgarra e impide una fijación única del sentido. En tanto formas de las relaciones sociales capitalistas la contradicción inherente en los conceptos expresa el antagonismo propio de la relación entre capital y trabajo; una relación entre individuos mediada por el valor como forma principal del lazo social que produce y reproduce a la sociedad como una forma abstracta-impersonal de dominio del hombre por el hombre. Un abordaje dialéctico y crítico, postula, entonces, que la forma capitalista de la dominación social expresa su antagonismo inherente en los conceptos con los que opera y que la explican:

> El carácter abstracto del valor de cambio confluye, previamente a cualquier estratificación social concreta, con el dominio de lo general sobre lo particular, de la sociedad sobre quiénes son sus miembros a la fuerza. Este carácter abstracto no es socialmente neutral […]. En la reducción de los hombres a agentes y soportes del intercambio de mercancías se oculta la dominación de los hombres sobre los hombres (Adorno, 2006a: p. 13) [Es por ello que] concepto y realidad son de la misma esencia contradictoria. Lo que desgarra antagónicamente a la sociedad, el principio de dominio, es lo mismo que, espiritualizado, produce la diferencia entre el concepto y lo sometido a este. Pero esa diferencia adquiere la forma lógica de la contradicción porque todo lo que no se pliega al principio de dominio aparece, según el criterio del principio, no como algo distinto indiferente a este, sino como una violación de la lógica (Adorno, 2005: p. 55)

Abordar los conceptos desde esta perspectiva implica, entonces, pensar aquella tensión constitutiva entre estos y su realidad, entre aquella experiencia sociopolítica y contradictoria y la conceptualidad que busca condensarla postulada desde la historia conceptual, como un producto histórico del antagonismo capitalista. De esta forma, la imposibilidad de los conceptos de cerrarse en un sentido último, y su necesaria polisemia, no se desprende de una característica ontológica de lo político, ni de un único cambio simbólico operado por el fin de todo orden trascendente en el paso de la antigüedad a la modernidad. Por el contrario, es la constitución de la sociedad capitalista y sus transformaciones históricas las que producen el surgimiento de categorías y conceptos que, en tanto abstracciones reales de esas relaciones, portan y operan una realidad antagónica y contradictoria que impone la imposibilidad de su cierre. En otras palabras, si no puede haber adecuación plena entre concepto y realidad, si los conceptos portan una historia que los vuelve polisémicos, aquella es la historia del antagonismo; es la experiencia del conflicto entre capital y trabajo la que atraviesa, constituye y desgarra a los conceptos que articulan y expresan la experiencia política del capitalismo.

Es a partir de esta experiencia del conflicto que buscamos pensar el surgimiento de nuevos conceptos y sus transformaciones históricas. Si el enfoque de la historia conceptual postula una única gran transformación en el advenimiento de la modernidad, obturando una reflexión sobre la nueva conceptualidad surgida luego, entender los conceptos como atravesados por el

antagonismo y la lucha de clases nos permite pensar su desarrollo y surgimiento desde la historia de este conflicto. Si la experiencia que se anuda en los conceptos es la de un antagonismo que se despliega en conflictos y luchas históricas, estos y sus transformaciones dan cuenta de formas cambiantes en las que se articula este enfrentamiento. De esta forma, y parafraseando las reflexiones que un teórico marxista del lenguaje aplicaba al signo, podemos pensar a los conceptos como "arena de la lucha de clases" (Voloshinov, 2009).

Existe, por último, otro importante elemento en esta perspectiva para abordar los conceptos desde el conflicto de clases. Estos, en tanto forma histórica de la sociedad capitalista, se deben entender desde la posibilidad de superar su conflicto, es decir, desde la perspectiva de ir más allá del antagonismo de la sociedad capitalista del cual estos conceptos son formas de existencia. Si la sociedad capitalista se ha convertido en una "segunda naturaleza" que, aunque producida por los individuos, opera ciegamente a sus espaldas imponiéndose a estos, la reflexión debe ser una crítica, un intento por abolir esta constitución histórica y las categorías que la expresan: "el reconocimiento crítico de las categorías que dominan la vida de la sociedad contiene también la condena de aquellas" [en tanto] "momentos de una totalidad conceptual cuyo sentido ha de ser buscado, no en la reproducción de la sociedad actual, sino en su transformación en una sociedad justa." (Horkheimer, 2003: p. 241 y 250). Como parte de una teoría crítica de las relaciones sociales capitalistas, la crítica a los conceptos, siguiendo la tradición marxiana, es, al mismo tiempo y en el mismo movimiento crítica de las relaciones sociales que estos portan postulando su posible y deseable superación.

Leer la hegemonía desde esta perspectiva implica entonces abrir el concepto a la lucha de clases, entendiendo que en este se articula una forma de dicha experiencia histórica antagónica capaz de ser superada por la misma lucha. Parecería, entonces, que a través de un rodeo por teorías de la deconstrucción, la historia conceptual y la teoría crítica hemos vuelto a la tradición gramsciana, y al propio concepto de hegemonía para pensar los conceptos. En su polisemia este siempre ha sostenido, en sus diversas interpretaciones, alguna forma, algún intento de pensar la lucha de clases, y las estrategias de lucha contra y más allá del capitalismo, desde un vínculo inherente entre las ideas, sus transformaciones y las luchas sociales.

Como veremos a lo largo de este trabajo, existe en el pensamiento gramsciano una preocupación central por las formas ideológicas-culturales del conflicto entre clases en su búsqueda de formas de la emancipación y de superación de la sociedad capitalista. Se trata de un elemento que, aunque en tensión con intentos de reconstrucción de las "concepciones del mundo" por un autor fundador o por su reconducción a posiciones de clase determinadas por una práctica productiva, permite pensar a los propios conceptos a partir de la lucha de clases, como partes constitutivas de dicho conflicto. Queremos pensar, entonces, que elementos de este conflicto surgen y se desarrollan en la época de producción del concepto de hegemonía, como estos serán formulados y entendidos desde esta nueva conceptualidad, y pensar también cómo esta se articula en un proyecto de crítica de la totalidad capitalista. No se trata, por lo tanto, de entender el surgimiento del concepto de hegemonía como un reflejo con conflictos históricos puntuales, lo que requeriría su contextualización por una historia de luchas, sino de abordarlo desenredando en sus múltiples sentidos aquel problema teórico, aquella forma del conflicto, que busca articularse y nombrase bajo el concepto de hegemonía.

Por esta razón, y como decíamos más arriba, el concepto de hegemonía es el *locus* de un problema, un territorio en el que se condensa una experiencia contradictoria y múltiple que, lejos de intentar cerrar en un sentido único, hay que interrogar en su polisemia. Contra un cierre ideológico de esta experiencia, que presente como reconciliado en el concepto aquello que permanece en la realidad como antagónico (Adorno, 2006b), persistimos en el antagonismo y en las formas en que este se articula en el concepto de hegemonía. Queremos pensar desde este antagonismo, y desde las posibilidades de su superación, desde una "fantasía tenaz" (Horkheimer, 2003) que haga de la crítica una lucha por la abolición del presente y por la apertura de una nueva experiencia histórica; pensar entonces que puede existir una sociedad sin hegemonía para abrir la categoría en su historia y en su crítica.

La tarea de nuestro trabajo, consistirá por lo tanto en encontrar cual es el problema que la hegemonía busca nombrar, qué aspecto del desarrollo histórico del conflicto de clases es la experiencia que este anuda. Abordaremos una crítica del concepto de hegemonía para pensar como este da cuenta de una característica de las relaciones sociales capitalistas y como este se articula con el resto de las categorías de esta sociedad. Esto nos permitirá para pensar, entonces, cuales son las distintas formas de entender este fenómeno, y de postular su superación, que el concepto produce en su polisemia, en sus aporías. Buscaremos entonces desenredar los sentidos que la hegemonía soporta en el texto gramsciano para pensar como, en sus diversas formulaciones, plantea nuevos desafíos a la teoría marxista en su entendimiento de lo político.

Nuestro abordaje herético de la hegemonía se inscribe y busca así producir una reflexión sobre la misma tradición crítica que da origen al concepto y que atraviesa el entendimiento del mundo del propio Gramsci: el marxismo como una teoría crítica que postula y se articula, contra y más allá de la sociedad capitalista. No buscamos entablar una vez más una discusión sobre quién entiende mejor un sentido del concepto de hegemonía a partir de acceder al "verdadero" pensamiento de Gramsci, sino mostrar las múltiples posiciones teóricas y políticas que a partir del concepto de hegemonía pueden soportarse y profundizarse desde sus textos; para pensar desde estas la productividad teórica del concepto y sus consecuencias para una reflexión de lo político desde el marxismo.

Observando que asistimos hoy en día a un renovado debate sobre el concepto de hegemonía, sobre sus distintas formas de existencia, sobre su historicidad y principalmente sobre las consecuencias que implica para una política de transformación social, es que pensamos que se vuelve nuevamente necesario repensar esta categoría central en la tradición crítica. Nuestro trabajo buscará pensarse, por lo tanto, como una continuación de este debate, en y más allá de los estudios gramscianos, en el intento de encontrar una forma de entender a la hegemonía, y con ella al marxismo, que aporte a la constitución nuevas teorías y prácticas de lo político.

5. Sobre la selección y el tratamiento de los textos y las ediciones donde leer la hegemonía

Una vez planteado este modo de abordaje, esta perspectiva general que orienta nuestra manera de leer, podemos decir algunas palabras de nuestro método y sobre selección de los textos y las ediciones que leeremos. Como hemos mencionado en la primera parte de la introducción, trabajamos sobre el corpus de textos gramscianos ya que los consideramos, y han sido a su vez consideramos por quienes los han retomado, como un campo privilegiado de surgimiento y desarrollo del concepto de hegemonía. Por esta razón, volvemos a estos textos no para sellar

un sentido a partir de la intención de su autor, o porque creemos que el sentido de la hegemonía pueda desentrañarse en la evolución del pensamiento que allí se despliega, sino porque en estos aparecen una serie de problemas teóricos, que en, contra y más allá Gramsci, nos permiten pensar lo político en el marxismo. Es decir, recorrer el conjunto de esos textos no para encontrar una respuesta cerrada dada por Gramsci, sino como el *locus* de un problema que encuentra diversas soluciones posibles de ser anudadas bajo los múltiples sentidos en los que allí se despliega el concepto de hegemonía.

La crítica a una lectura sostenida sobre el autor que expusimos aquí, y el movimiento desde el análisis de su intención al de la producción polisémica de los conceptos en sus aporías, no impide entonces que centremos nuestro análisis en un conjunto de textos que han aparecido bajo una firma particular. Lo que impide es su tratamiento en tanto una obra evolutiva y completa, el cierre del sentido de los conceptos por la intención y el contexto, y la negación de sus interpretaciones y transformaciones por medio de la autoridad del autor. Este movimiento no impide así que el autor aparezca en el análisis, pero aparece a modo de invitado, al decir de Barthes, y siempre que su inclusión permita avanzar en nuestra lectura productiva del concepto. Debemos resguardarnos de volver al autor el centro del análisis, por lo que su biografía y su contexto, cuando ayudan a desarrollar un argumento, aparecerán, pero la mayoría de los casos como nota al pie de página.

La elección de los textos gramscianos como corpus no se fundamenta, entonces, en Gramsci y su genialidad como fundador de una nueva teoría política, sino que responde a la enorme productividad teórica y política presente de forma diversa y contradictoria en estos textos. Una productividad, que en lo que hace al concepto de hegemonía, se muestra en las formas variadas con las que aparece en su interior, y en cómo este se ha vuelto fuente para sus potentes reapropiaciones posteriores. Un trabajo sobre la hegemonía podría, entonces, partir de otros conjunto de textos que desarrollen el concepto, pero en tanto casi la totalidad de los textos teóricamente relevantes que realizan esta operación regresan al corpus gramsciano, este nos aparece el lugar por excelencia para pensar sus sentidos.

Al tomar los textos gramscianos como un territorio de inscripción de un problema teórico, buscaremos recorrer su casi totalidad para buscar la aparición y las articulaciones de la problemática que se anuda bajo la hegemonía. En este sentido, aunque son los textos producidos durante el encierro de Gramsci donde encontramos en sentido estricto el desarrollo del concepto de hegemonía, comenzamos por una lectura de los textos del momento pre-carcelario (1910-1926). Trabajamos dichos textos no como una forma de mostrar los antecedentes del concepto, su prehistoria, sino para investigar cómo en ellos se despliega, de forma contradictoria, un problema teórico-político que pasará crecientemente a ser nombrado como hegemonía.

Este conjunto de textos precarcelarios se encuentra constituido mayormente por artículos periodísticos breves producidos en la prensa partidaria del PSI y el PCdI, así como de algunos documentos internos de discusión partidaria. Muchos de estos no llevan una firma o la tienen bajo un pseudónimo. A su vez, se encuentran publicados en diversas recopilaciones basadas en distintos criterios de selección, que cuando han intentado recopilar el conjunto de los textos difieren frente al problema de cuáles incluir por la falta de una clara definición autoral (Rapone, 2011). Recientemente, partiendo de esta problemática, los volúmenes dedicados a este periodo

de la aún incompleta nueva "Edizione Nazionale degli Scritti di Antonio Gramsci", han intentado profundizar en el estudio de la autoría de los textos, logrando una selección más exhaustiva y fundada filológicamente (Righi, 2016).

Sin embargo, y más allá de sus distintos grados de precisión y definición sobre los textos que incluyen, las diversas recopilaciones que se han hecho de estos textos se han convertido en la fuente de los estudios gramscianos para abordar este periodo y han llevado a producir interesantes estudios que sirven como base de nuestro trabajo. Por esta razón, hemos decidido trabajar sobre las más extensas, aquellas publicadas ya en su totalidad, de dichas compilaciones. Lamentablemente, estas recopilaciones, así como la gran mayoría de estos cientos de textos de breves, no se encuentran en su mayoría traducidas, por lo que para el análisis de los textos precarcelarios utilizamos versiones en el italiano original, y solo en algunos casos que se encuentran disponibles sus traducciones al español.

Comenzamos nuestro análisis entonces, en el primer capítulo, con la aparición de la problemática de la hegemonía en los textos anteriores a 1926, pero afirmamos que los diversos usos de la hegemonía están fundamentalmente concentrados en los textos carcelarios, y solo allí van acompañados de la constelación de conceptos y desarrollos necesarios para el paso de la palabra al concepto. Así mismo, es a partir de la publicación de estos textos que el concepto comenzará a difundirse, usarse y transformarse en diversas teorías y geografías. Por esta razón, serán los *Cuadernos de la Cárcel*, texto de un carácter fragmentario y provisorio, el principal campo de análisis sobre el que realizaremos nuestro trabajo sobre el concepto de hegemonía. Es a lo largo de estas páginas, escritas entre 1929 y 1935, donde esta palabra se transforma, realmente desde una noción que denota la superioridad o el predominio entre dos elementos, en un concepto con que intenta condensar una particular experiencia histórica de la dinámica conflictiva entre clases sociales. Pero como hemos afirmado, este movimiento no se realiza más que en la aparición de sentidos polisémicos de un concepto que es usado más que definido en diversos análisis históricos y teóricos, que contienen anudados, de formas contradictorias, una problematización sobre la política y la cultura y, de forma general, de la relación entre lo "objetivo" y lo "subjetivo" para la teoría marxista.[47]

Los *Cuadernos* no constituyen una obra acabada y coherente, sino que se presentan como un conjunto de notas y apuntes escritos por Gramsci durante su detención, como reflexiones sobre diversos temas en los que se despliegan distintos conceptos que se van articulando. Estas múltiples notas se convierten así en una suerte de laberinto que debemos recorrer siguiendo el hilo del concepto de hegemonía, aunque advirtiendo que allí también éste se mantiene, y estalla en su polisemia, y que tampoco allí tiene siempre un desarrollo que supere su uso tradicional o meramente descriptivo ni tampoco una forma única cuando sí lo haga. Nos enfrentamos, entonces, a un corpus textual de por sí problemático, ya que el concepto de hegemonía sólo

[47] En este sentido, nuestra perspectiva de análisis se diferencia también del trabajo clásico de Anderson (1981), que piensa la hegemonía a partir de antinomias. Lo que buscamos mostrar no son articulaciones antinómicas de una misma problemática, sino diversas constelaciones conceptuales en las que se inscribe el concepto. No se trata de elegir entonces entre opciones antinómicas, buscando cuál de ellas presenta un sentido conceptual más coherente, sino de entender cómo los diversos sentidos de la hegemonía que se producen en los textos gramscianos y como nos permiten interrogar lo político en la teoría marxista.

puede ser desarrollado a partir de esta fragmentariedad y aparición ligada a problemáticas múltiples que son características propias de dicho texto

Al tratar de desarrollar el concepto gramsciano de hegemonía allí donde este ha sido más desplegado y desde donde ha sido más retomado, los *Cuadernos* de la Cárcel, nos encontramos entonces con una multiplicidad de notas sobre diversos temas y pertenecientes a distintos momentos de escritura en los que la palabra "hegemonía" va acompañada de diversos desarrollos teóricos. Este campo problemático de inscripción del concepto en su polisemia no puede resolverse exclusivamente en un recorte temático, como si Gramsci hubiera escrito *un libro* sobre la hegemonía, seleccionando solo los desarrollos que relacionan a la hegemonía con la política, con la cultura o con los análisis históricos, pero tampoco en una lectura diacrónica de los *Cuadernos* que, a partir de una hiperespecialización filológica, busque descubrir la temporalidad exacta de cada una de las notas, y derivar de estas un desarrollo evolutivo y último de la hegemonía gramsciana.

Frente a la primera tentación, resulta evidente la multiplicidad de los temas en los que la palabra hegemonía aparece tratada dentro de las notas carcelarias; multiplicidad que, a su vez, vincula estrechamente este concepto con el conjunto de los desarrollos conceptuales de Gramsci, quien claramente piensa su conjunto de notas como apuntando potencialmente a una unidad articulada. Contra la idea de un "verdadero" Gramsci y un "verdadero" concepto de hegemonía, reconstruido diacrónica y filológicamente, afirmamos que no existe un desarrollo unívoco y lineal de los conceptos gramscianos –y en particular del de hegemonía– a lo largo de los cuadernos (Cospito, 2008, 2016a y 2016b). Por el contrario, nos encontramos, en la repetición y la reaparición casi sin modificaciones de las notas-borradores, con múltiples formas –muchas veces, meramente descriptivas– de la hegemonía. Del mismo modo, y principalmente, encontramos conceptualizaciones contradictorias de la hegemonía aun entre los desarrollos más acabados del concepto; contradicciones y diferencias que no pueden resolverse en una síntesis definitiva y que deben ser tratadas, por el contrario, desde los múltiples usos que la palabra "hegemonía" reviste a lo largo de esta obra.

Esta dificultad, propia de abordar un texto fragmentario y en proceso de elaboración se vuelve aún mayor debido a la compleja historia de la edición y publicación de los *Cuadernos*, lo que impone una decisión metodológica sobre con cuál texto físico trabajar. En efecto, la primera edición de los *Cuadernos*, la que permitió su difusión masiva y el posicionamiento de Gramsci como gran teórico del marxismo, siguió un criterio de organización temática de sus notas y dejó de lado la publicación de sus borradores. Publicada bajo la supervisión de Palmiro Togliatti, en esta edición se separan los diversos desarrollos del texto gramsciano, generando la ilusión de que ciertos conceptos pertenecían a una sola de las problemáticas desarrolladas en los *Cuadernos*. A su vez, esta edición impedía seguir el desarrollo diacrónico de la obra, suponiéndola como una totalidad cerrada, al obviar las primeras versiones de esas reflexiones y al no presentarlas en su conjunto según su orden de escritura.

Mucho se ha dicho de esta edición y de las condiciones histórico-políticas de su producción, de la operación realizada por Togliatti para adaptar el pensamiento de Gramsci a las necesidades políticas del PCI, con las correspondientes censuras y omisiones de aquellos de sus escritos que pudieran resultar problemáticos. Lo que destacamos aquí es que esa edición de los *Cuadernos*, la más difundida y la que generó la amplia lectura de la obra gramsciana, provocó la apariencia

de que los conceptos gramscianos correspondían a una aplicación exclusiva a algunos de los temas en los que se dividía su obra, al mismo tiempo que se buscaba hacerlos parte de una teoría general gramsciana que se iba desplegando en una totalidad sin contradicciones.

En el caso del concepto de hegemonía, este era tratado ya sea como perteneciente a la problematización del materialismo histórico en una discusión con Benedetto Croce, como concepto en relación a la cultura y los intelectuales, o como central a la teoría política gramsciana presente en el cuaderno sobre Maquiavelo. Desde estas apariciones servía para pensar una particular historia nacional de constitución de la hegemonía y desde el rol central de los intelectuales en esta, y en una teoría general de lo social, las propuestas por reemplazarla por una hegemonía del proletariado. Por el contrario, la presencia de este concepto recorre, casi la totalidad de los *Cuadernos*, es usado de varias formas de manera contradictoria, y en vinculación a cuestiones diversas, tales como discusiones de política, análisis históricos o culturales, y desarrollos de la teoría y la filosofía marxista que no conducen necesariamente a una teorización general acabada.

Es por esta razón que, aun cuando dicha edición sea la más leída y la más fácilmente disponible, los estudios de gramsciología se han volcado a la utilización de la edición crítica publicada en 1975. A cargo de Valentino Gerratana, está reproduce la totalidad de los cuadernos (con la excepción de sus ejercicios de traducción) numerándolos (del 1 al 29) en un orden cronológico a partir de la reconstrucción del momento de inicio de la redacción de cada uno. Acompañada por un robusto aparato crítico, esta edición reproduce los borradores de los primeros cuadernos, distinguiendo entre aquellos que luego serán transcriptos ("textos A"), las notas de única aparición ("textos B"), y aquellas de redacción definitiva ("textos C") (Gerratana, 1981). No obstante, al ordenar los cuadernos según el inicio de su redacción, esta edición termina produciendo una ilusión de sucesión cronológica que no es tal. En este sentido, Francioni (1982) ha señalado cómo Gramsci trabajaba simultáneamente en varios cuadernos, dejando espacios en blanco para continuar luego con otros temas, volviendo a cuadernos abandonados, y utilizando, de forma paralela, cuadernos que servían para tomar apuntes más que para desplegar alguna reflexión más elaborada.[48]

Partiendo de este análisis, se ha propuesto una nueva edición que incluya los textos de traducción omitidos por la edición de Gerratana y que logre fechar las distintas notas con el fin de tener una mejor comprensión de su desarrollo diacrónico (Francioni, 1992). Esta nueva edición de los *Cuadernos* forma parte de un proyecto más amplio, de "Edizione Nazionale degli Scritti di Antonio Gramsci", que buscará reeditar el conjunto de la obra del autor, y que ya está en marcha en Italia. Las discusiones y trabajos realizados en torno a dicha edición han impulsado nuevos estudios diacrónicos que intentan captar el desarrollo y el ritmo del pensamiento de Gramsci y que han sido de gran valor para la escritura de esta tesis. Del mismo modo, es la datación propuesta por Francioni la que nos permite seguir con mayor precisión el despliegue de las notas cuando realizamos nuestro propio ejercicio de desarrollo diacrónico a lo largo de los *Cuadernos de la Cárcel.*

Sin embargo, esta nueva edición no se encuentra aún publicada en su totalidad, y en lo que hace a los *Cuadernos* faltan aún partes sumamente significativas para nuestro trabajo. A su vez, y a

[48] Para una discusión sobre las implicancias filológicas y políticas de las distintas ediciones de los *Cuadernos* ver Liguori (1999).

pesar de su gran rigurosidad, consideramos que dicha propuesta corre el riesgo de impulsar una lectura centrada en hiperespecialización filológica que, en su intento de clarificar una y otra vez a un verdadero Gramsci, pierda el contacto con la multiplicidad de trabajos que han producido nuevos sentidos a partir de dicho texto. De manera similar, al tratarse de una propuesta desarrollada únicamente en Italia, y que a su vez en su aparato crítico prioriza el contexto histórico, político e intelectual italiano como criterio para ordenar y dar sentido a las notas, propicia la ruptura de un diálogo entre los estudios gramscianos desarrollados en diversas parte del mundo. Estos se han basado por más de 40 años en la edición crítica de Gerratana, que aun con sus deficiencias, se ha convertido en el terreno común del debate sobre la obra carcelaria gramsciana (Fernández Buey, 2001). En suma, plantear una nueva edición, que además sólo estará disponible en italiano, supone privilegiar el estudio filológico sobre la capacidad de interpretación crítica de numerosos autores pertenecientes a distintas partes del mundo.

Por estas razones, en esta tesis hemos elegido trabajar los *Cuadernos de la Cárcel* a partir de la edición crítica de Valentino Gerratana en su traducción al español realizada por Ana María Palos. Para una mejor ubicación de los textos discutidos, las citas textuales que realizaremos a lo largo del trabajo reflejarán el número de cuaderno, utilizando la letra Q seguida del número, y de parágrafo al que pertenece la referencia [Por ejemplo: Q4 <38> para referir al parágrafo 38 del cuaderno cuarto], seguido del número de página.[49]

Partimos entonces de este conjunto de textos como territorio de análisis, pero los abordamos siempre a la luz de las interpretaciones y reformulaciones del concepto de hegemonía en otros corpus teóricos. En este sentido, aunque no sean tomados como objeto directo, el conjunto de textos que hemos presentando en el apartado de interpretaciones y usos del concepto, se convierten en una herramienta en permanente diálogo crítico con los textos gramscianos que analizamos. De manera similar, aunque muchas veces como notas al pie, se retoman algunas formulaciones de pensadores contemporáneos a los textos, que actúan como sus interlocutores y permiten pensar también sus sentidos.

Nuestro abordaje del conjunto de los textos será, como hemos planteado al comienzo de esta tesis en, contra y más allá de Gramsci. Este trabajo no constituye, por lo tanto, un intento de hacer una historia del concepto de hegemonía a lo largo de los textos gramscianos, sino de recorrerlos para abrirlo en su polisemia, ensayando la lectura como una práctica de producción conceptual a partir de los usos y los sentidos de la hegemonía. Para hacerlo, en la primera parte de la tesis, los recorremos diacrónica y cronológicamente, dedicando el capítulo uno a los textos precarcerlarios y el segundo a los *Cuadernos de la Cárcel*. Luego, en la segunda parte de la tesis, reconstruimos sincrónicamente la articulación de la hegemonía en las constelaciones conceptuales que lo vinculan a la ideología, el estado y la lucha de clases, para ver cómo estas abren formas de pensar lo político en la teoría marxista. Leer, entonces, el conjunto de los textos

[49] La edición en español de los *Cuadernos* fue realizada en 6 tomos que, a diferencia de su versión en italiano, no contienen una numeración continúa. No incluimos tras cada cita el número de tomo para no producir una interrupción mayor de la lectura. Para tomar como referencia, la distribución de los distintos cuadernos en los tomos de la edición es la siguiente: los cuadernos primero y segundo se encuentran en el primer tomo, del tercero al quinto en el tomo dos, del sexto al octavo en el tomo número tres, del noveno al doceavo en el tomo cuatro, del treceavo al número diecinueve en el quinto, y finalmente los cuadernos que van del veinte al veintinueve se encuentran en el tomo número seis.

en su despliegue histórico pero evitando toda idea evolutiva, anticipatoria o sistemática que cierre las soluciones posibles, para pensar, en cambio, a partir de los usos diversos y contradictorios del concepto de hegemonía sus posibles profundizaciones críticas y sus consecuencias para una teoría política marxista.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: La emergencia de la hegemonía en los textos gramscianos precarcelarios

Al mirar los textos precarcelarios gramscianos, una miríada de escritos cuya gran variedad incluye desde tempranos estudios escolares hasta las últimas reflexiones de Gramsci como dirigente comunista antes de su encierro, no encontramos numerosas o sustanciosas apariciones del término hegemonía. Entre los cientos de breves artículos que constituyen este corpus textual, la palabra hegemonía aparece en sólo una veintena (ver **Anexo I**), sin estar en estos nunca realmente acompañada de un desarrollo conceptual que dé cuenta de la política en las sociedades capitalistas. Si el concepto de hegemonía se ha vuelto una herramienta central para pensar la dominación social, lo cierto es que no será en este conjunto de textos donde surja su potencial analítico y crítico. Resulta evidente que la complejidad teórica que ha llevado a que los textos gramscianos se volvieran la referencia central de este concepto de la teoría política contemporánea se produce en los *Cuadernos de la Cárcel*, siendo los textos precarcelarios un continente mayormente extraño al concepto de hegemonía.

Partiendo desde esta premisa, de su menor relevancia para pensar la hegemonía, este enorme corpus textual ha sido frecuentemente ignorado a favor de un análisis exclusivo de los *Cuadernos*. O bien, cuando sí han sido trabajados, estos textos fueron leídos en términos anticipatorios: buscando allí las huellas de lo que luego se desarrollaría en los escritos carcelarios; leyéndolos como primeros pasos de un desarrollo progresivo del pensamiento de Gramsci que tomaría su forma plena en los textos de la cárcel. El concepto de hegemonía fue así pensado como parte de una teoría que estaba *in nuce*, sin ser desarrollada, o que bien estaba en forma práctica, en los textos periodísticos precarcelarios. Por supuesto que es fácil dejarse tentar por esta forma de abordaje, si uno los busca puede encontrar en estos textos casi todos los temas que serán luego desarrollados durante el encierro gramsciano. Y sin embargo, parecería que estos temas se nombran más de lo que son desarrollados y, principalmente, que se despliegan en constelaciones teóricas y estilos textuales sumamente divergentes con el corpus carcelario, produciendo sentidos diversos que los que allí se despliegan. Se trata entonces de un conjunto textual que presenta una forma de pensar la dinámica social e histórica lo suficientemente distinta como para que tenga sentido leerlos únicamente en términos de anticipación o continuidad con los *Cuadernos*.

¿Por qué abordar estos cientos de textos a los que Gramsci, un poco exageradamente, atribuía poder dar forma a "quince o veinte volúmenes de cuatrocientas páginas", si se trata de páginas "escritas en el día" que "debían morir una vez transcurrido el mismo"? (*L*: p. 194). Destinados a la plena coyuntura, al debate político del día a día que Gramsci desplegaba en la prensa socialista y comunista, los cerca de 1600 artículos periodísticos precarcelarios serían textos ocupados de algo muy distinto que del desarrollo de una teoría marxista de la política. ¿En qué sentido podemos explorarlos entonces como campo de emergencia del concepto de hegemonía? ¿Por qué comenzar una tesis sobre la hegemonía, sobre las potencias teóricas de este concepto para pensar la política, indagando en un corpus de textos en donde realmente no se despliega?

Consideramos que estos textos pueden leerse como el campo de emergencia de una problemática teórico-política que requiere, para plantear sus posibles soluciones, del desarrollo

de una nueva teorización de lo político. Esta implicará una revisión de las formas más clásicas de entender la teoría marxista y, con contradicciones y lagunas, encontrará posteriormente, en el concepto de hegemonía, una herramienta central para repensar los fenómenos políticos desde el marxismo. No se trata, entonces, de hacer una genealogía de la aparición de la palabra hegemonía en los textos precarcelarios, de buscar allí los puntos de partida de un despliegue ulterior que luego se desarrolla evolutivamente, ni de identificar un concepto en estado práctico aún no desarrollado teóricamente. En contraposición, se trata de pensar cómo en estos textos emerge la necesidad de nuevas articulaciones conceptuales que luego empezarán a pensarse a partir del concepto de hegemonía.

Lo que intentaremos desplegar en este capítulo se diferencia así de otras lecturas sobre este corpus textual. Gran parte de los estudios gramscianos han propuesto aquel abordaje anticipatorio y evolutivo centrándose en el desarrollo progresivo del pensamiento de Gramsci, pensando el surgimiento del concepto de hegemonía a partir de las distintas influencias que se van procesando a lo largo de sus escritos periodísticos. Un abordaje que ensaya una suerte de búsqueda de las huellas de los diversos pensadores o procesos históricos que moldean al concepto de hegemonía. Como hemos planteado en la introducción, la búsqueda de una lectura no centrada en la intención autoral nos aleja de estos intentos de internarse en la mente de Gramsci para ver cómo va desplegando, influido por otras corrientes teóricas o por su contexto, una teoría acabada de lo social. Por esta razón, a lo largo de este capítulo, nos adentraremos en los textos precarcelarios buscando el surgimiento de un problema, que, más allá de la conciencia del propio Gramsci, marca la emergencia de una nueva lógica social que parece no poder ser nombrada bajo la conceptualidad marxista de principios del siglo XX.

Consideramos que, partiendo desde este abordaje, se evitan tanto el agotamiento de la tematización de la productividad teórica del concepto de hegemonía en sus fuentes como la obturación de los posibles sentidos posteriores por una referencia al origen. Por esta razón, la tarea de rastrear aquellas huellas e influencias, los orígenes y las fuentes del concepto gramsciano de hegemonía, es decir, el dar cuenta de la recepción y aparición textual de la palabra hegemonía, así como de las influencias teóricas con las que pudo construirse, debe servirnos solo como una herramienta, entre otras, para pensar la complejidad de las múltiples líneas posibles de interpretación y desarrollo del concepto enmarcado en esta problemática. Comenzaremos este capítulo, entonces, reseñando los debates sobre las fuentes y los orígenes del concepto, pero lo que nos interesará pensar, luego, será la emergencia textual de un problema teórico producto de las transformaciones históricas de principios del siglo XX. Observando las constelaciones teóricas que definen distintos momentos del pensamiento jovengramsciano, buscaremos pensar cómo emergen límites de la teoría marxista allí presente, generando inflexiones desde nuevos fenómenos políticos que ya no pueden ser explicados por ésta, y que buscarán luego ser pensados bajo el concepto de hegemonía.

1. Los orígenes de la hegemonía gramsciana: debates e interpretaciones

Como lo ha notado Boothman (2008), la palabra hegemonía era usada comúnmente por los socialistas italianos de las primeras décadas del siglo XX para referirse a las relaciones entre naciones y a las influencias que potencias o culturas extranjeras podían tener sobre regiones o territorios en el marco de la formación de nuevas fronteras nacionales. De esta forma, las

discusiones acerca de los territorios sobre el margen del mar Adriático y su posibilidad de ser considerados como parte de la cultura italiana incluían referencias a las relaciones de hegemonía que se disputaban en tal región. Participante de la vida política socialista desde muy joven y ávido lector de sus publicaciones, esta noción de hegemonía debió formar parte de la recepción de la palabra por parte de Gramsci. Se trata de una forma de conceptualizar el fenómeno hegemónico como un liderazgo entre naciones, de zonas de influencia y predominio de una de estas a nivel mundial, en una forma que remite al origen más arcaico de la palabra, utilizada en la antigua Grecia para referirse al liderazgo de una alianza de ciudades-estado. Un sentido que, a su vez, encontrará su permanencia como una de las formas en las que el concepto será utilizado a lo largo de los *Cuadernos*. Encontramos así textos gramscianos tempranos en los que la palabra hegemonía aparece bajo el sentido de predominio político en el plano internacional, continuando el uso presente en la cultura socialista italiana.[1]

Junto a estos usos más bien descriptivos de relaciones de predominio internacionales, observamos también cierta originalidad en cómo la palabra comienza a utilizarse en las primeras menciones gramscianas del término, extendiendo esta noción más allá de una relación entre naciones. La hegemonía, por ejemplo, aparece bajo la idea de un dominio económico al interior de una industria cultural como el teatro ("Ancora i fratelli Chiarella" de julio de 1917), y, de forma más relevante para nuestro trabajo, se encuentra presente para referir a una relación de predominio político entre fracciones al interior de una nación ("Contro il feudalesimo economico. Perché il libero scambio non è popolare" de agosto de 1916; "Il potere in Italia", de febrero de 1920) y al dar cuenta del predominio de la burguesía industrial del norte sobre el conjunto de Italia ("Il problema della forza", de marzo de 1920).

Pero aun teniendo en cuenta esta originalidad, no encontramos en estos textos un despliegue que se acerque a las conceptualizaciones carcelarias sobre la hegemonía (Cospito 2016a). Al nombrar una supremacía sin más entre dos elementos, la palabra hegemonía carece en estos escritos de la riqueza con la que buscará luego dar cuenta de una dinámica compleja de dominación y conflicto entre clases. Podemos afirmar que en estos textos la hegemonía no parece formar parte de una nueva conceptualidad política, sino que se utiliza dentro de un registro descriptivo, sin que se vuelva una clave de interpretación de la dominación social ni de una nueva estrategia para su superación.

Por esta razón, las búsquedas de los orígenes y las fuentes del concepto gramsciano de hegemonía han tenido que ir más allá del problema de la aparición textual de la palabra, hacia los fundamentos teóricos que parecen inspirar la complejización conceptual realizada posteriormente. En dicho sentido, los orígenes de la hegemonía gramsciana han sido generalmente interpretados como producto de la particular formación intelectual del joven

[1] En este sentido, por ejemplo, en un artículo de mayo de 1919 titulado "L'Italia, le alleanze e le colonie", se afirma que, tras el fin de la primera guerra, se ha formado una alianza entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia que: "asegura la hegemonía permanente del bloque anglosajón en el mundo" (*ON*: 11) De manera similar, en "Per la Internazionale Comunista", de Junio de 1919, se habla de la hegemonía inglesa en el mundo, en "Italiani e cinesi", de Julio del mismo año, se menciona la hegemonía mundial británica tras la guerra y en "La relazione Tasca e il Congreso camerale di Torino", de junio de 1920, se discute sobre la configuración de esta hegemonía mundial en el marco de las tesis de la Internacional.

Gramsci, propia de influencias teóricas y culturales de la Italia de su época (Losurdo, 1997a; Paggi, 1970; Rapone, 2019).

En esta línea de indagación, una importante fuente del pensamiento gramsciano es referida al impacto que tiene sobre el joven Gramsci su llegada a la ciudad de Turín para estudiar en la universidad y su ingreso a la vida política socialista[2]. En particular, algunos intérpretes han buscado analizar las posibles influencias ejercidas por diversos profesores en sus años de formación universitaria y por el clima cultural e intelectual propio de esta ciudad a principios de la década de 1910 (D'Orsi, 1999).

A su vez, dentro de esta búsqueda de los orígenes "turineses" del concepto gramsciano de hegemonía, se ha planteado que estos se encuentran en las teorías lingüísticas de principios de siglo XX leídas y discutidas por Gramsci como estudiante (Lo Piparo, 1979; Ives, 2004). Desde un interés político por el lenguaje (Schirru, 2008), los estudios de Gramsci sobre glotología en la Universidad de Turín podrían pensarse como la inspiración fundamental para el desarrollo ulterior del concepto de hegemonía. En su formación dentro de la tradición filológica, Gramsci incorporaría el concepto lingüístico de "prestigio" que, entendido en términos de liderazgo ético y cultural, distinguía la relación entre los dialectos y las lenguas nacionales, tema relevante para, quien, como sardo, hablaba él mismo un dialecto del italiano. El prestigio sería así una noción que sentaría las bases para desarrollos posteriores sobre las relaciones entre cultura y dominación política. Según Lo Piparo (1979), entonces, la transformación de la hegemonía, de un concepto que significaba meramente "supremacía" en otro que marcaba el problema del liderazgo político-cultural, encuentra en la noción lingüística de prestigio su clave central[3].

[2] Nacido en Cerdeña en 1891, Gramsci realizara sus estudios escolares en la isla: la escuela elemental en el pueblo de Ghilarza, los secundarios en Santulussurgiuo y el liceo en Cagliari, la capital provincial a la que se traslada en 1908 al cumplir los 18 años. Es en esta última ciudad donde comienzan sus primeros contactos con la actividad política socialista a través de su hermano Gennaro, con quien vivía, y era un participante activo de la sección socialista y de la cámara del trabajo de la ciudad. Pero será a partir de 1911, con su traslado a la ciudad de Turín gracias a una beca para realizar sus estudios universitarios, que la actividad política e intelectual gramsciana comenzará a desarrollarse. Gramsci se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Turín con intención de especializarse en filología moderna. En el clima intelectual y político de dicha ciudad conocerá a quienes serán sus principales compañeros de la juventud socialista turinesa: vive con Angelo Tasca, quien ya militaba en el Partido Socialista Italiano, y al tomar clases de derecho conoce a Palmiro Togliatti. A mediados de 1913 Gramsci comienza su participación política como parte de las campañas anti proteccionistas y para fines de dicho año se afilia a la sección turinesa del socialismo. Su primer texto en la prensa socialista, *Neutralidad activa y operante*, se publica en junio de 1914 en la revista *Il Grido del Popolo*, en el marco del comienzo de la primera guerra mundial. El evento bélico lleva a que muchos militantes socialistas tengan que alistarse y luchar en el frente, mientras que Gramsci, a causa de sus problemas de salud, permanece en Turín escribiendo asiduamente en la prensa socialista y ocupando crecientemente posiciones partidarias dejadas por quienes partieron a la guerra. Para 1916 Gramsci ya es una figura conocida del mundo socialista, editando en 1917 *La Città Futura*, revista de la Federación Juvenil Socialista, e incorporándose como editor de la sección turinesa del *Avanti*, el diario partidario. Un relato detallado de la actividad y de las discusiones teóricas de Gramsci en sus distintas etapas militantes puede consultarse en la excelentes biografías de Fiori (2009), D'Orsi (2017) y Davidson (2018) que tomamos como base para el conjunto de las referencias histórico-biográficas que aparecen en este tesis.

[3] Siguiendo el tópico de la centralidad de las reflexiones sobre el lenguaje para el desarrollo del concepto de hegemonía, Carlucci (2013) ha mostrado la continuidad de este interés juvenil durante los años que

Junto a estos enfoques que atienden al periodo universitario de Gramsci encontramos, de manera más generalizada, un conjunto de lecturas que inscriben el pensamiento jovengramsciano en una constelación teórica más amplia. La búsqueda de los orígenes y las fuentes se vuelve así un rastreo de las líneas teóricas retomadas desde diversos autores que, sin utilizar directamente el término hegemonía, sentarían las bases para el desarrollo posterior del concepto. Los orígenes de la hegemonía se buscan, por lo tanto, en las transformaciones, continuidades y rupturas con estos autores que se van desplegando a lo largo del corpus temprano. Inspirados en la palabra del propio Gramsci, quien en los *Cuadernos* plantea el desarrollo del concepto de hegemonía desde la historia ético-política de Benedetto Croce y describe a Lenin como su teórico y realizador, los textos precarcelarios son leídos como la evidencia de un itinerario teórico de Gramsci. Se relata así el paso desde posiciones juveniles, aún inscriptas en las formas del pensamiento neoidealista de su época, hacia el progresivo desarrollo de un pensamiento y un marxismo propio donde estas se reelaboran mediadas por la influencia de la acción y el pensamiento de Lenin. Se trata, entonces, de la búsqueda de un factor externo, sea este el pensamiento neoidealista italiano o el leninismo, que ilumina al joven Gramsci en el desarrollo de su propia forma de pensar lo social.

Dentro de la búsqueda de estas herencias que forman el concepto de hegemonía, encontramos que la influencia y persistencia del neoidealismo italiano, representado principalmente en las figuras de Giovanni Gentile y Benedetto Croce, se presenta frecuentemente como el factor determinante de la formación intelectual del joven Gramsci (Boothman, 2008; Izzo, 2010; Losurdo, 1997; Paggi, 1970). Del mismo modo, la figura de intelectuales de esta tradición como Papini y Prezzolini, en tanto organizadores culturales, opera también como una influencia para la acción de Gramsci, a la vez que podrían pensarse como modelos para la posterior discusión sobre el lugar de la cultura y los intelectuales en la lucha por la hegemonía (Rapone, 2019). Los desarrollos sobre el lugar del espíritu y la voluntad en la historia, de la cultura y de la centralidad de las fuerzas activas en lucha para pensar el despliegue histórico, serían así un elemento privilegiado de esta corriente que Gramsci retoma en sus propios desarrollos.

Por medio de esta inscripción en el neoidealismo italiano, Gramsci particpa del clima de reacción antipositivista propio de principios de siglo, distinguiéndose así de la cultura marxista de la Segunda Internacional. Su adhesión al socialismo parte de un desarrollo de aquellas posturas neoidealistas más que de una adopción de las tesis marxistas o como resultado de una lectura e incorporación directa de los textos de Marx (Garin, 1997; Rapone, 2019; Sacristan, 1977). El particular marxismo de Gramsci, que dará lugar a los desarrollos sobre el concepto de hegemonía, es entendido, entonces, como un producto del clima cultural italiano dominado por estas figuras intelectuales[4]. La presencia del neoidealismo y sus planteos teóricos-políticos en el pensamiento gramsciano aparecen así como un elemento central para pensar sus conceptos, leyendo los textos de juventud en términos de continuidades o distancias con estas teorías, o, en palabras de Paggi (1970) del uso político del neoidealismo para la formación de la concepción gramsciana del socialismo, de la política y de la historia.

Gramsci pasó en Moscú en la década del 20. De esta manera, los debates sobre las relaciones entre diversos lenguajes en la Rusia revolucionaria, y las diferentes posiciones políticas de los bolcheviques buscan abordar este fenómeno, son pensados como una importante fuente del concepto de hegemonía.

[4] Esto ha llevado a algunos autores incluso a hablar del desarrollo de un concepto de hegemonía pre-gramsciano, presente ya en el pensamiento de Croce (Jacobitti, 1980).

En conjunto con este énfasis sobre el pensamiento y la cultura italiana de la época en la formación del pensamiento de Gramsci, el otro elemento que aparece como central en los estudios sobre los orígenes del concepto de hegemonía es el encuentro de Gramsci con la práctica y la teoría leninista a partir de la revolución de Octubre. Las discusiones sobre el conjunto del pensamiento gramsciano estuvieron atravesadas, hasta fines de la década del setenta, por determinar las continuidades y las diferencias entre Lenin y Gramsci (Liguori, 2012), haciendo de las lecturas de los textos precarcelarios una indagación sobre la adopción por parte del joven Gramsci del leninismo (Rapone, 2011). En estas lecturas, y desde la posición canónica planteada por Togliatti (1965), Lenin aparece como el factor clarificador que permite el abandono de las posiciones idealistas y el acercamiento al marxismo. Bajo esta idea de una progresiva adecuación al leninismo, de una evolución del pensamiento de Gramsci desde el idealismo al comunismo cifrado en el nombre de Lenin, los orígenes y las fuentes del concepto de hegemonía aparecen desde el prisma de lecturas realizadas sobre la teoría y la práctica leninista y, con estas, del acercamiento y adopción de las posturas del comunismo soviético.

En esta línea de indagación, Anderson (1981) y Buci-Glucksmann (1978) han planteado como fuente principal del concepto de hegemonía a los debates presentes en el marxismo ruso. Los autores destacan la presencia de un uso distinto de la hegemonía, de aquel de predominio entre naciones, en el universo de discusiones estratégicas de la socialdemocracia rusa de principios del siglo XX. En estos debates, la hegemonía significaba la conquista por parte de la clase obrera del liderazgo del movimiento revolucionario contra la aristocracia feudal y el absolutismo zarista. Para parte de la socialdemocracia rusa, la debilidad de la burguesía, dado el bajo grado del desarrollo capitalista en Rusia, la hacía incapaz de emprender la tarea histórica de llevar adelante la revolución democrático-burguesa y acabar con el absolutismo. Por esta razón, consideraban que era el proletariado quien debía hegemonizar la alianza de oposición al zarismo, dirigiéndola para realizar tareas históricas propias de otra clase social. Los socialdemócratas rusos proponían, entonces, que el proletariado debía luchar por su hegemonía, no como realización de la revolución socialista, sino su constitución en guía del conjunto de las fuerzas sociales hacia la conquista de las libertades democráticas.

Es poco probable que Gramsci, quien de todos modos contaba con nociones muy básicas y generales del idioma ruso, haya leído estos debates directamente. Luego de la Revolución de Octubre estos se encontraban mayormente archivados y no formaban parte del debate de su tiempo, dominado por la actualidad de la revolución del 17 y las formas de garantizar su supervivencia e internacionalización. Por esta razón, para pensarlos como fuentes del concepto de hegemonía debería existir una mediación que explique su incorporación gramsciana. Esta mediación aparece vinculada así, primero con la obra y la práctica política de Lenin, a quien Gramsci leería luego del triunfo de la revolución Rusa y, segundo, con el traslado del concepto de hegemonía hacia los debates de la Internacional Comunista en la década del veinte.

En este sentido, Gruppi (1978) y Buci-Glucksmann (1978) han insistido en la importancia de Lenin en la posterior conceptualización de la hegemonía por parte de Gramsci, planteando que la noción de hegemonía sería central en la obra del revolucionario ruso, aun cuando Lenin utilice solo ocasionalmente dicha palabra. Para estos autores, Lenin, en su entendimiento de la dinámica de la lucha de clases, proponía para la revolución de 1905 la alianza obrero-campesina como forma de construir la hegemonía del proletariado. El *¿Qué hacer?* es leído como una crítica radical a las posiciones dentro de la socialdemocracia rusa que proponían que el proletariado,

lejos de dirigir, debía subordinase a las fuerzas burguesas. Lenin, por el contrario, plantearía la superación de una conciencia de las necesidades meramente económicas de la clase obrera, buscando ir más allá del plano sindical hacia la constitución de un partido político de vanguardia que planteara sus intereses políticos para poder dirigir la revolución democrática. Esta dirección implicaba la constitución de una alianza obrero-campesina dirigida por el proletariado como articuladora del movimiento revolucionario. Sería esta lectura de Lenin, desde la necesidad de organizar una voluntad superadora del economicismo que dé lugar a una alianza de las clases revolucionarias, la que formaría el núcleo del concepto gramsciano de hegemonía.

La influencia de estas reflexiones en Gramsci parece clara. Tras la revolución de 1917, Gramsci adopta progresivamente como propias las posiciones bolcheviques, tomando pleno contacto con los textos y los discursos de Lenin, particularmente tras su estancia en Moscú a principios de los años 20. En los textos gramscianos de ese periodo, por tanto, aparecería la búsqueda de una traducción de la estrategia leninista para el terreno italiano; búsqueda en la que se comenzaría a desplegar el concepto de hegemonía. Es por ello que, desde esta lectura, la primera aparición del concepto gramsciano ha quedado asociada, casi canónicamente, a un texto de homenaje a Lenin publicado en *L'Ordine Nuovo* en marzo de 1924 (Buci-Glucksmann, 1978; Cospito, 2016a). En la introducción a dicho texto, titulado *Capo*, se asocia el triunfo revolucionario bolchevique con una estrategia de hegemonía del proletariado, entendida como la construcción de una alianza con los campesinos para dirigir al conjunto nacional:

> El bolchevismo es el primero, en la historia internacional de la lucha de clases, que desarrolló la idea de la hegemonía del proletariado planteando de forma práctica los principios revolucionarios que Marx y Engels habían planteado teóricamente. La idea de la hegemonía del proletariado, concebida histórica y concretamente, ha llevado a la necesidad de buscar un aliado para la clase obrera. El bolchevismo ha encontrado ese aliado en la masa de campesinos pobres […] El campesino no puede conquistar la tierra sin la ayuda del obrero, y el obrero no puede derrocar al capitalismo sin la ayuda del campesino [...] Por esta razón, la revolución se presenta en forma práctica como una hegemonía del proletariado que guía a su aliado, la clase de los campesinos (*CPC*: pp. 12-16)[5]

Esta transmisión de la noción de hegemonía desde Rusia hacia Italia, parece fortalecerse con la adopción, en los primeros congresos de la Tercera Internacional, de posiciones que internacionalizaron la noción de hegemonía proletaria, volviéndola una palabra del lenguaje propio de los debates del marxismo revolucionario. Entendida como máxima general de una estrategia de dirección obrera sobre el conjunto de los grupos explotados en alianza contra el capitalismo, la hegemonía proletaria deviene "canon" a partir del Tercer Congreso de la Internacional (1921). En esta ocasión, Lenin plantea para los países occidentales la estrategia del

[5] Este uso del concepto de hegemonía se repetirá frecuentemente en los textos gramscianos de este periodo. Por ejemplo, en "Dopo la conferenza di Como", de junio de 1924, se explica que en esta reunión se planteó por primera vez al interior del PCdI la realización de la hegemonía del proletariado, dirigiendo a las grandes masas italianas compuestas de obreros y campesinos. De forma similar, en "La situazione interna del nostro partito ed i compiti del prossimo congreso", de julio de 1925, se plantea que los dos principios políticos del bolchevismo a seguir son: "la alianza entre obreros y campesinos y la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario anticapitalista" (*CPC*: p. 69).

"frente único", entendido como un frente de todas las clases en lucha contra el capitalismo. Una propuesta que también consistirá en la revalorización de los frentes de lucha culturales y en la diferenciación de una táctica especial para los países desarrollados, elementos considerados usualmente como centrales para la futura conceptualización de la hegemonía gramsciana.

Luego de la muerte de Lenin, la noción de hegemonía se generaliza, y se encuentra presente en los escritos de los principales teóricos de la Internacional (Varga, Stalin, Zinoviev, Bujarin, etc.), convirtiéndose en una palabra frecuente y en una de las armas teóricas del combate contra la "revolución permanente" propuesta por Trotsky. Asistimos asi a una noción de hegemonía que claramente formará parte de la recepción gramsciana desde su participación en dichos debates como representante del PCdI ante el comité ejecutivo de la Internacional, y que construye una oposición entre hegemonía y "revolución permanente" que reaparecerá en los *Cuadernos*.

Sobre este terreno de debate, bajo la estela de Lenin, y como consecuencia de la bolchevización del Partido Comunista de Italia (PCdI) impulsada por el propio Gramsci (Bates, 1976), la palabra "hegemonía" comenzará a desplegarse con mayor frecuencia en los textos gramscianos, así como la fórmula de un gobierno obrero campesino como consigna de esa alianza que expresaría la hegemonía del proletariado. Nos encontramos con la aparición de una idea de hegemonía del proletariado en los textos del período de formación y bolchevización del PCdI, en los que la palabra se introduce, ya no solo como referencia a lo sucedido en Rusia, sino también como nombre de la estrategia a seguir en Italia según las directrices estratégicas planteadas por Lenin y la Internacional Comunista. Principalmente luego de 1923, tras la decisiva estancia de Gramsci en Moscú y luego de un primer momento de cierto escepticismo con respecto a la consigna (Ragionieri, 1977), la idea de la hegemonía del proletariado aparecerá como traducción de la fórmula de "frente único" propuesta por la Internacional, dando forma a un debate estratégico al interior del PCdI y articulando el paso desde el apoyo de Gramsci a las posiciones de la mayoría del partido a su lucha por la dirección contra el ala liderada por Amadeo Bordiga[6].

La disputa por la estrategia de hegemonía del proletariado ha llevado a algunos autores a plantear que el concepto de hegemonía ya se encuentra en este periodo en un "estado

[6] Amadeo Bordiga fue uno de los principales dirigentes del Partido Socialista Italiano. Con una gran influencia en el sur del país y considerado como representante del ala izquierda del partido, abandona el PSI junto con el grupo turinés de Gramsci para fundar el PCdI en 1921 convirtiéndose en su primer secretario general. Bordiga, dirigía el ala mayoritaria del partido e impulsaba una política que defendía el desarrollo de una vanguardia reducida de revolucionarios profesionales de la clase obrera preparados para impulsar la insurrección. En la concepción de Bordiga, la política de "frente único", de "conquista de la masas", implicaba en los hechos una política de alianzas con otros partidos de trabajadores, y en concreto en Italia, representaba una serie de concesiones programáticas al PSI. Esta orientación era por tanto considerada una política que, lejos de representar una posible ruptura de la situación contrarrevolucionaria en Europa, significaba una adaptación pasiva a ella. Por el contrario, reivindicando una posición leninista clásica, la tarea del partido debía ser la de mantener y continuar con la propaganda de sus propias consignas sin adaptarlas a las propuestas socialdemócratas; adaptación que sólo servía en la búsqueda de un apoyo popular expresado en términos electorales y, por tanto, sin potencial insurreccional. La estrategia de Bordiga frente a una etapa contrarrevolucionaria apelaba entonces al abstencionismo electoral y al firme mantenimiento de la línea del partido a la espera de un cambio de la situación política para así impedir que este se disuelva en un programa reformista amplio. Sus planteos quedan claramente expuestos en las contra-tesis por él presentadas en el congreso de Lyon en oposición al "ala turinesa" dirigida por Gramsci que terminará por imponerse (Bordiga: 1926).

práctico", desde la perspectiva de la articulación de una unidad del sujeto revolucionario, aun cuando la palabra no aparezca directamente ni contenga una teorización in extenso (Buci-Glucksmann, 1978; Cospito, 2016a). Una idea de hegemonía sin significante directo que supone que los elementos fundamentales en su conceptualización son aquellos tomados desde el leninismo, que estos ya se encuentran presentes en Gramsci desde 1923/1924, y que son estos mismos los que luego serán desarrollados teóricamente en los *Cuadernos*. En la cárcel, por lo tanto, partiendo de este sentido práctico, se producirían una serie de transformaciones y desarrollos que darían paso a una forma plenamente gramsciana del concepto.

De conjunto, nos encontramos así con una serie de elementos (la prensa socialista, la lingüística, el pensamiento neoidealista italiano, la figura y la práctica política de Lenin, los debates de la Internacional Comunista), que operan como la fuente y origen del concepto gramsciano de hegemonía, ya sea en sentido de recepción literal de la palabra o como inspiración teórica del futuro concepto. A estos elementos podrían sumarse algunas influencias teóricas ulteriores, principalmente las lecturas sobre el mito y la organización de Georges Sorel y la interpretación del marxismo como comunismo crítico y filosofía de la praxis de Antonio Labriola, que se combinarían para dar forma al pensamiento de Gramsci (Badaloni, 1975). Los textos precarcelarios son así leídos como el espacio de una apropiación y combinación de elementos que explicarían la genealogía del marxismo gramsciano y, dentro de este, del concepto de hegemonía. Realizando el recorrido de este desarrollo se trazan itinerarios que plantean un paso desde el liberalismo al comunismo crítico (Losurdo, 1997a), una original continuidad con el neoidealismo, la traducción del leninismo para Italia o el proceso de formación de una concepción sumamente original, moldeada por su contexto histórico e intelectual, sobre la historia y el socialismo por parte de Gramsci (Rapone, 2019)[7].

Tomando en cuenta esta aproximación, observamos que se han producido un conjunto de elementos que configuran la lectura de los textos precarcelarios para pensarlos en términos de etapas del proceso de formación del pensamiento y la teoría gramsciana. En primer lugar, la aparición de palabras y temas similares a aquellos presentes en los *Cuadernos* producen una lectura anticipatoria, que hace del corpus precarcelario un conjunto de intuiciones correctas y bien encaminadas luego desarrolladas por Gramsci. En segundo lugar, predomina una lectura biográfica y contextual, en las que los cambios a lo largo de este proceso se derivan de acontecimientos históricos y posiciones políticas de Gramsci, como un ejercicio de traducción en el texto de distintas estrategias revolucionarias. Por último, las teorizaciones presentes en estos textos aparecen inscritas en un proceso evolutivo, teórico y político, del propio Gramsci con respecto a la teoría política y social de su época y como parte de un desarrollo más general del pensamiento marxista.

[7] La reconstrucción de estos recorridos plantea también una serie de discusiones sobre los grados de unidad entre los textos precarcelarios y los *Cuadernos*, planteando, por un lado, la persistencia de una misma temática principal que articula el conjunto de la obra gramsciana (Paggi, 1991; Sacristán, 1998; Fernández Buey, 2001), y por el otro, la asunción de una ruptura luego de la derrota del proceso revolucionario y el encarcelamiento (Gerratana, 1997). A su vez, como crítica Vacca (2016a), existe la tendencia a reducir el pensamiento gramsciano en la genealogía de sus fuentes y su articulación en distintas combinaciones, volviéndolo más o menos dependiente respecto al pensamiento burgués de su época, o bien del pensamiento leninista como factor correctivo de dicho idealismo (Rapone, 2011).

Desde estos elementos se configura un conjunto de lecturas que, a la hora de pensar el concepto de hegemonía, indagan en las influencias incorporadas por la conciencia del autor, buscando el verdadero origen del concepto para entender qué es lo que esta palabra realmente designa en los textos posteriores: "Poco importa que tal incorporación sea fruto de una influencia directa y de una consciente absorción, o bien algo simplemente revelador de una sintonía ideal: lo que cuenta son los puntos de contactos que la excavación en la mente del joven Gramsci pone de manifiesto" (Rapone, 2019: p. 156). Excavar entonces en la mente de Gramsci se constituye como el punto de partida para pensar el concepto de hegemonía, haciendo de las fuentes del concepto una forma de construir y autorizar un cierre autoral sobre la polisemia conceptual por un retorno al origen, a la semilla que contiene, sin germinar aún, los elementos que harán de la hegemonía gramsciana un concepto clave de la teoría política contemporánea.

Contraria a esta aproximación generalizada en los estudios gramscianos, creemos que es posible plantear otra forma de abordar estos textos, corriendonos de la búsqueda de los orígenes y las fuentes, de las discusiones sobre continuidad y ruptura de Gramsci con los autores que lo influencian y con sí mismo. Buscaremos preguntarnos más bien por cuáles son los problemas teóricos que aparecen en los textos precarcelarios y que plantean la necesidad de un concepto de hegemonía. Buscamos así indagar en estos textos para extraer aquellos elementos contradictorios e irresueltos que requieren la emergencia de una nueva conceptualidad que pueda dar cuenta de los fenómenos políticos y sociales de su época. Buscamos pensar cómo se esboza en estos artículos un particular marxismo que requerirá la emergencia de una nueva forma de pensar la dirección del conjunto social bajo la hegemonía. Es decir, pensar, desde las propias premisas de estos textos, el relato y el diagnóstico sobre la sociedad burguesa y su superación revolucionaria para entender cómo, desde sus inflexiones, emergerá la problemática teórica-política de la hegemonía. Se trata en suma, de realizar una suerte de arqueología del concepto de hegemonía excavando en los textos precarcelarios la necesidad de una lógica ausente en los primeros desarrollos gramscianos. Atravesar los textos juveniles gramscianos se vuelve así la búsqueda de la presencia de una ausencia, del emerger en la propia lógica conceptual con la que se piensa la historia y su transformación, la sociedad actual y su superación, de una "falla", de una falta que, reformulando la conceptualización de lo político desde el marxismo, empezará a ser pensada bajo la polisemia del concepto de hegemonía.

2. El espíritu de la historia y la conmoción de la gran guerra (1910-1919)

Para comenzar esta búsqueda remontémonos hasta 1910, diecinueve años antes del comienzo de la escritura de los *Cuadernos de la Cárcel*. En un ensayo escolar de finales de dicho año, *Oprimidos y opresores*, nos encontramos con el esbozo de una teoría del devenir histórico y observamos cómo comienzan a delinearse los elementos inspiradores de la constelación teórica que organiza un primer momento del pensamiento jovengramsciano. Aquí, la historia es pensada como una lucha permanente en pos de una mayor y progresiva libertad, como la "lucha que la humanidad lleva a cabo desde tiempo inmemoriales, lucha incesante, por medio de la cual intenta arrancar y lacerar todos los vínculos que el ansia de dominio de uno solo, de una clase o incluso de un pueblo entero, intenta imponerle" (*CT*: 35); una lucha donde el hombre se rebela en contra de "que algún otro le imponga su voluntad y pretenda controlar sus acciones y su pensamiento" (Ibíd.). El relato hace del devenir histórico el resultado de un conflicto

permanente, librado para romper con todo sometimiento de un hombre a otro(s), una lucha que persigue una libertad y autonomía cada vez mayor para todos y cada uno.

La forma en que se despliega dicho devenir es nombrada como una toma progresiva de conciencia mediante la cual los hombres logran controlar aquel "instinto de querer devorarse los unos a los otros que los domina" (Ibíd.) para reemplazarlo por la convergencia de las "fuerzas unidas para luchar contra la naturaleza y volverla cada vez más útil a las necesidades de los hombres" (Ibíd.). Desde estas premisas, en un rasgo antihobbesiano, el joven Gramsci afirma como superable a aquel "hombre lobo del hombre" al mismo tiempo que denuncia su permanencia en el mundo actual: "los hombres solo están barnizados de civilización, pero apenas se los rasguña, inmediatamente aparece la piel del lobo. Los instintos son domesticados pero no destruidos y solo es reconocido el derecho del más fuerte" (*CT*: 38). Se advierte aquí, entonces, un diagnóstico sobre la insuficiencia de la emancipación moderna, identificada arquetípicamente con la Revolución Francesa -que "ha derrocado muchos privilegios, ha sublevado muchos oprimidos, pero no ha hecho más que sustituir el dominio de una clase por otra" (Ibíd.)- en conjunto con una denuncia de toda naturalización de la dominación ya "que los privilegios y las diferencias sociales, siendo producto de la sociedad y no de la naturaleza, pueden ser superados" (Ibíd.), y un consecuente llamado a una próxima lucha que realice el ulterior momento de la emancipación.

En este macro relato de la historia de la humanidad que encontramos en este primerísimo texto gramsciano se delinean los contornos de una particular teoría de la política y de la historia que, aun con los significativos cambios de los años subsiguientes, parece articular los primeros escritos del joven Gramsci y animar su adhesión al socialismo. Aquí, bajo el anhelo de terminar con la división entre oprimidos y opresores, se encuentran en forma embrionaria los principales elementos que estructuran una temprana concepción de lo social y de su transformación*: la historia como creación del espíritu humano, la libertad como disciplina sobre los instintos hacia una forma más perfecta de dominación de la naturaleza, y una idea fuerte de necesidad histórica, entendida como toma de conciencia y actuación en consecuencia del camino hacia la libertad en sus diferentes momentos del devenir histórico.*

Unos años después, tras la partida de Cerdeña, y el encuentro con la Turín obrera, la universidad y las corrientes neo-idealistas italianas, pero, fundamentalmente, desde una creciente actividad política de militancia socialista, se introducirán en los textos gramscianos elementos que complejizan este relato sobre el devenir histórico. No obstante, más allá de los cambios, el núcleo de esta concepción parece permanecer, por lo que, si avanzamos hasta 1916, podemos encontrarla en una formulación similar en un escrito publicado en la prensa socialista turinesa:

> solo gradualmente, paso a paso, la humanidad ha tomado conciencia del propio valor y ha conquistado el derecho a vivir independientemente de los esquemas y de los derechos de minoridad históricamente sostenidos con anterioridad. Y esta conciencia no se ha formado bajo el estímulo brutal de la necesidad fisiológica, sino por la reflexión inteligente, primero de algunos y luego de toda una clase, sobre las razones de ciertos hechos y sobre los mejores medios para convertirlos de ocasión de vasallaje en símbolo de rebelión y de reconstrucción social […] la historia universal es una cadena de los esfuerzos que el hombre ha hecho para librarse de los privilegios, prejuicios e idolatrías. (*CT*: 66 y 69)

Como puede observarse, el avance de la historia hacia la libertad se articula aquí por medio de un nudo entre reflexión, en un movimiento desde aquella individual a una colectiva, y acción, como el despliegue de una lucha, de un esfuerzo gradual que se emprende en consecuencia de la conciencia adquirida. La historia, entonces, lejos de una avance automático, ajeno a la voluntad de los hombres, es resultado de una acción voluntaria, de una creación activa del "hombre que ha adquirido conciencia de la fuerza de su voluntad, de la eficacia de su conciencia en la historia (*CT*: 124) y que actúa en consecuencia "de esos principios fundamentales del espíritu humano por los que todo hombre quiere que su actividad sea autónoma y no esté subordinada a los intereses ajenos" (*CT*: 169).

Resultan claros los pilares retomados del idealismo alemán, y de su reactualización por el neoidealismo italiano de principios del siglo XX, que sostienen esta constelación teórica jovengramsciana y desde los cuales expresa y participa de la reacción antipositivista de inicios del siglo XX. La adhesión al socialismo por parte de Gramsci está inspirada, por tanto, en una concepción de la historia como creación del espíritu humano en pos de la libertad, propia de las corrientes idealistas. El socialismo aparece como un acto subjetivo voluntario y no como un desprendimiento de condiciones objetivas ya que: "mientras la organización económica es un hecho natural, porque se nace proletario, el socialismo es un acto de la voluntad" (*CT*: 119), es el acto de "una voluntad social, colectiva, [por la que los hombres] comprenden los hechos económicos, y los juzgan y los adecuan a su voluntad" (*CF*: 143).

De esta manera, en estos textos se articula una crítica de aquel socialismo positivista que parecía hacer derivar el cambio social del desarrollo técnico de las fuerzas productivas, en una concepción de la historia por la que "la doctrina de Marx se transforma […] en la doctrina de la inercia del proletariado (*CF*: 149). Dentro de la concepción jovengramcsiana, aquellos que hacían primar la determinación de hechos objetivos en la historia y que, por tanto, negaban la revolución en aquellos países no suficientemente desarrollados, "no han aprendido que la libertad es la fuerza inmanente de la historia, que hace estallar todo esquema preestablecido" (*NM*: 116). Si la historia es aquella de la progresiva libertad de los hombres, de su creciente autonomía individual y colectiva, sólo lo es en tanto producto de su accionar consciente. Es por ello que, reivindicando el lugar de la voluntad en el idealismo en contra de aquel positivismo, se afirma que "el socialismo crítico se apoya graníticamente en el idealismo alemán del siglo XVIII" (*CT*: 122), que el pensamiento marxista "es la continuación del pensamiento italiano y alemán" (*CF*: 143), que "el comunismo crítico no tiene nada en común con el positivismo filosófico", [sino que] "el marxismo se basa en el idealismo filosófico" [que] "lo esencial de su doctrina depende del idealismo filosófico" (*NM*: 140 y 141)[8] .

Estamos así frente a una forma de pensar el despliegue histórico que se nombra como heredera del idealismo y que encuentra en esta concepción el fundamento de la acción política de los

[8] En este movimiento de términos, entre socialismo, marxismo y "comunismo crítico", podemos observar la influencia de Antonio Labriola para el desarrollo de estos textos. Es Labriola quien acuñó la expresión comunismo crítico, buscando con ese nombre combatir la positivización del socialismo realizada en el siglo XIX en nombre de Marx, y es justamente la influencia de esa operación la que parece emerger en estos textos gramscianos. Labriola es una inspiración clara, pero eso no significa que exista una incorporación total y sin distancia por parte de Gramsci. En este sentido, deben rechazarse tanto las hipótesis que, siguiendo a Togliatti, plantean una importancia decisiva de Labriola como aquellas que afirman una total ausencia de Labriola en los intereses del joven Gramsci (Rapone, 2019).

socialistas: “los revolucionarios […] conciben la historia como creación del propio espíritu, hecha de una serie ininterrumpida de rupturas operadas sobre las demás fuerzas activas y pasivas de la sociedad [y] preparan el máximo de condiciones favorables para la ruptura definitiva (la revolución) […] que indica la descomposición de la civilización de una forma imperfecta a otra más perfecta” (*CT*: 41 y 42). Si, contrario al socialismo positivista, no es la objetividad económica la que determina la acción revolucionaria, esta parece surgir desde la toma de conciencia de los principios e ideas acordes al progreso de la libertad. Una toma de conciencia que se encarna en las voluntades que realizan las acciones históricas transformadoras de un orden social. En un sentido idealista, por lo tanto, el principio, la idea, aparece lógicamente como anterior a las condiciones históricas que produce, como si fuera desde la afirmación voluntaria de los principios universales de libertad, en sus distintos y progresivos momentos históricos, desde donde surgen los movimientos revolucionarios que construyen una nueva forma de sociedad.

> No puede concebirse una voluntad colectiva que no tenga un propósito universal concreto. Pero este no puede ser un hecho singular o una serie de hechos singulares. Solo puede ser una idea o un principio moral […] Los órdenes actuales han sido suscitados por la voluntad de realizar completamente un principio jurídico. Los revolucionarios del ‘89 no preveían el orden capitalista. Querían realizar los derechos del hombre, querían que les fueran reconocidos a los miembros de la comunidad determinados derechos. Estos, después de la laceración inicial de la vieja cáscara, se fueron afirmando y concretando y se convirtieron en fuerzas activas de los hechos, los plasmaron, los caracterizaron y dieron origen a la civilización burguesa, la única que podía hacerlos surgir, pues la burguesía era la única fuerza social efectiva y laboriosa de la historia […] se cumplió el principio, y de él surgieron los ordenamientos actuales, el orden actual. (*CF*: 25)

Desde esta concepción, el capitalismo aparece entonces como una consecuencia no prevista de la lucha por realizar los principios de los derechos modernos del hombre, de la afirmación de los principios de libertad e igualdad. Las revoluciones burguesas, como origen del orden actual, serían la afirmación política concreta de las ideas-fuerzas modernas por parte de fuerzas activas de la historia que dan lugar a una nueva civilización. Así, en una curiosa inversión de los términos marxistas clásicos, el capitalismo llega a ser nombrando como una superestructura, como una forma que surge del desarrollo de ciertos principios y del poder político de la clase que los afirma: “tampoco el capitalismo es burgués en su esencia histórica, en realidad es una superestructura burguesa, es la forma concreta adquirida por el desarrollo económico un tiempo después de afirmarse como poder político de la nueva clase, por el esfuerzo que esta hizo por hundir más sólidamente sus raíces en el mundo” (*CT*: 182).

En consecuencia, en este relato, y del mismo modo que ya se planteaba en el ensayo escolar la insuficiencia de la emancipación moderna representada en la Revolución Francesa, aparecerán nuevamente los límites de los principios asociados al momento burgués en la historia de la lucha por la libertad. Retomando elementos fundamentales de la ética kantiana, estos textos oponen entonces libertad/autonomía a opresión/minoridad/tutelaje, y asocian el orden surgido de las revoluciones modernas con la persistencia de una situación no libre: “el sistema burgués es un régimen tutelar, el principio de autoridad es su base fundamental, la autoridad aborrece el control, aborrece la discusión” (*CF*: 107). La realización de los principios modernos de libertad e igualdad es así la afirmación de un conjunto de ideas que “han sido útiles para suscitar una

antítesis de este Estado en el proletariado y se han agotado. [En este sentido, eran ideas] universales para la burguesía, no lo son lo suficiente para el proletariado. Para la burguesía son ideas-límites, para el proletariado son ideas-mínimas" (*CF*: 26).

El orden burgués se caracteriza así por su insuficiencia en el proceso de lucha por la emancipación, por la persistencia de la no libertad en una gran parte de la sociedad que aún no actúa según una voluntad libre. En la sociedad burguesa, por tanto: "Unos pocos son libres, en la posesión de bienes, y transmiten esta libertad a otros pocos, porque los muchos esperan, tienen la veleidad de ser libres, pero no la voluntad" (*CF*: 277). La necesidad del paso hacia un orden nuevo que supere al burgués, la necesidad de suscitar esa voluntad nombrada como aún faltante, radica, por tanto, en la persistencia de la no libertad en la sociedad burguesa, pero también en el agotamiento de dicho orden, en su imposibilidad de organizar la sociedad de la mejor forma según las potencialidades alcanzadas por el despliegue de la historia: "el privilegio de la libertad subsiste porque la sociedad es una feria, un perpetuo desorden" (Ibíd.).

Emerge así en los textos precarcelarios, un diagnóstico sobre el caos propio de una sociedad librada a la iniciativa individual que se afirmará de forma cada vez más contundente. Un caos que, incrementado por la crisis de la posguerra, muestra el agotamiento histórico de la sociedad burguesa y la necesidad de que esta sea superada. Frente a ambos elementos, la libertad reservada para unos pocos, y un orden burgués como forma no racional de organizar la sociedad, se afirma y contrapone la lucha por una forma nueva de organización social.

El advenimiento del socialismo aparece así como la instauración un orden nuevo más libre y racional, donde mejor se organizan los medios para dominar la naturaleza y satisfacer las necesidades de la comunidad logrando la mayor libertad de todos y cada uno de sus miembros. El orden nuevo a construir será, por lo tanto, el resultado de un acto de la voluntad en pos de realizar este principio, el fin perseguido de una lucha por niveles más altos de civilización. Se trata del próximo paso que superará los niveles de emancipación burguesa, que será impulsado por una fuerza activa que busca ir más allá de los principios burgueses para lograr la verdadera autonomía, el fin del tutelaje y de la minoría de edad de la humanidad. La instauración del socialismo aparece en los primerísimos textos jovengramscianos, por lo tanto, como una lucha por construir activamente un orden nuevo que ponga fin a la desorganización del orden burgués en sus formas concretas y limitadas de universalidad. En la senda idealista, entonces, el socialismo se entiende como un nuevo y quizá definitivo universal concreto hegeliano, como nueva realización del espíritu de la historia frente al caos de la sociedad actual:

> Los socialistas no deben sustituir un orden por otro. Deben instaurar el orden en sí. La máxima jurídica que desean realizar es la siguiente: posibilidad de actuación integral de la propia personalidad humana concedida a todos los ciudadanos. Con el concretarse de esta máxima caen todos los privilegios constituidos. Lleva al máximo de libertad con el mínimo de constricción. […] De esta máxima dependen orgánicamente todos los demás principios del máximo programa socialista. Eso, repetimos, no es utopía. Es universal concreto, puede ser realizado por la voluntad. Es principio de orden, del orden socialista. (*CF*: 31).

Este movimiento hacia el orden nuevo aparece, en los textos del joven Gramsci, como ya operante y no solo en términos de una lucha futura. El socialismo es una fuerza activa en la historia que cuestiona los límites del orden burgués, puestos en crisis, justamente, por la

activación de las masas y las luchas populares que buscan ir más allá de ellos: "las crisis en las que se debaten las democracias son producidas en gran medida por el contraste entre el principio de autoridad, el jacobinismo, necesario en cada estado burgués, y la tendencia de las masas populares, socialistas y democráticas a extender siempre la propia obra de control" (*CF*: 108)[9]. Las luchas de comienzo del siglo XX, radicalizadas a partir de la crisis de posguerra, y el advenimiento del socialismo como movimiento de masas, son entonces pensadas desde la progresiva toma de conciencia por parte de las masas de su propio valor, en un despliegue que les permite articular una voluntad autónoma capaz de romper con toda dependencia, con todo sometimiento a la voluntad ajena.

Analicemos más detenidamente este progreso hacia un orden nuevo verdaderamente libre y la particular idea de libertad que supone. El acto voluntario para poner fin al "tutelaje", a la "minoridad", parte de una toma de conciencia sobre las necesidades históricas del momento y una disciplina del actuar en torno a esta conciencia. Es decir, la concepción de la libertad presente en estos textos no responde a una negativa, como en la tradición liberal, o absoluta, del tipo libertario. Existe una concepción de la libertad como acto voluntario consciente de las necesidades de un nivel más alto de civilización humana. Una idea de libertad, entonces, asociada a un disciplinamiento en las necesidades de la historia que supone la adecuación de la acción según medios correctos, racionales, hacia el fin buscado: "el fin revolucionario es la libertad, entendida como organización espontánea de individuos que aceptan una disciplina para encontrar de la manera más adecuada e idónea los medios necesarios para el desarrollo de su humanidad espiritual; entendida como el máximo crecimiento del individuo, de todos los individuos, alcanzado de manera autónoma por los individuos mismos" (*CF*: 236).

La libertad aparece así como una estricta adecuación de la acción a los medios que permiten alcanzar el fin concreto que persigue la voluntad, como intransigencia, como no permitir que se usen medios no adecuados para alcanzar el fin deseado. En esta concepción, por lo tanto, es desde la conciencia de los fines históricos que los individuos y los grupos deben construirse como autónomos y actuar racionalmente en consecuencia. En este sentido, estos textos plantean la necesidad de la formación del carácter de un grupo, como toma de conciencia del propio rol en la historia y actuación intransigente hacia el cumplimiento de su misión histórica. Este elemento

[9] En los textos gramscianos tempranos el jacobinismo tiene una connotación negativa, entendido como un principio donde unos pocos dirigen al conjunto del pueblo, escindidos de este y negándole la cultura que permitiría su autorganización. Es en este sentido que se describe al "Jacobinismo como fenómeno burgués" [afirmando que] "una minoría que está segura de convertirse en mayoría absoluta no puede ser jacobina, [que está] solo ejerce provisoriamente la dictadura para permitir a la mayoría organizarse e instaurar su orden" (*CF*: 160). Por ello y de manera similar, en la reivindicación gramsciana de la revolución rusa, la política de Lenin y los bolcheviques es leída como antijacobina, afirmando que "en Rusia no hay jacobinos" (*CF*: 81). La valoración del jacobinismo cambiará posteriormente en los escritos gramscianos a medida que se acentúa el acercamiento al Leninismo(Burgio, 2014; Filippini, 2015), por lo que ya desde 1921 pueden observarse un signo positivo en las referencias al fenómeno jacobino, en afirmaciones tales como que el Partido Comunista: "continúa las tradiciones de los jacobinos de la Revolución Francesa" (SF: 416) Ya en los *Cuadernos* el fenómeno histórico concreto de los Jacobinos franceses es pensado en términos de progresividad, y su vez su forma de acción revolucionaria es generalizada e incorporada como parte de la lógica a seguir para la revolución proletaria. El jacobinismo pasará a representar la realización de la hegemonía burguesa y a ser una forma positiva de articulación entre intelectuales y masas, en una transformación de la valoración del jacobinismo entre el joven Gramsci y el carcelario (Izzo, 2009). Sobre el debate en la valoración gramsciana del jacobinismo ver Portelli (1974) y Paggi (1984a).

aparece como el predicado de carácter que debe marcar la acción, como una cualidad necesaria para una verdadera acción voluntaria que haga historia en la lucha por la libertad, y por la que la intransigencia es el único modo de ser de la lucha de clases" (*NM*: 59)[10].

Existe por tanto un nexo entre libertad y disciplina en los textos del periodo que mostrará su persistencia hasta los *Cuadernos de la Cárcel*. Este implica la adopción de principios, de reglas morales de la acción, que permitan adecuarse a los medios y los fines racionales de un momento histórico. Una adecuación que es nombrada como cultivo del espíritu, como la adquisición de una cultura que permita el actuar racional y disciplinado en pos de la libertad:

> La cultura es algo bien distinto. Es organización, disciplina del propio yo interior, toma de posesión de la propia personalidad, conquista de una conciencia superior, por la cual se logra comprender el propio valor histórico, la propia función en la vida, los propios deberes y derechos. Pero todo esto no puede surgir por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la propia voluntad, como sucede en la naturaleza vegetal y animal, en la cual se seleccionan y especifican los órganos propios de todo individuos inconscientemente, por leyes fatales de las cosas. El hombre es, ante todo, espíritu, esto es, creación histórica, y no naturaleza. (*CT*: 66)

Desde el problema de la libertad, la disciplina y la conciencia de las necesidades históricas, nos encontramos entonces con un tema que siempre ha sido considerado central para el pensamiento gramsciano, aquel de la articulación entre cultura, del cultivo racional de la conciencia, y transformación social: "toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de compenetración de ideas a través de la unión de hombres" (*CF*: 67). Un trabajo, que para el caso de la burguesía, queda asociado a la tarea del iluminismo, como momento de difusión de los principios inspiradores de las revoluciones modernas[11]. De manera análoga, el objetivo inmediato de los socialistas aparece bajo premisas similares a aquellas seguidas por la emancipación burguesa, debiendo instalar una nueva cultura que, apropiándose y superando la cultura anterior, funde y organice la sociedad sobre principios radicalmente distintos. Los socialistas deben por tanto realizar una tarea cultural equivalente a aquella de la ilustración en pos de la construcción de la nueva sociedad, aportarle al proletariado la conciencia que lo empuja a actuar en pos del nuevo orden[12]:

---

[10] En términos políticos la propuesta jovengramsciana de la intransigencia abona a una posición de constitución autónoma de los trabajadores en el movimiento socialista, que no deben confundir sus objetivos con los de otros grupos sociales y deben, por lo tanto, desplegar los principios que los afirman como el sujeto histórico de la emancipación en instituciones propias de la clase. En este sentido, hablando de las organizaciones del socialismo, se afirma: "Para que, entonces, una institución social pueda ser disciplinada intransigentemente, es necesario que tenga una voluntad (fin) y que el fin sea racional, sea un fin verdadero y no un fin ilusorio" (*CF*: 130).

[11] La ilustración aparece así como una verdadera "internacional espiritual burguesa" por la cual, en el avance histórico de los principios modernos "Las bayonetas del ejército de Napoleón encontraban el camino ya allanado por un ejército invisible de libros, de opúsculos que habían abandonado París a fines de la primera mitad del siglo XVIII, y que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación" (*CF*: 68).

[12] Por esta razón, podemos observar que en estos textos aparece la premisa de subordinar todas las acciones de los socialistas al objetivo de la adopción por parte del proletariado de esta cultura, a la

> Es a través de la crítica de la civilización capitalista que se ha formado y se está formando la conciencia unitaria del proletariado, y crítica quiere decir cultura y no ya evolución espontánea y natural. […] Conocerse a sí mismos quiere decir ser sí mismos, diferenciarse, salir fuera del caos, ser un elemento de orden, pero del propio orden y de la propia disciplina, por causa de un ideal. Y este no se puede alcanzar si no se conoce también a los demás, su historia, los sucesivos esfuerzos que han realizado para ser lo que son, para crear la civilización que han creado y a la que nosotros queremos sustituir por la nuestra. Quiere decir tener nociones sobre la naturaleza y sus leyes para conocer las leyes que gobiernan el espíritu. […] Si es cierto que la historia universal es una cadena de los esfuerzos que el hombre ha hecho para librarse de los privilegios, prejuicios e idolatrías, no se entiende porqué el proletariado que no tiene otro anhelo que añadir un eslabón a esa cadena, no deba saber cómo, por qué y por quien ha sido precedido, y qué ventaja puede sacar de este saber" (*CT*: 68 y 69).

La libertad se encuentra así vinculada a una idea fuerte de disciplina, entendida como dominio del propio yo y como adopción de una cultura, de un conjunto de valores y normas de acción que permita el avance de la civilización: "El hombre se conoce a sí mismo, sabe cuánto puede valer su voluntad individual y cómo ésta puede volverse más potente si al respetar y disciplinarse en la necesidad termina dominando la necesidad misma, identificándola con los propios fines" (*NM*: 38). En este mismo sentido y volviendo al nudo de la voluntad como creadora de la historia: "La voluntad es la adecuación de los medios al fin, y por lo tanto es principalmente búsqueda de medios congruentes" (*CF*: 277), "desde la perspectiva marxista, voluntad significa conciencia de la finalidad, lo que a su vez quiere decir noción exacta de la propia potencia y de los medios para expresarla en acción […] Significa impulso rectilíneo hacia el objetivo máximo" (*NM*: 38).

Tal como aparecía en el ensayo escolar de 1910, persiste así en estos textos la exhortación hacia una toma de conciencia que conlleve el control de los instintos. Esta permite un mayor control colectivo sobre las fuerzas de la naturaleza en pos de satisfacer las necesidades crecientes de la comunidad humana, alcanzando así grados más altos de la civilización. Una asociación entre libertad y disciplina vuelve al socialismo una regla de vida moral, anclada en los principios y la actividad propia de los trabajadores, es decir, en el trabajo. La cultura del futuro, la ciudad futura por construir, aparece así como aquella que surge de la moral de los productores, del proletario como productor del mundo, como disciplinado al trabajo[13]. Es una cultura basada en la

adopción de una serie de principios, en una acción que exige que "Para los proletarios es un deber no ser ignorantes" ya que "El problema de la educación de los proletarios es un problema de libertad (*CF*: 108 y 109). Es también en este sentido que pueden pensarse diversas iniciativas políticas propuestas por Gramsci, como la creación de una organización de cultura o la promoción de las escuelas de trabajo, como forma de "elevar" cultural y espiritualmente al proletariado para permitirle forjar un nuevo carácter, y con este una nueva voluntad colectiva transformadora.

[13] Contraria a cierta imagen del Gramsci de los estudios populares, que reivindica las tradiciones y fiestas del pueblo, encontramos en estos textos, desde esta visión moralista anclada en los principios del trabajo, una serie de problemáticas y feroces críticas a todo acto que vincule a los trabajadores con un momento de despilfarro y pérdida de foco en su objetivo histórico. Un ejemplo de ello puede verse en la crítica gramsciana a que el primero de mayo adopte la forma de una fiesta (*CF*: 218), o en la celebración de la introducción del "sábado comunista" en la URSS, por la que los trabajadores "voluntariamente" decidían trabajar los sábados, ya que "el trabajo se ha convertido en un deber moral" (*CF*: 218). De forma más

cooperación para satisfacer las necesidades de la sociedad superando los principios del individualismo y la competencia propios a la civilización burguesa: "la clase burguesa se ha salvado de la esclavitud feudal afirmando los derechos del individuo a la libertad y a la iniciativa. La clase proletaria lucha por su salvación afirmando los derechos de la colectividad, del trabajo colectivo, contraponiendo a la libertad individual, a la iniciativa individual, la organización de las iniciativas, la organización de la libertad" (*CF*: 214).

El socialismo en estos textos, entonces, no es solo un proyecto político o económico, sino la forma de lograr una renovación moral de la sociedad que permita su avance histórico universal, es una transformación de los valores que permite y produce el cambio social (Rapone, 2019)[14]. El paso hacia un orden nuevo no implica únicamente una diferencia de la clase que gobierna, sino, fundamentalmente, la afirmación y organización de la sociedad sobre principios distintos. Mientras la burguesía se afirmaba y moldeaba su sociedad en la individualidad y la propiedad privada, el proletariado afirma la nueva sociedad en la colectividad y la asociación de los productores: "el socialismo es un devenir, un desarrollo de momentos sociales siempre más ricos de valores colectivos" (*NM*: 118) en tanto "el principio de la organización es superior al de la pura y simple libertad" (Ibíd.). Este cambio parece así suponer la liberación racional de las fuerzas de la producción por el abandono del caos propio del mercado y la individualidad burguesa, en una "sustitución de la civilización burguesa por la socialista, [...] del factor capital por el factor de la producción en el dinamismo de la historia" (*CT*: 47).

Pero bajo esa misma idea de despliegue progresivo del espíritu, estos textos no presentan una mera oposición entre individualismo y colectivismo, sino que reconocen los principios propios de la sociedad burguesa como una condición previa y necesaria para el desarrollo del orden nuevo: "el individualismo burgués produce […] necesariamente la tendencia al colectivismo en el proletariado" (*CF*: 218). Es en el total desarrollo de los principios propios de la civilización anterior, de la sociedad burguesa en este caso, que "se difunden […] las condiciones ideales y morales para el advenimiento del colectivismo, para la organización de la sociedad; [que] se

general, y en tanto la lucha por mayores grados de civilización es pensada como un control de los instintos, como un control de la animalidad, aparecen numerosas metáforas a lo largo de estos textos que oponen sensualismo y razón, momento del corazón y de la cabeza, con una clara valoración negativa del primer término y la positiva de la conciencia histórica de la misión de la clase en el segundo.

[14] En esta concepción la influencia de Angelo Tasca como figura política e intelectual será central. En los años formativos de Gramsci, Tasca aparece no solo como amigo personal del sardo, sino como un importante líder de la organización juvenil del partido en Turín y como referencia de los círculos intelectual y políticos de los que participa Gramsci, quien llega a nombrarlo como "nuestro líder". En este sentido, tiene un protagonismo político muy superior al de Gramsci en estos años y es bajo su dirección que este último se suma a la militancia partidaria. Su concepción de la historia, comparte con la gramsciana temprana la función decisiva de la voluntad y la crítica a la espera positivista del despliegue de un proceso natural. En ese mismo sentido, las posiciones de Tasca para la organización juvenil, derrotadas por la postura de Bordiga, ponían una especial atención a la preparación ideal y cultural del movimiento socialista, planteando la lucha socialista en términos más bien "culturalistas", desde una concepción del socialismo como una inversión de los valores humanos. (Rapone, 2019). En este punto la concepción de Tasca y la gramsciana ,operante en estos textos y cuya presencia se continua en textos posteriores, asocia al socialismo con la religión, con una fe que organiza las creencia y las acciones de los individuos, y que, como tal, se encuentra en competencia con la religión mayoritaria de Italia, el catolicismo, luchado por remplazarlo, por ser la fe que adopten las masas y según las cuales guíen su acción: "el socialismo es la religión que debe matar al cristianismo" (*CT*: 111).

afirma la atmósfera moral para que el nuevo régimen no sea el triunfo de los holgazanes e irresponsables, sino seguro progreso histórico, realización de una vida superarlo a todas aquellas pasadas" (*CF*: 219). Esta concepción implica, por lo tanto, no solamente una reivindicación de la progresividad de los principios burgueses de individualidad y libertad, sino la postulación de la necesidad de su máximo desarrollo hasta evidenciar su agotamiento, de que estos logren operar efectivamente en toda la sociedad como condición para el orden nuevo: "la libertad absoluta y el sistema económico del capitalismo son por lo tanto necesarios históricamente, [y] representan una fase progresiva del desarrollo burgués" (*NM*: 94).

Desde esta perspectiva de la necesidad del máximo desarrollo burgués, de una función histórica que la burguesía debería cumplir, nos ecnontramos entonces con numerosas proclamas sobre la progresividad del liberalismo, entendido como la verdadera doctrina de la clase burguesa, y del librecambio como práctica económica que desarrolla al capitalismo: "la libre competencia de todas las fuerzas sociales es la ley suprema de la sociedad capitalista [y] La ley de la libertad debe actuar integralmente; esta es intrínseca a la actividad burguesa, es el ácido reactivo que desarma continuamente los cuadros obligándolos a mejorar y perfeccionarse" (*NM*: 59). La discusión entre proteccionismo y librecambio en Italia atraviesa así gran parte de estos textos y encuentra a Gramsci en una firme defensa de este último, planteando la necesidad para los socialistas de impulsarlo. Mientras las posiciones proteccionistas buscaban sostener privilegios de quienes producen de forma menos eficiente, manteniendo así a Italia en una situación de mayor atraso, el librecambio permitía la afirmación de las formas más desarrolladas del capitalismo, progresivas para el desarrollo de la libertad humana[15]. En la disputa sobre la política económica italiana, en la afirmación o la negación del librecambio, se juega por lo tanto, "la posibilidad de desarrollar las fuerzas espontáneas de producción que todo país posee y por tanto de apresurar o retardar la madurez económica que es el fundamento necesario para el advenimiento del socialismo" (*CF*: 112) [16]

Esta defensa del librecambio es una posición política que parte de un diagnóstico sobre la insuficiencia de la burguesía italiana; esta es una clase política, que gobierna desde el Estado,

[15] De manera similar, en afirmaciones que recuerdan al Marx de los textos sobre la India, existe aquí una "justificación moral" del colonialismo, basada en su progresividad para el desarrollo material y subjetivo de los pueblos. El colonialismo "puede ser el impulso histórico necesario para que los grupos sociales subdesarrollados, con la civilización, se modifiquen, se disciplinen, adquieran conciencia de su ser en el mundo y del deber colaborar con la vida universal […] Para quien está convencido de que la instrucción, la educación, el perfeccionamiento de la técnica productiva son la medida del grado de civilización de un pueblo, no cabe duda que la puesta en contacto de dos pueblos, uno civilmente desarrollado y el otro solo potencialmente, sea un bien para la economía general (CT: 91). Claro está que, para Gramsci, en el colonialismo realmente existente "La benéfica función del capital se reduce" (CT: 92) ya que este no buscó el verdadero desarrollo de los pueblos, y solo se propuso dominarlos y usufructuar sus riquezas. Sin embargo, la idea de progresividad histórica del capitalismo, de sus principios y su técnica, no deja de aparecer como una problemática justificación del colonialismo europeo.

[16] En contraposición a lo que plantea Losurdo (1997a), las posiciones a favor del liberalismo expresadas en estos textos deben ser entendidas en el marco de esta concepción de la historia y no como un momento liberal del pensamiento de Gramsci. En este sentido, consideramos que no tiene mucho sentido hablar de un Gramsci liberal que luego llega al comunismo, sino que, más allá de las influencias tomadas del liberalismo filosófico, siempre se trata de un Gramsci que piensa en torno a los problemas propios del socialismo de su época, en los que se incluye la defensa del librecambio como forma de acelerar el porvenir de la sociedad futura.

pero no tiene un real desarrollo económico: "en Italia la clase burguesa todavía no ha tenido experiencia económica. Ha sido hasta ahora solo una clase histórica […] que ha dado al país solamente una actividad política" (*CF*: p. 133). En una muestra más de la preponderancia del momento subjetivo-político sobre el objetivo-económico presente en esta concepción, Italia aparece como una nación no plenamente capitalista, porque es una sociedad dirigida y organizada por una burguesía que, aunque gobierna, no admite plenamente sus principios y responsabilidades históricas. Una clase que no ha realizado las tareas históricas del desarrollo capitalista que le son propias. En el diagnóstico de estos textos "la Italia de 1918 no es muy distinta de la de 1848" (NM: 146) y, salvo por lo que sucede en algunos núcleos modernos como la ciudad de Turín, se encuentra plagada de parásitos sociales improductivos, residuos del pasado que infectan a la propia burguesía y que deben eliminarse para liberar el verdadero potencial de los principios burgueses modernos. La Italia improductiva aparece así en el espejo de Alemania e Inglaterra como modelos del pleno desarrollo burgués, en una comparación que hace del desarrollo de la burguesía y del capitalismo, tal como se da en esos países, un interés del proletariado italiano[17].

Resulta claro, a su vez, que la idea de la progresividad del desarrollo capitalista como condición para el avance de la causa socialista no se despliega únicamente en plano ideal y moral, de difusión de los principios ideales burgueses. El individualismo plenamente desarrollado se asocia con un capitalismo completamente desplegado, libre de resabios feudales, no cohibido por resistencias a lo nuevo y conforme al espíritu auténtico del mundo de la producción creado por la burguesía. La afirmación de principios encuentra su continuidad y traducción en el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo, en el despliegue de las condiciones técnicas y el avance de la producción que permitirán los niveles económicos necesarios para la sociedad futura. La concepción aquí presente plantea así como deseable un máximo desarrollo capitalista y en este sentido, en tanto conciencia de ese movimiento, el socialismo revolucionario […] ayuda al desarrollo y toma de conciencia de sí de las fuerzas proletarias y capitalistas espontáneas, libres, necesarias históricamente, porque de su antagonismo se afirman síntesis provisorias siempre más completas y más perfectas, que deberán finalizar en el acto y el hecho último que contenga a todas, sin restos de privilegios ni explotación (*CF*: 176).

Estamos frente a una necesariedad histórica del desarrollo capitalista, por la que se plantea abiertamente que se debe "alcanzar la madurez económica que según Marx es la condición

[17] El diagnóstico gramsciano sobre Italia contiene una posición sobre la insuficiencia de su burguesía, sobre la existencia en Italia de una burguesía que no está a la altura de su tarea histórica, pero también contiene una fuerte crítica al carácter de los italianos en general. Ambos elementos hacen que Italia sea una nación no completamente alineada con la modernidad, situación que se expresa en una creciente decadencia espiritual italiana. El diagnóstico gramsciano, entonces, advierte una preocupación específica por Italia y los italianos referido tanto a la colectividad nacional en su totalidad como a los individuos que la componen. El socialismo aparece así como una forma de superar el estado atrasado de Italia a partir de la adopción de una moralidad más elevada, persiguiendo así una regeneración espiritual, una renovación cultural y una transformación moral, como presupuesto de la transformación económica y política. Es el socialismo el que permitirá superar los vicios del carácter italiano que impedían una adopción plena de los principios productivos del trabajo. De esta forma, el pensamiento gramsciano temprano no se inscribe solamente en la crítica obrera y socialista al capitalismo, sino que incluye, en consonancia con múltiples corrientes intelectuales de la Italia de principios del siglo XX, un preocupación sobre la crisis moral de la nación italiana y sobre los modos de superarla (Rapone, 2019).

necesaria del colectivismo" (*CF*: 145) y que "es la política del proletariado consciente de su misión revolucionarla acelerar la evolución capitalista de la sociedad" (*NM*: 59). El socialismo aparece entonces como un vehículo para impulsar el desarrollo pleno del capitalismo, y en particular en Italia, para que se difunda la conciencia ausente en la burguesía sobre la progresividad de un capitalismo verdaderamente libre. Es un medio para alcanzar las condiciones objetivas para el surgimiento y el despliegue del nuevo principio, el colectivismo, que organizará la sociedad futura. Es mediante una conciencia sobre la necesidad del avance de la producción para satisfacer las necesidades humanas, sobre los principios propios del proletariado de cooperación y asociación que permitirán impulsarlo, y sobre el trabajo cultural de crítica y conocimiento de la sociedad existente y sus límites, que se produce "[…] la certeza adquirida por el proletariado a través de la crítica de los actuales modos de producción […] que el colectivismo servirá para acelerar el ritmo de la producción misma, eliminando las causas artificiales que limitan su crecimiento" (*CT*: 180).

La articulación entre los principios que se afirman en cada sociedad y la producción anuda a la historia como creación de la voluntad con el avance hacia formas más altas de la civilización medida en términos de desarrollo de las fuerzas productivas. Un nudo que se plantea bajo la idea de necesidad como un elemento central que atraviesa todos los elementos de la concepción que estamos desplegando. En consonancia con sus fundamentos en el idealismo, en estos textos la dinámica histórica, y la política que la pone en movimiento, suponen la existencia de un espíritu de la historia, de una astucia de la razón en la historia, que se despliega en un devenir, subjetivo, pero necesario. Es decir, la concepción de la historia y la política jovengramsciana encuentra en la necesidad histórica un pilar fundamental (Burgio, 2014).

En estos textos la historia presenta una estructura, es un flujo regulado de los esfuerzos constantes del espíritu humano de realizarse a sí mismo. La historia es aquí, por lo tanto, algo coherente, tiene un orden y una regularidad, "existe en la historia una lógica superior a los hechos contingentes […]" (*CF*: 189) por la que ciertas acciones voluntarias de los hombres operan como la adecuación histórica a su necesidad. Es esta estructura, este movimiento de la historia, lo que explica que los principios, propios de cada clase o grupo social, puedan o no difundirse y afirmarse en la historia. Lo que explica como "[…] una ideología se consolida o cae en el olvido, no proporcionalmente a su valor filosófico o humano, sino proporcionalmente a la receptividad de las condiciones históricas del tiempo en el que la ideología es concebida y difundida" (*CF*: 262). Dicho de otra forma, "el pensamiento pues, a pesar de ser libre, está condicionado, y está condicionado precisamente por la historia […] La verdad para que pueda difundirse, debe ser adaptada a las condiciones históricas (o culturales) del grupo social en el seno del cual se quiere que esta se difunda" (*NM*: 74). En este sentido, si la historia es una creación del espíritu, movida por la progresiva toma de conciencia de la humanidad hacia su libertad, implica la necesidad histórica de que las ideas y los principios que afirman este movimiento encuentren una forma de su realización: "las ideas devienen, sí, pero devienen sin son actos vitales, es decir, si representan una necesidad" (*CT*: 185).

Los textos gramscianos tempranos se encuentran de este modo atravesados por la necesidad histórica como nexo de la relación entre conciencia, voluntad y acción. Los hombres y las clases deben tomar conciencia de su valor histórico y disciplinarse en función de la necesidad identificando sus propios fines con las razones de la historia. El momento de la toma de conciencia, el conocerse a sí mismo, es una mayéutica por la que se comprenden las

determinaciones objetivas de la necesidad histórica, por la que se comprende la "fatal necesidad de que la idea triunfe, porque esta es la razón, ella es el alma misma de los hombres, porque solo ella en la milenaria historia de la civilización ha logrado que tantos hombres se movilicen […]" (*CF*: 274). El devenir histórico no resulta entonces de la acción contingente, no es un resultado sin más de la lucha entre los grupos sociales, sino que expresa el devenir acto de una razón histórica. Esta se explica por un avance continuo hacia formas más elevadas de la libertad y la autonomía, porque la reflexión sobre la necesidad histórica lleva a los hombres a identificar sus tareas históricas y a actuar de formas tendientes al avance de la libertad.

La idea de necesidad histórica aquí presente se diferencia así de aquel determinismo asociado al positivismo y al socialismo de la Segunda Internacional, que será nombrado, en estos textos, como una concepción contrarrevolucionaria por ser fuente de pasividad política. La necesidad histórica no implica un vínculo directo, de reflejo, entre condiciones y sucesos históricos. Implica, por el contrario, la puesta en acto de una acción subjetiva motivada por la toma de conciencia de la necesidad objetiva. En este sentido, es la articulación entre necesidad histórica y conciencia de ella la que explica el paso a la acción política que crea la historia y transforma el mundo. El paso desde el conflicto perpetuo entre oprimidos y opresores hacia una acción que lleve a formas de mayor libertad deviene sólo cuando se toma consciencia de que ha llegado el momento de un cambio que se impone como necesario históricamente.

> Es necesario entender "fatalidad" en el sentido idealista, como interpretación de una necesidad, como juicio de los hombres. El conflicto existe perpetuamente pero no es de hecho perpetuo, para que se transforme en tal es necesaria una iniciativa humana, es necesario que haya quien juzgue que ha llegado el momento de la acción el momento adecuado para la realización de un nuevo privilegio o para impedir que un privilegio adquirido caduque en beneficio de otros, y la guerra estalla (*CF:* 100).

El movimiento que motoriza el devenir de la historia, como se afirma en estos textos desde sus exponentes más tempranos, es el resultado de una lucha, de un conflicto que se enmarca en un sentido de la historia. La afirmación de una idea supone la superación y sustitución de la anterior, no como un movimiento de progresiva transición, sino como una transformación fruto de las acciones subjetivas que buscan la afirmación de un nuevo principio: "no hay transición de idea a idea, hay sustitución. Cada nueva formación social que se asoma en los límites de la historia, trae consigo las ideas, que deviniendo actos, servirán para satisfacer las necesidades de la futura vida" (*CT*: 185) La realización del espíritu humano, su necesario devenir histórico, se encuentra bajo la forma de una lucha, de un conflicto entre los grupos que buscan afirmar principios opuestos sobre los que fundar la sociedad: "La historia es producción humana, de la humanidad que se divide en clases y sectores, entre los cuales, de vez en vez, uno predomina y dirige la sociedad hacia sus objetivos, combatido por la otra parte que tiende a constituirse y a sustituirlo en la dirección, no evolución, por lo tanto, sino sustitución, para la cual es un medio necesario la fuerza consciente y disciplinada" (*NM*: 141).

Estamos así frente a una forma particular de entender la máxima marxista de la historia como historia de lucha de clases, vinculando determinadas formaciones sociales con ciertas ideas propias de un grupo, que toma conciencia y se disciplina para luchar por que estas se difundan y se constituyan en los pilares de una nueva sociedad. A su vez, los actores de esta lucha y la

progresividad de unos sobre otros en términos de la necesidad histórica, en un particular ejercicio de traducción marxista, son refractados bajo el prisma de la determinación económica. Es el avance de las fuerzas productivas, como potencias cada vez mayores sobre la naturaleza, el que permite grados de autonomía y desarrollo cada vez más universales, que incluyen cada vez a más hombres y mujeres. Es este avance y transformación de la producción el que plantea entonces la necesidad de adecuación de la sociedad a dichas potencias, de grupos que actúen para que esta se organice según principios que permitan desplegarlas. Son estas condiciones objetivas las que explican por tanto cuando una "nueva civilización era una necesidad histórica, [que] estaba potencialmente contenida en la civilización precedente" (*CF*: 138). La razón histórica encuentra así sus fundamentos en el avance de la producción como condición para la satisfacción de las necesidades y el avance de la libertad. Se evidencia así la particular incorporación del marxismo en estos textos, en los que se deriva la realización del espíritu, y los principios en los que se afirma, de la realidad económica, volviendo a la producción la justificación de la necesidad histórica y de la lucha por su realización:

> Con Marx la historia sigue siendo el dominio de las ideas, del espíritu, de la actividad consciente de los individuos singulares o asociados. Pero las ideas, el espíritu, se realizan, pierden su arbitrariedad, no son ya ficticias abstracciones religiosas o sociológicas. Su sustancia se encuentra en la economía, en la actividad práctica, en los sistemas y en las relaciones de producción y de cambio. La historia como acontecimiento es pura actividad práctica (económica y moral). Una idea no se realiza por ser lógicamente coherente con la actividad pura, con la humanidad pura (que existe solo como programa, como fin ético general de los hombres), sino en cuanto encuentra en la realidad económica su justificación, el instrumento para consolidarse (*NM*: 37).

Encontramos entonces desplegada la constelación teórica que articula la concepción de la historia y la política en los textos gramscianos más tempranos y que delinea los rasgos principales de su particular marxismo.[18] Si la historia es concebida como una progresiva lucha hacia la libertad de la humanidad, esta se realiza como una creación subjetiva de los hombres, en tanto éstos toman conciencia y actúan en consecuencia de una necesidad histórica fundamentada en las transformaciones de la producción. La libertad a alcanzar, por tanto, es la adecuación a esta razón histórica, la adopción de una cultura que lleve a actuar en consecuencia de la realización de las necesidades de la historia y que organice la sociedad a partir de principios acordes a sus potencias productivas.

Sin embargo, lejos de una teorización *in extenso*, esta concepción que acabamos de desarrollar se despliega, como no podría ser de otra manera dada la forma periodística misma de estos

[18] Esta particular incorporación de Marx ubica al pensador de Tréveris dentro del relato histórico de progresión hacia la libertad presente desde el ensayo escolar de 1910. Marx y su pensamiento son "un momento singular de la afanosa búsqueda secular que la humanidad realiza para tomar conciencia de su ser y de su devenir, para captar el ritmo misterioso de la historia y disipar el misterio, para ser más fuerte en el pensar y actuar mejor" (*NM*: 40). En este sentido, y desde una problemática metáfora del pastor y su rebaño que nuevamente ubica al marxismo como una religión, se afirma que las reflexiones de Marx permiten "la sistematización de la real causalidad histórica [que] adquiere valor de revelación [y] se convierte en principio de orden para el vasto rebaño sin pastor. El rebaño toma conciencia de sí, de la tarea que actualmente tiene que realizar para que la […] clase se afirme […]" (*NM*: 38).

textos, de forma fragmentaria en el análisis de hechos político-culturales concretos. En este sentido, no pueden pensarse plenamente las problemáticas teórico-políticas que allí emergen sin insertarlos en la narración del momento histórico sobre el que estos buscan reflexionar, observando cómo allí opera esta teoría política. Debemos, por lo tanto, observar la conceptualización jovengramsciana en el espejo de la historia sobre la que busca pensar e intervenir, y dentro de esta, bajo la forma en la que dos hechos fundamentales organizan la reflexión: la primera guerra mundial y la revolución rusa.

La Gran Guerra de 1914 recorre el conjunto de estos textos y aparece como un hecho único en la historia que hace temblar las bases sobre la que se sostiene la sociedad moderna: "la guerra actual no puede ser hallada en el pasado, nunca la vida social, la unidad humana ha sido corroída de una manera tan profunda" (*CT*: 96). Es un fenómeno que opera como introducción del propio Gramsci al debate político, dado que su primer texto en la prensa socialista, *Neutralidad activa y operante*, versa sobre el posicionamiento frente a la guerra. Pero el impacto de la primera guerra mundial va mucho más allá de las discusiones estratégicas que suscita, convirtiéndose en un acontecimiento epocal que moldea el pensamiento jovengramsciano. En la narrativa presente en estos textos, la guerra genera una conmoción tal que transforma radicalmente el clima que se vive en la sociedad de su época:

> […] tres años de guerra han vuelto *sensible al mundo*. Nosotros *sentimos* el mundo; primero solamente lo *pensábamos* […] Vemos claramente lo que antes era incierto y vago. Vemos hombres, multitud de hombres donde ayer solo veíamos Estados o individuos singulares representativos […] La universalidad del pensamiento se ha concretado, o tiende al menos a concretarse. Algo se derrumba necesariamente, en nosotros y los demás. Se ha formado un nuevo clima moral: todo es móvil, inestable, fluido (*CF*: 124)

El acontecimiento de la guerra opera así, en la concepción jovengramsciana de la política y la historia, como momento central de transformación cognoscitiva que potencia y acelera el proceso de toma de conciencia hacia la emancipación. Una confirmación del relato histórico antes solo teorizado, pero ahora *sentido* en la realidad histórica, que, a la vez, por las dimensiones de crisis y transformación que suscita, impone la necesidad de "acelerar el porvenir" (*CF*: 43). Con la guerra, por tanto, "una crisis espiritual enorme ha sido provocada. Necesidades inauditas han surgido en quienes hasta ayer no habían sentido otra necesidad que la de vivir y alimentarse" (*CF*: 125), arrancando a los hombres de una indiferencia odiada por Gramsci. En el mismo sentido, "el estado de guerra ha puesto en movimiento al grupo social, incluso a los estratos más atrasados cultural y espiritualmente, los grandes sacrificios requeridos, los inenarrables dolores sufridos han dado capacidad política a todos los individuos de la sociedad, [por lo que] todo quieren participar de la historia, quieren ser dueños de los propios destinos, tener la capacidad de decidir la propia suerte en el mundo" (*NM*: 126).

Nos encontramos con una nueva conciencia que lleva a una movilización inaudita de las masas, que, en coincidencia con la articulación entre necesario devenir histórico y determinación en la producción, se apoya en profundos cambios materiales suscitados que no se agotan en la transformación de los espíritus. El propio esfuerzo bélico lleva a los Estados europeos a una transformación del aparato productivo, en una "máxima concentración de la actividad económica en unas pocas manos (los dirigentes del Estado), y [a la que] le corresponde la mayor

concentración de individuos en los cuarteles y en las trincheras" (*NM*: 113). Las nacionalizaciones y la planificación económica forzada por la guerra crean así en los hechos condiciones productivas propias del colectivismo que anuncian un más allá del caos del mercado burgués y su mundo basado en el individualismo; a la vez que la experiencia de la movilización militar y de las trincheras, produce nuevas condiciones de cooperación y acción entre las masas.

Vemos entonces una relación de confirmación de la conceptualización de la historia y la política en el contexto de un acontecimiento histórico que acelera los tiempos en los que surge la conciencia de la necesidad histórica: "estos años de guerra han provocado un efecto educativo en el proletariado de los talleres y de la trinchera" (*NM*: 146); "cuatro años de guerra han transformado rápidamente el ambiente económico y espiritual […] Una conciencia nueva, de clase, ha surgido; y no solo en el taller sino también en la trinchera, que ofrece tantas condiciones de vida similares a las del taller" (*NM*: 151). Es en este nuevo contexto, desde estos cambios espirituales y materiales producidos por la guerra, que puede surgir una nueva conciencia de la tarea histórica de las masas trabajadores porque ahora "[…] el ambiente espiritual ya no es refractario a la disciplina ni a la acción paciente y perseverante" (*NM*: 152)

No obstante, pero como parte de la constelación teórica que acabamos de delinear, aparece en estos textos la insuficiencia de la mera transformación para dar el salto automático a la acción. Si bien la guerra genera una movilización de las masas que abre una crisis de la dirección dominante: "la mayoría de los hombres no ha adquirido conciencia de la propia responsabilidad social, no posee el grado necesario de sensibilidad política y económica para asumir la administración de los asuntos colectivos" (*NM*: 126). La guerra ha desatado así una fuerza enorme en las masas y sin embargo estas aún aparecen como presas de una conciencia elemental, que aún no ha tomado, vía la adopción del socialismo, la forma plena para entender las necesidades históricas; es por ello que "[…] El movimiento proletario debe absorber esta masa, debe disciplinarla, debe ayudarla a tomar conciencia de las propias necesidades materiales y espirituales, debe educar a los individuos que la componen para que se solidaricen permanente y orgánicamente entre sí" (*NM*: 151).

Como presagio y diagnóstico del inminente estallido revolucionario de la posguerra, en estos textos se narra así la historia de una clase dirigente que, como el nigromante de la leyenda, invoca con la guerra a un diablo cuyas fuerzas no logra luego dominar. Al movilizar al conjunto del pueblo hacia los fines bélicos, las clases dirigentes han suscitado una transformación que socava los fundamentos de su dominio, que produce una escisión entre gobernantes y gobernados, que desata "un fluctuar de fuerzas demoníacas, incontrolables, imponderables" (*CF*: 186). La guerra, por tanto, acelera la toma de conciencia de las masas, abriendo la puerta a la acción que puede realizar la emancipación y lograr la concreción del espíritu de la historia superando las formas no libres de la civilización burguesa. Una aceleración del porvenir que, a la vez que muestra aún los límites de una conciencia que debe ser organizada por el socialismo, ya ha mostrado también toda su potencia transformadora en el otro gran hecho histórico que marca la constelación conceptual del joven Gramsci: la Revolución rusa.

Los hechos de la Rusia revolucionaria aparecen así directamente vinculados a la conmoción generada por la primera guerra mundial; son la manifestación de aquel espíritu de la historia tendiente a la libertad que se realiza por una voluntad que emerge de la conciencia y la movilización producidas por la guerra. La revolución opera así, más que como una condición de

apertura para la innovación, como confirmación de la concepción teórico-política jovengramsciana. Es explicada dentro de esta constelación, en un movimiento por el cual se vuelve la constatación de una particular incorporación del marxismo (Rapone, 2019).

> Marx ha previsto lo predecible. No podía prever que esta guerra, en tres años de sufrimientos indecibles, de miserias indecibles, habría de suscitar en Rusia la voluntad popular colectiva que ha suscitado. Una voluntad tal, construida normalmente, hubiera requerido para formarse de un largo proceso de infiltraciones capilares, de una larga serie de experiencias de clase […] Pero en Rusia la guerra ha servido para sacudir voluntades […] (*CF*: 143).

La Revolución rusa es leída, entonces, como consecuencia y expresión de la conjugación de transformaciones materiales y espirituales que la guerra generó en aquel atrasado país. Al tener que combatir en las mismas condiciones que los países más desarrollados, el Estado zarista es forzado a una centralización y control de lo económico que produce transformaciones objetivas y subjetivas inauditas. La movilización de la guerra, entonces, permite nuevas condiciones para el desarrollo de una nueva sociedad y para la toma de conciencia de las masas de las necesidades históricas de dicho avance.

> En los sucesos de Rusia existe indudablemente la relación de necesidad, y es una relación de necesidad capitalista, la guerra ha sido la condición económica, el sistema de vida práctica que ha determinado el nuevo Estado, que ha materializado la necesidad de la dictadura del proletariado, la guerra que la atrasada Rusia ha debido batallar de la misma manera que los Estados capitalistas más avanzados. […] En la Rusia patriarcal no podía producirse la concentración de individuos que se produce en un país industrializado y que es la condición para que los proletarios se conozcan entre sí, se organicen y tomen conciencia de la propia fuerza de clase para alcanzar un objetivo humano universal. Un país de agricultura extensiva aísla a los individuos, vuelve imposible la conciencia igual y clara, vuelve imposible la unidad social proletaria, la concreta conciencia de clase que da la medida de la propia fuerza y la voluntad de instaurar un régimen definitivamente legitimado por esa fuerza. […] Pero las condiciones impulsadas artificialmente, por la fuerza descomunal del Estado despótico, han provocado las consecuencias necesarias, las grandes masas de los individuos socialmente solitarios, allegadas y condensadas en un pequeño espacio geográfico, han desarrollado nuevos sentimientos y una inaudita solidaridad humana. Cuanto más débiles se sentían primero, en el aislamiento, y adherían al despotismo, tanto más grande fue la manifestación de la fuerza colectiva existente, tanto más prepotente y tenaz el deseo de conservarla y construir a partir de esta una nueva sociedad (*NM*: 113 y 114).

A diferencia de lo que sucedía en otras latitudes del mundo, las fuerzas demoníacas desatadas por los nigromantes de la guerra parecen en Rusia encontrar una forma de canalización, un modo de volverse conciencia en las masas: “la obra de propaganda, de organización, realizada por el candente estímulo de los maximalistas, había producido sus efectos. Se había formado una estructura en el mundo proletario. El caos se había transformado en cosmos, en disciplina consciente, en conciencia colectiva conocedora de las propias fuerzas y de la propia misión” (*CF*: 96). Si las transformaciones de la guerra generan las condiciones del colectivismo como

necesidad histórica, si la movilización de masas genera la ruptura con el orden anterior y la posibilidad de toma de conciencia de la misión de la clase, la tarea exitosa de los revolucionarios en Rusia consistió en dar forma a esa conciencia y ponerla en acto, en organizar aquellas fuerzas demoníacas en una voluntad colectiva decidida y capaz de crear un orden nuevo.[19]

La revolución rusa, nombrada en una ya mítico texto como *Revolución contra El Capital*, aparece así como una denuncia en los hechos de aquel marxismo que subestima la potencia de la voluntad a favor de la dinámica objetiva de las fuerzas productivas y, por lo tanto, como una confirmación de la teoría de la historia y la política del joven Gramsci. Es una revolución que "está constituida por ideología más que por hechos" (*CF*: 141), ya que es mediante la propia prédica de los socialistas y los bolcheviques que "el pueblo ruso ha atravesado esas experiencias con el pensamiento" (*CF*: 145). Representado en los propios bolcheviques como modelo político y teórico, se confirma así un particular marxismo propio de estos textos que "no coloca nunca como factor decisivo de la historia los hechos económicos, brutos, sino al hombre, la sociedad de los hombres, los hombres que se acercan entre sí, se entienden entre sí, desarrollan a través de este contacto (civilización) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, y los juzgan y los adecuan a su voluntad, hasta el punto que esta se convierte en la fuerza motriz de la economía, la configuración de la realidad objetiva, que vive y se mueve y adquiere carácter de materia telúrica en ebullición, que puede ser encauzada hacia donde la voluntad lo desea y como lo desea" (*CF*: 143).

La revolución parece confirmar la realización de aquel despliegue hacia la verdadera y última libertad; un acontecimiento que, a un año de comenzando, confirma el predominio espiritual en la concepción jovengramsciana de la historia: "[…] No, las fuerzas mecánicas ya no prevalecen en la historia, son los hombres, las conciencias, es el espíritu el que plasma la apariencia exterior y termina siempre por triunfar. Ha concluido un año de historia, pero la historia continua, la revolución sigue transformando el mundo, aun cuando las apariencias contingentes parezcan desmentirlo, el mal no triunfa jamás, pues constituye la efímera espuma en el puro e infinito mar que fecundó la tierra y la vuelve habitable para los hombres" (CF: 225). El espíritu de la historia, tras la conmoción causada por la gran guerra, se ha encarnado en las masas que se movilizan y rompen con las formas anteriores de dominación. Por esta razón, con la Revolución rusa: "comienza la historia, la verdadera historia. Cada uno quiere ser dueño de su propio destino, se quiere que la sociedad sea plasmada en obediencia al espíritu, y no a la inversa. La organización de la convivencia civil debe ser expresión de humanidad, debe respetar todas las autonomías, todas las libertades. Comienza la nueva historia de la sociedad humana, comienzan las experiencias nuevas del espíritu humano" (*CF*: 223).

[19] Cabe destacar que la información temprana sobre la revolución recibida por Gramsci es escasa y fragmentaria. Su fuente principal de información en esos años está constituida por algunas publicaciones francesas y principalmente por los reportes de los corresponsales del *Avanti* en Rusia. Este rol será primero ocupado por Vassily Suchomlin, más cercano a los social revolucionarios que a los bolcheviques, quien luego reemplazado desde 1918 por Balabanoff, cuyos reportes eran más confiables (Davidson, 1974) Esto determina un primer momento de cierto desconocimiento y prejuicio con respecto a la dirigencia de Lenin, elemento que se puede ver en la identificación por parte de Gramsci de Cernof como principal dirigente de la revolución contra el gobierno de Kerensky (*CF*: 97). Esto cambiará rápidamente hacia una clara referencia y reivindicación en Lenin, quien, no obstante y como veremos en el próximo apartado, será primero interpretado de forma consejista por parte Gramsci.

La guerra y la revolución, por tanto, unidas en la crisis y la movilización de masas que generan, aceleran la necesidad histórica de la superación de la civilización burguesa. Son los grandes actos de apertura del nuevo teatro de la historia en el que finalmente se desplegará la lucha por la concreción de la libertad humana. En este nuevo escenario del conflicto porvenir, quedan perfectamente definidos los antagonistas del drama histórico en el que se resolverá el próximo paso en el despliegue de la libertad: la burguesía y el proletariado.

La guerra profundiza y acelera así el progresivo proceso de dualización de clases presente en el relato histórico jovengramsciano. La conmoción de la guerra y la revolución confirman y aceleran el creciente proceso de dualismo de clases hasta su enfrentamiento final. Empujadas por la necesidad histórica, sólo las clases que continúan teniendo algo que dar a la historia, que tienen aún una misión histórica progresiva serán las que persistan y se desarrollen, mientras se vuelven cada vez más superfluos otros estratos sociales (como la aristocracia y el campesinado) y todas las instituciones e ideologías que los expresaban[20]. Las fuerzas surgidas de la guerra, representadas en estos textos por el capitalismo norteamericano y la Rusia revolucionaria como las formas más avanzadas de los antagonistas de la historia[21], son, en este sentido, las únicas

[20] La inevitabilidad y la progresividad histórica de este proceso lleva siempre al joven Gramsci a proponer una línea política que restablezca y clarifique este dualismo de clase. Un proceso que encuentra su escenario perfecto en la ciudad de Turín. Núcleo de la actividad política del joven Gramsci y de los acontecimientos revolucionarios italianos que captan su atención, Turín, con su burguesía industrial pujante y su clase obrera organizada: "es una ciudad moderna en el sentido más estrictamente histórico de la palabra. En ella son precipitadas todas las escorias medievales que todavía corrompen en Italia a la sociedad burguesa, los términos medios han sido abolidos, los cómodos almohadones que en las luchas sociales atenúan los choques demasiados violentos, han sido enviados al ropavejero por la rápida, casi agitada creación de una organización proletaria ágil y combativa. La lucha de clases integral, consciente, que caracteriza la historia actual, en Turín está ya perfectamente individualizada" (*CT*: 103). Para una historia de la ciudad de Turín desde la perspectiva del movimiento obrero, sus discusiones y sus referentes, se recomienda el trabajo de Spirano (1972).

[21] Así como en los textos más tempranos el atraso italiano era visto en el espejo de Inglaterra y Alemania como ejemplos de la progresividad histórica de la burguesía, tras la guerra este lugar lo ocupará progresivamente Estados Unidos: "Los Estados Unidos han avanzado porque el capitalismo ha permanecido verdaderamente tal como es, y ha explicado su función integralmente" […] "el capitalismo norteamericano debería ser un ejemplo para el capitalismo local, enfermo de armonía social y de voracidad estafadora. Así ganaría el capitalismo y ganaría el proletariado" (*NM*: 91) Esta nación aparece como la potencia capitalista moderna progresiva, que se expresa a su vez en la propuesta y la ideología wilsoniana de la sociedad de las naciones: "La ideología de Wilson es la ideología de la madurez de la sociedad burguesa. Las concepciones del mundo implícitas en los discursos del presidente norteamericano y en el proyecto de la Liga de las Naciones representan el modo de convivencia internacional más perfecto que se pueda lograr en el sistema de la propiedad privada y de la producción capitalista" (*NM*: 132). La sociedad de naciones es, de este modo, una forma burguesa de superar los conflictos que habían llevado a la guerra, propagando el liberalismo a todo el globo y proponiendo una organización que supera las constricciones nacionales para el progreso de la producción. Frente a esta propuesta burguesa aparece como potencia la de su antagonista, la del proletariado organizado en la Internacional. Una potencia que se representa en la Revolución Rusa, en los bolcheviques y Lenin, como la forma más avanzada del proletariado frente a aquella forma más avanzada de la burguesía: "Los Estados Unidos son una gran fuerza de la historia moderna del mundo, son quizá la mayor fuerza de la historia moderna del mundo después de Rusia. Lenin y Wilson son los dos grandes políticos que la guerra ha puesto en primer plano, sobre la persona y la obra de los cuales se fija la atención de la mejor parte del proletariado y de la burguesía del mundo respectivamente" (*NM*: 90). Sobre el análisis de las relaciones

capaces de una verdadera acción histórica, en un escenario en el cual "Nunca como ahora se ha estado preparando y forjando una despiadada lucha de clase, y nunca se ha reclamado tanta justicia económica como se reclamara después de la guerra" (*CF*: 165).

Con el escenario del teatro de la historia definido y con sus actores, sus dos antagonistas ya actuando, resulta claro también que estos dos no son equivalentes para este drama, ya que desde el advenimiento de la revolución rusa es "el proletariado [el que] se ha convertido en el protagonista de la historia mundial" (*NM*: 126). Si bien en estos textos, y a diferencia de lo que veremos a continuación, aparece una burguesía aún potencialmente progresiva, que contrasta con otras burguesías, como la italiana, más conservadoras y anquilosadas en formas políticas y económicas atrasadas, resulta evidente que para la concepción jovengramcsiana, "la causa por la cual toda la humanidad se macera y se marchita, encuentra en el proletariado la única fuerza capaz de dar una solución a la ordenación definitiva de las relaciones de intereses que la guerra ha puesto en juego" (*NM*: 135). De esta manera, la paz lograda en 1918, lejos de marcar el fin del conflicto, aparece como el preludio de una lucha revolucionaria que estallará en la inevitabilidad histórica de la revolución de la que nacerá la nueva civilización:

> […] la revolución es aplazada, no evitada. La tensión social no disminuirá debido a una paz de compromiso. La burguesía ha ido demasiado lejos en su experiencia de la guerra provocando efectos ya indestructibles en la masa popular, impulsando la vida histórica, la vida política, incluso en los estratos más atrasados y más lentos respecto de los reclamos de la vida de relación. Por el solo hecho de cómo son presentados, ciertos problemas pueden tener una única solución. Las fuerzas conservadoras y reaccionarias lograrán conservar el predominio por poco tiempo […] (*NM*: 128)

La narración del momento histórico en la que estos textos se inscriben nos da así la imagen de un momento de ocaso de la civilización burguesa. La guerra y la revolución son consecuencia, causa y catalizadores de la ruptura de un orden nacido en la revolución francesa que comienza a ser superado por la civilización del proletariado. La guerra y la revolución aceleran la crisis del orden burgués como forma de organizar la vida y el gobierno de las masas, y a su vez, producen la aparición en el movimiento revolucionario, de la forma política de su superación.

Y sin embargo, parece que "en la compleja vida del movimiento proletario falta un órgano, sentimos la falta de un órgano [que] debería haber, junto al periódico, a las organizaciones económicos, al partido político un órgano de control desinteresado, que fuera levadura perenne de vida nueva" (CF: 127). Es decir, falta que el movimiento de la historia tome forma en un órgano de transformación política, que, a su vez, comienza aquí a ser pensado bajo la experiencia de los soviets. Junto con las transformaciones materiales y la movilización de masas, surge así, de la crisis revolucionaria y la experiencia rusa, el Soviet como la nueva forma en la que se podrá encarnar el espíritu de la historia que progresa hacia la libertad, como la forma en la que advendrá el orden nuevo: "la clase burguesa está por entrar en un momento de crisis constitucional que proyectará sus efectos en la organización del Estado, justamente cuando el

internacionales en los distintos momentos de los textos gramscianos precarcelarios a la luz de los desarrollos en Rusia y en Estados unidos ver el trabajo de Gualtieri (2007).

proletariado agrícola y urbano encuentra en la idea del soviet el eje de su fuerza revolucionaria, la idea organizadora del nuevo orden internacional" (*NM*: 168).

Serán esta crisis institucional de la sociedad burguesa y los soviets como forma política proletaria de su superación los temas que captan progresiva y crecientemente la atención del joven Gramsci y que tendrán centralidad en los textos de sus años consejistas. Aparece así, por medio de los acontecimientos de la historia, un elemento que comienza a sumarse a la constelación teórica jovengramsciana. Parecería que para que el espíritu de la historia pueda realizarle, para que sea actuado por una voluntad que siga las necesidades de la historia, este debe poder encarnarse en una forma política, en una institucionalidad nueva. Las formas políticas de la crisis y de su superación, las formas de organizar las voluntades políticas en pos del orden nuevo, la concreción de estas formas en Italia en el espejo de la Rusia revolucionaria, comienzan así a instalarse como tema central de los textos gramscianos.

Hasta este momento, dentro de este relato de la historia, bajo esta concepción de la acción política y el cambio social, parece haber poco lugar para un concepto de hegemonía, entendido de manera general como articulación de realidades y temporalidades diversas que generan la dominación y su superación desde diversas relaciones de fuerzas, como una forma de integración y subordinación entre grupos sociales a partir de acciones políticas que producen equilibrios y compromisos inestables. Si la historia muestra un progreso hacia la libertad desde la acción de grupos sociales que se suceden en su progresividad afirmando sus principios, parecería no haber necesidad de producción de una relación de hegemonía, de una dinámica política y social distinta que el despliegue de este espíritu de la historia. Y sin embargo, manteniendo y sin negar esta teoría de la política y la historia, algo comenzará a moverse. La búsqueda de las formas políticas para la realización del espíritu parece atentar contra la imagen de una historia tan claramente estructurada en un camino lineal hacia la emancipación y hacer aparecer nuevas problemáticas y conceptualizaciones necesarias sobre lo político.

3. La forma finalmente encarnada: los consejos obreros (1919-1920)

Al observar los textos gramscianos del bienio 1919-1920 nos encontramos con una radicalización de la concepción de la política y la historia que venimos delineando hasta aquí. El avance de las necesidades de la historia aparece ahora bajo la inminencia del cambio social, en el agotamiento de la civilización burguesa y el despliegue de las fuerzas llamadas a remplazarla. Asistimos a la confirmación del relato por el cual: "Las relaciones de producción, con todas las relaciones sociales, de clases, de naciones, de continentes, que le siguen, han sido radicalmente trastocadas. En el que se han desencadenado fuerzas demoníacas incontrolables e irrefrenables para una clase dirigente burguesa que ha desgastado su inteligencia y su humanidad en el agrio ejercicio del poder durante los años de la guerra" (*ON*: 218). En el marco de este trastocamiento de la civilización moderna, tras las transformaciones generadas por la conmoción bélica y bajo la estela de la revolución rusa, la irrupción de las luchas de la posguerra aparecerán como máxima expresión de todo un conjunto de "fenómenos reveladores del doble proceso histórico a través del cual la sociedad se descompone y se renueva, muere y renace desde sus cenizas deshonradas" (Ibíd.)

Podríamos afirmar que la pregunta que recorre los textos de estos años, por tanto, es aquella de "¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales que la guerra ha desencadenado? ¿Cómo

disciplinarlas y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse con normalidad, de integrarse continuamente hasta convertirse en la columna vertebral del Estado socialista en el que se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Como soldar presente y futuro, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando útilmente para crear y <<anticipar>> el porvenir?" (*ON*: 10). Esta pregunta supondrá indagar sobre las formas políticas que se están desarrollando para traer aquel futuro desde las potencias y las necesidades del presente, de las formas en las que "El estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de la vida social características de la clase trabajadora explotada" (Ibíd.). Una indagación, por lo tanto, sobre fuerzas e instituciones ya existentes, bajo la necesidad de "dar una forma y una disciplina permanente a estas energías descoordinadas y caóticas, absorberlas, marcarlas y potenciarlas, [para] hacer de la clase proletaria y semiproletaria una sociedad organizada que se educa, que se hace una experiencia, que adquiere una conciencia responsable de sus deberes que llevan a la clase a llegar al poder del Estado" (*ON*: 11).

En este doble proceso histórico de disolución de la vieja sociedad y aparición de los gérmenes de la nueva se desplegarán una serie de preocupaciones novedosas que van mutando y complejizando la teoría política jovengramsciana. Si la revolución comunista se piensa como un movimiento que surge de las condiciones objetivas de disolución de lo viejo, lo cierto es que este movimiento debe tomar forma, debe encarnarse en instituciones que organicen el proceso de transformación. El problema de la institucionalidad política aparecerá así de una forma novedosa y fundamental, tanto en el diagnóstico del agotamiento a las formas del poder actual, como en las formas del poder político de la clase obrera llamadas a sustituirlas. De esta manera, mientras el tema que recorría los textos gramscianos más tempranos era aquel del espíritu de la historia que se realizaba hacia la libertad, el tema de los textos de 1919 y 1920 será el de las formas en que dicho movimiento se encarna en instituciones políticas.

Lo que se desplegará en los textos de estos años será, en suma, la búsqueda de las formas en que el movimiento del espíritu se está volviendo carne, encarna ("incarnare", palabra que marcará numerosos textos de este periodo) en formas políticas. Y frente a esta búsqueda, aparece también una respuesta constante: "en el Consejo se encarna la forma actual de la lucha de clases tendiente al poder" (*ON*: 71). Las discusiones sobre los Consejos obreros que atraviesan estos textos se articulan así en un diagnóstico de aceleración e inevitabilidad de la transformación social y un debate sobre la cuestión del poder, de la forma política de la revolución. La inminencia de la realización del espíritu de la historia, de la revolución porvenir, se presenta bajo la necesidad de desplegar una forma política inmanentemente ya existente. Si antes se podía afirmar que al movimiento de transformación le faltaba un órgano, si este empezaba a vislumbrarse bajo la forma del Soviet de la Rusia revolucionaria, para 1919 este parece tomar cuerpo en una institucionalidad nueva bajo la forma de los Consejos obreros surgidos en la Turín de posguerra[22].

[22] El movimiento de los Consejos comprende a una serie de huelgas, ocupaciones de fábricas y movilizaciones protagonizadas por el proletariado industrial del norte de Italia y caracterizado por el surgimiento y desarrollo de consejos como forma de autoorganización de los trabajadores en lucha. Con epicentro en la industria metalúrgica y automotriz de la ciudad de Turín, los consejos eran intentos de transformar a las comisiones internas, que antes funcionaban como organismos meramente consultivos, en órganos de autopoder obrero. El movimiento tiene sus antecedentes en movilizaciones realizadas durante la guerra contra el desabastecimiento y por la jornada de ocho horas, pero estalla en el marco de

Condensada en la discusión de los Consejos obreros, encontraremos entonces una estrategia política y una teorización que hará de los consejos tanto la forma organizativa de la revolución como la forma política de la sociedad por venir, los núcleos del futuro estado obrero. En este sentido, si durante la guerra la atención gramsciana se había centrado en las dinámicas espirituales generadas por la trinchera, en la movilización de masas que implicaba el esfuerzo bélico, al terminar el conflicto serán las experiencias obreras al interior de la fábrica las que se vuelvan el foco de la indagación teórico-política. En esta mirada al interior de la producción, los movimientos de conquista del gobierno de la fábrica por parte de los productores aparecerán como el primer eslabón de una revolución soviética a la italiana y como un paso fundamental para el advenimiento internacional de la civilización comunista (Silvestrini, 2012).

El problema teórico político que se despliega en estos textos es, por tanto, el de la identificación y expansión de un poder ya existente de la clase trabajadora que aparece encarnado en los Consejos obreros. El relato de la realización del espíritu de la historia se complejiza así en el paso

---

la crisis económica de la primera posguerra. Durante 1919-1920 se realizaron más de 3700 acciones de lucha por parte del proletariado industrial, pudiendo considerarse a la huelga general del 20-21 de julio de 1919, emprendida en solidaridad con la revolución rusa, el evento que acelera el estallido revolucionario. El momento culmine del movimiento comienza con la huelga general de abril de 1920, que lleva a ocupaciones de fábrica tras el intento de extender la jornada laboral y que rápidamente se vuelve una lucha por el reconocimiento de los Consejos como órganos obreros. La huelga dura 10 días para la mayoría de los trabajadores y un mes en el caso de la industria metalúrgica, tiempo en el que se multiplican y desarrollan los consejos constituyéndose en los órganos dirigentes del movimiento. A su vez, durante la huelga se ensayan formas de controlar la producción industrial desde los propios consejos que comienzan así a pensarse como algo más que una mera herramienta de negociación con la patronal. El fin de la huelga da un primer triunfo al movimiento, siendo reconocidas las comisiones internas, pero no así los consejos en su rol de gestores de la producción. Pero la paz no dura mucho y potenciada por el auge del movimiento, la federación de trabajadores metalúrgicos lanza un plan de lucha por mayores salarios que será respondido con un lock-out patronal. Contra esta reacción, en agosto y septiembre, los obreros ocupan las fábricas buscando volver a ponerlas en marcha, controlando el proceso productivo a través de los consejos. A su vez, forman milicias obreras para proteger el control conseguido en las fábricas que preanuncian una organización de lucha contra el gobierno. La respuesta empresarial y gubernamental es la militarización de la ciudad de Turín, y una serie de concesiones realizadas al sindicalismo oficial, opuesto a perder el control del movimiento ante los consejos, que facilitan el desalojo de las fábricas y el despido de los principales dirigentes conciliares. A fines de septiembre los obreros metalúrgicos responden con un último intento de huelga y ocupaciones que queda sumamente aislado. Luego de dos semanas los obreros desisten en su acción, marcando la derrota y la crisis definitiva del movimiento de los consejos.
En el transcurso del conflicto, el movimiento consejista choca con la dirigencia sindical y socialista, con la Confederación General del Trabajo y el Partido Socialista, que se oponen a esta nueva centralidad de los Consejos y que buscan resolver la disputa bajo la institucionalidad obrera tradicional. En contraposición, el grupo socialista piamontés integrado por Gramsci apoya plenamente a los consejos, buscando volver su publicación, *L'Ordine Nuovo*, el órgano del conejismo turinés. En las páginas de la revista, por tanto, se dedican numerosas notas a pensar el fenómeno consejista y a buscar formas de potenciarlo y lograr que se desarrolle en un movimiento revolucionario a escala nacional. Los integrantes de L'Ordine Nuovo, y Gramsci en particular, participan activamente de las reuniones y asambleas de las fábricas ocupadas, discuten con los obreros que impulsan el movimiento, suspendiendo incluso la publicación de la revista en el momento de auge del movimiento para dedicarse plenamente a actividades de su organización. Es desde la reflexión de esta nueva institucionalidad obrera, desde su articulación con el desarrollo de la producción, desde sus potencias para la revolución proletaria y en la diferencia y la polémica con aquel socialismo que se niega a apoyarlos, que se forman los principales núcleos temáticos de este periodo de Gramsci como teórico y como dirigente político.

desde una teoría de la libertad hacia una teoría del poder, pasando por la problematización del Estado como forma política de la sociedad actual u pensando su superación por el movimiento comunista. En este movimiento, se articulará un particular nexo entre producción y política que se vuelve clave para la constelación teórica jovengramsciana.

En este apartado buscamos delinear estas mutaciones para pensar cómo introducen elementos que llevarán a la emergencia de la problemática de la hegemonía. Como se verá a lo largo de este desarrollo, el concepto de hegemonía es fundamentalmente ajeno a la lógica teórico-política que ocupa los textos del periodo conciliar. Sin embargo, en la búsqueda de formas políticas del movimiento de emancipación, en cómo estas se piensan articuladas a la producción, en la centralidad del problema del Estado, y principalmente, en las falla de la lógica esperada, en el incumplimiento de lo que aquel movimiento de los consejos debían generar, se abre un nueva problemática que comenzará a nombrarse progresivamente como hegemonía.

Partamos entonces de una primera, lógicamente hablando, mutación significante presente en estos textos. En el diagnóstico sobre la sociedad de la contemporaneidad gramsciana nos encontramos ahora con la idea del agotamiento, tanto para Italia como para todo el mundo, de la civilización burguesa moderna, con un capitalismo que se muestra ya incapaz de continuar con el desarrollo de las fuerzas productivas: "el régimen capitalista ha alcanzado, también en Italia, el punto muerto de su proceso de desarrollo" (*ON*: 252). Mientras en textos anteriores se vislumbraba la potencia de una burguesía aún progresiva, capaz de continuar el impulso del desarrollo productivo y civilizatorio, de burguesías pujantes que debían servir como ejemplo a la burguesía italiana, nos encontramos ahora con que "históricamente la clase burguesa italiana ya está muerta" (*ON*: 278), porque la burguesía como clase no parece tener ya más nada para dar en el despliegue de la historia.

Las razones de este agotamiento estan en los cambios generados por la guerra en el aparato productivo, que ha determinado "la madurez de desarrollo de la técnica industrial" (*ON*: 372), y la centralización efectiva por parte del Estado de las "funciones de regulación de la producción y distribución de los bienes materiales [que realizan] una forma de *trust* de la industria y el comercio, una forma de concentración de los medios de producción e intercambio y una igualación de las condiciones de explotación de las masas proletarias y semiproletaias [...] (*ON*: 22). Pero, a su vez, la guerra que genera estas transformaciones ya no aparece como un suceso inesperado, sino como un desarrollo natural que impulsa y profundiza cambios productivos propios del desarrollo capitalista: "la guerra mundial no fue un error sino una necesidad del desarrollo histórico del capitalismo en su fase imperialista" (*ON*: 338). En un nuevo diagnóstico la guerra se inscribe así como máxima manifestación de un capitalismo que ha pasado a su fase imperialista y con esta a su crisis terminal.

> La guerra ha roto irremediablemente el equilibrio mundial de la producción capitalista. Antes de la guerra se venía construyendo en el mundo una red de relaciones comerciales; económicamente el mundo se convertía en un organismo viviente de rápida circulación sanguínea. Un trabajo inmenso había sido realizado por los capitalistas; durante decenas y decenas de años millones y millones de individuos, impulsados por el afán de lucro personal, habían trabajado en el mundo para anudar estas relaciones, para sistematizarlas, para suscitar una multiplicidad de vasos sanguíneos, de venas y arterias, por las que circulaba la vida del mundo

> impulsada por una multiplicidad de corazones: los diferentes grandes mercados de producción y de consumo. Este sistema mundial de vida había surgido por casualidad, por la confluencia de innumerables iniciativas, tan numerosas y diversas que sólo podían resumirse en una expresión abstracta: el estímulo del interés individual, el deseo de propiedad privada, o como dicen los aduladores de la economía política, la libertad. A este periodo de libre iniciativa individual siguió en el siglo XX el período imperialista, el período de las economías nacionales que se mueven como un complejo organizado en potencia militar para conquistar los mercados mundiales, para conquistar el mundo. Este período culmina en la guerra y destruye las condiciones de existencia de la economía liberal, destruye las condiciones de existencia del capitalismo (*ON*: 305)

Este paso desde una fase liberal a una imperialista supone entonces que "la estructura del capitalismo está caracterizada en el momento actual por el predominio del capital financiero sobre el capital industrial, por el solapamiento entre banca y fábrica, entre la bolsa de valores y la producción de mercancías, entre el monopolio y el capitán de la industria, como una estructura orgánica, una normalidad del capitalismo y no ya un vicio contraído por los hábitos de la guerra" (*ON*: 130). La concentración de las fuerzas productivas, que operaba de hecho una socialización de la producción, se inscribe ahora, tras la paz, como expresión del desarrollo capitalista de monopolización y control financiero. Los cambios productivos no aparecen así ya como un momento transitorio, sino como propios de una nueva fase caracterizada por la centralización monopólica y la decadencia del capital industrial bajo el predominio de las finanzas, una fase en la que "el capitalismo ha devenido plutocracia y alta banca" (*ON*: 104).

En esta nueva fase los mecanismos fundamentales de funcionamiento del régimen capitalista, la propiedad privada y el intercambio libre, parecen haber perdido su sentido y su capacidad de regir la sociedad: "ya no es posible un régimen de propiedad privada" (*ON*: 338); "está en plena bancarrota el sistema de la propiedad privada" (*ON*: 244); "abolida la libertad de competencia en el mundo, el régimen capitalista ha llegado a su punto muerto [por lo que] ya no tiene ninguna razón para existir y de progresar, sus instituciones devienen rígidas incrustaciones parasitarias, sin ninguna función útil, sin prestigio" (*ON*: 252). Es decir, pareciera existir una incapacidad de continuar la producción bajo los principios fundamentales del régimen capitalista, bajo la forma principal de constitución del lazo social en la sociedad actual. Esta incapacidad se expresa como crisis económica, como síntoma de la incapacidad del régimen burgués para un ulterior desarrollo: "el capitalismo, no sólo en Italia, sino en todo el mundo, se ha vuelto incapaz de dominar las fuerzas productivas" (*ON*: 66); "la sociedad burguesa muere porque no produce, porque el trabajo de los productores bajo las nuevas relaciones de distribución creadas por la guerra y la fase plutoburocrática del capitalismo, no es suficiente siquiera para el consumo y no permite ya ninguna acumulación" (*ON*: 326).

Pero este agotamiento de la sociedad burguesa, que se inscribe y sigue las tesis de la Internacional Comunista, encuentra un particular énfasis gramsciano. La transformación de la centralización capitalista no sólo destruye las bases de la competencia y el régimen de propiedad individual, sino que vuelve al burgués mismo un sujeto inutil y perjudicial para la producción. El individuo capitalista deviene una figura desvinculada de la producción, incapaz de controlarla y acrecentarla: "El control industrial se escapa a los capitalistas. La persona del capitalista se revela cada día como más dañina a la producción, perjudicial para la vida social"

(*ON*: 237). El modelo ideal de burgués queda así asociado a los capitanes de la industria de la época liberal, mientras se afirma que, tras la concentración de sus fábricas en monopolios, estos han sido reemplazados en sus funciones directivas por una plutocracia que pone en manos de burócratas el control de la producción: "El proceso de concentración capitalista aniquila al gran capitán de industria" (*ON*: 105); mientras "en la fase liberal el propietario era también un emprendedor, un industrial [...] en la fase imperialista del proceso histórico de la clase burguesa, el poder industrial de cada fábrica se desacopla y se concentra en un *trust*, en un monopolio, en la banca y en la burocracia estatal" (*ON*: 125), "las funciones tradicionales de la clase capitalista en el campo de la producción han pasado a una clase media irresponsable, que no tiene un vínculo, ni de interés, ni psicológico, con la producción misma [...]" (*ON*: 324). Las transformaciones del paso a la fase imperialista implican así un agotamiento del sujeto burgués en su función histórica. La burguesía, que antes aparecía como todavía dotada de iniciativa, capaz de desarrollar potencias necesarias para un mayor dominio de la naturaleza, aparece ahora como una clase en descomposición, parasitaria, sin ninguna función social.

Desde lo profundo de esta crisis el mundo de la posguerra se revela entonces como "un mundo que se ha derrumbado, [en el que] la organización de la civilización mundial [...] se ha derrumbado en su totalidad" (*ON*: 217). Se trata así de una crisis no sólo económica, sino terminal de toda una civilización que no puede ya emprender, bajo su forma capitalista, bajo la dirección política y económica de la burguesía, el desarrollo de la productividad.[23] La crisis económico-productiva deviene así crisis de toda la civilización moderna, en tanto la producción desata fuerzas que, necesarias para el progreso y la continuidad de la sociedad, no pueden desplegarse ni ser contenidas bajo las formas sociales y la dirección de clase existente. La decadencia y el estancamiento del capitalismo se vuelve así una amenaza para el sostenimiento y progreso de la civilización toda e impone la necesidad de su superación: "la época actual es la época de la descomposición y de la caída del sistema mundial capitalista entero, que significará la caída de la civilización europea si el capitalismo no es suprimido con todos sus antagonismos irremediables" (*ON*: 228).

En este mismo sentido, se afirma en estos textos que si "los capitalistas son impotentes para detener la acción corrosiva de los venenos desarrollados en el cuerpo social" (*ON*: 78), si la burguesía se muestra incapaz de resolver la crisis civilizatoria, de controlar y potenciar la producción, será la clase trabajadora, la fuerza que surge del desarrollo productivo, la única capaz de realizar dicha tarea histórica: "Sólo la clase trabajadora puede salvar la sociedad humana del abismo de barbarie y puede hacerlo organizándose en clase dominante para imponer su propia dictadura en el campo político e industrial" (*ON*: 28). Frente al colapso de la civilización moderna, frente al hecho de que en el periodo actual "la vida de los hombres, las conquistas de la civilización, el presente, el porvenir, están en continuo peligro" (*ON*: 235), los textos gramscianos contendrán una continua exhortación a la clase trabajadora a emprender el

[23] La crisis y el agotamiento de la burguesía alcanza también a aquel país que aparecía como modelo en el periodo anterior: "el desorden del capitalismo europeo ha contaminado a los Estados Unidos" (*ON*: 306). Desde esta perspectiva, el surgimiento de huelgas de masas en dicho país, al igual que en Canada (*ON*: 250), son expresión de la crisis general del capitalismo, marcando un nuevo periodo en el que ni siquiera los centros más dinámicos de la acumulacion pueden escapar al agotamiento de la burguesia.

inmediato reemplazo de la burguesía como clase dirigente, para así "operar el salvataje de la civilización" (*ON*: 372).

En este movimiento, no es la condición de explotación, la cualidad negativa de la relación de capital, la que determinará la potencia política de los trabajadores. Esta deviene desde y en las condiciones de la producción, por la positividad de las características del obrero en el desarrollo industrial. El sujeto no es así el trabajador en tanto asalariado, sino en tanto productor: "En una fábrica los obreros son productores en cuanto colaboran, ordenados de un modo determinado exactamente por la técnica industrial que (en cierto sentido) es independiente del modo de apropiación de los valores producidos, a la preparación del objeto fabricado [...]. Asumen por tanto el carácter y la función de productores en cuando son igualmente necesarios e indispensables para la fabricación del producto, en cuanto ordenados industrialmente constituyen un organismo históricamente necesario absolutamente inescindible"(*ON*: 151). Se opera así una distinción entre asalariado y productor, que vuelve a este último aquel que, abandonando su posición de subsunción al comando del capital, emancipandose de su condición de vendedor de fuerza de trabajo (Liguori, 2021), puede hacer rendir el aparato industrial. Y esta característica se produce, justamente, por surgir y estar determinado por la producción, por ser una parte misma del aparato productivo: "En la fábrica la clase obrera se convierte en un determinado <<instrumento de producción>>, en una determinada constitución orgánica en la que cada trabajador entra fortuitamente a formar parte de este cuerpo constituido [...] [como] una pieza de la máquina de la división del trabajo, de la clase obrera determinada en un instrumento de producción" (*ON*: 126).

Conviven así dos determinaciones, ambas surgidas desde la producción, que vuelven al obrero industrial el sujeto de la progresión de la historia. Por un lado, en una idea que ya se encontraba en textos anteriores, "la concentración capitalista, determinada por el modo de producción, produce una correspondiente concentración de masas humanas trabajadoras, en este hecho hay que buscar el origen de todas las tesis revolucionarias del marxismo, aquí hay que buscar las condiciones del nuevo proletariado, del orden nuevo comunista destinado a sustituir al burgués (*ON*: 13). Por otro lado, a estas condiciones favorables al colectivismo propias de la concentración industrial, se suma una proto idea de subsunción real al sistema maquínico, una identificación entre trabajador y aparato productivo que dota positivamente al obrero industrial de cualidades para dirigir la sociedad futura:

> La clase obrera se ha desarrollado [...] en un tipo de humanidad históricamente original y nuevo: el obrero de fábrica, el proletario que ha perdido todo residuo psicológico de sus orígenes campesinos o artesanos, el proletario que vive la vida de la fábrica, la vida de intensa y la producción metódica, desordenada y caótica en las relaciones sociales por fuera de la fábrica, en las relaciones políticas de distribución de la riqueza, pero ordenada dentro de la fábrica, precisa, disciplinada, según el ritmo de las grandes máquinas, según el ritmo de una refinada y exacta división del trabajo, que es la mayor máquina de la producción industrial. [...] La clase obrera se ha identificado con la fábrica, se ha identificado con la producción: el proletario no puede vivir sin trabajar, y sin trabajar metódica y ordenadamente. La división del trabajo ha creado la unidad psicológica de la clase proletaria, ha creado en el mundo proletario ese cuerpo de sentimientos, instintos, pensamientos, costumbres, hábitos y afectos que se pueden resumir en la

> expresión solidaridad de clase. [...] Por su psicología original, por su particular concepción del mundo, el obrero fabril, el proletario de la gran industria urbana es el paladín del comunismo, es la fuerza revolucionaria que encarna la misión de regenerar la sociedad de los hombres [...] (*ON*: 325-326).

La clase obrera aparece inscrita en el relato gramsciano como el opuesto de la burguesía históricamente decadente. El proletariado industrial, en la potencia de la división del trabajo, en la subsunción real a la máquina, en su conciencia y trabajo disciplinado, es un sujeto vinculado directamente al aparato productivo y que por tanto tiene un interés concreto de hacerlo rendir al máximo: "el proletariado no quiere [...] destruir este aparato perfeccionado de la economía, quiere expropiarlo y rescatarlo, quiere desarrollarlo aún más y convertirlo en instrumento de su emancipación total, quiere con él, emancipándose, liberar también a todas las demás clases oprimidas" (*ON*: 38). El aumento de la producción como necesidad histórica, como forma de progreso civilizatorio, será realizado por el sujeto obrero al continuar y expandir los medios de producción del desarrollo industrial, haciendo de la productividad una condición de posibilidad de la civilización futura.[24]

> La producción; el aumento de la productividad, la mayor eficiencia del trabajo manual e intelectual; un modo de propiedad que posibilite un mayor ahorro, que posibilite una mayor acumulación de riqueza apta para reproducir los tejidos económicos del cuerpo social destruidos por la guerra: he ahí la objetividad del problema histórico que se le impone al hombre político responsable. Hoy el único poder social capaz de resolver este problema es el proletariado industrial y agrícola; capaz de resolverlo e <<interesado>> en resolverlo, porque es el problema de su vida o su muerte, porque es un problema existencial no sólo en relación a su espiritualidad y a su cultura, sino también y sobre todo en relación a su seguridad fisiológica y corporal (*ON*: 314)

> Hoy, más que nunca, los obreros están convencidos de que es la recuperación de la producción industrial la respuesta para la salvación de la clase trabajadora. Produciendo los obreros crean sus derechos, intensificando el rendimiento del aparato productivo, los obreros demuestran su potencia social, demuestran que el gobierno de la nación debe fundarse sobre su organización como clase (*ON*: 48) [...] Si los industriales no son ya capaces de administrar el aparato de producción y hacerlo rendir al máximo (y no son capaces, cada día más demuestran de no ser capaces) para salvar la civilización del colapso y de la bancarrota, los obreros asumirán esta tarea conscientes de la grave responsabilidad que toman sobre sí mismos, y la resolverán con sus métodos y su sistemas comunista, a través de sus Consejos de producción [...](*ON*: 50).

En la búsqueda del despliegue de la historia, del avance de la producción como progreso civilizatorio, aparece la necesidad de reemplazar al individuo burgués y al régimen de propiedad

[24] Encontramos, de esta manera y en paralelo con la diferenciación entre asalariado y productor, una diferenciación entre capitalismo e industrialismo, desde una valoración positiva de las transformaciones económicas y sociales de este último fenómeno (Vacca, 2016a). Por esta razón, el aparato industrial de la modernidad aparece, bajo cierta idea ingenua de neutralidad técnica, como escindible del comando burgués y como capaz de ser aprovechado por la clase obrera para la constitución de la sociedad futura.

privada y competencia, por el proletariado y su nuevo orden. Este reemplazo se vuelve la condición para retomar la productividad y con esta superar la crisis civilizatoria de la posguerra. Claramente estamos ante una versión de la tesis marxista de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, pero en una particular traducción dentro de la constelación teórica jovengramsciana. Bajo la continuidad del predominio del elemento subjetivo, las fuerzas productivas son leídas directamente en términos de fuerzas sociales, volviendo al proletariado mismo la principal fuerza que produce la crisis y que puede a su vez ser su solución. De manera similar, las relaciones de producción se vuelven el complejo de convivencia de una civilización, los principios que la organizan y las instituciones bajo las que se realiza la dirección del conjunto de la sociedad. El proceso de transformación revolucionaria se volverá así el desplegarse de estas fuerzas sustituyendo las formas políticas-institucionales por creaciones nuevas que se adecuan al desarrollo de la producción.

> La revolución proletaria [...] es un largo proceso histórico que se verifica en el surgir y el desarrollarse de determinadas fuerzas productivas (que nosotros resumimos en la expresión: <<proletariado>>) en un determinado ambiente histórico (que nosotros resumimos en la expresión: modo de propiedad individual, modo de producción capitalista, sistema de fábrica, modo de organización de la sociedad en el Estado democrático parlamentario). En una determinada fase de este proceso, las fuerzas productivas nuevas no pueden desarrollarse más y sistematizarse de modo autónomo en el esquema oficial en el cual tiene lugar la convivencia humana, en esta fase determinada adviene el acto revolucionario, que consiste en un esfuerzo directo para romper violentamente este esquema, dirigido a destruir todo el aparato de poder económico y político, en el cual las fuerzas productivas revolucionarias estaban constituidas opresivamente [...] (*ON*: 123)

El agotamiento del capitalismo, la pérdida de toda función histórica de una burguesía que deviene incapaz de ejercer la dirección de la sociedad, y las características particulares que hacen del obrero industrial la fuerza destinada a sustituirla, implican, decíamos, un diagnóstico que marca una primera diferencia con respecto a los textos del periodo precedente. En este diagnóstico no solo no hay posibilidad alguna de continuidad de la forma actual, sino que el devenir del espíritu de la historia, el próximo paso del camino hacia la libertad humana, surge ahora desde las entrañas de la producción, desde las condiciones de la civilización industrial alcanzada por el desarrollo capitalista, del proletariado como su consecuente fuerza histórica.

Sin embargo, no es este diagnóstico lo que constituye la profunda originalidad de los textos del periodo conciliar, sino la articulación de esta crisis final del capitalismo con el problema de las formas político-institucionales. En un movimiento que anuda el problema político al productivo, se plantea que el orden nuevo, la nueva forma de organización del conjunto social deberá por tanto ser "[...] un orden inherente a la técnica industrial, inherente al grado de desarrollo alcanzado por la producción [que] puede ser asumido por el proletariado como su orden natural, como base del aparato de su poder como clase productora, y es sobre este que puede y debe florecer jerarquía de funciones que culminan en el gobierno, es decir, en la funcionalidad íntima del propio aparato que ha tomado conciencia de sí mismo bajo una institución humana, histórica y espiritualmente concreta" (*ON*: 315).

Los consejos obreros, organizaciones que surgen de, en y para la producción industrial, aparecen por tanto como una institucionalidad nueva con la que el proletariado puede realizar su tarea histórica de reemplazar al individuo capitalista en el control de la producción y la sociedad, acrecentando las potencias productivas industriales y satisfaciendo así las necesidades humanas: "El mundo necesita de una producción multiplicada, de un trabajo intenso y febril, los obreros y los campesinos encontrarán nuevamente la capacidad y la voluntad de trabajo sólo cuando la persona del capitalista sea eliminada de la industria, cuando el productor haya conquistado su autonomía económica, en las fábricas y en el campo, y su autonomía política en el Estado de los Consejos de delegados obreros y campesinos" (*ON*: 239). Los Consejos de fábrica aparecen de este modo como la solución al colapso capitalista: "¿La solución a este nudo gordiano? La expulsión del capitalista de la fábrica, la conquista del Estado por parte del proletariado y el establecimiento del régimen de Consejos" (*ON*: 238).

Los textos gramscianos proponen así un nexo entre producción y política, en el cual "la soberanía debe ser una función de la producción" (*ON*: 29), y por el cual los cambios en el campo productivo implican que "deben surgir y desarrollarse instituciones de tipo nuevo, de tipo estatal, que sustituirán a las instituciones públicas y privadas del Estado democrático parlamentario" (ON: 17). La revolución, por lo tanto, "consiste en un esfuerzo dirigido a romper la máquina del Estado burgués y a construir un tipo de Estado en el cual el esquema de las fuerzas productivas sea liberado en torno a la forma adecuada para su desarrollo ulterior, para su expansión ulterior [...]" (*ON*: 123). El proceso de transformación social, que parte del reconocimiento de las nuevas condiciones objetivas, implica entonces un conjunto de acciones tendientes a constituir una forma político-institucional que se corresponde al desarrollo de la historia y la producción. Los consejos obreros, son esta forma política que emerge "de estas nuevas condiciones de trabajo, maduradas durante la guerra, que determinaban [...] la formación de los Consejos de fábrica" (*ON*: 112) y que hacen que "el consejo sea una necesidad histórica de la clase obrera" (*ON*: 134).

En suma, los consejos, instituciones que los productores crean en sus lugares de trabajo, son la forma política encontrada por las fuerzas surgidas de la guerra para superar la crisis civilizatoria. El Consejo es así una "formación histórica de la sociedad, determinado por la necesidad de dominar el aparato de producción, formación nacida de la conquistada conciencia de sí por parte de los productores" (*ON*: 71). Se afirma así que para salvar a la humanidad se requiere la constitución de una institucionalidad nueva que, surgida ya en la producción, desde el desarrollo de los trabajadores como fuerza de la historia, permita su mayor expansión y despliegue: "La clase obrera se agrupa en torno a las máquinas, crea sus institutos representativos en función del trabajo, en función de la autonomía conquistada, de la conciencia de autogobierno conquistada. El consejo de fábrica es la base de sus experiencias positivas, del apropiarse del instrumento de trabajo, es la base sólida del proceso que debe culminar en la dictadura, en la conquista del poder estatal para emprender la destrucción del caos, de la gangrena que amenaza con sofocar la sociedad de los hombres, que corrompe y disuelve la sociedad de los hombres" (*ON*: 84). Los consejos obreros son la forma política en la que encarna el movimiento de la historia, permitiendo actuar la autonomía y potencia del trabajador desde la producción hacia toda la sociedad:

> La acción política de la clase obrera (dirigida a instaurar la dictadura, a crear el estado obrero) adquiere verdadero valor histórico sólo cuando está en función del

> desarrollo de nuevas condiciones económicas, llenas de posibilidades, deseosas de expandirse y consolidarse definitivamente. Para que la acción política tenga éxito debe coincidir con la acción económica. La revolución comunista es el reconocimiento histórico de hechos económicos preexistentes, los revela, los convierte en derecho, es decir, les da una forma orgánica y una sistematización. Por eso la construcción de los soviets comunistas debe pasar, históricamente, por un florecimiento y un asentamiento de los consejos de fábrica. Los consejos de fábrica y el sistema de consejos ensaya y revela, en primera instancia, las nuevas posiciones que ocupa la clase obrera en el campo de la producción; hace tomar conciencia a la clase obrera de su valor actual, de su función real, de su responsabilidad, de su porvenir. La clase obrera saca las conclusiones de la suma de experiencias positivas que tienen los individuos personalmente y adquiere la psicología y el carácter de una clase dominante, y se organiza como tal, es decir, crea el soviet político, instaura su dictadura (*ON*: 79).
>
> La masa proletaria italiana, como la masa proletaria de todo el mundo, ha comprendido que la máquina de la revolución es el sistema de los consejos, han comprendió que el proceso de desarrollo de la revolución está marcado por el surgir de los Consejos, por la coordinación y la sistematización de los Consejos, han comprendido que el proceso de desarrollo de la revolución está marcado porque las masas populares reconozcan en el sistema de Consejos el órgano de gobierno de las masas de hombres y de la producción industrial y agrícola, determinado con su indiferencia, la atrofia de las formas políticas actuales, la muerte de la democracia burguesa (*ON*: 388).

Bajo la problemática de los Consejos se ha articulado una teoría por la cual, en el devenir de la historia emerge, espontánea e inmanentemente, la forma política de la revolución proletaria. Una forma que le permite a la clase trabajadora unificarse en tanto sujeto productor y disputar el poder, la dirección de la sociedad, desde el aparato industrial al interior de la fábrica. Ese nuevo poder obrero se extiende en la coordinación de los diversos Consejos para dirigir toda la sociedad produciendo, en este movimiento, los gérmenes de la institucionalidad de la sociedad futura: “Los Consejos [...] encarnan el poder de la clase obrera organizada por lugar de trabajo, en un contraste dentro de la propia fábrica con la autoridad patronal y socialmente encarnan la acción y la solidaridad de todo el proletariado que lucha por la conquista del poder público, por la supresión de propiedad privada (*ON*: 194) [...] “La organización por fábrica compone la clase (toda la clase) en una unidad homogénea y cohesiva que adhiere plásticamente al proceso industrial de producción y lo domina para tomar el control definitivamente. En la organización por fábrica se encarna entonces la dictadura proletaria, el Estado comunista que destruye el dominio de clase en la superestructura política y en sus engranajes generales” (*ON*: 39). Los textos de este periodo se constituyen así en una indagación sobre la experiencia de los Consejos como forma político-económica de la clase obrera, de su revolución y de su Estado porvenir, volviendolos los núcleos del futuro estado obrero (Boggs, 1974).

En consecuencia, esta nueva institucionalidad obrera encontrará sus características en su radical diferencia con aquella forma política propia de la sociedad burguesa moderna: el Estado

democratico-parlamentario.[25] En contraste a este, fundado sobre la figura del individuo, en el nuevo Estado de los Consejos "el ciudadano se sustituirá por el compañero, la libertad individualista se sustituirá por la libertad social, el desorden por la organización [...]" (*ON*: 5). A diferencia del Estado moderno basado en un individuo abstracto escindido de su función productiva, los consejos son una forma política sostenida en la asociación de los trabajadores en el propio lugar de producción económica, la fábrica. Es una forma que logra, por tanto, su constitución en tanto productores, y que hace del productor, la base y el fundamento del nuevo estado: "en el consejo de fábrica el obrero entra a formar parte como productor, en consecuencia de su carácter universal, de su posición y de su función en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano entra formar parte del Estado democrático parlamentario" (*ON*: 150).

Los textos gramscianos del periodo conciliar exceden así la discusión sobre los acontecimientos históricos concretos de las luchas consejistas, para hacer de los Consejos obreros un principio universal. En este movimiento, lo que antes aparecía como una perspectiva abstracta sobre la revolución toma contenido como un proceso que se resuelve en la constitución de una nueva estatalidad (Rapone, 2019): **"**la constitución del estado obrero debe fundarse sobre la fábrica, debe fundarse sobre la organización obrera de fábrica, en cuyas manos debe transferir el poder industrial que hoy tiene el propietario privado, y que hace hoy del propietario privado la célula del estado burocrático-parlamentario" (*ON*: 478).

Bajo esta nueva estatalidad, los Consejos son una organización de lo social que tiende a unificar la escisión entre economía y política característica de la sociedad burguesa: "el Estado obrero es un momento del proceso de desarrollo de la sociedad humana que tiende a identificar las relaciones de convivencia política con las relaciones técnicas de la producción industrial, [y por ello] el Estado obrero no se funda sobre circunscripciones territoriales, sino sobre las formaciones orgánicas de la producción: las fábricas[...] (*ON*: 142). Una unidad de lo económico y lo político en la cual "la sociedad estará basada en el trabajo y en la coordinación de las energías de los productores, [por lo que] el lugar donde se trabaja, donde los productores viven y operan en común tomará el puesto de entidad directiva de toda la sociedad" (*ON*: 32). Esto "transforma fundamentalmente a la sociedad: de un organismo unicelular (de individuos-ciudadanos) la transforma en una organismo pluricelular, poniendo como base de la sociedad a núcleos ya organizados de la sociedad misma" (*ON*: 6). Por ello, "la diferencia esencial entre el régimen capitalista y el comunismo consiste en esto: el capitalismo se funda sobre el individuo

[25] En contraste a la forma consejo, en estos textos los sindicatos y los partidos políticos aparecen como formas propias de la sociedad burguesa que, aun cuando organizan a los trabajadores, no lo hacen en tanto productores, en tanto hacedores del orden nuevo, sino como asalariados y como ciudadanos. Esta diferencia justifica la primacía del consejo dentro de la jerarquía de instituciones obreras, como única institución del lugar donde se actúa el proceso revolucionario: la producción. En este sentido, el consejo representa una institucionalidad política radicalmente nueva, la única propia de la sociedad porvenir que, partiendo de la objetividad de las nuevas condiciones de la producción industrial, supera a aquellas organizaciones constituidas como sumatoria voluntaria de individualidades: "En el Partido y en el sindicato el obrero entra a forma parte voluntariamente, por este carácter contractualista, no pueden confundirse con el Consejo, instituto representativo, que se desarrolla no aritméticamente si no morfológicamente y tiende, en sus formas superiores, a darle al proletario el aparato de producción y de cambio creado en el capitalismo con fines de la ganancia. El desarrollo de las formas superiores de la organización de los consejos no era indicado por tanto para L'ordine Nuovo con la terminología política propia de la sociedad dividida en clase, sino con referencias a la organización industrial. (*ON*: 150).

ciudadano en lucha con el Estado y por tanto con la sociedad, mientras que el comunismo tendrá como base células ya orgánicas de compañeros solidarios, los cuales resuelven sus problemas y satisfacen sus necesidades no individualmente, en lucha uno con el otro, como problemas y necesidades privadas, sino en la esfera social de la comunidad" (*ON*: 442).

Desde estos elementos podemos pensar los modos en que esta teoría conciliar se inscribe en la concepción de la historia y la política que venimos desarrollando, produciendo una inflexión por la que aparece la necesidad de una institucionalidad radicalmente nueva como momento para la realización de la historia. Esta nueva forma política emerge de la producción y logra superar la crisis de la civilización al expresar las nuevas necesidades de la historia. Un cambio que supone también una estrategia revolucionaria basada en los consejos de fábrica, pero que no se agota en dicha postulación, ya que plantea una teoría política que hace del despliegue de nuevas formas políticas un punto central de la revolución: "el estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del estado capitalista, sino que es una creación fundamentalmente nueva con respecto a ellas, [...] la fórmula <<conquista del estado>> debe entenderse en este sentido: creación de un nuevo tipo de estado, generado por la experiencia asociativa de la clase proletaria" (*ON*: 17). En el nuevo nexo de producción y política que acontece en estos textos, los Consejos son entonces la articulación entre el orden decadente y el orden nuevo. Surgidos del aparato industrial de la sociedad burguesa, son la forma política del porvenir, son la forma en la que se saldan pasado y futuro, por la que el nuevo sujeto de la historia puede hacer nacer a la nueva sociedad desde las cenizas de la vieja.

> Es el inicio de un gran proceso histórico, en el cual la masa trabajadora adquiere la conciencia de su unidad basada en la producción, basada en el acto concreto del trabajo y da forma orgánica a esta consciencia, construyendo una jerarquía, en el sistema de consejos fundado sobre la potencia de la masa trabajadora organizada por lugar de trabajo, por unidad de producción, que tiene su origen en la experiencia histórica concreta del proletariado ruso y es el resultado del esfuerzo teórico de los compañeros comunistas rusos, no de los sindicalistas, de los socialistas revolucionarios (*ON*: 48)

> La lucha de clases ha entrado en un fase decisiva después de la experiencia concreta de Rusia: la revolución internacional ha adquirido una forma y un cuerpo cuando el proletariado ruso ha inventado [...] el Estado de los consejos, excavando en su experiencia de clase explotada, dando un nuevo sistema de ordenamiento, en todo su sistema de federaciones y congresos (*ON*: 373)

La constelación histórica de la posguerra pasará ahora a ser leída en esta teoría de los consejos como encarnación de la inminente revolución. La revolución Rusa cobrará ahora su sentido como proceso de invención e instauración de una esta nueva forma de Estado identificando Consejos obreros y Soviets, y haciendo de estos últimos el hecho fundamental de la revolución: "El hecho esencial de la revolución rusa es la instauración de un nuevo tipo de Estado, el Estado de los consejos" (*ON*: 374), y por el cual "El Estado de los Soviets demuestra ser un momento fatal e irrevocable en el proceso fatal de la civilización humana, el primer núcleo de una nueva sociedad" (*ON*: 9). El surgimiento efectivo de consejos obreros que luchan por el control de la producción, tal como ocurre en la Turín de la posguerra, se vuelve así la confirmación de este momento determinante de la historia, del emerger del nuevo orden desde las entrañas de la

sociedad burguesa. Las luchas revolucionarias de posguerra toman por lo tanto su impronta desde la teoría política conciliar como forma de la revolución y de la sociedad futura.

Desde esta perspectiva, los textos de este periodo pueden ser leídos en términos de traducibilidad de la experiencia revolucionaria, siendo las comisiones internas y los consejos turineses, los organismos con potencialidad para encarnar dicha traducción (Rapone, 2019). Si el periodo anterior estaba marcado por la necesidad de realizar un trabajo cultural que permitiera a los obreros reconocer su tarea histórica, parece que ahora las condiciones, objetivas y subjetivas, para la revolución ya están dadas y que son los propios consejos los que realizan en la práctica la educación de los trabajadores. Este paso estratégico, desde un mesianismo cultural a la agitación en las fábricas a favor de los conejos (Davidson, 1974)[26], se vuelve así una búsqueda y una teorización sobre la forma de volver real y efectiva la fórmula bolchevique, de "todo el poder del Estado a los consejos obreros y campesinos" (*ON*: 12).

Pero justamente, y bajo una idea de traducibilidad que no supone replicación o transposición, la teoría política de los consejos no se agota en un mera traducción de la experiencia Rusa bajo condiciones italianas, y esto más allá de la consciencia o la intención del propio Gramsci, quien comienza crecientemente a identificarse como leninista.[27] Existen diferencias fundamentales que distancian la teoría presente en estos textos de la experiencia rusa y de la teoría leninista clásica. Contraria a toda idea de conciencia externa y de centralidad del partido como dirección externa a las masas, los consejos obreros emergen aquí espontáneamente, como expresión directa de la creatividad de los trabajadores. A su vez, la teoría conciliar gramsciana parte de un nexo entre política y producción también ajeno al leninismo en el cual, contra una idea de toma del estado, se piensa el desarrollo de una institucionalidad radicalmente nueva propia de las nuevas condiciones productivas creada en paralelo al Estado existente para sustituirlo.

[26] En este cambio de orientación política se produce la ruptura entre Gramsci, y Tasca. El impacto de la revolución rusa y del surgimiento de los consejos generan en Gramsci un cambio en el énfasis sobre la centralidad de un trabajo cultural-pedagógico a favor de una actividad de organización de los consejos obreros que surgían en la lucha. Son estos ahora los que para Gramsci ya actúan la organización de los obreros y realizan en la práctica la educación de los trabajadores. Tasca, por el contrario, mantiene su posición anterior, a la vez que comparte el escepticismo del sindicalismo tradicional con respecto a los consejos. Por esa razón se opone a emprender una agitación directa en el seno de las masas en lucha, privilegiando un trabajo de coordinación con la dirigencia de los sindicatos. Esta diferencia política lleva a la ruptura, realizando, en palabras de Gramsci, "un golpe de Estado" en la redacción de L'Ordine Nuovo a partir del número séptimo (Junio de 1919) para remover a Tasca de la dirección. A partir de ese "golpe", realizado en conjunto con Togliatti, el problema de las comisiones internas, y de su desarrollo, se vuelve el tema central de la revista. El programa de *L'Ordine Nuovo* pasa a ser el análisis de los Consejos obreros y la búsqueda de su desarrollo como problema fundamental para la revolución proletaria.

[27] El Lenin retomado por Gramsci en el periodo conciliar es aquel de la consigna "todo el poder a los soviets", y no el teórico del partido de vanguardia. En este sentido, no hay una incorporación del problema del partido como conciencia externa del proletariado, tesis mencionada como ya vieja y nunca retomada por el gramsci conciliar. En este periodo, por tanto, al inscribirse dentro del leninismo, Gramsci está entendiendo al revolucionario bolchevique como un teórico del soviet y como un analista del imperialismo (Davidson, 1974). En este sentido, para el Gramsci del periodo consejista, el gran aporte de Lenin reside en que "estudia la realidad objetiva de la economía capitalista internacional, y llega a concluir que el proletariado debe organizar su dictadura, incorporándola a un nuevo tipo de Estado, el Estado de los Soviets (*ON*: 454)

En este sentido, aunque las consignas de todo el poder a los Soviets y las intuiciones leninistas presentes *Estado y la Revolución* incluyan sentidos similares, la teoría de los consejos supone una estrategia y una conceptualización distinta. Esto acontece aquí más allá de la intención de Gramsci, quien parece no diferenciar entre Soviet, con base territorial y de carácter político, y consejo de fábrica, fenómenos que en Rusia eran distintos y que luego de la revolución tienden a la supresión de la autogestión de los segundos a favor de una planificación centralizada (Liguori, 2021). Una indistinción que muestra una gran potencia al postular la superación de la escisión entre economía y política al hacer emerger la base del Estado de un nuevo tipo desde de la producción, y al postular a la propia experiencia de los trabajadores en sus lugares de trabajo como fundamento tanto de la ruptura revolucionaria como de la sociedad porvenir.

Pero más allá de las diferencias estratégicas e históricas entre la propuesta gramsciana y la experiencia bolchevique, lo que nos interesa pensar aquí es la problemática que se presenta en la teoría de los consejos como encarnación de la revolución en la primera posguerra. Como planteamos más arriba, estos textos operan una serie de transformaciones sobre la concepción jovengramsciana de la política y la historia dando lugar a una constelación teórica propia del momento conciliar. Esta particular teoría que el consejismo gramsciano no puede reducirse en la traducción de la experiencia soviética, pero tampoco puede agotarse en la teorización de un movimiento existente que satura sus sentidos en una experiencia histórica que lejos está de lograr aquello nombrado en los textos gramscianos. Los sentidos que aquí se despliegan exceden el impacto de los acontecimientos históricos, dando lugar a una problematización de lo político que va más allá de la intención de dar fundamento teórico a la experiencia conciliar turinesa. En este sentido, lo que nos interesa pensar aquí es como esta original teorización puede insertarse en la emergencia de la problemática de la hegemonía.

En esta búsqueda, debemos pensar el problema en el espejo de un tema central que recorre estos textos produciendo sentidos sobre la problematización de lo político. El agotamiento de la sociedad burguesa y el surgimiento de los consejos como encarnación del movimiento comunista para la superación de esta crisis se insertan en una caracterización del periodo atravesada por la crisis de las formas políticas tradicionales de gobierno. Los textos conciliares plantean como centrales el problema del poder y del Estado, de la inminencia de la revolución desde el diagnóstico del agotamiento de un Estado incapaz ya de gobernar la sociedad.

> El periodo de la historia que atravesamos es revolucionario porque los tradicionales institutos de gobierno de las masas humanas, que estaban ligados a los viejos modos de producción y de cambio, han perdido todo significado y toda función. El centro de gravitación de toda la sociedad se ha movido a un nuevo campo: las instituciones permanecen como mera exterioridad, pura forma sin sustancia histórica, sin espíritu animador. La clase burguesa gobierna sus intereses vitales por fuera del Parlamento, la clase obrera intenta nuevas vías para encontrar, fuera de los sindicatos, el instituto de su gobierno, y lo encuentra en el Consejo de Fábrica, en el sistema de los consejos. El parlamento era el organismo en el cual se resumían las relaciones políticas superiores determinadas por la competencia individual, de grupo y de clase, por la ganancia: abolido el régimen de competencia en la fase imperialista del capitalismo mundial, se ha terminado la tarea histórica del parlamento nacional [...] (*ON*: 97)

El desborde de las instituciones tradicionales de la sociedad burguesa (identificadas con el estado liberal-parlamentario, ya que "el Parlamento es la forma del Estado burgués" [*ON*: 334]), la desconexión de las formas políticas con las condiciones de la producción y su consecuente incapacidad para gobernar la sociedad, determinan la inminencia de la transformación revolucionaria. Las instituciones con las que se gobernaban las masas humanas aparecen ahora como una forma sin sustancia, sin anclaje histórico, externas al real desarrollo de la sociedad, desbordadas por los cambios de las últimas décadas. En este sentido, si a fines de 1918 se planteaba que la burguesía estaba por entrar en una crisis constitucional, para 1919 esta se ha desatado, se está en "la fase crítica del proceso disolutivo del Estado capitalista" (*ON*: 209), ante "el proceso de disolución del Estado democrático-burgués [...]" (*ON*: 251). La crisis del Estado liberal-parlamentario define así, en estos textos, la crisis de la civilización moderna y la necesidad de un nuevo orden y una nueva forma política.

El Estado es concebido como coordinación última y principal de toda la sociedad, como el complejo de instituciones que organizan los principios que la rigen, que encarna en una forma de gobierno al sistema de producción. Pero ahora esta "máquina mayor del orden capitalista de producción y cambio está maldita, no funciona más, no garantiza más a sus 'legítimos' poseedores el derecho de propiedad sobre sus bienes 'legítimos' [...] La máquina central del aparato de producción capitalista, el Estado, el poder central, está derrumbado (*ON*: 51 y 52). Pensado el Estado hegelianamente, como último y más alto desarrollo de una sociedad, su incapacidad para gobernar se revela como la mayor y última crisis de la sociedad burguesa. Desde el nexo entre producción y política, existe ahora una no correspondencia entre las formas políticas de la sociedad y las necesidades determinadas por el desarrollo de producción: "la base económica de la organización capitalista, que culmina en la máxima asociación del capitalismo, el estado parlamentario-burocrático, ha sido trastocada [...] (*ON*: 58); "las relaciones económicas de la sociedad capitalista han cambiado, la organización del aparato de producción e intercambio ha sufrido un cambio radical: todo el edificio jurídico que había surgido en el viejo campo se desmorona y se corrompe (*ON*: 98). La forma típica de la civilización burguesa, asociada al Estado liberal parlamentario, es la forma institucional de una sociedad basada en individuos en competencia. Como hemos visto, el paso a la fase imperialista trastoca las condiciones de la competencia, por lo que la propia forma del Estado burgués pierde su base.

El proceso de disolución del Estado aparece así como consecuencia lógica del agotamiento general de la burguesía en su función de dirección de lo social. La crisis del parlamentarismo, tema recurrente en las discusiones políticas de la época, muestra así sus causas en las transformaciones de las relaciones de producción (Burgio, 2014). A la par del fin de la libre-competencia, en la fase imperialista se agota también su mecanismo político que, de forma weberiana, hacía del parlamento el lugar de selección de la clase dirigente de la burguesa y la forma de articular políticamente una sociedad de individuos: "hoy el principio de la competencia está muerto también en la esfera parlamentaria, sustituido por el monopolio de Estado. Significa que la burguesía ha perdido la capacidad de elegir los mejores y más capaces hombres de su clase. El mecanismo de selección se ha roto, no funciona más. La institución está muerta, no es más útil (*ON*: 265). La crisis del parlamentarismo se devela así como una crisis del Estado burgués, de la forma de gobierno burguesa en cuanto tal (Burgio, 2014) y, en un movimiento que recuerda a la posterior "ampliación" gramsciana del Estado, se expande en una crisis de todas las formas políticas de la sociedad: "La burocracia, la magistratura, el periodismo, el

Parlamento, la casta militar, toda la máquina del Estado burgués está en degeneración, los comunistas vemos en esta degeneración del Estado un fenómeno normal del sistema capitalista el cual desencadena fuerzas que no puede dominar con su legalidad (*ON*: 346).[28]

Coincidentemente con la concepción jovengramsciana, esta crisis del Estado burgués no agota sus causas en las transformaciones objetivas de la producción sino que se desata realmente por la acción subjetiva de su reconocimiento, por la acción política de las masas que encarnan la lucha por el orden nuevo. Son la Revolución rusa, como emergencia del Estado del Soviet, y el estallido de las luchas de posguerra las que producen la incapacidad de la institucionalidad liberal para gobernar la sociedad. En un contexto de extrema agudización de la lucha de clases todos los mecanismos de integración, de construcción de equilibrios entre clases fracasan. Queda así demostrada la incapacidad de dicho Estado para gobernar, restando solo el recurso a la violencia abierta como forma de mantener el orden: "Hoy las grandes masas populares participan a la lucha económica y a la lucha política, por lo que el Estado burgués debe hacerse más reaccionario, debe intervenir más directa y violentamente en la lucha de clases para reprimir las tentativas que el proletariado hace en la vía de su emancipación" (*ON*: 366). Frente a las masas movilizadas y bajo la institucionalidad liberal burguesa, "el gobierno no puede gobernar: ni siquiera puede identificar la voluntad de los gobernados, es inimaginable que pueda obtener su consenso" (*ON*: 358). Sin el consenso, sin una forma de articular políticamente una dirección, y en una iteración temprana de la dupla gramsciana de coerción/consenso, resta solo la coerción estatal abierta, la forma elemental de toda estatalidad, para afrontar el auge revolucionario de masas: "La impotencia del Estado legal para dominar el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas, se manifiesta privadamente en la violencia, en la ilegalidad que caracterizan las relaciones entre las clases, los grupos y los individuos [...] El Estado se descompone en sus células elementales" (Ibíd.).

Estas fuerzas productivas eran en suma, como hemos visto, el propio proletariado, que emerge de la guerra con una potencia inaudita, que desborda el juego de la legalidad estatal, que rompe todo consenso con la burguesía no dejándole otro recurso que la coerción para enfrentarlo. Pero dicha legalidad, la integración bajo mecanismos de ciudadanía de las clases antagónicas, hacía a la forma misma del Estado burgués-liberal. La forma jurídica, como elemento central de la institucionalidad política de las relaciones sociales capitalistas aparece entonces como también agotada, desbordada por la potencia obrera en una crisis definitiva del Estado en la que fracasan los mecanismos mismos de su funcionamiento típico:

> La ficción jurídica del contrato estatutario de convivencia pacífica entre las clases y capas sociales, su competencia legal por la conquista del estado, esta irremediable caída. Había servido a la clase propietaria para digerir en paz a las castas e instituciones feudales; había servido a la nueva clase proletaria para encontrarse a sí misma y trazar las grandes líneas de su unificación. Pero se ha vuelto peligrosa, en cuanto la fuerza del proletariado tiene ya tanto poder <<legalmente>> como

[28] Esta crisis no implica, en estos textos, sólo a la forma democratico-parlamentaria del Estado sino también a su forma como Estado nacional. El desarrollo del proceso histórico muestra aquí claramente una tendencia a la internacionalización que vuelve inadecuada una forma política a escala nacional. En consecuencia la clase proletaria, como clase internacional tiende a resolver su forma política en una coordinación que supera la fragmentación del sistema de estados, tiende, por tanto, a coordinar el sistema de los consejos en la Internacional Comunista como forma política mundial.

> para abolir las clases y los institutos capitalistas. Por eso el Estado, tutor de la clase poseedora, ha roto alegremente el contrato y ha puesto en la fuerza armada la esperanza de que su pupilo no sea expulsado. [...] La legalidad no existe más y no podrá existir más. Esta es la característica del periodo actual: los Estados liberales reniegan de sus principios existenciales, es decir, están en plena bancarrota (*ON*: 372)

Caído el contrato, disueltos los mecanismos de dirección entre clases, toda acción política de la clase obrera aparece directamente dirigida a la destrucción del Estado burgués y, consecuentemente, toda reacción de la burguesía sólo puede ser de violencia abierta contra las masas.[29] Este enfrentamiento compone una polarización extrema de la sociedad, que se corresponde con el proceso de creciente dualización que describimos en el apartado anterior, donde cada clase comienza a desplegarse en una institucionalidad propia, ajena a la otra, en el que justamente el mecanismo de coordinación y articulación del todo, el Estado, pierde su capacidad de dirigir sobre el conjunto: "Es el Estado que se disuelve. [...] El Estado burgués como forma de la sociedad dividida en clases se descompone en los dos partidos que lo constituyen: los capitalistas forman su propio Estado privado, al igual que el proletariado. Los capitalistas se preparan para la extrema resistencia, el proletariado para la lucha decisiva por derribar los obstáculos para la instauración del régimen comunista." (*ON*: 346)

El estallido revolucionario, la creciente potencia política de una clase obrera que se organiza y moviliza masivamente, produce la incapacidad de la forma política burguesa para dirigir y disciplinar las fuerzas que surgen del proceso histórico.[30] Lo que emerge aquí, por tanto, es la insuficiencia del Estado liberal para el manejo de una sociedad atravesada por la lucha de masas, ya que "todo el aparato del Estado burgués es completamente extraño y hostil a las masas proletarias [...]" (*ON*: 402). Esta ajenidad impide que, cuando las masas se movilizan, cuando pasan a disputar políticamente, el Estado pueda mantener las formas legales de dirección sobre el conjunto de la sociedad. Generalizando la forma histórica liberal como forma de todo estado

[29] En estas reflexiones sobre el aumento de la violencia estatal y sobre el surgimiento de mecanismos represivos paraestatales comienza a aparecer la preocupación por el creciente fenómeno fascista. Pero lo que aquí resulta interesante es que este fenómeno reaccionario es pensando como global, no como una particularidad italiana, es decir, aparece como respuesta natural a la crisis irresoluble del estado democratico frente la emergencia de la revolución proletaria: "Esta reacción no es solo italiana, es un fenómeno internacional, porque el capitalismo no sólo en Italia sino en todo el mundo ha devenido incapaz de dominar las fuerzas productivas. El fenómeno del fascismo no es solo italiano, así como no es solo italiano el formarse del Partido Comunista. El fascismo es la fase preparatoria para la restauración del Estado, es decir, de un recrudecimiento de la reacción capitalista, una exacerbación de la lucha capitalista contra las necesidades más vitales de la clase proletaria. El fascismo es la ilegalidad de la violencia capitalista: la restauración del Estado es la legalización de esta violencia: es una ley histórica bien conocida que la costumbre precede a la ley" (*ON*: 366)

[30] En forma paralela, y en consecuencia a su descripción como instituciones de la sociedad burguesa, en el diagnóstico presente en estos textos los sindicatos y partidos políticos obreros tradicionales también entran en crisis, la organización proletaria "atraviesa una crisis constitucional similar en su naturaleza a la crisis en la que se debate en vano el Estado democratico parlamentario" (*ON*: 34). Las causas de esta crisis residen, también en coincidencia, en el auge de masas, producto de las transformaciones históricas, las desborda: "Las instituciones tradicionales del movimiento se han vuelto incapaces de contener tanto florecimiento de la vida revolucionaria. Su forma misma es inadecuada para disciplinar las fuerzas insertas en el proceso histórico consciente" (*ON*: 17)

burgués, estamos frente a una forma política que ya no puede coordinar las relaciones de producción de la sociedad que busca dirigir y que por tanto es incapaz de mediar el conflicto clasista, que es incapaz de producir mecanismos de equilibrio entre las clases y de integración de la clase antagónica a la dirección estatal.

En suma, la discusión sobre los consejos define a los textos de este período, pero cobra sentido en el espejo de la crisis del Estado liberal. Los consejos son la forma política destinada a sustituir aquella incapaz de gobernar a las fuerzas históricas del presente. Una idea de necesaria sustitución que, como decíamos, hace emerger del desarrollo de la historia, desde las fuerzas desplegadas en la producción, formas políticas necesarias para el devenir histórico. Esta novedad teórico-política con respecto a los textos del periodo anterior vuelve entonces al despliegue del espíritu histórico un proceso de "encarnarse en una jerarquía de institutos económicos y políticos que culminan en el Estado de los obreros y los campesinos, en el gobierno de los obreros y los campesinos, en un poder central de los obreros y los campesinos (*ON*: 58). Este nuevo complejo de institutos políticos y económicos son los consejos, en tanto forma política radicalmente otra de aquella entrada en crisis, de una forma burguesa que no logra ya gobernar la sociedad. El verdadero y fundamental índice de la crisis civilizatoria está, por lo tanto, en el agotamiento de las formas políticas con la que se gobierna la sociedad capitalista, y en el emerger, marcando la actualidad de la revolución, de los consejos como una constitución política nueva. La salida de la crisis civilizatoria, la solución a los problemas de la producción y el caos político, se resumen en el proceso de sustitución entre formas estatales; la revolución se juega así en el remplazo del Estado liberal por el Estado de los Consejos:

> El proceso revolucionario se identifica entonces con un movimiento espontáneo de las masas trabajadoras, determinado por el choque de las contradicciones inherentes a la convivencia humana en régimen de propiedad privada. Atrapadas en la tenaza de los conflictos capitalistas, amenazadas por una condena sin apelación a la pérdida de los derechos civiles y espirituales, las masas se desprenden de las formas de la democracia burguesa, abandonan la legalidad de la constitución burguesa. La sociedad se disolvería, toda producción de sabiduría útil se derrumbaría, y los hombres caerían en un sombrío refugio de miseria, barbarie, muerte, sin una reacción de la conciencia histórica de las masas proletarias que encuentran un nuevo encuadramiento, que implementan un nuevo orden en el proceso de producción y distribución de la riqueza. (*ON*: 68)

> La crisis catastrófica en la que se debate la civilización europea puede ser detenida sólo por la radical sustitución del Estado democrático parlamentario por un Sistema de consejos obreros y campesinos, por la dictadura del proletariado que da a los productores el poder de la fábrica y de los campos para explotarlos con medios comunistas. Solo así se restaurará la disciplina del trabajo, se detendrá el proceso disolutivo de la civilización que tiende hacia las más horrendas formas de barbarie moral (*ON*: 384).

Nos interesa pensar cómo, bajo este esquema de crisis y sustitución de formas políticas ha emergido una problemática nueva que plantea una reflexión sobre la relación política entre clases en la sociedad capitalista. Lo que se ha desplegado es el problema de los mecanismos de integración entre clases, de construcción de un consenso y de dirección del conjunto de una

sociedad cuando ésta ha tomado la forma de una sociedad de masas. Al identificar al Estado burgués con su forma liberal, los textos gramscianos postulan su agotamiento justamente por su ajenidad respecto a las masas, y por tanto su crisis final y la necesidad de pensar una nueva política de masas (Filippini, 2015). La forma político-institucional del capitalismo es presentado como una integración de los sujetos como individuos incapaz de construir un consenso y una dirección cuando se ve enfrentado a movimientos de masas. El desarrollo del movimiento obrero en organizaciones masivas que superan la suma de individuos, genera una imposibilidad del Estado para afrontar los desafíos de la lucha de clases.[31] Cuando la potencia de los trabajadores se despliega, cuando se expresa en la expolosion de la Rusia revolucionaria y del conjunto de las luchas de posguerra, emerge el problema de cómo gobernar a las masas antagónicas, de cómo se las puede conducir políticamente.

¿Es esta la emergencia de la problemática de la hegemonía? Consideramos que en la constelación que plantea el problema de la articulación de coerción y consenso, de integración de las masas y del conflicto al Estado, de crisis de las formas políticas del capitalismo desarrollado de occidente y de constitución de mecanismos de dirección del conjunto social frente al antagonismo creciente de las clases subalternas, emergen preguntas teórico-políticas cuya respuesta será luego pensada bajo el concepto de hegemonía.

No obstante, esta problemática no encontrará aquí su desarrollo. Su despliegue se verá aún obturado por una filosofía de la historia que "soluciona" los problemas planteados en la relación estado/masas. Aquí no habrá necesidad de repensar la relación entre fuerzas sociales y formas políticas de dominación porque toda política burguesa futura aparecerá como imposible mientras que la forma de su sustitución aparece ya encarnada en los consejos.

Es decir, por un lado, la posibilidad de una transformación del Estado que cree nuevos mecanismos de incorporación del antagonismo no aparece como pensable: "existe el caos social [y] no existen más posibilidades de reforma" (*ON*: 371). El orden burgués parece sólo poder recurrir a la violencia, "la burguesía no puede evitar su destino si no recurriendo a la dictadura reaccionaria y militar" (*ON*: 396), intentando inútilmente sostener un orden que se desmorona, porque "el Estado burgués no resistirá a la crisis" (*ON*: 78). Por otro lado, la clase trabajadora no parece tener que desarrollar ningún mecanismo político, ya encarna en los consejos la forma con la que dirigir la sociedad futura: "cada consejo que nace sea es punto de partida de este proceso de desarrollo, es una realización comunista" (*ON*: 29), por lo que la sociedad comunista está surgiendo "espontáneamente la actividad histórica de la clase obrera que ha adquirido el poder de iniciativa en la producción [...] y es conducida a reorganizar la producción de nuevas formas, con un nuevo orden" (*ON*: 399).

[31] En este sentido, si antes de 1919 los problemas políticos italianos aparecían bajo el prisma de una burguesía y un estado aún no suficientemente liberal, de la necesidad del desarrollo pleno de la Estado liberal-parlamentario, la movilización de las masas obreras demuestra que este momento ha sido superado: "El estado liberal, la república burguesa, debería ser la salida normal de las fuerzas capitalistas en movimiento si no hubiera en Italia una clase obrera revolucionaria, también en movimiento, decidida a cumplir su misión histórica, suprimir la clase propietaria, establecer la democracia obrera" (ON: 75). Así, si el Estado italiano no es liberal, la lucha de los trabajadores no consiste, como en periodo anterior, en que se despliegue plenamente el liberalismo, sino que, tal como demuestra el surgimiento de una nueva forma de estado en la revolución soviética, estos se encuentran en condiciones de superar toda forma burguesa de estado desde el Estado de los consejos.

Al concebir la revolución como un proceso histórico en desarrollo, se sutura la necesidad de un replanteo del problema de lo político y sus formas en la sociedad capitalista. No hay así necesidad de indagar en las formas de construir una dirección entre clases en una sociedad antagónica de masas, sea ya para pensar las formas de la dominación burguesa como las articulaciones necesarias para la revolución proletaria. La astucia de la historia clausura las preguntas abiertas por la crisis en una racional progresividad del proceso histórico que culminará naturalmente en el orden nuevo:

> La historia es perennidad; el mal no puede prevalecer, el desorden y la barbarie no pueden prevalecer, el abismo no se traga a los hombres. El mundo se salva de sí mismo, con sus propias energías [...] Una sociedad, la capitalista, se derrumba, una revolución, la comunista, llega a marchas forzadas. Los muertos buscan infectar a los vivos, pero el triunfo de la vida es ahora tan seguro como el destino. La clase proletaria internacional se está plasmando, está asumiendo su concreción ideal y su poder es ya la revolución en marcha, es ya el orden nuevo que se organiza entre las ruinas [...] (*ON*: 218).

Pero las preguntas abiertas por la crisis, por la agudización de la lucha de clases bajo la forma de una activación de masas, permanecen y comienzan a corroer las certezas sobre el espontáneo e inmanente surgimiento de la nueva sociedad. La derrota del movimiento de los consejos, la fuerza de la reacción y la imposibilidad por parte del proletariado turinés de expandir al resto del país su revolución, comenzarán así a plantear fallas en la concepción teórico-política que hemos delineado aquí. No obstante, como veremos, la primera respuesta gramsciana al incumplimiento de las promesas de la historia no parece ser una reformulación profunda de su teoría a partir del desarrollo del problema de lo político en la sociedad de masas. La primera respuesta parece residir en la apuesta a una nueva institución obrera, el partido, como garantía del cumplimiento de la historia. Hacia el final del periodo consejista hay por lo tanto un cambio en el eje de la discusión, y si los consejos eran la emergencia inmanente de la sociedad comunista, ahora empieza a aparecer la idea de que el partido "es la condición fundamental e indispensable para intentar cualquier experimento sovietico, que en la ausencia de esa condición toda ensayo debe ser rechazado por absurdo" (*ON*: 122).

Bajo un creciente contacto e influencia con la Internacional y los bolcheviques y en las vísperas de la formación del Partido Comunista de Italia, comienza así a formularse una teoría del partido como forma organizativa superior, cambiando las jerarquías entre instituciones proletarias y relegando a los Consejos a un lugar subordinado (Liguori, 2021). Para fines de diciembre de 1920, y en la última publicación de *L'Ordine Nuovo* como semanario, la constitución del partido comunista aparece así como el problema más inmediato para pensar las formas de la revolución. Sin embargo, bajo esta nueva primacía del partido político se esconde la necesidad de pensar lógicas de articulación entre los sujetos que exceden al espontaneismo que domina los textos de este periodo. Aunque la respuesta aparezca de forma casi automática y dogmática bajo el ejemplo bolchevique, lo cierto que el problema de la articulación de la voluntad en una sociedad de masas, de las formas de organización de las clases y de sus relaciones con un Estado que comienza a cambiar su forma histórica, se inserta en la concepción de la historia jovengramsciana demandando innovaciones teórico-políticas. En esta encrucijada, desde el fracaso de la revolución que debía ser y en la búsqueda de nuevas formas de realizarla, se abre

un nuevo momento de la reflexión en el que el recurso a la palabra hegemonía comenzará a delinear respuestas para pensar lo político en una sociedad de masas antagónica.

4. La hegemonía bajo el signo de las masas (1921-1926)

Los textos gramscianos escritos entre la fundación del Partido Comunista de Italia, en enero de 1921, y la detención de Gramsci, en noviembre de 1926, han sido tradicionalmente considerados como el territorio de aparición del concepto de hegemonía. Tal como mencionábamos en el primer apartado de este capítulo, existe consenso en plantear que es en estos donde la noción pasará de denotar una mera prevalencia o supremacía entre elementos para empezar a dar cuenta de una particular relación entre clases sociales. Situada su primera aparición cuasi canónicamente en 1924, la incorporación del concepto de hegemonía se inserta dentro de una reflexión que parte del fracaso de la experiencia de los consejos y se articula sobre la conclusión de la necesidad de un partido político que dirija al conjunto de los grupos subalternos. De esta forma, si la pregunta que atravesaba los textos del periodo anterior era aquella de las formas políticas que emergían tras la guerra, ya desde de enero de 1921 el tema central es aquello que le falta al movimiento revolucionario para triunfar: "no falta sino que los nuevos organismos que brotan, espontáneamente, del seno mismo de la clase proletaria y que el espíritu nuevo que los sustenta, encuentren en un partido, en el partido comunista, la coordinación unitaria, la dirección segura, la conciencia precisa de sí mismos" (*SF*: 28).

Podría pensarse que la fundación del PCdI en 1921 funciona así como primera parada de un itinerario de diversas intentos de consolidar y darle una orientación al movimiento revolucionario; un recorrido que contextualmente estará marcado por la diferenciación con el Partido Socialista y por las diversas formas en las que se intenta articular la lucha contra el creciente fenómeno fascista. En este itinerario, la noción de hegemonía proletaria, retomada desde las discusiones de la Internacional, se inserta en el momento de disputa por la dirección partidaria entre el grupo dirigido por Gramsci y la oposición de izquierda liderada por Bordiga, buscando hacer del partido un verdadero partido de masas. A la pregunta de lo que faltaba en el movimiento revolucionario se responde con el partido, pero a esa respuesta se suma luego la pregunta de "¿Cómo lograr el objetivo de desarrollar el partido, de hacerlo un partido de masas?" (*CPC*: 182). En la búsqueda de esta respuesta la palabra hegemonía se incorpora al léxico gramsciano, para luego, tras la nueva derrota que supondrá el encierro de Gramsci, convertirse en un punto de partida para los desarrollos carcelarios del concepto.

En este relato las cosas parecen bastante simples. La combinación entre derrota y claridad política aportada por los bolcheviques y la Internacional produce un cambio en el pensamiento gramsciano que, por esta vía, abandona su idealismo y su espontaneísmo a favor de una concepción marxista donde el partido político es la instancia determinante para la transformación revolucionaria. En este cambio, la hegemonía, como forma de nombrar una articulación entre clases subalternas, de producir un sujeto revolucionario más amplio que la clase obrera, es el nombre de una estrategia que reconoce la imposibilidad sufrida por el proletariado turinés de universalizar su dirección. La noción de hegemonía esconde de esta manera, en la práctica de la búsqueda de una política de masas, una teorización sobre la relación entre clases que, en los *Cuadernos*, llevará a una reformulación de la teoría marxista.

Parecería que en esta inflexión teórica nada ha quedado de la concepción de la historia y la política que hemos venido desarrollando. Como si se tratara de una iluminación por el leninismo y la derrota que barre con teorizaciones anteriores, ahora solo se trataría de pensar cómo organizar el partido y como mejor articular su relación con las masas, y sería ahí, escindido de las tematizaciones anteriores, que aparecería el concepto de hegemonía. Creemos que esto está lejos de acontecer. No sólo no existe en estos textos una reformulación de las concepciones teórica-políticas anteriores sino que estas se reiteran, haciendo que las nuevas reflexiones se sostengan en movimientos dentro de la constelación que hemos venido delineado. Por ello más allá de la incorporación textual de la noción de hegemonía proletaria y de su utilización para pensar los distintos intentos de consolidación del PCdI como partido de masas; más allá, en suma, de su uso por Gramsci, lo que nos interesa ver es cómo esta noción se inserta en la problemática de las formas políticas en una sociedad de masas.[32]

En el último apartado ya habíamos planteado la emergencia de masas que desbordaba las formas de la sociedad burguesa. Pero si estas encarnaban allí espontáneamente bajo la lucha de los consejos en la forma política del nuevo orden, ahora aparecerán como insuficientes por sí mismas, como necesitadas de una orientación que haga que su lucha lleve a la transformación del orden social. El problema del partido revolucionario de vanguardia en su relación con las masas, problema privilegiado y central en el discurso de los textos de este periodo, debe entonces entenderse más que por una mera importación externa, dentro de la problematización propia de los textos jovengramscianos.

En el relato histórico-político que se delinea en estos textos, se asiste desde fines del siglo XIX y principios del XX a un de creciente desborde de las formas políticas burguesas, al paso desde una política de pequeños grupos representados por organizaciones más o menos discretas a una

[32] Para abrir esta problematización que excede la intención autoral debemos abstraernos parcialmente de los continuos cambios producto del devenir de los acontecimientos y de los distintos momentos de discusión interna en el seno del partido. Atravesados por estas discusiones, una parte importante de los textos de este periodo presentan, a su vez, una diferencia con respecto a los textos que veníamos analizando. Mientras estos eran principalmente textos periodísticos, publicados en diarios y revistas partidarias pero dirigidos a un lector amplio, algunos de los textos más importantes del periodo 1921-1926 serán documentos de programáticos, o de discusión interna, del partido. Estamos así frente a textos que apuntan a construir una orientación general para un momento coyuntural de la acción partidaria. Por ello, aunque participan de una conceptualización política y teórica que los excede, consideramos que muestran un énfasis coyuntural mayor, evidenciando permanentemente cambios en las posiciones con el devenir de la coyuntura y de discusión partidaria interna. En este sentido, a diferencia de nuestra búsqueda de una lógica teórico-política general de los textos del periodo, un enfoque centrado en una lectura contextualista debería dividir estos textos en subperiodos a partir de seguir el desarrollo político concreto de Gramsci. Si uno siguiera este camino, resultan evidentes diferencias entre un momento de fundación del PCdI y de apoyo a la mayoría del partido dirigida por Bordiga (1921-1922), un periodo marcado por una creciente y paulatina ruptura con este en una disputa por la dirección donde Gramsci se apoya en las directrices de la Internacional (1923-1924), y un periodo con Gramsci ya instalado como secretario general del partido buscando consolidar su línea y aislar a la oposición de izquierda (1924-1926). Si estos textos encuentran su énfasis justamente en estos debates coyunturales, intentaremos, no obstante, desentrañar una lógica que los excede, explorarlos como un espacio de profundización de una problemática que demanda el desarrollo de una conceptualidad política nueva que pueda aprehenderla. Para una reconstrucción del recorrido político gramsciano del periodo ver, además de las biografías ya mencionadas, el texto de Natoli (2020).

disputa en el plano de la movilización social de masas. Sin embargo, en su efectivo estallido en las luchas revolucionarias de la posguerra, estas masas que desbordan la política típica del parlamentarismo no logran realizar la transformación histórica anunciada en una teoría progresiva de la historia. De lo que se trata, entonces, es de pensar esta paradoja en una teoría que dé cuenta de esta nueva configuración de la política, del vínculo entre las masas movilizadas y sus nuevas formas de dirección una vez superadas las formas burguesas liberales. Atravesados por la constelación de las luchas de posguerra y la crisis del estado liberal, en los textos gramscianos emerge así un intento de conceptualizar de forma nueva dentro del marxismo la relación entre masas y política (Filippini, 2015).

En los textos de 1921-1926 existirá una persistencia y una presencia abrumadora de esta temática. Si por ejemplo observamos un texto de agosto de 1924, unos meses antes de la aparición canónica de la hegemonía proletaria, nos encontramos así una vez más con un relato en el cual la lucha de clases de masas ha socavado las bases del orden capitalista generando una crisis cuya única solución se vislumbra en la constitución de un orden nuevo propio de esas masas que se han movilizado:

> Existe una crisis en la sociedad italiana, una crisis que se origina en los mismos factores que la constituyen y en sus irreductibles contrastes; una crisis que la guerra ha acelerado, profundizado, vuelto insuperable. Por un lado hay un Estado que no se sostiene porque carece del apoyo de las grandes masas y carece de una clase dominante que sea capaz de conquistar esa adhesión; por otro lado hay una masa de millones de trabajadores que, poco a poco, han despertado a la vida política, que pide tomar parte activa en ella, que quiere convertirse en la base de un nuevo <<Estado>> en el que se encarne su voluntad. [La solución a esta crisis] está en que los cientos de miles de trabajadores, que la gran mayoría de la población trabajadora italiana, se oriente a superar el conflicto rompiendo los marcos del actual orden político y económico y reemplazándolo por un nuevo orden de cosas en el que los intereses y las voluntades de quienes trabajan y producen encuentren plena satisfacción y expresión (*CPC*: 40).

Nuevamente tenemos masas que desbordan al Estado impidiendo que este se sostenga y una clase dominante que no logra conquistar una adhesión al orden existente. El relato se caracteriza por este "despertar" político de las masas, por una lucha de clases que lleva a una crisis del capitalismo cuya única solución reside en la transformación radical del orden político y económico. No obstante, si al comienzo de las reflexiones jovengramscianas nos encontrábamos con un espíritu de la historia que se realizaba en las masas movilizadas tras la guerra y que luego encarnaba en su autorganización desde la producción en los consejos, ahora tendremos una inflexión en este relato. Aparecerá ahora con fuerza la idea de la insuficiencia de esta movilización de masas si sus energías no logran orientarse correctamente hacia su fin revolucionario. Porque este despertar de las masas parece ahora no servir si estas no son guiadas, si no se les indican los medios para que puedan afirmarse, si no se les da una organización que pueda no solo romper con el orden actual sino producir el orden nuevo:

> De nada sirve el despertar de las decenas y centenas de miles de campesinos y obreros a la vida civil, a las reivindicaciones económicas y la lucha política, si no concluye con la indicación de los medios y caminos por los cuales las fuerzas

> despiertas de las masas trabajadoras pueden llegar a una afirmación concreta y completa de sí mismas. Los pioneros del movimiento de liberación de los trabajadores italianos no pudieron llegar a esta conclusión. Su acción, si bien hizo colapsar las bases de un sistema económico, no previó la creación de un sistema diferente, en el que los límites del primero fueran superados y abatidos para siempre. Inició una serie de conquistas sin pensar en cómo defenderlas. Le dió a una clase la conciencia de sí misma y de sus propios destinos, y no le dió la organización combativa sin la cual estos destinos nunca pueden realizarse. Sentó las bases para una revolución, y no creó un movimiento revolucionario. Sacudió las bases de un estado y creyó que podía evadir el problema de crear un estado nuevo. Desató la rebelión, y no supo cómo conducirla a la victoria. Partió de un generoso deseo de redención total, y se agotó miserablemente en la nada de una acción sin salida, de una política sin perspectiva, de una revuelta condenada, tras el primer instante de asombro y desconcierto de los adversarios, a ser sofocada sangrientamente y aterrorizada por la venganza reaccionaria (*CPC:* 41).

En este relato del despliegue de la lucha de clases aparece ahora la falta de un elemento que deviene cada vez más central en los textos de este periodo; que aparece como ausente en la historia italiana, en la cual los pioneros del movimiento de liberación de los trabajadores pudieron promover la rebelión pero no guiar a las masas hacia su fin revolucionario. La crisis revolucionaria de posguerra en Italia continúa apareciendo entonces desde la movilización de masas pero aparece ahora bajo un nuevo problema: la relación entre estas masas y una forma de organización que debe poder guiarlas, necesaria para conducir la rebelión hacia un triunfo revolucionario. Será la falta de este elemento, de una organización que pueda dirigir esta lucha de las masas lo que lleve, contra la profecía de la historia, a la reacción en vez de a la revolución.

El problema de la organización devendrá el problema del partido, pero no surge únicamente de la aceptación de las máximas bolcheviques, sino que aparecerá como la conclusión del balance histórico de la lucha de la clase obrera en la italiana reciente. El relato sobre el despertar de las masas se articula así en una reflexión sobre la experiencia revolucionaria de los consejos y sobre sus límites para devenir en un orden nuevo. Es decir, lo que en esos fragmentos aparece nombrado en abstracto había tenido su culminación, su momento de mayor lucha y movilización de las masas en los consejos obreros y la ocupación de las fábricas. Del mismo modo, aquellos "pioneros del movimiento de liberación de los trabajadores" que fallaron en su misión organizativa no son entes abstractos sino, claramente, los dirigentes del Partido Socialista italiano que tendrían que haber llevado las energías de la experiencia consejista hacia un triunfo revolucionario. La problemática de la relación entre masas y organización que recorre estos textos tiene por tanto su origen en un balance de la experiencia consejista presente desde inicios de enero de 1921, que abre el periodo de reflexión que buscamos analizar:

> La historia que va del 2 al 3 de diciembre de 1919 hasta hoy es una demostración constante de la incapacidad del partido para organizar la vida política del pueblo italiano, para darle una dirección, para orientar la vanguardia de la revolución popular con el fin de inculcar una conciencia de sus tareas particulares, de sus responsabilidades específicas. [...]. El Partido Socialista ignoró y descuidó sistemáticamente todo movimiento de las masas populares, ya fueran masas de trabajadores industriales o de campesinos pobres políticamente atrasados. No

> adquirió noción de la idea de <<jerarquía>>: permitió que el movimiento turinés por los consejos de fábrica y por el control de los trabajadores fuera aplastado en abril de 1920, permitió que el gigantesco movimiento de los metalúrgicos de septiembre terminara en un miserable compromiso giolittiano y en el evidente fraude del control sindical, de la misma manera en que había dejado en completo abandono a las masas agrícolas que luchaban por la conquista de la tierra. [...] El desarrollo de los hechos ha mostrado la naturaleza real del Partido Socialista, ha dado la explicación de sus actitudes pasadas, de sus errores pasados. El Partido Socialista Italiano, que no había entendido que debía basar su acción exclusivamente en la clase obrera urbana sino que había querido ser el partido de <<todos los trabajadores>>, era el partido de <<ninguno>>, era simplemente un partido parlamentario que podìa proponer <<corregir>> o sabotear el estado burgués pero no podìa proponer fundar un nuevo estado. Prácticamente ha demostrado que no comprende la posición jerárquica que, en el ámbito nacional, debe ocupar la vanguardia revolucionaria (el proletariado urbano) frente a las capas más amplias del pueblo trabajador [...] (*SF*: 5 y 6).

El problema de la revolución fallida de los consejos, por lo tanto, no reside en las condiciones efectivas para el advenimiento de un orden nuevo. De hecho aún luego del fracaso de la experiencia consejista se sostiene múltiples veces la existencia de condiciones de agotamiento del capitalismo tras la guerra, su incapacidad de generar un avance en las fuerzas productivas para satisfacer las necesidades de la población. Se reafirma, en suma, que "el complejo de los acontecimientos en curso es la documentación más vistosa y abundante de la definitiva descomposición del régimen burgués" (*SF*: 145), "la existencia, a escala mundial, de las premisas económicas, de las condiciones objetivas necesarias e indispensables para el advenimiento del comunismo" (*SF*: 126), o "que el período actual es exquisitamente revolucionario, en el sentido de que el régimen es incapaz de satisfacer las necesidades vitales de las grandes masas trabajadoras, y que el proletariado es empujado por la necesidad de su propia preservación a tomar el poder político" (*SF*: 233).

El fracaso tampoco se debe a la falta de fuerzas de la clase trabajadora, a la insuficiencia de sus energías movilizadas que aparecen como enormes y suficientes para llevar adelante sus aspiraciones de transformación revolucionaria: "El proletariado era demasiado fuerte en 1919-20 para seguir sometiéndose pasivamente a la opresión capitalista. Pero sus fuerzas organizadas eran inciertas, vacilantes, internamente débiles, porque [...]: faltaba en la Italia de 1919-20 un partido revolucionario bien organizado decidido a luchar" (*CPC*: 343).

El problema reside en la falta de una organización que pueda comprender y actuar en función de las condiciones objetivas para orientar las potencias de las masas y encauzarlas hacia su tarea histórica. De esta manera, si los textos gramscianos del periodo anterior encontraban una referencia absoluta en los consejos como forma en que encarnaban la transformación social, parecería que, tras su derrota, no alcanza con la autorganización de las masas en su lucha para el advenimiento del nuevo orden, que hace falta una organización externa al propio movimiento de masas que las oriente hacia sus fines revolucionarios.

En este sentido, la causa del fracaso de la experiencia de los consejos es clara en este balance y se mantendrá a lo largo del todo el periodo, encontrándose de forma similar en textos de 1926:

“Existían todas las condiciones necesarias para una lucha revolucionaria por el poder [y fue] el partido en su conjunto fracasó por completo en su tarea” (*CPC*: 420); “si el movimiento ha fallado, la responsabilidad no puede ser atribuida a la clase obrera como tal, sino al Partido Socialista,que fracasó en sus deberes, que era incapaz e inepto, que estaba a la cola de la clase obrera y no a su cabeza” (*CPC*: 345). Si el movimiento de masas que produjo la crisis política y económica del capitalismo ha fracasado en su ofensiva revolucionaria esto se debe entonces al rol fallido del partido que debía conducirlas a la victoria.

El freno hacia aquel avance irrefrenable del espíritu hacia la libertad, avance que por lo menos hasta ahora no ha sido nunca cuestionado y que parece confirmado en la persistencia de las condiciones para la transformación, será ahora el PSI y su rol como organización, como partido revolucionario. La razón principal de “la incapacidad del Partido Socialista para llevar a cabo su tarea histórica” (*SF*: 51) aparece vinculada a su descuido de los movimientos de las masas, ya que en vez de impulsar sus fuerzas hacia el orden nuevo las canalizan hacia arreglos que modifican el orden existente. Pero a su vez, este error fundamental se explica desde la incomprensión de que debía ser el partido solo de la parte más avanzada de la clase trabajadora. Al proponerse como el partido de todos los trabajadores, el PSI falla en su verdadera misión, que es indicar el rol de dirección del conjunto por parte de una vanguardia. Si ahora se postula que las masas por sí mismas no pueden lograr la transformación, el partido debe entonces orientarlas en función de su parte más avanzada. Es decir, el elemento central de la crítica radica en esta idea de una vanguardia del proletariado que, mediada por el partido, debe guíar al conjunto de las masas. Por ello, desde esta inflexión se plantea el problema de cómo establecer un vínculo entre esta vanguardia y el resto del pueblo trabajador; un vínculo que aparecerá ahora como posibilidad de expandir la dirección de una clase sobre el conjunto nacional.

Es justamente el problema de esta relación con las masas el que aparece bajo la idea de un descuido sistemático de todos sus movimientos por parte del PSI. Un descuido que no es una mera falla táctica, una incapacidad transitoria para aprovechar las energías revolucionarias que surgen de la lucha de clases. Lo que aparece al analizar el PSI es su la total incomprensión de cómo construir un vínculo efectivo entre el partido, la clase obrera y las masas. La crítica gramsciana no se limita entonces al accionar sociallista durante el momento consejista, sino que atraviesa ahora toda su historia como partido marcando, más que una equivocación coyuntural, su condición de ser una forma política inadecuada para la revolución. Si la función del partido era la “de guiar y dirigir al proletariado italiano en la lucha anticapitalista [este se] ha revelado repetidas veces como inadecuado a sus funciones, a su mandato histórico [ya que] ha estado siempre ausente de la vida de las grandes masas [...]” (*SF*: 347), quedando de manifiesto que “los socialistas, de frente a la historia, han confirmado su incapacidad para organizar a la clase obrera en la clase dominante” (*SF*: 104).

El Partido Socialista, que en los primeros textos gramscianos había aparecido como expresión del espíritu en la historia aparece ahora como una traba para la revolución. El PSI es una institución que, en vez de dirigir hacia un orden nuevo a las masas que han roto con las formas institucionales burguesas, en vez de darle una forma a dicho movimiento, les hace perder su potencia. La conclusión principal presente en estos textos sobre la experiencia consejista es por lo tanto que, “Precisamente porque el Partido Socialista, por su incapacidad [...] es responsable de la falta de revolución, debe existir un partido que ponga su organización nacional al servicio de la revolución proletaria” (*SF*: 344).

Partiendo desde una caracterización del advenimiento de una política de masas, el balance de la experiencia de los consejos supone así dos consecuencias principales. En el plano histórico-político, y en primer lugar, frente al fracaso del PSI, los primeros textos del periodo 1921-1926 expondrán una justificación de la ruptura que acontece en Livorno. Si el fracaso de lo que pudo haber sido una revolución se debió a la doctrina y la práctica de un partido que no supo cómo dirigir a las masas, se vuelve necesario la construcción de un partido nuevo que pueda desarrollar de forma correcta esta tarea y por ello "se produjo la ruptura de Livorno y se creó un nuevo partido, el Partido Comunista" (*CPC*: 348). En este sentido, si históricamente esta ruptura formó parte de un movimiento internacional de diferenciación entre comunistas y socialistas, en estos textos toma sentido como balance de la experiencia revolucionaria de la posguerra[33].

Pero a su vez, en un plano teórico-político, y en segundo lugar, las conclusiones de este balance implican algo más que la denuncia del PSI y su reemplazo por un naciente partido comunista. En este sentido, si bien se sucederán en estos textos una multiplicidad de acusaciones a los dirigentes socialistas como reformistas y burócratas[34], la crítica gramsciana abarca mucho más

[33] El 21 de enero de 1921 se funda en la ciudad de Livorno el Partido Comunista de Italia tras el rechazo por parte de la mayoría de los delegados en el congreso del PSI a expulsar a su corriente reformista. De esta manera el PSI incumplía una de las 21 condiciones planteadas por el Lenin desde el III Congreso para el ingreso a la Internacional. Esta negativa provoca la ruptura por parte de una minoría (aproximadamente 59 mil de un total de cerca de 216 mil afiliados) conformaba por el grupo de Bordiga, la corriente de L'Ordine Nuovo, una parte de los llamados maximalistas, así como la gran mayoría de la Federación de Juventudes Socialistas Italianas. La escisión de Livorno y la construcción del PCdI puede entonces interpretarse desde la búsqueda de constitución en Italia de una organización plenamente bolchevique que se conformará como un destacamento nacional de las directrices de la Internacional. Resulta lógico entonces que Gramsci, con su ferviente admiración por la revolución rusa y su búsqueda de "traducción" de sus enseñanzas para Italia, formarán parte del nuevo partido. Pero esta ruptura no se limitó al posicionamiento frente a la Internacional sino que se produce tras un debate en el que el grupo turinés denuncia la incomprensión por parte de la dirigencia del PSI de las potencias revolucionarias de la experiencia consejista. Este debate se intensifica tras los acuerdos de los dirigentes sindicales socialistas con el gobierno que cierran y se transforma así en una denuncia de traición de la dirigencia socialsita. Tras la ruptura de Livorno, el nuevo partido será dirigido por Bordiga cuya línea para el partido se traducirá también en una exclusión de cualquier tipo de acuerdo con los socialistas marcando la intransigencia y la dureza del nuevo partido. Aunque luego disputará esta orientación, Gramsci sigue con una férrea disciplina los lineamientos de la dirección partidaria durante los primeros años de vida del partido, evidenciando en sus textos numerosos elementos de esta concepción. Para una historia de la fundación y los primeros años del partido comunista en Italia, ver el trabajo clásico de Spirano (1967).

[34] En los textos de los primeros años de este periodo se evidencia un ataque virulento hacia los dirigentes sindicales y del PSI, que aparecen como "los principales responsables de la trágica condición en la que se encuentra hoy toda la clase (SF: 166) Los primeros son acusados de comportarse como "mandarines" que desprecian a las masas y que solo buscan controlarlas para conservar sus posiciones de poder. Los segundos aparecen como una casta, afirmando que "el partido socialista italiano había devenido en su gran mayoría un partido de oportunistas y pequeños burgueses [que] había dejado de ser un partido de lucha de clase y se había convertido en un partido de politiqueros deseosos de hacer carrera" (SF: 280). Esta posición de los dirigentes socialistas, hace que "la socialdemocracia sea fundamentalmente conservadora y reaccionaria" (SF: 458), que "el partido socialista sea un partido contrarrevolucionario" (SF: 433), planteado que "los socialistas se volverán la vanguardia de la reacción antiproletaria" (*SF*: 226). En este sentido, contraria a cierta imagen de un Gramsci tendiente a la unidad, enemigo acerrimo de las acusaciones de socialfascismo propias del tercer periodo de la Intenacional, encontramos en estos textos numerosas afirmaciones que asocian a socialistas y fascistas y que conllevan a un llamado de "la lucha contra la socialdemocracia, [ya que] la lucha contra el partido socialista traidor, se identifica con la lucha

que la denuncia de su traición para pensar las razones profundas por las cuales "entre ellos y las masas se ha abierto un abismo infranqueable" (*SF*: 89).

Desde el balance de los consejos, por lo tanto, comienzan a desplegarse una serie de elementos que transforman la teoría política de los textos precarcelarios. Hay un nuevo diagnóstico sobre las condiciones para revolución en Italia y sus posibles desarrollos, una crítica al maximalismo del PSI, el planteo de un nuevo vínculo con la Internacional Comunista que marcará una doctrina de continua obediencia y disciplina a sus mandatos y, principalmente, una reevaluación del papel del partido político dentro de una doctrina sistemática de las instituciones proletarias, que lo vuelve la institución central para el movimiento revolucionario (Silvestrini, 2017). Como afirmamos en el apartado anterior, algo de este movimiento se evidenciaba hacia el final del periodo consejista, en un cambio en la apuesta de los textos gramscianos desde la potencia de los consejos a la necesidad y la primacía del partido político. Pero este no solo se volverá ahora el tema central que atraviesa a los textos del periodo 1921-1926, sino que, bajo la necesidad de construir un nuevo partido que reemplace al PSI, se desplegará una nueva conceptualización sobre su rol en la transformación social.

El balance de los consejos no implica entonces solo la búsqueda de un partido que, tras la experiencia fallida del PSI, ahora si pueda dirigir a las masas, sino la afirmación que estas no pueden por sí solas lograr la revolución, "que un gobierno revolucionario sólo puede crearse en la medida en que exista un partido revolucionario, organizado a nivel nacional, capaz de realizar una acción de masas a la altura de este objetivo históricamente concreto" (*SF*: 343). Al afirmar que "el partido es la superior forma organizativa [mientras] el sindicato y el consejo de fábrica son formas organizativas intermedias" (*SF*: 134), se opera algo más que una inversión de jerarquías, que un cambio en la institución política adecuada para encarnar el cambio histórico[35]. Lo que se sostiene desde el balance de los consejos en su inmediata derrota es la certeza de que "el elemento 'espontaneidad' no es suficiente para la lucha revolucionaria", que "la lucha económica es espontánea, es decir que nace ineludiblemente de la propia situación en la que el proletariado se encuentra en el regimen burgues, pero no es de por sí revolucionaria, no lleva necesariamente al abatimiento del capitalismo"(*CPC*: 53). A partir de la figura del partido aparece un elemento necesario nombrado como "político" que da "el elemento de conciencia, el elemento <<ideológico>>, que es la comprensión de las condiciones en que se lucha, de las relaciones sociales en que vive el trabajador, de las tendencias fundamentales que operan en el

---

por la liberacion dle proleraiado de Italia de toda esclavitud" (SF: 455). Si bien esta crítica furiosa al socialismo se encuentra más desplegada en los años en los que Gramsci sigue la dirección de Bordiga, no desaparece años después, incluso frente a los intentos de reunificación entre PSI y PCdI impulsados desde la Internacional. De esta forma, aún en Julio de 1925 se afirma que los socialistas "representan el vehículo mediante el cual la burguesía introduce su ideología en el movimiento obrero. La lucha contra los socialistas y su teoría es lucha de clases, en tanto nuestra crítica tiende a limitar y a combatir la influencia de la burguesía sobre la clase obrera" (*CPC* 377).

[35] Los consejos obreros en los lugares de trabajo no desaparecerán totalmente en las discusiones de los textos de este periodo, pero no solamente sufrirán una enorme disminución de su importancia, sino que evidenciarán un claro cambio de función acorde a esta nueva centralidad del partido bolchevique. Los consejos serán ahora son una organización que permite estar en contacto en las fábricas con los trabajadores para así sacar de la gran masa los elementos capaces, conscientes, llenos de ardor revolucionario" (*CPC*: 7), es decir una instancia sindical en la que reclutar a los cuadros comunistas que de ninguna manera representa ya la forma encarnada de la revolución.

sistema de estas relaciones, del proceso de desarrollo que experimenta la sociedad por la existencia en su seno de antagonismos irreductibles, etc." (*CPC:* 250).

En este sentido mientras las transformaciones del capitalismo y la movilización de masas han generado las condiciones objetivas para el cambio, mientras estás confirman una concepción de necesidad histórica y avance progresivo, lo que ahora aparece es la falta de un nuevo elemento subjetivo que posibilite finalmente el cumplimiento del porvenir: "Existen las premisas económicas y sociales para la revolución proletaria y para la fundación del estado obrero. Faltan todavía las premisas espirituales; una orientación política precisa de las grandes masas, una dirección concreta para la acción, el reconocimiento por parte de las grandes masas de un organismo político central que sea capaz de lanzar consignas que resuenen en la conciencia universal proletaria como comandos inderogables de la historia" (*SF*: 538).

Al hacer del partido "la premisa espiritual" de la revolución se introduce entonces un elemento externo al espontáneo desarrollo histórico que se vuelve central para operar la transformación social. La condición subjetiva está ahora dada por una organización que pueda dar a las masas las consignas, la línea, la orientación, que otorgue la conciencia de la misión histórica de la clase trabajadora. Bajo el nuevo énfasis en el partido se opera así el paso desde una teoría que hacía surgir de la propia clase en lucha a la forma política de la revolución a una teoría de una necesaria organización externa al propio desarrollo de las masas. El problema del partido, su nueva centralidad, por lo tanto, es significativo teórico-políticamente en tanto supone que el advenimiento de las masas requiere ser mediado por una conciencia externa para lograr que sus energías sean llevadas a una transformación revolucionaria.

En esta articulación mediada por la figura del partido, los textos del periodo 1921-1926 se mueven constantemente en una línea de continuidad y ruptura con respecto a la concepción teórico-política que venimos desplegando. Por un lado, continúa un relato de la progresividad de la historia hacia la libertad, un despliegue objetivo que busca y está realizando sus formas políticas desde la activación de las masas para el advenimiento del orden nuevo. Continúa también la concepción de una objetividad que debe ser realizada subjetivamente por la acción de un sujeto consciente de la necesidad histórica. Pero, por otro lado, mientras esta subjetividad se desarrollaba en el propio despliegue de la lucha de las masas, mientras antes estas formas políticas surgían de la propia organización y lucha de los productores, ahora aparecen bajo la necesidad de un elemento de conciencia y organización externa a estos. Es decir, mientras se sigue afirmando que "el movimiento proletario viene creado objetivamente por el desarrollo del capitalismo", ahora este se vuelve revolucionario "sólo cuando la clase obrera se vuelve consciente de ser la única clase capaz de resolver los problemas que el capitalismo pone en su desarrollo pero que no logra ni podrá resolver" (*CPC*: 250).

Si pudiéramos detenernos en el desarrollo diacrónico de este periodo textual veríamos que esta externalidad de la conciencia se va construyendo contradictoriamente en distintos momentos. Aunque en este recorrido hay dos elementos que permanecen y se profundizan a lo largo de los textos. En primer lugar, la confirmación de la externalidad de la conciencia con respecto a la clase. Frente a la pregunta "¿Cómo la clase obrera adquiere esta conciencia?" (Ibíd.) las respuestas parecen claras: "El marxismo afirma y demuestra contra el sindicalismo que esto no adviene espontáneamente" (Ibid.) y, vía un Lenin que cita a Kautsky que "La conciencia

socialista, la "voluntad socialista" es un elemento importado desde afuera en la lucha de clases del proletariado y no algo que surge en este espontáneamente" (*CPC*: 246).

En segundo lugar, más allá de algunos momentos, particularmente hacia el final del periodo, en los que aparecerán los intelectuales como el actor central de esta conciencia (Vacca, 2016a), en los que son "los representantes de la ciencia y de la técnica" (*CPC*: 250) los que "dan al proletariado la conciencia de su misión histórica" (*CPC*: 251), lo que aparece creciente y constantemente es que esta conciencia viene aportada por una minoría de la clase que "por el solo hecho de haber adherido al partido, han demostrado haber alcanzado un grado notable de emancipación espiritual" (*CPC*: 24). La búsqueda del elemento de la conciencia externa aparece así cada vez con más preeminencia bajo la idea de una vanguardia obrera, de una parte de la clase portadora de una conciencia que carece el conjunto de los trabajadores, aún aquellos que se han movilizado. Una minoría que, por tener esta conciencia, se prepara para orientar la lucha y se organiza en el partido comunista: "Es la vanguardia del proletariado la que forma y educa a sus cuadros, la que suma un arma -su conciencia teórica y su doctrina revolucionaria- con las que se prepara para enfrentar a sus enemigos y sus batallas. Sin esta arma no existe el partido, y sin el partido no es posible la victoria" (*CPC*: 50).

Históricamente esta adopción progresiva pero veloz de una teoría del partido la vanguardia coincide con el proceso de bolchevización del PCdI y con el rol de Gramsci como uno de los principales impulsores de la subordinación a las directivas de la Internacional (Bates, 1976). En este sentido, probablemente la estadía de Gramsci en Moscú entre mayo de 1922 y noviembre de 1923 constituya una experiencia central para este cambio en la perspectiva política[36] (Paggi, 1920). A partir de este momento, y con mayor énfasis tras el V Congreso de la Internacional y su directiva a adoptar el modelo organizativo sovietico en todos los PC, la búsqueda de una "estabilización leninista" (*CPC*: 63), la idea de que "la bolchevización [...] en el campo organizacional es una necesidad ineludible" (*CPC*: 64) se observa fácilmente a lo largo de los textos (Ragioneri, 1976). De igual modo, aparecen crecientes y numerosos llamamientos de "sumisión plena y completa a la disciplina de la Internacional comunista" (*CPC*: 220) y múltiples

[36] A fines de mayo de 1922 Gramsci parte hacia Moscú para participar como delegado italiano en el ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista, asistiendo a una serie de debates políticos que marcarán su pensamiento posterior. En particular a fines de noviembre de 1922 participa de los debates en torno al IV Congreso de la Internacional Comunista donde se propone la táctica de "frente único" que llevará el impulso por parte de la Internacional de reunificación entre PSI y PCdI. En esta discusión comienzan a manifestarse sus diferencias con Bordiga que sostiene una tajante negativa a la unificación mientras que Gramsci propone participar de los debates e imponer condiciones para la fusión. Estas diferencias se profundizan a lo largo de 1923, con Bordiga detenido por el fascismo y planteando desde la cárcel el rechazo al frente único y Gramsci, desde Moscú, propulsando su implementación en Italia. Como parte de este impulso Gramsci es evniado a Viena a finales de dicho año para, aun evitando la captura por parte del fascismo, poder monitorear más de cerca la situación italiana. Ya a comienzos de 1924 Gramsci se niega a firmar el manifiesto escrito por Bordiga contra la política de la Internacional volviendo abierta la disputa por la dirección partidaria. Tras las elecciones de abril de dicho año en las que obtiene una banca de diputado, Gramsci regresa a Italia dotado de inmunidad parlamentaria. A mediados de dicho año se impone, en una clara maniobra contraria a la democracia partidaria, como secretario general, aún sosteniendo posiciones contrarias a la mayoría partidaria pero respaldado por la Internacional. Gramsci ocupará este cargo hasta su detención en noviembre de 1926 y desde allí buscará aislar a los seguidores de la línea bordiguismo, en una reorganización del partido que sigue a la bolchevización y la consecuente tendencia a prohibir las fracciones a su interior.

referencias a Lenin y a los bolcheviques como depositarios de la conciencia revolucionaria; dos elementos que operan como una justificación casi sin cuestionamientos de las distintas tácticas y estrategias políticas emanadas desde Moscú.

Pero más allá de su contexto histórico-político, lo que nos interesa observar es cómo este nuevo lugar privilegiado de la vanguardia y del partido opera desde el prisma de la problematización de una política de masas. Porque a diferencia de la conceptualización del *¿Que hacer?*, el foco no radica aquí en la justificación de la conciencia externa o en una discusión de la mejor forma de organizar un partido, sino en las relaciones de este con las masas. Estos textos no se detienen por lo tanto a justificar la existencia de una vanguardia obrera ni tampoco se problematizan el porque esta toma cuasi automáticamente la forma de partido comunista. Con estos elementos planteados casi como axiomas, afimando que "sólo bajo la guía de la vanguardia proletaria, bajo la guia del partido de Lenin las clases explotadas pueden reunirse para su propio rescate, [que] es solamente con el leninismo y sus principios de organización que todos los explotados encuentran la solución adecuada para conducir su lucha contra el capitalismo (*CPC*: 419). El problema que emerge aquí y que atraviesa de manera central los textos del periodo es cómo se vincula el conjunto de las clases explotadas con esta vanguardia, como esta minoría de la clase logra guíar al conjunto.

No estamos entonces solo frente a una inflexión respecto al tipo de organización por la que se apuesta. No solo se trata solamente de que ahora la tarea principal deje de ser el desarrollo de los consejos para ser la construcción de cuadros políticos de la vanguardia obrera, que "La organización de la vanguardia proletaria en el Partido Comunista sea la parte esencial de nuestra actividad organizativa" (*CPC*: 500), haciendo del partido "la vanguardia organizada de la clase obrera" (*CPC*: 205). Nos encontramos frente a una ruptura con la idea del autodesarrollo de las propias tradiciones y luchas del conjunto de la clase como origen de la forma política de la revolución. Con el paso a la necesaria adopción de un elemento "importado desde afuera en la lucha de clases". Desde esta perspectiva, la organización de una vanguardia obrera en el PCdI no es un momento más de un desarrollo lineal de la clase, sino que "con la creación del partido comunista la clase obrera rompe con todas sus tradiciones y afirma su madurez política" (*SF*: 133). Lo que aparece aquí, además de una transformación en el origen externo del impulso revolucionario, es, por lo tanto, un cambio en la relación del sujeto a organizar. Bajo la idea de partido de vanguardia, el sujeto pasa del conjunto de los productores a un fragmento de la clase, a una minoría dotada de una conciencia externa y que se organiza en el partido político: "Según la doctrina del marxismo-leninismo, el Partido Comunista es la vanguardia del proletariado, es, por tanto, la parte más avanzada de una clase determinada y solo de esta" (*CPC*: 250).

En otras palabras, la voluntad de las masas trabajadoras no aparece ya como espontáneamente transformadora tal como sucedía hasta el periodo consejista, sino como carente de una conciencia teórica que si radica en una minoría de la población, en la vanguardia. La tarea de esta vanguardia organizada en partido es romper con la conciencia espontánea de las masas para guiarlas en función de la lucha por el orden nuevo: : "la voluntad de las masas corresponde a lo instintivo; someterse a lo instintivo es someterse a la ideología burguesa, ya que en la sociedad contemporánea la primera ideología es siempre la ideología burguesa, [y frente a ello] el Partido Comunista tiene como objetivo arrebatar a las masas de la ideología burguesa y llevarlas al terreno de la lucha revolucionaria (*CPC*: 246). La búsqueda de producir una ruptura de esa voluntad instintiva de las masas por medio del partido implica así que este "puede y debe

en su totalidad, representar esta conciencia superior, sino no estará a la cabeza si no a la cola de las masas, no las guiará" (*CPC*: 54). El partido, por lo tanto, no debe estar en función de la voluntad del conjunto de los trabajadores, sino que solo puede representar los intereses reales del conjunto cuando actúa según la voluntad de su parte más consciente[37]:

> El partido comunista <<representa>> los intereses de toda la masa trabajadora, pero <<actúa>> la voluntad de solo una parte determinada de la masa, de la parte más avanzada, de esa parte (proletariado) que quiere derrocar al régimen existente con medios revolucionarios para fundar el comunismo [...] El partido proletario no puede acomodarse a las masas, debe preceder a las masas, teniendo en cuenta objetivamente la existencia de estos estratos atrasados. El partido representa no solo a la masa trabajadora, sino también a una doctrina, la doctrina del socialismo, y por eso lucha por unificar la voluntad de las masas en el sentido del socialismo, poniéndose sobre el terreno real en la que estas existen pero moviéndolas y desarrollándolas. Nuestro partido actúa la voluntad de la parte más avanzada de la masa que lucha por el socialismo y que sabe que no puede estar aliada a la burguesía en esta lucha, porque está en una lucha contra esta. Esta voluntad, en cuanto coincide con el desarrollo general de la sociedad burguesa y con las exigencias vitales de toda la masa trabajadora, es progresiva, se difunde, conquista siempre nuevos estratos de trabajadores [...] (*CPC*: 239).

En las reflexiones gramscianas de este periodo es solo desde la mediación de la vanguardia consciente, desde la creación por parte de esta de una organización de lucha, que los trabajadores pueden dejar de ser una masa de maniobra de la burguesía y articular un movimiento propio. Al representar a esta parte más avanzada, el partido está en realidad actuando la voluntad de todas las masas, ya que conoce mejor que ellas, subsumidas a la ideología burguesa, sus verdaderos intereses. Existe entonces una importante diferencia entre la autorganización de las masas del periodo anterior y la postulación de una acción mayéutica del partido que, por conocer científicamente la lógica del proceso histórico, debe dirigirlas. Sosteniendo la teoría de la necesidad histórica, la organización política de vanguardia aparece así como un alto a su conciencia espontánea de las masas en una hermenéutica de sus intereses por la que el partido hace emerger su real voluntad, su tarea histórica (Burgio, 2014).

No nos interesa detenernos en una necesaria e importante crítica a este problemático planteo de un otro que sabe mejor que el sujeto su verdad, que vuelve a un supuesto saber de la objetividad histórica una cualidad para dirigir a los subalternos. Queremos, por el contrario,

[37] Este punto aparece a su vez planteado como contrapunto con el PSI, no ya sólo con respecto a su accionar durante la experiencia consejista, sino discutiendo con su línea política tras la ruptura con los comunistas. El PSI plantea una fórmula de "ir a las masas" que será criticada en lo textos gramscianos "en el sentido de que es necesario ir a las masas no para rebajar a la vanguardia a su conciencia y su voluntad, sino para educarlas en la voluntad y en el espíritu del proletariado revolucionario (*CPC* 259). Esto es lo que siempre ha hecho el Partido Socialista en Italia: someterse a la "voluntad instintiva" de las masas, sin poder jamás llevar a estas masas bajo el ala del marxismo revolucionario. El fracaso del Partido Socialista en Italia como partido de la revolución proletaria radica precisamente en esta incomprensión de la función de los partidos proletarios [...] En esto consiste la diferente "voluntad" de los comunistas con la voluntad maximalista (CPC 246); [porque] "el Partido Socialista, bajo el derroche de someterse a la voluntad de las masas, somete a las masas a la burguesía (*CPC*: 246).

observar cómo, bajo esta forma clásicamente leninista de la primacía del partido de vanguardia, aparecerá la problematización teórico-político original sobre una política de masas. El problema que aparece como central es, como decíamos, cómo se produce una relación entre una minoría, la vanguardia del proletariado, y la mayoría de los trabajadores de manera de orientarlos hacia la creación de un orden nuevo. Pero esta relación, se articula, a su vez, bajo la particularidad histórica de que se está frente a masas que ya se han movilizado políticamente.

> El proletariado, la clase revolucionaria por excelencia, es la minoría del pueblo trabajador oprimido y explotado por el capitalismo y se concentra principalmente en una zona, la del norte. En los años 1919-1920 la fuerza política del proletariado consistió en encontrarse automáticamente a la cabeza de todo el pueblo trabajador, en centralizar objetivamente en su acción directa e inmediata contra el capitalismo todas las revueltas de las demás capas populares, amorfas y sin dirección. Su debilidad se mostró en no haber organizado estas relaciones revolucionarias, en ni siquiera plantearse la necesidad de organizarlas en un sistema político concreto, en un programa de gobierno (*CPC*: 179).

Retornando sobre el balance de los consejos, su fracaso puede pensarse desde la incapacidad del PSI de organizar las relaciones entre grupos sociales, produciendo el aislamiento del proletariado turinés que se queda sin aliados para extender su lucha contra un Estado de escala nacional. Por ello, tras esta derrota, se produce también una transformación por la cual la centralización espontánea de las masas por parte del proletariado se agota, al no poder orientarlas hacia un programa revolucionario concreto. Existe entonces un quiebre que explica porque con su surgimiento "el Partido Comunista no se convirtió inmediatamente en el partido de las grandes masas [a causa] las condiciones de gran desmoralización y gran abatimiento en que habían caído las masas tras el fracaso político de la ocupación de las fábricas" (*SF*: 354). Es decir, tras la derrota, y a diferencia de lo ocurrido en 1919-1920, cuando el proletariado se encontraba automáticamente liderando al conjunto de las masas populares, parece que ahora esta dirección debe producirse por algo más que la propia lucha.

Afirmábamos al comenzar este apartado que, frente a esta derrota, la fundación del nuevo partido aparece como la primera respuesta, como la primera parada en esta búsqueda por constituir una dirección para el movimiento de masas: "El Partido Comunista no es todavía un partido de grandes masas; será tal en el desarrollo de los acontecimientos, si en este período de transición logra construir los cuadros necesarios para contener a las fuerzas populares [...]" (*SF*: 167). Y sin embargo, aunque se afirme que la tarea principal sea la construcción del partido, la organización de los cuadros de la vanguardia, existe algo más que debe producirse para que las masas se orienten hacia la dirección del proletariado. Porque "El Partido Comunista es esencialmente el partido del proletariado revolucionario, es decir, de los obreros adheridos a la industria urbana, pero este no puede alcanzar su meta sin el apoyo y el consenso de otras capas, de los campesinos pobres y del proletariado intelectual" (*SF*: 134).

El balance de los consejos y la conceptualización de la conciencia externa de la vanguardia se desdobla así a un necesario replanteo de la forma por la cual una clase minoritaria y geográficamente concentrada puede organizar su relación con el conjunto de las masas trabajadoras obteniendo su consenso y su apoyo. El partido debe realizar "una acción política comprensiva a través de la cual el proletariado moviliza a su alrededor a todas las fuerzas

sociales anticapitalistas" (*CPC*: 53). Desde esta acción apunta a producir un vínculo entre el proletariado y otros grupos que logre romper con la sumisión de los trabajadores en la ideología burguesa, que pueda conquistar mayores estratos de trabajadores en función de la conciencia de que solo la clase obrera puede solucionar los problemas de la civilización.

De la misma manera que la vanguardia proletaria era una minoría dentro de la clase obrera que debía, por tener la conciencia de la necesidad histórica, dirigirla, ahora esta dirección minoritaria debe extenderse al conjunto de las masas movilizadas: "el partido debe alcanzar su tarea esencial de conquista de la mayoría de los trabajadores" (*CPC*: 51). La problematización de las masas y sus formas políticas se ha movido así, a través de la teoría de la conciencia externa de la vanguardia, desde la autoorganización en la producción hacia el análisis de las relaciones entre clase obrera y otras capas sociales. En este sentido, el problema que aquí aparece excede a la formación del propio partido de una clase y hace a su capacidad de dirigir a sectores distintos al proletariado. Si antes se planteaba la encarnación del espíritu de la historia en los productores y sus consejos ahora "el problema fundamental que se plantea el Partido Comunsita es aquel de unificar la acción de las grandes masas" (*SF*: 504). La pregunta de cómo se logra esta unificación no tendrá una respuesta única a lo largo de estos textos, pero será en su búsqueda donde se incorporará la noción de hegemonía proletaria en los textos gramscianos[38].

Antes de ello, a fines de agosto de 1922, todavía encontramos una primera respuesta que vuelve sobre el problema de la potencia obrera en los lugares de producción. Se plantea que "la clase

[38] La idea de una unificación de la acción de masas en lucha aparece vinculada a la consigna de Frente Único lanzada por la Internacional en 1921 para los países occidentales. Del Roio (2015) ha analizado este itinerario del frente único en el pensamiento gramsciano, volviéndolo, al igual que Thomas (2010), la base de la posterior conceptualización de la hegemonía. Pero si bien, como mencionaremos en el próximo capítulo, es posible pensar un retorno a esta fórmula en los *Cuadernos* como contraposición al giro de "clase contra clase" de la Internacional, creemos que en los textos precarcelarios el frente único no opera como punto de partida de la reflexión sobre la hegemonía. Históricamente la fórmula de frente único apunta a la acción común con los partidos socialdemócratas ante una situación crecientemente reaccionaria, por lo que el frente único aparece como una acción defensiva de los obreros: "Los comunistas han trazado el plan de acción proletaria en el encadenamiento de todas las luchas en una única acción de frente único de trabajadores, que defienda todas las conquistas obreras que la ofensiva burguesa quiere destruir" (*SF*: 403). En el caso particular italiano, el PCdI es reactivo a esta unificación de acción con el PSI, que continúa apareciendo como un enemigo a combatir: "La acción hacia el frente único proletario aparece así como una lucha doble: contra la burguesía y contra los socialdemócratas que impiden a la organización proletaria responder a la táctica burguesa (Ibíd.). La negativa a la acción común con los socialsitas se encuentra por tanto muy presente en estos textos, aun luego de los intentos de reunificación impulsados desde Moscú. Por ello Gramsci, siguiendo aún a la dirección bordiguiana del partido, también es refractario a la fórmula de frente único, que, a modo de no contradecir plenamente a la Internacional, reserva para el plano sindical: "Sobre la cuestión del Frente Único respondemos repitiendo lo que hemos escrito: Frente único tiene un solo significado, reagrupamiento de las grandes masas trabajadores en torno a un programa concreto de acción inmediata, en el terreno sindical (SF: 439); "el Partido Comunista ha afirmado la limitación de la limitación del frente único al campo sindical, a través la cual es posible en Italia alcanzar los propósitos que la Internacional comunista se ha propuesto con la táctica del frente único" (SF: 522). Si bien esta posición se modifica tras la estancia en Moscú y la asunción de la dirección del partido en contra de su mayoría, será recién en noviembre de 1925 que tendremos la aparición explícita de una reivindicación de la fórmula de frente único, pero incluso allí esta aparece todavía orientada a los "estratos más atrasados de la clase obrera" (CPC: 88), es decir, no problematizando la relación de ésta con otros grupos sociales.

obrera llama a luchar a las demás clases explotadas de la población, demostrando ser la única fuerza social capaz de frenar el mal que el capitalismo determina en el período de su derrumbe" (*SF*: 512) y que para ello "La lucha por el control representa para los comunistas el terreno específico en el que la clase obrera se impone a la cabeza de las demás clases oprimidas de la población y logra obtener el consenso para su propia empresa. Luchando por el control, la clase trabajadora lucha para detener el colapso del aparato industrial capitalista; es decir, asegurar la satisfacción de las necesidades elementales de las grandes masas y por tanto las condiciones de vida de la civilización" (*SF*: 513). Estamos frente a una primera respuesta aún en algún punto consejista, o bien que deriva la dirección posterior del partido por el prestigio y los resultados de la lucha de los comunistas en la producción. Pero esta primera respuesta se desvanece bastante rápido en los textos del periodo, en los que tomará cada vez más presencia la idea de la insuficiencia de una mera irradiación desde la lucha de los obreros en sus lugares de trabajo.

Aún en su fugacidad, esta aproximación contiene importantes elementos para caracterizar este vínculo con las masas y para la posterior conceptualización de la hegemonía. En primer lugar, aparece la idea de obtener el consenso hacia la dirección de la clase obrera. Es decir, lejos de imponerse o de simplemente dominar a los otros grupos, el proletariado debe lograr romper el consenso espontáneo de las masas hacia el orden burgués para lograr que estas adhieran a su dirección. En segundo lugar, y aunque esto aparece aún como una consecuencia automática del control industrial, se afirma que el proletariado debe ser capaz de satisfacer las necesidades de las masas, es decir, de garantizar un nivel de sus intereses de vida materiales, vinculando así esta satisfacción a un consenso que no sería nada más que ideológico.

Retomando esta perspectiva desde el relato histórico delineado desde el inicio de este capítulo, puede pensarse que es el agotamiento del capitalismo, el fin de su progresividad histórica en los cambios objetivos que se plasman en la guerrra, el que ha producido "una identidad inmediata de intereses entre las distintas clases del pueblo trabajador [y que por ello] existen las premisas sociales del estado obrero" (*SF*: 149). Pero si esta identidad polarizaba al conjunto de las masas hacia la lucha de los consejos, lo que se reafirma en los textos de 1921-26 es que esto parece ya no suceder, quue si algo muestra la experiencia consejista es que la acción de la clase obrera por sí sola no alcanza para lograr la transformación revolucionaria: "En ningún país el proletariado puede está en grado de conquistar el poder y mantenerlo solo con sus propias fuerzas: debe procurarse aliados, es decir, debe llevar a cabo una política que le permita ponerse a la cabeza de las demás clases que tienen intereses anticapitalistas y conducirlas en la lucha por el derrocamiento de la sociedad burguesa" (*CPC*: 483).

La construcción de esta alianza de clases con intereses anticapitalistas es la que permite plantear una política de dirección de las grandes masas por parte del proletariado; una política de masas de los subalternos, donde el proletariado conduce a otros sectores tras obtener su consenso y su apoyo. El partido tiene ahora "la tarea de unificar las fuerzas del proletariado y de toda la clase trabajadora" (*CPC*: 510) y la constitución de esta alianza sólo puede plantearse en el plano de "los problemas concretos de la vida nacional operando sobre la base de las fuerzas populares tal como están históricamente determinadas" (*CPC*: 123). En esta concretitud histórica de la Italia de la segunda década del siglo XX, quedará claramente determinado en estos textos cuáles son las fuerzas populares que deben aliarse: "obreros y campesinos están unidos por el mismo interés en la lucha contra la explotación patronal [por lo cual] el problema de la revolución italiana es el problema de la unidad de los obreros y los campesinos" (*SF:* 313); "la emancipación

de los trabajadores puede advenir solo a través de la alianza de los obreros industriales del norte y de los campesinos pobres del sur para abatir al Estado burgués [...]" (*SF*: 41).

Esta interrogación sobre la relación entre obreros, particularmente del norte de Italia y campesinos, particularmente del mezzogiorno, no es nueva en los textos gramscianos, Pero resulta claro también que ocupará un lugar cada vez más relevante en los textos de este periodo. Lo que se observa, por tanto, es que a medida que avanza la escritur diacrónica de los textos la preocupación en estos se orienta crecientemente hacia la constitución de una alianza con los campesinos, ya que "la alianza con estos asegura una mayor posibilidad de acción a los obreros [y por ello la] tarea general es clara: organizar a los obreros del norte y a los campesinos meridionales y soldar su alianza revolucionaria" (*CPC:* 478)[39].

La evidencia de ser una minoría se vuélve la necesidad de contar con una mayoría para luchar por el orden nuevo. En Italia esta mayoría son los campesinos meridionales que han mostrado una gran energía de lucha y organización en sus movilizaciones masivas. Sin embargo, "para que una clase pueda gobernar no es elemento suficiente su relación numérica con otras clases [sino] su homogeneidad interna y el hecho de que representa el desarrollo progresivo de las fuerzas económicas" (*CPC*: 359). Dentro de la concepcion jovengramsciana, los campesinos no representan una clase que pueda dirigir la sociedad, porque la teoría de la progresividad de la historia hace del proletariado la única clase que puede postular los fundamentos de un orden nuevo. La clase obrera sigue siendo nombrada como la clase que debe dirigir la sociedad, solo que para su triunfo debe ahora producir lo que antes se pensaba como espontáneo, la dirección de las masas hacia sus objetivos. En este sentido, aunque aparecen como fundamentales para la revolución, los campesinos no dejan de aparecer como parte de una masa que debe el proletariado debe disputarse con la burguesía para determinar su apoyo para la continuidad o la ruptura del orden burgués: "Los campesinos pueden ser la mayoría de la población, pero no son una clase homogénea y la forma de la economía, tendiendo a desarrollarse de forma capitalista, genera nuevas clases, el proletariado y la burguesía. Por eso en la historia real la masa campesina tiene dos aspectos: uno revolucionario y uno reaccionario, puede apoyar a la burguesía o al proletariado" (Ibíd.). La búsqueda de esta alianza, de esta acción común con el campesinado apunta así a que el proletariado debe luchar por arrancar a los campesinos de la influencia de la burguesía y ponerlos bajo su guía política" (*CPC*: 486) para así lograr la fuerza necesaria para transformar la sociedad.

[39] La búsqueda de una acción que pueda generar esta unificación de obreros y campesinos aparece en una serie de consignas que, retomadas las más de las veces desde las discusiones de la Internacional, apuntan a este objetivo. Pero si antes los llamados se centraban en la constitución de un gobierno de los consejos, a los que se agregaba en la idea de que eran consejos de obreros y campesinos, "la consigna hoy necesaria es aquella del gobierno obrero y campesino" (*CPC*: 21), porque es la consigna que "debe servir para recoger y sintetizar en un programa comprensible también para las masas más atrasadas el contenido de estas luchas parciales" (*CPC:* 462)". Persiste la idea de un estado futuro que incluye a los campesinos como una de sus partes pero desaparece su constitución desde los consejos, para quedar una idea vaga de gobierno conjunto. A su vez, más allá del planteo programático de su unidad, no se explicita cómo se conformaría, ni como funcionarían las relaciones entre ambos grupos una vez constituido este gobierno. Pero en este cambio, desde los consejos a la consigna del gobierno obrero y campesino, el problema del vínculo entre ambas clases no aparece ya tanto en el plano de la lucha de masas, sino en la capacidad de un sector avanzado, la vanguardia, que puede guiar a las masas atrasadas, sin conciencia, haciendo de sus luchas particulares parte de una lucha general por la sociedad nueva.

La problematización del advenimiento de una política de masas, de cómo organizar las fuerzas movilizadas del conjunto de los trabajadores, deviene así en su forma histórica concreta en la pregunta por cómo romper el consenso de las masas al orden burgués desde la constitución de una alianza entre los obreros septentrionales y los campesinos meridionales. Es en este devenir que nos encontramos con la incorporación de la noción de una hegemonía del proletariado, como una forma de nombrar el vínculo de dirección consensual que se establece entre estas dos clases y por el cual el proletariado pueda cumplir "su función histórica de guia de las otras clases oprimidas del pueblo" (CPC: 6). En suma, al volverse un tema central la constitución de esta alianza se plantea para los comunistas "el problema de convertirse en el partido de las más amplias masas italianas, de convertirse en el partido que logra la hegemonía del proletariado en el amplio marco de la alianza entre la clase obrera y el campesinado" (*CPC*: 182)[40].

Este llamado a una constitución de la hegemonía del proletariado como estrategia política de alianza entre obreros y campesinos quedará expresada en su forma más acabada en el último texto del periodo, escrito en 1926 en las vísperas del arresto gramsciano. En *Algunos temas sobre la cuestión meridiona*l, la alianza con los campesinos del sur aparece como condición para el triunfo del proletariado del norte italiano, bajo la idea de que sólo consiguiendo el apoyo de la mayoría de la población, contando con los campesinos como base social, sería posible para el proletariado lograr su "hegemonía", convertirse en clase dirigente.

> Los comunistas turineses se plantearon concretamente la cuestión de la "hegemonía del proletariado", o sea de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permite movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas (*A*: 292)

Observamos que en este texto se busca designar retrospectivamente como búsqueda de construir una hegemonía al accionar del grupo turinés al que pertenecía Gramsci. Sin embargo, como hemos visto, los textos de intervención en el movimiento revolucionario de las ocupaciones de fábrica eran ajenos al concepto de hegemonía, teorizando la constitución de la

[40] Contextualmente, la noción de hegemonía proletaria, como una estrategia centrada en el vínculo entre clases subalternas, se inserta en los textos gramscianos como parte de una disputa con el ala del partido liderada por Bordiga que planteaba una política dirigida únicamente hacia la vanguardia obrera. También como parte de esta disputa, y siendo ahora Gramsci quien cuenta con el apoyo de la Internacional para dirigir el partido, la legitimación de esta búsqueda de hegemonía se hará, justamente, en su asociación con los bolcheviques, nombrandola como la fórmula que guía su acción y que permitió su triunfo revolucionario. La iteración de la palabra hegemonía aparece así en esta articulación, haciendo de los dos principios bolcheviques "la alianza entre obreros y campesinos y la hegemonía del proletariado del movimiento revolucionario anticapitalista" (*CPC*: 69). De manera similar, lo vemos en una comparación entre Rusia e Italia que vuelve al problema entre minoría proletaria y mayoría de masas campesinas: "también en nuestro país las masas rurales son la mayoría de la población trabajadora. Por eso todos los problemas inherentes a la hegemonía del proletariado se presentan para nosotros de una forma más compleja que en la propia Rusia, porque la densidad de la población rural en Italia es enormemente más grande, porque nuestros campesinos tienen una rica tradición organizativa y están siempre dispuestos a hacer sentir su peso en la vida política nacional (*CPC*: 128).

autonomía obrera en sus propios lugares de trabajo, en los consejos, como forma política en la que encarnaba el orden nuevo. En este sentido, esta referencia a la hegemonía, parece ser más una forma de justificación a posteriori del grupo como dirigente del partido, legitimando su accionar en una fórmula presentada como leninista y que, si en los hechos no había guiado su acción política, aparece ahora como la impulsada para la dirección del partido.

Más allá de esta discrepancia histórica con respecto al momento en que se origina esta lucha por la hegemonía proletaria, lo interesante es esta parece solo basarse en la inclusión dentro del programa político proletario de ciertas reivindicaciones campesinas y en el intento de desterrar de la conciencia de los obreros los argumentos racistas que volvían a las características propias de los campesinos del sur la causa de su miseria y del estancamiento de Italia. Retomando el continuo énfasis en la búsqueda de la consigna correcta que logre movilizar a las masas, al plantear, cómo el proletariado y su partido pueden alcanzar la hegemonía lo que aparece como central es el elemento programático y de conciencia que apunta a la constitución de una ideología en común que incluya a los campesinos bajo la dirección obrera.

Pero a su vez, también en esta breve mención, la hegemonía proletaria parece ser algo más que simplemente una estrategia de alianza. Bajo la idea de que esta movilización de la mayoría de la clase trabajadora se vuelve, no sólo la condición para la revolución, sino la base de la futura dictadura proletaria, en el consenso de las masas que supone la hegemonía se vuelve a jugar en la relación entre estas y el estado. Si la crisis revolucionaria adviene por la pérdida por parte de la burguesía del consenso de las masas hacia su dirección de clase, si estas desbordan las formas de un estado liberal burgués que no puede ya dirigirlas, el paso al orden nuevo no significa solamente la articulación de las masas en una lucha anticapitalista, sino también la capacidad de integrarlas en el futuro estado obrero.

Desde esta perspectiva, de la hegemonía como base del estado del orden nuevo, nos encontramos con otro texto tardío en el que se problematiza la hegemonía proletaria. Se trata de una carta de octubre de 1926 dirigida al Comité Central del PCUS, con la que se busca intervenir en la disputa entre la mayoría estalinista y la oposición de izquierda, apoyando claramente las posturas de la primera, pero llamando a mantener la unidad[41]. En este texto se

[41] Esta discusión, y la utilización de la hegemonía en ella, funciona en espejo a la discusión interna del partido italiano. Las posturas de Bordiga aparecerán asociadas directamente a las de Trotsky y en ambos casos desde una contraposición desde una idea de hegemonía que plantea la necesidad de unirse a los campesinos y una posición aislacionista basada solo en la vanguardia obrera. Ambas discusiones comparten también una problemática conceptualización sobre la democracia interna partidaria y sobre la forma en que se debe producir la línea política del partido. La permanente acusación faccionalista que se realiza a la oposición supone que toda contraposición con la línea oficial, del partido y a su vez de la Internacional, representa una amenaza de ruptura que debe eliminarse. En este sentido la línea no se produce en un debate entre los miembros, en una síntesis posible de posiciones a debatir, sino que aparece como expresión de una verdad, como revelación de una necesidad histórica que se sigue afirmando. Gramsci de este modo continúa siendo, como al inicio del recorrido emprendido en este capítulo, un racionalista que piensa que ser libre es adquirir la conciencia crítica de la tarea histórica. Este elemento no solo plantea una justificación de la antidemocrática censura y el aplastamiento de el ala izquierda, tarea que Gramsci emprende como secretario general del PCdI, sino que también tiene problemáticas implicancias teórico-políticas para pensar la unificación de las masas, y por tanto el concepto de hegemonía. Si bien tener esta teoría justa no implica imponerla por la fuerza sino hacer un trabajo de convencimiento masas, producir una unidad no supone sumar partes, porque las opiniones

plantea que, desde la posición de la izquierda, desde su estrategia centrada únicamente en la clase obrera "son el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado lo que se pone en discusión, son las relaciones fundamentales de alianza entre obreros y campesinos las que son alteradas y puestas en peligro, es decir, los pilares del Estado obrero y de la revolución" (*CPC*: 129). Porque si la clase obrera quiere sostener su estado y dirigir al conjunto nacional, se debe tener en cuenta que "el proletariado no puede devenir clase dominante [sin] el sacrificio de sus intereses corporativos, no puede mantener su hegemonía y su dictadura incluso si se ha vuelto dominante, si no sacrifica estos intereses inmediatos por los intereses generales y permanentes de la clase" (CPC: 130). En el marco de "asegurar la hegemonía proletaria en el régimen de la Nueva Política Económica" (Ibid.) aparece la idea de que los obreros deben sacrificar sus propios intereses en pos de satisfacer demandas de otros sectores, superar el interés corporativo para dirigir al conjunto construyendo y mantenido su hegemonía.

Parecería entonces que la hegemonía comienza a adquirir sentidos más complejos que los de una mera alianza de clases para empezar a delinear un concepto que da cuenta de una forma de articulación de la dominación social, de la constitución de una clase como la que dirige al conjunto de la sociedad en una tensión que se juega entre un antes y un después de la constitución de su Estado, entre el convencimiento ideológico y la capacidad de satisfacer demandas materiales del conjunto de las masas. Ambos elementos aparecen ya en aquella primera respuesta de 1922 sobre la unificación de las masas desde la lucha por el control industrial. Pero ahora, habiendo pasado por el conjunto de inflexiones que hemos delineado en este aparato, se incorporan dentro la idea de hegemonía, y con esta empiezan a emerger elementos importantes para una problematización nueva de lo político.

En primer lugar, la suma de un tercer actor en la disputa clasista, plantea que la política en la sociedad capitalista no se juega únicamente en un enfrentamiento discreto y directo de clases determinadas económicamente, sino que implica relaciones entre grupos sociales buscando la dirección de la mayoría de la población. La lucha de clases encuentra así en este vínculo una determinación fundamental, por la cual "La relación de las fuerzas que existe entre el proletariado y la burguesía es modificable sólo como consecuencia de una lucha política que el partido de la clase obrera conduce para aliarse y dirigir a la mayoría de la población trabajadora"(*CPC*: 485). Por lo tanto, en segundo lugar, la política tiene que pensarse desde la forma en que se da esta disputa por las masas trabajadoras. Nombrada aquí como ruptura de la influencia de la burguesía, planteada desde un plano programático pero bajo la idea de satisfacción de intereses de las masas, el problema de cómo se construye la dirección de las masas se vuelve un interrogante central para pensar, desde el concepto de hegemonía, el vínculo político entre clase, estado y masas. En tercer lugar, en la articulación de consenso y satisfacción de demandas aparece la postulación de una relación de integración de las masas que las vuelve la base de un estado, volviendo al problema de la dominación política estatal algo más que la mera imposición violenta de una dictadura de clase. Por último, y en cuarto lugar, si la política se juega en el resultado de esta disputa por las masas aparece la posibilidad de que, con su triunfo, la burguesía reconfigure las condiciones de su dominación, que logre, aun tras su movilización, volver a integrar a las masas a su dirección.

distintas no tienen ningún valor, no expresan la verdad de la necesidad histórica y por tanto sumarlas no contribuye a producir la hegemonía del proletariado (Burgio, 2014).

El desarrollo del concepto de hegemonía se producirá en la posterior problematización polisémica de estos elementos, pero consideramos que el último que hemos destacado, que hace a la capacidad de la burguesía de disputar a las masas, ocupa un lugar central muchas veces infravalorado a la hora de pensar su génesis. Porque "si los comunistas deben proponerse como objetivo concreto y real la unidad de la clase trabajadora, [es] a fin de impedir que el capitalismo aplique su plan de disgregación permanente del proletariado que hace imposible toda lucha revolucionaria (*CPC*: 510). Es decir, si debe construirse una hegemonía proletaria es para impedir que las fuerzas capitalistas logren volver a organizar y dirigir a las masas, impidiendo así la unificación de fuerzas entre todos los trabajadores que se plantea ahora como imprescindible para la revolución. Si la hegemonía tiene sus raíces en el fracaso de los consejos, en la insuficiencia del proletariado de alcanzar la revolución por sí solo, lo cierto es que el paso de un llamado general a la unificación de las masas a una idea de alianza obrero campesina bajo el mote de hegemonía, se produce frente a la creciente "indiferencia y pasividad de las grandes masas" (*CPC*: 51) que ha llevado a "una ralentización del ritmo revolucionario" [por] "una situación muy difícil que se viene creando en todos los países, especialmente los europeos, en relación a la relativa estabilización del capitalismo y al relativo reforzamiento de los gobiernos burgueses" (*CPC*: 63).

En el revés de la trama de la estrategia de hegemonía proletaria resuena la recomposición de la dominación burguesa tras el auge de la lucha de clases en la primera posguerra. El movimiento teórico-político que hemos visto desplegarse a lo largo de todos los textos precarcelarios acompañaba un auge de lucha de masas que rompía con las formas burguesas de dominación, que quitaba al estado burgués liberal sus bases de sustento en las masas. Pero lo que comienza a advertirse en este periodo es "una serie de transformaciones de carácter sustancial [cuya base es] el intento de hacer adherir al Estado italiano a estratos profundos de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo y liberar de este modo al Estado de la crisis que lo atraviesa" (*SF*: 453). Pensado este nuevo momento de recomposición a una escala mundial, pero centrándose en el caso italiano, la rearticulación del estado burgués y de su relación con las masas aparece así como un elemento no tematizado directamente desde la palabra hegemonía pero central para pensar la emergencia de su concepto.

En el caso italiano este proceso tiene un referente claro: el fascismo. Su caracterización en los textos gramscianos es cambiante, pero se puede observar que, desde un primer tratamiento como fenómeno pasajero, se torna una operación política cada vez más estable que da cuenta de una transformación de largo alcance[42]. Porque si bien se afirma que "Las contradicciones

[42] A lo largo de los textos precarcelarios existen diversos intentos de pensar el fascismo, analizando su desarrollo político, su extensión terrorista en distintas regiones, su relación con otros grupos burgueses y sus disputas internas. De forma general aparece siempre caracterizado como un movimiento contrarevolucionario y como parte de la ofensiva patronal contra la clase obrera:"El fascismo es un movimiento social, es la expresión orgánica de la clase propietaria contra las exigencias vitales de la clase trabajadora" (SF: 243). El fascismo se caracteriza también como expresión política de la pequeña burguesía, de las clases medias que han roto con la dirección burguesa pero que se tornan conservadoras frente al auge revolucionario. Progresivamente este fenómeno se articula con la burguesía volviéndose una forma de dominación de la fracción monopólica de la gran industria, manteniendo una dominación burguesa objetivamente agotada por medio de la violencia y del terror, como "el intento de resolver los problemas de la producción y el intercambio con ametralladoras y revólveres (*SF*:101). Tras la marcha sobre Roma y la conquista del poder estatal el análisis del fascismo mostrará crecientemente sus

económicas no han sido naturalmente resueltas ni pueden serlo por el fascismo: sino que se han agudizado" (*CPC*: 477), también se sostiene que el fascismo "va unificando en torno a sí a la burguesía, reduciendo al mínimo las debilidades organizativas de la burguesía misma" (Ibid.) permitiéndole "mantenerse aún si sus bases económicas han sido históricamente superadas, porque la organización puede permitir a una clase mantener, por un cierto tiempo, el poder aún cuando carece para este de una base económica" (Ibid.). Es decir, tras su crisis como clase dominante "el fascismo ha devuelto a la burguesía una conciencia y una organización de clase" (*CPC*: 472) y aunque el mantenimiento de una teoría progresiva de la historia impide que se pueda pensar en toda su dimensión esta nueva estabilización de la dominación, lo cierto es que en la contradicción entre falta de base económica y sostenimiento de la dominación política, es esta última la que se delinea cada vez con más fuerza.

Visto desde el prisma del advenimiento de una política de masas que desborda al estado liberal, el fascismo aparece generando una "nueva situación en la cual también la clase enemiga, para conservar el poder y derrotar al proletariado, había destruido las viejas formas del Estado creadas por la joven burguesía del Risorgimento" (*CPC:* 112). Si la situación revolucionaria surgía en la crisis del Estado burgués liberal, hay que pensar qué pasa cuando "el fascismo tiende a dar a la dictadura de clase de la burguesía una estabilidad y una permanencia derivadas de la abierta transformación del autoproclamado estado liberal del pasado" (*CPC*: 11). Con el fascismo como fenómeno ejemplar, lo que aparece en estos textos es, por lo tanto, una capacidad de reestructuración de la forma del estado burgués que parece poder recomponer la dominación integrando de alguna forma a aquellas masas que se habían movilizado y de esta forma alejándolas de su posible orientación hacia el proletariado revolucionario: "para el capitalismo y para el fascismo es necesario que la clase obrera sea privada de su función histórica de guia de las otras clases oprimidas del pueblo" (*CPC*: 6).

Si bien no contamos con una teorización de esta restructuración del estado, sólo aparece la idea de lograr "una mayor unificación orgánica de todas las fuerzas de la burguesía bajo el control de una sola central" y de "impedir la organización de los trabajadores para excluir a sus fuerzas sistemática y permanentemente de toda participación en la vida política." (*CPC*: 87), lo que se ha producido en este movimiento es de suma importancia para la posterior conceptualización de la hegemonía. Porque, nuevamente, aunque la continuida con la concepción de necesidad histórica lleve a afirmar que el fascismo "en realidad con su política profundiza los contrastes sociales y determina movimientos y reagrupamientos nuevos que son la premisa de una respuesta proletaria" (CPC 87), en la efectiva estabilización de la etapa, en la clausura del auge de masas de la posguerra, la política ejemplificada con el fascismo da cuenta de una forma capitalista de construir una nueva forma de dominación de masas.

Pensar esta forma, interrogar cómo se puede construir una relación de hegemonía en una sociedad surcada por el antagonismo abierto, supone complejizar aquella idea de una disputa

capacidades de institucionalización y estabilización de la situación tras la pasivización de las masas. En este punto los diagnósticos se vuelven más cautos y en vez de plantear la necesaria lucha por la toma del poder aparecen los llamados a una lucha democrática, de la misma manera que las acusaciones al PSI como cómplice del fascismo, como un partido que cree poder detenerlo en el marco de una legalidad que el fascismo rompe, se vuelven una búsqueda de acciones conjuntas con la socialdemocracia y con la oposición liberal. Para un análisis de las interpretaciones del fascsimo en los textos precarcelarios ver: Adamson (1980), Roberts (2011) y Gagliardi (2016).

por la conquista ideológica de las masas o por el establecimiento de un programa común de los subalterno, tal como era planteada en la estrategia de la hegemonía proletaria. Porque incluso para pensar esta última: "La realidad es que no han bastado las consignas y los programas para hacer que las grandes masas se rebelen y para determinar las condiciones necesarias y suficientes para la fundación de nuevos ordenamientos. El proceso histórico se actúa con una dialéctica real, con la violenta contraposición de estados de hecho inexpugnables, que aparecen manifiestos con extremada claridad en las grandes masas populares y no a través de la educación y la polémica verbal" (*SF*: 143). Si la reconstitución de la dominación burguesa tras la crisis revolucionaria es uno de estos estados de hecho, debemos pensar todas las dimensiones de la lucha que produjeron esta nueva situación. Entrelíneas de la problematización del fascismo encontramos así una serie de mecanismos de reconfiguración de lo político-estatal que incluyen pero exceden lo ideológico para pensar una relación de hegemonía.

La búsqueda de como alianza entre obreros y campesinos, no agota por ello la problematización del concepto de hegemonía. Aunque no aparezca así tematizada, esta cobra sentido en el espejo de la constitución histórica de una hegemonía burguesa. Nombrada al pasar, de forma fallida y sin ser tematizada en frases como que los capitalistas "quieren conservar su hegemonía" (*SF*: 127) o que en Italia "la industria ejerce una hegemonía limitada" (*CPC*: 491), consideramos que es en esta capacidad de construir una dominación que incorpora a las masas antes ignoradas por el estado liberal, esta hegemonía burguesa, el nuevo fenómeno de la lucha de clases del que emergerá el concepto de hegemonía como el locus de un problema teórico-político producto de las transformaciones históricas de principios del siglo XX.

Los textos gramscianos navegan este mar agitado por la lucha de clases intentando dar cuenta de este nuevo fenómeno marcado por la crisis de la dominación burguesa ante el auge de masas y por las formas de su recomposición. El concepto de hegemonía podría pensarse entonces como una brújula con la que se buscará, desde esta constelación histórica, orientar una nueva conceptualización marxista de la política frente a la insuficiencia de aquella que venía desarrollándose. La irrupción de una nueva problemática histórico-política a partir del desarrollo de la lucha de clases cruza así los textos y los configura más allá de las soluciones explícitas, de los discursos de cierre al problema que estos buscan configurar.

Bajo el signo de las masas, de su lucha y su derrota, de su impresionante movilización que rompe con el estado liberal burgués y de la posterior reconfiguración y restablecimiento del orden, la apuesta por la constitución de una relación de hegemonía entre grupos sociales posibilita repensar el problema de la política dentro de la teoría marxista. Si la hegemonía es un resultado de la lucha de clases, de las relaciones de fuerza entre estas que pueden determinar la ruptura, el restablecimiento o la reconfiguración de la dominación burguesa, comienza entonces a desdibujarse, aunque no se así planteado por Gramsci, una concepción de la política y la historia que afirmaba el progresivo y necesario paso hacia el orden nuevo.

La historia que no se cumple, la revolución que no adviene, el capitalismo que no colapsa y que muestra nuevas formas de articular la dominación, opera complejizando los relatos propios del marxismo de principios del siglo XX. Tras la derrota de la revolución que se anunciaba como urgente, ha surgido entonces un nuevo fenómeno que no puede ser explicado por un marxismo que confía plenamente en un devenir subjetivo de las masas que actúan la objetiva necesidad histórica. La problematización de lo político requiere ahora de un concepto que piense la

dinámica del conflicto de clases en la sociedad capitalista desde la dirección e integración de las masas. Desplegado desde la problematización de las formas políticas en las que se encarnaba este espíritu de la historia en la lucha de las masas, el concepto de hegemonía emerge así como una nueva forma desde la cual repensar desde el marxismo las formas políticas que puede asumir la lucha de clases.

El relato de los textos precarcelarios se asentaba en la afirmación de la descomposición de la vieja sociedad y del nacimiento desde sus cenizas de lo nuevo, pero parecería que, tras recorrer el itinerario de este corpus textual nos encontramos con la imagen de lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no logra nacer. Si retomando un aforismo gramsciano, en ese interregno nacen los monstruos ¿no es la hegemonía entonces uno de esos monstruos? Debemos recorrer ahora el laberinto de los textos gramscianos carcelarios tras las huellas de este monstruo que ha emergido para así bosquejar su anatomía, para pensar como su alteridad nos obliga a reevaluar nuestras certezas y sobre todo para buscar las formas de derrotarlo.

Capítulo 2: Itinerarios de la hegemonía en los *Cuadernos de la Cárcel*

El concepto de hegemonía produce su despliegue en un territorio particular: los *Cuadernos de la Cárcel*. Es en este corpus textual, compuesto de cientos de reflexiones que se suceden a lo largo de 29 cuadernos de tipo escolar escritos por Gramsci durante el encierro al que lo somete la dictadura fascista, donde se articula la problemática que hemos visto emerger en el primer capítulo. A lo largo de los diversos intentos contenidos en estas páginas por profundizar en una teoría marxista de la política, Gramsci busca articular, alrededor de la palabra *hegemonía*, un modo de entender la política de masas, y los vínculos de dominación y dirección clasista que esta implica, en tanto mediada por complejas configuraciones políticas e ideológicas. Se trata así de un conjunto de textos que, precisamente por contener tal intento, se han vuelto una referencia clásica para las discusiones dentro del marxismo y el campo más amplio de las ciencias humanas. Anudados por la referencia autoral y por las diversas compilaciones que los presentaron como una obra conjunta, los *Cuadernos* se convirtieron en la fuente central de múltiples formas de entender la hegemonía

No obstante su canonización póstuma, el territorio de inscripción y despliegue del concepto de hegemonía es, más bien, el de una geografía compleja y accidentada. Los *Cuadernos* no constituyen un texto acabado, unívoco y coherente, sino un conjunto fragmentario de notas y apuntes, en los que, partiendo de reflexiones sobre diversos temas, se van desplegando conceptos que cambian sus sentidos al ligarse a distintas problemáticas políticas, referencias históricas y nociones teóricas. Si bien no se trata de una mera sucesión caótica, ya que el texto contiene un desarrollo, una serie de transformaciones y sentidos que se construyen a medida que su escritura avanza, estas no responden a un mero desarrollo incremental que encuentra al final del recorrido una forma definitiva. Por el contrario, las notas de los *Cuadernos* construyen un texto necesariamente múltiple que, aun cuando apunta hacia alguna forma de unidad, produce contradicciones y tensiones, distintos modos de articular sus temas y conceptos sin lograr nunca formas definitivas: “los cuadernos tienen un carácter íntimamente fragmentario: nada de ellos es concluyente y conclusivo, todo es problemático. Son la expresión cristalina y fluida de un pensamiento en su estadio naciente, de un continuum, de un organismo en movimiento que crece delante de los ojos” (Baratta: 2003, p. 30).

La topografía de este corpus textual lejos está, por lo tanto, de presentar un orden y una forma definida que indique un camino claro para recorrerlo desde un punto de inicio hacia su fin. Por el contrario, las múltiples notas que lo componen se articulan en una suerte de laberinto, de caminos iniciados que se detienen o vuelven a puntos anteriores, que se bifurcan presentando distintas trayectorias posibles para pensar las problemáticas desplegadas. Recorrer los *Cuadernos* no implica por lo tanto encontrar el camino indicado hacia el centro del laberinto o hacia su salida, sino atravesar los distintos itinerarios posibles en los que sus conceptos, en sus distintos usos e inscripciones, se van desplegando. En este capítulo nos proponemos, entonces, un itinerario por los *Cuadernos* que registre las transformaciones en los múltiples usos con los que la hegemonía aparece a lo largo de este conjunto de textos.

Habíamos dicho, al finalizar nuestra exploración de la emergencia de la problemática en otro continente textual, que la hegemonía aparecía como un cuerpo zombie. Aquello que no terminaba de morir, impidiendo el nacimiento de lo nuevo. Una suerte de monstruo que como

el minotauro —ese animal mítico con cuerpo de hombre y cabeza de toro o quizá, más bien, ese toro con cabeza de hombre del cuento borgeano— reside, veremos, en el laberinto que son los *Cuadernos*. Intentaremos encontrar este monstruo - asociado muchas veces a otra figura mítica, la del centauro - siguiendo los hilos del despliegue del concepto. En todo caso, su avistamiento en los *Cuadernos* nos pondrá siempre frente a una anatomía híbrida, una combinación de partes que busca dar cuenta de una forma más compleja de la dominación de clase en las coordenadas históricas de sus formas de masas.

Al interior del laberinto, el concepto-monstruo de la hegemonía se delimita, crece y se transforma en una diversidad de usos, en un conjunto de metamorfosis que no logran, sin embargo, una unidad definitiva.La palabra "hegemonía", o las referencias a un fenómeno como "hegemónico/a" o "hegemónicamente" producido, aparecen en 25 de los 29 cuadernos en 186 notas, 377 veces en total (**Ver Anexo II)**. Esta referencia cuantitativa, el registro de los avistamientos del monstruo del laberinto, permite, en una primera aproximación, delinear los recorridos del concepto, pero nos obliga también a explorar estas diversas apariciones y a tomar alguna decisión sobre cómo recorrerlos. Si su presencia en constelaciones variadas impide un recorte meramente temático —que observe la hegemonía sólo en cuanto refiere a uno de sus elementos posibles—, la opción que nos queda es intentar un recorrido cronológico. Es decir, registrar el desarrollo diacrónico de la escritura de los *Cuadernos* en el que se despliegan las formas de la hegemonía, sin intentar, no obstante, reconducirlas a un relato incremental: a un punto de llegada que daría sentido a un único recorrido del concepto.

Al enfrentarnos a este cuerpo textual laberíntico, intentaremos, por tanto, pensar la hegemonía a partir de esta fragmentariedad, de su aparición ligada a problemáticas múltiples, orientandonos temporalmente e identificando cuatro etapas en el ritmo de elaboración de los conceptos gramscianos. Para ello, en este capítulo —a diferencia del anterior, donde intentamos mostrar cómo emergía la problemática de la hegemonía desde las conceptualizaciones generales de la política que se iban construyendo en los textos precarcelarios—, seguiremos de forma más directa las menciones de la palabra y el modo en que se inscriben en diversas constelaciones conceptuales. Construiremos entonces una suerte de relato de cómo se producen estas apariciones en los *Cuadernos*. Relato que, aun si por su propia estructura pueda parecer sugerir un despliegue unívoco y coherente, no dejará de evidenciar las tensiones y contradicciones del concepto, de realizar los distintos itinerarios que van construyendo formas distintas de entender la hegemonía.

Al recorrer estos caminos, intentaremos explorar la constitución de diversas formas de complejizar, bajo el concepto de hegemonía, el entendimiento de la política en sus continuidades y rupturas con los elementos que hemos delineado en el capítulo primero. Buscaremos, por tanto, ubicando sus apariciones, atravesando sus itinerarios, reconstruyendo sus distintas formas, delinear la anatomía del monstruo de la hegemonía que reside en el laberinto de los *Cuadernos*. Construiremos así un mapa que registre como en estos textos se desarrolla la problemática teórico-política que hemos visto emerger en los textos precarcelarios. Reconstruyendo su despliegue a lo largo de las notas carcelarias, observando y narrando su inscripción en diversas constelaciones conceptuales, buscamos pensar cómo las distintas formas de la hegemonía que allí se articulan nos interpelan a la hora de construir una teoría marxista de la política.

1. Los primeros cuadernos. Del estudio de la constitución de la burguesía como clase dominante a las relaciones de fuerza (de febrero de 1929 a octubre de 1930)

La primera mención de la palabra "hegemonía" que aparece en los *Cuadernos de la Cárcel* se encuentra en la nota <44> del primer cuaderno. Escrita a principios de 1930, esta nota constituye una de las más significativas a lo largo de todo el texto carcelario, ya que desde su inicio nos encontramos con una aparición múltiple de la hegemonía en el que se entrecruzan gran parte de los elementos que harán a la polisemia del concepto. En los párrafos de esta nota, titulada "Dirección política de clases antes y después de la llegada al gobierno", se realiza una descripción y comparación histórica entre la llegada al gobierno de los moderados piamonteses durante el *Risorgimento* italiano y la de los jacobinos durante la Revolución Francesa. El uso de la hegemonía que se articula en esta nota, por tanto, muestra ya una interesante diferencia con respecto a la alianza obrero-campesina de la hegemonía proletaria de los textos precarcelarios. Desplegada dentro de un análisis histórico comparado, la hegemonía comienza a aparecer como parte de un nuevo arsenal conceptual orientado a pensar el conflicto de clases y, particularmente, a describir la constitución histórica de la burguesía como clase dominante.

Para ello, antes de abordar el relato histórico comparado entre Italia y Francia, el texto se detiene para introducir algunos elementos con los cuales debe emprenderse el análisis, proponiendo "el criterio histórico-político en que debe basarse la investigación" (*Q1* <44>: 107). Este criterio se centrará en las formas en que se construye la relación de una clase que aspira a ser dominante con respecto al resto: "es dirigente de las clases aliadas, es dominante de las clases adversarias" (Ibíd.). En un movimiento que recuerda la caracterización del vínculo dentro de la alianza entre subalternos que aparecía en los textos precarcelarios, esta distinción no se agota, no obstante, en los sujetos a dirigir o dominar, sino que hace a una distinción temporal: "una clase ya antes de subir al poder puede ser 'dirigente' (y debe serlo): cuando está en el poder se vuelve dominante pero sigue siendo también dirigente" (Ibíd.). Expuestos estos elementos sobre los que basar la investigación del devenir dirigente de una clase, se introduce por primera vez el concepto de hegemonía*:* "puede y debe existir una 'hegemonía política' incluso antes de llegar al gobierno y no hay que contar solo con el poder y la fuerza material que este da para ejercer la dirección o la hegemonía política" (Ibíd.).

La inclusión de la hegemonía política aparece así para referir a una relación entre clases anterior a la toma del poder del Estado, necesaria para su conquista y que se asocia a una capacidad de dirección por medios distintos que la fuerza material estatal[1]. No obstante, al mismo tiempo que parece referir, al igual que antes del encierro, a la constitución de una alianza para la conquista del poder, esta primera mención evidencia un cambio importante con respecto al uso de la hegemonía en los textos precarcelarios: extendiendo el concepto como criterio para diversos análisis históricos y lo utiliza para pensar la dominación burguesa.

[1] Los análisis de los cuadernos centrados en una metodología filológica han destacado la aparición entrecomillada de la palabra hegemonía, insistiendo que Gramsci utiliza esta forma en la escritura para señalar que, con aquella palabra, se refiere a algo distinto de aquello que el término significaba tradicionalmente. Como si aún se supiera que se utiliza una palabra que en sí no contiene el desarrollo teórico con el que se cargará después, estas comillas expresarían así una forma provisional en el uso de la hegemonía. Esta hipótesis, a su vez, se sostiene en la posterior desaparición de las comillas y del adjetivo política, cuando Gramsci reescriba esta nota en su versión definitiva (Cospito, 2008).

Desde esta primera mención sin mucho desarrollo conceptual, se pasa inmediatamente a analizar el accionar de los moderados piamonteses, vinculando de esta forma la noción de hegemonía al *Risorgimento*, y buscando pensar cómo estos logran "establecer el aparato de su dirección política" (Ibíd.). La descripción que sigue encuentra en sus protagonistas, los políticos moderados, una figura en la que se combina el empresario y el organizador político, nombrándolos así como intelectuales orgánicos, como una vanguardia de las clases altas italianas. Un análisis que se reitera en la nota <46>, abordando "el mecanismo de hegemonía de los moderados sobre los intelectuales [...] La hegemonía de un centro directivo sobre los intelectuales" (*Q1* <46>: 121) y vinculando así al concepto a este momento ideológico. De esta forma, aunque sin ser teorizado, parecería que esta dirección que busca pensarse bajo la palabra hegemonía encuentra en la figura de los intelectuales su articulación privilegiada. Aquí, los moderados, al representar a una clase progresiva en la historia, la burguesía en el siglo XIX, lograrían condensar espontáneamente al conjunto de las capas intelectuales de todo el país. Esto suma, a su vez, un nuevo criterio de investigación histórica: el que niega que los intelectuales sean una clase independiente y los vincula orgánicamente con las clases sociales fundamentales. En definitiva, parecería que es esta atracción intelectual de una clase fundamental y progresiva, la que organizaría la hegemonía.

No obstante, esta primera imagen se complejiza en la misma nota <44> al analizar la comparación del proceso del *Risorgimento* con la experiencia revolucionaria francesa. El concepto de hegemonía se incluye nuevamente, pero ahora como propio de la experiencia del jacobinismo que contrasta con los moderados piamonteses. En ambos casos, el relato apunta a describir momentos históricos de "revolución burguesa". Es decir, del devenir clase dominante de la burguesía por la mediación y el accionar de un partido que llega al poder del Estado. Proceso que coincide, a su vez, con la constitución de una nueva forma de Estado, del Estado nacional en sí. Pero en el relato del proceso por el cual "los jacobinos conquistaron con la lucha su función de partido dirigente" (*Q1* <44>: 116) aparece un mecanismo más complejo que la mera conquista ideológica de las capas dirigentes. El texto afirma que los jacobinos se imponen al resto de la burguesía haciéndola tomar posiciones más avanzadas que la que esta habría adoptado. Es decir, la idea de hegemonía supone dirigir a la clase dominante más allá de sus intereses corporativos para que pueda así constituir y conducir un bloque nacional que incluya otras clases. La Revolución Francesa aparece por lo tanto como un proceso de lucha en los que se logra producir una alianza de la burguesía con los campesinos, mediante la cual "la provincia aceptaba la hegemonía de París" (*Q1* <44>: 117). Pero también de un proceso por medio del cual los jacobinos "no sólo fundaron el Estado burgués, hicieron de la burguesía la clase 'dominante', sino que hicieron aún más (en cierto sentido), hicieron de la burguesía la clase dirigente, hegemónica, o sea dieron al Estado una base permanente" (Ibíd.).

De esta forma, en su primera mención en los *Cuadernos de la Cárcel*, el concepto de hegemonía es utilizado para comparar dos procesos de constitución de la burguesía como clase dominante de una sociedad. Por un lado, Francia, que reaparecerá numerosas veces a lo largo del texto carcelario como experiencia paradigmática del devenir dominante de la burguesía, donde, tras una serie de luchas los jacobinos lograron establecer, en alianza con los campesinos, teniendo en cuenta sus intereses, una base sólida para la nueva forma de Estado. Por otro lado, la Italia del *Risorgimento*, donde nos encontramos con un relato de la constitución de una dirección

intelectual por parte de los moderados en la que la relación entre clase dirigente, Estado y clases populares aparece de forma muy distinta.

Como parte de los usos de la hegemonía para pensar estas formas del devenir dominante de la burguesía, el caso italiano, y su diferencia con la forma francesa, se define en el marco de una nueva constelación histórica que lo asimila al devenir dominante de la burguesía en el caso alemán. Al igual que en Italia, allí la debilidad de la burguesía y el momento histórico en que deviene dominante, impiden en Alemania un proceso de tipo jacobino. En el relato de este texto se afirma así que en Francia la burguesía pudo despertar las energías populares y organizarlas hasta 1848, momento en que su expansión choca con el desarrollo de la clase antagónica, el proletariado. A partir de este momento, en el cual la clase obrera parece despertar a la vida política, una estrategia del tipo jacobino para el establecimiento de la hegemonía burguesa empieza a aparecer en toda Europa como amenazante para la burguesía. Por esta razón, tanto en Italia como en Alemania, si bien era posible imaginar una acción de la burguesía sobre el campesinado y las masas populares movilizadas, se opta en cambio por la constitución de una alianza con las viejas clases feudales: "la relación de clase creada por el desarrollo industrial con el alcance del límite de la hegemonía burguesa y el vuelco de las situaciones de clases progresistas induce a la burguesía a no luchar a fondo contra el viejo mundo, sino a permitir subsistir de él aquella parte de fachada que sirve para velar su dominio" (*Q1* <44>: 119).

Introduciendo así la idea de un límite a la hegemonía burguesa, aparecen procesos nombrados como revolución sin revolución, o revolución pasiva, que muestran la articulación de una forma distinta de constitución del conjunto nacional. Si los mecanismos clásicos de la hegemonía apuntaban a una incorporación de las masas como sustento del Estado, en esta inflexión el concepto oscila entre esta forma y la constitución de algún otro tipo de alianza sobre la que se apoya la dominación burguesa. En este movimiento, por tanto, aun sin ser conceptualizado, la hegemonía supone distintas formas con la que la burguesía puede dominar sobre el conjunto. En una vemos claramente el problema de la integración de masas como resultado de un proceso de lucha mediado por la política estatal. En el otro caso, con un gran énfasis a la acción "privada" de diversos intelectuales, el agotamiento de su progresividad histórica llevaría a la burguesía a sostenerse en una alianza entre clases dominantes que aparece como portadora de una hegemonía limitada[2].

[2] El análisis del *Risorgimento* como forma del devenir dominante de la burguesía en Italia reaparece en este primer cuaderno, vinculando estas primeras apariciones de la hegemonía a su última mención en los textos precarcelarios dentro de la reflexión sobre la cuestión meridional. Al igual que en este texto, al analizar el caso italiano observaremos cierta preponderancia del rol de los intelectuales que ha llevado a algunos autores a plantear una fuerte línea de continuidad entre ambos textos, anclando el concepto de hegemonía en la dirección producida por los intelectuales (Macciochi, 1987; Vacca, 2016a). Sin embargo, las referencias al concepto de hegemonía que aparecen en el texto carcelario a la hora de abordar el *Risorgimento* apuntan principalmente a pensar cómo se conforma la "hegemonía piamontesa" (*Q1* <116>: 168) sobre el resto de Italia, en un uso que la vincula a la noción tradicional de supremacía entre naciones. Pero existen a su vez elementos que apuntan a la producción de un vínculo entre esta preponderancia que permite la unificación de los estados italianos bajo la dirección del Piamonte y una dirección de clase entendida como hegemonía. La relación hegemónica aparece entonces, continuando las reflexiones sobre la cuestión meridional, en el vínculo entre el norte industrial y el sur campesino, donde si el primero logra dirigir es porque representa a la burguesía en su progresividad histórica en el plano de la producción. Pero, a modo de complejizar aún más el sentido del concepto, la diferenciación de esta experiencia del

Pero más allá de esta importante diferencia, que podría suponer en cada caso una conceptualización muy distinta de la hegemonía, siempre se trata de un momento identificado con la fundación de los estados burgueses. Es decir, con el momento en que la burguesía se establece como clase dominante a partir de la construcción del Estado nacional moderno. En este sentido, si bien la nota comienza con la discusión sobre la dirección política previa a la llegada al gobierno, afirmando que la hegemonía política puede y debe constituirse antes de contar con el poder del Estado, los ejemplos que brinda no parecen trazar una separación clara entre *un antes* y *un después* de este acceso a la dirección del Estado de cara a la construcción de la hegemonía. Tanto los jacobinos como los moderados parecen llevar a cabo sus acciones principalmente desde el poder del Estado. Aun si en este segundo caso aparece un énfasis en su dirección intelectual, lo cierto es que es desde el accionar del Estado piamontés que se articula la unificación y la constitución del Estado italiano moderno. Más que un antes del Estado, lo que aparece es una relación aún no desarrollada entre la hegemonía y la constitución de una forma de Estado.

Esta coordenada histórica parece entonces situar a la hegemonía, sea plena o limitada, en el momento en que se produce un cambio en la dominación de clase de la sociedad, en el que se funda un nuevo Estado acompañando el proceso por el cual deviene dirigente de una clase a partir de su progresividad histórica. Desde esta consideración, el concepto de hegemonía se mueve una vez más dentro de esta misma nota, pasando de describir procesos de afirmación de la burguesía a pensar el devenir dominante del proletariado en la revolución rusa. De esta forma, en un uso que recuerda a la idea de hegemonía proletaria presente en los textos precarcelarios, el accionar de Lenin y los bolcheviques aparece aquí asimilado al de los jacobinos. En ambos se trataría de la constitución de una "alianza entre dos clases con la hegemonía de la clase urbana" (*Q1* <44>: 120). Luego de la extensa descripción de los procesos históricos burgueses, hacia el final de esta nota se retorna entonces a la propuesta de una teoría general del devenir dominante de cualquier clase, incorporando el concepto de hegemonía desde aquellos criterios de análisis histórico-políticos planteados al inicio.

Desde esta primera aparición, un primer terreno del despliegue de la hegemonía se dará en la problematización de la noción de sociedad civil, como una manera de pensar esa tensión entre su producción antes y después de la conquista del gobierno. Bajo una conceptualización nombrada como hegeliana, la noción de sociedad civil buscará explicar el vínculo entre las asociaciones "privadas", de libre iniciativa, y el Estado para la producción del consenso hacia la

devenir dominante de la burguesía con su modelo "clásico" francés hace a la hegemonía del norte un problema para el pleno desarrollo del conjunto, volviendo a la hegemonía, en este caso, la imposibilidad de universalizar una dirección para toda Italia en sentido de dicha progresividad: "la hegemonía del norte habría sido normal e históricamente benéfica, si el industrialismo hubiese tenido la capacidad de ampliar con un cierto ritmo sus cuadros para incorporar constantemente nuevas zonas económicas aisladas. Entonces esta hegemonía hubiera sido la expresión de una lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo progresista y lo atrasado, entre lo más productivo y lo menos productivo; se hubiera dado una revolución económica de carácter nacional (y de amplitud nacional), aunque su motor hubiera sido temporal y funcionalmente regional. Todas las fuerzas económicas habían sido estimuladas y a la diferencia hubiera sucedido una unidad superior. Pero no fue así. La hegemonía se presentó como permanente; el contraste se presentó como una condición histórica necesaria por un tiempo indeterminado y por lo tanto aparentemente 'perpetua' por la existencia de la industria septentrional" (*Q1* <149>: 287).

dominación. De esta forma, se introduce un elemento que ya había aparecido en los textos precarcelarios y que hace al momento consensual de una dirección entre clases, pero claro está, a la luz de los análisis históricos, en una extensión que plantea no sólo una relación entre clases subalternas, sino una relación entre clase dominante y el conjunto de la sociedad. En este sentido, la constitución de una dirección basada en el consenso permite comenzar a plantear la hegemonía no como una mera dirección política entre dos clases, sino bajo la posibilidad de una clase de universalizar su dirección, y con esta sus intereses, sobre el conjunto de la población. Articulada con el análisis histórico de la constitución de la burguesía como clase dominante, aparece así la idea de una época "clásica" de la hegemonía, de la conquista de esta dirección de toda la sociedad, pensada desde el caso francés pero caracterizada de manera general por su ejercicio bajo el régimen parlamentario.

> El desarrollo del jacobinismo (de contenido) ha encontrado su perfección formal en el régimen parlamentario, que realiza en el período más rico de energías "privadas" en la sociedad la hegemonía de la clase urbana sobre toda la población, en la forma hegeliana de gobierno con el consenso permanentemente organizado (con la organización dejada a la iniciativa privada, o sea de carácter moral o ético, para el consenso "voluntario", en una u otra forma). El "límite" hallado por los jacobinos con la ley Chapelier [o el máximum] es superado y ampliado a través de un proceso complejo, teórico-práctico (jurídico-político-económico), por el cual se recupera el consenso político (se mantiene la hegemonía) ampliando y profundizando la base económica con el desarrollo industrial y comercial hasta la época del imperialismo y la guerra mundial (*Q1* <48>: 123).

En este breve párrafo nos encontramos por tanto con una rica descripción para empezar a desplegar el concepto de hegemonía en el paso histórico desde la revolución y la conquista del Estado hacia su realización plena. En primer lugar, la idea de "jacobinismo de contenido" y de hegemonía de la clase urbana parecen referir aquí a la dominación burguesa sobre toda la sociedad. Pero esta idea del devenir de la clase dominante de la burguesía se presenta en la constitución de un gobierno con un consenso permanentemente organizado, cuya organización aparece como "privada". Retomando así la conceptualización hegeliana de la sociedad civil, pareciera que es allí donde se produce dicho consenso a la dirección de una clase, y por tanto donde se produce la hegemonía, bajo medios morales o éticos que vinculan nuevamente al concepto a una dimensión intelectual.

Sin embargo, se afirma que esta hegemonía se alcanza una vez superado el primer límite en su extensión hacia la clase obrera, identificado con la ley Le Chapelier de 1791, que instaura la libertad de empresa, prohíbe los gremios laborales y las huelgas, y aparece a lo largo de los *Cuadernos* como el momento de choque entre la burguesía revolucionaria y las nacientes organizaciones obreras. Esto se logra, en el relato gramsciano, tras un proceso complejo al que "contribuyen los teóricos-filósofos, los publicistas, los partidos, etcétera, para la parte formal y los movimientos de masas para la parte sustancial" (*Q1* <48>: 124). Proceso tras el cual se alcanza el consenso para la dirección política de clase: la hegemonía. De esta forma, la constitución de la hegemonía no aparece como un fenómeno intelectual sino como el resultado de un proceso que tiene como protagonistas a las masas y que se articula, frente a sus luchas, desde mecanismos jurídico-político-económicos. Se trata así de un movimiento del concepto desde el

momento de la conquista del poder al de la consolidación de la dominación burguesa, al momento "normal" y "clásico" de la hegemonía:

> El ejercicio 'normal' de la hegemonía en el terreno que ya se ha vuelto clásico del régimen parlamentario, está caracterizado por una combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran sin que la fuerza supere demasiado al consenso, sin que más bien aparezca apoyada por el consenso de la mayoría expresado por los llamados órganos de la opinión pública (*Q1* <48>: 124).

La hegemonía aparece como resultado de este complejo proceso de luchas y como una forma de gobierno que puede equilibrar la coerción y un consenso, que se organiza y se expresa en la sociedad civil desde los "órganos de la opinión pública". Esta consolidación de la dominación burguesa parece cristalizarse, o alcanzar su "perfección normal", en el régimen parlamentario como forma política que permite una dirección burguesa del conjunto de la sociedad que incluye a las masas movilizadas.

Esta época clásica de la hegemonía desplaza así sus coordenadas históricas desde fines del siglo XVIII al siglo XIX. Sin embargo, la especificidad de tal momento histórico no parece estar definida con claridad en el texto gramsciano. Siempre considerando el caso francés como paradigmático, podría considerarse la supresión formal de aquel límite de la hegemonía sobre la clase obrera, la derogación de la ley Chapelier en 1864, como el inicio de tal momento clásico o normal de la hegemonía. Más precisamente, y tal como aparece en notas posteriores, podría fecharse este pasaje a partir del momento en que la burguesía logra superar las amenazas revolucionarias de las masas subalternas: ya sea en 1848, tras las Jornadas de Junio, o en 1871, tras la derrota de la Comuna de París. Se trataría del momento en que la burguesía muestra su capacidad de no solo reemplazar a la antigua clase dominante sino también de derrotar a las nuevas clases en lucha por su propia hegemonía.

En todo caso, la extensión generalizada de la hegemonía no se asocia ya al momento anterior a la toma del poder ni a su inmediata conquista por parte de la burguesía. La hegemonía, como forma de articular una dirección de masas, representa una transformación en la forma del Estado, producto de un largo proceso de lucha por la que la clase dominante logra equilibrar coerción y consenso poniendo bajo su dirección al conjunto de la nación. Pero a su vez, este movimiento histórico-temporal del concepto en los *Cuadernos* continúa hacia el momento de agotamiento de esta forma de hegemonía. Es decir, hacia la crisis del régimen parlamentario en la crisis de la posguerra, en esta "el aparato hegemónico se resquebraja y el ejercicio de la hegemonía se hace cada vez más difícil" (*Q1* <48>: 124). Nos reencontramos así, en los usos del concepto de hegemonía, con la problemática de la crisis del orden liberal que atravesó nuestro recorrido por los textos gramscianos precarcelarios[3] .

[3] Esta crisis aparece aquí, no obstante, dentro de un relato histórico de largo aliento: la crisis de Occidente. Se trata del quiebre de una unidad europea que se apoyaba en tres pilares: el espíritu crítico, el espíritu científico y el espíritu capitalista. Unidad que era producto de un proceso que comienza con la reforma protestante y culmina en el siglo XIX. Se nos dice a su vez que esta unidad "estaba restringida a un pequeño círculo hegemónico" y que ahora su "aparato de gobierno espiritual se ha roto, hay crisis, pero esta es también de difusión, lo cual conducirá a una nueva 'hegemonía' más segura y estable" (*Q1* <76>: 147). De esta manera, la hegemonía aparece vinculada a un aparato principalmente ideológico. En el caso de aquella previa unidad europea, vinculada al largo proceso de desarrollo de la burguesía, este gobierno

Nos hemos detenido en esta descripción de los usos de la hegemonía en el primer cuaderno porque consideramos que condensa las principales tensiones con las que se desarrollará en el texto gramsciano[4]. La hegemonía aparece como parte del análisis que busca pensar cómo una clase deviene dominante, cargándose de determinaciones que exceden la idea de hegemonía proletaria tal como aparecía en los textos precarcelarios. En su uso efectivo dentro de los análisis históricos nos encontramos a su vez con formas distintas de producción de una hegemonía. La hegemonía aparece así conceptualizada en la tensión entre un antes y un después del gobierno; entre una dirección intelectual de la sociedad y una serie de políticas o el resultado de procesos de lucha; entre una relación con las masas y el conjunto nacional que se vuelve base del Estado y una alianza entre clases, dominantes o subalternas. El concepto se desarrolla para pensar la dominación de clase de la burguesía, pero se extiende brevemente para hablar de la hegemonía proletaria. Atravesado por una filosofía de la historia que sigue pensando en términos de clases progresivas, lo hegemónico aparece en el cambio entre clases dominantes de una sociedad, vinculando, de alguna forma, el concepto de hegemonía al de revolución; y, a la vez, contra esta idea, aparece como un momento de consolidación de la dominación, posterior a aquel de toma del poder. Es decir, como una forma particular con la que la burguesía alcanza una dirección política de las masas.

Sin embargo, cuando nos movemos de este primer cuaderno, observamos que la complejidad del vínculo hegemónico que caracterizaría la dominación de clase no continuará desarrollándose de forma lineal. En efecto, al analizar el segundo y el tercer cuaderno, no se encuentra un desarrollo teórico sustancial del concepto de hegemonía. Lo cual no significa que la palabra no sea mencionada, pero el texto gramsciano parece retomar un uso más bien genérico y tradicional de la palabra para referir a una prevalencia en el plano internacional. Esta aparece, principalmente, describiendo la relación entre distintas naciones como la hegemonía, a veces cultural, de un país o una región sobre otra.

En el segundo y tercer cuaderno, nos encontramos así con el análisis de los elementos con que una nación establece "la hegemonía política sobre las naciones que le están subordinadas" (*Q2* <125>: 26). Dentro de esta temática, la hegemonía conoce menciones que refieren, por ejemplo, a la imposibilidad de creación de una liga báltica, debido al miedo a la hegemonía sueca; a la hegemonía española sobre la Italia renacentista; al enfrentamiento entre estados hegemónicos, como Francia y Alemania, por consolidar posiciones en el mercado mundial o a la hegemonía de la lengua florentina en la Italia renacentista. En todos los casos, el uso de la palabra hegemonía se restringe a la adjetivación de un fenómeno, un vínculo entre dos entidades (culturales o políticas) pertenecientes a distintas realidades nacionales. Tampoco contamos con algún tipo de problematización del vínculo entre aquella hegemonía de una clase sobre una nación y su posible extensión al plano internacional, por lo que se trata, en gran medida, de apariciones

espiritual sólo parecía incluir a un pequeño grupo de la sociedad. Por el contrario, la nueva hegemonía que debía producirse tras la crisis de posguerra —sin determinar si se trata de una hegemonía proletaria o de una rearticulación de la dominación burguesa— se difundirá sobre capas mayores de la población, siendo así más segura y estable.

[4] Siguiendo la datación propuesta por Francioni (1982), el conjunto de notas significativas respecto al concepto de hegemonía de este cuaderno son escritas entre febrero y marzo de 1930, es decir casi un año después del comienzo del trabajo gramsciano de escritura y suponen, por tanto, un cierto grado de elaboración y lecturas ya realizadas por parte de Gramsci.

descriptivas y no sustanciales de la palabra "hegemonía". La persistencia de este uso de la hegemonía nos muestra, por tanto, que la palabra no ha tomado todavía la forma de un concepto definido, capaz de referir a la problemática de la relación entre masas, clases y Estado, de designar teóricamente una forma de relación social, sino que continúa apareciendo bajo diversos y múltiples usos[5].

Existen, no obstante, dos usos de la hegemonía en estos cuadernos que parecen acompañar a lo que comenzó a desplegarse en el primer cuaderno. En primer lugar, en el abordaje de cómo se pierde la "hegemonía política de Europa antes de la guerra mundial" (*Q2* <16>: 216), ya que en el crecimiento y la nueva supremacía de EEUU aparece otra inflexión para pensar la hegemonía. Este cambio entre naciones hegemónicas comienza a aparecer relacionado a una transformación en el ámbito económico-productivo, nombrada como *americanismo* y vinculada al fordismo. Se trata de un tema que resuena a lo largo de los *Cuadernos*, y que será tratado posteriormente, con un mayor desarrollo, en un cuaderno, el 22, dedicado particularmente a dicho fenómeno. Lo que aquí aparece, por lo pronto, es una reflexión sobre las formas con las que los industriales norteamericanos "tratan de obtener, además del efecto económico de los altos salarios, también efectos sociales de hegemonía espiritual" (*Q2* <138>: 302). De esta manera, más allá de la influencia del americanismo en el plano internacional, lo que encontramos en esta nota es una hegemonía que, si bien sigue apareciendo como "espiritual", se sostiene también en los altos salarios, haciendo de las transformaciones en la esfera de la producción un elemento determinante en la configuración de la hegemonía burguesa. De manera similar, ya en el primer cuaderno, se afirmaba que en el americanismo "la hegemonía nace de la fábrica y no tiene necesidad de tantos intermediarios políticos" (*Q1* <61>: 136). Se trataba así de un movimiento que, incluso sin negar el momento de intermediación política o intelectual, sustentaba la hegemonía en una determinación económica. En estas primeras reflexiones sobre la reconfiguración de la dominación tras la crisis de la posguerra aparece entonces, aún sin un desarrollo teórico profundo, la noción de ciertos efectos de la economía sobre la hegemonía. Noción que en consecuencia complejiza la idea de hegemonía al volverla un fenómeno no sólo ideológico o político.

En segundo lugar, encontramos en el tercer cuaderno un primer borrador de apuntes sobre la historia de las clases subalternas. En otra inflexión de la problematización que comienza en el primer cuaderno sobre el proceso de devenir dominante una clase social, la nota apunta a

[5] Como lo ha destacado Francioni (1982), estos cuadernos, escritos en paralelo a la redacción del conjunto de los otros cuadernos de este período, consisten en un conjunto apuntes a partir de las diversas lecturas y contienen muy pocos desarrollos originales, siendo nombrados como una suerte de "apuntes de memoria política" por Mangioni (1987) en su reconstrucción de la escritura gramsciana. Si bien podríamos considerar al conjunto de las notas "misceláneas" como apuntes preparatorios, borradores para el tratamiento de temas en mayor desarrollo, el segundo y el tercer cuaderno son utilizados, más que ningún otro, como meros anotadores sobre las primeras lecturas que servirán como insumos para las reflexiones teóricas y los análisis históricos. No es casual, entonces, que aparezcan numerosas notas de redacción única que no se retomarán en los desarrollos de cuadernos posteriores. En lo que hace al uso de la palabra hegemonía encontramos notas que sostienen esta idea general de predominio pero que claramente poco tienen que ver con el desarrollo de un concepto que hace a la relación entre clases, encontrando formulaciones del tipo: "hegemonía francesa en cuanto a la moda femenina e inglesa en cuanto a la masculina" (*Q2* <58>: 254), "en ningún país americano son los italianos la raza hegemónica" (*Q3* <5>: 19) o "hegemonía del derecho germánico" (*Q3* <87>: 85).

estudiar el proceso por el cual una clase gana su autonomía con respecto a otra para conquistar luego la adhesión de otras fuerzas sociales en su lucha por volverse dominante. En este recorrido, que reserva el ámbito estatal a la clase dominante y la sociedad civil a las clases subalternas, se afirma que hay que observar cómo, en este ámbito no estatal, una clase subalterna "ejercerá ya su hegemonía" (*Q3* <90>: 89) sobre otras clases subalternas. De esta manera, sin teorizar dicho vínculo o precisar cómo se produce, volvemos a encontrarnos con el problema de la dirección de clases antes de la llegada al poder tanto con la formulación de una alianza entre clases subalternas. En esta alianza es una entre de estas clases subalternas la que hegemoniza y, de esta forma, logra el apoyo en su lucha contra la clase dominante. Así, la hegemonía parece volver a separarse de todas las determinaciones que había cobrado en los análisis concretos del devenir dominante de la burguesía, para volver a referir, como en la noción de hegemonía proletaria de los textos precarcelarios, a un liderazgo en la sociedad civil entre los grupos subalternos en lucha.

El conjunto de estas reflexiones, en las que la hegemonía va cobrando distintos sentidos, parecen precipitarse a una primera articulación teórica hacia octubre de 1930. La pregunta por cómo se constituye la dominación de una clase de manera de poder dirigir al conjunto de las demás clases, incluyendo a su clase antagónica, había emergido, decíamos, frente a un auge de la lucha de masas subalternas que desbordaba las formas parlamentario-liberales de la dominación burguesa pero que no lograban aún constituir su propia forma de dominación. Pero si en este problema —el de la incorporación de las masas a una dominación que se reconfigura o el de las posibilidades de que estas superen su condición subalterna— se juega la posibilidad de una transformación revolucionaria, se requiere repensar el relato que hace de la historia la necesaria realización de un espíritu progresivo. La relación, por tanto, entre la objetividad económica y su realización voluntaria en una transformación ideológica-política aparecerá entonces mediada por el concepto de hegemonía que había comenzado a desplegarse justamente en el análisis de las transformaciones de la dominación.

La constelación histórica de las luchas revolucionarias de masas en la posguerra, que rompen con la forma "clásica" de la hegemonía burguesa, y su potencial fracaso, su posible absorción bajo una transformación de dicha forma de dominación, hacen por lo tanto emerger un problema teórico-político y conducen a una reformulación de la teoría en la que se basan los análisis gramscianos. Esta reformulación tomará la forma de un conjunto de notas de la primera parte del cuaderno cuarto, presentadas como una serie de "apuntes de filosofía". En estas se ensaya un primer intento de desplegar una reconceptualización del marxismo bajo la reflexión del "problema crucial del materialismo histórico" (*Q4* <38>: 167): el problema de las relaciones entre estructura y superestructuras. En este movimiento se producirá la que quizá sea la aparición más relevante del concepto de hegemonía: aquella donde es repensada desde una teoría de las relaciones de fuerzas entre clases sociales, que se orienta, a su vez, a reformular el problema de lo político en el marxismo.

La nota <38> del cuarto cuaderno delinea así los criterios metodológicos para analizar situaciones a partir de la constitución de fuerzas sociales en pugna. Estas serán a su vez distinguidas analíticamente en niveles, planteando el paso desde el nivel de la objetividad estructural a aquel nivel subjetivo-voluntario de una superestructura, que aparece a la vez pluralizada. El texto expone, de esta manera, el pasaje entre tres niveles de las relaciones de fuerza: 1) un nivel "objetivo" ligado a la estructura productiva y al desarrollo de las fuerzas

materiales de producción que da lugar a distintos agrupamientos sociales en relación a la posición y la función de los sujetos en ella; 2) un nivel de "relaciones de fuerzas políticas" correspondiente a la forma en que los agrupamientos del primer nivel toman conciencia política, se organizan y disputan con otras fuerzas sociales; nivel dividido en distintos momentos, y donde se despliega la hegemonía; 3) un nivel de relaciones de fuerza de enfrentamiento directamente violento entre las fuerzas sociales.

¿En qué sentido el segundo nivel, el político, aparece como aquel de la hegemonía? Dentro de este nivel, el texto gramsciano postula la existencia de distintos momentos en el grado de conciencia de las fuerzas sociales. Momentos que puntúan el paso desde la organización más inmediata de sí como agrupamiento social hasta su capacidad de organizar y dirigir a otros grupos. El texto plantea la existencia de un primer momento "económico primitivo", donde las fuerzas se organizan en torno a un mismo grupo profesional. Luego, un segundo momento, "económico-corporativo", donde hay conciencia de la solidaridad de intereses económicos entre todos los miembros de una clase más allá de su ocupación concreta. Por último, un tercer momento donde se superan esos intereses corporativos para dar lugar a una operación por la cual los intereses propios pueden y deben articularse con los intereses de otros agrupamientos. Se trata del momento en que una fuerza social supera la conciencia de sus intereses meramente económicos, convirtiéndolos en un interés político que incluye de manera subordinada a aquellos de otros grupos, en pos de dirigirlos. Es decir, al pensar la hegemonía, estamos frente al "paso definido de la pura estructura a las superestructuras complejas, es la fase en la que las ideologías germinadas anteriormente entran en contacto y en oposición hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse sobre todo el área, determinando, además de la unidad económica y política, también la unidad intelectual y moral en un plano no corporativo, sino universal, de hegemonía de un agrupamiento social fundamental sobre los agrupamientos subordinados" (*Q4* <38>: 170).

La hegemonía aparece como un momento del proceso de constitución de las fuerzas sociales, un momento en el que una de estas puede universalizar sus intereses y asumir un rol de dirección. Un momento que no es resultado de un desarrollo pacífico sino producto de un proceso de lucha entre distintas fuerzas sociales por obtener dicha hegemonía y que no refiere tampoco al mero enfrentamiento entre grupos sin más definición. Las fuerzas que aquí se presentan parten desde los "agrupamientos sociales fundamentales". Es decir, son la forma en la que se organizan, en su enfrentamiento, los grupos surgidos del primer nivel "objetivo" de las relaciones de fuerza. En otras palabras, no son agrupamientos sin más, sino las clases sociales mismas. En particular aquellas clases "fundamentales" que, retomando las premisas del prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx que enmarcan a esta nota, representan el enfrentamiento por la conservación o la necesaria y progresiva superación del orden existente. Sin embargo, la definición de este momento de la hegemonía presenta una potente ambigüedad que permitirá que su forma, su momento, su territorio de disputa y sus características puedan ser entendidos en diversos sentidos.

La hegemonía aparece, en principio, como resultado de un enfrentamiento entre "ideologías germinadas anteriormente". Lo que la vincula, de esta forma, al resultado de una disputa por cierta dirección intelectual. Se trata, nuevamente, de una caracterización de la lucha por la hegemonía como principalmente ideológica que se refuerza hacia el final de la nota: "los hombres toman conciencia de los conflictos fundamentales en el terreno de las ideologías" (Q4

<38>:176), cuya investigación “debe ser realizada en la esfera del concepto de hegemonía” (Q4 <38>: 177). De esta manera, la hegemonía, como el momento en que se logra la dirección de un grupo social sobre los grupos subordinados, aparece ligada a una toma de conciencia y a una posterior lucha por la difusión de esta conciencia en otros grupos sociales, hasta el momento que se impone en toda la sociedad como ideología del nuevo grupo dominante.

Sin embargo, inmediatamente después de plantear este enfrentamiento entre ideologías, la introducción del elemento del Estado complejiza las determinaciones del fenómeno. Este aparece como central para que un grupo fundamental logre su hegemonía: “el Estado-gobierno es concebido como organismo propio de un agrupamiento para crear el terreno favorable a la máxima expansión de este mismo agrupamiento, pero también esta evolución y esta expansión son vistas concretamente como universales, es decir, vinculadas a los intereses de los agrupamientos subordinados, como un desarrollo de equilibrios inestables entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo fundamental prevalecen pero hasta cierto punto, al menos no hasta el egoísmo económico-corporativo” (*Q4* <38>: 170). Parecería que para alcanzar aquel nivel de dirección del conjunto de lo social no alcanza con el mero convencimiento ideológico, sino que el Estado-gobierno aparece como el necesario articulador de los “equilibrios inestables” de intereses que permite producir el paso desde lo económico corporativo para incluir de manera subordinada los intereses de los otros grupos y establecer, así, una hegemonía. La inclusión del Estado como aquel espacio donde efectivamente se produce el equilibrio de las relaciones de fuerzas en una situación dada complejiza entonces el concepto de hegemonía. Lo desplaza, más allá de lo ideológico, hacia una determinación política estatal.

A su vez, la necesidad de incluir los intereses de otros grupos en pos de dirigirlos, construyen una suerte del sustrato “material” del vínculo hegemónico. La posibilidad del sostenimiento de la hegemonía, se entrecruza con elementos de lo económico, partiendo desde las relaciones sociales de producción, de las posiciones, y relaciones de subordinación entre las clases en estas y de la necesidad de poder producir lo suficiente como para poder garantizar algo más que los intereses corporativos de la clase dominante: “evidentemente el hecho de la hegemonía presupone tener en cuenta los intereses y la formación de un cierto equilibrio, es decir, que el agrupamiento hegemónico hace sacrificios de orden económico-corporativo, pero estos sacrificios no pueden afectar a lo esencial, porque la hegemonía es política pero también y especialmente económica, tiene su base material en la función decisiva que el agrupamiento hegemónico ejerce sobre el núcleo decisivo de la actividad económica” (*Q4* <38>: 173).

Nuevamente, entonces, el concepto de hegemonía oscila entre un antes y un después de la toma del poder estatal y, a partir de esta oscilación, produce distintas posibilidades para determinar su naturaleza: como ideológica-cultural, intelectual y moral, o como un complejo de relaciones políticas, económicas e ideológicas[6]. Del mismo modo esta diferencia repercute en la

[6] Este elemento para caracterizar la hegemonía nos refiere al problema de su periodización para su caso paradigmático, Francia. La hegemonía, lejos de caracterizar el momento de toma del poder por la burguesía, representado en la historiografía gramsciana por la revolución francesa, parece sostenerse en cómo “las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrolla después de 1789 encuentran su composición relativa solamente con la tercera república y Francia tiene 60 años de vida política equilibrada” (*Q4* <38>: 169). Es decir, el momento de estabilización de la dominación burguesa, el ejercicio normal y clásico de su hegemonía en el régimen parlamentario se sitúa históricamente en la

determinación del territorio en el que se ejerce la hegemonía. Por un lado, es una lucha en la sociedad civil diferenciada de lo estatal, una "fase de hegemonía en la sociedad civil (o de lucha por la hegemonía)" (*Q4* <46>: 185). Por otro lado, el poder del Estado, sus mecanismos e instituciones, son centrales para establecer un equilibrio de intereses que permite universalizar la dirección de clase.

Tras su uso en análisis históricos concretos, nos encontramos ahora con un concepto que da cuenta de un momento de disputa por la dirección del conjunto de la sociedad entre fuerzas sociales derivadas del mundo de la producción, un proceso de lucha de clases[7]. Esta dirección implica un equilibrio inestable entre los intereses del grupo dirigente, que siempre predominan, y los de los grupos subordinados. El texto gramsciano presenta así al concepto de hegemonía como un momento central del proceso de lucha entre fuerzas sociales que ha postulado, por su parte, como criterio general de análisis de constitución de lo social. Es decir, del modo en que se pasa de procesos surgidos de la estructura a formas de conciencia y organización de las superestructuras. El concepto de hegemonía, por tanto, se sitúa en la relación entre estructura y superestructura, entre lo objetivo y lo subjetivo, volviéndose una pieza clave de una redefinición teórica general para el comprender al marxismo.

En efecto, a continuación de estas primeras definiciones, en esta misma nota cargada de densidad teórica, la cuestión de las relaciones de fuerza y de la hegemonía se desliza hacia la crítica del economicismo y el análisis de la influencia de lo económico en los hechos históricos fundamentales.[8] Al contrario del economicismo, la cuestión no es planteada en términos de una

---

tercera república, como una forma de dominación que se produce tras las diversas oleadas revolucionarias, y particularmente, tras la comuna de París, cuando "no solo la nueva clase que lucha por el poder derrota a los representantes de la vieja sociedad que no quiere confesarse decididamente superada, sino que derrota también a los representantes de los grupos novísimos que consideran superada la nueva estructura surgida de la revolución del 89 y demuestra así su vitalidad tanto frente a lo viejo como frente a lo novísimo" (*Q4* <38>: 168).

[7] Antes de continuar con el desarrollo de la nota, nos encontramos con nuevas menciones de la palabra hegemonía, esta vez dentro del análisis del tercer momento de las relaciones de fuerzas, el militar. En este punto se retoma una noción tradicional de la palabra como relación entre naciones para pensar la lucha de una nación oprimida frente a un Estado hegemónico. Aquí no hay una teorización que vincule el momento político en que una clase deviene hegemónica, en el cual el concepto designa una relación entre clases, y este momento que sitúa a la hegemonía en una relación entre naciones. Pensando en términos de quién tiene la hegemonía militar para lograr imponerse y de cómo llevar adelante una lucha contra esta que por tanto se vuelve también política, vuelve a mostrarse la polisemia de la hegemonía en un uso que parece tener poco que ver con la teorización con la que se acaba de realizar.

[8] En esta discusión contra el economicismo, y retomando la idea del conflicto entre ideologías como forma de constituir el paso a lo político, la hegemonía vuelve a ser utilizada como parte de una crítica a dos teorías: el librecambismo y el "sindicalismo teórico". Ambas postulan la lucha sólo en términos económicos sin plantear el momento del paso a la articulación de esos intereses en un plano político. En el caso del sindicalismo, se afirma que es una ideología de la clase subalterna que le "impide con esta teoría llegar nunca a ser dominante, salir de la fase económico-corporativa para elevarse a la fase de hegemonía político-intelectual en la sociedad civil y volverse dominante en la sociedad política" (*Q4* <38>: 172). En este movimiento, el sindicalismo teórico genera que la autonomía real del grupo subalterno sea "sacrificada a la hegemonía intelectual del grupo dominante" (*Q4* <38>: 173). De esta forma, nuevamente las menciones de la hegemonía la sitúan en un plano de disputa ideológica en la sociedad civil, aun cuando el concepto esté siendo pensado en una articulación del paso de lo económico a lo político, en la posibilidad de la conquista del poder estatal.

relación directa entre malestar económico y transformación social, sino, justamente, como quiebre del equilibrio histórico en las relaciones de fuerza. La consecución del paso de las relaciones de fuerzas en el plano objetivo-económico al momento político, hegemónico, y militar (o la falta de tal pasaje) se vuelve así el factor que determina efectivamente el impacto, o no, de los hechos económicos sobre la situación concreta.

La densidad de estas reflexiones produce un punto teórico de inflexión para el desarrollo de los *Cuadernos* (Francioni: 1982; Cospito 2008, 2016a y 2016b). A partir de la nota <38> del cuaderno cuarto, con su teorización de las relaciones de fuerza y sus distintos momentos, la palabra hegemonía se carga de una densidad conceptual polisémica. En la producción de un nexo entre análisis históricos concretos y teoría de la historia y la política se comienza a elaborar una reconceptualización de conceptos claves tales como Estado, ideología, intelectuales, consenso, dominación. Y, con ellos, de la forma en que el texto gramsciano entiende la lucha de clases y, de manera más general, al marxismo.[9]

[9] Desde un análisis político-contextual esta inflexión podría derivarse como reacción frente al giro estratégico de la Internacional Comunista tras su VI Congreso. En julio de 1930 Gramsci recibe la visita de su hermano, quien le informa sobre la nueva orientación resuelta por Moscú como política a seguir por el resto de los Partidos Comunistas: ruptura con las fuerzas socialdemócratas, caracterizadas de social-fascistas, y aislamiento de las fuerzas proletarias comunistas en su lucha directa contra la burguesía (Fiori: 2009; Fernández Buey: 2001). Bajo la consigna de "clase contra clase" se daba así comienzo al llamado "tercer periodo", en el que la consolidación de la dirección de Stalin se reflejaba en una política que rompía con la línea de "frente único". Al relatar las discusiones mantenidas con Gramsci en la cárcel, Athos Lisa destaca el rechazo gramsciano a dicho cambio y su defensa de una política que apunte a la dirección de las masas por parte del proletariado (Lisa: 1973). Si nuestro análisis buscase derivar político-contextualmente las intenciones de Gramsci, se podría entonces pensar que la nueva teorización de las relaciones de fuerza, de los momentos intelectual, cultural y político, de la constitución de una alianza de grupos sociales sobre los que se ejerce la hegemonía, aparece como una forma de teorizar la fórmula del "frente único" y criticar, así, la nueva orientación de la Internacional. Tomando este relato, y volviendo sobre los posicionamientos de Gramsci en su disputa con Bordiga, algunos autores han planteado al conjunto de la obra gramsciana, y al concepto de hegemonía en particular, como una teorización de la estrategia del "frente único", buscando así construir un Gramsci alejado tanto del estalinismo como del reformismo del PCI en la posguerra basado en el frente popular (Thomas: 2010, Del Roio: 2015, Mc Nally: 2015). Sin embargo, a nuestro entender estas lecturas sobredimensionan la fórmula leninista del "frente único" como una clave que garantiza una orientación política revolucionaria en el texto gramsciano. La inspiración leninista es también aquella propuesta oficialmente por el PCI dirigido por Togliatti, esta vez utilizando al "frente único" como línea de ataque hacia las corrientes izquierdistas y como base de la política de consenso democrático. En el mismo sentido, la orientación política "hacia las masas", contrapuesta a la línea de Bordiga, es utilizada por autores como Buci-Glucksmann (1978) como argumento a favor de una política en clara simpatía con el eurocomunismo. En este sentido, el mismo informe que realiza Athos Lisa en 1933 de las discusiones con Gramsci permite una lectura "reformista" del "frente único", en una lectura posible de esta política comunista de los años 20 asociada a una táctica defensiva: abandono del impulso a la revolución en los países occidentales asediados por la reacción, y defensa del Estado proletario realmente existente que "ralentiza" la transformación revolucionaria en la Nueva Política Económica (NEP). Consideramos que algo de esta lectura se expresa a su vez en la crítica gramsciana a Trotsky y la oposición de izquierda presente en los *Cuadernos*. En este sentido, consideramos que la insistencia en un Gramsci del "frente único" lejos está de ser una garantía contra la lectura reformista emprendida por el PCI en la posguerra. Es evidente que las condiciones políticas de dicho periodo eran inimaginables para el propio Gramsci, por lo que la política de "frentes populares" no puede extraerse directamente de sus escritos. Pero esto no quiere decir que los textos gramscianos presenten

Sin embargo, lejos de representar una solución definitiva, esta nota constituye un nuevo punto de partida para las principales problemáticas teóricas gramscianas. Hasta este momento nos encontramos con un concepto que comenzó a ser desplegado como parte de los análisis históricos de las formas de constitución de la dominación burguesa para ser desarrollado, luego, como criterio metodológico de análisis general de las relaciones entre clases sociales. Una forma de plantear el análisis, centrado en la formación histórica de fuerzas sociales y la correlación de fuerza entre estas, en el que comienza a delinearse una forma particular de conceptualizar la teoría marxista. Pero las tensiones del concepto —entre un antes y un después de la toma del poder, entre su determinación ideológica y sus elementos estatales, entre sus posibles territorios de disputa y sus formas diferenciadas para la clase dominante y las subalternas— deberán ahora explorarse en los posteriores intentos de repensar esta teoría política marxista, ahora atravesada por el despliegue de la hegemonía.

2. La hegemonía en tensión: intelectuales, sociedad civil y Estado Integral en la crisis de posguerra (de octubre-noviembre de 1930 a 1932)

Luego de estas primeras menciones, y tras el nuevo punto de partida que se articula en la problemática de las relaciones de fuerza entre clases, las reflexiones carcelarias continuarán explorando las inflexiones y sentidos con los que se ha cargado el concepto de hegemonía. Las tensiones y contradicciones del nudo problemático entre lo ideológico-intelectual y lo estatal, y la articulación de este nudo, en relación con la hegemonía, como una categoría para el materialismo histórico, se despliegan así en el conjunto de notas escritas entre octubre de 1930 y el comienzo de la redacción de los cuadernos especiales a mediados de 1932.

Tras aquel punto de inflexión teórica, tenemos, por tanto, un nuevo momento dentro del desarrollo diacrónico de los *Cuadernos*. Un momento donde los textos parecen integrar, en una reflexión que encuentra en la hegemonía un momento determinante, los elementos que han aparecido en los análisis sobre la constitución de una clase como dominante. En este sentido, se podría afirmar que la nota <38> del cuaderno cuarto da paso a una "explosión" teórica (Cospito: 2016b) desde la que se desarrollan, en simultáneo y anudadas en la hegemonía, la teoría gramsciana de los intelectuales y su función política y la del Estado integral, a partir de la inclusión de las instituciones de la sociedad civil[10].

Para comenzar a pensar este desarrollo nos encontramos con una nota —escrita en inmediata continuidad dentro del cuaderno cuarto, justo tras el fin de los "apuntes de filosofía''— que presenta los elementos centrales de una teoría gramsciana sobre los intelectuales. Si estos ya

claramente la teorización de una estrategia opuesta. En todo caso, y en lo que hace a nuestra reflexión sobre el concepto de hegemonía, es claro que la amplitud de su utilización tanto para definir una estrategia del proletariado, una analítica de la dominación burguesa y un elemento teórico general del marxismo; habilita el desarrollo de líneas de interpretación múltiples y divergentes tanto en lo que hace a la definición teórica del concepto de hegemonía como a sus consecuencias políticas.

[10] En este sentido, aunque el conjunto de notas en las que se articulan estas problemáticas forma parte de distintos cuadernos, sus desarrollos teóricos fundamentales pertenecen a un mismo momento de escritura que es inmediatamente posterior a las reflexiones sobre las relaciones de fuerza y que se realiza entre noviembre y diciembre de 1930 (Francioni, 1982).

habían sido postulados como una parte de las clases sociales en lucha, aparecen ahora definidos por su función de organización de la propia clase y de sus relaciones con otros grupos, vinculados directamente a su capacidad de ejercer el dominio y la hegemonía.

> Los intelectuales tienen una función en la 'hegemonía' que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y en el dominio sobre ella que se encarna en el Estado, y esta función es precisamente 'organizativa' o conectiva: los intelectuales tienen la función de organizar la hegemonía de un grupo y su dominio estatal, eso es, el consenso dado por el prestigio de la función en el mundo productivo y el aparato de coerción para aquellos grupos que no consientan ni activa ni pasivamente, o para aquellos momentos de crisis de mando y de dirección en los que el consenso espontáneo sufre una crisis. De este análisis se desprende una extensión muy grande del concepto de intelectuales, pero solo así me parece posible alcanzar una aproximación concreta a la realidad (*Q4* <49>: 188.)

Esta definición conlleva una expansión de quienes se incluyen en un rol de intelectual. La idea de organización de la clase, en principio, parecería hacer de la práctica intelectual algo más amplio que la elaboración y difusión de ideas. En la dirección que una clase social ejerce sobre toda la sociedad, los intelectuales son los encargados de dos tareas: organizar la represión, desde el aparato estatal y a la hegemonía de esa clase, al consenso del conjunto de los grupos sociales con respecto a su dirección en la sociedad civil. Es decir, los intelectuales dan forma al consenso hacia la clase dominante, que nace del prestigio de esta y de su función en la producción pero que parece organizarse intelectualmente en la sociedad civil; y son, también, quienes ejercen funciones estatales, cuando ese consenso falla, ejerciendo la coerción. En este sentido, si bien las funciones de los intelectuales permiten pensar su rol en la hegemonía más allá de lo que tradicionalmente se entiende como intelectual (ligado a lo cultural o ideológico), su función hegemónica se asocia con exclusividad a sus actividades en la sociedad civil. Las actividades realizadas por su participación en la organización estatal son diferenciadas de la función de hegemonía, constituye el momento no consensual del ejercicio de la violencia

En esta definición se produce entonces una pertenencia del concepto de hegemonía a la sociedad civil, y si bien esta no aparece como producto de los intelectuales, que son quienes la organizan pero no quienes la crean, estos parecen volverse sus agentes principales. La hegemonía de un grupo se confunde así con la organización intelectual del consenso que este obtiene del conjunto de la sociedad, separándola de las funciones estatales que quedan asociadas a la coerción. En la distinción entre "función organizativa de la hegemonía social y del dominio estatal" (*Q4* <49>: 188) se delinea así una articulación entre intelectuales-consenso-sociedad civil que parece definir la hegemonía delimitando su sujeto, su naturaleza y su territorio de ejercicio.

La interrogación sobre los intelectuales continúa en los cuadernos del período ocupando una parte importante de las notas. Esto incluye desarrollos que apuntan a recopilar información sobre la especificidad de los intelectuales en diversos países y, fundamentalmente, al proyecto de una historia de los intelectuales italianos estructurada desde la conceptualización que acabamos de describir. Estas notas contienen algunas menciones de la palabra hegemonía, pero no será aquí donde el concepto continúe desarrollándose. La palabra aparece de modo más bien descriptivo y, en particular, bajo la idea de relaciones de hegemonía, política y cultural, de otras

naciones sobre Italia. Sin embargo, esta investigación parece enfatizar la diferenciación entre dos momentos del plano de las superestructuras, predominando en el análisis una creciente importancia de la sociedad civil, en un movimiento clave para pensar el concepto de hegemonía.

La indagación sobre la sociedad civil se realiza como parte de una reconceptualización del marxismo propia del texto gramsciano carcelario que se ensaya, aunque no exclusivamente, en las notas que aparecen en las diversas series de "apuntes de filosofía". En estos, desde una crítica a las posiciones economicistas dentro del marxismo, se realiza una incorporación de aportes del neoidealismo italiano para hacerlos confluir con el arsenal teórico del materialismo histórico. En particular, bajo la inclusión del concepto de historia ético-política, desarrollado por el filósofo neoidealista Benedetto Croce y en una confrontación con las posiciones de Giovanni Gentile, nos encontramos con una inflexión fundamental para pensar la hegemonía, que aparece conceptualizada desde la centralidad de las disputas en la sociedad civil a la hora de pensar la historia[11]:

> Para Gentile la historia es toda historia del Estado; para Croce es por el contrario ético-política, o sea que Croce quiere mantener una distinción entre sociedad civil y sociedad política, entre hegemonía y dictadura; los grandes intelectuales ejercen la hegemonía, que presupone cierta colaboración, o sea, un consenso activo y voluntario (libre), o sea un régimen liberal-democrático (*Q6* <10>: 18).
>
> Historia ética es el aspecto de la historia correlativo a la "sociedad civil", a la hegemonía; historia política es el aspecto de la historia correspondiente a la iniciativa estatal-gubernativa (*Q7* <9>: 150).

La historia ya no es la historia de la estructura económica o del Estado, sino que en ella cobra un rol clave la sociedad civil, la constitución de una dirección ético-política: "¿Qué significa historia ético-política? Historia del aspecto 'hegemonía' en el Estado y puesto que los intelectuales tienen la función de representar las ideas que constituyen el terreno en el que se ejerce la hegemonía, historia de los intelectuales" (*Q8* <227>: 339). La hegemonía en la sociedad civil es

[11] La figura de Benedetto Croce será central en todo el pensamiento y debate intelectual italiano de principios del siglo XX. Croce aparece en los textos gramscianos como el gran intelectual del Estado liberal italiano surgido del *Risorgimento*, aquel que con su pensamiento organiza al conjunto de la intelectualidad bajo una concepción del mundo coherente y en armonía con la expansión de dicho Estado. Pero la importancia de Croce no se reduce al campo del liberalismo burgués, a modo de presentarlo como un mero antagonista. Su pensamiento retoma y reelabora elementos del marxismo, en una lectura en la que predominan sus elementos hegelianos. Su libro *Materialismo histórico y economía marxista* del año 1900 se erige como una de las principales lecturas de la obra de Marx en Italia y su influencia será central en el campo socialista. De forma extremadamente resumida, podríamos afirmar que las líneas generales de su filosofía apuntan a una comprensión historicista del espíritu humano en sintonía con Hegel pero que, a diferencia de este y acercándose a Marx, no es concebido como una racionalidad abstracta sino como el despliegue histórico de la actividad humana práctica. Esta última será entendida por Croce, en lo que él considerará su diferenciación principal con el marxismo, no como actividad económica sino como voluntad, como el despliegue de la conciencia y la cultura. La historia aparece así en la filosofía de Croce como el despliegue de la libertad humana, como la lucha de un espíritu creador que encontrará en la cultura del novecientos y en el Estado liberal su cúspide (Croce, 1950 y 1960). Para una reflexión sobre la influencia de Croce en el pensamiento gramsciano se recomienda consultar los trabajos de Izzo (2010) y Prestipino (2012).

por tanto fundamental para el análisis y la concepción del desarrollo histórico, es la verdadera historia del Estado, haciendo de la historia también la historia de las ideas y de los intelectuales como sujetos que la ejercen.

La distinción entre sociedad civil y sociedad política se duplica ahora en una diferencia entre hegemonía y dictadura, que hace de la primera un consenso activo, voluntario, producido por los intelectuales. Para pensar esta distinción hay que entender a "la sociedad civil tal como la entiende Hegel y en el sentido en que a menudo se emplea en estas notas (o sea en sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera, como contenido ético del Estado)" (*Q6* <24>: 28)[12]. Este empleo del concepto de sociedad civil la asocia así directamente a una hegemonía política y cultural, volviéndolas cuasi sinónimos (al punto de aparecer bajo la fórmula "Hegemonía (sociedad civil)" (*Q6* <81>: 66). La sociedad civil es el espacio en el que se constituye la dirección de un grupo sobre el conjunto social, una dirección, su hegemonía, que es el verdadero contenido del Estado.

En este movimiento, parecería, por lo tanto, que la "función intelectual (ético-político de hegemonía)" (*Q9* <101>: 73) pasa a ser el momento determinante para pensar una teoría de la historia. Los textos gramscianos operan así una suerte de equivalencia entre historia ético-política, sociedad civil y hegemonía, que hace de esta última una dirección ideológica-consensual diferenciada de la simple dominación por la fuerza. Pero el concepto de hegemonía no se encontraba en Croce, la equivalencia con su historia ético-política es una operación intelectual propia de estos textos gramscianos que, de esta manera, realizan una crítica de la incomprensión y desatención de este aspecto en las concepciones economicistas del marxismo.[13] Utilizando una palabra que ya se encontraba presente en la tradición marxista, hegemonía, se busca así combatir este economicismo, poniendo en primer plano a la relación entre sociedad civil, hegemonía y Estado a la hora de pensar el desarrollo de la historia.

Partiendo desde la problematización de los intelectuales y la complejidad de la relación entre sociedad civil y Estado, la hegemonía aparece así como forma de conceptualizar aquello que se presenta como la fuerza directiva de una sociedad. Vinculada a la teoría de las relaciones, la hegemonía articula el paso desde las fuerzas objetivas a ese momento de disputa política entre los grupos por la dirección del conjunto. Esta fuerza aparece como una dirección intelectual que representa lo "hegemónico en la estructura de la sociedad civil, [el] contenido de la sociedad política" (*Q5* <17>: 158), y parece así ubicar el momento central de la disputa en un antes de la conquista del poder estatal. Es el resultado de una lucha practicada por medios intelectual-

[12] No problematizamos aquí esta concepción gramsciana de sociedad civil a la que dedicaremos parte del capítulo tercero. Una exposición rigurosa del desarrollo de dicho concepto en los textos gramscianos puede encontrarse en los trabajos de Buttigieg (1995 y 2007) y de Liguori (2016).) No obstante, cabe mencionar que el concepto gramsciano de sociedad civil se constituyó en la piedra de anclaje de la lectura de Norberto Bobbio (1977), dando lugar a una de las principales interpretaciones sobre la hegemonía dentro de las que hemos visto en la introducción de esta tesis. Más allá de nuestro desacuerdo con esta lectura, lo cierto es que el filósofo italiano ha destacado un elemento importante que trabajaremos más adelante: la fundamental diferencia de esta concepción de sociedad civil con la presente en Marx y su idea de "anatomía de la sociedad burguesa".

[13] Esta falta de distinción entre los dos momentos superestructurales que se atribuye a Gentile, también aparece como crítica a las teorías de Spirito en el campo de la economía política, volviendo a definir nuevamente a la sociedad civil como espacio de la hegemonía: "la ausencia de división entre sociedad política y sociedad civil, entre hegemonía política y gobierno político estatal" (*Q6* <10>: 19).

ideológicos en la sociedad civil, que precede a y es base para el poder estatal de una clase dominante. El pensamiento de la política, por tanto, debe tener en cuenta ambos momentos en su justa relación para pensar el despliegue de la historia, abordando así los momentos diferenciados "de la fuerza y del consenso, del dominio y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización (*Q8* <86>: 259).

Sin embargo, retomando la figura del centauro maquiavélico, esta serie de momentos no se presentan simplemente como dicotómicos. Su relación se despliega, por el contrario, en el intento de su articulación bajo un concepto de Estado integral. En este sentido, es importante destacar que los textos gramscianos no contienen desde su inicio esta articulación, conocida generalmente como Estado ampliado, sino que arriban a esta entre marzo y agosto de 1931 tras los desarrollos que acabamos de describir. El concepto de hegemonía, por lo tanto, así como apareció en esta forma vinculada a lo intelectual y la sociedad civil, comenzará también a desplegarse dentro de esta nueva forma de teorizar el Estado que emerge en el cuaderno sexto (Buci-Glucksmann, 1978). Un cuaderno que, cabe mencionar, es el que presenta un mayor número de menciones a la hegemonía y de notas en las que esta aparece.

> [...] hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse que Estado= sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción) (*Q6* <88>: tomo 3, 76).
>
> Por Estado debe entenderse además del aparato gubernamental también el aparato privado de hegemonía o sociedad civil. (*Q6* <137>: tomo 3, 105).

Los esfuerzos teóricos que se expresan en estos breves fragmentos apuntan a una complejización del concepto de Estado entendido ahora como síntesis de sociedad civil y política. La primera se vuelve un momento central para la conformación del aparato gubernamental entendido en términos coercitivos, pero el Estado, como tal, implica la integralidad de ambos momentos que parecen establecerse en un vínculo dialéctico mediado por la hegemonía. En sentido estricto, dicho concepto aparece siempre como uno de los polos de esta relación, una hegemonía en la sociedad civil a la que se le suma una coerción que la garantiza. No obstante, como parte de esta unidad del Estado integral, la hegemonía puede empezar a pensarse desde de ambos momentos, en una forma de la dirección de la sociedad que implica una articulación de consenso y coerción, que "amplía" el término Estado para incluir dentro de sí a las instituciones de la sociedad civil (Thwaites Rey, 2007).[14]

Bajo esta problematización del Estado aparece, a su vez, una noción de aparato de hegemonía o hegemónico. Esto implicaría que la hegemonía no se produce sin más por la difusión de ciertas ideas, o como un simple resultado de la lucha por la dirección social, sino que necesita de su

[14] No discutiremos aquí esta "ampliación" del Estado y sus insuficiencias para pensar una teoría del Estado capitalista que aborde la problemática de la particularización de lo político en el capitalismo. Emprendemos esta tarea en el capítulo cuarto, al tratar de construir una constelación de la hegemonía anclada en una forma estatal de este concepto. Lo que en esta instancia queremos destacar es que estamos frente a una complejización del concepto de hegemonía al aparecer desplegado en el concepto de Estado integral, como unidad dialéctica de sociedad civil y aparato de Estado. Dentro de las interpretaciones del concepto de hegemonía centradas en esta noción de Estado integral cabe destacar los excelentes trabajos de Buci-Glucksmann (1978), Liguori (2016) y Thomas (2010).

producción a partir de la acción de múltiples instituciones. Nuevamente este aparato de hegemonía se distingue, en la nota que acabamos de exponer, del aparato gubernamental asociándose a una "multiplicidad de otras iniciativas y actividades supuestamente privadas que forman el aparato de hegemonía política y cultural de las clases dominantes" (*Q8* <109>: 307). Nos enfrentamos, entonces, a una noción de hegemonía que se apoya en el "aparato de hegemonía o hegemónico", para referir al conjunto de organizaciones e instituciones con las que una clase construye su dirección sobre el conjunto de la sociedad. Este es caracterizado principalmente por las instituciones de carácter privado de la sociedad civil, que sigue apareciendo como principal terreno de la hegemonía. Pero desde una lectura que lo extiende en su integralidad, parece incluir a las instituciones del aparato gubernamental en sentido estricto: "naturalmente los tres poderes son también órganos de la hegemonía política" (Q6 <81>:67). Bajo la integralidad del Estado y en la noción de aparato de hegemonía se mantiene, por lo tanto, la tensión entre un concepto "civil" de hegemonía y uno que la incluye como producto de las instituciones estatales.

Es posible entonces pensar en un complejo de múltiples instituciones, públicas y privadas, que constituyen la dirección de una clase sobre el conjunto de la sociedad, su hegemonía, y que, si implica un equilibrio de intereses que aparecía vinculado al Estado, debería incluirlo en una unidad integral. El entendimiento "de lo que es el Estado (en el significado integral: dictadura + hegemonía)" (*Q6* <155>: 112) permite así enriquecer el concepto de hegemonía que continúa cargándose de determinaciones y sentidos a partir de su recorrido a lo largo de los textos carcelarios. El despliegue del concepto de Estado integral se inserta entonces como un momento fundamental del que partirán los desarrollos sobre la hegemonía de los textos carcelarios posteriores.

En su tensión entre una dirección intelectual en la sociedad civil y una dirección estatal integral que combina coerción y consenso, el concepto de hegemonía postula un entendimiento de la dinámica del conflicto social y de la interacción entre las diversas instancias de lo social en la lucha de clases. Si en un relato de determinación simple, acusado las más veces de economicista en estos textos, el desarrollo de las fuerzas productivas lleva directamente a una transformación de la superestructura jurídico-política, la inclusión de la hegemonía complejiza este vínculo. La objetividad económica produce un primer nivel de relaciones de fuerzas entre clases, pero la transformación social se juega en su enfrentamiento político por la dirección social. Ya que si "el contenido de la hegemonía política del nuevo grupo social que ha fundado el nuevo tipo de Estado debe ser predominantemente del orden económico" (*Q8* <185>: 311), lo cierto es que esta se conquista en una lucha por la sociedad civil que se despliega hasta el momento estatal.

Pero hasta ahora hemos operado bajo la presunción de que, aun en su diferencia, sociedad civil/hegemonía y sociedad política/gobierno, se encontraban en una unidad, siendo el primero el contenido del segundo. No obstante, el texto gramsciano postula no sólo la integralidad de estos dos momentos diferenciados, sino la posibilidad misma de su oposición:

> Cuando hay oposición entre hegemonía y gobierno-estatal hay crisis de la sociedad y Croce llega a afirmar que el verdadero 'Estado', o sea la fuerza directiva del impulso histórico, debe ser buscado a veces no allí donde se pensaría, en el Estado entendido jurídicamente, sino a menudo en las fuerzas 'privadas' y a veces en los llamados 'revolucionarios' (*Q7* <9>: 150).

> la concepción del Estado como hegemonía conduce a afirmaciones paradójicas: que no siempre el Estado debe buscarse allí donde aparece "institucionalmente": en realidad el Estado, en este sentido, se identifica con los intelectuales "libres" y con aquel grupo de ellos que representa, precisamente, el principio ético-político en torno al cual se verifica la unidad social para el progreso de la civilización. La política momento de la fuerza, pero o prepara para la vida moral o es instrumento y forma de la vida moral, por lo tanto no hay conflicto entre política y moral sino casi identificación (*Q8* <233>: 342).

De esta forma, se produce una distinción ya no solo entre espacios superestructurales, sino más bien, entre momentos o formas en la producción de la dirección de la sociedad. Cuando la hegemonía funciona efectivamente como base del Estado, la dirección del conjunto parecería entonces vincularse a este último. Pero cuando se produce un "nuevo problema de hegemonía, o sea que la base histórica del Estado se ha trasladado" (*Q7* <28>: 165), la dirección de la sociedad recae en la sociedad civil, en el aparato de hegemonía de la clase que lucha por crear un nuevo tipo de Estado.

En esta distinción, tenemos, por un lado, la figura de los revolucionarios, en oposición al Estado, que parecen contar con una hegemonía con la que pueden dirigir la sociedad aun cuando no tengan el gobierno, que se ha vaciado de su contenido y del consenso de la sociedad a su dirección. O también, en otra inflexión, los intelectuales libres que representan el principio que organiza la nueva unidad social, aparecen como verdadero Estado, como verdadera dirección de la sociedad. Nombrada así como la fuerza directiva que da impulso a la historia, en una concepción histórica progresiva que sigue pensando en términos del avance de la civilización, la hegemonía en su potencial diferencia con el gobierno-estatal, parecería marcar el momento central de la lucha por la transformación social. En este sentido, aun después de su inclusión en el Estado integral, esta posible separación entre hegemonía y Estado vuelve a producir la posibilidad de emparentar el concepto con los intelectuales y la sociedad civil, con una dirección ideológica en un "antes" de la toma del poder con la que aparecía por primera vez en los cuadernos.

En esta conceptualización sobre la oposición entre sociedad civil y sociedad política —de un conflicto que separa hegemonía y Estado, de "una lucha de hegemonía, de una crisis de la sociedad civil [en la que] los viejos dirigentes intelectuales y morales de la sociedad sienten que les falta el terreno bajo los pies", (Q7 <12>: 154) — resuena claramente la crisis de posguerra de la cual había emergido la problematización de la hegemonía. El desborde de masas sobre la forma de dominación tradicional en el Estado liberal marca así una separación, su quiebre con la sociedad, en el que toda la dirigencia experimenta la ausencia de la base de sustento de su dominación. Frente a la lucha de las masas, la sociedad política, parece haber perdido su capacidad de producir un equilibrio de intereses que asegure la dominación.

Decíamos en el capítulo primero que era la constelación histórica de esta política de masas que ponía en crisis al Estado liberal la que anunciaba la emergencia de una problemática teórico-política que comenzaría a ser pensada desde la hegemonía. Ahora esto parece confirmarse ya que el concepto se constituye desde la distinción entre los "espacios" de la superestructura, para pensar justamente la discordancia, la separación que aparece como crisis de hegemonía. El problema de cómo reconstruir una dominación que combine fuerza y consenso aparece

entonces como la "discusión de la 'filosofía de la época', del motivo central de la vida de los Estado en el periodo de la posguerra" (*Q7* <80>: 194), porque frente a la crisis la pregunta que debe contestarse es "¿Cómo reconstruir el aparato hegemónico del grupo dominante, aparato que se había disgregado por las consecuencias de la guerra en todos los estados del mundo?" (*Q7* <80>: 195).

El concepto de hegemonía se articula entonces, se determina, en el espejo de la situación política europea marcada por la crisis de la primera posguerra, por la movilización de masas que resquebraja el aparato de hegemonía de la clase dominante (Portantiero, 1999). Pero a su vez, y al contrario de las lecturas que hacían de esta crisis el signo de un absoluto agotamiento del mundo burgués y de su pronta superación, la época implica también la pregunta por la posibilidad y las condiciones de la reconstrucción del aparato hegemónico burgués. El fracaso de la revolución aparece aquí también, por tanto, como insumo para reflexionar sobre esta relación entre hegemonía y dominación, entre las relaciones de fuerza en lucha en la sociedad y su expresión en lo estatal. Sin embargo, no se trata de un mero balance desde la derrota, sino de una reflexión de esta imposibilidad de la revolución inscripta en el marco de la constelación de problemáticas que venimos delineando.

En este sentido, tras la pregunta sobre la reconstrucción del aparato hegemónico, la nota <80> del cuaderno séptimo, escrita en diciembre de 1931, analiza las causas de esta crisis de hegemonía, negando que sea consecuencia del desarrollo de una potente voluntad política colectiva antagónica, organizada con una perspectiva revolucionaria. El resquebrajamiento del aparato de hegemonía se debe al hecho que, con la guerra, las masas antes pasivas entran en movimiento, pero en un modo desordenado y caótico, sin una dirección. Por ello "las fuerzas antagónicas resultaron incapaces de organizar en su provecho este desorden" (*Q7* <80>: 195).

Nos reencontramos así, a cinco años de la detención de Gramsci y tras tres años del comienzo de la redacción de los cuadernos, con la reiteración de elementos propios de la concepción precarcelaria y, en particular, de las preocupaciones de su último periodo. La afirmación de que otro hubiese sido el resultado si la fuerza antagónica hubiera sido suscitada por una voluntad con dirección precisa, tanto como el diagnóstico de su derrota como consecuencia de un problema en su dirección consciente, contienen una reiteración de la necesaria progresividad histórica de esta fuerza en lucha y de la centralidad del elemento de conciencia que esta debe adquirir para realizar su tarea histórica.

No obstante, los desarrollos que hemos visto desplegarse en torno a la hegemonía a lo largo de los cuadernos han complicado este diagnóstico de la historia europea reciente. El problema de las relaciones de fuerza, y de su articulación entre la sociedad civil y el Estado, como analítica de las formas de producción, conquista y ejercicio estable de una dirección de clase sobre la sociedad en su conjunto, obligan a replantear la cuestión de las condiciones de posibilidad de una transformación social, tanto como de sus formas políticas.

Porque leída desde el prisma de la problemática de la hegemonía, la crisis abierta en la posguerra no encuentra en la posible ruptura revolucionaria su única resolución posible. Aunque el propio texto gramsciano siga declamando, por momentos, el agotamiento de la sociedad burguesa y el necesario triunfo de las fuerzas progresivas del orden nuevo, este enuncia también la posibilidad abierta de "reconstruir el aparato hegemónico de estos elementos antes pasivos y apolíticos" (Q7 <80>: 195). Si en los textos precarcelarios la crisis de la forma liberal del Estado, producida

por la activación de las masas, se asociaba a un quiebre terminal del orden burgués como tal, ahora esta crisis es repensada como una crisis de hegemonía, cuyo final no es necesariamente la emergencia de un orden nuevo sino también las posibles rearticulaciones, en una nueva forma de la dominación, de esas masas que han abandonado su pasividad, sin conquistar, no obstante, una dirección consciente efectiva.

El resquebrajamiento del aparato de hegemonía marca entonces un momento central para el despliegue del concepto y lo ubica en la constelación histórica de la crisis de la primera posguerra. Se trata de un momento en que, en la crisis de la hegemonía burguesa en su forma liberal, se abre una lucha cuya resolución posible resulta múltiple y en disputa, antes que asegurada por las leyes de la historia.

Por un lado, encontramos menciones al caso donde, en este enfrentamiento, resulta victoriosa la clase obrera, en una clara referencia a la URSS. Aquí la "hegemonía realizada" (Q7 <33>: 170) por Lenin produce una situación en la cual "el elemento equilibrador de diversos intereses en pugna contra el interés predominante, pero no exclusivista en sentido absoluto, es precisamente el 'partido político [que] ejerce la función hegemónica y, por lo tanto equilibradora de intereses diversos en la 'sociedad civil', que sin embargo está de hecho a tal punto entrelazada con la sociedad política que todos los ciudadanos siente que aquel, por el contrario, reina y gobierna" (Q5 <127>: 345).

Por otro lado, aparecen situaciones en las que "la multiplicidad de partidos, la multiplicidad de periódicos de opinión, la multiplicidad de facciones parlamentarias, el sectarismo y la violencia en las luchas político-parlamentarias y en las polémicas periodísticas" (Q5 <126>: 340> evidencian la fortaleza de una hegemonía burguesa frente a la crisis. Refiriéndose a Francia —de la cual, ya en el cuaderno primero, se afirma que, incluso tras la guerra, "la hegemonía burguesa es muy fuerte y tiene muchas reservas" (*Q1* <48>: 125) — se presenta una situación donde la disgregación de la hegemonía está menos avanzada que "en los países de régimen autoritario, que son ellos mismos producto de tal disgregación" (Q5 <126>: 340). En otro caso, y con respecto a estos países autoritarios, se plantea una situación en el que se desarrollan formas estatales más coercitivas para conservar la dominación burguesa existente. Situación en la cual, en una clara referencia al fascismo, la reconstrucción del aparato de hegemonía "no podía realizarse sin mediar la fuerza: pero esta fuerza no podía ser la legal" (Q7 <80>: 195).

Por último, y aunque no aparezca directamente en estas notas, encontrábamos anteriormente el caso norteamericano, en el que la nueva hegemonía de la burguesía surgía principalmente de las características que estaban asumiendo las relaciones salariales en el marco del fordismo.

En todo caso, son las distintas relaciones de fuerzas entre clases las que marcan las posibles resoluciones de la crisis de la forma de dominación entendida como crisis de hegemonía. Si el auge de la lucha de clases en la sociedad civil ha producido que esta no funcione más como la base del Estado —a causa de un conflicto abierto por la dirección de la sociedad en, por y más allá de dicho Estado— la hegemonía parece determinarse en las nuevas formas posibles por medio de las cuales se puede rearticular la dominación tras su crisis. Es decir, en las distintas formas que adquiera la relación entre Estado y sociedad civil y en las distintas clases que asuman la dirección del conjunto social.

En esta reflexión sobre el conflicto político desde las luchas de la posguerra, en las coordenadas históricas de la crisis de hegemonía, se introduce entonces una diferenciación que opera sobre

los sentidos que se anudan en el concepto de hegemonía. Como forma de pensar estas distintas articulaciones posibles entre Estado y sociedad civil, aparece una distinción "geográfica" vía un relato de temporalidades diversas en el desarrollo de la sociedad. Un año antes de las afirmaciones sobre la disgregación del aparato hegemónico en la posguerra, las notas carcelarias expresan así una distinción entre Occidente y Oriente, que se retoma de los debates de la Internacional y que ya se encontraba presente en los textos precarcelarios[15]. Esta distinción tendrá un impacto directo en cómo pensar la hegemonía. Como parte del combate contra el economicismo, presente en los esbozos de un replanteo de la teoría marxista, se opera una diferenciación entre estos territorios con respecto a los impactos de lo económico y, particularmente, de las crisis económicas sobre la política.

> En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil había una justa relación y en el temblor del Estado se discernía de inmediato una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era solo una trinchera de avanzada, tras la cual se hallaba una robusta cadena de fortalezas y de casamatas […] (*Q7* <16>: 157).

Las complejas relaciones entre sociedad civil y Estado, como terreno privilegiado para pensar el concepto de hegemonía, aparecen ahora bajo dos formas de articulación distintas adjetivadas geográficamente. Por un lado, en Oriente hay una sociedad civil no desarrollada que hace que el peso de lo estatal sea total, haciendo que sobre este impacten de forma más bien directa los cambios económicos y su traducción en ataques directos por distintos grupos para conquistarlo. En Occidente, la sociedad civil se ha desarrollado y complejizado de tal modo que funciona como una importante resistencia a los embates directos producidos por la economía. Esta transformación histórica, de un desarrollo diferenciado en distintos países de la articulación superestructural vuelve central al momento político-organizativo de la sociedad civil. Implica que en las sociedades occidentales existe un complejo de instituciones en las que se juegan las relaciones de fuerza entre clases, que median entre los desarrollos objetivos del primer nivel de las relaciones de fuerza y sus impactos en lo estatal: "al menos por lo que respecta a los estados más avanzados, donde la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna" (*Q7* <10>: 151).

La diferenciación entre Oriente y Occidente supone entonces una forma distinta de encarar la lucha en cada uno de estos territorios, planteando condiciones y formas diferenciadas para el devenir dominante de una clase subalterna que lucha contra el orden imperante. Los ataques directos contra el Estado, como los que habían triunfado en la oriental Rusia zarista, serían

[15] La distinción entre Oriente y Occidente como forma de plantear estrategias diferenciadas a la seguida en Rusia para los países más desarrollados de Europa no es un invento gramsciano y mucho menos se encuentra por primera vez en estas reflexiones carcelarias. Aun cuando cierto sentido común ha tendido a asociar esta distinción exclusivamente con Gramsci, esta aparece planteada por Lenin y Trotsky en el marco de las discusiones del tercer congreso de la Internacional. De esta forma se relaciona directamente con la fórmula de "frente único" para los países occidentales y consecuentemente aparece ya en los textos gramscianos precarcelarios, en su intento de adaptar la estrategia del comunismo italiano a los lineamientos de la Internacional.

resistidos en Occidente por un complejo de organizaciones de la sociedad civil que siguen actuando en favor de la clase dominante, obligando así a repensar la manera de lograr el triunfo revolucionario. En la introducción de una metáfora bélica que parte de esta distinción, el desarrollo de la articulación entre sociedad civil y Estado, permite pensar en un enfrentamiento que supone múltiples trincheras, diversas posiciones en las que se plantea la lucha que no puede ya pensarse como un enfrentamiento directo en un solo frente.

El cambio de la estrategia militar desde la guerra de movimientos a la de posiciones, cambio del arte bélico del siglo XX llevado a su máxima expresión en la primera guerra mundial, se incorpora en el texto gramsciano para pensar políticamente el cambio social. La distinción entre las articulaciones de Estado y sociedad civil marcarán cómo en los países donde esta se encuentra más desarrollada actúa de la misma forma en que las trincheras funcionaban en la guerra, como un complejo defensivo tras el cual estaba organizado el conjunto de la sociedad para mantener sus posiciones. En este movimiento, en febrero de 1932 y enmarcado en las reflexiones de la crisis de hegemonía en la posguerra, el cambio de estrategia militar se traducirá al pensamiento político en una inflexión de los sentidos del concepto de hegemonía:

> La guerra de posiciones en política, es el concepto de hegemonía, que sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber, las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan como las "trincheras" y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones (*Q8* <52>: 244).

La asimilación entre guerra de posiciones y hegemonía supone así un cambio en la forma de lucha por el poder a partir de ciertas condiciones históricas. De esta forma, y en una diferencia de lo que aparecía como "el modelo" de una clase que conquistaba la hegemonía, la experiencia de la revolución francesa aparecerá ahora diferenciada de este concepto y vinculada a "la llamada 'revolución permanente', concepto político surgido hacia 1848, como expresión científica del jacobinismo en un periodo en el que aún no se habían constituido los grandes partidos políticos y los grandes sindicatos económicos y que ulteriormente sería ajustado y superado en el concepto de 'hegemonía civil" (*Q8* <52>: 244). El jacobinismo, por tanto, no se asocia ya con la hegemonía sino con la "revolución permanente". Concepto que, en un claro posicionamiento en el debate soviético contra Trotsky, se afirma como una forma de lucha que debe ser, y en efecto ha sido ya, superada, en favor de la estrategia de construcción de una hegemonía adjetivada como civil para asociarla a aquellas trincheras de la sociedad compleja de Occidente[16].

[16] El término revolución permanente en el marco del ciclo revolucionario de 1848 refería a la continuidad del proceso revolucionario una vez conquistada la democracia burguesa contra las monarquías, en un impulso ininterrumpido que pasaba a la revolución proletaria comunista. El uso del término aparece en la discusión teórico-política marxiana de dicho momento, encontrándose en particular en el "Mensaje del comité central a la Liga de los Comunistas" de 1850. En este se afirman que "nuestro interés y nuestro deber es hacer la revolución permanente, mantenerla en marcha hasta que todas las clases poseedoras y dominantes sean desprovistas de su poder, hasta que la maquinaria gubernamental sea ocupada por el proletariado y la organización de la clase trabajadora de todos los países esté tan adelantada que toda rivalidad y competencia entre ella misma haya cesado y hasta que las más importantes fuerzas de producción estén en las manos del proletariado" (Marx y Engels: 1987). Más allá de este uso marxiano, el término ha quedado asociado indefectiblemente a Trotsky y a la tradición trotskista como forma de oponerse a tácticas de alianza con la burguesía y a los llamados a un freno al impulso revolucionario frente

En esta inflexión del concepto en las notas carcelarias, la hegemonía emerge tras ciertas premisas que marcan las coordenadas históricas y geográficas de una política de masas. En este sentido, si la hegemonía se juega en la articulación de la sociedad civil como base del Estado, ¿sólo se produce en las sociedades donde esta última se ha desarrollado? Estas notas no avanzan directamente en dicha dirección, pero esta diferenciación permite pensar la hegemonía como una forma particular que puede tomar la dominación, y no como un fenómeno siempre presente. Esto habilita la posibilidad de determinar la hegemonía, su surgimiento no solo conceptual sino efectivo, a partir de la especificidad en ciertas coordenadas histórico-políticas. Articuladas en el cambio y desarrollo de la relación entre sociedad civil y Estado, con sus implicancias para el arte militar y político, estas coordenadas vuelven a marcar la emergencia histórica de la hegemonía como una forma diferenciada de la dominación burguesa, divergiendo de aquel sentido que hacía de esta la fórmula general del devenir dominante de toda clase en la historia.

El concepto de hegemonía se ha ido así cargando de nuevos sentidos, desde su aparición en los *Cuadernos* como noción que caracterizaba la conquista del poder en las revoluciones burguesas. Ese primer punto de partida se despliega en la formulación de la hegemonía como criterio de todo análisis histórico anclado en las relaciones de fuerzas, en la diferenciación de los espacios superestructurales desde su ejercicio por los intelectuales, en su caracterización como momento ético-político dentro de la teoría de la historia, en la profundización de la reflexión sobre la integralidad del Estado y en su capacidad para nombrar formas diversas de la articulación de la dominación en el contexto de su crisis. En cada una de estas menciones, a su vez, el concepto de hegemonía se va articulando con otros en constelaciones que producen distintas formas de entender la naturaleza del vínculo hegemónico, los sujetos que abarca y que la ejercen, el momento y las condiciones de su surgimiento, su espacio de ejercicio; y con todos estos elementos sus implicancias para pensar la teoría marxista.

Es probable que los textos se muevan hacia una articulación de estas diversas apariciones del concepto de hegemonía dentro de una teoría general que, como veremos, se ensaya en los cuadernos especiales escritos desde mediados de 1932.[17] No obstante, consideramos que este

a la reacción. La lucha por las conquistas democráticas en estos países se debía así continuar en luchas revolucionarias en una oposición a los lineamientos estalinistas. En este sentido, en la nota que acabamos de citar, así como en otras que se encuentran a lo largo de los cuadernos, la idea de que la fórmula de la "revolución permanente" ya no era válida y debía reemplazarse por la de hegemonía se inscribe en dicho debate y aparece como un posicionamiento gramsciano contrario a las propuestas de Trotsky. No obstante, las posibles relaciones entre Gramsci y Trotsky, y la medida del conocimiento efectivo por parte del primero de las formulaciones de este último, pueden presentarse de formas más complejas, No podemos aquí desarrollar este interesante elemento, que se encuentra trabajado Rosengarten (2015) y, especialmente, de Dal Maso (2016) que analizan la relación teórico-política entre Gramsci y Trotsky, diferenciándose de quienes plantean una relación de simple oposición.

[17] La integración de estas problemáticas como un nudo teórico articulado es explicitado por Gramsci en una de sus cartas desde la cárcel a su cuñada Tatiana Schucht el 7 de septiembre de 1931: "El estudio que hice sobre los intelectuales […] conduce también a ciertas determinaciones del concepto de Estado, que de costumbre es comprendido como sociedad política o dictadura, o aparato coercitivo para conformar la masa del pueblo, de acuerdo al tipo de producción y la economía de un momento dado y no una equivalencia entre sociedad política y sociedad civil (Hegemonía de un grupo social sobre toda la sociedad nacional ejercida a través de las llamadas organizaciones privadas como la Iglesia, los sindicatos, las

momento de posible síntesis en los desarrollos gramscianos no resolverá de forma unívoca y definitiva las tensiones existentes entre las distintas apariciones del concepto de hegemonía que hemos visto desplegarse. Es improbable que las importantes diferencias teóricas que implican puedan resolverse en un desarrollo diacrónico producido a lo largo de los *Cuadernos*. Este desarrollo existe y supone un punto de inflexión a partir de la teoría de las relaciones de fuerza, pero las importantes diferencias en las formas con las que aparece la hegemonía se mantendrán, planteando que aun cuando Gramsci apunta hacia algún tipo de unidad, persisten inflexiones teóricas que implican determinaciones distintas en cómo conceptualizar la hegemonía.[18] En este sentido, más allá de esta intención autoral, lo cierto es que los distintos sentidos asociados a la hegemonía comienzan a producir en el texto una polisemia conceptual que impide una definición única y discreta del concepto.

3. Los "cuadernos especiales", la hegemonía como parte de una filosofía de la praxis (de 1932 a principios de 1934)

A partir de 1932, sobre la base del conjunto de reflexiones carcelarias que venimos explorando, se observa un cambio importante en la forma y el tipo de textos de los *Cuadernos*. Desde ese año, gran parte de las notas constituyen transcripciones, reformulaciones, ampliaciones y correcciones de notas previas, reordenadas ahora en una serie de "cuadernos especiales" que anudan ciertos temas centrales para el desarrollo del conjunto de los textos carcelarios. En este sentido, si la etapa anterior había mostrado una "explosión" de desarrollos exploratorios, la etapa subsiguiente presenta una condensación de ciertos núcleos teóricos que conformarán al particular marxismo gramsciano y que convierten a los textos de este período en aquellos con un mayor grado de desarrollo y consolidación de sus conceptos.

Un recorrido por este periodo en el desarrollo de los *Cuadernos* nos lleva a través de una reevaluación crítica de los aportes de Benedetto Croce para pensar la historia (cuaderno 10) y a una introducción al estudio de la filosofía en la que se debate contra las visiones mecanicistas y economicistas del marxismo (cuaderno 11). En la articulación de estas dos problemáticas se define un lugar central de lo ideológico para pensar el conflicto en la historia, llevando a la reposición de la problemática de los intelectuales (cuaderno 12) y a la apertura de una reflexión sobre la política a partir de la indagación sobre Maquiavelo y el problema de su traducción para la contemporaneidad (cuaderno 13). Desde una particular y novedosa articulación de ideología y política, el conjunto de estas reflexiones de los "cuadernos especiales" presenta por lo tanto, una reformulación del materialismo histórico que será ahora nombrado como filosofía de la

escuelas, etc.) Y precisamente es en la sociedad civil, en la que sobre todo actúan los intelectuales […]" (*L*: 195).

[18] En este sentido, gran parte de lo que hemos expuesto en este apartado puede parecer una discusión "topológica" sobre dónde reside la hegemonía, recordando a las antinomias planteadas en el clásico trabajo de Anderson (1981). Sin embargo, no buscamos interrogar como opciones contrapuestas si la hegemonía es un fenómeno de la sociedad civil, en una definición que parece la más persistente en el texto gramsciano, si está duplicado en esta y en la sociedad política o si se produce en la integralidad de ambas. Buscamos, en cambio, plantear las diversas tensiones y contradicciones que se anudan hasta este momento en el concepto de hegemonía, suponiendo que convienen en la producción de diversos sentidos y que estos a su vez suponen distintas articulaciones con otros conceptos como parte de los ensayos presentes en los textos gramscianos de reformular el pensamiento marxista.

praxis (Frosini, 2010; Thomas, 2010; Vacca, 2016b). Filosofía en la cual el concepto de hegemonía ocupará un lugar central para continuar cargándose de sentidos que profundizan su polisemia.[19]

Podemos observar el inicio de este movimiento de articulación teórica a partir del cuaderno décimo. Este cuaderno continúa el trabajo sobre la problemática de la hegemonía pero a partir de una crítica a su "hipóstasis" en el pensamiento de Benedetto Croce. El conjunto de textos que lo organizan se presentan así como apuntes para un análisis del pensador neoidealista desde la perspectiva de recuperar críticamente elementos de su teoría útiles para una profundización del marxismo.

> El pensamiento de Croce, por lo tanto, debe ser apreciado como valor instrumental y así puede decirse que ha llamado la atención sobre el estudio de los hechos de cultura y de pensamiento como elementos de dominio político, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida de los estados, sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto. La historia ético-política es, por lo tanto, uno de los cánones de interpretación histórica que hay que tener siempre presente en el examen y profundización del desarrollo histórico, si se quiere hacer historia integral y no historias parciales o extrínsecas (*Q10* <Sumario>: 116).

La hegemonía, como momento del consenso (propio de los hechos culturales y de los grandes intelectuales), es nuevamente diferenciada del momento de "dominio" político y aparece bajo el prisma de la historia-ético política como un elemento central para pensar la historia. Pero a lo largo de estas reflexiones sobre el pensamiento croceano, se introducen algunos elementos que complican su incorporación al arsenal teórico del marxismo de Gramsci. El primero de estos reside en el concepto de bloque histórico concreto, del cual la hegemonía es una parte, un elemento necesario pero no único. Es decir, este implica la articulación del momento de la hegemonía con el conjunto de aquellos otros momentos que hacen al desarrollo histórico. Por el contrario, Croce "prescinde del concepto de bloque histórico, en el cual contenido económico social y forma ético-política se identifican concretamente en la reconstrucción de los diversos períodos históricos" (*Q10* <13>: 137). De un modo similar a cómo habíamos visto articularse el momento de la sociedad civil con el de la sociedad política en un concepto Integral de Estado,

[19] Incluimos en los desarrollos de este periodo la gran mayoría de las notas correspondientes a los cuadernos 14 y 15, así como a la primera mitad de las del 17. Nuevamente, siguiendo la datación de Francioni (1982), estas notas son también escritas entre 1932 y 1934 como una suerte de apuntes en paralelo a los desarrollos de los cuadernos especiales. No abordaremos en este capítulo, abocado a seguir el despliegue de las apariciones del concepto de hegemonía, el pasaje de la denominación del marxismo como materialismo histórico hacia su formulación como filosofía de la praxis que exploramos críticamente en los próximos capítulos. Aquí solo cabe comentar que contrario a lo que algunas interpretaciones tempranas habían planteado, el uso de filosofía de la praxis no es un disfraz de la palabra marxismo frente a la censura fascista. Resulta claro que el pasaje se trata de una decisión propia de la reformulación teórico-conceptual que está operando en estos textos.

se nos dice ahora que, bajo el concepto de bloque-histórico, debemos pensar la articulación de lo ético-político con su contenido económico-social.[20]

De esta manera, aparece, en el lenguaje de una teoría general de la historia, aquel vínculo entre las fuerzas sociales (que vemos emerger desde el momento objetivo de la producción) y la hegemonía. Si esta última es la forma que adopta un contenido que aparece primero en lo económico es porque la hegemonía tiene su fundamento en las relaciones sociales de producción y porque su despliegue significa la consolidación en el plano de lo ético-político, de determinadas fuerzas sociales en lucha que nacen, sin embargo, en el mundo productivo. La historia-ético política croceana debe entonces repensarse desde las relaciones de fuerza y sus diversos momentos. Esta resulta así un momento importante de la lucha en el que una clase logra el consenso sobre el conjunto social que permite su expansión. Pero, justamente, así como prescinde del momento de articulación con lo económico, Croce, en su historiografía, también "prescinde del momento de la lucha, del momento en el que se elaboran y agrupan y alinean las fuerzas en contraste, del momento en que un sistema ético-político se disuelve y otro se elabora en el fuego y con el hierro, en el que un sistema de relaciones sociales se desintegra y decae y otro surge y se afirma, y por el contrario asume plácidamente como historia, el momento de la expansión cultural o ético político" (*Q10* <9>: 128).

La historia ético-política croceana se presenta como el momento de expansión intelectual-cultural de una determinada sociedad obviando, sin embargo, el conjunto de conflictos y luchas por las cuales un grupo social logra volverse dominante y dirigente. A su vez, no se propone vincular dicho grupo a las relaciones de producción, al primer momento de las relaciones de fuerza, de las que emerge[21]. Por el contrario, pensar la hegemonía supone vincular este momento al desarrollo de las luchas de clase. Es por ello que el "significado real de la fórmula 'historia ético-política'" consiste en que esta es "una hipóstasis arbitraria y mecánica del momento de la 'hegemonía" (*Q10* <Sumario>: 114). Nos encontramos así con una nueva y sugerente definición del concepto: es la historia ético-política sin su hipóstasis, es decir resituada como momento del conflicto entre fuerzas sociales, como resultado de la lucha entre clases[22].

[20] Esta incorporación del concepto de hegemonía dentro de la noción de bloque histórico no impide, no obstante, que este siga apareciendo únicamente como preponderante en una de las "partes" de ese bloque, en la sociedad civil: "ausencia de una clara enunciación del concepto de Estado, y de la distinción entre sociedad civil y sociedad política, entre dictadura y hegemonía, etc." (Q10 <7>: 143); "la ética se refiere a la actividad de la sociedad civil, a la hegemonía; la política se refiere a la iniciativa y a la coerción estatal-gubernativa (*Q10* <41 [III]>: 187). En este sentido y aunque, como veremos, estos planteos permiten el desarrollo de una teoría que busque pensar una hegemonía producida en la integralidad de lo social, creemos que la afirmación de la unidad de las instancias de lo social no resuelve por sí sola su articulación. La persistencia de la hegemonía como fenómeno de la sociedad civil presenta una forma de entender a dicho concepto un sentido posible en el que está, como veremos, representa una unidad de lo social ideológicamente producida propia de una particular conceptualización del marxismo presente en estos textos.

[21] Nuevamente sobre el problema de la periodización de este "momento" ético político, en esta nota se afirma que Croce comienza su historia de la Europa liberal desde 1871, omitiendo todo el conjunto de luchas anteriores, vinculando a este momento de expansión, de hegemonía, con la consolidación de los regímenes liberal-parlamentarios a fines del siglo XIX.

[22] La obra de Benedetto Croce y en particular su conceptualización de la historia ético político son por tanto de una importancia fundamental en el desarrollo de la teoría de la hegemonía por parte de Gramsci.

En este movimiento, por tanto, la hegemonía se mantiene en su equivalencia con la historia ético-política, como una dirección consensual y fundamentalmente intelectual, pero es entendida en términos de la lucha concreta entre fuerzas sociales históricamente determinadas, entre clases que surgen de la producción y luchan por la dirección del conjunto de la sociedad.

En la reformulación de una teoría de la historia y de la política, no se trata, entonces, de descartar el desarrollo de las ideas, de la cultura o de la sociedad civil, como un mero epifenómeno sin importancia, sino de entender dicho momento como parte de la lucha de las fuerzas sociales surgidas en la producción. El marxismo que emerge de los textos carcelarios supone así una traducción e incorporación del momento de la historia ético-política que impida su hipóstasis. Esto se opera desde el concepto de hegemonía, permitiendo así incorporar críticamente los elementos contenidos en la noción de historia ético-política para repensar el desarrollo histórico desde la lucha de clases:

> El problema más importante a discutir en este parágrafo es este: si la filosofía de la praxis excluye la historia ético-política, o sea si no reconoce la realidad de un momento de la hegemonía, no da importancia a la dirección cultura y moral y juzga realmente como "apariencias" a los hechos de superestructura. Puede decirse que no sólo la filosofía de la praxis no excluye la historia ético-política, sino que incluso la fase más reciente de desarrollo de esta consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la "valorización" del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos y meramente políticos. […] La filosofía de la praxis criticará, pues, como indebida y arbitraria la reducción de la historia únicamente a la historia ético-política, pero no excluirá a esta. (*Q10* <7>: 126).

El momento de la hegemonía, entendido como la dirección cultural y moral, constituye una parte central dentro de una teoría de la historia, es parte de un marxismo entendido como filosofía de la praxis. Lejos de ser una apariencia, lo cultural está incluido, dotado de un elemento de necesidad en conjunto con los elementos puramente económicos y políticos. Croce, por el contrario, reduce la historia solo a este momento, omitiendo la lucha de clases y la articulación del conjunto social. Pero, a su vez, esta incorporación crítica aparece como ya perteneciente al marxismo. No se trata de una operación a ser realizada, sino de algo ya presente en Marx: "en él está contenido en embrión también el aspecto ético-político de la política o la teoría de la

---

Como ha mostrado Frosini (2003), el plan original de Gramsci no contaba con un cuaderno especial dedicado a la discusión de los aportes teóricos de Croce. La necesidad de este cuaderno parece surgir de la interrogación de la relación entre lo objetivo y lo subjetivo dentro del marxismo que parece profundizarse a partir de la redacción de los apuntes de filosofía. Esta inclusión, su centralidad y su articulación aparecen referidas en diversas cartas de discusión sobre el tema enviadas a su cuñada Tatiana Schudt (cartas del 2 y el 9 de mayo de 1932, Gramsci: 2015b). En nuestra opinión, en las primeras apariciones de Croce en los *Cuadernos* Gramsci se limitaba a exponer las ideas de dicho autor que se proponía desarrollar. En esas primeras notas, sin embargo, aún no desplegaba su crítica, que se vuelve central al cuaderno 10. De manera similar, el momento de crítica teórica parece confluir con una crítica política a Croce, quien, a pesar de sus posiciones liberales, aparecerá, desde esta negación de los momentos de lucha y de hipóstasis de los de expansión de la clase dominante, justificando al fascismo como una revolución pasiva (Frosini, 2022).

hegemonía y del consenso, además del aspecto de la fuerza y de la economía" (*Q10*: <41 [X]>: 198).

Es esta forma embrionaria la que ha sido desarrollada en la fase más reciente del pensamiento y la práctica marxista. Es decir, el concepto de hegemonía aparece como un elemento que si bien se encuentra en Marx, se ha desplegado recientemente, por medio de un desarrollo que el texto refiere a Lenin y a la noción de frente único en oposición a la fórmula clásica de la revolución permanente: "[el] más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis, en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias ´economistas´ ha revalorizado el frente de lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuarentiochesca de la revolución permanente" (*Q10* <12>: 135).[23]

El concepto de hegemonía permite así oponerse a las tendencias mecanicistas que piensan el desarrollo histórico únicamente desde el despliegue automático de las fuerzas productivas, para pensarlo desde las luchas políticas e ideológicas de las fuerzas sociales. En este sentido, traduciendo teóricamente esta práctica política, la hegemonía se vuelve dentro del marxismo "un 'canon empírico' de investigación histórica a tener siempre presente en el examen y profundización del desarrollo histórico, si se quiere hacer historia integral y no historia parcial y extrínseca (historia de las fuerzas económicas como tales, etcétera)" (*Q10* <12>: 135). La hegemonía forma parte, entonces, de una teoría general de la historia y de la transición de una sociedad a otra que es construida desde la noción de las relaciones de fuerzas.

Pero más allá de esta inscripción dentro del marxismo, en su asociación al momento ético-político, como forma de pensar el consenso que complementa un pensamiento político sobre el momento estatal de la fuerza, la hegemonía parece ser postulada como un fenómeno cultural, intelectual y moral en la sociedad civil, es decir, fundamentalmente ideológico. No es entonces casual que en el texto gramsciano se despliegue, en paralelo a estas reflexiones, una necesaria teorización de la ideología para entender, justamente, la forma del conflicto que produce la hegemonía:

> […] para la filosofía de la praxis las ideologías son todo lo contrario de arbitrarias; son hechos históricos reales, que hay que combatir y revelar en su naturaleza de instrumento de dominio no por razones de moral, etcétera, sino precisamente por razones de lucha política: para hacer intelectualmente independiente a los gobernados de los gobernantes, para destruir una hegemonía y crear otra, como momento necesario del trastrocamiento de la praxis […] Para la filosofía de la praxis las superestructuras son una realidad [...] objetiva y operante; ella afirma explícitamente que los hombres toman conciencia de su posición social y por ende de sus obligaciones en el terreno de la ideología, [...] la misma filosofía de la praxis es una superestructura, es el terreno en el que determinados grupos sociales toman

[23] De esta manera, aunque antes el cambio estratégico producto de las diferencias entre oriente y occidente, asociaba a la Revolución Rusa con una lucha política anterior y distinta a la hegemonía, esta aparece ahora como un concepto que da cuenta de la práctica política de Lenin. Pero dentro de esta, y en consecuencia con esta diferencia estratégica, la hegemonía en el discurso leninista refiere principalmente a la revalorización de los frentes culturales realizada por el dirigente bolchevique en el tercer congreso de la Internacional para postular las condiciones de la lucha en los países desarrollados de Europa occidental.

> conciencia de su propio ser social, de su propia fuerza, de sus propias obligaciones, de su propio devenir (*Q10* <41>: 200).

La destrucción de una hegemonía y la construcción de una nueva, el paso de la dirección de lo social de una clase a otra, encuentra aquí en lo ideológico un momento fundamental. En una reflexión que remite nuevamente a los distintos niveles de las relaciones de fuerza, lo que permite el paso desde la estructura al momento de la lucha política, es el reconocimiento en el terreno de la ideología de las obligaciones y las condiciones históricas de cada clase social. Las ideologías se vuelven así elementos centrales del dominio político. Es por ello que "la filosofía de la praxis concibe la realidad de las relaciones humanas de conocimiento como elemento de ''hegemonía política" (*Q10* <6>: 143). En este sentido, una nueva hegemonía se produce cuando "[…] un principio hegemónico (ético-político) triunfa después de haber vencido a otro principio" (*Q10* <13>: 136).

La lucha fundamental por la dirección social, por la hegemonía, es por tanto una lucha ideológica, por la conciencia de las clases sociales. En este conflicto una ideología prevalece no por sus virtudes lógicas y teóricas, sino como triunfo de la fuerza social que expresa. La lucha entre ideologías no debe, por tanto, ser hipostasiada como una disputa entre creaciones bellas y libres, sino que estas deben ser reconducidas a aquello que expresan en su contenido, a su ser formas favorables a la expansión de determinada clase social. Estas son concepciones del mundo que permiten la dirección de una clase social sobre el conjunto y con ella el planteo de un orden nuevo. La propia filosofía de la praxis, el marxismo, se vuelve así un elemento central en la lucha por la hegemonía del proletariado. Se trata de una superestructura, o una ideología, que permite a la clase trabajadora tomar conciencia de sus tareas históricas para obrar políticamente en consecuencia y disputar la dirección de la sociedad.

Planteando entonces en términos de conflicto ideológico, pero entendiendo este en la articulación del paso de la estructura a la superestructura por la lucha de fuerzas sociales, el "concepto de hegemonía, [implica una] revalorización del frente filosófico, [un] estudio sistemático de la función de los intelectuales en la vida estatal e histórica, [y de la] doctrina del partido político como vanguardia de todo movimiento histórico progresista" (*Q10* <13>: 135). La lucha puede entonces aparecer en el plano de los principios ideológicos, en una actividad llevada adelante por los intelectuales en un "frente filosófico", pero también, como lucha por el elemento de la conciencia.

De esta manera, bajo esta nueva constelación conceptual, se produce una reiteración de los tópicos de los últimos textos precarcelarios anudados en el problema de la conciencia y de las tareas que deben ser llevadas adelante por el partido como vanguardia del proletariado. Este debe ser un partido que aporta el conocimiento de la realidad social para promover la acción consciente de las clases en su lucha. Vinculado aún a una teoría de la historia que piensa en términos de movimientos progresivos y tareas históricas a ser realizadas, en la lucha por la hegemonía se juega el elemento de la toma de conciencia de las clases de sus propios intereses y funciones. Es el momento que permite romper con la sumisión a la ideología con la que la clase dominante dirige la sociedad para luchar por el triunfo de la ideología que expresa a la clase progresiva de la historia.

Es decir, la lucha por la hegemonía parecería desplegarse como un momento central en la historia en el que se da una disputa por la dirección de una nueva clase social. El desarrollo de

la historia no se agota, como parecería plantear el neoidealismo, en esa lucha cultural, sino que esta se incluye en una concepción general concebida desde una teoría de la realidad objetiva de las superestructuras. Estas se presentan como la expresión subjetiva, activa, de las fuerzas sociales que emergen de las condiciones económicas objetivas. Los grupos sociales que emergen de la estructura, elaboran activamente sus superestructuras, sus subjetividades, creando algo nuevo a partir de esa fuerza objetiva económica, planteando una ideología propia con la que disputan la dirección de la sociedad. El concepto de hegemonía se ha vuelto en esta nueva configuración, que se diferencia de sus anteriores apariciones en los análisis históricos gramscianos, el nodo central de esta concepción de una lucha ideológica "para hacer intelectualmente independientes a los gobernados de los gobernantes, para destruir una hegemonía y crear otra, como momento necesario del trastrocamiento de la praxis" (Q10 <41 [XII]>: 201). De este modo se vuelve tanto canon de toda interpretación histórica como consideración fundamental para emprender la lucha política.

Las notas del cuaderno onceavo, escritas en paralelo a estos desarrollos, pero dedicadas a debatir directamente contra las concepciones "mecanicistas" del marxismo deben entonces leerse desde esta particular constelación teórica. En la búsqueda de reivindicar el plano subjetivo-político contra un marxismo "objetivista", el cuaderno onceavo presenta los bosquejos de una teoría de la ideología que complementan las reflexiones de la hegemonía como momento ético-político de la historia, en una refutación de las posiciones vertidas en el "manual" de Bujarin[24]. Es en estas notas, bajo la afirmación de que todos los hombres son filósofos, encontramos la postulación del plano ideológico en un gradiente de complejidad, no de sustancia, desde las formas más elementales del lenguaje, el folklore y la religión hasta las concepciones filosóficas más elaboradas. En su conjunto estos elementos representan las

[24] El libro *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista*, conocido vulgarmente como el "manual" de Bujarin, se presenta como un compendio general para el análisis histórico y social en términos de una teoría marxista. Antes de su encierro, Gramsci consideraba al libro un aporte para el pensamiento marxista, proponiendo su traducción y estudio para la primera escuela interna del PCdI en 1925 (*ON*: 56). Robert Paris (1976) ha planteado que el interés gramsciano por el libro se sitúa en una serie de discusiones teóricas sostenidas en Moscú en 1923, aunque este solo lo leerá a partir de su edición francesa de 1927. El entusiasmo juvenil con el texto, que aparece en ese entonces como una forma de seguir las directivas teóricas desde Moscú, parecería desaparecer tras la lectura, ya que en los *Cuadernos* el comentario del libro será totalmente crítico. La sociología de Bujarin aparece como un intento de volver objetivos, y cuasi técnicos, los momentos de la subjetividad política, cayendo en el mecanicismo. La filosofía de la praxis, entendida como una ciencia de la política que no presupone la pasividad de las masas, aparece así como una refutación del texto de Bujarin, como la postulación de un punto de partida diferente desde el cual pensar una teoría marxista de la historia y la política. Sin embargo, como ha notado Dal Maso (2016), es necesario relativizar la idea de que la teoría de Bujarin representaba la posición "oficial" de la URSS, ya que este no solo será desacreditado por el estalinismo en la década del treinta, sino que presenta una posición mecanicista mientras que el DIAMAT era más bien organicista. En este sentido, consideramos que es una exageración ver en la crítica a Bujarin una crítica al marxismo soviético, operando más bien como un contrapunto dentro de un debate interno al partido que como un enemigo con el que romper. De hecho, a pesar de esta diferencia teórica general, Gramsci parece compartir, y retomar en los *Cuadernos*, las críticas de subestimación del campesinado que Bujarin realiza a Trotsky, así como su acusación de que este se mantiene en la vieja fórmula de la revolución permanente sin comprender la necesidad de la hegemonía proletaria.

distintas formas que toma la concepción del mundo de un grupo social que emerge desde las actividades prácticas realizadas por los sujetos en el mundo de la producción[25].

Puestos en un mismo plano, este conjunto de elementos encuentra su unidad en el plano político porque, en consonancia con los desarrollos que venimos analizando, estas concepciones del mundo propias de cada clase se desarrollan y existen en la lucha por la hegemonía. De lo que se trata, entonces, es de pensar cómo las distintas concepciones "influyen en las masas populares como fuerza política externa, como elemento de fuerza cohesiva de las clases dirigentes, como elemento, pues, de subordinación a una hegemonía exterior" (*Q11* <13>: 261). Aun cuando todos los individuos cuenten con una concepción propia de su grupo social, se encuentran más o menos sometidos a la ideología de las clases dirigentes, que justamente pueden construir el consenso hacia su dirección desde esta hegemonía exterior. Repensar entonces lo ideológico debe servir para evitar que la ideología dominante limite "el pensamiento original de las masas negativamente, sin influirlas positivamente, como fenómeno vital de transformación íntima de lo que las masas piensan embrionaria y caóticamente en torno al mundo y a la vida" (*Q11* <13>: 262). De lo que se trata, por el contrario, es de buscar la ruptura de esta sumisión, luchando por una hegemonía ideológica y política de la clase trabajadora sobre las masas.

La filosofía de la praxis, entendida como concepción del mundo que anuda una teoría y una práctica propia de la actividad de la clase obrera en el mundo de la producción[26], debe por lo tanto expandir la conciencia práctica de la clase trabajadora, llevándola más allá de una visión embrionaria. Comenzando con una crítica del pensamiento existente, del sentido común, que les permita a los trabajadores comprender su lugar en el mundo de la producción y en la historia, debe luego tomar los elementos culturales más avanzados de la cultura existente para elaborar una concepción propia. Esta compresión, lejos de tratarse de un proceso pacífico de elaboración puramente teórica, se produce en una lucha política entre concepciones del mundo contrastantes. En este conflicto se opera la ruptura de la hegemonía ideológica de la clase dominante, la compleja elaboración de una total concepción del mundo propia de los trabajadores y su difusión sobre el conjunto de las masas que permite la dirección de la clase trabajadora sobre conjunto de lo social, su hegemonía:

> La comprensión crítica de sí mismos se produce pues a través de una lucha de hegemonías políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real. La conciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea

[25] Nos limitamos aquí a exponer las bases de esta teoría de la ideología como elemento en el desarrollo del concepto de hegemonía sin profundizarla. En el capítulo tercero, abordamos dicha teoría, y en particular su articulación con el momento de la estructura económica, para pensar las determinaciones que supone para un concepto de hegemonía. Para una profundización del concepto de ideología en Gramsci ver Liguori (2016) y para su articulación con la noción de cultura Baratta (2003).

[26] En esta conceptualización del marxismo como filosofía de la praxis es heredera de los planteos de Antonio Labriola. Uno de los primeros lectores y difusores de la obra de Marx en Italia, Labriola consideraba que la teoría marxista no debía ser vista como una nueva forma de las filosofías tradicionales, sea como una nueva forma del idealismo hegeliano o del materialismo, sino como una filosofía radicalmente nueva, una concepción del mundo propia del proletariado que se vale de sí misma y que es capaz de pensar la totalidad de la realidad en sus propios términos (Labriola, 1945 y 1976).

> la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia en la que teoría y práctica finalmente se unifican. Tampoco la unidad de teoría y práctica es un dato de hecho mecánico, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de distinción, de desapego, de independencia apenas instintivo, y progresa hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitario (*Q11* <12>: 253).

El plano en el que se articula la hegemonía, por tanto, es el ideológico, entendido como una lucha por la conciencia política primero de la propia clase, y luego de esta sobre el conjunto de las masas. La lucha entre hegemonías contrastantes parece pasar por el problema de la conciencia política y su progresión desde la independencia de una clase hasta su lucha porque sea su ideología la que dirija la sociedad. En este sentido, y aunque veremos a continuación la importancia de "los partidos políticos, en la elaboración y difusión de las concepciones del mundo" (*Q11* <12>: 254), retomando el rol del partido de vanguardia en su relación con la conciencia de clase, lo cierto es que esta teoría ideológica de la hegemonía nos vuelve a remitir a los intelectuales como sus actores principales.

Por esta razón, entre mayo y junio de 1932 —en paralelo e incluso un poco antes de los desarrollos que acabamos de comentar— encontramos en el cuaderno doceavo el intento de sistematizar una teoría de los intelectuales. En estas notas se transcriben fundamentalmente los elementos sobre este tema que ya hemos visto en otros cuadernos, pero ahora bajo el prisma de su rol de difusores y organizadores de una concepción del mundo. Si la lucha está planteada en términos de la adopción de las masas de una concepción proletaria del mundo, es claro que esta no se difunde solo por su propia fuerza. La ideología proletaria requiere de toda una serie de instituciones y organizaciones (periódicos, centros culturales, asociaciones civiles, etc.) tanto como de un sujeto particular que realice su organización, elaboración y difusión. A lo largo de esta concepción de los intelectuales, y en la problematización de los planos superestructurales en los que estos se desempeñan, persiste entonces una conceptualización de la hegemonía que parece remitir a una dirección fundamentalmente ideológico-intelectual:

> establecer dos grandes planos superestructurales, el que se puede llamar sociedad civil, o sea del conjunto de organismos vulgarmente llamados privados, y el de la sociedad política o Estado y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de dominio directo o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno político, esto es: 1] del consenso espontáneo dado por las grandes masas de la población a la orientación imprimida a la vida social por el grupo dominante fundamental […] 2] del aparato de coerción estatal que asegura legalmente la disciplina de aquellos grupos que no consienten ni activa ni pasivamente, pero que está constituido por toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el mando y en la dirección en que el consenso espontáneo viene a faltar (*Q12* <1>: 357).

De esta forma, bajo la figura de los intelectuales tienden a anudarse las reflexiones de la historia ético-política y el problema de la ideología haciendo de la difusión y la lucha intelectual, ideológica o cultural el fundamento de la hegemonía. Sin embargo, aun cuando la "función hegemónica" vuelva a remitirse a la sociedad civil, si comparamos este texto con su "borrador" (*Q4* <49>) observamos algunos cambios significativos. Mientras en aquel eran los intelectuales

quienes ejercían esta función, ésta se presenta ahora como una producción del conjunto de organismos de la sociedad civil que son postulados como una mediación entre los intelectuales y el mundo de la producción. Los intelectuales no se describen en términos de elaboradores o difusores de ideología sin más, sino como organizadores de la orientación que una clase imprime sobre el conjunto social en función de sus intereses en el plano económico. La hegemonía, por tanto, sería ahora un resultado cuasi impersonal de un conjunto de organismos. Aún más, aparece aquí un elemento central no mencionado previamente en el borrador: el consenso que se produce es aquel espontáneo de las grandes masas. El problema de la política de masas se plantea, entonces, en las formas en que se organiza su consenso a partir de un conjunto de organizaciones donde actúan los intelectuales en una función diferenciada del dominio estatal. La hegemonía, en suma, parece sostenerse en una forma de pensar la dirección del conjunto social por parte de una clase bajo un conjunto de mecanismos "civiles", intelectuales-políticos, con los que dirigir a las masas.

No obstante, aun cuando todos estos elementos de la conceptualización parecían decantar firmemente en una determinación del concepto, la complejización de la dirección de una clase parece también comprender algo más que un aspecto ideológico. Porque efectivamente es solamente "desde el momento en que un grupo subalterno se vuelve realmente autónomo y hegemónico suscitando un nuevo tipo de Estado, [que] nace concretamente la exigencia de construir un nuevo orden intelectual y moral, o sea un nuevo tipo de sociedad y por lo tanto la exigencia de elaborar los conceptos más universales, las armas ideológicas más refinadas y decisivas" (*Q11* <70>: 349). Es decir, aún bajo una extraña equivalencia entre orden intelectual y nuevo tipo de sociedad, como si esta última fuera la efectivización o la realización del primero, parecería que la lucha en el plano de la elaboración de una filosofía, de una ideología completa, solo acontece una vez que el grupo social a la que esta representa ya es hegemónico, tras conquistar el poder del Estado.

La tensión entre un antes y después del Estado, que ya registramos en la primera nota del texto carcelario donde se menciona la hegemonía, se reproduce aquí desde una conceptualización que ha llevado al concepto al plano de una disputa ideológica en la sociedad civil: "a la fase de lucha por la hegemonía en la sociedad civil [y] a la fase estatal, corresponden actividades intelectuales determinadas", "en la fase de la lucha por la hegemonía se desarrolla la ciencia de la política, en la fase estatal todas las superestructuras deben desarrollarse, so pena de la disolución del Estado" (*Q11* <68>: 338). Es la ciencia política, no la filosofía de una clase, el pensamiento sobre las luchas por el Estado la que debe desarrollarse en la fase de la hegemonía. Por ello, en una inflexión en la que el texto busca un pensamiento integral de lo político para continuar el despliegue del concepto, la figura de Maquiavelo, como modelo para una ciencia política, aparecerá como la clave de una constelación conceptual de la hegemonía potencialmente distinta a su entendimiento en el marco de las disputas ideológicas.

Los textos que componen el cuaderno trece, así como un conjunto de notas de la misma época pertenecientes a los cuadernos catorce y quince, se presentan entonces como una reflexión sobre la política y el Estado, mediadas por el estudio de Maquiavelo. Los parágrafos gramscianos buscan pensar mediante los aportes teóricos maquiavelianos cómo se produce "el proceso de formación de una determinada voluntad colectiva, para un determinado fin político", [para]

"conducir al pueblo a la fundación del nuevo Estado" (*Q13* <1>: 14)[27]. En esta problematización, el concepto de hegemonía se desplegará, ahora, no en una conceptualización directa sobre la filosofía de la praxis, sino como parte de una teoría política que, partiendo desde las relaciones de fuerza entre clases, busca pensar cómo estas se organizan "para la fundación de nuevos estados y nuevas estructuras nacionales y sociales" (*Q13* <1>: 15); cómo las voluntades colectivas toman una forma política con la que pueden conquistar el poder estatal y consolidar su dirección sobre la sociedad.[28]

Esta exploración del pensamiento de Maquiavelo no se despliega como un estudio erudito de su obra, sino buscando "la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, basándose en aquella determinada fuerza que se considera progresista y potenciándola para hacerla triunfar v moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva" (*Q13* <16>: 31). Por ello sus textos, y en particular el *Príncipe*, cobrarán sentido como una búsqueda de una organización para la conquista estatal por parte de la naciente burguesía, como un corpus en el que se desarrolla una ciencia "que tiende a la organización de las monarquías nacionales absolutas, la forma política que permite y facilita un ulterior desarrollo de las fuerzas productivas burguesas" (*Q13* <13>: 27).

Contra todo maquiavelismo que aborde disputas parciales y cotidianas de la política dentro de las estructuras ya establecidas del Estado, el texto gramsciano afirma un Maquiavelo que, por el contrario, se ocupa, para su tiempo y en relación a las voluntades colectivas de su época, de "cuestiones de gran política: creación de nuevos estados, conservación y defensa de estructuras orgánicas en conjunto; cuestiones de dictadura y hegemonía en gran escala, o sea en toda el área estatal" (*Q13* <5>: 20). El concepto de hegemonía, por tanto, en su ya recurrente dupla con el de dictadura, entendida en sus persistentes "alusiones al momento de la hegemonía o del consenso junto a los de la autoridad o de la fuerza" (*Q13* <5>: 20), aparecerá entonces teorizado en este proceso de conquista y consolidación del poder estatal de una clase, como parte fundamental de este. Se trata así de un momento clave en la transformación y articulación de una nueva totalidad social desde el Estado.

Pero si Maquiavelo aparece como paradigma para la búsqueda de la hegemonía burguesa en Italia, lo que se intentará en el texto gramsciano será una traducción del esfuerzo maquiaveliano para las condiciones actuales de la sociedad moderna. Porque cuando se piensa en las voluntades colectivas cuyas fuerzas pueden organizarse hasta devenir Estado, "se define la voluntad colectiva y la voluntad política en general en el sentido moderno, la voluntad como

[27] Para una profundización de la lectura gramsciana de Maquiavelo, pensada como central para el concepto de hegemonía ver el libro *Hegemony and power: On the relationship between Gramsci and Machiavelli* de Benedetto Fontana (1993). En conjunto con la influencia de Maquiavelo estas reflexiones sobre la organización de una voluntad colectiva se encuentran fuertemente influidas por las lecturas del filósofo francés y sindicalista revolucionario Georges Sorel y sus planteos de la construcción de la huelga general como un mito social que moviliza a las masas (Sorel, 2016). Sobre esta articulación entre la lectura de Maquiavelo y la influencia de Sorel ver Frosini (2013b).

[28] Estas reflexiones generales de la política suponen y contienen, consecuentemente, una continuación de la crítica a las concepciones economicistas del marxismo que negaban este rol central de lo político en la constitución de lo social y su transformación. De manera similar, y presente en un conjunto de notas que contienen la palabra hegemonía, esta reflexiòn incluirá también una indagaciòn sobre el plano internacional de la política, sobre cómo las relaciones de fuerza entre naciones influyen y juegan en estos procesos de conquista y fundaciòn de nuevos estados.

conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un real y efectivo drama histórico" (*Q13* <1>: 16).

Sabemos, por la teoría progresiva de la historia que hemos visto desplegarse desde los primeros textos gramscianos, que en las condiciones actuales el protagonista de esa necesidad histórica es el proletariado. Desde esa perspectiva y partiendo de las particularidades de su sociedad contemporánea, de la problemática de la política de masas que hemos visto emerger, es claro que la forma política para este sujeto no puede ser la misma que en la época de Maquiavelo: "el moderno príncipe, el mito-príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto, puede ser solo un organismo: un elemento de sociedad complejo en el cual ya tiene principio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo es dado ya por el desarrollo histórico y es el partido político, la primera célula en que se agrupan gérmenes de voluntad colectiva que tienden a hacerse universales y totales" (*Q13* <1>: 15). Casi como si fuera una continuidad de la constante búsqueda de los textos precarcelarios de una institucionalidad política en la que pudiera encarnar la voluntad política del proletariado como clase progresiva de la historia, vemos aquí en la figura del partido moderno, como traducción del príncipe, una institucionalidad que parece corresponder a la política de masas que ha estallado en la constelación histórica de la primera guerra.

Las complejidades de dicho contexto, las reflexiones sobre las transformaciones de la política tras el advenimiento de masas, plantean entonces la búsqueda de esa nueva institucionalidad para el devenir hegemónico de una clase, en la complejización de la relación entre sociedad civil, Estado y organizaciones políticas. En lo que se presenta, vía Maquiavelo, como una teoría general, la política y la hegemonía serán pensadas entonces en la articulación del conjunto del área estatal, tanto sociedad civil como sociedad política, teniendo en cuenta tanto el momento de la coerción como el del consenso, el del dominio y el de la hegemonía. Se plantea, entonces, una noción de hegemonía vinculada orgánicamente con el problema del Estado integral, como parte de una doble perspectiva de lo político que no se encuentra limitado a la lucha por una supremacía ideológico-cultural:

> […] doble perspectiva en la acción política y en la vida estatal. Varios grados en los que puede presentarse la doble perspectiva desde los más elementales hasta los más complejos, pero que pueden reducirse teóricamente a dos grados fundamentales, correspondientes a la doble naturaleza del Centauro maquiavélico, ferina y humana, de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización […]" (*Q13* <14>: 30).

La naturaleza de la política, como el monstruo mitológico del centauro, implica la articulación de los dos momentos con los que se construye la dominación de un grupo. En este sentido, si bien la hegemonía continúa apareciendo vinculada al momento del consenso, es ahora una parte integral de una dominación general de lo social que incluye la coerción y que, por lo tanto, supone el aparato estatal como parte de su ejercicio. A su vez, la conceptualización que se produce en estas notas se encuentra en continuidad con las reflexiones que venimos desplegando: en la reiteración de la nota sobre las relaciones de fuerza que conoce su forma definitiva en el cuaderno trece; en la insistencia del texto en pensar la articulación de esta dominación política con el momento económico, haciendo de la hegemonía aquello que nombra

el paso desde la objetividad estructural de estos grupos a su organización en las superestructuras como conceptualización general del enfrentamiento de clases.

La indagación sobre Maquiavelo y el príncipe moderno apunta así a pensar cómo se logra una unidad orgánica entre una voluntad surgida de la producción, con una praxis y, por tanto, una ideología que le da sentido a su organización colectiva, y la organización política de la acción de masas que permita su devenir Estado. El príncipe moderno, en su búsqueda de llevar a las masas a un nuevo Estado, debe ser capaz de producir la transformación ideológico-cultural de las masas, de conducir "[…] una reforma intelectual y moral [que] no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica, incluso el programa de reforma económica es precisamente el modo concreto en que se presenta toda la reforma intelectual y moral" (*Q13* <1>: 17). Pero la relación de causalidad entre estos elementos no aparece aquí bajo una sucesión simple. No se trataría de que esta elaboración ideológica lleve directamente al poder estatal. Así como es claro que la mera posición en la estructura económica no basta para organizar una dominación sobre el conjunto social —que una clase "como hecho económico (y tal es esencialmente toda clase) no gozaría de ningún prestigio intelectual y moral, o sea que sería incapaz de ejercer una hegemonía y, en consecuencia, de fundar un Estado" (*Q15* <18>: 194) — tampoco parecería que esta dominación se alcance solo con una elaboración ideológica anterior a la conquista del Estado.

Por el contrario, el momento estatal, con la hegemonía como parte del mismo, aparece ahora como un factor central de la posibilidad de la propia transformación ideológica del conjunto de la sociedad. Porque el devenir dominante de una clase se concreta sólo desde un accionar estatal sobre la sociedad que es necesario para realizar una reforma intelectual y moral que permita la concreción de un nuevo tipo de civilización: "todo Estado tiende a crear y mantener cierto tipo de civilización y de ciudadano (y por lo tanto de convivencia de relaciones individuales), tiende a hacer desaparecer ciertas costumbres y actitudes y a difundir otras" (*Q13* <11>: 25). Vemos entonces invertirse una relación de determinación entre el momento del Estado y el de la ideología. Ahora el texto gramsciano hace del momento estatal la confirmación efectiva de la transformación ideológico-cultural y la condición de la verdadera dominación de una clase que logra, por medio de este, imponer su modo de producción.

De esta forma, aunque Gramsci apunte a anudar estas reflexiones en una continuidad con aquellas notas previas sobre la ideología, aparecen aquí otros sentidos posibles para pensar el conflicto, la política y la hegemonía.[29] Al plantear la hegemonía centralmente como lucha por y en el control del Estado se limita su formulación como una condición previa al poder estatal de una clase y se plantean las bases para el pasaje de una noción de hegemonía constituida principalmente por la disputa ideológico-cultural a un nuevo uso centralmente político-estatal

[29] En la búsqueda de producción de una unidad entre este momento estatal de la hegemonía y su conceptualización en relación a lo ideológico, a las concepciones del mundo, no resulta sorprendente el cambio en la redacción de algunas notas con respecto a sus borradores que enfatizan dicha unidad. Así por ejemplo, la hegemonía de un grupo social, nombrada como política en el borrador del cuaderno cuarto de esta nota, es ahora "ético-política" (*Q13* <18>: 41). De manera similar, se afirma que "el análisis de los diversos grados de relación de las fuerzas no puede culminar más que en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas (Q13 <18>: 41). Sin embargo, aun en la búsqueda de esta unidad conviven en tensión la producción de una hegemonía ideológica anterior al poder estatal y una hegemonía estatal, que incluye y no se agota en lo ideológico, como dos formas posibles del concepto.

del concepto. La hegemonía así entendida supone un momento alcanzado por una clase social que se vuelve dirigente valiéndose de todos los elementos del Estado en sentido integral, logrando, solo desde este conjunto de formas políticas para coordinar y equilibrar los intereses del conjunto de los grupos sociales:

> […] el hecho la hegemonía presupone indudablemente que se tomen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales la hegemonía será ejercida, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, esto es, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, también es indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-político, no puede dejar de ser económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica (*Q13* <18>: 42).

La producción de estos equilibrios, que permiten presentar la expansión de un grupo como la del conjunto de la nación, que permiten universalizar sus intereses y su dirección, no se limita entonces solo a un plano ideológico sino que incluyen la satisfacción de ciertos intereses materiales concretos de los grupos subalternos. Si estos aparecen como base del consenso necesario de toda dominación, la hegemonía supone una necesaria acción estatal con la que "el grupo dirigente tenderá a mantener el equilibrio que sea mejor para su permanencia, no sólo eso sino para su permanencia en condiciones determinadas de prosperidad e incluso a incrementar tales condiciones" (*Q13* <34>: 75). En este sentido, la acción estatal que supone una dirección hegemónica no parece limitarse a la "educación" de las masas, a la difusión y la imposición de una nueva concepción del mundo. Además de aparecer expresamente vinculada al derecho, estos equilibrios parecen lograrse mediante el reconocimiento de los intereses y la satisfacción de ciertas demandas no contradictorias con el interés fundamental del grupo dominante. Satisfacción de demandas que consolida el consenso de los grupos subordinados[30]. La construcción de una dominación hegemónica supone así la superación del momento económico-corporativo, se sostiene en el reconocimiento de algunos de sus intereses de los grupos a dirigir, por medio de mecanismos estatales que operan un sacrificio parcial sobre los intereses de la clase dominante.

> El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, determinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales', o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo

[30] En los textos gramscianos el vínculo clase dominante y grupos subordinados se establece principal, pero no únicamente, entre las clases fundamentales. En este sentido, junto a las clases, en el análisis de la constitución de la hegemonía deben también tenerse en cuenta toda otra serie de grupos que pueden integrarse en la dirección dominante: "todo el nuevo fenómeno histórico se debe al equilibrio de las fuerzas "fundamentales"; hay que ver también las relaciones que existen entre los grupos principales (de diverso género, social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica." (*Q14* <23>: 116).

> dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo (*Q13* <17>: 37).

Hemos visto de este modo aparecer dos formas de conceptualización de la hegemonía que, aunque ancladas en elementos claramente diferentes —la ideología y el Estado— parecen suponer en el texto gramsciano una unidad, como el desarrollo subjetivo de una voluntad de clase. Tanto las concepciones del mundo como el Estado se despliegan aquí como expresiones propias de un grupo social surgido de la producción, y se forman en su lucha con otros grupos sociales como expresión de su voluntad. Sin embargo, a pesar de dicha unidad, estas dos formas de la hegemonía suponen determinaciones distintas para el concepto. Sin adentrarnos todavía en la crítica a la concepción historicista y subjetivista que la sostiene, planteemos aquí que, incluso aceptando dicha unidad expresiva de la clase, el concepto de hegemonía no deja de presentar inflexiones diferenciadas según su uso como ideológica-cultural o estatal.

En este sentido, al desplegar el concepto de hegemonía en relación a la problemática de lo político-estatal nos encontramos con una serie de elementos que modifican la "naturaleza" de la relación hegemónica. Porque si esta incluye el momento consensual ahora se articula también en el momento estatal como parte de una unidad con la que se constituye la dirección hegemónica. Esto permite incluir dentro de una conceptualización de la hegemonía a la coerción así como todo un conjunto de políticas estatales que exceden a un consenso entendido como meramente cultural-ideológico. Del mismo modo, estos elementos transforman "el territorio" de ejercicio de la hegemonía, que ahora aparece en todo el Estado integral y no ya solamente en la sociedad civil. A su vez, esta lectura impide una conceptualización que encuentre la producción de la hegemonía en un momento anterior a la conquista del Estado, transformando la "temporalidad" del concepto. Una transformación que, a su vez, lo plantea como aquella práctica de la clase dominante sobre el conjunto de lo social y no, tal como aparece en el concepto de hegemonía proletaria en los textos precarcelarios, como la dirección de una clase subalterna únicamente sobre otras clases aliadas.

En su conjunto, estas modificaciones permiten conceptualizar la hegemonía en la unidad dialéctica del Estado Integral[31], impidiendo una lectura dicotómica de la relación sociedad civil y Estado (Liguori, 2016; Thomas, 2010), haciendo de la hegemonía un fenómeno fundamental para la constitución de todo nuevo orden dominante, tanto económico como político, bajo la dirección de una clase social. En resumen, esta forma estatal de la hegemonía aparece vinculada al problema de la transición entre modos de producción como parte de una teoría general de la política en su articulación con lo económico. La adecuación a un nuevo tipo de civilización y la creación de un nuevo tipo Estado parece ser la forma de referirse a la transformación del conjunto de la sociedad, explicado por el cambio de la clase que detenta la dominación; es decir, aquella que dirige hegemónicamente al conjunto. El reemplazo de la vieja hegemonía por la de una nueva clase se constituye en un modelo general que puede explicar cómo deviene dominante, como deviene Estado, toda clase social y cómo se constituye un nuevo tipo de sociedad. En suma, en la constitución del Estado, en su accionar y su relación con las clases, la

[31] Al igual que con los desarrollos teóricos sobre la ideología, no interrogamos aquí los elementos de teoría del Estado presentes en los textos gramscianos, tarea que realizamos en el cuarto capítulo. En esta instancia nos limitamos a mostrar la relación entre hegemonía y Estado que se articula en estos cuadernos, allí interrogamos críticamente esta "unidad dialéctica" del Estado Integral.

hegemonía estatal aparece como momento fundamental de la articulación y cohesión del todo social (Buci-Glucksmann, 1978; Poulantzas, 1974).

Parecería que en esta conceptualización, del mismo modo que sucedía en aquella centrada en lo ideológico-cultural y la disputa por las concepciones del mundo, el concepto de hegemonía, al referir a una teoría general de lo social o de la historia, no buscar dar cuenta de una especificidad de la sociedad capitalista y de la política y el Estado que le son propios. De manera similar, al centrar al concepto en la transición entre formas de sociedad, la hegemonía no daría cuenta de los modos diferenciales que adopta la dominación de clase dentro de una misma forma social, o, más puntualmente, dentro del capitalismo. Desplegado como parte de una teoría de la política y la historia, el concepto de hegemonía parece despegarse de aquellas particularidades con las que había emergido en la particular constelación histórica de las luchas revolucionarias de la posguerra, de la crisis de las formas liberales de dominación y de los intentos de su reconstitución por parte de la burguesía.

Sin embargo, escritas en paralelo a estas reflexiones nos encontramos con una serie de reflexiones generales y de análisis históricos concretos sobre las relaciones de fuerzas, sobre las luchas por la constitución de la dominación de una clase dominante, que parecen volver a delimitar temporal y geográficamente al concepto de hegemonía. En este movimiento la hegemonía parecería volverse el nombre de una particular forma de dominación, diferenciada e históricamente situada. En los "cuadernos especiales" veremos entonces reiterarse las reflexiones sobre las coordenadas de oriente y occidente, en la diferencia de desarrollo de sus sociedades civiles, pero a la vez, incluidas ahora como parte de una complejización de la dominación estatal, de la doble naturaleza de lo político, que en estas notas se ha desplegado. Podemos entonces preguntarnos hasta qué punto estos elementos que aparecían como una teoría general de lo político, que buscaban en Maquiavelo una reflexión sobre toda fundación de un nuevo Estado, responden, por el contrario, a las formas particulares de la dominación en un territorio y una etapa del capitalismo.

Desde su advenimiento como clase dominante la burguesía articula una dominación con ciertas características, pero parecería que "en el periodo posterior a 1870 [...] todos estos elementos cambian" (*Q13* <7>: 22). Retomando la reflexión sobre el paso político y bélico a la guerra de posiciones, nos encontramos con que "la estructura masiva de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales cuanto como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las "trincheras" y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posición" (*Q13* <7>: 22). Es a partir de estas transformaciones que "la fórmula del 48 de la "revolución permanente" es elaborada y superada en la ciencia política en la fórmula de "hegemonía civil" (*Q13* <7>: 22)[32]. Temporalmente fechada, estamos ante una forma de dominación limitada también espacialmente, ya que "se presenta para los estados

[32] Peter Thomas (2022) ha desplegado una interesante lectura que evita una relación dicotómica entre "guerra de maniobra" y "guerra de posiciones". Planteando una particular lectura gramsciana de la fórmula marxiana de "revolución permanente", Thomas hace de la búsqueda de las condiciones para su realización en la sociedad contemporánea el eje de la reflexión carcelaria gramsciana. En esta reflexión estratégica, la superación de la fórmula supone la inclusión dentro de la forma hegemónica de los elementos del conflicto directo. No se trata de un simple reemplazo de estrategias, sino de una complejización de las formas de la dominación y de las consecuentes formas políticas para superarla.

modernos, no para los países atrasados y para las colonias, donde aún están vigentes las formas que en otras partes han sido superadas y se han vuelto anacrónicas" (Q13 <7>: 22). La forma hegemónica parece entonces ser una parte y no la totalidad de la historia de la dominación clasista; una forma particular, entre otras, de la dominación burguesa. Existen ciertas premisas histórico-políticas para que se combinen consenso y coerción en la unidad integral del Estado. Esto es, hay condiciones históricamente delimitadas para que exista hegemonía.

Dentro de esta conceptualización, nos encontramos con un inicio fechable de la dominación hegemónica que es caracterizado por todo un conjunto de cambios producidos en la segunda mitad del siglo XIX. Cambios por medio de los cuales "la técnica política moderna se ha transformado completamente después del 48, después de la expansión del parlamentarismo, del régimen asociativo sindical y de partido, de la formación de amplias burocracias estatales y "privadas" (político-privadas, de partidos y sindicales) y las transformaciones ocurridas en la organización de la policía en sentido amplio, o sea no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sino del conjunto de las fuerzas organizadas por el Estado y por los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes" (*Q13* <27>: 66). Dentro de estos cambios se destaca el desarrollo de grandes organizaciones de masas, sindicatos y partidos, pero también la expansión de la democracia en el régimen parlamentario como forma de articular el consenso a la dominación estatal.

En su conjunto, estas transformaciones, que surgen del propio desarrollo del conflicto de clases, hacen a una forma distinta de articulación entre Estado y sociedad civil, a un modo particular de integración del conflicto clasista en la dominación estatal. En este sentido, como resultado de la lucha de clases, una forma hegemónica de la política es la que hace que el Estado integral no sea ya un concepto general sino un resultado histórico determinado. De esta manera, aún en el marco de una teoría general de la historia y la política, el texto gramsciano produce una nueva inflexión sobre el concepto de hegemonía que, en su limitación, lo vuelve una forma política históricamente particular de producción de una política de las masas en la sociedad capitalista (Filippini, 2015).

En el contexto de estas reflexiones, de los intentos de constitución de una teoría general de lo político que incluye a la hegemonía y de la reiteración de las condiciones que hacen de esta una forma históricamente particular, nos encontramos con un extenso texto que analiza las luchas sociales y políticas en Francia. Titulado "Notas sobre la vida nacional francesa", el parágrafo <37> del treceavo cuaderno presenta un conjunto de apreciaciones históricas que se valen del término hegemonía para describir las relaciones de fuerza entre las clases de dicho país desde la revolución de 1789 hasta la crisis de la hegemonía burguesa en la posguerra europea. En esta nota volvemos a encontrar la idea de que el jacobinismo, entendido como el proceso de constitución de la burguesía como clase dominante, encuentra su perfección, logra superar los límites de su dirección sobre su clase antagónica, en "el ejercicio 'normal' de la hegemonía en el terreno que ya se ha vuelto clásico del régimen parlamentario" (*Q13* <37>: 81), de la tercera república.[33] Se trata de una hegemonía "clásica", caracterizada por la combinación de fuerza y

[33] La producción de una hegemonía en el caso jacobino, como el proceso de constitución de la burguesía en clase dominante durante el siglo XIX, vuelve a aparecer en este periodo en algunas contraposiciones con el caso italiano. En un uso del concepto que vincula la dirección del proceso revolucionario por una región o Estado al de la constitución de una dirección de clases, en la capacidad de dirigir al pueblo hacia

consenso, de elementos estatales y de la sociedad civil, que muestra su crisis "en el periodo de la posguerra, [cuando] el aparato hegemónico se cuartea y el ejercicio de la hegemonía se vuelve permanentemente difícil y aleatorio" (*Q13* <37>: 81). Crisis, entonces, de una forma de dominación: aquella forma parlamentaria que, como hemos visto en el capítulo primero, se ve desbordada por el auge y la movilización de las masas.[34]

Habiendo analizado los textos de los "cuadernos especiales", momento de supuesto mayor desarrollo y concentración de las teorizaciones gramscianas, seguimos enfrentándonos evidentemente a un concepto de hegemonía con múltiples sentidos posibles. Por un lado, como parte de una lucha contra el economicismo —que se orienta a explicar por qué la crisis económica de la posguerra no genera directamente la revolución— el concepto se articula con la historia ético-político constituyéndose como el momento civil, intelectual e ideológico fundamental de toda formación histórica. Pero, por otro lado, esta hegemonía ideológica-cultural, encuentra una inflexión en una teorización general de la política que hace de lo estatal, de su capacidad de producir equilibrios de intereses entre clases, el momento central de la hegemonía. Esta concepción estatal de la hegemonía supone una inflexión ulterior del concepto: este funcionaría como concepto explicativo de toda articulación de lo social. Inflexión que, no obstante, entra en tensión con las numerosas determinaciones histórico-geográficas que vemos acompañar al concepto a lo largo de estas mismas notas, y que indican, por ello, por último, hacia otra forma de entender la hegemonía: como forma históricamente particular de la dominación burguesa, como una manera en la que se desenvuelve el conflicto en la sociedad capitalista bajo ciertas condiciones históricas. Forma que plantea, entonces, la posibilidad de sociedades sin hegemonía tanto como de dominaciones burguesas no hegemónicas.

En su conjunto, estas diversas formas de la hegemonía, continúan produciendo sentidos que operan una profundización de la teoría marxista de lo político. Profundización que el texto gramsciano continúa ensayando sin alcanzar una solución definitiva. La búsqueda de esta de concepción marxista de lo político y los diversos sentidos o formas de la hegemonía que resultan de ésta, emergen, a su vez, a partir de aquella constelación histórico-política en la cual las luchas de clases de la posguerra desbordaron las formas tradicionales de la dominación, sin lograr, sin embargo, conseguir la constitución de una nueva sociedad de los dominados. El concepto de

---

la fundación de un nuevo Estado, se plantea que en la Italia del Risorgimento falta "el concepto de lo 'popular-nacional" jacobino, de la hegemonía política, o sea de la alianza entre burgueses-intelectuales [ingenio] y el pueblo", al mismo tiempo que se sostiene para dicho caso "la afirmación de la hegemonía política y militar del Piamonte que debería, como región, ser lo que París para Francia" (*Q17* <9>: 307).

[34] La crisis del parlamentarismo aparece así como crisis de la hegemonía burguesa, como imposibilidad de producir esta forma de dominación que venimos desplegando: "En cada país el proceso es distinto, si bien el contenido es el mismo. El contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de los campesinos; de pequeñoburgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto. (*Q13* <23>: 52). De manera similar, pero para el caso francés, sin negar la crisis, se afirma que no parece producirse la pérdida de toda hegemonía, ya que a través de los múltiples partidos y periódicos y dada la concentración de sus intelectuales, en Francia "la hegemonía burguesa es muy fuerte y tiene muchas reservas" (*Q13* <37>: 82).

hegemonía se despliega entonces en la tensión de un pensamiento que busca, frente a esta crisis, pensar, simultáneamente, las rearticulaciones de la dominación y las posibilidades de su superación. Es esta tensión fundamental lo que hace que el concepto persista en múltiples sentidos y en formas diferenciadas de determinarse, más allá de cualquier intención del propio Gramsci por presentarlo dentro de una única teorización general que unifique todas sus determinaciones divergentes.

4. Los últimos cuadernos: entre lo cultural y lo internacional, del devenir hegemónico de los subalternos y las formas de la hegemonía burguesa (de los primeros meses de 1934 hasta mediados de 1935)

Al leer los textos pertenecientes a los últimos momentos de la redacción carcelaria, aquellos que se despliegan en los cuadernos que van del decimosexto al decimonoveno, nos encontramos con un conjunto de reflexiones que, en principio, no presentan las mismas características de aquellas del periodo precedente. Si bien aquí desaparecen los llamados cuadernos misceláneos, aquellos que contienen conjuntos heterogéneos de notas sobre varios temas, y aparecen trece cuadernos dedicados a temas específicos, estos no contienen el mismo nivel de elaboración conceptual ni parecen apuntar a la articulación de una teoría de la política y la historia como la que veíamos delinearse contradictoriamente en los "cuadernos especiales" de 1932. Casi como si se tratara de la agrupación en conjuntos más o menos discretos, significativamente más cortos, de notas en temas separados que se busca estudiar desde las conceptualizaciones ya alcanzadas, estos textos no se nos presentan como aquellos en los que se alcance un resultado final del conjunto de la reflexión, como el territorio en el que, producto de la acumulación y el desarrollo diacrónico, finalmente se terminarán de fijar los sentidos de los conceptos gramscianos.[35]

Esta observación se muestra claramente al abordar el desarrollo del concepto de hegemonía. Aunque todavía encontraremos notas relevantes para pensar el concepto, la hegemonía no se despliega en estos textos ni del modo tan frecuente ni en una constelación conceptual densa como las que hemos visto desplegarse anteriormente. Pareciera como si el intenso desarrollo teórico del momento anterior fuera sucedido por una progresiva reducción de la presencia del concepto. En un sentido similar, nos encontraremos por primera vez con cuatro cuadernos (24, 26, 27 y 28) que omiten la palabra hegemonía a la hora de abordar fenómenos generales o propios de la contemporaneidad de Gramsci: el periodismo, el folklore, temas diversos de

[35] Lejos de constituir la etapa de mayor desarrollo de la empresa gramsciana, una suerte de fruto maduro de todo el trabajo acumulado, los cuadernos de la última época serán, por el contrario, los más precarios. Escritos entre 1934 y 1935, prácticamente en simultáneo, como un intento de retomar el trabajo tras una crisis de salud, en estos se reordenan temáticamente notas ya escritas con el fin de otorgarles cierta coherencia, y aunque aparecen correcciones, modificaciones y algunas nuevas reflexiones, estas no muestran un desarrollo ulterior sustantivo. Se trata de cuadernos escritos en un delicado estado de salud y parecería que con su redacción se busca marcar el camino de ciertos tópicos a ser investigados una vez recompuesto el estado físico de Gramsci (Gerratana, 1981 y 1997, Francioni, 1982). En lo que hace al concepto de hegemonía se observa una trabajosa reiteración de usos múltiples por fuera de los temas centrales de las etapas previas, o solo reforzando algún aspecto ya trabajado de ellos, que contienen y potencian las contradicciones y problemas que impiden aislar un único concepto claramente delimitado.

cultura y el lorianismo, entendido como una versión del mecanicismo economicista más vulgar. Resulta significativo que, cuando el texto gramsciano se desplaza a analizar estos fenómenos político-culturales de los que se esperaría alguna referencia a la problemática de la hegemonía, todo pasase como si pudiese prescindir del concepto para el análisis.

Pero junto a estas omisiones, la hegemonía también seguirá siendo mencionada en los textos de este último periodo desde una multiplicidad contextos, en distintos análisis históricos y culturales. En algunas de estas apariciones parece continuar con su uso para pensar una teoría de la ideología y de política en las relaciones entre clase, en muchas otras, parece restablecerse aquel sentido descriptivo amplio que planteaba una relación general de supremacía o dirección, mayormente entre naciones y estados y usualmente descrita bajo una dimensión cultural.

La pregunta que se abre al observar el último período de los textos gramscianos es, por tanto, si más allá de la evidente ausencia de un concepto de hegemonía definido, este continúa tomando determinaciones en esta variedad de fenómenos vinculados a un lazo hegemónico; es decir, si estas hegemonías culturales o nacionales se articulan en aquellas constelaciones teóricas desplegadas sobre el concepto y si, al hacerlo, continúan complejizando sus sentidos.

De esta forma, debemos pensar cómo se insertan en el desarrollo múltiple y contradictorio que venimos desplegando, las afirmaciones sobre el "intento de hegemonía política y cultural de Occidente sobre Oriente" (*Q20* <4>: 23) en la época de Carlomagno, los análisis sobre cómo en Italia, hasta el XVI, "Florencia ejerce una hegemonía cultural, vinculada a su hegemonía comercial y financiera" (*Q23* <40>: 141) luego reemplazada por "la hegemonía española en la península" (*Q18* <3>: 340), las notas sobre la "constitución del Imperio germánico bajo la hegemonía prusiana (*Q16* <11>: 267) o sobre "la hegemonía mundial inglesa, que continúa incluso después de que la industria y el comercio ingleses han pedido la posición anterior" (*Q16* <7>: 255). En suma, buscaremos pensar si y cómo, en este último período, estas modulaciones de "la cuestión de la lucha nacional de una cultura hegemónica contra otras nacionalidades o residuos de nacionalidades" (*Q29* <2>: 229) se articulan con las conceptualizaciones anteriores para pensar las relaciones de dominación entre las clases produciendo nuevas inflexiones sobre el concepto.

Comencemos este recorrido por una de las primeras apariciones del concepto en este período, en la que justamente se vinculan los temas culturales con una conceptualización general del marxismo. Como parte de un cuaderno dedicado a "temas de cultura", y en medio de anotaciones sobre la religión, las relaciones entre Estado e Iglesia, la lotería, los periódicos o la cultura árabe, volvemos a encontrar, durante los primeros meses de 1934, una serie de reflexiones sobre cómo abordar el estudio de la filosofía de la praxis como fenómeno cultural. Discusión que se deriva de las reflexiones sobre ideología y política que hemos visto desplegarse y que aparecen, nuevamente, en una articulación con el concepto de hegemonía.

> [La filosofía de la praxis] atraviesa todavía su fase popular: suscitar un grupo de intelectuales independientes no es cosa fácil, exige un largo proceso, con acciones y reacciones, con adhesiones y disoluciones y nuevas formaciones muy numerosas y complejas: es la concepción de un grupo social subalterno, sin iniciativa histórica, que se amplía continuamente, pero desorgánicamente, y sin poder sobrepasar un cierto grado cualitativo que está siempre más allá de la posesión del Estado, del

> ejercicio real de la hegemonía sobre la sociedad entera, que es lo único que permite un cierto equilibrio orgánico en el desarrollo del grupo intelectual (*Q16* <9>: 264).

El desarrollo de la filosofía de la praxis, del marxismo entendido como una concepción propia de un grupo subalterno, el proletariado, se vincula al proceso de lucha por su devenir hegemónico. Se nos dice que ésta aún atraviesa una fase popular en la que debe crear sus intelectuales, y que su falta influye sobre el grupo subalterno haciendo que su ampliación no sea orgánica y que no surja de su propia iniciativa histórica. Parece aquí repetirse el vínculo entre una ideología propia de un grupo por su actividad en la producción, por su praxis, que va articulando por medio de los intelectuales permitiendo a esa clase luchar políticamente. La cultura, la disputa por las concepciones del mundo aparece como momento central en la relación entre grupos sociales, haciendo de lo ideológico, y de la creación de los intelectuales que lo articulen, una clave para el abandono de la condición subalterna.

Sin embargo, en esta nota sobre la filosofía de la praxis se plantea que el ejercicio real de la hegemonía, el quiebre definitivo con la condición de subalternidad por parte de un grupo, requiere la posesión del Estado y que es por medio de este que puede ejercerse una dirección sobre la sociedad entera. Partimos de una concepción del mundo de un grupo subalterno en un proceso de lucha y desarrollo para su consolidación, pero llegamos al Estado como un grado cualitativo distinto de este proceso, como el elemento que permite el verdadero desarrollo intelectual volviéndose la condición para la hegemonía de este grupo. Como parte de una discusión sobre cómo estudiar al marxismo, nos encontramos con un continuum contradictorio, con un mismo desarrollo en distintos grados cuanti-cualitativos, desde lo ideológico a lo estatal, en el despliegue de la lucha de un grupo por devenir hegemónico.

Estas reflexiones se continúan en la recopilación del conjunto de exploraciones sobre la conformación de los grupos subalternos, que aparece como tema principal del cuaderno veinticinco. Este se presenta como una serie de criterios metodológicos a partir de los cuales realizar una investigación de la historia de estos grupos que, bajo el prisma del proceso de su unificación, vuelven a poner en tensión la relación entre hegemonía y Estado.

Por un lado, parece confirmarse la idea de que el ejercicio real de la hegemonía pertenece solo a la clase dominante y se realiza desde el Estado: “las clases subalternas, por definición, no están unificadas y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en "Estado": su historia, por lo tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función "disgregada" y discontinua de la historia de la sociedad civil” (*Q25* <4>: 181). Las clases subalternas se desarrollan en la sociedad civil tendiendo a una unificación que “es continuamente rota por la iniciativa de los grupos dominantes, y por lo tanto sólo puede ser demostrada a ciclo histórico cumplido, si éste concluye con un triunfo. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aun cuando se rebelan y sublevan: sólo la victoria ‘permanente’ rompe, y no inmediatamente, la subordinación.” (*Q25* <2>: 178). La historia de los grupos subalternos podría así remitirse a aquella “ético-política” de la sociedad civil, como un proceso de creciente organización y conciencia, de desarrollo de la propia concepción del mundo y de sus intelectuales. Este proceso se enfrenta a los continuos intentos de su disgregación por parte del accionar de la clase dominante que, por haberse unificado y contar con el poder del Estado, por “las repercusiones de las actividades mucho más eficaces, por estar apoyadas por el Estado, de

los grupos dominantes sobre los subalternos" (Q25 <5>: 183), ejerce sobre estos una hegemonía que solo puede realmente romperse una vez conquistado el poder estatal.

Por otro lado, en conjunto e inmediatamente a continuación de estas afirmaciones, dentro del estudio de las distintas fases del desarrollo de los grupos subalternos en la sociedad civil, se plantea un vínculo entre estos que se nombra también como hegemonía: "entre los grupos subalternos uno ejercerá o tenderá a ejercer cierta hegemonía" (*Q25* <5>: 183). Si su ejercicio real suponía el poder del Estado, ahora vemos que hay relaciones de hegemonía, o más bien de cierta hegemonía como si no se tratara de un proceso pleno, entre grupos subalternos mediados a partir de partidos, sin que se especifique los mecanismos con los que se establece dicho vínculo. Tras todos los desarrollos contenidos a lo largo del texto carcelario con respecto al concepto de hegemonía, ésta parece todavía referir aquí, al igual que en los textos precarcelarios y las premisas de la nota donde aparece por primera vez en los *Cuadernos*, a una relación entre los subalternos, donde uno logra dirigir consensualmente al conjunto antes de la conquista del poder estatal.

Pero si ya esta ambigüedad, esta aparición en dos polos, sigue produciendo sentidos posiblemente divergentes de la hegemonía, esta muestra una inflexión más en este mismo cuaderno. Porque advirtiéndonos sobre los "peligros propios del método de la analogía histórica" (Q25 <4>: 181), se plantea una diferenciación histórica entre formas estatales que parecen limitar la idea de la hegemonía como un fenómeno presente en toda la historia, como parte de una teoría transhistórica de la política, de cómo todo grupo subalterno deviene dominante. Mientras que en los estados antiguos y medievales "el Estado era, en cierto sentido, un bloque mecánico de grupos sociales [en el cual] los grupos subalternos tenían una vida propia, autosuficiente, instituciones propias etcétera, y en ocasiones estas instituciones tenían funciones estatales, que hacían del Estado una federación de grupos sociales con funciones diversas no subordinadas" (*Q25* <4>: 181), todo esto cambia con el Estado moderno. Este "sustituye al bloque mecánico de los grupos sociales por su subordinación a la hegemonía activa del grupo dirigente y dominante, por consiguiente deroga algunas autonomías, que sin embargo renacen en otra forma, como partidos, sindicatos, asociaciones de cultura" (*Q25* <4>: 181). La hegemonía, como subordinación activa al grupo dominante, aparece aquí como un fenómeno producto de las particulares características del Estado moderno capitalista, aquel propio de la naciente burguesía, diferenciando el ejercicio de su poder de todas las clases dominantes anteriores. Es solo en este donde se da la presencia de los subalternos en lo estatal mediante la inclusión de sus propias organizaciones de la sociedad civil (partidos, sindicatos, asociaciones de cultura, etc.). Una descripción del proceso hegemónico que remite, una vez más, a aquella problemática política de la dirección e inclusión de las masas dentro de la dominación.

En las notas del cuaderno veinticinco hay por tanto una oscilación entre una caracterización de la hegemonía como la forma en la que toda clase se vuelve dominante –en una serie sucesiva que va de la hegemonía de uno de los grupos sobre el conjunto de los subalternos hasta su devenir Estado– y un planteo en el cual el Estado moderno burgués aparece como el único capaz de producir una dirección de clase de tipo hegemónica que integre a las masas. Si bajo los criterios para el estudio de toda clase subalterna esta teoría general plantea un continuum contradictorio entre desarrollo ideológico-cultural del grupo social desde su concepción del mundo y su organización en la sociedad civil hasta el poder estatal, aparece también, en una

determinación histórica válida únicamente para la modernidad capitalista, una nueva inflexión que confirma y a la vez contradice esta relación entre subalternidad, Estado y hegemonía.

En el abordaje sobre la historia de los grupos subalternos reaparece por tanto una polisemia alojada en las tensiones de un concepto que, por un lado, se presenta como parte de una teoría política general y, por otro, se pone en uso en análisis históricos concretos. Polisemia que, en los hechos, refiere a una diferencia sobre cuál es la clase a la refiere la hegemonía. De manera esquemática y general, consideramos que, cuando se piensa la hegemonía de los grupos subalternos, el concepto parece aludir a una relación de alianza-unidad entre un conjunto de grupos sociales. Alianza donde un grupo subalterno, a partir de su dirección intelectual y moral en la sociedad civil, dirige a los otros antes de la toma del poder estatal, deviniendo luego Estado gracias a esta dirección previa. Por el contrario, cuando el concepto de hegemonía aborda un proceso histórico determinado del devenir hegemónico de la burguesía o de los cambios en sus formas de ejercer el dominio, nos encontramos con una particularidad en la forma de ejercicio de la dominación propia del capitalismo y, dentro de este, presente solo en ciertas épocas históricas. En este caso, es solo por medio del Estado que la burguesía logra dirigir activamente al conjunto de la sociedad en pos de su propio desarrollo como grupo universalizando sus intereses. En el primer caso, – buscando pensar el devenir hegemónico del proletariado en continuidad con la aparición estratégica-leninista de la hegemonía en los textos precarcelarios– el partido político de la clase subalterna es la fuerza que convence y articula en su programa a otros grupos subalternos; un convencimiento ideológico que funge como creador y organizador de una nueva concepción del mundo y que se dispone a disputar la ideología dominante. En el segundo, el Estado es la institución capaz de unificar como clase a la burguesía, imponiendo desde su seno la incorporación subordinada de otros grupos mediante la satisfacción de algunas de sus demandas.

Como puede verse, la misma palabra parece referir a conceptos distintos, con consecuencias diferentes en su aplicación, según se trate de una forma histórica de la dominación burguesa o de la estrategia por el cual un grupo subalterno logra aliarse con otros y devenir Estado. Diferencia que supone una teoría particular tanto del Estado como de la cultura y de su relación con las clases en la sociedad capitalista. Esto vuelve a plantearnos distintas formas de tratar el concepto, en el cual, la clase que la ejerce no sería neutra para la hegemonía, sino que transformaría radicalmente su forma (Gerratana, 1977; Buci-Glucksmann, 2022). Lo cierto es que, más allá de estas tensiones, el texto gramsciano parece buscar unificar ambas formas de la hegemonía en una teoría general al postular el estudio del pasaje de clase subalterna a *dominante* con el ejemplo de la burguesía italiana en la época del *Risorgimento*:

> Muchos cánones de investigación histórica se pueden construir partiendo del examen de las fuerzas innovadoras italianas que guiaron el Risorgimento nacional: estas fuerzas tomaron el poder, se unificaron en el Estado italiano moderno, luchando contra otras determinadas fuerzas y ayudadas por determinados auxiliares o aliados; para convertirse en Estado debían subordinarse o eliminar a unas y tener el consenso activo o pasivo de las otras. El estudio del desarrollo de estas fuerzas innovadoras desde grupos subalternos a grupos dirigentes y dominantes debe por lo tanto buscar e identificar las fases a través de las cuales adquieran la autonomía con respecto a los enemigos que habían de abatir y a la adhesión de los grupos que las ayudaron activa o pasivamente, en cuanto que todo

> este proceso era necesario históricamente para que se unificasen en Estado. El grado de conciencia histórico política al que habían llegado progresivamente estas fuerzas innovadoras en las diversas fases se mide precisamente con estas dos medidas y no sólo con la de su alejamiento de las fuerzas anteriormente dominantes. (*Q25* <4>: 183).

Tenemos aquí un relato en el que se observa el proceso de desarrollo de una fuerza social en relación a otras, que no se mide solo por sus grados de autonomía, sino también, por su capacidad de lograr la adhesión de otros grupos en su devenir dominante. Este proceso tiene como índice el problema de los grados de conciencia como si este fuera el elemento que determina todo el proceso, desde el antes del poder estatal hasta su conquista, en el cual esta fuerza social se unifica con las otras deviniendo Estado. Podemos entonces ubicar a la hegemonía como un momento de este proceso que, tomado desde un ejemplo que funge como canon de investigación, nos lleva necesariamente a abordar el tratamiento de ese proceso histórico para seguir delineando los recorridos de la hegemonía en los *Cuadernos*.

El cuaderno decimonoveno, escrito durante 1934 en paralelo a las notas que venimos analizando, se nombra como aquel dedicado justamente a estudiar este canon histórico, a abordar el *Risorgimento* italiano, y contiene la reescritura de una gran cantidad de notas que habían aparecido desde el inicio de la escritura carcelaria[36]. Parte de un estudio sobre la historia italiana, estas notas describen al *Risorgimento*, a la unificación nacional de Italia bajo dirección de la monarquía piamontesa a mediados del siglo XIX, como el proceso de surgimiento de un nuevo Estado no sólo en términos políticos, sino como consolidación de una nueva clase como dominante, la burguesía; y, por tanto, como proceso de consolidación de un nuevo tipo de sociedad, la capitalista, en un territorio determinado.

De esta forma, el estudio del *Risorgimento* en los *Cuadernos* se refracta bajo dos grandes objetivos teórico-políticos: en primer lugar, analizar el surgimiento y las condiciones del Estado italiano sobre el que se busca operar políticamente y cuyas características extienden su influencia a la Italia de su época; en segundo lugar, se presenta como un modelo histórico de transformación social y política, ejemplo del proceso por el cual adviene una nueva forma de relaciones sociales, la capitalista, no de forma abstracta, sino históricamente situada en un territorio específico, Italia, con sus características culturales, históricas, sociales, particulares.

Cuando nos detenemos en los usos del concepto de hegemonía en este cuaderno observamos que, en muchas de sus menciones, este remite a las condiciones internacionales que permiten o dificultan el *Risorgimento*. Se trata de pasajes en los cuales "hegemonía" se utiliza para describir la relación entre las potencias europeas y su influencia sobre la península italiana. Como si se tratara de mostrar cómo "la fatigosa elaboración de una nación italiana del tipo moderno [está] dificultada por condiciones de equilibrio internas e internacionales" (Q21 <1>: 35), vemos desplegarse numerosas menciones a la hegemonía en términos de potencias militares y de los cambios de estas en el territorio italiano que explican las condiciones para lograr finalmente la unificación.

Se podría afirmar que en la nota <24> de este cuaderno, titulada "El problema de la dirección política en la formación y desarrollo de la nación y del Estado moderno en Italia", se condensa

[36] En particular estas son retomadas, en gran parte del primer, el tercer y el noveno cuaderno.

el análisis de este proceso histórico del devenir hegemónico de la burguesía en Italia (la fundación del nuevo Estado y la transición al capitalismo) bajo numerosas apariciones del término hegemonía. Se trata de una reescritura de aquel análisis comparativo entre Risorgimento y la Revolución Francesa donde había aparecido por primera vez la palabra hegemonía en los *Cuadernos*. La nota comienza casi idéntica a aquel borrador, seguirá a grandes rasgos su estructura y reflexiones, pero mostrará algunos cambios significativos.

El "criterio metodológico" que en la nota 44 del primer cuaderno refería a distinguir entre cómo una clase era dominante y dirigente, ahora se postula como los dos modos en los que se manifiesta la supremacía de un grupo social. Parecería así, que tras el conjunto de desarrollos teóricos hasta aquí operados, se vuelve necesario una mayor distinción entre el momento de determinación económica de clase, y su articulación como un grupo político. A su vez, parecería también que ahora hace falta enfatizar una distinción entre una relación hacia los grupos aliados, sobre los que se ejerce una dirección intelectual y moral, y aquella que se define como dominio en relación a los enemigos. Bajo la idea más general de una supremacía, la dirección intelectual y moral aparece como una de las condiciones para la conquista del poder pero este momento "anterior" ya no es nombrado bajo el término hegemonía política. La palabra hegemonía se reserva, en cambio, para hablar de la continuidad de esta dirección a partir de 1870, luego de la formación del Estado italiano, y es ejemplificada desde el fenómeno político del transformismo en tanto "expresión parlamentaria de esta acción hegemónica intelectual, moral y política" (*Q19* <24>: 387).

Al mismo tiempo, este momento anterior a la toma del poder no pierde toda referencia a lo hegemónico, ejemplificado con el accionar de los moderados piamonteses del *Risorgimento*: "de la política de los moderados resulta claro que puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder" (*Q19* <24>: 387). En este sentido, la hegemonía más que un fenómeno realizado plenamente antes de la intervención estatal, es ahora una actividad tendiente a construir una dirección que ya no es nombrada entre clases sino entre grupos y que deja de adjetivarse sólo como política para pensarse principalmente como intelectual y lo moral. Esta actividad hegemónica refiere fundamentalmente a la dirección de grupos aliados antes de la conformación del Estado unitario italiano, en un proceso que se remonta al inicio del movimiento de unificación tras las revoluciones de 1848: "bajo la consigna de "independencia y unidad" [...] los moderados después del 48 formaron el bloque nacional bajo su hegemonía" (Q19 <24>: 399). Movimiento que les permite, justamente, la posterior fundación del nuevo Estado.

Tenemos aquí la reiteración del motivo del ejercicio de cierta hegemonía limitada a un vínculo entre algunos grupos no dominantes que encontramos desde la aparición precarcelaria de la palabra (en la forma de una alianza obrero campesina) hasta el cuaderno 25 sobre los subalternos. A su vez, en la reafirmación de lo intelectual-moral y en la continua mención a los moderados como intelectuales, la construcción de esta dirección, de esta actividad hegemónica, parece vincularse nuevamente a lo ideológico. Esta se realiza por medios de la sociedad civil, distintos a los que otorga la fuerza del gobierno: la constitución de un programa común, la absorción de los intelectuales y dirigentes de otros grupos y la unificación en torno a una consigna de acción.

El cambio terminológico señalado, que ya no nombra este momento como hegemonía sino como una acción hegemónica, y la inclusión dentro de esta de actividades parlamentarias como el transformismo (posteriores a la conquista del Estado), ponen en duda la idea de una hegemonía que sería anterior y externa a la intervención de lo estatal. De manera similar, en una nueva inclusión con respecto al texto original, del cual esta nota es una reescritura, aparecerá una pregunta que vincula la hegemonía a la constitución de un aparato, elemento que habíamos visto surgir en el cuaderno sexto y que se vinculaba al desarrollo de la misma en relación al Estado integral: "¿En qué formas y con qué medios los moderados consiguieron establecer el aparato (el mecanismo) de su hegemonía intelectual, moral y política? En formas y con medios que se pueden llamar "liberales", o sea a través de la iniciativa individual, "molecular", 'privada" (*Q19* <24>: 388).

Si esta idea de medios privados liberales se vincula justamente a la forma de constitución de la hegemonía burguesa en su época clásica, parlamentaria, que vincula la hegemonía al accionar de un aparato estatal, la idea de un mecanismo molecular vuelve a poner, al mismo tiempo, al concepto en términos de acciones individuales. Estas, a su vez, parecerían vincularse a los intelectuales que construyen la dirección de una clase, como si la constitución de la hegemonía dependiera, en última instancia, y aún pensada desde las relaciones de fuerza, del accionar de una elite, de cómo esta dirige a la clase que representa y de cómo logra establecer vínculos entre esta y otro grupos sociales: "poco a poco se va seleccionando una nueva elite que no se interesa únicamente en reformas "corporativas", sino que tiende a concebir la burguesía como el grupo hegemónico de todas las fuerzas populares" (*Q19* <24>: 401).

Una vez más, en el sostenimiento de estas formas en tensión de la hegemonía, si al hablar de los moderados y su relación con los intelectuales se busca pensar cómo se establece una "hegemonía de un centro directivo sobre los intelectuales" que podría referirse a una función en la sociedad civil, a la vez que se afirma que "un partido como el de los moderados ofrecía a la masa de los intelectuales todas las satisfacciones para las exigencias generales que pueden ser ofrecidas por un gobierno (por un partido en el gobierno), a través de los servicios estatales" (*Q19* <27>: 417). En este sentido, al mismo tiempo que parece consolidarse la idea de una hegemonía como producto intelectual y civil, vemos, una vez más, que la propia definición de este momento hegemónico se complementa con la inclusión de mecanismos que no se agotan en lo cultural-ideológico y que resultan imposibles por fuera de la acción del Estado. Se trata de un desplazamiento para caracterizar la posición de una clase sobre el conjunto nacional y ya no sólo la actividad intelectual dirigida a las clases aliadas.[37]

Por otra parte, el análisis del *Risorgimento*, y su comparación histórica con el proceso por el que deviene hegemónica la burguesía francesa (identificado con los jacobinos), nos otorga otra serie de nuevos elementos que continúan cargando al concepto de determinaciones y que echan luz

[37] Cabría destacar, a su vez, que al referirse al accionar de los moderados antes de la fundación del reino de Italia, se está hablando de una élite ya dirigente en un aparato estatal, el Reino de Piamonte-Cerdeña, dominado por la política liberal encabezada por Cavour desde comienzos de la década de 1850. De la misma manera que al comparar este proceso con la hegemonía en Francia se describirán procesos encarados por los jacobinos una vez instalados en el poder, como sus reformas hacia el campo o su expansión militar del proceso revolucionario, aun cuando el texto refiere a la dirección anterior a la conquista del poder, en realidad describe acciones estatales.

sobre la relación entre la hegemonía y los fenómenos culturales e internacionales que planteamos al inicio de este apartado.

En una diferencia fundamental con el caso italiano, la descripción del fenómeno francés aparecerá bajo la articulación de un vínculo entre campo y ciudad que marca la constitución de un sujeto popular de masas, de un pueblo que expresa una nación sobre la que se sostiene el Estado moderno: "la Francia rural aceptó la hegemonía de París o sea comprendió que para destruir definitivamente el viejo régimen debía formar un bloque con los elementos más avanzados del tercer Estado [y con ello los jacobinos] no sólo organizaron un gobierno burgués, o sea que hicieron de la burguesía la clase dominante, sino que hicieron aún más, crearon el Estado burgués, hegemónico, o sea que dieron al Estado nuevo una base permanente, crearon la sólida nación moderna francesa" (*Q19* <24>: 402). Esta unidad popular que articula ciudad y campo bajo la hegemonía de lo urbano, se plantea en el espejo tanto de la pretendida la alianza con las masas campesinas por parte del proletariado italiano en la primera posguerra como de aquella "alianza de dos grupos sociales, con la hegemonía del grupo urbano" (*Q19* <24>: 406) lograda en Rusia por los bolcheviques. Es precisamente este tipo de alianza la que aparece ausente en el *Risorgimento*. En esta última experiencia, dada su debilidad como clase, "la burguesía no podía (quizá) extender más su hegemonía sobre vastos estratos populares a los que por el contrario pudo abrazar en Francia (no podía por razones subjetivas, no objetivas), pero la acción sobre los campesinos ciertamente siempre era posible" (*Q19* <24>: 404).

Es esta imposibilidad de la burguesía italiana de movilizar a las masas populares de origen campesino para establecer el bloque nacional lo que explica la "deficiencia" hegemónica del Estado que surge de este proceso.[38] Ya en el cuaderno quince se afirmaba la existencia de formas de dominación que no implican hegemonía, lo que supone que esta sería una forma histórica particular, no necesariamente presente en toda sociedad. Esto aparecía, concretamente, en la noción de una función tipo Piamonte que produce una "dictadura sin hegemonía" (*Q15* <59>: 23). Situación en la cual "la hegemonía será de una parte del grupo social sobre todo el grupo, no de este sobre otras fuerzas para potenciar el movimiento, radicalizarlo, etcétera, según el modelo 'jacobino" (*Q15* <59>: 23). Esta otra forma del devenir dominante de una clase (la función tipo Piamonte en tanto contrapuesta al modelo jacobino) se caracteriza aquí como "revolución sin revolución" o "revolución pasiva", retomando la expresión que ya aparecía desde el primer cuaderno. La contraposición entre una dominación de clase que logra movilizar a otros grupos subalternos bajo su dirección y aquella que afirma su dominación sin recurrir a esta movilización, introduce entonces nuevos matices para pensar el concepto de hegemonía.

Más allá de esta distinción con la revolución pasiva (que abordaremos en el último capítulo de esta tesis) lo que se observa es una relación entre la falta de la conformación del bloque nacional

[38] Consideramos, no obstante, que existe cierta ambivalencia en los análisis gramscianos con respecto a la hegemonía en la relación ciudad-campo que se conforma en Italia. Porque si es claro que se busca enfatizar la falta de un bloque nacional con los campesinos, lo cierto es que en una tematización central sobre la cuestión meridional no deja de afirmarse una "hegemonía del Norte sobre el Mediodía en la relación territorial de ciudad-campo" (*Q19* <24>: 396). Esta relación histórica entre Norte y Sur en Italia podría aparecer entonces como una correcta hegemonía de la ciudad sobre el campo, pero por el contrario aparece como una relación conflictiva y no orgánica entre dos territorios, de explotación de uno por otro, que, aunque se nombra como hegemonía no parecería, a la vez, remitir a las complejidades del vínculo de dirección que se ha ido desplegando en los textos.

y un problema cultural pensando desde la hegemonía. Se afirma que en Italia la burguesía no ha cumplido "su función histórica [...] de dirigir a las masas populares y desarrollar sus elementos progresistas" (*Q19* <28>: 441) y que, por ello, no ha alcanzado "la necesidad de subordinar orgánicamente las masas populares a las capas dirigentes" (*Q19* <24>: 391). Esa falta se traduce en el hecho de que "en Italia el término 'nacional' tiene un significado muy restringido ideológicamente y en todo caso no coincide con 'popular', porque en Italia los intelectuales están lejos del pueblo, o sea de la 'nación'" (*Q21* <5>: 42). Consecuentemente, la lucha por el orden nuevo en Italia (la conquista del poder, ahora, por parte del proletariado) aparecerá como la necesidad de superar este divorcio, de construir efectivamente un bloque nacional. Es decir, como "la necesidad de establecer relaciones más íntimas y seguras entre los grupos dirigentes y la masa popular-nacional, o sea de reorganizar la hegemonía cultural (*Q29* <3>: 221).[39]

Pero a su vez, en una nueva inflexión sobre los sentidos de la hegemonía, este problema nacional en la conformación de un correcto vínculo intelectuales-pueblo, aparece como la causa de que el pueblo italiano se encuentre "subordinado a la hegemonía intelectual y moral de otros pueblos" (*Q23* <57>: 115). Como consecuencia de esta falta de articulación con las masas populares, se afirmará como un tema recurrente, que el pueblo italiano "sufre la hegemonía intelectual y moral de los intelectuales extranjeros, que se siente más ligado a los intelectuales extranjeros que a los "paisanos", o sea que no existe en el país un bloque nacional intelectual y moral, ni jerárquico y mucho menos igualitario." (*Q21* <5>: 43). De esta forma, un problema sobre la articulación política de las masas durante el *Risorgimento*, de la relación ciudad-campo, pasa a ser un problema de la función de los intelectuales, de hegemonía cultural, que no sólo explica ahora la hegemonía de una clase a nivel nacional sino también la existencia de una hegemonía extranjera. El análisis de la Italia del *Risorgimento* bajo el prisma del problema de los intelectuales, lleva las consideraciones de la hegemonía hacia lo ideológico-cultural y a su vez produce su articulación con la idea de una hegemonía entre naciones.[40]

Por esta razón, aun cuando en múltiples menciones sobre las relaciones entre potencias durante el *Risorgimento* la hegemonía parece referir en un uso descriptivo a la supremacía militar, diplomática y territorial, es válido suponer que, aun sin ser teorizado, este vínculo entre naciones supone algunos de los elementos desplegados en el concepto de hegemonía a lo largo

[39] En el próximo capítulo abordamos la relación de este proyecto de reorganización de la hegemonía por parte del proletariado y la filosofía de la praxis como reforma intelectual y moral moderna que, en una reiteración de la filosofía progresiva de la historia, aparece como coronación de todo el movimiento histórico-cultural de la modernidad. En este sentido, postulamos que en el planteo de una unidad entre filosofía y política se genera una problemática articulación de una necesidad histórica progresiva y un sentido ideológico-cultural de la hegemonía.

[40] Esta articulación, en una nueva evidencia de los sentidos polisémicos y hasta contradictorios del concepto en el texto gramsciano, esta subordinación a naciones extranjeras no aparece siempre como hegemonía. También como parte del análisis de la historia italiana que lleva al *Risorgimento* se plantea que "Hay un período de dominio extranjero en Italia, durante cierto tiempo dominio directo, posteriormente de carácter hegemónico (o mixto, de dominio directo y de hegemonía)" (*Q19* <2>: 348). Es decir, las relaciones entre naciones no se caracterizan necesariamente como un vínculo hegemónico, pudiendo ser solo de dominio, de control territorial militar, sin suponer una dirección político-cultural del extranjero sobre los nacionales. En esta diferenciación vuelven entonces a aparecer, aunque no nombradas, ciertas características necesarias para hablar de hegemonía que hacen que esta no suponga una constante en la dominación social sino una forma particular e histórica que esta puede tomar.

de los *Cuadernos*. En este sentido, la articulación entre los elementos culturales y aquellos de la relación entre naciones puede pensarse en el marco más general de la constitución de la hegemonía burguesa como clase dominante. Tomando, nuevamente, como paradigmático al caso francés, y habiendo sido nombrada Francia reiteradamente en términos de hegemonía cultural sobre Europa, es la particular constitución hegemónica de la burguesía a partir de la acción jacobina, su capacidad de construir el bloque nacional, la que parece extenderse hacia otras naciones: "el espíritu jacobino, audaz, temerario, está ciertamente ligado a la hegemonía ejercida durante tiempo por Francia en Europa" (*Q19* <24>: 405).

Este elemento nos proporciona una inflexión más respecto al cómo caracterizar a la hegemonía, en el sentido de que ahora parece contar con la capacidad de extenderse hacia otro territorio nacional más allá de las relaciones de fuerzas en éste. De surgir, en definitiva, no solo de un proceso de lucha entre clases sociales en un país determinado, sino bajo el influjo de fuerzas sociales que vienen desde afuera. Precisamente, volviendo una vez más sobre el *Risorgimento*, parecería ser que es el desarrollo de la hegemonía burguesa en la Francia posrevolucionaria lo que es presentado como condición del proceso de unificación nacional y como factor clave en el reordenamiento y el desarrollo de las fuerzas sociales en Italia: "los orígenes del movimiento del *Risorgimento*, o sea el proceso de formación de las condiciones y las relaciones internacionales que permitirán a Italia reunirse en nación y a las fuerzas internas nacionales desarrollarse y extenderse, no deben buscarse en este o aquel acontecimiento concreto registrado en una u otra fecha, sino precisamente en el mismo proceso histórico por el que el conjunto del sistema europeo se transforma" (*Q19* <2>: 348). Es bajo esta idea, que supone un nuevo uso del concepto de hegemonía, que el *Risorgimento* es pensado como parte de un movimiento de transformación más amplio cuyas causas fundamentales, su movimiento principal y su dirección no radican en la propia Italia: "que el *Risorgimento* haya sido la aportación italiana al gran movimiento europeo del siglo XIX no significa sin más que la hegemonía del movimiento estuviese en Italia" (*Q19* <5>: 364). Por ello, se afirma, en contra de lo planteado por ciertos historiadores italianos, que antes que de una época del *Risorgimento* se trata de "la época de la Revolución Francesa y del liberalismo" (*Q19* <2>: 347).

Esta idea de una "época" que marca la historia europea es, nuevamente y en un énfasis relevante para pensar la hegemonía, una apropiación de Croce. Continuando la crítica de la hipóstasis de su historia ético-político, se afirma que el filósofo neoidealista da cuenta de esta "época", pero que la separa del momento de la lucha revolucionaria, autonomizando el momento de expansión ideológico-político de la burguesía. La época, inaugurada por la revolución y caracterizada por el liberalismo como ideología y forma de gobierno de la burguesía, "ha sido tratada por Croce, en forma defectuosa, porque en el cuadro de Croce falta la premisa, la revolución en Francia y las guerras subsiguientes: las derivaciones históricas son presentadas como hechos en sí, autónomos, que tienen en sí mismos sus propias razones de ser y no como parte de un mismo nexo histórico, del que la Revolución francesa y las guerras no pueden ser sino elemento esencial y necesario" (*Q19* <2>: 347).

Desde esta crítica a Croce, el texto gramsciano propone el desarrollo de una época histórica que opera sobre las fuerzas sociales de cada nación en los procesos de constitución de la hegemonía. Existe entonces una relación entre un movimiento internacional y la "activación" o profundización de los procesos nacionales de lucha contra la hegemonía externa y por la consolidación de una nueva clase dominante. Es esta época la que vuelve no sólo posible la

unificación italiana, sino la que inscribe al Risorgimento como parte de un relato del avance de la historia que lo excede. Es la constitución epocal del orden burgués en Europa, general, el advenimiento de una civilización bajo la hegemonía de la burguesía, el que genera las condiciones objetivas y subjetivas para el devenir hegemónico de la burguesía en la Italia:

> Si bien en el curso del siglo XVIII empiezan a aparecer y a consolidarse las condiciones objetivas, internacionales y nacionales, que hacen de la unificación nacional una tarea históricamente concreta (o sea, no solo posible, sino necesaria), es cierto que sólo después del 89 esta tarea se vuelve consciente en grupos de ciudadanos dispuestos a la lucha y al sacrificio. La Revolución Francesa, pues, es uno de los acontecimientos europeos que mayormente operan para profundizar un movimiento ya iniciado en las "cosas", reforzando las condiciones positivas (objetivas y subjetivas) del movimiento mismo y funcionando como elemento de agregación y centralización de las fuerzas humanas dispersas en toda la península y que de otra manera habrían tardado más en "centrarse" y comprenderse entre ellas (*Q19* <3>: 353)

Esta inscripción del *Risorgimento,* como forma italiana en que se plasma un movimiento más amplio de constitución de la burguesía como clase dominante, no se plantea sólo como consecuencia de la revolución francesa. Porque no se trata de un movimiento que viene plenamente desde afuera, efecto del impacto político de las guerras de expansión de la Francia revolucionaria, sino de cómo estas han contribuido a volver consciente la necesidad histórica del devenir hegemónico burgués. Es decir, se trata nuevamente de un problema de conciencia que vuelve a hacer, ahora en un plano epocal internacional, a lo ideológico como lo constitutivo de la hegemonía. Sin embargo, una vez más, no se trata tampoco de un proceso puramente cognoscitivo, sino del hecho de que esta toma de conciencia es la que permite organizar y dirigir las fuerzas humanas, movilizar y dirigir a las masas, con las que se realiza el proceso de unificación. El relato sobre el *Risorgimento*, entonces, delinea un conjunto de cambios en la "atmósfera cultural italiana" que funcionan como "un fermento político provocador y organizador del terreno ideológico en el que las fuerzas políticas efectivas lograrán determinar el alineamiento, aunque sea tumultuario de las más grandes masas populares necesarias para alcanzar ciertos fines" (*Q19* <3>: 351).

Se evidencia así una constelación entre lo ideológico-cultural, el plano internacional y la movilización de las masas populares en la que se determina el concepto de hegemonía en estos últimos cuadernos. Es esta misma inscripción la que hace que la "época de la revolución francesa", en la que se inscribe el *Risorgimento,* sea también, la época del liberalismo. Especialmente una vez que se logra romper con la hipóstasis de la historia ético-política y relacionar la época liberal con el movimiento revolucionario y sus combates sociales. El proceso de constitución de la civilización burguesa en Europa, cuyas fuerzas operan sobre Italia, es también y fundamentalmente el de la consolidación del liberalismo como concepción del mundo de la burguesía que logra convertirse en la ideología de las masas y constituirse como la base del consenso al nuevo orden. El análisis del *Risorgimento*, como proceso de fundación de un Estado influido por fuerzas internacionales, no deja así de estar anclado en una noción

ideológica de la hegemonía que hace del mismo la forma italiana de establecer la concepción del mundo liberal como articuladora del orden burgués.[41]

Esta caracterización de la hegemonía nos remite, justamente, a aquello desde donde habíamos visto emerger la problemática misma de la hegemonía: la crisis de esta forma liberal de la dominación burguesa. El análisis del proceso de constitución de la forma ideológica, cultural y política de la hegemonía burguesa en el siglo XIX, como un movimiento general a nivel europeo y en su particularidad italiana, refracta así en el espejo de su crisis y de las alternativas por su superación. Detrás estos análisis del *Risorgimento*, encontramos el intento de comprender cómo una clase subalterna deviene dominante, cómo aquellos dominados (los trabajadores) pueden volverse dominantes; cómo pueden articular su propia concepción del mundo para dirigir a las masas, desde "una concepción de la filosofía de la praxis como reforma popular moderna" (*Q16* <9>: 263).

En paralelo, observamos también en estos textos un interés por las formas en la que la burguesía podría recomponer su dominación, tras la crisis del liberalismo. Es en este sentido que debemos analizar un último terreno de inscripción del concepto de hegemonía, aquel de los procesos de transformación y modernización productiva y social que se estaban produciendo a comienzos del siglo XX: el análisis del americanismo y del fordismo. Estas reflexiones, recopiladas y expandidas en el cuaderno veintidós, no son nuevas. No se trata de una suerte de conclusión del conjunto de los *Cuadernos*. Por el contrario, se encuentran presentes desde el primer cuaderno. Es, en efecto, uno de los temas que ocupa la atención desde el inicio de la escritura de los textos carcelarios. Tampoco se trata de un continente temático que contenga una gran presencia del concepto de hegemonía ya que, aun si produce un uso sugerente, la palabra es mencionada sólo tres veces en dos notas a lo largo de todo el cuaderno veintidós. No obstante, creemos que en la reiteración de esta temática y en la inscripción de la hegemonía en este nuevo contexto de problemáticas se producen nuevamente inflexiones sobre el concepto que continúa cargándose así de polisemia.

[41] En este sentido, de manera general la expansión y consolidación del liberalismo es analizado también en relación a su triunfo sobre las concepciones del mundo católicas que organizaban el orden europeo anterior. Esta confrontación con el catolicismo puede verse en el análisis del *Risorgimento*, donde el debilitamiento del papado aparece bajo el prisma de estas nuevas fuerzas liberales y a su vez como condición para la unificación. En un relato que articula la hegemonía con las dirección de las masas populares a través de una ideología y con el impacto de esta dirección en la relación entre estados, se afirma así que a partir de la contrarreforma, el papado se "había enajenado las masas populares [...], había perdido así la capacidad de influir tanto directa como indirectamente en los gobiernos a través de la presión de las masas populares fanáticas y fanatizadas [...] destruía las condiciones de cualquier dominio suyo, incluso indirecto, alejándose de las masas populares"[impidiendo su formación] "como potencia europeo cuando como potencia italiana, como posible fuerza que reorganizarse los estados de la península bajo su hegemonía" (*Q19* <2>: 348). A su vez, el texto gramsciano analiza el impacto de este triunfo del liberalismo en la reconfiguración del propio catolicismo a partir del siglo XIX. De esta forma, la acción católica, tema del cuaderno veinte, aparece como una reacción al surgimiento de las naciones modernas como "elemento ordenador -intelectual y moralmente- de las grandes masas populares en competencia victoriosa con la Iglesia y la religión católica" y, particularmente como consecuencia de la consolidación burguesa europea en 1848, en este momento "la crisis histórico-política-intelectuales [es] superada con la clara victoria del liberalismo (entendido como concepción del mundo además de como particular corriente política) sobre la concepción cosmopolita y 'papalina' del catolicismo"(*Q20* <1>: 13).

Los textos de este cuaderno abordan la pregunta de "si América, con el peso implacable de su producción económica [...] obligará o está obligando a Europa a un cambio de su eje económico-social demasiado anticuado, [...] o sea que se está dando una transformación de las bases materiales de la civilización europea, lo que a largo plazo (y no muy largo, porque en el periodo actual todo es más rápido que en los periodos pasados) conducirá a una transformación de la forma de civilización existente y al obligado nacimiento de una nueva civilización" (Q22 <15>: 93). Es decir, se trata de pensar qué implican las nuevas formas de organizar la sociedad, tal como se desarrollan en el país que representa ahora la potencia capitalista más avanzada, para pensar el orden civilizatorio burgués. El fordismo, analizado como una fuerza que impacta sobre el conjunto de Europa, marca, de este modo, los desarrollos de la primera posguerra. Se trata de una suerte de "nuevo espíritu de la época" que emerge de las nuevas condiciones abiertas por la crisis del liberalismo; de modo similar a cómo el siglo XIX era definido como la "época de la revolución francesa", época que había producido el advenimiento de la burguesía al poder bajo su forma liberal.

A diferencia del énfasis en las nuevas formas estatales e ideológicas que se aprecia en el análisis de aquel momento liberal burgués decimonónico, aquí los elementos fundamentales del fenómeno fordista se concentran en la nueva organización productiva y social. Es decir, la base sobre la que reconstruir la hegemonía burguesa tras su crisis surge de la producción fabril fordista y de las implicancias que esta impone sobre la sociedad y los individuos. La mayor productividad de los nuevos métodos de fabricación industrial es asociada, por un lado, a una racionalización demográfica de la población. Esto refiere a la inexistencia en Norteamérica de todo el conjunto de grupos sociales improductivos que aún persisten en Europa, ya que "es inconciliable la vieja y anacrónica estructura social-demográfica europea con una forma modernísima de producción y modo de trabajar tal como es ofrecida por el tipo americano más perfeccionado, la industria de Henry Ford". (*Q22* <2>: 62). Por otro lado, junto a esta composición social más racional, se suman toda una serie de nuevas técnicas de control y formación del tipo de individuo acorde a la nueva forma de producción que hacen del fenómeno americano "el mayor esfuerzo colectivo que se haya realizado hasta ahora para crear, con rapidez inaudita y con una conciencia del fin nunca antes vista en la historia, un tipo nuevo de trabajador y de hombre" (*Q22* <11>: 82). Desde esta premisa, aparecen así reflexiones que abordan desde las políticas de prohibición del consumo de alcohol, las nuevas corrientes con respecto al control de los impulsos sexuales o los cambios en las formas de los salarios, el consumo y la formación de los trabajadores.

Estos elementos que caracterizan al americanismo y al fordismo —racionalización de la población y la formación de un nuevo tipo de trabajador acorde a las nuevas necesidades productivas— se encuentran vinculados al problema de la hegemonía. Abordando la cuestión sexual, y teniendo en mente la absoluta primacía de lo urbano sobre el campo en este nuevo sistema, se plantea que "la baja natalidad urbana exige un gasto continuo e importante para el aprendizaje de los continuamente nuevos urbanizados e implica una continua transformación de la composición social-política de la ciudad, planteando continuamente, sobre nuevas bases, el problema de la hegemonía" (*Q22* <3>: 69). La configuración de la población, y la formación de los trabajadores acordes para la producción fordista, aparecen entonces como elementos principales para repensar el problema de la configuración de la hegemonía burguesa en las condiciones norteamericanas. Pero a su vez, en la aparición más notoria del concepto dentro de

este territorio de inscripción, se afirma que, dadas las condiciones sociales de EEUU y por el desarrollo de una particular combinación de fuerza y persuasión producida desde el ámbito de la producción, este problema parece poder resolverse directamente desde la fábrica:

> Como existían estas condiciones preliminares, ya racionalizadas por el desarrollo histórico, ha sido relativamente fácil racionalizar la producción y el trabajo, combinando hábilmente la fuerza (destrucción del sindicalismo obrero de base territorial) con la persuasión (altos salarios, beneficios sociales diversos, propaganda ideológica y política habilísima) y consiguiendo basar toda la vida del país sobre la producción. La hegemonía nace de la fábrica y no tiene necesidad de ejercerse más que por una cantidad mínima de intermediarios profesionales de la política y la ideología (Q22 <2>: 66)

En este uso del concepto de hegemonía para pensar el fordismo, encontramos una aparente articulación del fenómeno con lo económico. Esto es, con el plano productivo. Bajo la enigmática afirmación de que en EEUU "la hegemonía nace de la fábrica", parecería plantearse que la dominación burguesa surge de la propia forma de organización de la producción fabril fordista, diferenciándose de las múltiples mediaciones ideológicas y políticas de su forma europea. Si algunos intérpretes han presentado estas afirmaciones como prueba de que el desarrollo de los cuadernos llevaría a una reflexión que concibe a la hegemonía actuando y surgiendo también en el plano de la producción, y ya no solo en el campo "superestructural" político-ideológico, creemos, por el contrario, que debemos ser más cautelosos frente a esta dimensión económica de la hegemonía.

En primer lugar, resulta evidente en la propia formulación del texto que la hegemonía aparece siendo ejercida en la política y en la ideología. No es que la hegemonía se articule en la producción, sino que las condiciones económicas contribuyen a su ejercicio reduciendo la cantidad de mediaciones político-ideológicas necesarias. Si bien los elementos de coerción y consenso aquí presentes pueden ser ejercidos en lo económico — por un lado, los altos salarios y algunos beneficios sociales que serían directamente brindados por empresas, por otro una extensa tarea de propaganda empresarial y de búsqueda una reorganización de lo sindical dirigida desde la empresa— estos no dejan de ser políticos e ideológicos. Requieren de un mínimo de intelectuales y de instituciones superestructurales para su ejercicio, pero no vuelven a esta hegemonía una cuestión simplemente económica. De hecho, aparece aquí una subestimación del desarrollo de la sociedad norteamericana, según la cual en esta "no se ha realizado todavía (antes de la crisis de 1929), sino esporádicamente, tal vez, algún florecimiento "superestructural", o sea que no se ha planteado todavía la cuestión fundamental de la hegemonía" (*Q22* <2>: 67). Pero aún en esta subestimación en exceso eurocéntrica, que no logra ver el gran desarrollo del Estado, la sociedad civil y la industria cultural que se convertirían en las más poderosas y desarrolladas del mundo, resulta explícito que lo fundamental de la hegemonía continúa relacionado al plano de las superestructuras.

En segundo lugar, el análisis del americanismo y el fordismo no deja de estar inscripto en la teoría general de la historia presente en los textos gramscianos, que continúa funcionando como base de la articulación entre lo económico y lo político. En esta concepción, como hemos visto, las formas políticas e ideológicas son la puesta en acto subjetiva de una necesidad histórica objetiva. Es por ello que "puede decirse genéricamente que el americanismo y el fordismo

resultan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada y que los diversos problemas examinados deberían ser los eslabones de la cadena que marcan el paso del viejo individualismo económico a la economía programada" (Q22 <1>: 61). Los cambios en la organización social propia del fordismo, que plantean las posibilidades para la subsistencia de la hegemonía burguesa tras su crisis, no representan así una nueva forma de concebir la hegemonía desde las fuerzas económicas sino la realización, bajo una forma aún burguesa, de una supuesta necesidad histórica de socialización de la producción que sería el signo del paso a una nueva civilización.

No obstante, y más allá de estos recaudos al abordar la hegemonía y su relación con lo económico tal como es tematizada en el análisis del americanismo y del fordismo; tenemos aquí un interesante elemento para profundizar en uno de los múltiples sentidos del concepto. Ya que, a diferencia de lo que vimos acontecer en gran parte de las notas de los *Cuadernos*, la hegemonía no alude aquí a un cambio entre clases dominantes que pueda asociarse a la transición entre modos de producción o a la fundación de nuevos estados que expresan el cambio en el carácter clasista de la dominación. Por el contrario, con el americanismo "nada ha cambiado en el carácter y en las relaciones de los grupos fundamentales" (Q22<15>: 93). Se trata entonces de una serie de cambios que afectan a las modalidades de dominación de la burguesía. El americanismo y el fordismo constituyen nuevas articulaciones de la hegemonía burguesa. Lo que hace que el concepto se distancie de su uso para determinar el devenir dominante de una nueva clase y se despliegue en el intento de dar cuenta de las distintas formas históricas que puede tomar una dominación de clase.

En nuestro análisis ya habíamos sugerido este uso del concepto como particular forma histórica de la dominación burguesa, Lo hacíamos al referirnos a las reflexiones sobre las diferencias entre Oriente y Occidente; sobre el paso histórico de la guerra de maniobras a la de posiciones; y sobre las referencias a la hegemonía en relación con los cambios políticos de las últimas décadas del siglo XIX. Ahora, con su uso para describir transformaciones propias del siglo XX, leídas en la experiencia norteamericana pero también en la del fascismo italiano con su corporativismo, se confirma esta inflexión. La hegemonía ya no es un momento o coronación del proceso en que toda clase deviene dominante sobre el conjunto social, una parte constitutiva de una teoría general de lo político, lo ideológico o lo estatal, sino la articulación de una forma particular que puede asumir la dominación burguesa.

Observamos entonces cómo, en el último periodo de los textos carcelarios, el concepto de hegemonía ha continuado desplegándose en una unidad problemática que más que mostrarnos un desarrollo máximo y final que clarifique su sentido, nos presenta con diversas posibilidades para pensarlo. Las inflexiones y diferencias que hemos encontrado en el análisis de estas últimas menciones de la hegemonía continúan y profundizan aquellas que ya nos habían acompañado a lo largo del desarrollo del resto de los cuadernos. Lejos de desplegarse un único concepto de hegemonía, que iría determinándose y clarificando progresivamente, nos enfrentamos a una reconstrucción conceptual necesariamente múltiple, polisémica. Las diversas formas con las que el concepto de hegemonía es usado en estas últimas apariciones, así como a lo largo de los *Cuadernos*, posibilitan su articulación en distintas constelaciones conceptuales que transforman lo que puede significar la enigmática palabra "hegemonía".

5. Un laberinto sin centro ni salida: las múltiples formas de la hegemonía.

En este capítulo hemos buscado desplegar un recorrido a lo largo de los *Cuadernos* para divisar las principales coordenadas, los distintos itinerarios, en los que se va articulando el concepto gramsciano de hegemonía. Hemos así intentado trazar los contornos de sus apariciones explorando su principal territorio de despliegue: los 29 cuadernos que reúnen el conjunto de textos carcelarios. Se trata de un territorio complejo, fragmentado, con múltiples borradores y escrituras simultáneas, con omisiones, censuras, repeticiones e interrupciones en la escritura. Por ello, la misma elección sobre cómo atravesar este corpus textual, sobre cómo leer los cuadernos, implicaba un conjunto de decisiones teóricas. Expusimos cómo en este territorio se expresa una problemática que emergió en los textos precarcelarios: una interrogación sobre la política en el contexto de la irrupción de las masas, sobre las formas del conflicto y la dominación tras su activación que desbordaba las formas tradicionales. Problemática que se despliega en distintos momentos, en relación con diversos núcleos temáticos en los que se va produciendo una teorización de la hegemonía. Despliegue a lo largo del cual la palabra "hegemonía" deja de ser usada exclusivamente para denotar la supremacía entre dos elementos e intenta designar un concepto específico que refiere a las relaciones de fuerza entre clases sociales.

Planteamos entonces este recorrido con la certeza de que el concepto de hegemonía no podía ser desentrañado en un mero recorte temático que seleccionara un espacio privilegiado de su funcionamiento, como si el sentido de lo hegemónico pudiera resolverse exclusivamente en relación a la cultura, la ideología, el Estado o los conflictos históricos. Más bien, buscamos pensarlo teniendo forzosamente en cuenta la multiplicidad de sus apariciones. Partimos, por lo tanto, desde un conjunto de certeza que nos protegían frente a la tentación de "encontrar" un concepto único de hegemonía allí donde coincidiéramos más intensamente con las afirmaciones gramscianas, e intentamos identificar el desarrollo del concepto de hegemonía, a lo largo de la escritura de los *Cuadernos*, sin descartar la existencia de ciertos territorios privilegiados en los que cobra densidad teórica en relación a problemáticas específicas. Como consecuencia de este recorrido, advertimos la imposibilidad de definir, en su reconocimiento diacrónico, un despliegue unívoco de dicha multiplicidad. El mero avance de la escritura no logra resolver las inflexiones y contradicciones que existen entre las distintas formas de aparición del concepto a lo largo de los cientos de notas de los *Cuadernos*.

La evidencia de esta multiplicidad, no obstante, no implicaba que no exista cierto desarrollo de la densidad conceptual, o que el concepto de hegemonía no fuera transformándose a medida que era acompañado por nuevos conceptos del arsenal gramsciano. Tampoco implicaba que no existiera un intento que tienda hacia una unidad de aquello que aparece bajo el concepto de hegemonía. Pero tanto los desarrollos como el intento de esa unidad, bajo una forma de conceptualizar la teoría marxista y el lugar de lo político-subjetivo en ella, no lograban superar las posibles inflexiones y contradicciones supuestas en las distintas formas de la hegemonía. Por esta razón, sostenemos la existencia de múltiples formas de la hegemonía que se evidenciaron a lo largo de nuestro recorrido por los textos gramscianos carcelarios.

En estos textos encontramos distintas maneras en las que se construye el concepto, en usos diversos según los objetos que los textos buscan problematizar y a partir de los distintos temas y conceptos principales con los que se articula la hegemonía en sus apariciones. Las formas en las que se despliega el concepto de hegemonía giran, principalmente y a lo largo de este

recorrido, alrededor de la problemática de la ideología y la cultura, del Estado, de la historia y de las formas particulares de dirección de una clase social sobre el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, dentro de este movimiento no podemos hablar simplemente de un movimiento continuo desde una forma menos desarrollada a una forma acabada. El mayor desarrollo conceptual que se registra en algunas notas corre en paralelo con otras en las que la misma palabra sigue sin funcionar más que en términos meramente descriptivos. Pero, sobre todo, dentro de este mismo desarrollo, conviven formas de despliegue en las que el concepto sirve para enfatizar elementos diferentes, y quizás, contradictorios. De esta forma creemos que en los *Cuadernos* se puede observar cómo en relación al concepto de hegemonía:

> Gramsci adopta una expresión del lenguaje común de su tiempo, atribuyéndole – a veces directamente en el curso de una misma nota – no solo significados incluso muy diferentes entre ellos, sino a menudo bastantes lejanos tanto del uso cotidiano como del cristalizado en las diversas tradiciones de pensamiento filosófico y político, propias (el marxismo en sus distintas versiones) y ajenas (en particular el neo-idealismo crociano, aunque no únicamente), con una tendencia a posteriores profundizaciones en el curso de la reflexión carcelaria (Cospito, 2016b: p. 96).

El despliegue del concepto de hegemonía a lo largo de los *Cuadernos* se da desde su aparición en forma práctica bajo una multiplicidad de usos. Comienza como herramienta para análisis históricos concretos y se extiende en formas más generales o conceptuales que se plasman en los "cuadernos temáticos" del segundo período de escritura. En este camino, en las complejas formas las cuales los conceptos del texto gramsciano se articulan desde y en sus análisis históricos (Mangioni, 1987), se producen posibilidades significantes que se van plasmando en los distintos usos y constelaciones conceptuales donde se inscribe la hegemonía. Es un conjunto "tendiente a alguna forma de <<unidad>> articulada, sin encontrar jamás una forma estable" (Frosini, 2022: 257). Por esta razón, al fin del recorrido, lejos de arribar a un concepto unívoco, nos encontramos con que la existencia de un desarrollo del concepto que implica formas múltiples que se repiten tanto en sus primeras y tempranas formulaciones como en las notas escritas en el último periodo carcelario. Usos que siguen siendo aplicados a ámbitos de análisis diferentes y que cargan al concepto de determinaciones teórico-políticos que, aunque apunten a construir una unidad general, no siempre son plenamente compatibles entre sí.

El despliegue de este capítulo pudo haber parecido, entonces, un poco laberíntico, con idas y vueltas que agregan determinaciones a un concepto de hegemonía que a su vez se muestra contradictorio y diferenciable. Y esto, creemos, no podía ser de otra manera porque, justamente, se trató de mostrar los distintos itinerarios de un concepto que se despliega en un territorio en sí mismo laberíntico. Figura de las paradojas, el laberinto como estructura diseñada para perderse, nos obligó a recorrer los textos desde un itinerario atravesado por marchas y contramarchas, interrupciones, vueltas sobre los pasos, buscando un centro que no deja de correrse o una salida que no termina de aparecer. La hegemonía, en nuestro recorrido, aparece como un concepto que, aun al ir desplegándose y tomando mayores determinaciones, lejos está de clarificarse, de resolverse en una única forma, escapando de toda definición cerrada y definitiva. Habiendo atravesado este laberinto textual, queremos entonces presentar una síntesis de las principales conclusiones de este desarrollo.

Nuestra principal hipótesis de lectura es que los desarrollos de los textos carcelarios apuntan a conceptualizaciones que, aunque íntimamente relacionadas, permiten pensar tres formas distintas y principales de la hegemonía. Esta había emergido como una problemática en los textos precarcelarios a la hora de pensar la política de masas que desbordaba al Estado liberal y que plantea nuevos desafíos a cómo entender la disputa política. En los *Cuadernos* esta problemática se despliega bajo la palabra hegemonía produciendo un concepto teórico-político polisémico. En sus usos, partiendo de la problemática de la dominación de clase, desde su forma burguesa histórica hacia una teoría general que incluya la acción del proletariado, el concepto se articula sobre ejes que suponen distintas determinaciones, transformando, en cada caso, el sentido sobre qué es la hegemonía y cuál es su relación con la sociedad capitalista y sus clases en lucha.

Una de las formas de la hegemonía que vimos repetirse a lo largo de las notas gramscianas es aquella que la considera a partir de la difusión y adopción de una concepción del mundo propia de un grupo social por parte del conjunto de la sociedad. Es decir, una hegemonía ideológico-cultural en la cual la disputa por la dirección de la sociedad pasa por el enfrentamiento entre ideologías contrapuestas que, una vez adoptadas por otros grupos sociales, se vuelven la base consensual de la dirección social. Estas, no obstante, nunca son tratadas como un mundo autónomo de ideas, en el que aquella concepción del mundo lógicamente superior domina y se impone, sino como concepciones propias de clases sociales, surgidas en el momento de la producción y que se imponen por medio del enfrentamiento. En esta lucha, el desarrollo, la difusión y la adopción de una concepción del mundo por otros grupos sociales, se vuelve la forma de articular su dirección, ya sea sólo sobre los grupos aliados o sobre el conjunto social. Una vez que esta ideología se vuelve hegemónica, esta se expresa de forma plena en el devenir Estado de una nueva clase dominante.

En esta forma, que enfatiza su aspecto como dirección intelectual y moral, la hegemonía entre grupos y clases consistiría principalmente en el resultado de una lucha ideológica que expresa y consolida la dominación de sujetos surgidos de la producción, planteándose, a la vez, como la realización de una nueva cultura. Esta constelación supone así una prevalencia para la teoría política del momento de la conciencia y de la elaboración ideológica de concepciones propias de una clase como centrales en la disputa política por la dirección social. Un plano ideológico que surge de la producción pero que no aparece como un reflejo mecánico, sino como el resultado de una producción activa por parte de los miembros de una clase. De esta forma, la conciencia aparece como clave en la formación y enfrentamiento de los grupos sociales por el control y la dirección social; un momento que tiene agentes específicos de su despliegue y un territorio particular donde sucede el enfrentamiento: los intelectuales, en su sentido amplio de organizadores de la conciencia, y la sociedad civil, como conjunto de organizaciones en las que se forma y difunde esta conciencia del grupo.

Bajo esta forma, la hegemonía es un concepto que caracteriza un proceso general por el que toda clase social debería pasar en su movimiento desde la subalternidad hasta su devenir dominante. Se trata de la capacidad de ser, primero, dirigente en la sociedad civil como condición para devenir, entonces, Estado, es decir clase efectivamente dominante. La unidad de estructura y superestructuras, como problema teórico central del marxismo, se articula así desde el concepto de hegemonía como la adhesión ideológica a la concepción del mundo que surge, justifica y expande el modo de producción bajo el que determinado grupo social es

dirigente. Se trata de una adhesión consensual, articulada fundamentalmente por los intelectuales en las instituciones de la sociedad civil como aparato de hegemonía de una clase. Una **forma ideológica-cultural de la hegemonía** que se convierte en anclaje central de la particular lectura gramsciana del marxismo. Teoría que se entiende, a su vez, como concepción del mundo propia del proletariado en su lucha por alcanzar la hegemonía.

Este uso particular del concepto de hegemonía para designar la dirección consensual e ideológica de lo social ha sido sumamente influyente en las lecturas posteriores del concepto gramsciano: desde formas extremas de una lectura "culturalista", que prácticamente omiten todo vínculo entre dicha disputa de ideas y otros ámbitos de lo social, hasta aquellas que conciben la estructuración misma de lo social como resultado de una disputa por la articulación de una ideología. La idea de una hegemonía ideológica-cultural plantea así una forma de entender las estrategias políticas de las clases sociales en disputa y, en particular, de concebir la forma en la que la clase obrera puede devenir dirigente y dominante. Proceso que implica, la extensión de su propia concepción del mundo hacia grupos sociales aliados: una hegemonía sobre estos, como capacidad de dirigirlos consensualmente y como precondición de una posterior lucha por el control del aparato estatal. Asimismo, desde esta articulación de la hegemonía, la reflexión gramsciana sobre la cultura y la ideología ha sido el puntapié inicial de importantes desarrollos sobre la dimensión cultural de la dominación que han hecho propio el concepto, desplegado un campo de análisis que llevó las reflexiones gramscianas mucho más allá de su carácter político-partidario dentro del universo comunista.

No obstante, sería falso plantear que esta, aunque quizá sea su forma más recurrente, es la única que atraviesa la hegemonía en los *Cuadernos*. Desde las reflexiones en su inicio sobre la constitución de la hegemonía del partido moderado en Italia y los jacobinos en Francia, hasta las notas sobre Maquiavelo, existe un elemento central para pensar la hegemonía que excede su conceptualización en términos puramente ideológico-culturales: el Estado. Como hemos visto, no existe un quiebre absoluto entre las nociones que sostienen una hegemonía cultural y aquellas que se piensan fundamentalmente desde el Estado. De hecho, el paso de unas a otras parece darse en una unidad contradictoria, haciendo de lo estatal el último eslabón del desarrollo de una voluntad consciente de una clase y entendiendo la hegemonía en la sociedad civil como base del Estado. No obstante, consideramos que es posible cuestionar esta unidad en el propio texto gramscianos, que este movimiento hacia el Estado, este uso del concepto para pensar lo estatal, permite, y ha posibilitado, el desarrollo de otra forma de conceptualizar la hegemonía: como dominación estatal de una clase.

Esta **forma estatal de la hegemonía** supone un territorio, cuyas fronteras no se limitan a la sociedad civil. Se trata de otro escenario para su ejercicio: la idea de "Estado Integral". Territorio que vuelve, a su vez, al vínculo hegemónico algo más que convencimiento ideológico. Bajo esta forma, la hegemonía es una combinación de coerción y consenso producida desde un conjunto de instituciones "estatales", privadas y públicas, que constituyen el aparato con el que una clase domina y dirige toda la sociedad. Desde esta conceptualización, la hegemonía incluye aspectos culturales e ideológicos, pero se centra en la formación de un aparato estatal como articulador de la dirección política de una clase sobre de la totalidad social. Se trata, entonces, de una hegemonía que no se limita a los grupos aliados, sino que abarca a toda la sociedad a partir de la conquista y la expansión del Estado. A su vez, bajo esta forma, el nexo hegemonía-Estado parece designar más que una forma de dirección entre grupos, dando cuenta de una articulación

de las instancias de la sociedad que no se unifican por un cemento ideológico, sino por la producción estatal de una unidad cohesionada. Podemos, entonces, pensar a la hegemonía como forma de constitución de la dominación estatal de una clase, pero también como un fenómeno político complejo que produce la unificación de lo social, el bloque histórico, como si en esa dirección estatal se diera coherencia y unidad en todas los momentos de la sociedad, como si allí se produjera la unidad de lo económico, lo político y lo ideológico.

Habíamos dicho que esta forma estatal de la hegemonía puede aparecer en el desarrollo de los *Cuadernos* en unidad con aquella primera forma ideológica-cultural. Es decir, como derivada de ésta y como expansión de aquella hegemonía ideológica, de la concepción de un grupo social, que se vuelve posteriormente Estado. Veremos, en la segunda parte de esta tesis, una crítica a esta unidad que convierte a lo estatal en una expresión de una voluntad de clase, y hace, al mismo tiempo, del Estado un desarrollo ulterior de una hegemonía entendida principalmente como ideológica. No obstante, veremos también que existen numerosas reflexiones en los *Cuadernos* que permiten ir más allá de esta idea y habilitan pensar la especificidad de lo estatal moderno. Estas reflexiones delinean una forma distinta de la hegemonía, con nuevas determinaciones, en las que se juegan diferencias fundamentales con su forma ideológico-cultural.

En primer lugar, advertimos que se produce una diferencia "temporal" que hace imposible la afirmación de la hegemonía de una clase sin que antes esta cuente efectivamente con el poder del Estado en toda su dimensión, incluyendo el aparato de gobierno. Si la hegemonía se juega en esa síntesis y sí, incluso, es desde el Estado desde donde se "educa" a las masas para adaptarlas a las necesidades económicas de una clase, se vuelve muy difícil sostener la idea de una sucesión diferenciada de la hegemonía: primero en la sociedad civil, como dirección de una alianza de clases; luego, base del Estado como dominación sobre el conjunto social.

En segundo lugar, esta forma de la hegemonía como constitución estatal de una dominación de clase implica otra "materialidad" que excede a aquella propia de la producción cultural de concepciones del mundo. La acción del Estado incluye ahora a la violencia física y, asimismo, a concesiones reales –no solo ideológicamente formuladas– hacia los intereses y demandas propias de las clases que se busca dominar. La hegemonía desde el Estado aparece, entonces, como un equilibrio inestable de intereses que surge de una serie de políticas concretas. Políticas que incluyen el disciplinamiento de la propia clase dominante, forzándola a ir más allá de sus intereses inmediatos y particulares.

Si bien con menos difusión e impacto que su forma cultural, esta forma estatal de la hegemonía también ha sido clave en las interpretaciones de los textos gramscianos. Ha sido central para diversos intentos de constitución de una teoría social marxista de inspiración gramsciana que sirviese como teoría general y como herramienta de análisis histórico. Una conceptualización del marxismo que busca incluir y dar centralidad, en un modo no economicista, a lo político. La hegemonía se vuelve, entonces, una categoría clave para una teoría de lo social y del Estado o para una teoría marxista de la política que escape al reduccionismo mecanicista.

Pero en conjunto con esta forma estatal, hemos visto aparecer, en nuestro recorrido a lo largo de los *Cuadernos,* numerosos elementos que tienden a delimitar temporal y espacialmente la hegemonía concepto, poniendo en cuestión su carácter de teoría general de la política. Desde estas coordenadas históricas y geográficas se produce una forma del concepto que no puede

responder a una teoría de la articulación de toda sociedad. Las distinciones entre Oriente y Occidente, las transformaciones históricas del advenimiento de las sociedades de masas en la Europa de fines del siglo XIX, las características diferenciales de las revoluciones burguesas en la constitución de estados nacionales, la crisis de los estados liberales y el fordismo, parecen hablarnos de una serie de condiciones y características históricas particulares para la constitución de una hegemonía. De este modo, encontramos en los *Cuadernos* otro uso del concepto de hegemonía, como una forma histórica que asume la dominación y que se diferencia, así, de otras formas no hegemónicas de ejercer la dirección social.

Pensada como una forma histórica posible, entre otras, la producción de la hegemonía no puede aparecer entonces como surgiendo de la extensión de una ideología o del accionar estatal, sino como un resultado del conflicto, como una **forma de la dominación resultado de la lucha de clases.** Desarrollada a partir de los análisis históricos sobre la dominación burguesa, esta forma de entender la hegemonía puede pensarse como una forma particular, con condiciones específicas, con las que se configura la dominación tras la activación de las masas. A partir de un conjunto de mecanismos políticos e ideológicos, esta forma de la dominación implica también una combinación de coerción y consenso. Pero se trata de una combinación que se expresa en una traducción estatal de ciertas demandas permitiendo la desmovilización y la incorporación subordinada de las masas a una dirección de clase. Fundamentalmente, se trata de una forma que no recorre la totalidad de la historia de la burguesía como clase dominante, sino que es propia de períodos particulares, con condiciones para su ejercicio y como resultado de un particular equilibrio al que se logra arribar. Un tipo de dominación, por lo tanto, que supone una correlación específica de las relaciones de fuerza entre clases con una integración de las masas a la dirección del Estado, y con la concesión por parte de la burguesía de demandas hacia otros sectores sociales en un reconocimiento de sus intereses, que permite presentar su expansión como la del conjunto de la sociedad.

La determinación espacio-temporal al concepto de hegemonía implica, entonces, no solo su separación de una teoría general de lo político y lo social, sino también la restricción de su sujeto de ejercicio. Bajo esta forma, la hegemonía no puede ser ejercida por cualquier clase, como si se tratara de un momento siempre presente en el paso desde lo subalterno a lo dominante, sino que requiere de una configuración del dominio propia de la sociedad capitalista y su clase dominante, la burguesía. Este elemento no solo aparece en los ejemplos históricos que hablan del momento en que se constituye la dominación hegemónica, sino que surge de una reflexión sobre las particularidades del Estado capitalista y ciertas formas de su extensión que no podrían ser generalizadas a otras clases del pasado o hacia una sociedad emancipada futura. De este modo, y aun contra la propia palabra de Gramsci y sus usos desde los textos precarcelarios, creemos que, en esta forma del concepto, su uso se limita, volviendo difícil insertarlo dentro de una estrategia de hegemonía obrera.

La repetición del concepto en contextos determinados pero diversos, permite pensar que esta forma de la dominación, aunque diferenciada de otras y por tanto limitada en su extensión, no se reduce a un sólo momento histórico. La hegemonía concebida de esta forma nos permite pensar elementos a partir de los cuales derivar una teoría en la repetición de ciertas características que asume una dominación que, por tanto, podemos nombrar como hegemónica. Como forma histórica de la dominación de la burguesía, la hegemonía se constituye, entonces, en un concepto de un alcance “menor” que no refiere ya a la constitución

de todo orden social, pero que permite distinguir distintos períodos, momentos y configuraciones que adopta la dominación de clase en el capitalismo bajo determinadas constelaciones de la lucha de clases, como un resultado posible del conflicto.

Si bien tal lectura de la hegemonía no ha conocido un desarrollo similar a las anteriores dentro de las interpretaciones del texto gramsciano, consideramos, no obstante, que porta una riqueza enorme para el análisis de situaciones concretas y de las relaciones de fuerza y las dinámicas del conflicto entre clases sociales. En este sentido, y aún sin realizar un desarrollo conceptual extenso, ha sido usada en numerosos análisis concretos que discutían, justamente, la existencia o no de hegemonía en determinados períodos históricos o en ciertos espacios nacionales. El planteo de una ausencia de hegemonía, la referencia a una dominación sin hegemonía, está muy presente en ciertas lecturas del concepto desde países no centrales, como aquellas presentes en la sociología política latinoamericana y en los estudios subalternos asiáticos. Esta ausencia se contrata, en estos estudios, con una forma de la dominación diferenciada, la hegemonía, que por tanto cobra una serie de características particulares, transformando las determinaciones principales del concepto.

En conjunto a estas tres formas de la hegemonía, estas tres configuraciones de constelaciones conceptuales que permiten pensar al concepto, hemos visto, en nuestro laberíntico recorrido por los *Cuadernos,* un aspecto más que podría referir a una cuarta forma: la extensión del concepto de hegemonía al plano internacional, para denotar una relación entre estados o naciones, ya sea en términos políticos, militares o culturales, aparecía frecuentemente en el texto gramsciano.

No obstante, y aunque han sido el punto de partida para el desarrollo de teorías gramscianas de las relaciones internacionales, no creemos que en estas menciones se produzca una nueva forma articulada del concepto. Cuando la palabra "hegemonía" aparece vinculada a una relación entre naciones nunca se encuentra acompañada de una profundización conceptual, aparece descriptivamente para designar la relación entre dos elementos. Parece, por el contrario, designar una idea vaga de supremacía y dirección no diferenciada de los usos coloquiales y tradicionales de la palabra. A su vez, de forma más relevante, estas menciones se derivan de las distintas formas que ya hemos planteado. Es decir, por más de que lo internacional pueda aparecer como un factor que influye poderosamente en el desarrollo de cada nación, como un espíritu de época que inserta las luchas nacionales en un proceso histórico más amplio de lucha por la hegemonía, esta no parece ser nunca pensada como producida en ese plano internacional. Por el contrario, dicho fenómeno internacional aparece tratado como condición (de posibilidad o impedimento) o como extensión de la hegemonía de una clase nacional. No existe, entonces, una idea fundamental sobre la relación entre naciones como parte de una teoría de la hegemonía que nos permita pensarla como una cuarta forma del concepto, y esto a pesar de que las referencias descriptivas a la hegemonía entre dos naciones sean numéricamente abrumadoras a lo largo de los *Cuadernos*.

En suma, hemos asistido a una gran diversidad de sentidos de la hegemonía, que ahora debemos abordar desde las tres formas principales de su articulación. El problema principal para un trabajo que busque pensar el concepto de hegemonía radica entonces en cómo lidiar con esta multiplicidad. El recorrido por el territorio de los *Cuadernos* buscó mostrar la imposibilidad de derivar un concepto unívoco del desarrollo diacrónico en la escritura gramsciana. La precisión

filológica, que permitía la datación de las notas y la clarificación de las referencias presentes en cada una, no evitaba que encontráramos sentidos diversos con los continuaba articulándose la palabra hegemonía a medida que avanzaban las reflexiones carcelarias. Su densidad teórica habilitaba significados distintos si la hegemonía era una unidad ideológica o una articulación producida por el aparato estatal; distinciones posibles a las que la determinación histórico-temporal del fenómeno hegemónico sumaba a su vez otras posibilidades de conceptualización.

En conclusión, sostenemos que aun teniendo en consideración el efectivo desarrollo teórico del concepto de hegemonía este no lo resolvía en una univocidad de sentido. A medida que la palabra hegemonía iba ampliando su **extensión**, definiendo fenómenos diferentes y cada vez más complejos, comenzaba también a transformar su **intensión**, a mutar su significado o connotación dotando a la hegemonía de una **polisemia** que habilitaba la constitución de tres formas distintas de un concepto: como dirección ideológica-cultural, como articulación de la dominación en el Estado, y como forma particular históricamente determinada de constitución de la dominación burguesa resultado de la lucha de clases.

Estas tres formas de la hegemonía suponen respuestas diferenciadas al núcleo de definición del concepto. Diferencias que se expresan en cómo pensar la naturaleza, o materialidad, de la hegemonía, el sujeto de su ejercicio, su temporalidad, sus mecanismos de articulación, su extensión hacia la totalidad de lo social o sólo hacia algunos grupos, así como su lugar explicativo en la teoría marxista. Sin embargo, a diferencia del estudio realizado por Anderson (1981), no consideramos a las formas de la hegemonía como articulaciones antinómicas de una misma problemática (la relación sociedad civil/Estado), sino como distintas posibilidades de despliegue de una misma noción en la búsqueda gramsciana de una conceptualización más compleja de lo subjetivo, del momento de la voluntad y de la política, dentro de la teoría marxista. Por esta razón, planteamos tres formas posibles de conceptualizar la hegemonía, no presentes plenamente en el propio Gramsci (quien en sentido estricto no desarrolla ni una ni tres teorías de la hegemonía), pero pasibles de ser desplegadas a partir de las maneras en que este utilizaba dicho concepto.

En consecuencia, hemos buscado pensar el concepto a partir de las **inflexiones** propias de la hegemonía, de momentos en los que el desarrollo del concepto se curvaba, se articulaba con otras constelaciones conceptuales que hacen mutar su sentido. Estas inflexiones, a su vez, no representaban un desarrollo único, sino que con cada curvatura del concepto se abrían nuevas posibilidades de desarrollo, nuevas formas posibles de entenderlo que no eran ni totalmente compatibles o contradictorias entre sí. Inflexiones, entonces, que se sostenían sobre el mismo significante, produciendo **derivaciones** en su sentido que persistían en su presencia múltiple a lo largo de la obra carcelaria. Recorrimos los itinerarios del concepto de hegemonía, mostrando entonces su despliegue en por lo menos tres profundizaciones teóricas diversas. Posibilidades que se inscriben, a su vez, en conceptualizaciones más amplias con las que pensar lo ideológico, el Estado o la historia concreta de la hegemonía burguesa, y que deben ser analizadas críticamente como espacios de despliegue del concepto de hegemonía.

Esos significados distintos se expresan, a su vez, en las diversas interpretaciones del concepto realizadas en la historia de su recepción. Como hemos visto en la introducción de esta tesis, las múltiples interpretaciones de la hegemonía son continuaciones posibles de los desarrollos gramscianos y no formulaciones arbitrarias que fuerzan o traicionan un verdadero sentido. De

esta forma, la historia allí exhibida no debe verse como la de un avance hacia una mayor claridad conceptual en la definición de la hegemonía. Por el contrario, cada uno de sus momentos muestra un cambio teórico-político del énfasis sobre cómo entender dicho concepto, profundizando en cada caso algunas de sus formas. El conjunto de interpretaciones reproducen así los núcleos de sentido posibles de la hegemonía: desde sus primeros intérpretes centrados en la hegemonía como fenómeno ideológico-cultural; pasando por su traducción francesa como teoría de las superestructuras y, bajo clave estructuralista, como articulación de la totalidad social por el Estado; hasta aquellos que distinguían las especificidades históricas que determinaban al concepto de hegemonía. Múltiples formas de desarrollar la polisemia de un concepto, planteando en el debate contemporáneo, como la clave en la constitución de una forma no determinista de comprender la teoría marxista.

Las tres formas de despliegue de la hegemonía que hemos visto desplegarse a lo largo del texto gramsciano suponen diferencias fundamentales a la hora desarrollar este polisémico concepto. Las distintas formas de la hegemonía transforman sus determinaciones, modifican el campo de ejercicio de la hegemonía, el sujeto que la ejerce, la materialidad de este ejercicio, su momento y su duración. Estos elementos pueden conceptualizarse de maneras muy distintas según cuál sea la forma del concepto de hegemonía que se esté utilizando. Desde esta diversidad de determinaciones, y por más el texto gramsciano intenta reducirlas en una unidad, se producen formas divergentes de la hegemonía posibles de ser profundizadas.

Como hemos intentado mostrar, no estamos planteando que existen tres teorías de la hegemonía distintas en los *Cuadernos de l*a *Cárcel* que podrían ser aisladas o diferenciadas ya sea temáticamente, ya sea por la diacrónica de la escritura del texto. En sentido estricto no se desarrolla en los textos ninguna teoría de la hegemonía coherente y acabada. En ningún momento del texto se propone o realiza esta tarea. Es por ello que el concepto de hegemonía sigue apareciendo ante nosotros, aun después de pensar su emergencia en los textos precarcelarios y desplegar su recorrido a lo largo de los *Cuadernos de la Cárcel*, como un objeto esquivo, misterioso, como un prisma que refleja distintos colores según la arista que iluminamos. La hegemonía, más que una noción esclarecedora, sigue constituyendo un campo problemático en el que se anudan discusiones sobre la ideología, el Estado, los intelectuales, las formas de dominación de la burguesía, la estrategia del proletariado, y, atravesando todos ellos, sobre la forma de concebir, en la teoría marxista, la relación entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la estructura y la superestructura. En suma, sobre cómo pensar la política.

El análisis de dicho concepto, no puede entonces prescindir de su análisis situado en la constelación de conceptos donde la hegemonía se despliega, pensando cómo esta produce efectos en las formas de pensar una teoría marxista de la política. En la segunda parte de esta tesis, buscaremos entonces emprender dicho análisis para pensar las inflexiones presentes en la unidad contradictoria de la hegemonía gramsciana y, de esta forma, profundizar en las potencialidades y límites que las múltiples formas del concepto suponen. Intentaremos, por lo tanto, explorar las posibilidades abiertas por estas diferentes formas de la hegemonía, para en, contra y más allá de Gramsci pensarla como parte de una teoría marxista de la política.

¿Cómo lidiar con este cúmulo de formas de conceptualizar una misma palabra dentro de una misma tradición teórica? Creemos que, resignados a la imposibilidad de descubrir "el verdadero" concepto de hegemonía, su potencia teórica radica en atravesar críticamente sus

distintas formas de uso e interpretación, articulando la constelación conceptual que cada de una de ellas supone. En este sentido, no alcanza únicamente con el análisis de la emergencia de la problemática o del desarrollo de la palabra hegemonía en los *Cuadernos.* Esto debe complementarse con un análisis de las constelaciones conceptuales que acompañan sus distintas formas, dándole cuerpo a la particular relación de dirección entre clases sociales que implica cada una de ellas. Debemos entonces, en primer lugar, atravesar estas constelaciones en el texto gramsciano, retomando aquello sobre lo que nos dan nuevos elementos para pensar la política. Pero también, en segundo lugar, tenemos que postular su crítica contra Gramsci cuando las determinaciones planteadas por sus textos se demuestran insuficientes. Por último, debemos ir más allá de Gramsci, profundizando las potencias teóricas presentes en las reapropiaciones posteriores del concepto de hegemonía. [42]

Abordamos, entonces, en la segunda parte de la tesis, el análisis crítico de los tres núcleos principales de despliegue de la hegemonía en los textos gramscianos para empezar a construir un concepto propio desde, pero más allá de estos. Utilizaremos, a diferencia de los primeros capítulos de estructura cronológica, un corte temático que permita adentrarnos en estos "territorios" de la teoría gramsciana. Corte temático que gira alrededor de las tres formas del concepto que se han articulado luego de nuestro análisis: hegemonía, ideología y cultura; hegemonía y Estado; hegemonía, lucha de clases y formas históricas de la dominación política.

[42] En este sentido, una teoría completa de la hegemonía y su lugar en la teoría política y social, deberá a su vez complementarse con las transformaciones del concepto por fuera de los textos gramscianos en aquellos autores y tradiciones que se valieron del concepto de hegemonía para construir nuevos campos de análisis y reflexión. Teorías que no se encuentran tan preocupadas por la reconstrucción del concepto en Gramsci como de utilizarlo productivamente en nuevas formas. Aunque intentaremos retomar ideas y nociones de muchos de estos aportes, su análisis exhaustivo excede el trabajo de esta tesis que busca problematizar el concepto, y sus posibilidades, en los textos gramscianos. No obstante, nos proponemos el avance en este sentido en futuros trabajos.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3: Hegemonía, ideología y cultura

Pensar la forma ideológica-cultural de la hegemonía, y con ella el lugar de lo ideológico en el conflicto político, implica necesariamente interrogarnos por los sentidos de la ideología y la cultura presentes en los textos gramscianos. Es innegable que en estos se produce continuamente un anudamiento entre los elementos culturales y los políticos, haciendo de este plano un aspecto fundamental en la constitución de la dominación. Este vínculo atraviesa la reflexión gramsciana desde sus primeros textos, haciendo de la interrogación sobre la conciencia un elemento central para su teoría de lo político. No es casual, por tanto, que desde el desarrollo conceptual de este vínculo se haya producido un entendimiento de la hegemonía como dirección ideológico-cultural, como articulación del orden social resultado del triunfo de una ideología a partir de su desarrollo en conflicto con otras. Una forma de entender la hegemonía que se ha vuelto central en las referencias a Gramsci, volviéndose en algunos de sus intérpretes posteriores, casi un sentido común que define al concepto.

Así como es innegable la continua presencia de esta relación entre ideología/cultura y política/hegemonía, también resulta claro que su articulación no es planteada, como aparece en algunas interpretaciones culturalistas, como un simple reconocimiento de elementos culturales en la dirección ejercida por un grupo social. Aunque estos elementos aparecen en múltiples menciones de los textos precarcelarios y de los *Cuadernos*, es claro que la idea de una hegemonía como ideológica-cultural no se produce ni por la postulación de la cultura o las ideas como un plano autónomo y autodeterminado que define la disputa central de una sociedad, ni por la mera sumatoria de este plano de conflicto a lo económico o político. Por el contrario, la forma ideológico-cultural de la hegemonía se produce en la particular conceptualización de lo ideológico en y desde el conflicto entre fuerzas sociales, y por tanto del conflicto político como atravesado y constituido por la ideología. En este capítulo buscaremos, por tanto, pensar *en*, *contra* y *más allá* de Gramsci la constelación conceptual que se anuda para pensar esta forma de la hegemonía. Debemos por tanto delinear la particular teoría de lo cultural-ideológico que se produce en el texto gramsciano como primera tarea en la difícil postulación de las relaciones entre hegemonía, ideología y cultura, para así luego explorar sus límites y potencias para pensar una teoría marxista de lo político.

1. La germinación de las ideologías y su enfrentamiento: la forma ideológica-cultural de la hegemonía *en* Gramsci

Lejos de aparecer bajo una definición unívoca y directa, la ideología y la cultura se articulan en los textos gramscianos en una compleja conceptualización que incluye el movimiento entre distintos conceptos. Como un conjunto en movimiento de diversos términos (lenguaje, filosofía, sentido común, concepción del mundo, etc.) que aparecen como los contenidos, los momentos, o los distintos grados, de un plano que podemos llamar de la conciencia. En este sentido, la conceptualización gramsciana se presenta como una "cadena conceptual" (Liguori, 2016) o una "concatenación lógica" (Frosini, 2003), en la cual los distintos términos en su articulación van

construyendo un sentido general de lo ideológico y lo cultural y con estos una forma particular de entender la hegemonía así como al marxismo[1].

La característica distintiva de esta teoría de lo ideológico-cultural desplegada en esta constelación de conceptos estará en su dimensión conflictual. Es decir, el conjunto de los elementos que definen lo ideológico son postulados a partir de la teorización de las relaciones de fuerza entre clases que hemos visto constituirse desde el cuaderno cuarto, haciendo de la conformación y el desarrollo entre estas un conflicto ideológico y, consecuentemente, derivando la hegemonía como momento o resultado de una lucha entre ideologías.

> […] la fase en que las ideologías germinadas anteriormente entran en contacto y en oposición hasta que una sola de ellas, o al menos una combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse sobre toda el área, determinando además de la unidad económica y política, también la unidad intelectual y moral, en un plano no corporativo, sino universal, de hegemonía de un agrupamiento social fundamental sobre los agrupamientos subordinados (*Q4* <38>: 170).

El punto de partida una teoría de la hegemonía reside, entonces, en la idea del conflicto social como una oposición entre ideologías que culmina en la difusión y generalización de una de ellas como forma de construir la unidad de un grupo social sobre el conjunto, de alcanzar una universalidad, sobre otros agrupamientos subordinados. La constitución del concepto hegemonía como un fenómeno ideológico requiere entonces del desarrollo de los elementos fundamentales que aparecen en esta reflexión: el origen de aquellas ideologías que se enfrentan y su posterior desarrollo, el proceso de su enfrentamiento, de su difusión e imposición sobre el conjunto social.

Comencemos entonces pensando qué son y de dónde vienen las ideologías que entran en contacto y se enfrentan hasta que una se impone, hasta que una logra la hegemonía. Como parte de la teorización de las relaciones de fuerza, el "anteriormente" de su germinación es una clara referencia al primer momento de constitución, al primer nivel de estas relaciones que actúa como base sobre el que se erige luego el enfrentamiento ideológico. Un primer momento se define como "una relación de fuerzas sociales estrictamente ligada a la estructura: esta es una relación objetiva […] Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se dan los distintos agrupamientos sociales, representando cada uno de ellos una función y una posición en la producción misma" (*Q4* <38>: 169). Son los agrupamientos que surgen de este primer momento, los que luego se desarrollan y entran posteriormente (al menos analíticamente) en el conflicto político-ideológico de las relaciones de fuerzas.

En este sentido, la teoría de lo ideológico comienza con las posiciones de los sujetos en un mundo de la producción determinado técnica y objetivamente por el grado de desarrollo de fuerzas productivas. Podríamos afirmar que en los textos gramscianos se plantea una suerte de

[1] En su análisis del concepto gramsciano de ideología, Liguori (2016) recorre la presencia del término a lo largo de los *Cuadernos* exponiendo sus distintos usos, desde la recuperación del término como era usado en el lenguaje común de su época, hasta la elaboración de una teoría positiva de la ideología como concepciones del mundo en lucha que articulamos en esta sección. Muestra, a su vez, como solo a partir del cuaderno cuarto se comienza a desarrollar una teoría propia de la ideología, en una articulación y relación con el pensamiento de Marx y de Croce. Por su parte, Baratta (2003) ha expuesto la exploración de los sentidos, usos y articulaciones del concepto de cultura en los textos gramscianos carcelarios.

grado 0 en la constitución de lo ideológico a partir del momento estructural como punto de partida para el desarrollo posterior de las "concepciones del mundo" que existen en un conflicto político por su difusión y adopción en las masas, por su hegemonía. Dicho grado 0 se encuentra fundamentado en el concepto de *praxis*, como unidad entre un hacer práctico y una conciencia de ese hacer, que constituye, por lo tanto, el anclaje sobre el que se monta una teoría gramsciana de la ideología (Frosini, 2003).

Partiendo desde la praxis, se desplegarán concepciones del mundo propias de cada clase social derivadas de la práctica activa realizada por los individuos en el mundo de la producción. Suponiendo que todo hacer requiere algún grado de reflexión sobre la práctica, el primer momento lógico de una teoría de lo ideológico está constituido por las formas de entender y actuar en el mundo que cada grupo social tiene a partir de su actividad en la esfera de la producción económica. En esta, en el hacer como transformación sobre la naturaleza, existe ya de hecho una concepción del mundo actuante que vincula al individuo a un grupo social y que moldea el elemento de su conciencia y su voluntad. La praxis derivada del momento económico-objetivo no solo permite así el desarrollo de una teoría de lo ideológico, sino que también, como veremos en el próximo apartado, se vuelve fundamento de un particular marxismo, haciendo de lo ideológico su elemento articulador central. Si el cambio terminológico desde 'materialismo histórico' a 'filosofía de la praxis' implica, más que una estrategia de escritura ante los censores, una reconceptualización del marxismo en los *Cuadernos* (Frosini, 2010: Vacca, 2016b), la praxis deberá ocupar lógicamente un lugar central en su particular arquitectura. Pero antes de adentrarnos en los sentidos de esta filosofía de la praxis y sus problemas para una teoría de lo político, queremos continuar desplegando la concatenación conceptual que, partiendo de esta noción de praxis, nos lleva a la ideología, la cultura y a una hegemonía entendida desde estas.

La noción de praxis implica que, en su pertenencia a una clase social, todos los individuos participan de una concepción del mundo común que expresa la realización de las actividades del grupo, volviendo a ese accionar ya un grado de elaboración de la conciencia: "[…]la mayor parte de los hombres son filósofos en cuanto que operan prácticamente y en su operar práctico (en las líneas directivas de su conducta) está contenida implícitamente una concepción del mundo, una filosofía (*Q10* <17>: 150). La conciencia de los individuos se asocia así a una en común con aquellos del mismo grupo social, moviéndose desde lo individual a lo colectivo, en una concepción incipiente del mundo. Las concepciones del mundo colectivas de las que participan los individuos, suponen así la existencia de distintos grados de elaboración, de coherencia y de complejidad de una misma "sustancia" que surge de esa praxis, desde el lenguaje y el folklore como formas más elementales, hasta aquellas más complejas que pueden plantear la visión del mundo en todos los aspectos de la vida social, como la filosofía.

Pero la praxis que define la "germinación" de la ideología, su surgimiento, la base sobre la que se desarrollan los distintos grados o formas que componen la concatenación lógica de lo ideológico en los textos gramscianos, lejos está de ser su única determinación. Porque, así como existe una concepción que se deriva de este actuar práctico, aparecen también una serie de otros elementos que actúan sobre la conciencia de los individuos. Propios de otras clases sociales, heredados del pasado y adoptados por los miembros de una sociedad, en su combinación, la presencia de elementos de otras concepciones del mundo, influyen en la conducta de los individuos, determinando su subordinación a otros grupos sociales.

> El hombre activo de masas actúa prácticamente, pero no tiene una clara conciencia teórica de este su actuar que, sin embargo, es un conocer el mundo en cuanto que lo transforma. Su conciencia teórica incluso puede estar históricamente en contraste con su actuar. Casi puede decirse que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria), una implícita en su actuar y que realmente le une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad y una superficialmente explícita o verbal que ha heredado del pasado y ha acogido sin crítica. No obstante, esta concepción "verbal" no carece de consecuencias: ata a un grupo social determinado, influye en la conducta moral, en la orientación de la voluntad, de modo más o menos enérgico, que puede llegar hasta un punto en el que la contradictoriedad de la conciencia no permite ninguna acción, ninguna decisión, ninguna elección y produce un estado de pasividad moral y política (*Q11* <12>: 252).

El proceso de elaboración de las concepciones del mundo no se explica como un mero desarrollo lógico incremental desde la praxis hasta las formas más elaboradas de una filosofía, sino desde una relación dialógica entre este hacer práctico y otras concepciones del mundo que influyen sobre los sujetos sociales. Es decir, existe un momento del proceso de la elaboración de las conciencias marcado por elementos ajenos al grupo social que terminan atándolo a una forma de actuar y de pensar. Se constituye así una suerte de doble determinación de la conciencia de los sujetos en una combinación contradictoria entre aquella que se deriva de la praxis concreta de transformación realizada por un individuo, que lo une a quienes participan en la misma actividad práctica (a su clase), y una conciencia explícita, conformada por un conjunto de elementos propios de otros grupos sociales, una manera de pensar que limita su accionar, impidiendo que la conciencia práctica se plasme en una concepción del mundo coherente.

Esta contradictoriedad, en las diversas formas que expresa la combinación de ambos momentos, no se explica por razones puramente teóricas o lógicas, como si se tratara de un conflicto meramente entre ideas. La contradicción entre las "dos conciencias" expresa un proceso de lucha y enfrentamiento entre clases sociales en el plano ideológico que determina sus relaciones de dominación y subordinación. Lo ideológico en los textos gramscianos se constituye, por tanto, en una complejización que parte de la praxis pero que la articula con un momento conflictual entre las concepciones del mundo de cada clase social fundamental.

Puesto en el plano del "hombre activo de masas" este proceso de lucha se inserta así en aquella problemática que hemos visto emerger en los textos precarcelarios y que hacía a la constitución de una política de masas. Porque en esta constelación conceptual es desde la ideología, desde la operación sobre las conciencias y sus efectos sobre el accionar de las masas, donde se constituye la capacidad de un grupo de dirigir el conjunto social según la propia concepción, de subordinar a las masas a la dirección de un grupo social dominante. Preguntarse entonces por cómo construir un orden tras el auge de masas que quebraba en la posguerra las formas del dominio, parece aquí encontrar una respuesta en la ideología, tanto para explicar aquella liberal, propia de la burguesía, que organizaba el orden anterior, como para pensar la expansión y difusión de una ideología propiamente proletaria que triunfe y se constituya en la articuladora del orden nuevo.

El paso hacia una mayor elaboración de la conciencia práctica de cada individuo y de su grupo aparece, entonces, como un problema político que se expresa en la necesidad de elaborar plenamente una concepción del mundo propia, superando aquellas de otros grupos sociales que actúan como limitantes políticos. La conciencia y las concepciones del mundo son planteadas así en términos de un proceso de lucha entre clases por el desarrollo de la autoconciencia de esta concepción del mundo y luego por su extensión hacia otros grupos sociales. Una lucha en el plano ideológico, entonces, por librarse de la dirección impuesta y por instaurar la propia ideología como base de una nueva dirección sobre el conjunto social. Un conflicto nombrado como lucha entre hegemonías políticas:

> La comprensión crítica de sí mismo se produce a través de una lucha de "hegemonías" políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real. La conciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia en la que teoría y práctica finalmente se unifican. Tampoco la unidad de teoría y práctica es un dato de hecho mecánico, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de "distinción", de "desapego", de independencia apenas instintivo, y progresa hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria (*Q11* <12>: 253).

Tenemos aquí las primeras coordenadas de una forma ideológica de la hegemonía, que anuda el paso desde las posiciones objetivas en la producción a lo ideológico, desde el despliegue de este plano como una lucha política. En este enfrentamiento se juega, en primer lugar, la posibilidad de los grupos sociales de elaborar una autoconciencia de su posición objetiva, de sus intereses, en una elaboración de una propia concepción del mundo, de un pensar y actuar, que los refleje. De esta forma, bajo la teoría de la ideología y su enfrentamiento se despliega una teoría de la constitución no ya de concepciones individuales, sino de voluntades colectivas articuladas por una concepción del mundo, conformadas como procesos ideológicos. Pero a su vez, en segundo lugar, es también en este proceso donde se produce la capacidad de dirección entre grupos sociales, la forma por la cual un grupo puede marcar la forma de actuar y pensar, no solo de sus miembros, sino también de los individuos pertenecientes a otras clases sociales. Lo ideológico no conforma entonces solo a los grupos sociales en cuanto tal, sino que establece sus relaciones, se vuelve el elemento por el cual la clase dominante logra guiar, ideológicamente, a otros. Se configura así en una teoría que explica la subalternidad de ciertos grupos sociales por su subordinación a la ideología dominante y la posibilidad de una ruptura conflictiva con esta condición desde una progresiva autoconciencia, de la constitución de una concepción del mundo completa y coherente del grupo subalterno que pueda, conflicto mediante, alcanzar así su autonomía (Modonesi, 2010).

La ideología se constituye de este modo como el territorio del devenir conflictual de una concepción del mundo que tiene como punto de partida una forma de actuar, un hacer práctico, pero que se despliega en distintas formas que articulan la conciencia y la acción de cada grupo social y sus relaciones políticas. Las concepciones del mundo de cada clase derivadas de su praxis económico-productiva funcionan así como una suerte de momento pre-intencional de la hegemonía; como un conjunto de representaciones sobre la realidad que funcionan como

fundamento último de la actividad política de la clase (Liguori, 2016). La lucha de las "ideologías germinadas" en la producción no expresa entonces un conflicto por un conjunto de ideas sino que determina una forma de actuar, una "ética", que se erige como la base de la dirección social ejercida por una clase. Podríamos afirmar, por lo tanto, que el término "ideología" opera como un segundo momento lógico en el cual las concepciones del mundo propias de cada grupo se elaboran como instrumentos de dominio político, configurando la lucha por el devenir hegemónico de un grupo social[2].

En este sentido, la ideología no es simplemente una forma de entender el mundo, ni tampoco una falsa conciencia que vela la compresión de una realidad objetiva, sino el proceso de despliegue en un conflicto político entre las concepciones del mundo de cada clase social, en tanto articulan una norma de conducta correspondiente a sus actividades productivas. La elaboración de la propia concepción del mundo se desenvuelve en una batalla entre distintas normas de acción, distintas éticas, distintos principios que buscan ser el fundamento de la acción de las masas según los intereses de una clase. Una lucha entre ideologías propias de grupos sociales fundamentales que determina así relaciones de subordinación entre estos, produciendo la posibilidad de que un grupo se constituya como dominante por medio de la adopción de su ideología por el conjunto social. La relación entre estos grupos configura así, a través de lo ideológico, todo un orden social que expresa la posibilidad y la expansión del grupo dominante asegurando así por medio de su ideología, su hegemonía sobre la sociedad.

Pero así como por vía del conflicto se produce una relación entre grupos, el proceso de su enfrentamiento debe poder llevar a un momento de puesta en común de estas ideologías derivadas de la praxis; a la constitución de una dimensión que unifique, no sin contradicción ni conflicto, aquello que hasta aquí aparece como ideologías exclusivistas de cada grupo. De esta forma, si la ideología responde a las posiciones en lucha por instaurar una determinada conciencia y norma de conducta que expresa los intereses económicos de una clase, la cultura parece responder más que a esta posición particular, al resultado unificador tras el proceso de lucha. La hegemonía, por lo tanto, no es sólo ideológica, sino también cultural.

> La cultura, en sus diversos grados, unifica una mayor o menor cantidad de individuos en estratos numerosos, más o menos en contacto expresivo, que se entienden entre sí en grados diversos […] De esto se deduce la importancia que

[2] Estamos frente a una teoría de lo ideológico donde la influencia croceana es notoria y explícita. En el segundo capítulo observamos el movimiento de incorporación crítica del pensamiento de Croce que se produce en los *Cuadernos*. Vimos cómo se busca repensar algunos de sus principales conceptos, como el de historia ético-política, dentro de un pensamiento marxista que plantea la centralidad de las clases sociales y la determinación económica estructural. En esta construcción conceptual, por tanto, se hace propia "la teoría de las ideologías políticas explicada por Croce en su significado de instrumentos prácticos de acción" (*Q10* <40>: 185), para combinarla con una noción marxiana de praxis, vinculada a su vez a la conceptualización croceana de la religión como "concepción del mundo con una norma de conducta correspondiente" (*Q10* <31>: 163). En este sentido, como hemos visto, luego de postular en un primer momento al concepto de hegemonía como una traducción de la teoría croceana (Q7 <9>; <28>; Q8 <227> <233>), se plantea una "hipóstasis" de la historia ética-política; una escisión de la misma del conflicto por la dirección social a partir de las relaciones de fuerza objetivas surgidas de la estructura económica (Q10 <Sumario>; <7>). Mientras Croce planteaba un conflicto entre ideologías sin poder darles a estas su fundamento real como enfrentamiento entre clases sociales, la teoría gramsciana de la ideología busca incorporar una determinación estructural a este conflicto, y por tanto a la hegemonía, a partir del anclaje de lo ideológico, de la germinación de la ideología, en la praxis productiva.

> tiene el "momento cultural" incluso en la actividad práctica (colectiva): cada acto histórico no puede ser realizado sino por el "hombre colectivo", o sea que presupone el agrupamiento de una unidad "cultural social", por la que una multiplicidad de voluntades disgregadas, con heterogeneidad de fines, se funden para un mismo fin, sobre la base de una concepción (igual) y común del mundo (*Q10* <44>: 209).

Podemos interpretar, por tanto, que bajo el término cultura encontramos el último momento lógico del desarrollo del plano de la conciencia en los textos gramscianos[3]. Cultura define aquello que unifica una multiplicidad de individuos, pertenecientes a distintos grupos sociales, que definen su acción colectiva guiados por una concepción del mundo compartida. Esta última expresa el resultado del movimiento ascendente de una ideología de clase, volviendo todos los contenidos de la conciencia (desde la filosofía hasta el folklore pasando por el arte y la literatura) momentos de un mismo contenido en despliegue, partes de un continuum de organización y coherencia de una concepción del mundo.

En el 'momento cultural' la ideología propia de una clase aparece plasmada en todos los ámbitos de la vida social, volviéndose el elemento unificador de distintas praxis, produciendo una subjetividad común, un terreno en el cual una clase particular influye en las formas de actuar y pensar de otras. Por ello, es en la cultura, donde una clase finalmente logra guiar la acción de las masas dirigiendo al conjunto social en pos de su máxima expansión como clase. Bajo lo cultural resultado del conflicto se constituye así una ideología que no sólo restituye el lenguaje particular de una clase, que no solo refiere a sus necesidades corporativas exclusivistas consolidando su identidad. Por el contrario, es el momento en que la clase entra en relación dinámica con otras permitiendo postular la propia ideología como una universalidad (Frosini, 2010). La cultura constituye así el momento de puesta en común en el que la actividad práctica puede producir no sólo una conciencia particular, sino una unidad de diversas voluntades colectivas, siendo así el terreno de constitución de la hegemonía.

Como observamos en el primer capítulo de esta tesis, en los textos gramscianos más tempranos la problemática de la cultura ya ocupaba un lugar central, entendida como conquista de una conciencia superior por parte de la clase trabajadora que le permitiera conocer su función en la historia y un actuar en consecuencia de esa conciencia adquirida. Al igual que lo que acabamos de exponer, la cultura se asocia así en esos textos a la producción, siendo el avance espiritual-cultural de la humanidad un continuo progreso de dominio sobre la naturaleza. La adopción de

[3] Giorgio Baratta ha destacado la versatilidad del uso del concepto de cultura en los textos gramscianos. Bajo éste se abordan procesos y fenómenos heterogéneos en los que participan todas las expresiones de actividad intelectual en una sociedad. El concepto de cultura no sólo unifica bajo el mismo término a las expresiones tradicionalmente vinculadas a la "alta cultura" y a la "cultura popular", sino que, en una conceptualización de carácter práctico, es concebida "como producción superestructural […] como dimensión intelectual o ideal-ideológica, <<civil>> de la producción económico social, y en sentido más amplio, de la misma sociedad" (Baratta, 2003: p. 160). Quizá entre las ideologías y la cultura podríamos sumar un término más de la concatenación lógica que define esta constelación teórica, bajo el concepto de sentido común. En los textos gramscianos el sentido común se mueve entre ser la forma difusa, no elaborada ni coherente, en que existen las ideologías de cada clase, bajo la existencia también de distintos sentidos comunes, y un momento unificador en que estas entran en contacto (Nun, 2015), que vuelve la lucha por la hegemonía también una lucha por el sentido común. Consideramos, no obstante, que la noción de cultura, y con esta de una hegemonía cultural, es la que mejor construye esta forma de teorizar la unificación y dirección de lo social por aspectos conscientes e ideológicos.

una forma superior de cultura se vinculaba de este modo a un proceso marcado por una necesidad progresiva de la historia, que planteaba la adquisición de una nueva forma de actuar-pensar como adecuación a una razón derivada del avance de las fuerzas productivas. Pero si en estos textos el elemento cultural aparecía bajo el prisma del reconocimiento y el cultivo de la clase trabajadora, en los textos carcelarios la cultura aparece más que en el plano de la conciencia de clase, en el vínculo entre grupos sociales, en la construcción de un terreno común que permite la dirección de una clase social.

De esta forma, bajo esta conceptualización de la cultura aparece nuevamente el foco sobre las masas desde el cual planteamos la emergencia de la hegemonía. Lo que se produce en la lucha ideológico-cultural es la voluntad del "hombre colectivo", de las masas, la construcción de un pensar-actuar del conjunto social acorde a los intereses y las necesidades de una clase social. Los sentidos que se articulan en la constelación que produce la forma ideológico-cultural de la hegemonía no la constituyen, por tanto, como un mero convencimiento en el plano de ideas falsas o arbitrarias que un grupo social logra imponer sobre otros. Por el contrario, bajo esta forma de la hegemonía encontramos el proceso por el cual el momento objetivo de la producción se despliega en formas subjetivas de conciencia de masas, que expresan a su vez una lucha para unificar la sociedad bajo la dirección de una clase. De esta forma, la universalidad, la potencialidad de devenir cultura para el conjunto de la sociedad, de una determinada ideología radica, al mismo tiempo, en su capacidad de referirse a un plano objetivo de producción económica, adecuando las acciones de las masas a la expansión de determinada praxis, y a una capacidad política de imponerse en el conflicto por la dirección de las masas según las necesidades e intereses de una clase.

Bajo la hegemonía ideológica-cultural hay por tanto una forma posible de articulación entre determinadas necesidades económicas y su expresión en las formas subjetivas de conciencia y acción que expresan la dominación del todo social por una clase. Eso supone que, en la articulación de su constelación, la conceptualización gramsciana de cultura designa una unificación ideológica de lo social, extendiendo así el sentido del término ideología desde instrumento de dominación y lucha política, a terreno fundamental de unidad de lo social (Frosini, 2010). La hegemonía ideológica-cultural conquistada por una clase social se vuelve así, en suma, el elemento unificador de todo el bloque social:

> Pero en este punto se plantea el problema fundamental de toda concepción del mundo, de toda filosofía, que se haya convertido en un movimiento cultural, en una religión, en una fe, o sea que se haya producido una actividad práctica y una voluntad y en ellas se halle contenida como premisa teórica implícita (una ideología podrá decirse, si al termino ideología se le da precisamente el significado más alto de una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de vida individuales y colectivas), o sea el problema de conservar la unidad ideología en todo el bloque social que precisamente esa determinada ideología fusiona y unifica (*Q11* <12>: 249).

Las concepciones del mundo, como desarrollos de las ideologías "germinadas" en la praxis, se expresan así en los distintos fenómenos culturales en su potencia de unificar una acción colectiva de masas, en tanto permiten la subordinación del conjunto a una determinada

orientación ideológica-cultural, pero por tanto también práctica, de clase. La cultura se constituye así en un terreno conflictual de organización de las relaciones de conciencia y voluntad entre grupos sociales, definidas y determinadas en términos políticos, constituyendo relaciones de dominio ideológico de las masas. Lejos de toda neutralidad, la universalización que se produce en la cultura es, a la vez, unidad ideológica del bloque social e instauración de la hegemonía, constitución de un orden general y dirección de la acción de las masas según las necesidades económicas y políticas de una clase social particular.

Hemos delineado así los principales contornos que definen a la hegemonía bajo una forma ideológica-cultural en los textos gramscianos, definiendo el proceso desde el surgimiento de una ideología desde las praxis productivas hasta su universalización como cultura. En este despliegue a través del enfrentamiento, se constituyen, bajo distintas formas y grados de la ideología, las relaciones de fuerzas entre clases sociales con sus correspondientes efectos de dominación y subordinación. Pero si este proceso define, en el paso desde lo objetivo a lo subjetivo, la "naturaleza" ideológica de la hegemonía, resta pensar cómo, dónde y por quien se produce la organización y el enfrentamiento entre las concepciones del mundo.

Estos elementos, en la figura de los intelectuales como sus articuladores y de la sociedad civil como el espacio de su disputa, quizás constituyan los aspectos de una hegemonía entendida en términos ideológicos-culturales que más han sido debatidos por los exégetas de los textos gramscianos. En primer lugar, el paso desde una concepción del mundo incipiente a su elaboración y difusión no aparece como resultado de un automatismo, sino que supone un trabajo de elaboración y difusión de esa ideología y a un sujeto particular que realiza estas tareas: los intelectuales. En segundo lugar, si la hegemonía es entendida como resultado de una articulación ideológica, el "terreno" en el que se produce parece desplegarse en un espacio diferenciado tanto de lo económico como de lo tradicionalmente político asociado a lo estatal, la sociedad civil. Sin embargo, en sus visiones más difundidas, aquellas que han popularizado la idea de una hegemonía cultural, estos elementos han sido analizados aislados de la conceptualización que acabamos de exponer, por lo que debemos reponerlos dentro de esta constelación de la hegemonía.

Resulta evidente que en el proceso que hemos descrito los sujetos que protagonizan y disputan por la hegemonía son las clases sociales a partir de las praxis, y su despliegue ideológico, que emergen de su actividad económica. No obstante, entendida la ideología en un continuo diferenciado únicamente por grados, desde la concepción práctica de la producción hasta las formas más elevadas de filosofía, la elaboración, la articulación coherente de sus elementos, y su difusión, parecen requerir de un sujeto diferenciado que organice la concepción del mundo de una clase y su hegemonía. Los intelectuales aparecen así como un sujeto privilegiado, desplazando el foco desde las clases mismas, volviéndose los encargados de la disputa y la conformación de la hegemonía de una clase.

La teoría gramsciana de los intelectuales no los designa, no obstante, como un sujeto social autónomo, sino que los presenta como parte de la clase desde una conceptualización de carácter funcional: es intelectual aquel que cumple la función de organización de la concepción del mundo de una clase en una voluntad colectiva. Esto supone, por un lado, una organicidad entre la clase social y sus intelectuales, haciendo de estos una parte diferenciada que emerge pero pertenece a la misma clase. Por otro lado, hace que las tareas intelectuales excedan a las

tradicionalmente asociadas al ámbito del pensamiento, para incluir toda forma de organizar a la clase en torno a la concepción del mundo, incluyendo así tareas tradicionalmente políticas, tal como se evidencia en la idea del partido político, y por tanto a sus dirigentes como grandes organizadores de las voluntades colectivas modernas.

Sin embargo, la postulada organicidad entre los intelectuales y la clase no resuelve por sí sola el problema de sus relaciones, la pregunta de por qué ciertos individuos pueden ejercer esa función intelectual y otros no, ni la problemática relación de jerarquía que este diferencial de conciencia supone. Bajo la tematización de los intelectuales se continúa, de esta forma, la ruptura con los esquemas de autoemancipación más propios del periodo consejista que aparecían bajo la centralidad del partido como organizador de la conciencia, como vanguardia que conoce el proceso histórico más que la propia clase. Pero a diferencia de estos desarrollos, en la profundización de una teoría de los intelectuales tal como se presenta en los *Cuadernos* y en continuidad a la preocupación que aparece en la *Cuestión Meridional* en su centralidad para pensar la historia italiana, parecería ser que estos ya en un sentido individual, son los que ocupan el rol protagónico en el escenario donde se disputa la hegemonía (Vacca, 2016a). Por supuesto no se trata de una desaparición del partido, claramente destacado como articulador de las voluntades colectivas como príncipe moderno, sino de una reflexión en paralelo y articulada sobre los intelectuales como dirigentes de una clase, como elaboradores de su concepción del mundo y por tanto como sujetos de la hegemonía.

Este elemento, a su vez, parece profundizar la problemática de la articulación de masas que planteamos como campo de emergencia del concepto de hegemonía, porque del mismo modo que sucedía con la centralidad del partido en el último periodo pre carcelario, los intelectuales no se pensaran solamente en términos de organización de la propia clase sino bajo la pregunta sobre las relaciones ideológicas, de dirección y subordinación, entre distintos grupos sociales. Los intelectuales se vuelven así la clave para entender la producción ideológica de una dirección de masas, volviendo a la hegemonía una disputa también por la orientación de los intelectuales mismos. Tanto por conformar aquellos intelectuales propios de cada clase, como por conquistar aquellos intelectuales tradicionales ya existentes en una sociedad.

Bajo su forma ideológica-cultural, por tanto, los intelectuales juegan un rol central en la lucha por la hegemonía. Esta parece producirse como un problema de conciencia que se mueve desde la ruptura con las conceptualizaciones dominantes, hacia la elaboración de la concepción del mundo, planteando luego su "aprendizaje", primero por la propia clase, luego por las aliadas y finalmente por el conjunto social. Una relación de conocimiento que permite así afirmar que "toda relación de hegemonía es necesariamente una relación pedagógica" (*Q10* <44>: 210). De esta manera, aun cuando se plantea que se trata de un conflicto entre clases, el enfrentamiento se juega desde un diferencial de conciencia propio de individuos nombrados como intelectuales. Estos, aun cuando se postulen como orgánicos se diferencian de la clase en su conjunto y aunque se postulen como organizadores adquieren su centralidad como elaboradores de la concepción del mundo, como sus teóricos y sus maestros, volviéndose así los sujetos efectivos de la constitución de una hegemonía ideológica y cultural.

Articuladas así la materialidad ideológica de esta forma de la hegemonía y sus sujetos de ejercicio resta preguntarnos cuál es el "terreno" en que esta se constituye, donde se produce la lucha entre concepciones del mundo por la hegemonía. Las interpretaciones culturalistas del

concepto han destacado la naturaleza "civil" de este proceso, su producción en un espacio diferenciado tanto de lo económico como de lo político-estatal, en un ámbito de debate y conflicto entre ideas y prácticas culturales nombrado como sociedad civil. No obstante, los textos gramscianos, lejos de plantear una escisión, postulan un movimiento hacia la unidad de dos momentos superestructurales, sociedad civil y política, una integralidad que complejiza la conceptualización del territorio de la hegemonía. Lo que debemos interrogar, por tanto, es cómo se articulan estos espacios bajo la forma ideológica-cultural de entender la hegemonía, cómo, al mismo tiempo, hay un privilegio claro del momento de la sociedad civil pero también un lugar para lo estatal. En suma, se trata de ver cómo se produce el paso de una a otra de estas instancias, que terminará determinando problemáticamente a ambas como formas de existencia de una misma concepción del mundo y de la voluntad organizada de una clase.

Como veíamos en el capítulo anterior resultan abrumadoras las notas en las cuales se define a la sociedad civil como el territorio de lucha y constitución de la hegemonía. Ya sea que se tomen las notas gramscianas sobre el Estado Integral, sobre la historia ético-política de Croce, o sobre los intelectuales; en la distinción de dos espacios superestructurales, generalmente se asocia hegemonía con sociedad civil. La operación consiste en definir los dos planos en un sucesión descriptiva y sumatoria, en la cual, bajo distintos términos, como consenso o persuasión, la hegemonía queda del lado de la sociedad civil para ser luego complementada con la fuerza o consenso que pertenece a la sociedad política. De esta forma, y continuando críticamente la historiografía croceana, se produce una distinción en la cual "la ética se refiere a la actividad de la sociedad civil, a la hegemonía; la política se refiere a la iniciativa y a la coerción estatal gubernativa" (*Q10* <41>: 187).

La sociedad civil aparece así como un espacio diferenciado en el que parece producirse la dirección intelectual, la actividad ética, de una clase sobre sí y sobre otras. Desde el privilegio de esta distinción, Bobbio (1977) volvió canónica una diferencia entre la sociedad civil marxiana, que refería a las relaciones sociales de producción, económicas, y la gramsciana, que describiría un conjunto de organismos e instituciones en las que disputaban intelectualmente los grupos de una sociedad. Pero la lectura de Bobbio hacía de este espacio una arena del conflicto de ideas, desvinculada tanto de lo económico como de lo estatal, mientras que en el texto gramsciano actúa justamente como una suerte de articulador entre ambos. La sociedad civil es por tanto en los *Cuadernos* una suerte de espacio "intermedio", de producción de la mediación, entre la economía y lo estatal: "Entre la estructura económica y el Estado con su legislación y su coerción está la sociedad civil" (*Q10* <15>: 149).

La germinación de las ideologías desde las praxis productivas vincula directamente a la disputa ideológica a lo económico, siendo la sociedad civil el terreno donde estas se conforman y difunden, donde los intelectuales organizan una dirección que no es simplemente ideal, sino que expresa una orientación práctica-productiva. Pero esta idea de espacio "entre", supone que "el Estado es el instrumento para adecuar la sociedad civil a la estructura económica" (Q10 <15>: 149), es decir, aparece la necesidad de una acción estatal para producir la unidad ideológica del bloque social. Entendida bajo su forma ideológico-cultural la hegemonía refiere así a una dirección intelectual producida en ese espacio "intermedio" entre el mundo objetivo de la producción y el estado-gobierno que, a su vez, lo garantiza coercitivamente, actuando sobre la sociedad civil para adecuarla a lo económico. La sociedad civil es por tanto el terreno de dicha

hegemonía, pero no por su separación o distinción con las otras instancias, sino justamente en su capacidad de ser el espacio donde se produce el nexo de su unidad.

En suma, en el texto gramsciano se postula el desarrollo y despliegue en lucha de una misma concepción del mundo en sus distintos momentos; vinculados a los niveles de las relaciones de fuerza desde los que se diferencian analíticamente distintos niveles de existencia, formación y lucha de una voluntad colectiva. El momento de articulación consciente de esa ideología se da en la sociedad civil produciendo una dirección de un grupo surgido de la producción sobre otros grupos sociales. Pero esta dirección no es sólo "ética", sino ética-política, ya que apunta hacia el Estado como momento necesario para consolidar la organización económica de la sociedad de acuerdo a los intereses de la nueva clase dominante. La lucha por la hegemonía ideológica cultural tiene por tanto como escenario principal del enfrentamiento de las ideologías a la sociedad civil, pero no se agota allí.

Esto aparece ejemplificado con la "hegemonía realizada" por Lenin en un paralelismo con el cristianismo[4], por el cual el devenir hegemónico del proletariado marca un camino desde la formulación de su concepción del mundo, el marxismo, hasta su devenir Estado: "fundación de una *Weltanschauung* (concepción del mundo) como fundación de una clase dirigente (o sea un Estado), Lenin y la hegemonía realizada, expresa otra fase del desarrollo de la concepción del mundo fundada por Marx, la diferencia entre ciencia y acción, Cristo y San Pablo" (*Q7* <33>: 170). La realización de la hegemonía, aún bajo su forma ideológica-cultural, es un devenir Estado, es la forma en que una concepción del mundo se realiza construyendo el Estado de una clase y convirtiendo así a la que era una clase subalterna en dirigente.

El Estado completa de este modo los razonamientos gramscianos sobre la ideología. Es el momento cúlmine en el cual se plantea el verdadero problema cultural de cómo volver común para el conjunto de la sociedad una determinada ideología con su norma de conducta correspondiente: "Solo después de la creación del Estado, el problema cultural se impone en toda su complejidad y tiende a una solución coherente" (*Q16* <9>: 266). Es decir, si la concepción del mundo implicaba una forma de actuar, el Estado aparece como el momento final desde donde se termina de producir una cultura en común. El Estado aparece entonces como último momento del despliegue de una concepción del mundo que organiza y propulsa a una voluntad colectiva en su lucha por la hegemonía. Un último momento que se vuelve a su vez sobre la sociedad realizando una reforma intelectual y moral de las masas, adecuando su actuar-pensar a las necesidades económico-productivas, a las necesidades civilizatorias, de la clase dominante.

[4] Esta relación entre religión, como concepción del mundo con una correspondiente norma de accionar, y socialismo, parece continuar intuiciones bien tempranas de los textos gramscianos, en los que se afirmaba "que el socialismo es justamente la religión que debe matar al cristianismo" (*CT*: 111). En los textos gramscianos existe una analogía y equivalencia formal entre todas las concepciones del mundo incluyendo al catolicismo y al marxismo. Libre de toda ironía, las dos concepciones del mundo son equivalentes como forma ideológica de guiar a las masas en su acción, lo que implica una relación problemática para pensar la crítica a la religión. Esta equivalencia nos deja dos opciones: cierto relativismo cultural entre las ideologías, donde la opción final radica en su uso instrumental por cierta clase; o cierto relato de la progresividad histórica del desarrollo de esas concepciones hacia grados mayores de verdad y universalidad. Esta última parece más cerca de la concepción gramsciana, en la cual el marxismo, o la filosofía de la praxis, es la concepción del mundo que culmina un largo proceso de reforma intelectual de las masas continuando y unificando lo avanzado por el renacimiento, la reforma, el iluminismo y el idealismo.

Consecuentemente con la idea "pedagógica" de la hegemonía, el Estado es pensando así en su rol educador, incluyendo a lo coercitivo-disciplinario como fomento de ciertas costumbres y represión de otras en la forma del derecho (*Q6* <98>; *Q13* <7>). En suma, el terreno de la hegemonía se mueve desde la sociedad civil hacia un Estado Integral (de unidad del desarrollo de la sociedad civil hasta su momento estatal-gubernativo) que educa a las masas según una forma de actuar correspondiente a la estructura económica, organizando así no solo una dirección de clase sino todo un tipo de sociedad:

> [t]odo Estado es ético en cuanto que una de sus funciones más importantes es la de elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y por lo tanto a los intereses de las clases dominantes. La escuela como función educativa positiva y los tribunales como función educativa represiva y negativa son las actividades estatales más importantes en tal sentido: pero en realidad, a ese fin tienden una multiplicidad de otras iniciativas y actividades supuestamente privadas que forman el aparato de hegemonía política y cultural de las clases dominantes. (*Q8* <179>: 307)

Bajo esta concepción, y a diferencia de lo que discutiremos en el próximo capítulo, el Estado aparece entonces como una expresión más del continuum de una misma voluntad, como su momento de máximo desarrollo. Un momento fundamental para el verdadero ejercicio de la hegemonía por parte de una clase ya que en el desarrollo de una concepción del mundo hay: "cierto grado cualitativo que está siempre más allá de la posesión del Estado, del ejercicio real de la hegemonía sobre la sociedad entera, que es lo único que permite un cierto equilibrio orgánico en el desarrollo del grupo intelectual" (*Q16* <9>: 264).

El problema que supone una conceptualización ideológica-cultural de la hegemonía no es, por tanto, que excluya el momento estatal y vuelva a la lucha únicamente una disputa por el convencimiento ideológico en la sociedad civil. El problema reside, por el contrario, en la concepción del Estado que esta constelación conceptual supone, ya que este no aparece como una estructura propia de relaciones sociales históricas, sino como el máximo desarrollo de las de las ideologías surgidas del mundo de la producción. Es decir, el Estado, no deja de ser una forma organizada de una voluntad de clase, una suerte de sujeto expresivo de la clase que, por medio de sus representantes, de sus intelectuales-funcionarios. Porque para actuar sobre la sociedad civil adecuando a sus individuos a las necesidades productivas "es preciso que el Estado "quiera" hacerlo, esto es, que quienes guíen al Estado sean los representantes del cambio producido en la estructura económica" (*Q10* <15>: 149).

La forma ideológico-cultural de la hegemonía no implica entonces una ausencia del Estado, pero conlleva a su conceptualización como un momento del desarrollo de una concepción del mundo desarrollada en la sociedad civil. Es otra expresión de organización de una voluntad colectiva que toma ahora la forma de una organización estatal propia de una clase. Una conceptualización del Estado que implica entonces más que la toma de un instrumento neutro, el devenir de la propia clase en una forma organizacional más alta y compleja con capacidad de imponer su propia concepción al conjunto de la sociedad. Repetimos, este momento culmine de unidad estatal no quiere decir que esta hegemonía no encuentre su momento fundamental en su desarrollo en la sociedad civil, siendo "el punto de vista hegemónico en la estructura de la

sociedad civil, contenido de la sociedad política" (*Q7* <17>: 158). Es en este ámbito donde se despliega la lucha entre las ideologías hasta que una de ellas se vuelve la base de un nuevo Estado, el contenido de una forma que se vuelve necesaria para que dicha ideología termine de volverse una cultura para toda la sociedad.

Para finalizar este apartado queremos considerar brevemente las implicancias de esta forma de la hegemonía para pensar la temporalidad del concepto. En su despliegue completo hasta devenir Estado, la forma ideológica-cultural de la hegemonía complica la imagen secuencial de su producción en un antes de la toma del poder del Estado. Pero a su vez, esta manera de entender a la hegemonía tampoco termina de negar esta interpretación. Porque efectivamente si el devenir Estado de la clase marca la consolidación de la hegemonía, existen numerosos elementos que hacen a su conformación en la sociedad civil y permiten pensarla en un momento anterior a lo estatal. Sea esta solo sobre algunos grupos aliados, tal como aparece en la fórmula de hegemonía del proletariado, o una dirección sobre el conjunto que luego se refuerza estatalmente, el consenso hacia ese dominio y hacia las nuevas relaciones de producción, su contenido y fundamento, se produce claramente en la sociedad civil como territorio privilegiado de la hegemonía ideológica-cultural.

Pero más allá de esta discusión sobre un antes o después de la toma del poder, lo que se produce aquí es una temporalidad que vuelve a la hegemonía una constante, sólo brevemente interrumpida, de lo social. La hegemonía se vuelve un concepto central de una teoría general de la política, valido para todo tiempo o clase, que explica cómo se conforma un bloque social bajo la unidad y la dirección ideológica de un grupo. En este sentido, tendríamos sucesivas hegemonías correspondientes a distintas clases dominantes de la historia, solo interrumpidas por momentos de crisis que se convierten en interregnos para la siguiente. Estos, a su vez, se explican por el desarrollo de una hegemonía antagónica subalterna que, justamente, en su potencia y difusión, rompe con la dominante y se convierte ya en el nuevo fundamento potencial del bloque social. La hegemonía se convierte así en una constante de la temporalidad social, complicando su posibilidad de dar cuenta de momentos y formas de la dominación sin hegemonía. La historia no sería más que aquella de las sucesivas conformaciones, crisis y reemplazos de la hegemonía, que de esta forma parece explicar mejor la transición entre sociedades que las transformaciones al interior de una forma de sociedad.

La hegemonía ideológica-cultural supone entonces una conceptualización de la política entendida principalmente como enfrentamiento ideológico, como producción de una dirección clasista sobre el conjunto social por la extensión de una concepción del mundo y de su consolidación en una forma política de dominio, en un Estado de clase. Anclada en esta conceptualización de la ideología, por tanto, el concepto marxista de lucha de clases se articula, bajo la hegemonía ideológica-cultural, en una unidad de voluntades políticamente enfrentadas en una lucha por el concebir el mundo y el actuar de las masas. Como una suerte de teoría general de la política y la historia, en sus continuidades y rupturas con aquella que se producía en los textos precarcelarios, la hegemonía ideológica-cultural describe así la conformación política de toda unidad social bajo el proceso ideológico de organización de una voluntad que surge de la producción y se despliega hasta devenir Estado.

Con este conjunto de elementos hemos desplegado la constelación conceptual que define a la forma hegemónica como ideológica-cultural tal como se produce en los textos gramscianos.

Indagamos en su materialidad, sujeto, territorio y temporalidad, delineando las formas en que puede dar cuenta de una forma de pensar la política en el marxismo. Habiendo entonces desplegado esta constelación *en* el texto gramsciano, debemos emprender su crítica, pensar *contra* ella, identificar qué elementos suponen problemas para repensar una teoría política marxista para luego profundizar las potencias críticas del concepto *más allá* de Gramsci.

2. El Marx(ismo) "ideológico", la cultura a medida de las fuerzas productivas y el problema de los intelectuales: pensando la hegemonía ideológica-cultural *contra* Gramsci

El despliegue que acabamos de exponer nos ha dejado un sentido de la hegemonía que difiere claramente de la clásica interpretación culturalista del pensamiento gramsciano. Aun entendida bajo una forma ideológica-cultural, resulta claro que la hegemonía no se reduce a la producción de un mero consenso sobre una serie de ideas difundidas en la sociedad civil y que tampoco es el producto de la simple difusión de un relato, del convencimiento de las masas, a partir de la conquista de posiciones estratégicas en las organizaciones difusoras de cultura.[5] Más que una lucha por las ideas, la constelación conceptual en la que se sostiene la hegemonía ideológica-cultural nos plantea a la historia misma como constituida por el conflicto entre "ideologías germinadas" en la producción; es decir, a lo ideológico como la forma de existencia de la lucha de clases y de articulación, desde las relaciones de fuerza que marcan este conflicto, entre lo económico y sus formas políticas, de la producción ideológica de la unidad de lo social.

Pero esta tesis no está motivada por una diferenciación o disputa con la "vulgata culturalista", que muestre la "verdadera" potencia de la teoría gramsciana, sino en la indagación del concepto de hegemonía para pensar el problema de la política en una teoría marxista. Si esta forma de pensar la hegemonía, quizá la principal que se produce desde la presencia inacabada, contradictoria y polisémica del concepto en los textos gramscianos, supone que conflicto social se da entre ideologías, debemos indagar entonces el particular marxismo que se produce desde esta forma de entender la historia y la política. ¿Cuál es el Marx de Gramsci? o mejor, ¿cuál es el marxismo que permite definir al conflicto y a la hegemonía desde un enfrentamiento ideológico? Delinear esta peculiar relectura e interpretación del texto marxiano se nos presenta así como una tarea ineludible si queremos pensar al concepto de hegemonía en sus límites y potencias para una teoría marxista de la política.

Rastreando este problema hacia los textos precarcelarios es fácil constatar que no encontramos en estos un análisis desarrollado del marxismo. Como planteamos en el primer capítulo de esta tesis, el socialismo gramsciano no parece derivar sus premisas principales del pensamiento marxiano, asociado a la teoría positivista de la Segunda Internacional. Marx aparece como sólo uno entre otros autores, y no el más influyente, para elaborar una visión de la historia y la política (Izzo, 2009). Estamos entonces ante una teoría basada en un conocimiento escaso de Marx (Sacristan, 1977), constituida desde una versión "filtrada" del marxismo a través del

[5] No obstante, como hemos planteado en la introducción y a partir de ciertos elementos que se encuentran en la constelación conceptual de la forma ideológica-cultural de la hegemonía, tampoco podemos dejar de notar que esta lectura culturalista, aunque incompleta en su conceptualización gramsciana de la ideología, no es totalmente arbitraria.

idealismo de Croce y Gentille y de la búsqueda soreliana de un adhesión práctica e ideal de los obreros al socialismo (Rapone, 2019).[6]

Consecuentemente, el Marx jovengramsciano se inserta en una constelación teórica que hace de la historia el resultado de la actividad consciente de los hombres en un proceso de devenir progresivo hacia la libertad. Una lectura en la que la voluntad, como organización de hombres que se vuelven conscientes de la tarea histórica de liberar las potencias humanas, reemplaza el espíritu hegeliano volviendo al socialismo su más alta realización. La inclusión de Marx en este esquema, por tanto, parece apuntar a "compatibilizar" la fundamentación clasista del conflicto y la progresividad histórica del orden proletario por venir, con este esquema de despliegue de la voluntad consciente como espíritu de la historia.[7] Por lo tanto, desde este marxismo neoidealista, "la historia sigue siendo el dominio de las ideas, del espíritu, de la actividad

[6] En términos de recepción del pensamiento marxiano, es interesante destacar la disponibilidad de textos traducidos en italiano en este periodo. Si bien en la segunda mitad del siglo XIX ya habían circulado muchos textos, incluyendo la publicación en fascículos de *El Capital* entre 1882 y 1884, la mayor disponibilidad textual se encontraba en ocho volúmenes con escritos de Marx, Engels y Lassalle que la editorial del Avanti había republicado en 1914. Con respecto a su conocimiento sobre los textos, en una carta enviada desde Viena a su mujer Julia en 1924, Gramsci afirma que había leído a Marx por "curiosidad intelectual" antes de su llegada a Turín, aunque no puede documentarse la efectiva lectura en todo este periodo más que de *El Manifiesto Comunista*, *La Sagrada Familia* y *Los principios del comunismo* de Engels. La compilación del Avanti, a la que Gramsci tenía acceso, incluía, además de estos, los siguientes textos de Marx: *Discusiones del sexto Landtag de la provincia renana* (1842), un epistolario de 1843 con Feuerbach y Bakunin, I*ntroducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, La Cuestión Judía, Ante los jurados de Colonia, Miseria de la Filosofía, La Lucha de Clases en Francia, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Revelaciones sobre el proceso a los Comunistas de Colonia, La cuestión Oriental, Contribución a la Crítica de la Economía Política, Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, La Guerra Civil en Francia, Critica al Programa de Gotha* y el tomo I de *El Capital* (Izzo, 2009). Cabría sumar otra fuente determinante para el desarrollo posterior del marxismo gramsciano: a traducción de las *Tesis Sobre Feuerbach* realizada por Giovani Gentile en su libro *La Filosofia di Marx* de 1899.

[7] Esto puede apreciarse en los dos textos de mayor tratamiento directo sobre Marx del periodo, en los cuales, revolución rusa mediante, se busca adecuar un pensamiento marxista devenido reformista ante la actualidad de la revolución: *La revolución contra el capital*, de diciembre de 1917, y *Nuestro Marx*, de mayo de 1918. En el primero de estos, se denuncia cómo el pensamiento marxista, "continuación del pensamiento idealista italiano y alemán [...] se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas" (*CF*: 143), en una separación con el socialismo imperante de su época que, a la vez, emancipa al marxismo del propio Marx, volviéndolo una continuación del neoidealismo italiano posterior a este. Contra la supuesta determinación fáctica económica del proceso histórico, la revolución bolchevique era una revolución contra *El Capital* convertido en la justificación positivista para el desarrollo capitalista en Rusia. En la consecuente contraposición neoidealista de la centralidad de la voluntad consciente en la historia, no eran los hechos económicos sino la lucha ideológica, la firme convicción de los socialistas rusos en difundir sus ideas la que explicaba la revolución y que, por tanto, contrario a toda determinación económica previa, implicaba que "los revolucionarios crearán por sí mismos las condiciones necesarias para la realización completa y plena de sus ideales" (*CF*: 145). Como tendiente a una realización ideal, en su devenir la revolución era pensamiento marxista en acto, estando "constituida por ideología más que por hechos" (*CF*: 141), evidenciado cómo "la prédica socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso" (*CF*: 145). En el segundo de estos textos, Marx aparece como "un momento singular de la afanosa búsqueda secular que la humanidad realiza para tomar conciencia de su ser y de su devenir, para captar el ritmo misterioso de la historia y disipar el misterio, para ser más fuerte en el pensar y actuar mejor. Es una parte necesaria y constitutiva de nuestro espíritu" (*NM*: 40). Una parte que claramente no es el todo en el entendimiento de la historia, y que se distingue de todo marxismo dogmático que busque en él algo más que el imperativo de organización de los trabajadores. El pensamiento de Marx se inserta así en un largo devenir de la humanidad hacia su mayor libertad, permitiendo una más potente articulación entre pensamiento y acción.

consciente de los individuos singulares o asociados" pero, a partir de Marx, "su sustancia se encuentra en la economía, en la actividad práctica, en los sistemas y en las relaciones de producción y de cambio" (*NM*: 37). En este sentido, en un movimiento que no puede sino más que referirnos directamente a la idea de praxis que postulamos como anclaje de la teoría gramsciana de lo ideológico, el marxismo propuesto se afirma en una unidad entre lo subjetivo y lo objetivo fundamentada en la idea de actividad práctica: "la historia como acontecimiento es pura actividad práctica (económica y moral)" (Ibíd.). La lectura "correcta" de Marx contra sus interpretaciones positivistas, apunta a esta unidad histórica neoidealista, es un "retornar a la genuina doctrina de Marx, según la cual el hombre y la realidad, el instrumento de trabajo y la voluntad, no están separados, sino que se identifican en el acto histórico" (*CF*: 150).

Creemos que en esta temprana lectura de Marx encontramos elementos que persistirán en los textos carcelarios definiendo el particular marxismo sobre el que se sostiene la forma ideológica-cultural de la hegemonía. La unidad de lo objetivo y lo subjetivo en la actividad práctica-económica permiten conceptualizar la historia como una creación de voluntades colectivas que actúan en consecuencia de su conciencia del devenir histórico; un proceso de cultivación del espíritu desde la particular articulación de un pensar-actuar que encuentra sus fundamentos en lo económico. La acción consciente, por lo tanto, puede pensarse desde la difusión de ideas, pero bajo la conciencia de que "la historia es un choque de fuerzas en pugna" por lo que "para que una idea se afirme y triunfe es necesario que tenga un ejército, que tenga 'las bayonetas'" (*CF*: 273). Como dominio de las ideas ahora "sustanciadas" en la producción, la política aparece como un enfrentamiento de ideologías, que explica que "una ideología se consolida o cae en el olvido, no proporcionalmente a su valor filosófico o humano, sino proporcionalmente a la receptividad de las condiciones históricas del tiempo en el que la ideología es concebida y difundida" (*CF*: 262). En consecuencia, el problema político en el marco del auge de masas tras la guerra está en la articulación y la difusión de estas ideologías en pugna, en su adopción por muchos individuos como forma de producir una orientación política y con esta una nueva realidad acorde a las nuevas necesidades de la historia:

> Primero son pocos individuos que vibran bajo el efecto de corrientes ideales que la gran masa no acoge. Los pocos se multiplican, diseminados por el gran espacio del mundo civil, impresionan a grupos y partidos. Ocurren variaciones de opinión, hasta que todo un estrato social, una clase, un sector difuso se eleva a la comprensión, hace propia una idea. Se revelan nuevas relaciones entre la ideología y la economía. Sectores productivos que habían sido sacrificados, aplastados, a beneficio de los sectores dominantes, se consolidan, se convierten en plataforma de una orientación política nueva, se desarrollan, absorben las actividades y dan consistencia a una nueva realidad (*CF*: 191).

Podríamos decir que en este fragmento, de marzo de 1918, aparece ya una suerte de proto teoría de la hegemonía ideológica-cultural que se plantea el devenir del orden nuevo desde la adopción por grandes mayorías de una determinada ideología. En este proceso se establece una nueva unidad histórica de lo subjetivo y lo objetivo, una nueva relación entre economía e ideología como formas de una misma actividad práctica de las masas. Pero más allá de las referencias a Marx, esta forma de entender la política no aparece aún reformulada en profundidad, no despliega un desarrollo filosófico, o una particular lectura del marxismo.

De hecho, aun cuando las referencias al marxismo y al comunismo se potencian en los textos gramscianos tras la revolución rusa, esto no produce, como veíamos en el primer capítulo, la necesidad de repensar el propio punto de vista, sino que aparece como confirmación de esta concepción de la historia y la política, de este Marx filtrado por el neoidealismo. La consecuente adopción del leninismo y del comunismo tras la revolución no parece llevar a grandes innovaciones en el entendimiento del materialismo histórico o de las relaciones sociales capitalistas.[8] En todo caso, lo que parece acontecer es un énfasis en el sentido político del marxismo, en su conciencia de la necesidad histórica, que debe llevar a un actuar por la realización de ese espíritu de la historia, por el advenimiento de un nuevo orden, nombrado ahora, como dictadura del proletariado. Nos encontramos así con que poco tiempo antes del arresto, a mediados de 1926, retomando la tesis XI sobre Feuerbach sobre la importancia de transformar el mundo más que de explicarlo, se nos dice que el marxismo no necesita ser repensado. Por el contrario, afirmando la centralidad de una supuesta "doctrina marxista del Estado" (*CPC*: 439) se postula, sin saber muy bien bajo cual referencia textual, que "Marx afirma que el rasgo característico de toda su actividad científica y práctica no es el materialismo histórico ni la teoría del plusvalor, sino la demostración de la necesidad histórica de la dictadura del proletariado" (*CPC*: 432).

Pero a diferencia de lo ocurrido hasta aquí, de esta ausencia de una reflexión en profundidad sobre el marxismo en los textos precarcelarios, podemos observar un "retorno a Marx" en los *Cuadernos* (Frosini, 2010; Izzo, 2009). Hay en estos una relectura, traducción y elaboración del texto marxiano que opera como fundamento de su teoría de la política, y de la conceptualización de la hegemonía. Lo que debemos pensar es en qué sentido la producción de este particular marxismo gramsciano, en sus rupturas y continuidades con la concepción neoidealista de la política y la historia, sostiene una teoría del conflicto social como fenómeno ideológico. Preguntarnos por esta lectura del carácter ideológico del pensamiento de Marx (Sacristán, 1977), por este marxismo anclado en y desde la conceptualización gramsciana de la ideología, se vuelve así una forma de acceder a los límites y las potencias de una teoría política marxista en la que se sostiene una forma ideológica-cultural del concepto de hegemonía.

Los sucesivos *apuntes de filosofía* pueden leerse como el espacio donde se produce esta necesaria vuelta al texto marxiano, como una interrogación y profundización sobre los fundamentos filosóficos marxistas sobre los que fundar una teoría de la historia y de la política[9].

[8] Efectivamente, tal como afirmó ya de forma clásica y canónica Togliatti (1965), en los textos precarcelarios existe un movimiento de paulatino alejamiento de las posiciones neoidealistas hacia el marxismo, pero este se produce desde Lenin más que desde Marx. Pero deberíamos agregar que tampoco encontramos en este periodo una indagación en profundidad sobre los fundamentos teóricos del marxismo vía los textos "filosóficos" de Lenin, sean ya *Materialismo y empiriocriticismo*, con el que Gramsci no podría más que estar en desacuerdo, o sus *Cuadernos Filosóficos*, texto que probablemente no conociera. La recuperación de Lenin se articula así fundamentalmente en su teoría del partido de vanguardia y en su actividad política concreta de construcción del estado obrero, en la "hegemonía realizada por Lenin" tal como se nombrara en los *Cuadernos*, sin articular una interpretación del marxismo que permita un cambio profundo con las posiciones neoidealistas.

[9] Gran parte de este trabajo está constituido por la realización de traducciones al italiano de ciertos textos marxianos, en interesantes ejercicios donde se pueden pensar los énfasis interpretativos que se producen al traducir. Gramsci utiliza la antología *Lohnarbeit und Kapital*, traduciendo primero las *Tesis Sobre Feuerbach*, luego el *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, después la primera sección del *Manifiesto Comunista* (retitulada como teoría de la historia) y por último los textos sobre

Estos comienzan, justamente, con una serie de criterios para estudiar una concepción del mundo, buscando orientarse en una relectura de aquella formulada por Marx (*Q4* <1>). La tarea principal consiste en diferenciar esta concepción tanto de las formas en que ha sido absorbida por la cultura moderna, por el idealismo y por el marxismo oficial (*Q4* <3>), por Croce como por Bujarin podríamos agregar, como de las distintas fuentes teóricas de Marx a las cuales no puede reducirse su pensamiento (*Q4* <11>). Justamente, en el texto gramsciano, "la parte esencial del marxismo está en la superación de las viejas filosofías y también en el modo de concebir la filosofía [porque] el marxismo no se confunde y no se reduce a ninguna filosofía: es original especialmente en cuanto que abre un camino completamente nuevo, o sea renueva de arriba a abajo el modo de concebir la filosofía" (*Q4* <11>: 145).

¿Dónde se produce esta diferencia con las filosofías anteriores? La respuesta remite directamente a un texto que se convertirá así en central para el particular marxismo que se articula en los cuadernos: "ya en las tesis sobre Feuerbach aparece nítidamente esta su nueva construcción, esta su nueva filosofía" (*Q4* <3>: 136). En este sentido, si "el marxismo es una filosofía independiente y original" (*Q4* <3>: 134), lo será justamente a partir del nuevo entendimiento de la relación entre sujeto y objeto que se produce en este breve texto, particularmente desde la afirmación de que "la vida social es esencialmente práctica [que] todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica" (Marx, 1969: p. 158).

La centralidad de *Las Tesis sobre Feuerbach* para el texto gramsciano radica así en la producción de una unidad de sujeto y objeto bajo el concepto de actividad práctica. A diferencia de las filosofías materialistas e idealistas anteriores, "para el materialismo histórico no se pueden separar el pensar del ser, el hombre de la naturaleza, la actividad (historia) de la materia, el sujeto del objeto" (*Q4* <41>: 179). Por el contrario, el marxismo propone su unidad, en tanto "la materia, pues, no es considerada como tal, sino como social e históricamente organizada para la producción, como relación humana" (*Q4* <25: 155). La originalidad de Marx radica así en una filosofía de la unidad de lo real como el proceso histórico de la acción consciente de los hombres sobre una naturaleza para su transformación productiva. Como núcleo del particular marxismo de los *Cuadernos*, se postula así una filosofía centrada en la praxis humana, un marxismo que no se trata "ni [de] 'Materia' ni [de] 'Espíritu', evidentemente, sino [de] 'materialismo histórico', o sea [de la] actividad del hombre (historia) en concreto, esto es, aplicada a cierta 'materia' organizada (fuerzas materiales de producción), a la "naturaleza" transformada por el hombre. Filosofía de la acción (praxis)" (*Q4* <37>: 167).

El proceso histórico se piensa entonces en una unidad desde la actividad práctica consciente de los hombres sobre la materia, pero, contra todo esencialismo, se plantea que esta conlleva a su vez, la producción de los propios seres humanos y de su consciencia en el desarrollo histórico. Retomando así nuevamente las afirmaciones de las *Tesis*, "la naturaleza del hombre es el conjunto de relaciones sociales que determina una conciencia históricamente definida" (Q8 <151>: 292), en una historización radical de la relación de unidad entre lo subjetivo y lo objetivo Es decir, el devenir histórico se derivará de las distintas articulaciones entre hombre y naturaleza

política alemana antes de 1848 y *Trabajo Asalariado y Capital* (Frosini, 2010). Giasi (2011) ha reconstruido cuales eran los textos marxianos presente en la biblioteca gramsciana, mientras que Izzo (2009) reconstruye los textos que Gramsci había recibido y con los que contaba para el trabajo carcelario destacando el uso de versiones francesas de los textos de Marx.

que, como prácticas productivas se despliegan en las relaciones sociales dando lugar a distintas subjetividades históricas. Lo fundamental del marxismo, su diferenciación con el idealismo alemán del cual es continuación, se encuentra así en su anclaje del entendimiento de lo real y de la propia filosofía por la actividad histórica y consciente de los hombres.

Para el texto gramsciano, entonces, Marx parte de Hegel reconociendo como en su "doctrina de la identidad de lo racional y de lo real es consagrado el concepto del valor unitario del mundo en su concreto desarrollo, [como ésta] expresa típicamente la antítesis a toda negación de aquella unidad y a toda hipostatización del ideal en una esfera trascendente a aquella de su realización efectiva [postulando así] por primera vez, el valor de la realidad se identifica absolutamente con el de su historia (*Q10* <4>: 141). La unidad del proceso histórico se articula así en una subjetividad que es, a su vez, una transformación histórica de la realidad, una articulación de la materia, de la naturaleza, una praxis. Pero a su vez, Marx toma esta concepción subjetiva de la realidad y "la pone de cabeza, explicándola como hecho histórico, como 'subjetividad histórica de un grupo social', como hecho real, que se presenta como fenómeno de 'especulación' filosófica y es simplemente un acto práctico, la forma de un contenido concreto social y el modo de conducir el conjunto de la sociedad para forjarse una unidad moral" (*Q10* <8>: 128). Es decir, la actividad consciente plantea la unidad de lo real no bajo una subjetividad humana general y transhistórica, sino bajo praxis históricamente determinadas por las relaciones sociales de producción, por la manera en que se articula la transformación de la naturaleza en lo económico. La subjetividad histórica propia de un grupo social surgido de la producción, se despliega así en una dirección sobre el conjunto de una sociedad histórica y sobre sus miembros, en una unidad moral que es la forma necesaria de un contenido, de un particular conjunto de relaciones sociales.

La praxis se vuelve así la categoría a la luz de la cual leer todo el materialismo histórico (Frosini, 2010) como una teoría de la unidad del proceso histórico, del devenir de subjetividades conscientes que dan forma a la naturaleza en prácticas productivas y con estas a la sociedad y las relaciones de dominación y subordinación. Nombrada como "la relación entre la voluntad humana (superestructura) y la estructura económica" (*Q7* <18>: 158), la praxis se convierte en a clave con la cual releer la famosa metáfora arquitectónica marxiana, de traducirla como la articulación en el devenir histórico en un conflicto que surge de la producción pero que se juega en la acción política e ideológica por organizar la sociedad bajo la subjetividad y los intereses de un grupo social.[10]

No nos interesa aquí desarrollar los problemas de esta interpretación del pensamiento de Marx ni abordar cómo los posteriores desarrollos marxianos no son la "aplicación" de una teoría que reduce la realidad histórica a la praxis. Discutiremos algunos de estos elementos en el siguiente

[10] Nuevamente este movimiento supone una relectura de Hegel desde el concepto de praxis, intentando fundamentar el espíritu hegeliano en prácticas históricas de una clase, retomando la unidad hegeliana de lo objetivo y lo subjetivo, pero traduciéndola "marxistamente" como unidad de estructura y superestructura: "donde todo es práctica, en una filosofía de la praxis, la distinción no será entre momentos del Espíritu absoluto, sino entre estructura y superestructuras" (*Q8* <61>: 248). De esta forma, y discutiendo con cierta crítica neoidealista que planteaba que en Marx el espíritu era reemplazado por una estructura económica que actuaba como dios todopoderoso, se afirma que "Marx no sustituye la "idea" hegeliana con el "concepto" de estructura [sino que] la idea hegeliana es [resuelta] tanto en la estructura como en las superestructuras" (Q7 <25>: 164).

capítulo cuando, interrogando al Estado como forma de dichas relaciones y no, justamente, como voluntad-subjetiva de una clase, abordaremos el problema de la ausencia de una crítica de la economía política marxiana en los textos gramscianos. Aquí nos interesa pensar algunos problemas de esta traducción del marxismo como *filosofía de la praxis* como fundamento para pensar la hegemonía desde un enfrentamiento ideológico.[11]

La pregunta principal que emerge desde este marxismo es cómo se produce el paso desde la objetividad productiva a la consciencia que actúa para transformarla, cómo se articula la praxis de una clase y el proceso por el cual una sociedad llega organizarse en torno a esta. Más allá de las evoluciones que esta problemática sufrirá a lo largo de los *Cuadernos*, es la teoría de las de relaciones de fuerza, cuya primera versión forma parte justamente de los primeros apuntes filosóficos, la que aparece como la respuesta al "problema crucial del materialismo histórico" (*Q4* <38>: 167) de la relación entre *estructura y superestructuras*, rúbrica bajo la cual se inscribe esta famosa nota.

En la teoría de las relaciones de fuerza, los grupos sociales que existen en el nivel objetivo de transformación de la naturaleza toman conciencia de la necesidad de organizar la sociedad bajo su actividad productiva; una conciencia y una voluntad que representan el necesario lado "subjetivo" de su praxis. Se constituyen así ideologías desde las que se va elaborando y organizando al grupo en su propia conciencia y actuar voluntario, y por las que se establecen relaciones de contacto y oposición con otros grupos hasta que la ideología de uno de estos logra prevalecer, establecer su hegemonía. La articulación de la estructura y la superestructura no se produce así por correspondencia o determinación, sino desde un proceso de enfrentamiento entre ideologías que se sustentan en el concepto de praxis. Bajo la teoría de relaciones de fuerza, por tanto, el marxismo gramsciano se aleja de la correspondencia entre las instancias, postulando una teoría de carácter procesual-conflictual que tiende a reemplazar las relaciones entre estructura y superestructura por una determinación del conjunto social como resultado del enfrentamiento entre ideologías (Cospito, 2016a).

En este proceso de enfrentamiento aparece como central el momento en el que un grupo social toma conciencia de la necesidad no ya de defender solo sus propios intereses, sino de organizar a toda la sociedad según la concepción del mundo que responde a su praxis. Es el momento de verdadero paso desde la estructura, desde las posiciones en la producción, hacia la elaboración de las superestructuras que son su forma necesaria. Sin embargo, este momento, nombrado como "catarsis", como el paso hacia lo ético-político, a la dirección intelectual y política del conjunto de la sociedad, en una compleja "traducción" de Croce bajo el Marx de la praxis (Prestipino, 2012), no aparece con una pura autonomía. No es el mero resultado del conflicto o

[11] Frosini (2010) y Candioti (2014 y 2015) han reconstruido cómo esta lectura del marxismo como filosofía de la praxis no es completamente original de Gramsci, sino que aparece como una continuidad y profundización de la interpretación de Labriola y de las problemáticas formas en que se habían leído las *Tesis sobre Feuerbach* en el neoidealismo italiano, particularmente por parte de Gentile. No es el objeto de esta tesis reconstruir el desarrollo de la obra marxiana, pero de manera general creemos que esta lectura centrada en la praxis no da cuenta de "asimilación crítica"/// de Hegel por parte de Marx que de ninguna manera encuentra su punto final en las *Tesis sobre Feuerbach*. Para una interesante reconstrucción de este camino ver el interesante libro de Finelli (2016).

del desarrollo una conciencia-voluntad sin más determinación, está inserto en un proceso marcado por la persistencia de la idea de necesidad histórica:

> Se puede emplear el término "catarsis" para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo "objetivo" a lo "subjetivo" y de la "necesidad" a la "libertad". La estructura, de fuerza exterior que aplasta al hombre, lo asimila a sí, lo hace pasivo, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas. La fijación del momento "catártico" se convierte así, me parece, en el punto de partida para toda la filosofía de la praxis; el proceso catártico coincide con la cadena de síntesis que son el resultado del desarrollo dialéctico (Recordar los dos puntos entre los que oscila este proceso: - que ninguna sociedad se plantea tareas para cuya solución no existan ya o estén en vías de aparición las condiciones necesarias y suficientes – y que ninguna sociedad perece antes de haber expresado todo su contenido potencial) (*Q10* <6>: 142)

El movimiento de enfrentamiento entre ideologías supone así un proceso en el cual se elabora la estructura en la conciencia de los hombres, en el que se articulan las voluntades conscientes a partir del "desarrollo dialéctico de las contradicciones entre el hombre y la materia (naturaleza-fuerzas materiales de producción)" (*Q7* <18>: 158). Este proceso supone un actuar consciente y voluntario a partir de la necesidad objetiva, buscando establecer una nueva dirección para el conjunto social. La fijación del punto catártico implica así explicar cómo en determinado momento se produce una nueva sociedad, cómo los hombres actúan para organizar al conjunto de los grupos sociales según una nueva síntesis en el proceso histórico progresivo de dominio del hombre sobre la naturaleza. Se trata entonces de responder "¿cómo es que de las estructuras nace el movimiento histórico? [este] es el punto crucial de toda la cuestión del materialismo histórico, es el problema de la unidad entre la sociedad y la 'naturaleza'" (*Q7* <20>: 159).

La respuesta a esta pregunta aparece a partir de dos premisas tomadas del *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política* de Marx. Son estas las que abren la nota sobre las relaciones de fuerza y que aparecen como puntos en los que oscila el proceso catártico: ninguna sociedad se propone tareas para las que no existan ya las condiciones objetivas de su realización y ninguna forma de sociedad se disuelve y es sustituida antes de haber desarrollado todas sus posibilidades. Dos premisas que no son planteadas sólo como condiciones actuales sino proyectivas del desarrollo histórico: plantearse nuevas tareas que ya pueden realizarse, es decir plantear una transformación que se sigue de los cambios producidos en la estructura económica; erigir una nueva forma social una vez que la anterior ya haya desarrollado todas sus capacidades, que se haya agotado sin permitir el posterior desarrollo de las fuerzas productivas. Dos afirmaciones que suponen así condiciones objetivas e historicistas para la formación de una nueva voluntad, para que estén dadas las condiciones para el cambio social.

Estas premisas se vuelven las coordenadas históricas que marcan la posibilidad de emergencia de este movimiento, bajo la idea de existencia de nuevas fuerzas ya operantes, de condiciones materiales existentes para una nueva forma social, y del agotamiento de la sociedad anterior,

de que esta ha desarrollado todas sus posibilidades, que no tiene ya más nada que dar para continuar el desarrollo civilizatorio. Bajo la lectura del *Prólogo* se articula así el elemento de determinación histórica del proceso de enfrentamiento de voluntades subjetivas, de ideologías. Son estas premisas, reiteradas en numerosas notas como fundamento de todo análisis de lo social, las que por tanto explican "el problema de la formación de una voluntad colectiva" (*Q8* <195>: 314), el surgir de un movimiento histórico, de un accionar subjetivo y colectivo, que lucha por organizar al conjunto de la sociedad según la nueva síntesis del proceso dialéctico de transformación de la naturaleza, sobre las bases de las nuevas fuerzas materiales de producción. Pero a su vez, estas premisas cobran sentido, se vuelven operantes, sólo si existe un movimiento histórico, una voluntad subjetiva colectiva, que actúa transformando la sociedad de acuerdo a los nuevos desarrollos.

El *Prólogo* completa así el marxismo gramsciano, dificultando su interpretación sólo desde el elemento conflictual, desde relaciones de fuerza sin más determinación. Porque desde sus premisas reaparece y persiste el elemento de necesidad histórica que veíamos articular la concepción jovengramsciana de la historia y la política. Este da un sentido progresivo al movimiento histórico de articulación de lo subjetivo con las condiciones objetivas, y se vuelve la justificación de la necesidad del orden nuevo. La continuación y expansión de la sociedad, el avance de la civilización requiere una transformación de la sociedad existente, de sus relaciones sociales pero también de la mentalidad de sus integrantes, planteando una nueva acción histórica que la lleve a grados más altos de desarrollo.

En los *Cuadernos,* por tanto, el concepto de necesidad histórica continúa siendo fundamental aunque diferenciado de su sentido especulativo abstracto y entendido en un sentido histórico concreto bajo el cual "la necesidad está dada por la existencia de una premisa eficiente, que se haya vuelto actuante como una "creencia popular" en la conciencia colectiva. En la premisa se hallan contenidas las condiciones materiales suficientes para la realización del impulso de voluntad colectiva" (*Q8* <237>: 344). Las premisas del prólogo articulan así un imperativo de acción, el paso desde la objetividad a la acción subjetiva que se vuelve la "base moral del materialismo histórico [ya que] existiendo las condiciones la solución de las tareas se convierten en 'deber', la 'voluntad' se vuelve libre" (*Q7* <4>: 147). En una continuidad con la constelación teórica que organiza los textos gramscianos más tempranos, el reconocimiento de la premisa eficiente del desarrollo productivo compele a las fuerzas históricas a transformar la sociedad, adaptando la subjetividad y la acción de sus miembros, de forma que el progreso civilizatorio pueda continuar superando las barreras a los que el orden actual lo somete.

> hay que hacer "libertad" de lo que es "necesario", pero para eso hay que reconocer una necesidad "objetiva" [referida] a las relaciones técnicas de producción, a un determinado tipo de producción que para ser continuado y desarrollado exige un determinado modo de vivir y por lo tanto determinadas reglas de conducta. Hay que convencerse de que no solo es "objetivo" y necesario cierto equipo, sino también cierto modo de comportarse, cierta educación, cierta civilización; en esta objetividad y necesidad histórica se puede plantear la universalidad del principio moral, incluso nunca ha existido otra universalidad más que esta objetiva necesidad [...] (*Q8* <153>: 292).

El avance de las fuerzas productivas, el desarrollo de nuevas formas de articulación entre hombre y naturaleza, se vuelve así una premisa eficiente para el actuar colectivo, para el surgimiento del movimiento histórico que transforma la sociedad de acuerdo a estas nuevas necesidades de la historia. Pero para que se vuelva actuante, esta premisa debe ser tomada como creencia por las masas populares, debe volverse el impulso de su actividad, debe difundirse y organizarse como una ideología que orienta su acción. Y es en esta articulación siempre presente entre objetividad y subjetividad, donde cobra centralidad el tercer elemento del *Prólogo* que marca la interpretación del texto marxiano: la idea que los hombres toman conciencia de las contradicciones, del movimiento de las dos premisas, en el plano de las ideologías. Las ideologías, lejos de una apariencia o una falsa conciencia, son por lo tanto una realidad operante para la realización de la necesidad histórica una vez que se vuelven una creencia de las masas. Se delinea así una toma de conciencia de las contradicciones objetivas de la producción y de la imposibilidad de su continuación bajo la dirección de un determinado grupo, planteando la necesidad de su consecuente reemplazo por un nuevo orden según las necesidades y la dirección de un grupo social antagónico. El *Prólogo* termina de este modo de articular, desde el núcleo filosófico de la praxis, un particular marxismo que hace del conflicto social un enfrentamiento ideológico.[12]

En los *Cuadernos* se combinan así: a) una determinación estructural de influencia marxista, derivada de la conciencia surgida de la actividad práctica en la esfera de la producción y del desarrollo de las fuerzas productivas, que determina, b) una teoría de inspiración *croceana* de la constitución de la conciencia en distintos grados de elaboración y coherencia a partir del conflicto. Una lucha entre ideologías con las que cada grupo busca establecer a la propia concepción del mundo como guía de la acción de las masas, buscando que estas adopten un actuar-pensar acorde a la dirección de la clase que representa el progreso civilizatorio bajo las coordenadas de la necesidad histórica. La realización de la hegemonía aparece así como la necesaria y progresiva conformación de una nueva universalidad social, de una nueva unificación de estructura económica y voluntad humana a partir del desarrollo de la concepción del mundo contenida en la actividad productiva de una clase. Una actividad práctica que representa la progresividad cuando corresponde a la de aquella clase que rompe las limitaciones que la forma social impone al desarrollo de las fuerzas productivas y que postula la adopción por las masas de una nueva cultura que permita un nuevo y más avanzado grado de civilización.

En continuidad de los elementos neoidealistas que "filtraban" un Marx para el cual la historia seguía siendo el dominio de las ideas, la hegemonía se inserta así en una narrativa idealista historicista del devenir progresivo de la historia, en el cual "las ideas no nacen de otras ideas, que las filosofías no son paridas por otras filosofías, sino que son la expresión siempre renovada del desarrollo histórico real. La unidad de la historia, o sea lo que los idealistas llaman unidad del espíritu, no es un presupuesto sino un continuo hacerse progresivo" (*Q9* <63>: 45). La clave para entender el conflicto entre ideologías que determina la lucha por la hegemonía y por

[12] A su vez, esta articulación entre las *Tesis* y el *Prólogo*, orienta la presencia y la lectura de otros textos marxianos que aparecen como centrales a lo largo de los *Cuadernos*. En particular *Miseria de la filosofía* "considerada en parte como la aplicación y el desarrollo de las *Tesis sobre Feuerbach*" (*Q4* <38>: 174) y *La Sagrada Familia*, texto donde las distintas filosofías de una época son entendidas como expresiones de un mismo proceso histórico unitario de pasaje hacia el nuevo orden de otra clase social, en el que se presenta así un modelo para la traducibilidad de los lenguajes filosóficos e históricos (Izzo, 2009).

nuevas formas de sociedad no radica, por tanto, en los contenidos culturales de estas ideas, sino en su despliegue en tanto voluntades colectivas en conflicto, en su unidad con el momento de la determinación económica, en su "justificación histórica".

En este sentido, más allá de los múltiples intentos de diversos defensores de la filosofía de la praxis de mostrarla como una teoría de la absoluta (in)determinación conflictual del proceso social, el elemento de la progresividad histórica marcada por una necesidad es imposible de ser eludido al abordar los textos gramscianos. Ya en el primer capítulo de esta tesis habíamos destacado la centralidad de esta noción para la concepción gramsciana de la historia y la política, ahora vemos su persistencia aún la reelaboración del marxismo que se produce en los *Cuadernos*. Aunque leída como realización política de un movimiento histórico, y no ya bajo formas mecanicistas deterministas, la necesidad histórica continúa definiendo la constelación teórica de un marxismo que explica a la hegemonía como ideología-cultural.

Casi como si nos encontráramos con aquel primer relato escolar jovengramsciano de la progresiva e inacabada lucha por la libertad, el espíritu de la historia sigue operando, traducido ahora como el conflicto de ideologías que germinan en la producción en un movimiento por el cual el triunfo de una concepción del mundo, su devenir hegemónico, viene a representar el siguiente paso en el avance de la historia. Un espíritu hegeliano que no aparece así como una realidad efectiva alcanzada de una vez, sino como un devenir donde cada sociedad se articula desde subjetividades propias de cada clase social construyendo una unidad bajo su dirección y postulando formas cada vez más avanzadas y libres. Un devenir que muestra así el conflicto, la fractura, por lo cual "no se puede hablar de espíritu cuando la sociedad está agrupada sin concluir necesariamente que se trata del "espíritu" de un agrupamiento particular" (*Q4* <40>: 178), pero que supone una posible reconciliación, una universalidad real deseable a ser realizada en la sociedad moderna por el proletariado.

De esta forma, los textos gramscianos se articulan en y desde la incorporación del conflicto por las ideologías a una narrativa general del desarrollo histórico hacia una progresiva unidad del género humano, en la que lo ideológico se vuelve tanto la forma principal de desarrollo de la propia clase y su lucha como el elemento unificador de lo social bajo la nueva hegemonía de una clase. Las sucesivas hegemonías de las clases sociales que representan dicha progresividad logran unificar a una sociedad a partir de una concepción del mundo unitaria que surge de la ideología de una clase. Esta se vuelve una cultura común para todos sus miembros, adecuando su actuar y pensar según la dirección y las necesidades de dicha clase en el mundo de la producción que permiten el avance de la civilización. Una cultura, en suma, propia de una clase y a medida de las necesidades de las fuerzas productivas.[13]

[13] En este sentido, aunque discrepamos con su propuesta estructuralista, es interesante destacar la lectura de Althusser sobre la filosofía gramsciana en su clásico texto *El marxismo no es un historicismo*. Si en el historicismo idealista todo podía ser reconducido a un espíritu histórico en devenir, en los textos gramscianos este espíritu se fragmenta en distintas formas históricas, cada una con su propia unidad e identidad. La hegemonía, como forma de adecuación a las necesidades estructurales, como unidad de estructura y superestructura, supone entonces un "corte de esencia" donde en cada momento de la historia los distintos elementos de una sociedad, económicos, políticos e ideológicos, pueden reconducirse a una "esencia" que les da sentido y de las que son expresión, constituida por la voluntad consciente de una clase hegemónica (Althusser, 2010).

Consecuentemente y también en continuidad con los textos precarcelarios, en esta teoría de la historia y la política, el marxismo representa la concepción del mundo más compleja y elaborada del momento actual. Es la concepción de una clase social históricamente progresiva; la única que en su devenir hegemónico puede llevar al conjunto de la sociedad hacia grados más altos de desarrollo. Recurriendo numerosas veces a la famosa afirmación del "proletariado alemán como heredero de la filosofía clásica alemana" el texto gramsciano plantea así la producción por parte del proletariado de una verdadera identidad entre filosofía e historia.[14] La realización efectiva del espíritu hegeliano es traducida de esta manera en términos políticos de revolución proletaria, de la capacidad del proletariado de volver su ideología una creencia popular que lleve a las masas a actuar transformando la sociedad. En una sociedad bajo la hegemonía de esta ideología de los trabajadores se podría entonces adecuar la vida individual y colectiva a las exigencias del máximo rendimiento del aparato productivo. El triunfo del proletariado representa así la verdadera realización de un espíritu que se despliega en sucesivas etapas de desarrollo hasta su verdadera universalidad en una sociedad sin contradicciones, reconciliada consigo misma, que permite la unidad de teoría y práctica en la concepción del mundo propia de esa clase, aquella derivada del "trabajo".[15]

Es desde esta teoría que podemos repensar críticamente el tan mentando rol de los intelectuales como protagonistas de esta forma de hegemonía, porque "es tarea de los intelectuales organizar la revolución cultural o sea de adecuar la cultura a la función práctica" (Q8 <171>: 302). La revolución se vuelve cultural porque implica adaptar la mentalidad de los miembros de la sociedad a las necesidades de una clase, elaborar una cultura por quienes conocen esas necesidades históricas que, de ese modo, se vuelven actores centrales del proceso histórico. El intelectual es por tanto aquel que no solo conoce este sentido, que conoce cómo se deben adaptar las conductas para su progreso, sino que es quien tiene la capacidad para elaborar una

[14] Sobre la base de la continua referencia en los textos gramscianos a esta expresión realizada por Engels en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemán*, interpretaciones posteriores han hecho de la traducibilidad de los lenguajes un elemento central para pensar el particular marxismo gramsciano. Ver particularmente Kanoussi: 2007. Si el idealismo alemán, la economía política inglesa y el pensamiento político francés pueden son todas expresiones del devenir hegemónico de la burguesía, el marxismo supone así su superación como concepción del mundo propia de la clase destinada a suceder su dominio, el proletariado. El proletariado "hereda" todo este pasado cultural porque su acción política de devenir hegemónico culmina un largo devenir por el cual las masas se vuelven conscientes y se hacen cargo de hacer la historia. Un proceso en una secuencia que abarca toda la modernidad, desde el renacimiento y la reforma protestante, como primera ruptura con el trascendentalismo católico, a la revolución francesa y el descubrimiento filosófico de la inmanencia en el idealismo alemán y la economía política. De esta forma, la filosofía de la praxis no es una mera síntesis de estos elementos, sino su traducción bajo las nuevas condiciones históricas, es el último momento de efectiva realización de todo un desarrollo histórico unitario en el cual las distintas filosofías son lenguajes plausibles de una recíproca traducción.

[15] Podríamos encontrar algún paralelismo entre esta teoría y aquella planteada contemporáneamente por Lukács. En ambas el marxismo representa el punto de vista del trabajo y de la totalidad y ambas son teorías de la "ortodoxia del marxismo" como filosofía autosuficiente y total de una clase, que es capaz de dar cuenta de toda la realidad y que tiene la potencialidad de la reconciliación entre conocimiento objetivo y subjetivo. Sin embargo, Lukács, a diferencia de Gramsci, articula su teoría desde la dimensión fetichista derivada de la especificidad histórica de la sociedad capitalista como productora de mercancías; por lo tanto, no concibe lo ideológico únicamente como una relación entre actividad económica y concepciones del mundo cada clase, articula, por el contrario, una forma de la conciencia como producto de las relaciones sociales entre estas (Lukács, 2009).

concepción del mundo y expandirla hacia el conjunto de la sociedad. De esta forma la hegemonía no puede escapar de una función "pedagógica" sobre las masas, y aunque el "educador debe ser educado", no deja de vincularse al tradicional ámbito del pensamiento, planteando una particular relación diferencial que no puede responder, únicamente, a una diferencia de grado.

La diferencia entre los intelectuales y el conjunto de los integrantes de una clase se presenta así de forma ambigua. Por un lado, partiendo del concepto de praxis, existe la premisa de que todos los hombres son intelectuales en algún grado, que toda práctica implica un pensar sobre ella, que "todos los hombres son 'filósofos'" (*Q11* <12>: 245). Pero a la vez, existe un momento de ruptura diferencial del continuo en el que algunos miembros del grupo social logran una función de organización sobre su propio grupo. De esta forma, más allá de la definición funcional de intelectual y de la inclusión dentro de esta figura de instituciones colectivas como el partido político, una noción ideológica-cultural de la hegemonía implica necesariamente una distancia entre su sujeto articulador, los intelectuales, y las clases sociales de esa hegemonía. Si la unidad de lo social es entendida como ideológica, como un devenir hegemónico por medio de la adopción por parte de las masas de la concepción del mundo de una clase, tenemos siempre una diferencia que no puede ser simplemente de grado entre la experiencia de la clase y su articulación como concepción del mundo. Una diferencia que encuentra en un sujeto particular el actor privilegiado a partir de su relación con el conocimiento.

La teoría de la hegemonía como ideológica-cultural implica, entonces, un diferencial de saber entre la clase, incapaz de conocer sus propias condiciones y el intelectual que conoce el proceso histórico y que, por su conocimiento, puede diferenciarse de la ideología dominante y elaborar otra concepción del mundo acorde al avance de la historia. Una tarea que aparece como de organización de la conciencia de la clase, de su voluntad colectiva, pero que supone, antes de esta, una capacidad de elaboración intelectual para elevar la nueva concepción del mundo hasta sus formas más elevadas. En continuidad con las tensiones que veíamos en los textos precarcelarios entre una teoría política centrada en la espontaneidad de las masas y otra en la conciencia aportada por la vanguardia, la producción de una hegemonía ideológica-cultural requiere la actuación de una conciencia que viene aportada por los intelectuales que la conocen y organizan. Por esta razón, ya sea entendida en términos idealistas de una dirección cultural o leninistas de una vanguardia organizacional, la teoría de los intelectuales no puede escapar a una noción que hace a las masas esperar a sus intelectuales para actuar y los subordina a su dirección. La ideología articulada por estos deviene la forma principal de la lucha produciendo un corrimiento del énfasis político desde la organización de la propia clase hacia la organización y la lucha por los intelectuales.[16]

[16] En este sentido, es interesante retomar las críticas realizadas por Jacques Ranciere (1975 y 2010) a la tradición del pensamiento crítico que, en su postulación de una centralidad del concepto de ideología, describe una capacidad diferencial entre el enunciador del discurso crítico y las masas que busca emancipar. Una capacidad que establece una nueva relación de subordinación entre el intelectual y el "pueblo" o la clase que debe seguirlo. Esta crítica puede extenderse a los planteos de numerosos intérpretes gramscianos que hacen de su rol, como elaboradores de la ideología, la pieza fundamental para un proceso revolucionario, planteándose a sí mismos como el centro de una historia en la cual su tarea intelectual sería la acción política por excelencia.

La hegemonía ideológica-cultural no solo supone así un problemático relato de progresividad histórica difícil de sostener, sino que a su vez vuelve a las luchas expresión de un conflicto ideológico elaborado y conducido por quienes "saben", por quienes conocen el sentido de la historia, relegando a un segundo plano a la lucha efectiva de las masas. Entendidas las luchas sociales como resultado de la organización y elaboración ideológica de las voluntades colectivas el énfasis político recae claramente en tareas de orden intelectual y los intelectuales se vuelven protagonistas de la lucha. En lugar de considerar los eventos efectivos de la lucha social como aquellos que dan lugar a desarrollos ideológicos, la relación se invierte volviendo al conflicto una expresión del desarrollo de una conciencia que responde a un desarrollo histórico y que es elaborada y organizada por los intelectuales.

Consideramos entonces que la conceptualización de la hegemonía ideológica cultural nos plantea un "marxismo ideológico" con más problemas que soluciones para pensar la política. Supone, sin nunca verdaderamente justificarlo, una unidad entre el desarrollo técnico de ciertas actividades de producción y una subjetividad propia, no de las relaciones sociales históricas, de la interacción entre los sujetos, sino de una clase social que ocupa determinadas posiciones en el proceso productivo. Pero a su vez, supone la necesidad del desarrollo de esta subjetividad en formas de conciencia superiores que adapten la acción y el pensar, no solo de dicha clase sino también del conjunto de las masas, al desarrollo técnico productivo, una cultura a medida de las fuerzas productivas que debe imponerse sobre los individuos.

De esta manera, aunque claramente supone una teoría de lo ideológico más compleja que la que aparece en sus lecturas culturalistas, no existe nada en los sentidos de la hegemonía ideológica-cultural que no permita su interpretación como una larga lucha en el ámbito de la sociedad civil por la difusión y la adopción por parte de las masas de una concepción del mundo propia del proletariado. Si bien este proceso difícilmente pueda entenderse como la obtención de un consenso electoral o como la ocupación de instituciones desde las cuales difundir dicha cultura (en la guerra de posiciones cada ejército desarrolla sus propias trincheras más que combatir por el espacio dentro de una); esto no implica que la estrategia no esté orientada a una larga elaboración y difusión ideológica en la sociedad civil, a la transformación de la sociedad por el cambio de las conciencias.

Pero aun manteniendo la centralidad del momento de la toma del Estado, queda preguntarnos cómo se vería el devenir hegemónico del proletariado bajo esta forma de conceptualizar la hegemonía. En los fundamentos teóricos de la forma ideológica-cultural de la hegemonía nos encontramos con la concepción del mundo de una clase que se vuelve Estado para "educar" a las masas adaptándolas a una nueva cultura en común que expresa las necesidades propias de un avance productivo. Un Estado de clase que obliga a su población a ser libre adecuándola a las necesidades de su actividad práctica; una cultura proletaria vuelta Estado que glorifica al trabajo y que se plantea como la reconciliación final del género humano; como el fin de las contradicciones que daban lugar a los conflictos políticos e ideológicos. Una "nueva religión" que, como el cristianismo anteriormente, ha completado su desarrollo hasta ser adoptada por las masas, pasando por su momento de elaboración, de revelación de la palabra verdadera (Cristo y Marx) y su momento de difusión y adopción, de volverse carne en las mentes y las acciones del pueblo (San Pablo y Lenin).

Del mismo modo que en los escritos precarcelarios ya encontrábamos la imagen de una sociedad por venir como si se tratara de una gigantesca fábrica, tenemos ahora su justificación en la concepción del mundo de la clase que representa el avance de la historia. Una nueva religión científica del trabajo, con su mesías y sus apóstoles, a ser profesada e impuesta por el nuevo Estado proletario, una propuesta aterradora en idea y más terrorífica aún en su realización histórica concreta. No hace falta, entonces, avanzar muchos años en el propio siglo XX y sus catastróficos eventos históricos para perder toda esperanza en un avance de la historia y, especialmente, en toda teoría que se fundamente en que el trabajo nos hará libres.

Lejos de construir un marxismo que pueda funcionar como base para una teoría política que piense desde y en el conflicto histórico propio de las relaciones sociales capitalistas, la forma ideológica-cultural nos remite entonces un problemático marxismo, anclado en una teoría general de la progresividad de una historia impulsada por la ideología. La articulación entre praxis y necesidad histórica hace de la toma de conciencia de un conflicto objetivo un imperativo de acción para la clase que representa la progresividad. Mediada por la práctica de los intelectuales, la clase se organiza así en los distintos grados de desarrollo de su ideología en conflicto con otras, hasta imponer su concepción del mundo sobre las masas produciendo, bajo su dirección, una transformación de la sociedad acorde a las nuevas necesidades. La lucha en y por la hegemonía ideológica-cultural se constituye de esta forma en el elemento central de un marxismo que articula en la producción de una nueva cultura de masas la unidad entre el momento objetivo estructural y el subjetivo superestructural.

Bajo la forma ideológica cultural de la hegemonía las relaciones de fuerza, clave para pensar un marxismo desde el conflicto político, se encuentra así en tensión con un esquema historicista que persiste en los textos carcelarios. Como si, anudado en el concepto de hegemonía, estaría aconteciendo un potencial quiebre no realizado plenamente entre un marxismo más propio del siglo XIX, confiado en el avance de la historia, y un marxismo más propio del siglo XX centrado en el conflicto y la lucha, en las distintas formas sociales que se van articulando en el conflicto. Entre el auge de masas que rompe con las formas anteriores de organizar la sociedad y la imposibilidad de que estas articulen un nuevo orden; en la certeza del próximo devenir hegemónico del proletario y la evidencia de su fracaso, en la visión de un capitalismo agotado que no obstante persiste, el marxismo gramsciano se encuentra así en una encrucijada. Busca pensar desde las luchas que transforman su mundo contemporáneo, en y desde el auge de las masas y su participación en la política, pero continúa atado a una progresiva necesidad histórica del avance de la producción.

En los próximos capítulos buscaremos mostrar que no se trata simplemente de emancipar las relaciones de fuerza de este relato historicista, sino de situar el conflicto en las relaciones sociales efectivas que lo producen, como parte de una teoría crítica de la sociedad capitalista. Esto implica repensar a las clases, a sus luchas y a sus formas políticas por fuera de esta teoría de la ideología, cambiando radicalmente la forma de entender la hegemonía y su lugar para pensar lo político en el marxismo. Pero antes de avanzar en ese sentido, a partir del análisis de las otras formas de la hegemonía que hemos identificado, queremos brevemente abordar cómo este pensamiento sobre la ideología, la cultura y las relaciones de dominación entre clases, pueden y han sido retomados para potenciar y complejizar al concepto de hegemonía.

3. Ideología, cultura y hegemonía *más allá* de Gramsci

En este capítulo hemos buscado desplegar la constelación conceptual sobre la que se produce una forma ideológica-cultural de la hegemonía; aquella que hace del conflicto social una disputa entre ideologías, entre voluntades subjetivas conscientes del desarrollo objetivo de la necesidad histórica. Hemos intentado también delinear la particular forma de entender el marxismo desde esta hegemonía planteando los problemas y límites que supone para pensar lo político. No obstante, la centralidad que los conceptos gramscianos han adquirido en las ciencias sociales y humanas, especialmente su importancia a la hora de pensar una teoría que relacione lo cultural con el poder, no se produjo como un desarrollo desde la precisión de esta teorización de lo ideológico. Por el contrario, fue una reapropiación original de los conceptos gramscianos, una particular manera de leer la articulación entre cultura e ideología y hegemonía, la que ha abierto un fértil territorio de producción teórica.

Partiendo desde los textos gramscianos y retomándolos de formas creativas, la idea de que la cultura, lejos de toda neutralidad, constituía un elemento central para pensar el poder y la dominación política se ha vuelto central para diversas reflexiones sobre lo social. En este sentido, y más allá de las simples lecturas culturalistas de los conceptos gramscianos, estos se han vuelto la fuente de una potente interrogación sobre las formas en las que la cultura y la ideología moldean e influyen en las relaciones sociales de poder y subordinación. Pensar la forma ideológica-cultural de la hegemonía, requiere entonces que exploremos estos usos que desde Gramsci pero más allá de él, han vuelto al concepto un pilar de toda una tradición de estudios culturales que han buscando pensar las sociedades contemporáneas.

La problemática que parece articular estas reflexiones que se adentraron en los textos gramscianos en busca de respuestas, parecería ser, como en estos, una interrogación sobre la gran transformación que lo cultural sufre en las sociedades de masas. Al igual que en el relato que planteamos en los primeros capítulos sobre las instituciones políticas del Estado liberal, incapaces de producir un orden tras la organización y movilización de las masas populares, la cultura parecería mostrar un movimiento similar. Mientras en las sociedades tradicionales quedaba reducida a un pequeño número de personas, a una elite que define qué es la alta cultura en una clara escisión con aquella de los sectores populares, los cambios históricos propios del advenimiento de la sociedad de masas modifican estas relaciones. La teorización gramsciana se vuelve, por tanto, un territorio fértil para la reflexión sobre las transformaciones culturales porque, tras la ruptura de sus formas tradicionales, buscará repensarlas como una dimensión central en la conformación de las relaciones entre los grupos y con estas del orden social. No es casual, entonces, que el concepto de hegemonía bajo su forma ideológica-cultural se haya vuelto un elemento central para quienes buscaron pensar la cultura desde las relaciones de dominación y subordinación, abordando los fenómenos culturales como un campo privilegiado para analizar las relaciones políticas en la sociedad de masas.

Claramente la perspectiva gramsciana no es la única dentro de las diversas tradiciones que se reconocen en el marxismo que interrogó este fenómeno, reconceptualizando el lugar de la cultura en el orden social moderno y su relación con el conflicto de clases. Contemporáneamente a los textos gramscianos, los estudios sobre el lenguaje del llamado círculo Bajtín, por ejemplo, constituyen otra vía de indagación en dicho sentido, y podrían pensarse en una potente relación con el concepto gramsciano de hegemonía (Brandist, 2015).

Pero en los aportes de esta corriente, lo ideológico no constituye, como hemos visto en Gramsci, el mecanismo de constitución de lo social, la forma misma por la cual el conflicto se vuelve un fenómeno puramente ideológico. Por el contrario, en esto se intenta pensar al lenguaje, a los fenómenos culturales, como una de las dimensiones del conflicto de clases. Es decir, más que realizar una teoría de lo social anclada en la ideología, abordan a los elementos simbólicos y significativos como atravesados y moldeados por la lucha, pensando, como plantea Voloshinov (2009), al signo como una arena de la lucha de clases.

Desde otra perspectiva, pocos años después de los textos gramscianos, los miembros de la Escuela de Frankfurt también buscaron pensar las condiciones mismas de existencia de lo ideológico cultural bajo relaciones sociales capitalistas inherentemente antagónicas. En esta perspectiva, y en un posible diálogo poco explorado entre los planteos frankfurtianos y el concepto gramsciano de hegemonía, los contenidos de las expresiones culturales podrían pensarse como formas de existencia de este conflicto, y la ideología como una "ilusión objetiva" que surge de estas relaciones, como el intento de presentar como reconciliado aquello inherentemente contradictorio y conflictivo (Adorno, 2004b y 2005). A su vez, las indagaciones sobre una industria cultural que representa el desarrollo máximo de la producción de lo simbólico en el capitalismo contemporáneo (Adorno y Horkheimer, 2007), podrían articularse con la problemática de la producción del orden tras el advenimiento de las masas que hemos rastreado en los textos gramscianos como punto de emergencia del concepto de hegemonía.

Pero más allá de sus posibles diálogos con el concepto de hegemonía, estas perspectivas suponen una configuración teórica profundamente divergente con la constelación sobre lo ideológico de los textos gramscianos. Porque en estos la cultura y la ideología no parten de una noción abstracta de praxis que supone una relación históricamente invariable entre la actividad económica, entendida de forma genérica como transformación de la naturaleza, y su despliegue en ideologías que expresan tal posición en el mundo de la producción. Por el contrario, sus puntos de partida residen en las características específicas y las transformaciones históricas de y en las relaciones sociales que entablan los individuos en la producción de su realidad social, en cómo estas configuran las representaciones sociales del antagonismo que las atraviesa. La potencia de estas perspectivas, por tanto, radica en que el conflicto ideológico debe ser pensado como parte de un conflicto social que no se resuelve en lo ideológico-cultural, de una sociedad que no se articula únicamente por la ideología sino por las relaciones sociales entre sus miembros, por las formas en que estos producen conflictiva y colectivamente su realidad.

¿Qué supone la producción de un diálogo entre el concepto gramsciano de hegemonía y estas teorías críticas de la cultura? En primer lugar, nos lleva a pensar lo ideológico-cultural como una dimensión de lo social y no como la forma misma de su constitución. En segundo lugar, implica separar su conceptualización de una teoría general del desarrollo histórico, desvincularlo de la necesidad histórica, no volviéndolo la forma necesaria de un contenido que, aunque efectivo y operante, está dado por el desarrollo de las fuerzas productivas. En este sentido, no se tratará de abordar el desarrollo de una voluntad consciente derivada de la objetividad económica, sino de pensar las formas simbólicas en las que se expresa un antagonismo que, lejos de agotarse en lo ideológico, atraviesa el conjunto de las instancias de lo social. Partiendo del antagonismo, por tanto, el énfasis es inverso tanto a lo que aparecía en el culturalismo vulgar como en la constelación ideológica-cultura de los textos gramscianos: no se parte de un todo configurado ideológicamente sobre el cual se puede operar culturalmente, sino del conjunto de relaciones

sociales antagónicas, que toman existencia, bajo el despliegue del propio conflicto, en formas económicas, políticas y culturales.

Los Estudios Culturales británicos representan una reapropiación del concepto gramsciano de hegemonía que sigue esta orientación, buscando dar cuenta de los aspectos culturales de la dominación en una sociedad histórica y geográficamente concreta, en una coyuntura particular. En su tarea de abordar las transformaciones políticas y culturales de la sociedad británica de su tiempo histórico, los estudios culturales no afirmaban que "Gramsci 'tenga las respuestas' o 'tenga la llave' para nuestros problemas actuales [sino] más bien que debemos 'pensar' nuestros problemas en una forma gramsciana" (Hall, 2017a: p. 11). En este sentido, producen una reflexión sobre la hegemonía que, partiendo de, pero más allá de Gramsci, nos invita a pensar las dimensiones culturales de la dominación. Se trata de un proyecto intelectual que surge a fines de la década del cincuenta y comienzos de los sesenta, como un intento de pensar las grandes transformaciones sociales y culturales producidas en la sociedad británica en el contexto de la segunda posguerra.[17] Una constelación histórica configurada por el fin de las formas tradicionales de la cultura británica tras la emergencia de nuevas configuraciones culturales propias de una sociedad de consumo de masas fordista y de la integración de las clases trabajadoras a partir de la acción del Estado de Bienestar. Se trataba así de indagar "la manera en que la cultura de la clase obrera era transformada por las nuevas fuerzas de la cultura de masas" (Hall, 2010a: p. 18).[18]

Esta operación implicaba, dentro de la configuración intelectual británica de la época, una serie de operaciones conceptuales centrales para abordar lo cultural. En primer lugar, suponía una transformación del concepto de cultura que estaba operando en los análisis. Si en la tradición de crítica literaria de la cual emergen sus primeros exponentes la cultura era "lo mejor que se ha pensado y se ha dicho", los estudios culturales, buscaban, por el contrario, pensar aquella parte "excluida" de la cultura. Se trataba, entonces, de abordar los productos de la cultura popular, aquellos que no entraban en el canon, pero también todo un conjunto de tradiciones,

[17] No pretendemos realizar aquí un estudio *in extenso* de los Estudios Culturales, de sus distintas influencias teóricas y sus transformaciones a lo largo de los años. Esa tarea excedería ampliamente los alcances de esta tesis. Más allá de los múltiples relatos autobiográficos sobre el proyecto de los Estudios Culturales realizados por Stuart Hall (2010a, 2010b y 2017b), se puede consultar la reconstrucción de su historia y de sus principales propuestas teórico-metodológicas realizada por Grossberg (2012). Por su parte Harris (1992) aborda los efectos del pensamiento gramsciano en los Estudios Culturales, mostrando las inflexiones que este elemento va tomando en su articulación con otras influencias teóricas, principalmente con el estructuralismo, el giro lingüístico y el postestructuralismo.

[18] Esto puede observarse particularmente en el trabajo de Richard Hoggart, fundador del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos dentro de la Universidad de Birmingham. En un libro pionero, traducido significativamente como *La cultura obrera en la sociedad de masas* (*The Uses of Literacy*), Hoggart, perteneciente a una tradición académica e intelectual de crítica literaria, analiza las características y cambios que estaban ocurriendo en el seno de la clase social de la que él mismo provenía. Se trataba de "leer" la vida social y la cultura de una clase, describiendo cómo vivía la clase trabajadora, con sus costumbres, estilos, productos literarios y culturales, para mostrar la constitución de un conjunto de valores compartidos, de una organización de sus vidas bajo una cultura en común bien distinta a aquella representada por la alta cultura. Orientado principalmente a describir un pasado anterior a la extensión de la cultura de masas, el libro inaugura una interrogación sobre la erosión de esa cultura obrera, sobre el desdibujamiento de su estructuradora diferencia entre un "ellos y nosotros" con respecto a las clases altas, de una cultura popular que parecía comenzar a presentar otras formas en las condiciones y lógicas económico-culturales del capitalismo de posguerra (Hoggart, 2013).

costumbres, prácticas y estilos propios de los modos de vida de los trabajadores, ampliando enormemente lo que era considerado cultura. En segundo lugar, para un conjunto de intelectuales de la nueva izquierda británica, que se reconocían como parte del marxismo pero que habían roto con la oficialidad comunista tras la invasión soviética a Hungría en 1956, implicaba una reconceptualización de la teoría de base y superestructura. Porque si se buscaba pensar un conjunto de prácticas significantes, de tradiciones y costumbres que operan sobre las relaciones entre las clases, era necesario superar las premisas ortodoxas de determinación, reflejo y correspondencia a la hora de abordar lo cultural.

No resulta casual, retomando nuestro planteo sobre la emergencia del concepto de hegemonía como respuesta teórica al advenimiento de la sociedad de masas y sobre su articulación para repensar las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo en el marxismo, que los exponentes de este proyecto intelectual encontraran en Gramsci una clave central de interpretación. Pero la incorporación del texto gramsciano no será inmediata. Por desconocimiento, y por una tradición más bien provinciana para la discusión teórica, tendrán que pasar algunos años para que los textos gramscianos, y el concepto de hegemonía, produzcan la reformulación de la cultura que articula la propuesta de los Estudios Culturales. Los impulsos intelectuales para este encuentro con Gramsci provendrán de dos influencias que se articulan para repensar las relaciones entre cultura, poder y dominación: el propio culturalismo británico y la incorporación, principalmente vía las discusiones de la *New Left Review*, del marxismo continental, especialmente del estructuralismo (Hall, 2010b).

El trabajo de Raymond Williams será central en este camino. En sus libros *Cultura y Sociedad* y *La Larga Revolución*, Williams se propone pensar las tradiciones literarias inglesas desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX a partir de sus relaciones con todo un contexto marcado por las transformaciones que surgen con la revolución industrial. Se trata de indagar, vía la literatura, la manera en que fue entendido y simbolizado el proceso de desarrollo del capitalismo industrial, pensando así a los exponentes de las tradiciones literarias a partir de sus posiciones con respecto a las luchas que estos cambios produjeron. En estos trabajos, la cultura abarca tanto al conjunto de significados mediante los cuales una sociedad confiere sentido a sus experiencias, como la suma y la imbricación del conjunto de las prácticas sociales, a toda una forma de vida. En esta combinación de una idea centrada en el sentido y una antropológica, la cultura refiere así a un conjunto de prácticas sociales realmente existentes que son a su vez constitutivas de, y constituidas por, la vida social misma. La cultura, más que reflejo o epifenómeno superestructural, se vuelve parte del proceso constituyente de lo social, forma parte de la historia material, participa de la producción social de la existencia.

Esta interpretación permite fundar una teoría materialista de la cultura sobre nuevas bases, pero carece todavía de un elemento clave: el reconocimiento de las relaciones de poder en la cultura como proceso de constitución de lo social. En una sociedad atravesada por el antagonismo, lo cultural no puede escindirse de una dimensión de conflicto entre distintas formas de vida posibles. No se trata entonces de pensar solamente cómo las élites intelectuales producen la cultura en referencia a los cambios sociales, sino de redefinir los cambios culturales a partir de procesos de lucha por las formas de dar sentido a la nueva situación histórica. Si lo que hemos reconocido como cultura constituye un conjunto de prácticas sociales significantes, una forma de las relaciones sociales, no podemos dejar de lado la conflictividad inherente a las mismas y las relaciones de poder que estas producen. Retomando el concepto gramsciano, pensar la

cultura como resultado y como parte constitutiva de esta lucha, requerirá así pensarla bajo alguna idea de "hegemonía cultural", de producción de una estructura de sentimiento en común que resulta del conflicto y que estructuras relaciones de subordinación en el campo cultural.[19]

Los modos de vida no aparecen entonces como un bloque determinado por lo económico. Por el contrario, existen diversas formas de dar sentido a la experiencia social. Estás representan posiciones dominantes, emergentes o residuales en la cultura y se encuentran en una relación conflictiva que incluye complejos mecanismos de inclusión, compromisos, reformulación y resignificación. Lo simbólico no expresa, por tanto, ni a las posiciones exclusivas de una de las partes del conflicto ni a una relación fija determinada por la estructura. El concepto gramsciano de hegemonía será así retomado para caracterizar esta totalidad de relaciones conflictivas que constituyen las prácticas de una forma de vida, dando cuenta de las formas de dominación sobre "todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes." (Williams, 2009: p. 149). Al observar lo cultural, la lucha por la significación aparece entonces como "resultado" de una determinada correlación de fuerzas en el conflicto entre las clases sociales. En suma, en un uso original del concepto gramsciano, la hegemonía cultural para Williams comprende:

> las relaciones de dominación y subordinación bajo sus formas de conciencia práctica, como una saturación efectiva del proceso de la vida en su totalidad […] Es todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores fundamentales y constitutivos que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las personas de una sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada más allá de la cual se torna sumamente difícil para la mayoría de las personas de una sociedad moverse en la mayor parte de las áreas de sus vidas. Es decir que, en el sentido más firme, es una cultura, pero una cultura que debe ser considerada asimismo con la vívida dominación y subordinación de clases particulares (Ibíd.: p. 151)

En esta definición nos encontramos ya bastante lejos de la idea de concepciones del mundo de clase germinadas desde la producción que se enfrentan dando forma al todo social. Bajo un concepto de lo cultural anudado a la experiencia, tenemos, por el contrario, un conjunto de prácticas diversas que dan sentido a la realidad de las personas bajo determinadas relaciones

[19] Este elemento conflictual parece incorporarse a partir de las críticas de E. P. Thompson a la *Larga Revolución*. Porque si bien Williams buscaba vincular la tradición literaria a las transformaciones sociales, su énfasis en el canon le impide observar el rico mundo de formas culturales populares que no se integra simplemente en una experiencia común de vivir y significar las relaciones sociales, en una estructura de sentimiento propia de una época. Estudiando las costumbres y la formación de la clase obrera, Thompson realiza una historia de este otro lado de la cultura en la misma época de transformaciones propias de la revolución industrial. Pero a su vez, Thompson vincula las configuraciones con las que se experimenta la vida a las luchas de clases en el marco de la nueva configuración social del capitalismo industrial (Thompson, 2012 y 2019). Williams retomará estas críticas a mediados de los 60, embarcándose en una reformulación más directa con la teoría marxista a partir del pensamiento de Gramsci. Esto se producirá luego de una estancia en el Centro de Estudios Culturales de Nápoles, donde posiblemente Williams realice un examen en profundidad de los textos gramscianos (Hall, 2017b).

de poder y subordinación, en las que lo cultural se produce como elemento efectivo de lo social. La tradición culturalista inglesa incorpora así un concepto de hegemonía pleno de densidad histórica que remite a un conjunto de relaciones y prácticas conflictivas entre los sectores populares y las elites, como todo un proceso de luchas en el que se van construyendo los sentidos y los modos de vida.

No obstante, la amplitud de esta noción de cultura, lógica en una confrontación con el lugar residual de lo cultural en el marxismo tradicional, complica la especificación como aspecto de relaciones sociales que no se agotan en la producción de sentidos. Si esta reapropiación parece hacer de la hegemonía un fenómeno que satura culturalmente un conjunto de prácticas sociales, la incorporación de elementos del estructuralismo althusseriano por Stuart Hall permitirá, en cambio, pensar a la cultura como un aspecto central pero no único de la hegemonía, produciendo un original uso del concepto gramsciano en los Estudios Culturales.[20]

Diferenciándose tanto de los fundamentos teóricos de los textos gramscianos como de la tradición culturalista inglesa, Hall afirma que "aunque el mismo Gramsci toma su orientación filosófica de un "marxismo de la praxis" (que mantiene estrechas relaciones con el culturalismo de Williams y Thompson), yo sostendría que concibe las cuestiones de determinaciones y los efectos de las diferentes prácticas en la reproducción del capitalismo de una manera estructuralista" (Hall, 2017b: p. 209). En este sentido, contrario a pensar lo cultural desde una noción general de prácticas, se buscará abordar una instancia ideológica sobredeterminada y a la vez actuante en relación a lo económico y a lo político dentro de una formación social. Se trata de una recuperación de los distintos niveles de abstracción postulados por el estructuralismo de manera de especificar analíticamente a lo cultural-ideológico y sus modos de articulación en las sociedades capitalistas.

Hall vuelve sobre el concepto de ideología en una lectura de Marx bajo la cual las relaciones materiales de producción e intercambio requieren significaciones que nos permitan pensar y hablar de dichos procesos: "todas las categorías económicas - burguesas o marxistas - expresan relaciones sociales existentes [...] [que] ocultan y desconciertan nuestro entendimiento del proceso capitalista" (Hall, 2010c: pp. 143-144). Retomando la *Crítica de la Economía Política*, se plantea así que lejos de ser una mera apariencia o una falsedad, lo ideológico encuentra una articulación con las relaciones sociales de producción, de manera que:

[20] No buscamos exponer los principales elementos de la propuesta teórica de Hall, ni retomar la descripción del estructuralismo althusseriano, tarea que en parte hemos realizado en la introducción de esta tesis. Queremos mostrar un desarrollo del concepto de hegemonía bajo la incorporación crítica en los Estudios culturales de las conceptualizaciones estructuralistas de ideología, sobredeterminación y articulación. Coincidimos plenamente con Melino (2016) quien, contrario a ciertas lecturas, plantea que la original recuperación de Gramsci realizada por Hall responde a un desarrollo de los conceptos constitutivos del althusserianismo más que a una ruptura con sus problemáticas. También coincidimos con Melino en la centralidad que tiene para esta articulación la búsqueda de ir más allá de un marxismo eurocéntrico, en una teorización que piensa como fundamentales a las configuraciones raciales en las formaciones sociales capitalistas para así abordar las transformaciones de la sociedad británica de la época postcolonial. Pero en contra a lo que plantea Melino, y sin negar la influencia que este destaca de los primeros textos de Laclau sobre el pensamiento de Hall, consideramos que la importancia en la densidad histórica y en las configuraciones contextuales, resguardan a Hall de seguir el camino laclausiano que lleva a una formalización abstracta del concepto de hegemonía.

> El análisis ya no se organiza alrededor de la distinción entre lo "real" y lo "falso". Los efectos de la ideología, que ocultan y mistifican, ya no se perciben como el producto de un engaño o una ilusión mágica. Ni se atribuyen simplemente a la falsa consciencia, en la cual nuestros pobres proletarios ignorantes y no teóricos están confinados para siempre. Las relaciones en las que existen las personas son las "relaciones reales", y las categorías y conceptos que usan las ayudan a entenderlas y a articularlas en sus mentes. Pero —y aquí podemos estar en un camino contrario al que se asocia usualmente con el "materialismo"— las relaciones económicas no pueden por sí solas prescribir una manera única, fija e inmutable de conceptualizarlas. Puede ser "expresada" dentro de diferentes discursos ideológicos (Ibíd.: p. 146).

Siendo un momento efectivo para que las relaciones sociales se produzcan, estas relaciones imaginarias con las condiciones reales de existencia, parafraseando a Althusser, pueden darse bajo diversos contenidos: "el mismo proceso - la producción y el intercambio capitalista - puede ser expresado dentro de otro marco ideológico a través del uso de diferentes "sistemas de representación [...] Las categorías ideológicas que están en uso, en otras palabras, nos posicionan en relación con la descripción del proceso tal como es retratado por el discurso [...] Todas estas inscripciones tienen efectos que son reales. Logran causar una diferencia material, pues la manera en que actuamos en ciertas situaciones depende de cuáles son nuestras definiciones de la situación" (Ibíd.: p. 147). Si los sentidos pueden ser diversos, es porque no emergen por sí solos del proceso económico, en tanto "ninguna concepción ideológica puede volverse materialmente efectiva a no ser que y hasta que pueda ser articulada al campo de fuerzas políticas y sociales y a las luchas entre las diferentes fuerzas que están en juego" (Ibíd.: p. 149). Articulados por las distintas fuerzas sociales en lucha los diversos contenidos ideológicos posibilitan o impiden ciertas formas de actuar y pensar, produciendo efectos que no serán neutrales para las relaciones de poder de una sociedad.

Gramsci viene así a "corregir" el énfasis meramente reproductivo en la teoría estructuralista, volviendo lo ideológico-cultural un campo de lucha por las representaciones que refuerzan o debilitan las formas de dominación y subordinación en una sociedad históricamente determinada: "las ideas sólo se vuelven efectivas si es que, al final, se conectan con una constelación particular de fuerzas sociales. En ese sentido, la lucha ideológica es una parte de la lucha social general por el dominio y el liderazgo: en una palabra, por la hegemonía" (Hall, 2010c: p. 150). El concepto de hegemonía se inserta así en una constelación conceptual bien distinta a la de los textos gramscianos. No se trata de la constitución de lo social por el enfrentamiento entre concepciones del mundo de una clase derivadas de su praxis productiva; sino una lucha entre fuerzas sociales en distintas instancias, incluyendo, pero no agotándose, en el plano de las representaciones de las relaciones sociales capitalistas. Por ello, en contraposición a toda posición que le otorgue el rol determinante en lo social, "el hecho de trabajar en el campo de los estudios culturales no necesariamente significa que uno crea que el mundo entero puede explicarse desde un punto de vista cultural [...] gran parte de lo que uno requiere para comprender las relaciones culturales no es, en ningún sentido evidente, cultural" (Hall, 2017b: p. 24). La cultura es solo una forma privilegiada de abordar el análisis del fenómeno más amplio de la dominación y el poder.

Consecuentemente, se plantea que "al hablar de hegemonía, Gramsci no sugería que todos estamos incorporados en el sistema existente porque estamos hipnotizados por las formas ideológicas y los medios [...] La hegemonía no es una construcción ideológica. Tampoco es una mera dominación cultural que opera una incorporación total, como si todas las fuerzas y prácticas contradictorias y opositoras sencillamente fueran engullidas y desaparecieran para siempre de la historia" (Ibíd.: p. 220). La hegemonía no solo no es cultural, sino que además, en su aspecto cultural, no implica que las masas tomen las ideas y formas de vida de la clase dominante. Por el contrario, se produce cuando se logra incluir de manera subordinada a los sentidos y experiencias de las clases trabajadoras. La hegemonía no supone así el reemplazo definitivo de una concepción del mundo o de un aparato hegemónico sobre otro, sino la permanencia de las representaciones, instituciones y prácticas significativas de las clases populares articuladas de forma que contribuyan a reproducir su subordinación:

> el establecimiento real de la dominación en la hegemonía se produce cuando se tiene la capacidad de contener, educar y remoldear activamente las fuerzas opositoras, de mantenerlas en sus lugares subordinados. Lo que Gramsci enfatiza en la hegemonía es más el trabajo de subordinación que el logro de una incorporación total [...] Vale decir que la hegemonía se refiere a la manera en que esos elementos que gobiernan políticamente y dominan ideológicamente (en el gobierno de un Estado particular) lo hacen porque tienen la capacidad de movilizar las fuerzas populares en su apoyo: movilizan, colonizan, incorporan, toman, sortean o contienen aquellos elementos necesarios para atraer y conservar en su interior el apoyo de secciones de las clases populares [...] La subordinación permanece viva, mientras las prácticas sociales reales, los espacios políticos y las instituciones genuinas que permiten a una clase elaborar su vida se realicen en un lenguaje hablado por otros, siempre en un espacio político definido por otros. Este es el modo en que se establece la hegemonía de un grupo sobre otro. La hegemonía tiene que ver con el liderazgo y no solo con la dominación (Ibíd. 221-223).

Consecuentemente, esta forma de abordar la hegemonía supone también la pregunta por qué sucede cuando no se logra el equilibrio inestable de fuerzas que la sostiene: "la 'hegemonía' es un 'momento' muy particular, históricamente específico y temporal en la vida de una sociedad. Rara vez se logra este grado de unidad, que permite que una sociedad se plantee a sí misma una agenda histórica bastante nueva bajo el liderazgo de una formación o constelación específica de fuerzas sociales. Es poco probable que tales períodos de "estabilización" persistan para siempre. No tienen nada de automático. Se deben construir positivamente y requieren un mantenimiento constante mediante actividades" (Hall, 2010e: 269). Es decir, contrario a toda teoría general de la constitución de lo social, que pueda dar cuenta del devenir de toda clase como dominante, la hegemonía es una forma particular de la dominación que supone liderazgo, capacidad de articular y subordinar, pero que no se produce en todas las sociedades: "no hay hegemonía permanente: sólo puede establecerse y analizarse en coyunturas históricas concretas" (Ibíd.: p. 238), y de hecho "muchas formaciones políticas han establecido gobierno sin la capacidad de establecer hegemonía" (Hall, 2017b: p. 223).

En suma, el concepto de hegemonía muestra una potencia que no reside en que "ofrece una ciencia social general que pueda ser aplicada al análisis de los fenómenos sociales a lo largo de una amplia gama comparativa de sociedades históricas [ya que] Gramsci no era un "teórico

general". (Hall, 2010e: p. 257). Su potencia radica, en cambio, en la capacidad de complejizar el pensamiento sobre coyunturas históricas específicas, ya que, sin absolutizarlas o independizarlas de las determinaciones económicas y estatales, "pone en primer plano nuevas dimensiones del poder y la política, *nuevas* áreas de antagonismo y lucha: lo ético, lo cultural y lo moral. (Ibíd.: p. 274).

Bajo esta reconceptualización, los análisis de Hall encuentran así toda su potencia al pensar las transformaciones en las formas de la dominación propias de su coyuntura. Si los Estudios Culturales habían nacido para dar cuenta de los cambios de una sociedad británica dominada por el fordismo y el estado de bienestar, Hall abordará la crisis de la hegemonía que se articulaba bajo dicha forma. La ofensiva política e ideológica del thatcherismo será entonces pensada, bajo las nuevas condiciones del capitalismo postfordista, como un proyecto político que busca transformar integralmente las bases del consenso que había articulado la dominación en la posguerra. La reapropiación del concepto gramsciano de hegemonía será entonces un modo de hablar de los elementos culturales de esta configuración históricamente determinada, de su exitoso proyecto de reformular el sentido común para consolidar una nueva forma de la dominación de clase (Hall, 2018).

Esta manera de pensar las relaciones entre cultura, ideología y hegemonía nos deja así un uso sumamente productivo y original del concepto gramsciano. La hegemonía se emancipa de una teoría general del devenir histórico y lejos de determinarse por prácticas productivas de cada clase, se piensa desde las formas de simbolizar y domesticar un antagonismo que la incluye pero no se agota en esta dimensión. De esta forma, y bajo la potencia de ser una herramienta clave para el análisis de las formas de poder en sociedades históricamente determinadas, encontramos una reapropiación que, partiendo de Gramsci pero más allá de este, enriquece nuestras formas de pensar la política desde una teoría marxista. Pero esta forma de hegemonía nos impone pensarla en relación, por un lado, a los elementos no culturales que articulan la dominación y, por otro, a repensar el concepto como propio de condiciones históricas específicas. En suma, tras analizar la forma ideológica-cultural de la hegemonía, debemos movernos hacia las otras dos formas del concepto que hemos visto emerger a lo largo de los textos gramscianos, analizando su dimensión estatal y su conceptualización como una forma particular de la dominación que se produce en la lucha de clases.

Capítulo 4: Hegemonía y Estado

La construcción de una hegemonía que encuentre su determinación fundamental en el Estado, que explique su conformación y funcionamiento por lo estatal, aparecía en nuestros desarrollos de la primera parte como una de las formas posibles de pensar este polisémico concepto desde los textos gramscianos. Partiendo de esta forma, y como reacción a las interpretaciones "culturalistas" dominantes, importantes interpretaciones del pensamiento gramsciano extraían y desplegaban de los *Cuadernos* los elementos para una teoría de la hegemonía como resultado del accionar del aparato estatal (Buci-Glucksmann, 1978; Liguori, 2016; Thomas, 2010). El conjunto de estas reflexiones implicaba, por lo tanto, una importante diferenciación con respecto a una forma ideológico-cultural de entender la hegemonía: teóricamente, conllevaba la construcción de un concepto que no hiciera de la ideología la clave de la dominación y de la unidad de lo social; políticamente, planteaba una estrategia que no relegara a un segundo plano la lucha por la conquista de los aparatos estatales. Se trataba de una forma estatal de la hegemonía que, en consecuencia, debía suponer mecanismos de articulación de la dirección ejercida por una clase social que no se agotaran en un consenso ideológico producido en la sociedad civil y que, por lo tanto, no centrara la estrategia política en la adopción de una concepción del mundo por parte de las masas.

Este capítulo apunta a la profundización de una teoría del Estado que se sostenga en los mecanismos estatales extra-ideológicos con los que una clase ejerce su dominación sobre el conjunto social y con los cuales incorpora bajo su dirección a las masas. Partiendo desde esta, se desplegará la constelación conceptual de una forma de la hegemonía que, entonces, puede ser entendida como resultado de una serie de acciones –legales, represivas, de concesión de demandas– realizadas por el aparato estatal, que generan un equilibrio inestable entre las clases sociales en conflicto. Es este equilibrio producido estatalmente el que permite el desarrollo de una línea de dirección acorde a los intereses y a la expansión de la clase dominante, pero que se configura como propia del conjunto de la sociedad incluyendo subordinadamente a las clases subalternas. En este sentido, en vez de preguntarnos por el proceso de "confrontación entre ideologías" como momento central de la conformación de la hegemonía, tal como hacíamos en el capítulo anterior, buscamos aquí las afirmaciones del "momento de la hegemonía" de las relaciones de fuerza en el cual:

> El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales", o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo (*Q13* <17>: 37).

Consideramos que para abordar esta forma de entender la hegemonía es necesario una reconstrucción crítica de lo estatal en los textos gramscianos. En esta tarea, debemos indagarla

constelación teórica que articula *en* Gramsci la reflexión sobre una forma de la hegemonía centrada en el Estado y explorarla para luego, *contra* y *más allá* de lo que aparece en los textos gramscianos, retomar sus potencias para pensar la política desde una teoría marxista.

1. Hacia una teoría de la hegemonía estatal *en* Gramsci

Reconstruir la constelación conceptual que articula una forma estatal de la hegemonía nos impone necesariamente una serie de operaciones sobre las reflexiones gramscianas. Principalmente, requiere reconceptualizar el Estado de una forma distinta a aquella bajo la cual aparecía como extensión de la voluntad-conciencia de una clase, centrando su acción en "educar" en una concepción del mundo o en reprimir las actitudes contrarias a ésta. Una teoría del Estado que, a pesar de cierta idea muy difundida, creemos que no está desarrollada en los textos gramscianos. Si bien en numerosas notas encontramos afirmaciones sobre lo estatal, difícilmente podamos considerar que contamos con una teoría que dé cuenta de su existencia, su funcionamiento y su relación con las relaciones sociales de una determinada sociedad. Sin ningún cuaderno dedicado exclusivamente a la reflexión sobre el Estado, el material es fragmentario y frecuentemente se reduce a ciertas "fórmulas" sumatorias de sociedad civil y sociedad política que postulan máximas nunca del todo explicadas.

En este sentido, y a diferencia de lo que numerosas veces se ha afirmado con respecto a las reflexiones gramscianas, la famosa "ampliación del estado", la inclusión de las organizaciones "privadas" de la sociedad civil dentro de una Estado Integral, no resuelve por mera adición los problemas de relación entre ambas instancias, y menos aún una teorización en profundidad sobre el aparato estatal. Bajo esta idea, ciertos intérpretes han "contrabandeado" el problema de lo estatal al suponer que con el "estado ampliado" se resolvía una reflexión en gran parte ausente. La unidad postulada evitaba así lidiar con la "ambigüedad" terminológica que opera en los textos gramscianos, donde la palabra Estado refiere tanto a) al aparato estatal gubernativo, b) al conjunto "integral" de las superestructuras sin definir unívocamente la relación entre ambas ni la razón de su unidad, c) a la civilización misma, en una equivalencia entre fundar un nuevo estado y crear un nuevo tipo de sociedad.

Este problema se replicaba al pensar un concepto de hegemonía como producto de la totalidad estatal que, al calificarlo, resultaba, sin embargo, efecto de una de sus partes: la sociedad civil a la que el Estado propiamente dicho recubría con coerción: "en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción)" (*Q6* <88>: 76)[…] "compresión de lo que es el Estado (en el sentido integral: dictadura + hegemonía)" (*Q6* <135>: 112). Desde la "ampliación del Estado" nos encontramos lejos, entonces, de poder proponer el concepto de hegemonía como efecto o resultado del accionar del conjunto de instancias del Estado que producen la dirección social de una clase. Por el contrario, aún luego del cuaderno sexto, donde se produce el movimiento hacia esta ampliación, en numerosas notas de los textos gramscianos se continúa planteado la sociedad civil como "momento de la hegemonía" en una unidad (Estado) con una sociedad política caracterizada por

la violencia.[21] La problematización de lo estatal gira así entre dos instancias, cuya existencia diferenciada o su articulación es simplemente postulada o afirmada bajo el término Estado en una unidad integral no explicada.

En numerosas interpretaciones, este conjunto de instituciones y organizaciones públicas y privadas, tanto como su unidad, es referido bajo el término de "aparato de hegemonía". Sin embargo, consideramos que bajo el supuesto énfasis materialista y la afinidad estructuralista del término "aparato" tampoco se resuelve el problema de cómo conceptualizar propiamente lo estatal como forma de las relaciones sociales. A su vez, bajo el "aparato de hegemonía" se reproduce la división que hace de la sociedad civil el lugar de producción de la dirección hegemónica. En el texto gramsciano, este aparato es nombrado como una articulación de distintas organizaciones propias de la sociedad civil: "concepto de Estado, entenderse además del aparato gubernamental también el aparato "privado" de hegemonía o sociedad civil. (*Q8* <137>: 105) […] "todo el aparato organizativo (estatal y hegemónico) de un gran país" (*Q8* <162>: 116) […] "nadie está desorganizado en una determinada sociedad, sociedades particulares que constituyen el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), base del estado entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo" (*Q8* <136>: 104).

De esta forma, bajo esta noción, y en coincidencia con lo que hemos visto en el capítulo sobre hegemonía ideológica-cultural, se restringe o privilegia la función del Estado de "elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y por lo tanto a los intereses de las clases dominantes" (*Q8* <179>: 307). Los mecanismos para realizar esa función aparecen como "educativos" pero realizados, más que por el Estado en sentido estricto, por "una multiplicidad de otras iniciativas y actividades supuestamente privadas que forman el aparato de hegemonía política y cultural de las clases dominantes" (*Q8* <179>: 308). Ajena al aparato de hegemonía, la función del estado en la producción de ésta se limita a una función educativa por la negativa (la represión que educa en ciertas actitudes, castigando otras) o asumiendo como "servicios públicos intelectuales" tareas de difusión de una concepción del mundo que ya no pueden ser dejadas únicamente en manos de la iniciativa privada.

Nos encontramos, por lo tanto, con una distinción que se separa del accionar estatal y que, en consonancia, vuelve ideológico-cultural toda acción tendiente a producir hegemonía. Partir de la noción de "aparato de hegemonía" nos impide así pensar el conjunto de acciones estatales de intervención, regulación, representación o concesión de demandas que hacen al equilibrio entre clases y que serán para nosotros las centrales para pensar el Estado en relación a la hegemonía. Por esa razón, la noción de "aparato de hegemonía", lejos de ser la llave para una concepción estatal de la hegemonía dando cuenta de su existencia en aparatos "materiales" (Buci-Glucksmann, 1978), es el complemento de una conceptualización que piensa al conjunto de las organizaciones políticas y sociales como formas de una conciencia práctica derivada de la

[21] Esta duplicidad entre coerción y hegemonía y su división entre sociedad civil y sociedad política puede encontrarse en numerosas notas misceláneas de Gramsci (Q6 <10> <24> <81>; <87> <88> <137> <155> <162>; Q7 <9> <28>;Q8 <86> <227>) y también en los cuadernos temáticos: en la incorporación de la historia ética-política de Croce y su traducción en términos de hegemonía/sociedad civil, en la diferenciación entre la función de hegemonía y dominio de los intelectuales, y en la dupla hegemonía/fuerza del centauro maquiavélico.

función productiva. En su distinción analítica y sumatoria entre espacios de la superestructura, la idea de ampliación del estado y de aparato de hegemonía no califica entonces una unidad de instituciones que trascienden la distinción público/privado y que pueden explicar la hegemonía de una clase como organización anudada desde y a partir de la acción del Estado.[22] Para avanzar, entonces, hacia una conceptualización de la forma estatal de la hegemonía, debemos volver unos pasos hacia atrás para pensar, justamente, la manera en que se está concibiendo esta división entre sociedad civil y estado. Se trata de pensar, por un lado, los conflictos que se suceden en el primero de estos momentos como algo más que un enfrentamiento entre ideologías; y por otro, la acción del segundo como algo más que adecuación, negativa por coerción o educativa, de la acción y el comportamiento de las masas a dicha ideología.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, la historia ético-política de Croce es una fuente central de la distinción, y ella aparecía como base teórica de una hegemonía entendida como la dirección que una clase lograba en la sociedad civil. Releyendo a Hegel, Croce reemplaza el espíritu absoluto por sus formas históricas concretas desplegadas en el conflicto intelectual y, a su vez, invierte la relación de determinación hegeliana haciendo de la sociedad civil, antes que del Estado, el momento cúlmine del desarrollo. Espacio de constitución, difusión y lucha entre las ideas de una época y teatro principal donde se juega la dirección de una clase y se despliega el curso de la historia, la sociedad civil se identifica así con el principio de la libertad y puede ser potencialmente opuesta al momento de la fuerza y la coerción del Estado. En una lectura liberal de Hegel, Croce hacía así del momento de la sociedad civil un espacio de constitución libre y voluntaria de la unidad política (De Federicis, 2013).[23]

La asimilación de esta concepción al pensamiento gramsciano producía la imagen de dos realidades distintas de la "expresión del espíritu", organizadas por la primacía del momento civil. Una interpretación que tiene en Bobbio su máximo exponente, bajo su énfasis en la particular diferencia de la sociedad civil gramsciana tanto de la prioridad estatal de Hegel como de su caracterización como momento estructural-económico en Marx. En esta lectura del texto gramsciano, la sociedad civil se constituye en un espacio social diferenciado, formado por un conjunto de instituciones de elaboración y difusión de "cultura" donde se produce la hegemonía, la dirección intelectual del conjunto social (Bobbio, 1977).

Hemos visto también la crítica, presente en los textos gramscianos, a la hipóstasis de la historia ético-política gramsciana, a su imposibilidad de dar cuenta efectivamente del conflicto y las luchas históricas reales de la sociedad civil, reemplazando el desarrollo histórico por los

[22] En este sentido, hablando de los servicios intelectuales del Estado Gramsci afirma que: "<deben> estudiarse como nexos nacionales entre gobernantes y gobernados, como factores de hegemonía. Beneficencia elemento de "paternalismo"; servicios intelectuales elementos de hegemonía, o sea de democracia en sentido moderno" (Ibíd., tomo 5, p. 145). Volviendo a centrarse en los elementos intelectuales para la hegemonía, el texto gramsciano aparece contrario a incluir una acción que medie entre clases otorgando concesiones materiales como forma de articular la hegemonía. Estas son relegadas a una dádiva, a una dirección paternalista distinta de la hegemonía ejercida por medios intelectuales.

[23] Croce discute con las interpretaciones hegelianas dominantes en Italia que hacían del Estado el momento culmine y expresivo de la comunidad nacional; particularmente contra Gentile quien postula una voluntad sustantiva del Estado justificando filosóficamente al fascismo. En los textos gramscianos se destaca la superioridad del planteo croceano que, al no reducir la historia ni al Estado ni a lo económico, puede distinguir un momento de consenso activo y voluntario hacia la dirección de un grupo social ejercido por los grandes intelectuales en la sociedad civil (Q6 <10>).

desarrollos intelectuales que surgen luego desde este conflicto. Hipóstasis que a su vez se planteaba en la abstracción del conflicto de sus fundamentos en las relaciones sociales. La derivación de este conflicto desde las ideologías germinadas en la producción permitía así entender estos momentos que aparecen como "expansión universal" como propios de un dominio, de una hegemonía, de una clase social. Pero, como planteamos en el capítulo anterior, avanzar en una conceptualización divergente de la hegemonía requiere algo más que reafirmar el contenido clasista de dichas ideologías o su extensión hacia el momento del Estado. Una explicación de tal tipo, que mantuviera el despliegue de un espíritu como explicación de la existencia y la relación entre los espacios de lo social, no iría en los hechos mucho más allá del propio Croce, quien incorpora el materialismo histórico como estudio empírico que provee datos sobre uno de los elementos económicos, el valor, que sin embargo no constituye el factor determinante de la historia (Jacobitti, 1975). Contra esta teoría de datos objetivos económicos que se expresan luego en el conflicto ideológico, hay que producir una explicación distinta de la relación entre sociedad civil y Estado, y de ambos con las relaciones sociales de producción; una teoría de la unidad de estos momentos que parta de otra "materialidad" que la de fuerzas productivas, supuestas neutras y sin conflicto, para partir, por el contrario, desde las relaciones sociales capitalistas en su antagonismo.

¿En qué sentido podemos producir, desde los textos gramscianos, elementos de esta teoría y, con ella, articular la constelación conceptual que construye una forma estatal de la hegemonía? Avanzar en este sentido implica una conceptualización de la sociedad civil y su antagonismo que vaya más allá de su determinación como ideológico, para luego pensar su relación con el Estado como ámbito de producción de equilibrios inestables sobre este enfrentamiento. En dicho camino, si observamos las primeras reflexiones presentes en los *Cuadernos* encontramos que, luego de la primera aparición de la palabra hegemonía, éstas parecen volcarse hacia la teoría política hegeliana para dar cuenta de esa particular forma de dirección de lo social que excede la dominación pública estatal. Desde el primer cuaderno es Hegel –no Croce y su teorización sobre el enfrentamiento ideológico– quien define, entonces, la indagación gramsciana sobre la sociedad civil:

> La doctrina de Hegel sobre los partidos y las asociaciones como trama "privada" del Estado […] derivó históricamente de las experiencias políticas de la Revolución francesa y debía servir para dar una mayor concreción al constitucionalismo. Gobierno con el consentimiento de los gobernados, pero con el consenso organizado, no genérico y vago tal cual se afirma en el instante de las elecciones: el Estado tiene y pide el consenso, pero también "educa" este consenso con las asociaciones políticas y sindicales, que sin embargo son organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente. Así, Hegel, en cierto sentido, supera ya el puro constitucionalismo y teoriza el Estado parlamentario con su régimen de partidos (*Q1* <47>: 122).

> El desarrollo del jacobinismo (de contenido) ha encontrado su perfección formal en el régimen parlamentario que realiza en el periodo más rico de energías 'privadas' en la sociedad la hegemonía de la clase urbana sobre toda la población, en forma hegeliana de gobierno con el consenso permanentemente organizado (con la organización dejada a la iniciativa privada, o sea de carácter moral o ético, para el consenso 'voluntario', en una u otra forma) (*Q1* <48>: 123).

En estas reflexiones hay dos elementos centrales para pensar la relación sociedad civil/estado: a) el Estado no se "amplía" o "extiende" para incluir un conjunto de instituciones o aparatos diversos y externos a la realidad estatal, sino que supone una unidad integral que postula y desarrolla como propios momentos que exceden la distinción legal público/privado; b) el Estado refiere a una forma histórica, surgida del triunfo de la burguesía en la Revolución francesa y consolidada en el régimen parlamentario del siglo XIX. Estamos entonces frente a una concepción en la cual el Estado moderno actúa organizando instituciones de la sociedad civil para construir el consenso que cimienta la dominación de una clase. Una concepción "hegeliana" de la sociedad civil en la cual sus contenidos están determinados y organizados por el accionar estatal, donde las instituciones "privadas" que actúan en ella son una forma de integrar al conjunto de la sociedad dentro de una dirección ejercida desde el Estado. Es esta concepción la que encontramos en las notas sobre el Estado Integral; y explica que, al momento de definirla, se postule a "la sociedad civil tal como la entiende Hegel y en sentido en que a menudo se emplea en estas notas (o sea en sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera, como contenido ético del Estado)" (*Q6* <24>: 28).

Retornemos brevemente a Hegel, entonces, para pensar la sociedad civil, su antagonismo, su articulación por el Estado, para luego pensar la hegemonía. En la *Filosofía del Derecho* de Hegel, la sociedad civil constituye un momento en el despliegue del espíritu hacia su realización ética absoluta en el Estado. La filosofía hegeliana plantea la realidad concreta como despliegue necesario y racional de un espíritu que, en su devenir, se vuelve más concreto, más rico en determinaciones, y donde los distintos momentos o modos de existencia del concepto suponen la realización de potencialidades ya en él contenidas. Traducida esta ontología en filosofía política, el Estado es postulado como realización de una universalidad concreta que reconcilia la subjetividad individual en una unidad ética que trasciende e incluye a los individuos. La realidad concreta del Estado responde al movimiento dialéctico –de unidad, oposición y reunificación de universalidad y particularidad– donde cada momento es una parte necesaria de un despliegue determinado por su finalidad, es decir, cuyo verdadero sentido y realidad es dada por la forma más concreta de su despliegue.

Sin embargo, y más allá de la postulación de esta universalidad, el concepto hegeliano de sociedad civil parece referir, más que a una forma general siempre existente que a su vez se articula con distintas formas de Estado, a un fenómeno particularmente moderno. Se trata de un estadio del desarrollo histórico en el que se expresa la dispersión de las particularidades producto de la disolución de la unidad basada en vínculos inmediatos, en la familia y en la comunidad primitiva. Como forma ideal de un despliegue histórico, la sociedad civil hegeliana es la "sociedad burguesa" (bürgerliche Gesellschaft) caracterizada por el individualismo atomista y la existencia del individuo como persona jurídica libre. El "sistema de necesidades" hegeliano delinea así una estructura económica y social típica del capitalismo, dando cuenta de los nexos interpersonales de una sociedad de productores que, impulsados por su egoísmo, se relacionan intercambiando en el mercado. Siguiendo así las reflexiones de la economía política clásica, Hegel constituye un primer momento de unidad entre los individuos a partir del mecanismo ciego del proceso económico (Hegel, 1993).

Pero en los razonamientos hegelianos, a diferencia de lo que ocurre en la economía política clásica, este primerísimo momento de universalidad demuestra consecuencias sociales negativas, dañinas para la construcción de una unidad, en una polarización de intereses, entre

acumulación de riqueza y miseria, generando un antagonismo que rompe con la idea de una armoniosa y automática constitución de una comunidad universal. El momento de la sociedad civil moderna es por tanto una mediación necesaria pero no definitiva para la constitución de los individuos en una comunidad política. Las instituciones de la sociedad civil son una primera, parcial e inestable, unidad de los individuos enfrentados entre sí en el mercado. Constituyen mediaciones sociopolíticas que organizan las voluntades individuales en unidades aún parciales pero necesarias para el paso hacia la totalidad estatal (Dotti, 1983).

La constitución de la unidad ética de la comunidad requiere, por lo tanto, de mediaciones que concilien el conflicto inherente al "sistema de las necesidades". La sociedad civil de Hegel, que sirve como base de los planteos gramscianos, presenta así una serie de instituciones como mediaciones que logren superar parcialmente el egoísmo individual en la totalidad ética. Los estamentos son la primera de estas estructuras: organizan a los individuos en grupos según sus roles productivos. Un primer agrupamiento insuficiente, sin embargo, para operar un paso de lo económico a lo político, por lo que Hegel describe un conjunto de instituciones que regulan lo "económico", que complementan y perfeccionan el proceso hacia la construcción de una universalidad. La administración de la justicia, el poder de policía y las corporaciones son así instituciones que intervienen modificando el curso "natural" de lo económico para encauzarlo hacia formas mayores de universalidad que superen sus consecuencias inherentemente antagónicas. Estas instituciones, aunque propias de la sociedad civil, constituyen así una intervención activa del Estado sobre las particularidades individuales y corporativas por medio de sus propios instrumentos: la ley (justicia), el poder de control y represión (policía) y la representación (las corporaciones como formas colectivas de representación en el Estado). De manera de no enfrentarse a un conjunto de individuos antagónicamente relacionados por su interés económico, el Estado interviene construyendo las mediaciones necesarias para su existencia colectiva (Dotti, 1983; Mazora, 2003).

Bajo esta conceptualización, entonces, las instituciones de la sociedad civil corresponden a un despliegue histórico del accionar del Estado moderno, a una serie de mecanismos con los que éste construye y organiza su base social enfrentándose a un conjunto de relaciones sociales antagónicas propias de la sociedad moderna. El poder estatal llega a sí mismo, a su realidad, mediado por la sociedad civil; su despliegue efectivo como unidad política de un conjunto de relaciones antagónicas requiere volver el sistema de necesidades un atributo propio, un momento de su propia existencia ética como Estado. Este sentido hegeliano del concepto de sociedad civil puede ser leído como una conceptualización determinada por las características de la sociedad burguesa moderna, donde el Estado opera de tal forma que concilia e integra el conflicto: una actividad del Estado en la construcción de la universalidad concreta que pone a las instituciones de la sociedad civil como momentos de su propia organización. Un movimiento, por lo tanto, de mediación dialéctica, que no es la articulación de dos realidades separadas o el desarrollo incremental de una en la otra.

Creemos que este recorrido por el texto hegeliano puede servirnos para pensar la particular articulación entre Estado moderno y hegemonía que puede derivarse de los textos gramscianos. Bajo esta concepción, no se trata de una consenso logrado en la sociedad civil que luego es reforzado por el Estado, sino de una sociedad civil atravesada por antagonismos que buscan ser integrados por una estatalidad que produce su propia diferenciación entre público y privado. Pero, a su vez, mediada por la teoría marxista que los articula, la unidad ética hegeliana se

demuestra inalcanzable dentro de los textos gramscianos dado el irreconciliable antagonismo de las relaciones sociales capitalistas. La universalidad postulada desde lo estatal no responde así más que a una forma particular de interés y dominación de una clase. De esta forma, la organización del conflicto no resuelve los antagonismos; lejos de integrarlos pacíficamente, sólo puede postular un equilibrio que, inestable, aparece como expresión de un conjunto de acciones que buscan moderar el enfrentamiento integrando a las clases subordinadas bajo la dirección de la clase dominante, bajo su hegemonía. Lejos de la construcción de una unidad ética del conjunto de los individuos, la hegemonía producida por el Estado implica la dominación de una clase y la preponderancia de sus intereses buscando su máxima expansión; un intento de integrar y conciliar bajo el dominio clasista un conflicto que no puede ser solucionado bajo las condiciones de esa sociedad.

Pero partiendo desde una profundización de esta constelación conceptual hegeliana sobre lo estatal, nos encontramos con la especificidad de lo moderno para esta forma de Estado. Es decir, la posibilidad de que la dominación estatal tome una forma hegemónica, de producción de un equilibrio entre los intereses en conflicto mediante mecanismos de integración de los subalternos, se deduce de las características de la particular sociedad civil propia de las relaciones sociales capitalistas. Por esta razón, en vez de pensar la hegemonía desde una teoría política general de la dominación, nos encontramos con el despliegue de un particular momento en el enfrentamiento propio de la sociedad moderna. Los grados de las relaciones de fuerza que dan lugar a una teoría de la hegemonía deben ser pensados, entonces, desde el despliegue del conflicto de la sociedad capitalista que recubre todos sus momentos, y lo estatal, como un momento de búsqueda de equilibrio e integración del conflicto. La forma estatal de la hegemonía se construye, por lo tanto, en una reflexión presente en los textos gramscianos sobre la diferencia particular del Estado moderno burgués:

> La revolución aportada por la clase burguesa a la concepción del derecho y por lo tanto a la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (de ahí la eticidad del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran esencialmente conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un paso orgánico de las otras clases a la suya, esto es, a ampliar su esfera de clase "técnicamente" e ideológicamente: la concepción de casta cerrada. La clase burguesa se postula a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del Estado es transformada […] (*Q8* <2>: 214)

La absorción del conjunto de lo social bajo una dirección que permita una organización de todas las clases asimilándolas, en abstracto, a las posiciones económicas y culturales de la clase dominante, aparece así como propia del derecho burgués moderno. Bajo la forma social de producción e intercambio mercantil, los miembros de la clase subalterna se encuentran libres de la sujeción formal característica de sociedades anteriores. Esto transforma la función del Estado, que ya no supone la fijación legal y coercitiva de los sujetos en su actividad productiva, la división en castas o estamentos, y permite, a través de la acción del derecho, una función estatal como unidad del conjunto bajo la libertad e igualdad formal de todos sus miembros. La dominación de clase se ejerce, precisamente, sobre el fundamento de una unidad del conjunto social en el estado-nación que impone una dirección que incorpore a las clases subalternas.

El Estado moderno en su sentido jurídico-formal, la "sociedad política", actúa así por medio del derecho para producir una unidad política bajo la dirección de la clase dominante frente a un conjunto de individuos aislados por la producción mercantil y atravesados por el antagonismo clasista que ésta supone. Este Estado es, por lo tanto, radicalmente distinto al de sociedades anteriores, permitiendo pensar su accionar como producción de una dominación hegemónica:

> […] en el Estado antiguo y en el medieval, el centralismo tanto político-territorial como social (y uno no es sino función del otro) era mínimo. El Estado era, en cierto sentido, un bloque mecánico de grupos sociales y a menudo de razas distintas: dentro del ámbito de la coerción político-militar, que se ejercía en forma aguda solo en ciertos momentos, los grupos subalternos tenían una vida propia, autosuficiente, instituciones propias, etcétera, y en ocasiones estas instituciones tenían funciones estatales, que hacían del Estado una federación de grupos sociales con funciones diversas no subordinadas […] El Estado moderno sustituye al bloque mecánico de los grupos sociales por su subordinación a la hegemonía activa del grupo dirigente y dominante, por consiguiente deroga algunas autonomías, que sin embargo renacen en otra forma, como partidos, sindicatos, asociaciones de cultura (*Q25* <4>: 181).

En la modernidad, la producción de la dominación de clase se distingue, por lo tanto, de sus formas anteriores fundadas en una articulación mecánica garantizada por medio de la violencia. Esto supone, a su vez, la constitución de una unidad integral del conjunto de grupos sociales que no mantienen sus propias instituciones políticas de forma autónoma. Podríamos agregar: supone la incorporación dentro del propio Estado de todas las organizaciones propias de los grupos en conflicto, de manera de subordinarlas bajo una dirección, tal como sucedía con las instituciones de la sociedad civil en la lógica hegeliana. Mientras la dominación en las sociedades precapitalistas contiene un conjunto de instituciones que fijaban a cada individuo en una función y actuaban regulándolos, la dominación moderna impone la creación de una unidad del conjunto de las clases bajo la subordinación a la dirección de la clase dominante. Nombrada como hegemonía, esta subordinación supone por tanto la organización de las propias clases dominantes y la integración de las clases subalternas y de sus instituciones bajo la forma Estado.

> Precisamente ésta es la función del derecho en el Estado y en la Sociedad; a través del "derecho" el Estado hace "homogéneo" el grupo dominante y tiende a crear un conformismo social que sea útil a la línea de desarrollo del grupo dirigente. La actividad general del derecho (que es más amplia que la actividad puramente estatal y gubernativa e incluye también la actividad directiva de la sociedad civil, en aquellas zonas que los técnicos del derecho llaman de indiferencia jurídica, o sea en la moralidad y las costumbres en general) sirve para comprender mejor, concretamente, el problema ético, que en la práctica es la correspondencia "espontánea y libremente aceptada" entre los actos y las omisiones de cada individuo, entre la conducta de cada individuo y los fines que la sociedad se impone como necesarios […] (*Q6* <84>: 70).
>
> La unidad histórica de las clases dirigentes ocurre en el Estado, y la historia de aquéllas es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados. Pero no hay que creer que tal unidad sea puramente jurídica y política, si bien también

> esta forma de unidad tiene su importancia y no solamente formal: la unidad histórica fundamental, por su concreción, es el resultado de las relaciones orgánicas entre Estado o sociedad política y "sociedad civil" (*Q25* <5>: 182).

Esta particularidad del Estado capitalista, que de esta forma –contraria a las conceptualizaciones también presentes en el texto gramsciano– permitiría en sentido estricto hablar sólo de Estado como forma integral de organización de la dominación en esa sociedad,[24] implica un proceso de incorporación del antagonismo social a una unidad de la dominación que reconoce formalmente la libertad e igualdad de todos sus miembros. Se trata de una incorporación de las clases antagónicas y de sus instituciones existentes por fuera del Estado, de forma tal que se garantice la dominación de clase, por la continuación de las relaciones sociales que funcionan como base material de existencia de ese Estado. En consecuencia, el conjunto de acciones emprendidas desde lo estatal, el derecho, la violencia, pero también la regulación y concesión de demandas, producen una dirección que representa el desarrollo y la expansión de una clase social, organizando con su accionar a la propia sociedad civil de forma de integrar al conjunto de los grupos sociales a esa dirección hegemónica. La burguesía, y en particular un sector de ésta, puede por tanto postular su dirección como aquella que contiene al conjunto de la sociedad y organiza así a todos los grupos según sus propias necesidades.

Esta diferencia plenamente moderna en la dominación permite, a partir de la forma derecho, una interacción social que acompaña y fortalece el lazo moderno propio de las relaciones mercantiles, la construcción de los equilibrios que incluyen a los grupos subalternos produciendo su subalternidad de manera de equilibrar el conflicto. Esto implica la posibilidad de construcción de un consenso que no es mero convencimiento ideológico, sino que parte de una efectiva garantía de ciertos intereses y necesidades de las clases populares, siempre y cuando éstas puedan equilibrarse como parte de la expansión de la clase dominante. La hegemonía entendida en su forma estatal implica un complejo proceso de producción de este equilibrio inestable que, sobre la base de determinadas relaciones sociales que dan forma al antagonismo moderno y a su forma estatal, garantiza la permanencia de ciertas clases como dominantes y de otras como dominadas.

Sin embargo, a diferencia de una conceptualización del Estado que pudiera verlo como la extensión de la voluntad-conciencia, este accionar no puede resultar de una acción consciente de una clase que "maneje" al Estado como instrumento. Volviendo a la teoría de las relaciones de fuerza, podemos afirmar que es el propio conflicto entre clases el que explica, con su desarrollo, la forma y el accionar del Estado. El momento "político" de las relaciones de fuerza expresa la forma particular del despliegue del antagonismo clasista en torno a las características propias del estado moderno. No se trata de un momento segundo en el que se expresa como conflicto algo objetivo de la economía, sino una forma específica del enfrentamiento entre clases que atraviesa el conjunto de lo social.[25] De esta manera, la producción de la hegemonía

[24] En un énfasis del carácter burgués del Estado hegemónico en los textos gramscianos se menciona abiertamente a los jacobinos en la Revolución Francesa como sus creadores: "porque no sólo organizaron un gobierno burgués, o sea que hicieron de la burguesía la clase dominante, sino que hicieron aún más, crearon el Estado burgués, hegemónico, o sea que dieron al Estado nuevo una base permanente, crearon la sólida nación moderna francesa" (*Q19* <24>: 402)

[25] Hemos afirmado que esta interpretación se encuentra en tensión con las conceptualizaciones que hacen a una teoría general del estado como despliegue de una voluntad-conciencia de clase. Incluso en

es resultado de la lucha de clases en el ámbito del Estado moderno; un resultado contingente y contradictorio del intento de traducir en términos de dominación estatal, de integración subordinada de las clases dominadas, el conflicto antagónico propio de la lucha de clases en la sociedad capitalista.[26]

En suma, es desde la particularidad histórica del Estado como forma política de las relaciones sociales capitalistas que podemos pensar la forma estatal de la hegemonía desde una correlación de fuerzas políticas que produce la integración del conflicto antagonista bajo los términos de la dominación estatal. Una hegemonía producida por un conjunto de instituciones que generan un equilibrio inestable de fuerzas entre las clases sociales en lucha bajo la dominación y dirección de una de éstas, que logra por intermedio de este accionar estatal presentar su expansión como la del conjunto social. La forma estatal de la hegemonía implica, por lo tanto, mucho más que la construcción de un convencimiento ideológico o la adopción de la concepción del mundo de la clase dominante por parte de las masas. Es la constitución efectiva de un equilibrio de intereses a partir de un accionar estatal que interviene sobre el conjunto de los individuos y sus organizaciones de manera de incorporarlos, subordinadamente, a una dirección de clase.

¿Cómo concebir, entonces, al conjunto de instituciones y mecanismos que actúan en esta producción de hegemonía, y cómo pensar su unidad como parte del Estado? Una imagen tradicional del pensamiento de Gramsci ha planteado la existencia de las dos instancias, sociedad civil y sociedad política, como geografías diferenciadas, caracterizando a la primera como espacio de constitución de un consenso ideológico y a sus instituciones difusoras de cultura, como las productoras de la hegemonía. Esto plantea dos alternativas para explicar su articulación con el Estado: a) una expansión y desarrollo desde la sociedad civil hacia el Estado en un movimiento ascendente de un mismo contenido de clase; b) una extensión o ampliación del Estado que incorpora un espacio que le es ajeno.

Pero como hemos desarrollado aquí, la sociedad civil no es un reino pre-político sino un conjunto de instituciones y prácticas interpeladas e integradas desde el Estado que presuponen para existir. Bajo la lectura de los textos gramscianos que estamos ensayando, se despliega una primacía de lo estatal como forma política consolidada de una sociedad civil específica, la burguesa, que se desarrolló hasta asumir eventualmente la hegemonía en la sociedad como un todo. Por esta razón, tratar de localizar la hegemonía sólo en uno de los niveles del Estado integral lleva a antinomias irresolubles. Estos momentos de la totalidad estatal no se conciben en un sentido espacial sino funcional, caracterizado por la hegemonía como práctica que atraviesa sus fronteras, de manera de consolidar fuerzas sociales, condensándolas en un poder político con base de masas (Filippini, 2015; Thomas, 2010). La reflexión sobre las instituciones y

---

afirmaciones que acompañan las reflexiones que aquí hemos articulado podemos observar el problema del devenir Estado de toda clase social por fuera de la determinación histórica de las relaciones sociales capitalistas y del derecho como función transhistórica de "educar" a la población adaptando sus conductas a las necesidades objetivas del avance de la producción.

[26] En este sentido, en el texto gramsciano se destaca al propio terreno legal como la forma "más económica" de lograr un equilibrio entre las fuerzas sociales en condiciones normales: "Cuando una lucha puede componerse legalmente, no es peligrosa: se vuelve tal precisamente cuando el equilibrio legal es reconocido imposible" (*Q14* <76>: 169). Pero el propio sistema político-legal puede también convertirse en una fuente de organización de las fuerzas antagónicas y de intensificación la lucha social; cuando esto sucede, Gramsci afirma que tiende a ser abolido o remplazado.

los mecanismos que producen la hegemonía debe partir, por lo tanto, de este particular vínculo de unidad y distinción entre sociedad civil y sociedad política que la noción integral de Estado supone. Una unidad, bajo la primacía del Estado, que permite superar su caracterización por la mera distinción legal entre público y privado, incorporando dentro de lo estatal elementos jurídicamente ajenos a él, pero articulados por su rol protagónico para la formación de la dominación en la sociedad moderna (Liguori, 2016).

Como hemos planteado, ya en el pensamiento hegeliano nos encontramos con instituciones del estado-gobierno que organizaban la sociedad civil como momento propio. Sin embargo, es evidente que los textos gramscianos, que parten de esta conceptualización de Hegel, van más allá, planteando su insuficiencia: "Su concepción de la asociación no puede ser todavía más que vaga y primitiva, entre el político y el economista, según la experiencia histórica de la época, que era muy limitada y daba un solo ejemplo logrado de organización, el "corporativo" (política injertada en la economía)" (*Q1* <47>: 122). En una observación que extiende también a Marx, el texto gramsciano nos advierte sobre una forma aún vaga de describir estas instituciones de la sociedad civil, dado que históricamente sus formas concretas eran limitadas. La incorporación gramsciana de esta problemática incluye, por lo tanto, no sólo una crítica marxista a ese Estado como dominación de clase y a su organización e integración como hegemonía, sino también una diferencia desde el desarrollo histórico de las instituciones y mecanismos que producen la dominación hegemónica.

Partiendo de esta advertencia, nos encontramos con una mayor determinación de las coordenadas históricas de la forma estatal de la hegemonía. Si ésta ya aparecía como excluyente del Estado moderno, vemos que ahora requiere para su despliegue de un desarrollo histórico de sus estructuras. Se trata nuevamente, entonces, de la problemática que planteamos en el primer capítulo de esta tesis como *locus* de emergencia del concepto de hegemonía: el advenimiento de la sociedad de masas producto de un capitalismo desarrollado que excede ampliamente las organizaciones sindicales y políticas de principios del siglo XIX. La extensión histórica de las relaciones sociales capitalistas implica una transformación en la composición de las sociedades tradicionales por la que los individuos pasan a estar separados de sus modos de organización tradicionales, e impulsados, en gran parte, por un movimiento masivo hacia las ciudades.

La extensión y el desarrollo de esta forma social que se produce bajo la sociedad de masas requiere una transformación de la política que marca la consolidación de una forma plenamente moderna de la dominación. Identificada con la expansión burguesa que se sucede en Europa luego de 1870, la forma estatal de la hegemonía adquiere así las coordenadas históricas de una transformación signada por el desarrollo de ciertas instituciones de la sociedad civil que se incorporarán al Estado, y por el cambio en el propio Estado bajo la extensión de la democracia de masas. Dos formas, en suma, en que se logra producir una nueva organización de la sociedad para incorporar subordinadamente a las masas bajo la dominación política de una clase.

Es a partir de esta integración bajo formas estatales del conflicto antagonista que podemos pensar las instituciones que cumplen histórica y efectivamente esta función hegemónica. Se trata de abordar, de forma general, en qué sentido se producen mecanismos políticos de una integración material y simbólica de las masas populares, por los cuales "Estado significa especialmente dirección consciente de las grandes multitudes nacionales, o sea necesario 'contacto sentimental de ideológico' con ellas y en cierta medida "simpatía" y comprensión de

sus necesidades y exigencias" (*Q9* <42>: 34). Una reflexión que, como venimos desarrollando a lo largo de la tesis, gira en torno a cómo reconstruir la dominación, cómo articular una dirección de los subalternos, luego del desborde de las formas liberales de la política que produce la activación de las masas. Por esta razón, "uno de los problemas de la técnica política que se presenta hoy, pero que las democracias no consiguen hallar el modo de resolver, es precisamente éste: el de crear organismos intermedios entre las grandes masas, inorganizables profesionalmente (o difícilmente organizables), los sindicatos profesionales y los partidos y las asambleas legislativas." (*Q7* <103>: 208). El problema principal para pensar la hegemonía se constituye, por lo tanto, en la producción de estos mecanismos políticos estatales de mediación e integración de las clases subalternas bajo la dirección de la clase dominante.

De este modo, contrario a una definición "topológica" que vuelve a todas las instituciones de la sociedad civil productoras de la hegemonía, debemos identificar cuáles son las instituciones que actúan en la conformación del equilibrio de intereses entre clases. Las reflexiones gramscianas permiten ir más allá de una restricción jurídica a lo "público", pudiendo incluir funcionalmente elementos "privados"; en su rol como organizador de la dominación en una determinada sociedad, el Estado está compuesto por instituciones que exceden su estructura formal. Nos encontramos, entonces, con formas de incorporar las instituciones propias de la clase antagonista que ahora, más que aparecer en oposición al Estado, forman parte integral de éste, tal como sucede crecientemente con los partidos o los sindicatos de la clase trabajadora. Las notas carcelarias describen así un fenómeno en pleno desarrollo de constitución de la representación de clase por medio de su incorporación mediada por los sindicatos y los partidos políticos modernos de masas. El Estado, por lo tanto, incluye como un sistema propio un conjunto de instituciones ajenas que funcionan como forma de incorporar y representar los distintos grupos sociales.

Pero a su vez, este mismo mecanismo de integración transforma las instituciones formales del Estado en sentido estricto: ellas también deben ser consideradas capaces de una acción que construya la hegemonía. En este sentido, si observamos las afirmaciones gramscianas sobre la división de poderes en el Estado burgués, nos encontramos con una manera de producción hegemónica desde los poderes estatales tradicionales. Tras el advenimiento de una política de masas que irrumpe imponiendo sistemas democráticos, se produce una transformación de las instituciones públicas, que ahora actúan representando e integrando a diversos grupos sociales, en una unidad del Estado que existe bajo la distinción de sus poderes: "Naturalmente los tres poderes son también órganos de la hegemonía política" (*Q6* <81>: 67).[27] Los cambios de equilibrios entre estos poderes, así como las transformaciones de esta división y del conjunto del aparato de Estado, pueden entenderse, entonces, en función de las relaciones de fuerza entre clases, como cristalización de la hegemonía de fracciones de la clase dominante en las propias instituciones del Estado de derecho moderno (Poulantzas, 1980).

La forma estatal de la hegemonía nos permite así ir más allá del debate sobre su "espacio" de ejercicio, en la dicotomía entre sociedad civil y sociedad política. Entendida como una forma

[27] En sentido estricto Gramsci reproduce en esta nota a la hegemonía como fenómeno de la sociedad civil, al titularla justamente: "Hegemonía (sociedad civil) y división de poderes". En una de las pocas notas que vinculan los aparatos públicos al concepto de hegemonía, estos parecen en tensión. Son nombrados como órganos de hegemonía, pero parecen referir a como se expresa efectivamente en los órganos estatales una dirección "espiritual" del conjunto de lo social producida en la sociedad civil.

particular de la dominación moderna que integra a las masas bajo un conjunto de mecanismos públicos y privados, la hegemonía se produce en ambos momentos, en una integralidad que ya no es mera sumatoria de coerción y consenso. De hecho, dentro de esta nueva unidad, se puede plantear el problema de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política, el problema de sus mediaciones, también como un campo de ejercicio de la hegemonía. La definición funcional de las organizaciones de hegemonía encuentra, en efecto, otra formulación que incorpora nuevas dimensiones de la dominación al plantearse las relaciones entre lo estatal y la llamada opinión pública. Elemento nacido en la lucha por la conquista del poder de la burguesía, la opinión pública opera en el texto gramsciano como nexo, precisamente, de la propia unidad-distinción entre sociedad civil y sociedad política.[28] Refleja una intervención característica de la dominación moderna por medio de la cual el Estado organiza la opinión a su favor, una acción ideológica que complementa sus tareas en pos de la producción del equilibrio inestable entre clases. El Estado puede entonces apuntar al control de distintos espacios donde se construye la opinión, considerando organismos que nuevamente exceden la distinción público/privado:[29]

> Lo que se llama "opinión pública" está estrechamente vinculado con la hegemonía política, o sea que es el punto de contacto entre la "sociedad civil" y la "sociedad política", entre el consenso y la fuerza. El Estado, cuando quiere iniciar una acción poco popular, crea preventivamente la opinión pública adecuada, esto es, organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil […]
>
> La opinión pública tal como hoy se entiende nació en vísperas de la caída de los Estados absolutos, o sea en el periodo de lucha de la nueva clase burguesa por la hegemonía política y por la conquista del poder. La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante: por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública: periódicos, partidos, parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y con ello la

[28] Los estudios de Habermas sobre la esfera pública muestran este surgimiento en relación a la sociedad burguesa. Sus teorizaciones sobre la sociedad civil como esfera pública de discurso contencioso deben reconducirse a su vez a las características de la sociedad capitalistas y su particular forma de lazo social en tanto condiciones de su existencia (Habermas, 1982).Por esta razón, consideramos que la derivación de la esfera pública como burguesa de los primeros trabajos de Habermas, debería servir para dar cuenta de los antagonismos de esta particular sociedad y de los intereses y conflictos de clase que se expresan en la sociedad civil, así como de su función integrada en los conflictos por la hegemonía mediados por lo estatal. Por el contrario, en los trabajos posteriores de Habermas la sociedad civil será pensada como una esfera de debate entre iguales que logran un consenso democrático, omitiendo toda referencia a su emergencia desde relaciones sociales específicas y con estas al problema de la dominación de clase.

[29] En consecuencia, la hegemonía no se constituye por un moldeamiento de la opinión por un conjunto de medios de comunicación que determinan la voluntad popular, condicionando al espacio democrático del Estado. Sin negar un lugar a los medios, y permitiendo su incorporación desde transformaciones históricas que los hagan parte de un accionar estatal hegemónico (y aquí sería interesante explorar la historia de las políticas de intervención, regulación, censura o financiamiento estatal de los medios), la noción gramsciana lejos está en darles un rol protagónico en la construcción de la hegemonía. Tampoco esta puede concebirse como resultado de un relato por parte del Estado que, mediante la articulación de un discurso hegemónico, convence al pueblo en un consenso que se refleja electoralmente. El discurso del propio gobierno es un elemento que debe ser incorporado, pero entendiendo que constituye sólo un nivel del reconocimiento de otros grupos sociales dentro de su dirección: una concesión de demandas simbólicas que debe formar parte de una integración subordinada efectiva de estos grupos con la inclusión de sus organizaciones y de sus demandas materiales.

> voluntad/política nacional, convirtiendo a los disidentes en un polvillo individual e inorgánico (*Q7* <83>: 196).

En su conjunto, los mecanismos y organizaciones de constitución de la hegemonía estatal dan cuenta de distintas formas con las cuales el Estado interviene sobre la sociedad, organizando la dominación de clase. Juntas configuran un modo propiamente moderno de constitución del poder político, surgido de las características de las relaciones sociales capitalistas, que intenta integrar el antagonismo inherente a esa sociedad bajo la unidad política del Estado. La hegemonía implica, por lo tanto, la constitución de un equilibrio inestable entre las fuerzas sociales antagónicas, incorporándolas por medio de un conjunto de mecanismos legales, de reconocimiento, de construcción de la opinión, de represión y de concesión de demandas, que permiten a una clase presentar su expansión como la del conjunto nacional.

Creemos, por último, que, bajo esta constelación conceptual que anuda una forma estatal de la hegemonía, se produce una relevante determinación ulterior para pensar el concepto y sus implicancias para una teoría política marxista. Porque si esta forma de la dominación surge de las formas propiamente burguesas de la política, de un desarrollo histórico que le permite integrar a las masas bajo una dirección hegemónica, esto implica su potencial fin, y con éste, el de la hegemonía en cuanto tal, en una sociedad que supere la dominación burguesa. En este sentido, podemos ver que la propia concepción hegeliana de la relación sociedad civil/Estado, que daba comienzo a la reflexión sobre el Estado Integral y su dominación hegemónica, es pensada como parte de un momento histórico de expansión de la burguesía y su sociedad, pero también de su agotamiento y necesidad de ser superada:

> La concepción de Hegel es propia de un periodo en el que el desarrollo de la burguesía en expansión podía aparecer ilimitado, por consiguiente la eticidad o universalidad de aquella podía ser afirmada: todo el género humano será burgués. Pero en realidad solo el grupo social que postula el fin del Estado y de sí mismo como fin a alcanzar, puede crear un Estado ético, tendiente a poner fin a las divisiones internas de los dominados, etcétera, y crear un organismo social unitario técnico-moral (*Q8* <179>: 308).

Las consecuencias de esta forma de entender la hegemonía se extienden así, a su vez, más allá del análisis de la forma de dominación de la sociedad capitalista como territorio de su despliegue en los textos gramscianos, para plantear su límite histórico, impedir su proyección a la sociedad pos-capitalista, y, con este límite, la dificultad de proponer una hegemonía proletaria. Son el Estado y el derecho burgués los que postulan, bajo la idea abstracta de igualdad y libertad de todos los miembros de la sociedad, una unidad ética ilusoria sostenida bajo la división y dominación clasista de la sociedad. Pero la verdadera unidad sólo será posible con el fin de la división de clases, con el fin del antagonismo social sobre el que se erige el Estado burgués, con "la desaparición de la sociedad política y el advenimiento de la sociedad regulada" (*Q7* <33>: 170). Pensando bajo esta constelación, desde la crítica a la forma estatal de la hegemonía, el proyecto político del proletariado no aparece por lo tanto como su devenir Estado, sino como la disolución misma del Estado en su separación de la sociedad.

> Una clase que se postule a sí misma como capaz de asimilar a toda la sociedad, y sea al mismo tiempo capaz de llevar a cabo este proceso, lleva a la perfección esta concepción del Estado y del derecho, hasta el punto de concebir el fin del Estado y

> del derecho, inútiles a fin de cuentas por haber agotado su misión y haber sido absorbidos por la sociedad civil (*Q8* <2>: 214).

La supresión de las relaciones sociales que daban forma al Estado implica el fin del antagonismo entre clases que lo requería para asegurar la dominación, planteando, en continuidad con planteos clásicos del marxismo, la reabsorción del estado en la sociedad y su reemplazo por un organismo de carácter técnico. Sin entrar aquí en la discusión sobre los significados de la concepción de disolución del Estado en el marxismo, lo que queremos destacar es que la postulación de la "sociedad regulada" implica un límite histórico para el concepto de Estado y, con él, para el de hegemonía. En suma, lejos de pensar el devenir hegemónico del proletariado, o una política centrada en la disputa por sus organismos de producción de hegemonía, nos encontramos así con una posible crítica radical de lo estatal y de la hegemonía como forma de dominación, con una política que apunta a la supresión de dicha instancia, ya innecesaria en una sociedad sin dominación de clase y sin hegemonía.[30]

La forma estatal de la hegemonía, su conceptualización como un fenómeno producto de un accionar integrador de las masas desde el estado, implica así determinaciones distintas en sus características a las que hemos visto en la hegemonía ideológica-cultural. En términos de su materialidad, lejos de reducirse a la ideología, supone un conjunto de políticas de concesión de intereses, articulación de demandas materiales y simbólicas, e incorporación de organizaciones de otras clases, que incluyen un consenso ideológico aunque van mucho más allá de él, y que suponen también el uso de la coerción. Con respecto al espacio de su ejercicio, se extiende a una unidad de lo estatal que incluye a la sociedad civil pero que no la privilegia como terreno de la hegemonía; centrada en la acción estatal, la sociedad civil aparece organizada, articulada e integrada al aparato estatal. A su vez, si en su forma ideológico-cultural la hegemonía encontraba un sujeto privilegiado en los intelectuales, aquí es más difícil determinar un actor social diferenciado que la produzca y la ejerza. Más que una producción consciente, es un resultado contradictorio de la acción de distintas instituciones estatales. Por último, la temporalidad de esta hegemonía supone una diferencia fundamental con respecto a su forma ideológico-cultural. Ésta no se produce en todas las sociedades, en toda la historia como manera de dar una unidad a lo social, sino que responde a características propias de la sociedad moderna capitalista y, más particularmente, a sus formas desarrolladas. Aunque una vez dadas estas condiciones parecería ser una constante, ella supone un límite temporal a la hegemonía, tanto

[30] Esta forma de pensar la crítica a lo estatal y a la hegemonía puede entonces reconducirse a los textos gramscianos más tempranos, aquellos anteriores a la adopción de la fórmula tercerinternacionalista de la hegemonía, centrados en la autonomía obrera y en un impulso por la construcción de órganos de poder propios como los soviets. Bajo la negación de toda continuidad entre el Estado burgués y el socialista, y contra toda política que vea en el fortalecimiento de lo estatal o una política necesariamente progresiva, se afirmaba en estos que "la acción inmediata que el proletariado debe desarrollar no puede tender en lo absoluto a la ampliación de los pobres y al intervencionismo estatal, sino que debe tender a la descentralización del Estado burgués a la ampliación de las autonomías locales y sindicales fuera de la ley reglamentaria" (*NM*: 122). Una ampliación de la autonomía de las organizaciones de los subalternos que puede entonces leerse como la ruptura con su subordinación bajo la hegemonía burguesa más que como la producción de una hegemonía por parte de otra clase.

hacia el pasado, en sociedades no capitalistas, como hacia el futuro, en una sociedad emancipada donde la hegemonía no existirá[31].

Desplegada esta conceptualización sobre lo estatal y su relación con la hegemonía, podemos preguntarnos, entonces, cuáles sus implicancias para una teoría política marxista que piense desde las relaciones de fuerzas. O, dicho de otro modo, cuánto esta forma de pensar el Estado y la hegemonía es (in)compatible con el marxismo gramsciano, con su filosofía de la praxis. Partiendo de la potencia de los textos gramscianos, hemos planteado una posible reconstrucción teórica de lo estatal y del conflicto por la hegemonía que ahora debemos pensar *contra* Gramsci, para luego abordar cómo esta forma estatal de la hegemonía ha sido retomada *más allá* de éste, ampliando y profundizando los entendimientos marxistas de la política.

2. ¿Filosofía de la praxis o crítica de la economía política? La forma estatal y su hegemonía *contra* Gramsci

La construcción de la relación entre hegemonía y Estado que hemos intentado articular supone una manera de entender lo estatal desde el marxismo que no necesariamente es la que

[31] Existe un elemento más al abordar las relaciones entre Estado y hegemonía. Se trata de la extensión del concepto para calificar la relación entre estados en el plano internacional. En la primera parte de esta tesis observábamos una proliferación de menciones de la palabra hegemonía para calificar un vínculo entre dos entidades nacionales, aunque estas menciones nunca avanzaban en una conceptualización mayor sobre este plano internacional de la hegemonía. Este "uso" frecuente a en las notas gramscianas no se constituía por lo tanto en nuestra investigación como una cuarta forma de la hegemonía, y esto por dos razones: a) en muchos casos respondía a una repetición del uso de la palabra en su época para caracterizar la influencia de una nación sobre otra; b) cuando contiene elementos conceptuales, aparecía como un momento segundo en el que la hegemonía de una clase lograda en un estado se extiende hacia un plano internacional. Podríamos afirmar que allí donde este opera, esta hegemonía en el plano internacional parece ser derivada de la formación de una hegemonía estatal: "¿Las relaciones internacionales preceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Siguen, indudablemente [...] las relaciones internacionales reaccionan pasivamente y activamente sobre las relaciones políticas (de hegemonía de los partidos)" (Q13 <2>: 18). En este sentido, resulta claro que, en sus sentidos fundamentales, en los textos gramscianos, "el concepto de hegemonía [es] aquel donde se anuda las exigencias de carácter nacional" (*Q14* <68>: 156), y que en todo caso es desde este plano nacional que pueden derivarse las relaciones con otros estados. De esta manera, por ejemplo, la expansión estatal hacia otros territorios aparece como propia de las necesidades de las distintas burguesías que han logrado una hegemonía en cada país: "El grupo dirigente tenderá a mantener el equilibrio que sea mejor para su permanencia, no sólo eso sino para su permanencia en condiciones determinadas de prosperidad e incluso a incrementar tales condiciones. Pero como el área social de cada país es limitada, tenderá a extenderla a las zonas coloniales y de influencia y por lo tanto a entrar en conflicto con otros grupos dirigentes que aspiran al mismo fin o en cuyo perjuicio la expansión de aquél deberá necesariamente producirse, porque incluso el globo terrestre es limitado. Todo grupo dirigente tiende en abstracto a ampliar la base de la sociedad trabajadora de la que se extrae plusvalía, pero la tendencia abstracta se vuelve concreta e inmediata cuando la extracción de plusvalía en su base histórica se ha vuelto difícil o peligrosa más allá de ciertos límites que, sin embargo, son insuficientes. (*Q13* <34>: 75). Consecuentemente, el lugar de un Estado en el plano internacional, las posibles relaciones de hegemonía entre estos, se derivan también de la capacidad hegemónica de la clase a su interior: "En la noción de gran potencia debe considerarse también el elemento "tranquilidad interna" o sea el grado y la intensidad de la función hegemónica del grupo social dirigente" (*Q13* <15>: 30) en tanto le permite "la posibilidad de imprimir a la actividad estatal una dirección autónoma, cuya influencia y repercusión deben sufrir los otros Estados: la gran potencia es potencia hegemónica, jefe y guía de un sistema de alianzas y de acuerdos de mayor o menor extensión" (*Q13* <19>: 47).

efectivamente se despliega en los textos gramscianos. Los *Cuadernos* contienen, por cierto, las notas que aquí hemos recuperado: las que versan sobre la diferencia del Estado moderno con respecto a otras formas políticas; sobre esa particular forma política, propia de la burguesía, de integrar a otras clases; y, por lo tanto, sobre la posibilidad de la hegemonía. Sin embargo, estas notas nunca están acompañadas por una derivación de esa forma estatal de las características propias de la sociedad capitalista que expliquen dicha diferencia. Contrastan, a su vez, con numerosas afirmaciones que suponen una teoría general de lo estatal como instancia coordinadora y unificadora de toda sociedad, como expresión máxima de una voluntad de clase que deviene estado y organiza la sociedad desde la constitución de su Estado.

Así nos encontramos, por un lado, con una "concepción del Estado según la función productiva de las clases sociales" (*Q10* <61>: 233), que hace de lo político en toda sociedad la forma de articular la voluntad de una clase y su dominio de esta clase sobre el conjunto social; y al mismo tiempo, por otro, con una que en cambio parte de una noción "hegeliana" de sociedad civil, con su fundamento en la sociedad burguesa: un concepto de Estado específicamente moderno. Se trata de una forma de pensar lo estatal que nos permite articular una relación entre lo político y lo económico distinta de aquella que lo reduce a una voluntad de clase.[32] Nos enfrentamos, así, a dos formas, en tensión, de pensar lo político-estatal: una particular teoría "materialista histórica" que hace del Estado el máximo desarrollo subjetivo que parte de las posiciones de clase objetivas técnico-productivas presentes en toda sociedad; y aquella que pueda pensarlo desde la especificidad de las relaciones sociales capitalistas a partir de su antagonismo inherente y su despliegue en relaciones de fuerza entre clases. A lo largo de nuestra reflexión sobre la forma estatal de la hegemonía, hemos intentando extraer de las notas gramscianas una teoría que optara por la segunda de estas opciones: que explicara la existencia del Estado y sus características como forma política de las relaciones sociales capitalistas, y la hegemonía, por lo tanto, como incorporación del conflicto clasista antagónico bajo dicha forma estatal.

Bajo este movimiento, hemos forzado a Gramsci, entonces, a ir más allá de sí mismo, a partir de ciertas reflexiones contenidas en sus *Cuadernos*, de la recuperación, allí presente, de la teoría de Hegel, pero bajo la certeza de su superación bajo un pensamiento marxista. Podríamos afirmar que la crítica a la concepción hegeliana de la sociedad civil y su realización como unidad ética en el Estado constituye un punto de partida central del pensamiento de Marx. La constatación de la permanencia de lo parcial bajo la apariencia de la universalidad estatal y de la falta de libertad que ésta implicaba para gran parte de la población motiva al joven Marx a emprender una crítica política del Estado prusiano (Marx, 1983) que deviene crítica a la filosofía del derecho de Hegel (Marx, 2010) y, con ella, del Estado moderno como emancipación todavía parcial de lo humano (Marx, 2003 y 2005). Las razones de los límites del Estado son así encontradas en la propia sociedad civil, en el "sistema de necesidades" que impide en su persistencia una verdadera reconciliación universal. En consecuencia, de 1844 en adelante,

[32] En esta línea, Cerroni plantea la diferencia de Gramsci con el marxismo ortodoxo en la concepción del Estado y el derecho como voluntad de las clases dominantes, representados en su máxima expresión en las teorías jurídicas soviéticas de Vyshinsky. En contraposición a estas, en Gramsci puede encontrase una reflexión sobre el Estado a partir de la particular división de clases propia de la sociedad capitalista y, contra la teoría soviética de permanencia del Estado y la ley en el comunismo, la afirmación de la posibilidad de la superación y reabsorción del Estado en la sociedad civil (Cerroni, 1965).

Marx emprenderá un análisis de "la anatomía de la sociedad civil burguesa" para mostrar el antagonismo inherente de sus relaciones sociales y su carácter irreconciliable.

La crítica política, decíamos, deviene así crítica filosófica de la unidad hegeliana, y con ésta avanza hacia la crítica de las relaciones sociales capitalistas. El Estado (y su relación con una sociedad civil burguesa) aparece, por lo tanto, como clave en el pensamiento marxiano temprano, y explica su camino hacia el análisis del capitalismo. Sin embargo, la forma en que este problema persiste en el pensamiento de Marx es menos clara y ha dado lugar a diversas interpretaciones. Una lectura preponderante del marxismo, y que consideramos también predominante en Gramsci, plantea la constitución de una teoría general de la historia a partir del descubrimiento de la determinación económica como fundamento de toda sociedad. Un materialismo histórico, traducido de manera particular en los textos gramscianos como filosofía de la praxis, que explica lo social desde lo económico productivo como el fundamento material de la historia: de ella surgen los elementos subjetivos, y lo político y lo estatal se resuelven como su superestructura.

Existe, no obstante, otra forma de entender el desarrollo de la teoría marxiana: el antagonismo descubierto en la sociedad civil burguesa se vuelve el fundamento de una teoría crítica de las relaciones sociales capitalistas y, dentro de éstas, de lo político estatal. En ella, los elementos de una teoría general de la historia, representados en la clásica metáfora de la estructura y la superestructura, constituirán un momento luego abandonado en el desarrollo del pensamiento marxiano. Su obra más acabada, *El Capital*, no podría ser reconducida, por lo tanto, a un tratado de economía: se trata de un análisis crítico de las relaciones sociales capitalistas, de la forma en que en dicha sociedad se configura el lazo social moderno y de sus consecuencias en la constitución de la dominación entre sujetos sociales. Bajo esta lectura, la crítica a la reconciliación hegeliana se resuelve en una crítica históricamente determinada de las relaciones sociales capitalistas en su antagonismo inherente. Éstas dan forma al conjunto de lo social, resultando en una dominación ciega por el capital y en la dominación de clase necesaria que conlleva (Marx, 2002).

En este sentido, contra la idea de una "inversión" de Hegel sobre la cual se sostiene la metáfora base-superestructura, creemos que Marx no reemplaza la idea hegeliana por la materia, por una historia de lo económico o de las fuerzas productivas o por la praxis como transformación de la naturaleza, en un relato del desarrollo incremental y progresivo de la civilización desde el prisma de la producción. Por el contrario, el marxismo lee el movimiento dialéctico de la sociedad moderna a partir de la existencia de distintas formas objetivadas de las relaciones sociales capitalistas. Es en su contradicción, en su antagonismo inherente, en sus luchas, que pueden explicarse los desarrollos históricos y las transformaciones de la propia sociedad.

Lo político estatal debe ser entendido, consecuentemente, como una de las formas del despliegue de este antagonismo; una forma co-constitutiva de esas relaciones sociales, y no simplemente una realidad expresiva cuya determinación se encuentra en la economía. El Estado, lejos de ser una superestructura presente en toda sociedad, es una forma de las relaciones sociales capitalistas que existe *por* y *en* una sociedad cuyo lazo social fundamental se explica por la relación de capital, produciendo una separación de lo económico y lo político, de las relaciones de explotación y el dominio directo como ámbitos diferenciados. De esta forma, lo político tampoco es una voluntad de clase devenida estado, una organización que expresa la concepción

del mundo y los intereses conscientes de todo grupo dominante en cualquier sociedad, sino una forma política necesaria para el funcionamiento del lazo social moderno capitalista. Partiendo de este supuesto, lo político-estatal puede así encontrase en *El Capital*, y derivarse de la constitución de los sujetos del intercambio mercantil y la garantía de su propiedad (Pashukanis, 1976; Blanke, Jürgen y Kastendiek, 2017), en la construcción jurídica del fundamento del plusvalor por la particularidad del contrato de trabajo y la relación salarial (Rocca, 2017) o en la constitución violenta de la dominación frente a una lucha de clases caracterizada por la existencia de personas formalmente libres e iguales (Hirsch, 2017).[33]

Pero esta lectura de lo estatal conlleva un modo particular de entender el marxismo, lo político y la posibilidad de una relación de hegemonía entre las clases bien distinto al de aquel Marx de Gramsci que planteamos al abordar la filosofía de la praxis. No sólo supone una diferente centralidad de los textos que operan como fundamento de la teoría marxista al volver a *El Capital*, texto mayormente ausente en los *Cuadernos*, y hacer de él el texto central: transforma, aun más, la lectura de este texto. La crítica de la economía política no constituye, así, la exposición de una ideología propia de la burguesía; tampoco se reduce a plantear la historicidad de las categorías económicas planteadas como eternas. Sus categorías no dan cuenta de otra forma de entender una praxis productiva propia de una clase que logra organizar la sociedad bajo su concepción del mundo. Estas implican, por el contrario, un análisis de una sociedad que se produce y reproduce principalmente a partir del valor, y que en este movimiento articula un conjunto de formas sociales, incluidas las políticas, necesarias para su funcionamiento. Partiendo de estas relaciones sociales propias de la sociedad capitalista, de su antagonismo inherente que se despliega como conflicto y lucha de clases, el capital se vuelve así el punto de anclaje para entender la sociedad contemporánea.

¿En qué sentido podemos vincular esta forma de pensar el marxismo con el concepto de hegemonía? ¿Cuál es la presencia de esta crítica marxiana de la economía política en el texto gramsciano? Llamado la mayor parte de las veces "teórico de las superestructuras", Gramsci no se destaca por sus desarrollos en esta línea de indagación. Sus aportes para pensar la acumulación de capital quedaban relegados a breves intuiciones sobre el fordismo, e, incluso al tratar este fenómeno, el énfasis radicaba en el análisis de todas aquellas transformaciones culturales que acompañaron los cambios en la producción. En relación a lo económico, el pensamiento gramsciano mostraba sus potencias, por el contrario, en su capacidad para emancipar el marxismo del determinismo económico, en una crítica al economicismo que consecuentemente relegaba a un segundo plano el problema de las formas sociales de la acumulación y llevaba a un descuido de la crítica de la economía política marxiana, central para pensar el marxismo.

[33] Esta teoría crítica del Estado desde el marxismo fue desarrollada en los años setenta por el llamado debate alemán de la derivación. Más allá de las múltiples diferencias entre los participantes de este debate, todos buscaron pensar las contradicciones propias de las relaciones sociales capitalistas que explicaban la particularización de lo político, su separación en un unidad con lo económico, como punto de partida para pensar lo estatal. Esto no implica como algunos de sus críticos suponían reducir lo político a una lógica económica del capital, sino justamente pensar al capital como una forma históricamente determinada de antagonismo entre clases, que existe bajo formas sociales objetivas, formas que son tanto económicas, de acumulación y explotación, como políticas de subordinación y dominación (Bonnet, 2007a; Holloway y Picciotto, 2017).

En los últimos años han surgido, contra esta imagen, trabajos que han buscado revalorizar los aportes gramscianos para pensar lo económico, destacando la centralidad de una particular relectura de la economía política como parte integral de la filosofía de la praxis (Kratke, 2011; Guzzone, 2018). Sin embargo –como intentaremos mostrar brevemente–, antes que negarla, estas lecturas confirman la ausencia de una crítica de la economía política. Esto no implica afirmar que en Gramsci se produce una independencia de los elementos políticos e ideológicos con respecto a toda determinación económica. Implica, en cambio, que esta presencia de lo económico en los textos gramscianos, que esta filosofía de la praxis, no logra dar cuenta de aquello que es central para la crítica marxiana: la objetivación de relaciones entre los individuos bajo formas que operan a espaldas de su conciencia, la existencia de relaciones sociales antagónicas que se reproducen *en* y *por medio de* formas sociales fetichizadas.

Los elementos principales sobre los que estos trabajos han puesto foco son las notas gramscianas sobre David Ricardo y su importancia para el desarrollo del marxismo en una discusión contra la interpretación croceana de la economía marxiana: "El que la teoría del valor de Marx no sea un parangón elíptico, como querría explicar Croce, se desprende del hecho de que esa teoría es un desarrollo de la teoría de Ricardo" (*Q7* <42>: 177). A diferencia de la imagen croceana, lo económico en la teoría marxista no aparece como el objeto de una ciencia pura abstraída de las determinaciones históricas, de una explicación de la determinación del todo social por la operación de fuerzas económicas. Por el contrario, siguiendo elementos que aparecen como descubrimientos de Ricardo, la crítica marxiana busca pensar cómo se produce este automatismo de fuerzas económicas:

> Cuando Ricardo decía 'establecidas estas condiciones' se tendrán estas consecuencias en economía, no hacía 'determinista' la economía misma, ni su concepción era 'naturalista'. Observaba que establecida la actividad solidaria y coordinada de un grupo social, que opere según ciertos principios aceptados por convicción (libremente) en vista de ciertos fines, se tiene un desarrollo que puede llamarse automático y se puede asumir como desarrollo que puede llamarse automático y se puede asumir como desarrollo de ciertas leyes reconocibles y aislables con el método de las ciencias exactas. En todo momento hay una elección libre, que se da según ciertas líneas directrices idénticas para una gran masa de individuos o voluntades aisladas, en cuanto estas se han vuelto homogéneas en un determinado clima ético-político (*Q10* <8>: 143).

En el texto gramsciano, la economía política aparece por lo tanto como un modo de explicar los comportamientos económicos de los individuos en determinada sociedad derivados de una actividad consciente de un grupo social que se plantea ciertos fines y generaliza, mediante una convicción libre, su norma de conducta. Consecuentemente, este comportamiento, este *hommo economicus*, no refiere a características generales de lo humano, sino a determinado clima ético-político que imprime una línea de acción a las masas, configurada como comportamiento económico generalizado. Bajo esta lectura, entonces, lo económico se vuelve también producto de la misma hegemonía ideológico-cultural que discutimos en el capítulo anterior. Pero a su vez, recuperando la crítica de la economía política como parte integral de la filosofía de la praxis, los conceptos ricardianos se suman a las reflexiones sobre el devenir histórico y se vuelven centrales para el texto gramsciano en tanto aparecen como portadores de un nuevo método científico, no sólo aplicable a la economía. Bajo éstos, es posible pensar las fuerzas actuantes en una

sociedad desde una total y radical inmanencia, desde su configuración política e ideológica (Kratke, 2011; Thomas, 2010).

En esta recuperación de David Ricardo como parte constituyente del marxismo, el concepto de "mercado determinado" se destaca como un elemento clave para pensar la crítica de la economía política en el pensamiento gramsciano. Con este concepto se podría pensar cómo una particular correlación de fuerzas sociales produce una regularidad económica que puede entonces estudiarse bajo leyes tendenciales, aplicables en tanto se mantengan y perduren las fuerzas sociales que configuran dicho mercado. La crítica de la economía política vendría a mostrar, así, la historicidad y posible modificabilidad de las categorías económicas como propias de un mercado determinado por una correlación de fuerzas, rompiendo de esta manera con una ciencia económica que, como una ideología propia de la burguesía en su momento de expansión, planteaba la generalidad y eternidad de dichas relaciones económicas.

> Concepto y hecho de "mercado determinado", o sea demostración de que determinadas fuerzas han aparecido históricamente, cuya actuación se presenta con cierto "automatismo" que permite cierta medida de previsibilidad y de certeza para las iniciativas individuales. "Mercado determinado", por lo tanto, equivale a decir "determinada relación de fuerzas sociales en una determinada estructura del aparato de producción" garantizada por una determinada estructura jurídica. Para que pueda hablarse de una nueva "ciencia" habría que haber demostrado que existe una nueva relación de fuerzas etcétera que han determinado un nuevo tipo de mercado con su [propio] "automatismo" y fenomenismo que se presenta como algo objetivo, parangonable al automatismo de las leyes naturales
>
> La "crítica" de la ciencia económica parte del concepto de la "historicidad" del "mercado determinado" y de su "automatismo", mientras que los "economistas" puros postulan estos elementos como "eternos", "naturales"; analiza las relaciones de fuerzas que "determinan" el mercado, valorar su "modificabilidad" vinculada a la aparición de factores nuevos y a su fortalecimiento y presenta la "caducidad" y la "sustituibilidad" de la "ciencia" criticada: la estudia como "vida" pero también como "muerte", y encuentra en su intimidad los elementos de su superación infalible por parte de un "heredero" que será "presuntivo" hasta que no haya dado pruebas manifiestas de vitalidad, etcétera. De estas consideraciones se puede extraer un argumento para establecer lo que significa "regularidad", "ley", "automatismo" en los hechos históricos. No se trata de "descubrir" una ley metafísica del "determinismo", y tampoco de establecer una ley "general" de causalidad. Se trata de ver como en el desarrollo general se constituyen fuerzas relativamente "permanentes" que operan como cierta regularidad y cierto automatismo (*Q8* <128>: 280 y 281).

Articulando estos elementos con aquellos propios de la filosofía de la praxis, las lecturas contemporáneas han buscado incorporar lo económico al pensamiento gramsciano mediante la restitución de lo político en la economía, volviendo las formas económicas el "producto de las prácticas de producción ideológica [...] centralizadas hegemónicamente, pero difusas en todos los niveles sociales como relaciones de fuerzas" (Frosini, 2010: p. 203). Si la realidad social se explicaba por la unidad de objetividad y subjetividad de una praxis en la cual las necesidades de

la producción se volvían una acción consciente, por una ideología que en lucha con otras organiza la acción de las masas, este principio se aplica también a lo económico. Los comportamientos económicos, y por lo tanto las relaciones sociales de producción, son entonces el producto del triunfo político-ideológico de una clase, expresado de forma acabada en su ciencia económica. La crítica de esta ciencia supone "el replanteamiento del hecho económico desde su objetividad naturalista (o cuasi-naturalista) hacia un efecto práctico relativamente permanente de la eficacia de una ideología en la fijación de las relaciones sociales, y la reconsideración de la economía como un 'efecto de conocimiento' correspondiente a una hegemonía plenamente realizada y desplegada" (Guzzone, 2018: p. 25).

En su discusión contra el determinismo económico, que volvía lo político y lo ideológico epifenómenos de fuerzas económicas autonómicas, la filosofía de la praxis gramsciana "invertiría" la relación, haciendo de lo económico un efecto ideológico producto de las luchas por la dirección de lo social: por la hegemonía. De esta manera, la objetividad estructural surge de relaciones de fuerzas sociales políticamente modificables, en una lectura que hace de la relación conciencia-actividad la productora del todo social. En continuidad con los fundamentos teóricos de una hegemonía ideológico-cultural, la "anatomía de la sociedad civil" propia del marxismo se convierte, ahora, en el análisis de un espacio donde se realizan formas de pensar y actuar correspondientes a un mercado determinado, y donde el Estado es un conjunto de instrumentos mediante los cuales la clase que se beneficia y se vuelve dominante en ese mercado consolida, difunde e instaura coercitivamente dicho comportamiento.[34]

Consideramos que esta lectura de lo económico poco tiene que ver, no obstante, con la crítica marxiana de la economía política. Ésta no se agota en un reconocimiento de la historicidad de un "mercado determinado", en la demostración de que las categorías de la ciencia económica responden a la realidad histórica de determinada sociedad o a la constatación de las relaciones de dominación y fuerzas que ésta supone. Por el contrario, su elemento principal reside en el reconocimiento de las formas sociales que emergen de las relaciones capitalistas, en cómo éstas se constituyen y articulan a espaldas de la conciencia de sus sujetos imponiéndose objetivamente sobre ellos. No se trata, por lo tanto, de que, tal como se plantea en el texto gramsciano, "la filosofía de la praxis, [...] ha universalizado los descubrimientos de Ricardo extendiéndolos adecuadamente a toda la historia, obteniendo con ello originalmente una nueva concepción del mundo" (*Q10* <9>: 144), bajo un nuevo concepto general de inmanencia que vuelve al todo un producto de relaciones de fuerza sin más determinación.

En este sentido, si "la filosofía de la praxis es igual a Hegel + David Ricardo" (Ibíd.), si ella es el resultado de esta mera aritmética que le agrega al devenir histórico del espíritu su despliegue en distintos mercados determinados por relaciones de fuerza, también representa, entonces, un desvío de la crítica marxiana de la economía política en toda su potencia. Porque en ésta se trata, por el contrario, de partir de relaciones históricamente determinadas, de las formas de constituir los vínculos entre los sujetos en el capitalismo, para entender en qué sentido se construyen las relaciones de dominación y poder entre éstos. Tal como afirmaba Marx, su mayor descubrimiento no reside en el concepto de valor, de plusvalor o de lucha de clases, sino, como

[34] El ejercicio del poder estatal se vuelve así una condición necesaria y central para la producción de los cambios económicos, en una continuidad con los planteos gramscianos precarcelarios que afirmaban que "en la realidad efectiva el capitalismo es el Estado burgués" (*CF*: 228).

queda evidenciado en el primer capítulo de *El Capital* al abordar el fetichismo de la mercancía, en la pregunta de por qué determinadas relaciones sociales, determinadas maneras de producir y reproducir la vida y las relaciones entre los individuos, adquieren una forma social objetiva ajena a sus voluntades mediada por el valor.

La crítica de la economía política aborda la producción de una objetividad social que incluye y se reproduce a partir de una relación antagónica entre sus sujetos: la relación capital-trabajo. Es una objetividad social que supone elementos de una abstracción real en las mentalidades que operan en estas relaciones, que permite, por ejemplo, reducir el conjunto de trabajos concretos a un valor abstracto, pero que no se produce por un convencimiento en dicha abstracción. Tampoco es una relación que se produzca políticamente, si entendemos por ésta una articulación consciente desde lo estatal que organiza las relaciones entre los individuos. Por el contrario, es una objetividad que se produce por medio del nexo social del valor. Sin embargo, este elemento, el fetichismo, el proceso por el cual las relaciones sociales se objetivizan y cosifican –relaciones entre personas que toman la forma de relaciones entre cosas–, es ajeno al pensamiento gramsciano.

En este sentido, no se trata simplemente de rechazar el economicismo que hace del capital un hecho técnico asociado a la máquina, sino de pensar el valor como un nexo social específico de las relaciones sociales capitalistas. Esta categoría fundamental para la crítica de la economía política no es, tal como aparece en los textos gramscianos, una relación entre individuos y fuerzas productivas históricamente variable pero presente en toda sociedad: "En la economía el centro unitario es el valor, o sea la relación entre el trabajador y las fuerzas industriales de producción (los negadores de la teoría del valor caen en el craso materialismo vulgar poniendo las máquinas en sí –como capital constante o técnico– como productoras de valor fuera del hombre que las maneja" (*Q7* <18>: 158). El valor surge de una relación social de explotación históricamente determinada, de la producción de plusvalor, y funciona –fetichismo y formas sociales como mercancía y dinero mediante– como nexo principal por el cual se produce la relación entre los individuos en dicha sociedad. Es, por lo tanto, una objetividad que se les impone a los individuos más allá de su conciencia. Un proceso de objetivar las relaciones intersubjetivas que funciona sobre el conjunto de los individuos de la sociedad, inclusive para la clase dominante. Como movimiento de valor que se valoriza, en tanto *capital*, y mediado por la competencia, es la lógica fundamental de producción y reproducción de la sociedad capitalista.

La recuperación de la crítica marxiana de la economía política es contraria, entonces, al pensamiento sobre la economía propio de la filosofía de la praxis gramsciana, que en este sentido podría caracterizarse como un marxismo sin capital (Finelli, 2010)[35]. Al reducir el todo

[35] No se trata de un "olvido" de *El Capita*l a la hora de escribir los *Cuadernos,* de la falta de una incorporación de sus categorías centrales para pensar la sociedad capitalista dado la no disponibilidad de dicho texto para que Gramsci lo utilizara en su encarcelamiento. Se trata de una lectura sobre el concepto de capital. Aunque esta va más allá de considerarlo una cuestión técnica, un aparato o una máquina, lo piensa, derivado del concepto de praxis, como una relación entre fuerzas productivas y relaciones sociales que se objetiviza históricamente de distintas formas, según la ideología que articula los comportamientos y las formas sociales. En este sentido, en conjunto con la cita sobre el concepto de valor que acabamos de exponer, esta falta de un concepto de capital puede rastrearse a los textos gramscianos precarcelarios. Un ejemplo radica en la idea de la persistencia de la acumulación de capital en una sociedad poscapitalista, que solo cambia desde el individualismo al colectivismo: "En el régimen comunista, la acumulación del capital (necesario para el progreso económico), siendo administrada por el Soviet, da el poder al estado,

social, y con él las estructuras económicas y políticas, a prácticas conscientes e ideológicas, a una praxis que articula una voluntad desde la producción hasta sus formas políticas, la filosofía de la praxis no puede captar la objetividad de las formas sociales propias de la sociedad capitalista. Una objetividad constituida por una relación social antagónica, no por una determinación por "la materia" y que, claro está, no es la de las ciencias naturales, pero tampoco la de una fijación ideológica, voluntaria y consciente. En este sentido, no se trata de abolir las diferencias entre lo objetivo y lo subjetivo, resolviéndolas en una actividad consciente, en una subjetividad productora ideológica y políticamente de lo social, sino de pensar las mediaciones que llevan a que la actividad intersubjetiva se objetivice en formas sociales. Se trata de abordar las causas por las cuales la actividad de los individuos, incluyendo principalmente sus relaciones de explotación y dominación, se constituye en una fuerza que, aunque contradictoria por su antagonismo inherente, se vuelve autónoma y se impone a los sujetos sociales más allá de sus conciencias (Adorno, 2005).

Consideramos que releer los textos gramscianos y el concepto de hegemonía desde esta perspectiva nos permite avanzar en un pensamiento político marxista de otro tipo. Contraria a la relectura posmarxista, pero también a aquellas que se piensan como desarrollos de la filosofía de la praxis gramsciana, tal perspectiva no consiste en afirmar que "la política no es una superestructura, sino la ontología de lo social" (Frosini, 2010: p. 85), haciendo de la constitución de la hegemonía la forma de producción de todo orden social. Tampoco se trata de resituar la abstracción lógica sobre la hegemonía realizada por el posmarxismo mediante un concepto genérico y abstracto de praxis que vincule las prácticas ideológicas y políticas a una actividad consciente de una clase. Se trata, por el contrario, de restituir lo político, el conflicto y la lucha de clases, la política, las formas de articulación e institucionalización de dicho conflicto, como parte integrante de las relaciones sociales propias de la sociedad capitalista. Por fuera de toda ontología, se trata de repensar lo político desde las relaciones sociales históricamente específicas que efectivamente producen una separación entre acumulación y dominación de las clases, entre las formas de explotación y apropiación del excedente y aquellas que articulan la subordinación entre grupos sociales. Son estas características del capitalismo las que permiten una dominación impersonal bajo la forma del Estado, que por sus propias características permite su modificación según las relaciones de fuerza entre las clases.

Estas relaciones de fuerza encuentran así su razón de ser en un antagonismo social que se produce en el conflicto, pero que le imprime a éste formas determinadas de su despliegue dentro de la sociedad capitalista. Por este motivo, éstas no sólo deben emanciparse conceptualmente de un relato historicista de progresividad, sino que, contra toda autonomización que haga de la política "una actividad consciente de cambiar y modificar las relaciones sociales" (Guzzone, 2018: p. 22), deben pensarse como las distintas maneras en que se articula, según las relaciones de fuerza, el antagonismo capital-trabajo. Consecuentemente, es posible pensar la hegemonía como integración estatal de dicho antagonismo.

---

y no a los individuos privados, menstrua una posibilidad de desarrollo social en la revolución rusa" (*ON*: 374). De manera similar, la falta de una operación efectiva de las fuerzas del capital, tales como aquellas que explican en la crítica marxiana el desempleo, puede verse en la reducción de este fenómeno como político: "Frente a la desocupación, esta tiene su origen en un conflicto de poder los industriales quieren fabricar municiones y retomar la producción bélica, los obreros no quieren trabajar para preparar una nueva guerra" (*SF*: 73).

Bajo su forma estatal, en efecto, ella se presenta como una capacidad con la cual el Estado moderno, dada su específica separación en unidad de lo económico, logra incluir las masas bajo una dirección que, al mismo tiempo que reconoce algunos de sus intereses, los incluye de manera de garantizar la dominación burguesa. Esto implica, por lo tanto, que la política, más que una articulación pensada y orientada por una clase que "usa" los aparatos estatales, es la condensación del conflicto clasista bajo formas institucionales fetichizadas que producen, más allá de la consciencia de la clase dominante y de los dominados, la integración subordinada de las masas. Así, la política se encuentra situada, produciendo una relación particular *con* y *en* la lucha de clases que no se reduce a la eficacia de ideologías y que, contraria a toda autonomía o privilegio de lo político, puede reconocer su eficacia y su realidad como parte de las relaciones sociales capitalistas y su antagonismo. La profundización de los elementos propios de una forma estatal de la hegemonía que encontramos en los *Cuadernos de la Cárcel* nos permite entonces comenzar a delinear un entendimiento de la política que parta de una teoría marxista como crítica de las relaciones sociales capitalistas. Esto implica, no obstante y *contra* Gramsci, correrno s de su filosofía de la praxis, de su intento de construir una teoría general de la constitución ideológica de lo social que abstrae la política y las relaciones de fuerza de las relaciones sociales históricas en las que se desplegaba.

Al delinear la constelación conceptual de la hegemonía estatal, hemos supuesto que el Estado siempre logra producir este fenómeno, que la dominación hegemónica es una característica propia de esta forma política moderna. Sin embargo, si retomamos la centralidad de las relaciones de fuerza para pensar el concepto, debemos preguntarnos qué sucede cuando éstas no resultan en una constelación que determina una dominación de tipo hegemónico. Es decir, si ya hemos emancipado el concepto de su utilización para describir la conformación de todo orden social en la historia, si lo hemos situado en las relaciones sociales capitalistas, ahora debemos preguntarnos si efectivamente, dentro de éstas, siempre se produce hegemonía. Nuestra hipótesis del surgimiento histórico de la problemática de la hegemonía en la emergencia de las masas de fines del siglo XIX y en su activación revolucionaria de posguerra, parecería permitir el reconocimiento de distintas formas de la dominación en el capitalismo, determinando aun más históricamente a la hegemonía. En este sentido, más que interrogarnos, entonces, por la forma estatal de la hegemonía, por las características del Estado que producen esta forma de dominación, debemos volver hacia la lucha de clases y preguntarnos por qué y cómo se produce en determinados momentos una dominación hegemónica. Pero antes de avanzar –tal como lo haremos en el próximo capítulo– en la construcción de la constelación conceptual que hace de la hegemonía una forma de dominación burguesa históricamente determinada, producto de la lucha de clases, nos interesa ver cómo, retomando los conceptos gramscianos, se han abordado estos mecanismos estatales de integración del conflicto clasista. Cómo, en suma, *más allá* de Gramsci, se ha pensado una forma estatal de la hegemonía.

3. Estado y hegemonía *más allá* de Gramsci

Durante su recepción en la segunda posguerra, las notas gramscianas se convirtieron en una fuente privilegiada para renovar el pensamiento marxista sobre la política y el Estado.[36] En un

[36] En conjunto con estos usos para pensar los mecanismos de dominación estatal, la hegemonía también se convirtió en un concepto fundamental en el ámbito de las relaciones internacionales. Como

contexto de expansión de un estado de bienestar que planteaba una inclusión de las grandes masas, de sus organizaciones sindicales y políticas, y la concesión de importantes demandas materiales a la clase obrera, las nociones gramscianas aparecían como potentes herramientas para pensar, desde el marxismo, las nuevas formas que adoptaba el Estado capitalista. La idea de una "ampliación del Estado", que permitía incluir en lo estatal importantes mecanismos de mediación e incorporación del conflicto, y el concepto de hegemonía, con su énfasis en la construcción del consenso hacia la dominación, de la aceptación por parte de la clase trabajadora del orden capitalista, hacían de Gramsci el autor privilegiado a la hora de pensar esta nueva constelación política.

Como hemos planteado en la introducción de esta tesis, se trata de un movimiento teórico que encuentra en Francia su máximo desarrollo. Mientras que en Italia las interpretaciones privilegiaban un aspecto cultural, proponiendo la constitución de un consenso liderado por el PCI en la lucha por la hegemonía proletaria, en el territorio galo la hegemonía se pensó principalmente desde los aparatos políticos que producían la dominación burguesa. De esta forma, bajo influencia estructuralista, el "descubrimiento" del estado ampliado y de los "aparatos de hegemonía" buscaba dar cuenta de cómo las instituciones del Estado, en su existencia "física" de prácticas ideológicas y represivas, reproducían la dominación de clase.[37]

consecuencia de las constantes menciones de Gramsci a las relaciones entre dos o más Estados en término de hegemonía, un conjunto de intérpretes extendieron el uso del concepto para pensar la formación de órdenes internacionales liderados por una potencia hegemónica. A lo largo de esta tesis hemos explicado porque consideramos que este aspecto de la hegemonía no constituye una cuarta forma del concepto gramsciano. Por esta razón, al pensar las reapropiaciones más allá de Gramsci no hemos abordado este conjunto de teorías neo-gramscianas de las relaciones internacionales que, a su vez, no presentan en su aproximación a la hegemonía una transformación significativa del concepto. Estas teorías no plantean una primacía de lo internacional para analizar la constitución de la hegemonía sino que apuntan a analizar el orden internacional como expresión de las necesidades de las clases dominantes de los estados centrales en el capitalismo. En estas lecturas, las contradicciones en la acumulación impulsan un movimiento necesario hacia el exterior de las fronteras nacionales y la conformación de un orden del conjunto de las naciones que pueda hacer predominar los intereses de la clase dominante de las principales potencias (Cox, 2016; Gill, 1993; Morton, 2007). No contamos aquí tampoco con el espacio para desarrollar una crítica a esta concepción. Brevemente, podemos afirmar que dichas teorías no contienen una concepción crítica del Estado como la que aquí hemos buscado articular. En estas se plantea una relación directa entre el interés de la clase dominante y su expresión en el plano internacional. Aunque parten de un concepto anclado nacionalmente, estas teorías no se interrogan por la validez de utilizar un concepto que describe una relación entre clases sociales para caracterizar ahora un vínculo entre Estados, suponiéndolos entonces unidades asimilables directamente a la clase dominante, como su extensión. En el mejor de los casos, estos planteos extraen la línea de intervención de un Estado como resultado de las relaciones de fuerza y el enfrentamiento entre las clases a su interior. No obstante, en su conjunto caen en una visión fetichizada del Estado que lo hace una unidad no cuestionada de lo político, sin poder pensar la unidad política general de la relación global de capital fragmentada en una multiplicidad de estados nacionales. Estos, lejos de representar intereses contrapuestos y en lucha, simbolizan partes de una unidad global de la dominación del trabajo por el capital (Von Braunmühl, 2017). Para una crítica en este sentido de las teorías neogramscianas de las relaciones internacionales ver: Burnham, 2013.

[37] En el estructuralismo se buscará así enfatizar un particular materialismo vía la idea de aparato, como si esta en si misma garantizara en una práctica efectiva la distancia con toda producción ideal de lo social. El materialismo que se encuentra en esta concepción apunta por tanto a "la existencia real, exterior y material del objeto del conocimiento científico" (Althusser 1974: 101), en una asimilación al materialismo de las ciencias naturales que hace de lo social un conjunto de relaciones objetivas, extra mentales, entre los individuos y su exterior. Estos actúan en estructuras articuladas en un conjunto cuya unidad y cohesión está de antemano siempre garantizada, ya que al actuar estos la reproducen, y cuya determinación en última instancia está dada por la práctica productiva como relación entre el individuo y la modificación de

Como parte de una teoría que hace de las superestructuras el espacio de reproducción de la sociedad, el concepto de hegemonía se volvía así una forma de entender la unidad misma de las instancias de lo social bajo un carácter clasista común, derivado de la determinación en última instancia de la economía. Una unidad que impone que el Estado se "amplíe", se "extienda" más allá de sí mismo, construyendo aparatos que le permitan intervenir en otras instancias, articulando una dominación hegemónica que reproduce el conjunto social.

Sin embargo, esa particular lectura requiere de una teorización del Estado bien distinta de aquella que aparecía en los textos gramscianos. Más allá de su intuición de ampliar sus funciones por fuera de sus instituciones formales, lo estatal en Gramsci no dejaba de estar atado a una voluntad-consciente de una clase, a una expresión del desarrollo de su praxis, en una constelación conceptual totalmente contraria a la lectura del marxismo que ensayaría el estructuralismo. En este sentido, la exploración de la producción de la hegemonía por los aparatos estatales implicaba resituar el concepto gramsciano bajo una nueva conceptualización del Estado. Una teoría que abordara el Estado, en sus determinaciones materiales históricamente específicas, como una instancia particular del modo de producción capitalista, explicándolo en su singular relación con lo económico y con el conflicto de clases. En este camino, los textos de Nicos Poulantzas se destacan como el mayor intento de una original y productiva reapropiación de la forma estatal de la hegemonía.[38]

El concepto de hegemonía ocupa un lugar destacado en la trayectoria intelectual de Poulantzas. De hecho, su encuentro con el marxismo italiano, y dentro de éste con los textos gramscianos, precede a su adopción del marco teórico estructuralista althusseriano, dentro del cual desarrollará sus trabajos más destacados. En este sentido, el abandono de sus posiciones cercanas al existencialismo sartreano no se realiza directamente a partir de la crítica estructuralista al humanismo, sino que es suscitada, más precisamente, por la lectura de la teoría política marxista italiana, como fuente para una crítica a la teoría del derecho soviética, y, en particular, por la incorporación del concepto de hegemonía. Un pasaje que evidencia,

---

una naturaleza, una materia, exterior a él. El modo de producción es el concepto que explica así una totalidad funcional articulada de prácticas diferenciadas en tres instancias (cuya existencia en su diferenciación y número nunca se explica más que por una referencia canónica a Lenin) que existe bajo en "formaciones históricas concretas" que expresan distintas modalidades de lograr esa articulación auto reproductiva. Aplicando esta concepción a la lectura sobre el texto gramsciano, Buci-Glucksmann (1978), pluraliza así una noción que en Gramsci siempre aparece en singular designando la unidad ideológica en la sociedad civil, para hablar de "aparatos de hegemonía" centrados en el Estado, como aquellos que reproducen la articulación del modo de producción.

[38] No contamos aquí con el espacio para hacer un análisis detallado de la teoría de Nicos Poulantzas, para lo cual recomendamos la biografía intelectual de Jessop (1985). Por otro lado, hemos desplegado con mayor detalle el itinerario del concepto de hegemonía dentro de los textos poulantizanos en otro trabajo (Waiman, 2015). Basta decir aquí de manera general, que estos pueden leerse desde su continua discusión e incorporación de las principales corrientes de pensamiento marxista y crítico en las décadas del 60 y 70. Teórico del derecho y del Estado, su pensamiento refleja las discusiones más importantes del Marxismo en Francia. Nacido en Grecia, estudiante de derecho pero siempre interesado en la filosofía, Poulantzas se traslada a París en los años 60 y realiza su labor teórica bajo la impronta de la filosofía francesa. Influenciado, en un principio, por el existencialismo sartreano, adoptará luego fervorosamente el estructuralismo althusseriano, y finalmente incorporará discusiones con Foucault y las corrientes posestructuralistas, acercándose a posiciones posmarxistas. Podríamos afirmar que un recorrido por sus textos nos presenta un itinerario a través de los debates teóricos que surcaron dos décadas de marxismo en Francia y que sentaron las bases del abandono del marxismo de muchos intelectuales.

también, un cambio en el foco del objeto de estudio poulantziano: desde el derecho hasta los intentos por desarrollar una completa teoría del estado capitalista.

Este movimiento se refleja en un artículo de 1965, titulado, justamente, "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado". Calificado por el propio Poulantzas como su texto de ruptura con el historicismo y el humanismo, es un curioso ejemplo en el que Gramsci, claro exponente de dicha tradición y defensor de ambos términos, opera para producir un acercamiento a la matriz estructuralista. En este trabajo, Poulantzas realiza una primera síntesis de su teoría del estado y de la hegemonía, en un uso del concepto gramsciano que le permite indagar el dominio político y estatal en el capitalismo. De esta forma, retomando los aportes epistemológicos de Della Volpe, Poulantzas buscará construir un concepto científico abstracto-determinado de hegemonía; da cuenta de la "lógica específica de un objeto específico", aunque dejando de lado uno de sus dominios, el de la estrategia del proletariado, para –diferenciándose de las lecturas centradas en su aspecto ideológico– abordar la hegemonía en el dominio de "las estructuras del Estado capitalista y de la constitución de las clases dominantes" (Poulantzas, 1982: 36).

Los fundamentos para que exista una dominación hegemónica por parte de la burguesía surgen, por lo tanto, de un análisis en profundidad de las características del Estado capitalista como parte de dicho modo de producción en su relación con lo económico. Si era posible encontrar notas gramscianas que planteaban una primera aproximación a esta particularidad, a esta diferencia específica del Estado moderno con respecto a las formas institucionalizadas de lo político en sociedades precapitalistas, Poulantzas profundiza esta línea de indagación, yendo más allá de Gramsci, desde el desarrollo de una teoría que explica la separación entre sociedad civil y Estado en el capitalismo con las consecuentes funciones de lo político en dicha sociedad:

> El Estado moderno tiene la particularidad de presentarse como la esfera de lo universal y de lo general, la de liberar a los individuos personas políticas de las jerarquías naturales que traban su integración en una comunidad. La disociación atomística de la sociedad civil constituye precisamente su condición de posibilidad: se separa de la sociedad civil ya que, fundado sobre esta molecularización, solo puede acceder a la esfera de lo universal por una abstracción y formalidad que permite captar políticamente a los hombres-gobernados en tanto que individuos-personas políticas, separados de sus determinaciones económico-sociales concretas (Ibíd., p.48).

Cifra de la existencia de productores independientes vinculados por su competencia en el capitalismo, son las características atomísticas de la sociedad civil las que permiten una esfera de lo político-estatal separada que se plantea, a su vez, como la universalidad del conjunto de intereses individuales contrapuestos. En esta instancia política, por lo tanto, los intereses de la clase dominante no se ratifican por la fuerza; allí, por el contrario, "estos intereses no están transpuestos bajo su forma inmediata de intereses privados, sino que deben revestir una forma mediatizada verdaderamente política y presentarse como encarnando el interés general de toda la sociedad" (Ibíd., p. 46). Esto implica la formación de estructuras políticas que puedan producir dicha universalización y, al mismo tiempo, preservar el atomismo que le da sentido y garantiza, explotación mediante, la existencia de la burguesía como clase dominante. Es por esta razón que lo estatal tiene allí una doble función objetiva: "la de preservar y mantener el

fraccionamiento de la sociedad civil y la de organizarla en vistas a su funcionamiento dentro de un modo de producción capitalista-cambista" (Ibíd., p. 48).

El conjunto de instituciones que conforman esta mediatización política de los intereses de la clase dominante, los aparatos del Estado, aparecen produciendo, entonces, una cohesión frente al orden anárquico de los intereses privados de la sociedad civil. Dadas las condiciones particulares de un modo de producción capitalista, el Estado, como un nivel propiamente político específico de estructuras y prácticas, actúa presentando como un interés general, universal y abstracto, aquello de lo cual es él mismo un producto: las relaciones sociales capitalistas. De esta forma, a diferencia de modos de producción anteriores, donde los intereses de las clases dominantes se plasman directamente en la represión estatal, la dominación se presenta ahora mediatizada por un estado político que, al mismo tiempo, logra con su mediación presentarse como el interés general formal y abstracto de dicha sociedad.

En este proceso, los valores formales de igualdad y libertad, propios también de relaciones de intercambio mercantil equivalentes y libres, cumplen un rol constitutivo. Son abstracciones producto de la propia estructura de la sociedad civil que permiten postular un espacio de interés común de todos los individuos de esa sociedad civil en el Estado. La producción de la mediación política debe, por lo tanto, respetar esta estructura, y separarse entonces del uso de la fuerza para garantizar directamente los intereses de la clase dominante, o fijar coercitivamente a los individuos en una función productiva subordinada. Por el contrario, el interés político de preservar el orden capitalista debe producirse por una práctica que sostenga la igualdad y la libertad de los individuos en la sociedad civil y que, al mismo tiempo, logre presentar dicho orden social como el interés general. Y es esta particular forma universalizante la que le permitirá a Poulantzas pensar la hegemonía como la práctica política de la clase dominante en el campo de las estructuras del estado capitalista moderno.

> El concepto de hegemonía tiene pues como campo de aplicación a la vez el dominio de las estructuras políticas institucionalizadas y el dominio de las prácticas políticas de las clases dominantes […] El concepto de hegemonía designa aquí la fase del proceso de estructuración objetivo del estado moderno donde las consecuencias concretas de esta instancia de universalidad – consenso, funciones ideológicas, papel de organización, papel de dirección intelectual y mora, etc. – alcanzan un grado determinante en las relaciones particulares de dominación cristalizadas por ese Estado. […] La clase o fracción dominante que se mantiene o que tiende a conquistar el poder político deberá organizarse por una estructuración tal de sus intereses económico-sociales específicos que puedan representar un interés general real de las clases o fracciones dominantes, presentado y concebido como el interés general de la nación. En ese caso el concepto de hegemonía (hegemonía-práctica política) designa el momento en que la estructuración política de las clases dominantes (función ideológica, organizacional, papel de dirección, etc.) reviste una importancia determinante en las relaciones de clase (Ibíd., p. 51).

La hegemonía designa el momento de conformación del Estado moderno en el que se constituyen estructuras políticas institucionalizadas que producen una universalización bajo la dominación burguesa. Momento clave de estructuración de las propias relaciones de clase, la constitución de una dominación hegemónica permite que, mediante el poder político, la

burguesía organice sus intereses de forma tal que puedan ser concebidos como un interés general que incluye a las clases dominadas. Esto implica, necesariamente, cierta distancia entre los intereses económicos de la clase dominante y la función universalizante del Estado, que no produce la dominación simplemente ratificando sus intereses económico-corporativos sino que lo hace, por el contrario, en tanto garante de sus intereses políticos. En este sentido, siempre que no entren en contradicción fundamental con los intereses de la fracción dominante, ciertos intereses de las clases dominadas serán garantizados, aún contra la voluntad directa de las clases dominantes, como parte de la función hegemónica universalizante que cumple el mismo Estado. La dominación hegemónica, en tanto reproductora del conjunto de la sociedad civil atomística, implica, así, la garantía de ciertos intereses de las clases dominadas para permitir la universalización del interés burgués como interés general: implica la producción material, desde sus instituciones y mediante la satisfacción de demandas, de la articulación de su consenso.

A su vez, en un uso novedoso y original del concepto de hegemonía, Poulantzas extiende esta lógica, esta práctica política, para pensar ya no el vínculo entre clases dominadas y clases dominantes sino la relación entre las distintas facciones de estas últimas. Poulantzas plantea la capacidad de constituir –por medio del Estado, a través de los procesos de mediación política de intereses en las instituciones estatales– un bloque en el poder del conjunto de las clases dominantes. Dentro de este bloque, hay una clase o fracción que ejerce una relación de hegemonía sobre el resto, logrando polarizarlas políticamente y organizarlas de forma tal que su expansión como facción hegemónica garantice la permanencia del conjunto en su rol de dominación. La hegemonía sirve, por lo tanto, para pensar el proceso estatal de constitución unitaria de la dominación bajo un bloque en el poder que consolida la hegemonía de una fracción de la clase dominante sobre toda la sociedad.

Podríamos afirmar que gran parte de estos planteos constituyen una continuidad con puntos ya presentes en los textos gramscianos, y que no representan, entonces, un más allá de Gramsci, sino una profundización de sus planteos. No obstante, el desarrollo de estos elementos en los posteriores textos de Poulantzas, en su inscripción en una matriz más claramente estructuralista, mostrará su creciente distancia con respecto a la forma de concebir lo político y lo estatal en Gramsci. Un movimiento que queda claramente manifestado en su libro principal, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, publicado en 1968. Aquí se afirma que Marx realizó en *El Capital* una teoría general del modo de producción capitalista, de su matriz, de la forma en que se articulan sus instancias, y una teoría regional de su instancia dominante: lo económico. De lo que se trata, por lo tanto, es de realizar una similar teoría regional de su instancia política, con sus estructuras y prácticas. Para lograrlo, y tal como lo planteamos en la introducción de esta tesis, Poulantzas buscará retomar aquellos conceptos, como el de hegemonía, que están presentes en "estado práctico" en los diversos análisis de coyunturas políticas realizados por los clásicos del marxismo, en sus análisis de coyunturas políticas. Situándolos a continuación dentro de un marco teórico estructuralista, su objetivo, con esta operación, es superar todo posible residuo humanista o historicista que estos conceptos puedan tener, para que logren así dar cuenta de la particular articulación específica y objetiva entre las instancias de lo político y de lo económico en el modo de producción capitalista.

Esta operación implica una serie de cambios cuando en ella es abordado el concepto gramsciano. En primer lugar, si antes Poulantzas afirmó que, aun cuando no lo desarrollaría, aquél podía utilizarse para pensar la práctica política de los subalternos, ahora afirma que

Gramsci “procede a una ampliación inaceptable del concepto de hegemonía con respecto a la estrategia de la clase obrera” (Poulantzas, 1974: p. 260), planteando un uso exclusivo de ese concepto para dar cuenta de la dominación capitalista. Esta delimitación acompaña los intentos estructuralistas que hacen de las prácticas efectos de las estructuras sociales, de modo tal que la hegemonía, como una de éstas, tiene que necesariamente aparecer como propia de las estructuras de la política. Esto implica hacer del concepto no sólo algo diferente de una producción ideológica, sino que también se deje de pensarlo desde la voluntad consciente de cualquier clase. Para Poulantzas, la hegemonía proletaria se vuelve un sinsentido: un fenómeno tal como la hegemonía podría existir como producto de estructuras políticas específicas que garantizan la subordinación de la clase trabajadora y la dominación de la burguesía.

En segundo lugar, y en un sentido similar, el concepto de hegemonía dejará de designar –como lo planteamos con respecto a su forma estatal desde los textos gramscianos– una relación entre sociedad civil y Estado. Poulantzas retoma las críticas recibidas por parte de Althusser al uso del concepto de sociedad civil de sus primeros escritos, en tanto éste concepto no da cuenta realmente de las relaciones sociales de producción en el capitalismo. Ellas no se caracterizan principalmente por el atomismo de individuos libres que se relacionan en el mercado, sino por la relación de explotación propia del ámbito de la producción. En este sentido, lo económico, en dicho modo de producción, implica una homología objetiva entre la relación de apropiación real (posesión) y la relación de propiedad, producto de la separación del productor directo y de los medios de producción. Efecto de esta homología, el producto de trabajo, que ya contiene el plusvalor y con éste la explotación y la subordinación de la clase trabajadora, aparece aquí directamente como propiedad del capitalista. En este sentido, es la relación de explotación y no la existencia de individuos en la sociedad civil la que permite ahora una autonomía específica de la política en el modo de producción capitalista, ya que el trabajo y sus productos se convierten allí en un elemento mismo del capital y no se requiere ningún mecanismo de coerción extraeconómica que garantice la apropiación económica.

La sociedad civil no puede ser un anclaje científico, entonces, para el concepto de hegemonía. Según Poulantzas, la sociedad civil no consiste en un espacio donde se constituyen intereses diversos (como sistema de necesidades en términos hegelianos) que luego se concilian en el estado, ya que no hay intereses económicos preestablecidos que entran en conflicto. Se trata, por el contrario, de determinar cómo la matriz del modo de producción capitalista genera una separación específica de sus instancias. El abandono de la categoría de sociedad civil no sólo implica, entonces, una precisión terminológica estructuralista o una diferenciación con toda la tradición gramsciana que la nombraba como territorio de la hegemonía. Implica un énfasis en la determinación estructural de la hegemonía, que justamente pasará a explicarse por las consecuencias que permite la separación entre economía y política. La hegemonía se vincula, así, con la capacidad del Estado de articular una determinada forma de cohesión social, produciendo a los agentes sociales en tanto individuos libres e iguales que no existen con anterioridad, como ciudadanos, sin considerar su condición de clase.

A diferencia de sus predecesores, el Estado capitalista no actúa fijando a los individuos en cuanto agentes de la producción y otorgando a uno de éstos el poder coercitivo de apropiación del excedente. Por el contrario, aísla en el plano político a los individuos de sus condiciones económicas y produce una unidad que, abstraída de éstas, supone la perpetuación de las relaciones capitalistas. En tal sentido, “el Estado representa la unidad de un aislamiento que es

en gran parte […] su propio efecto" (Ibíd., p. 164). No se trata, entonces, de que el Estado produzca la cohesión social partiendo de una sociedad civil atomizada o desde intereses en conflicto, sino justamente de un Estado que produce por medio de sus instituciones a los agentes económicos como individuos ciudadanos de manera tal que su lucha política quede aislada de la estructura clasista de la producción que sustenta la explotación y el dominio.

La práctica política de las clases dominantes tiene como objetivo la conservación del propio Estado y sus funciones, ya que, a través de él, producen una forma de unidad que conserva las relaciones sociales existentes. Pero el propio efecto de aislamiento, de autonomía específica en el capitalismo, de lo económico y lo político, implica que la clase dominante no puede realizar esta tarea por medio de un Estado que sea un instrumento de sus propios intereses económicos. El Estado capitalista sólo representa sus intereses políticos en la conservación del orden en tanto se constituye como relativamente autónomo de la clase dominante, en tanto puede constituirse como el Estado de todos los individuos ciudadanos aislados de su condición de clase. Aparece, de esta forma, como un Estado del conjunto del pueblo, que, como tal, tiene que poder incluir de forma subordinada en el seno de sus instituciones los intereses de todo un conjunto de clases y grupos sociales.

> […] el Estado capitalista oculta sistemáticamente, en el nivel de sus instituciones políticas, su carácter político de clase: se trata, en el sentido más auténtico, de un Estado popular-nacional-de clase. Este Estado se presenta como la encarnación de la voluntad popular del pueblo nación. El pueblo-nación está institucionalmente fijado como conjunto de ciudadanos, de individuos, cuya unidad representa el Estado capitalista, y tiene precisamente como sustrato real el efecto de aislamiento que manifiestan las relaciones sociales económicas del M.P.C (Ibíd., p. 163)

Por medio de estos movimientos, Poulantzas logra articular el concepto de hegemonía con una teoría novedosa sobre la autonomía relativa del Estado, convirtiéndola en una lógica política posible debido a las estructuras del capitalismo. Porque justamente es dicha autonomía la que permite una instancia política en la que se medien intereses de forma tal de integrar a las clases subordinadas como ciudadanos. La hegemonía, en Poulantzas, se refiere así a una característica propia del funcionamiento del Estado: es el efecto de las estructuras políticas del capitalismo. Éstas son las que posibilitan y garantizan que, bajo su forma normal, la dominación en el capitalismo sea hegemónica. Es su autonomía relativa la que permite producir, más allá de la voluntad de la clase dominante, el sacrificio de ciertos intereses en pos de lograr el consenso y la integración de los dominados asilados de su condición de clase como sujetos-ciudadanos que encuentran su unidad por efecto de este Estado político.

En este sentido, aunque es nombrada como una práctica política de la clase dominante, la hegemonía termina siendo un efecto estructural necesario del Estado capitalista y, de esta forma, se vuelve casi su equivalente, un efecto "normal" de las superestructuras políticas en el modo de producción capitalista.[39] Nos enfrentamos, así, a un concepto de hegemonía

[39] Esta normalidad de una dominación hegemónica, que supone también y consecuentemente a la democracia de masas como régimen político más adecuado para el Estado capitalista, es nombrada numerosas veces por Poulantzas. Cuando esta no se produce será por la persistencia de elementos de modos de producción anteriores que impiden la realización plena de un Estado propiamente capitalista. Contrario a la evidencia histórica posterior, para Poulantzas el propio avance del capitalismo tendería a generalizar una forma política que en principio solo se presenta en aquellos Estados capitalistas más

autonomizado y ajeno a las voluntades de clases que aparecían como su anclaje a lo largo del texto gramsciano. Tratando de diferenciarse de toda lectura voluntarista, Poulantzas busca destacar el fenómeno hegemónico como impersonal, como producto de la autonomía relativa de estructuras políticas que actúan a espaldas de la conciencia de una clase dominante que de hecho sería incapaz, sin dicha estructura, de producir una dominación de tipo hegemónica:

> la clase burguesa, por su constitución y su lugar en la lucha de clases, parece, salvo casos excepcionales, incapaz de erigirse por sus propios partidos políticos, en el nivel hegemónico de organización [...]] [El Estado] toma a su cargo el interés político de la burguesía, realiza por su cuenta la función de hegemonía política que este no puede desempeñar. Pero para hacerlo, el Estado capitalista se reviste de una autonomía relativa respecto de la burguesía. […] [que] le permite precisamente intervenir, no solo para realizaciones de compromiso con las clases dominadas, que, a la larga, resultan útiles para los intereses económicos de las clases y fracciones dominantes, sino también intervenir, según la coyuntura concreta, contra los intereses económicos a largo plazo de tal o cual fracción de la clase dominante: compromisos y sacrificios necesarios a veces para la realización de su interés político de clase (Ibíd., pp. 370-372).

Bajo estas coordenadas, encontramos en esta apuesta de Poulantzas el mayor intento de construir un concepto de hegemonía centrado en la acción estatal. La hegemonía es, por lo tanto, el resultado del Estado moderno capitalista en sus formas normales, de su funcionamiento que le permite constituir equilibrios y mediaciones entre las clases de manera que pueda postularse la dominación burguesa como interés general del conjunto. Pero la hegemonía, de esta forma, se vuelve la realización institucional de una cohesión de lo social siempre supuesta y cuya unidad remite a la determinación "material" económica como momento objetivo y técnico anterior a la política. Así, Poulantzas separa una instancia neutra donde se produce una contradicción objetiva (entre fuerzas productivas y relaciones de producción) y otra instancia de mediación conflictiva de esa contradicción pero que tiene siempre como resultado su reproducción funcional (Clarke, 1991).

Como un producto objetivo del Estado, la hegemonía sucede entonces cuasi automáticamente por las características de la estructura social; funciona como expresión de la instancia de lo político estatal que, determinada por la instancia económica, produce objetivamente la cohesión del conjunto social.[40] El conflicto social derivado de las propias características de la

---

desarrollados. Pero aun bajo formas políticas distintas Poulantzas no suspende la existencia de la hegemonía como forma política del capitalismo. Regímenes principalmente coercitivos y dictatoriales aparecen así en otros textos del autor como formas excepcionales por las cuales el Estado garantiza la hegemonía, explicando, por ejemplo, al fascismo como la forma por la cual se alcanza la hegemonía de la fracción monopolista del capital industrial en Alemania e Italia (Poulantzas: 1972), o a la crisis de las dictaduras de España, Grecia y Portugal por su rigidez que les impide generar las mediaciones y equilibrios necesarios para lograr una hegemonía (Poulantzas: 1976).

[40] En consecuencia, el concepto de aparato de Estado, como conjunto de instituciones, actúa en Poulantzas, en una crítica que puede extenderse a sus desarrollos posteriores que veremos a continuación, como sucedáneo del concepto de forma de estado. Poulantzas hace de la institucionalización en aparatos estatales la base material de lo que en realidad es una forma diferenciada de existencia de las relaciones sociales capitalistas en su antagonismo (Bonnet, 2016). Esta insistencia en el "aparato" muestra así su diferencia con la idea de forma también en las coordenadas temporales del Estado. En el estructuralismo el Estado o la política califica una estructura presente en toda sociedad que

sociedad capitalista, el antagonismo que postulamos como central para pensar la hegemonía y las relaciones de fuerza, no ocupa, por lo tanto, un lugar central en la explicación, siendo reducido a un accionar que contribuye funcionalmente a la reproducción social. En nuestra reflexión, este antagonismo explicaba la existencia del Estado como forma diferenciada pero en unidad con dichas relaciones sociales. Es en su enfrentamiento con las relaciones conflictivas de la sociedad civil, con la lucha de clases, que dicho Estado aparece como un conjunto de acciones por las que se buscaba organizar un equilibrio inestable de intereses bajo una dirección que expresara la expansión de la clase dominante, bajo su hegemonía. Por el contrario, en Poulantzas, la lucha de clases, desplegada en distintas relaciones de fuerza, deja de ser el anclaje principal para el concepto de hegemonía, reemplazada por una función objetiva de reproducción de lo social que toma ciertas características en el capitalismo por una determinación de una estructura anclada en una relación técnica de producción.

En todo caso, si el Estado capitalista siempre produce la hegemonía del bloque en el poder, las transformaciones a partir de distintos procesos políticos sólo pueden entenderse por cambios dentro del bloque. Mantenida esta variable como una constante, siempre hay hegemonía, impidiéndonos distinguir entre formas de dominación hegemónica y no hegemónica en las sociedades capitalistas; las diferencias se explicarían por el cambio en la correlación de fuerzas entre los distintos integrantes del bloque en el poder. La periodización propuesta por Poulantzas para las distintas formas de estado y de régimen responde principalmente a este aspecto; éstas se explican por los cambios en el ejercicio de la función hegemónica dentro del bloque en el poder por parte de distintas clases o fracciones dominantes. De esta forma, el conflicto político principal que explica el cambio ocurre entre las propias clases dominantes, y la lucha de las clases dominadas queda así totalmente desdibujada del esquema.

Podríamos pensar que los desarrollos posteriores de Poulantzas buscan justamente lidiar con el problema del conflicto, de la lucha de clases, otorgándole una creciente centralidad que erosiona el énfasis estructural anterior: Como si se tratara de un continuo ajuste de cuentas con la rigidez casi absoluta del marco estructuralista y sus consecuencias funcionalistas con que, no obstante, nunca se termina de romper. Pero en estos desarrollos observamos un uso decreciente del concepto de hegemonía, casi como si en éste radicara parte de la rigidez absoluta que no dejaba lugar a las prácticas de lucha. En este sentido, la reflexión sobre la hegemonía se desplaza del lugar central que ocupa en su texto de 1968. En suma: cuando Poulantzas intenta salir del marco estructuralista debido a sus problemas para pensar el conflicto y el cambio, no lo hace, paradójicamente, desde el concepto de hegemonía, que permitiría centrarse en las relaciones de fuerza, y éste no vuelve a ser abordado en profundidad.

En su último libro, *Estado, Poder y Socialismo*, publicado en 1978, opera una transformación de su teoría del Estado para otorgarle una centralidad, en la explicación, a la lucha de clases, y para

genera la cohesión de una totalidad conceptualizada como articulación de instancias relativamente autónomas pero determinadas en última instancia por la economía. El Estado, por tanto, es una estructura transhistórica que se monta sobre una relación técnica y objetiva de la producción que adquiere características peculiares en el modo de producción capitalista. Por el contrario, la idea de forma Estado tomada del debate alemán de la derivación plantea que la propia separación de economía y política, y por tanto la posibilidad de la existencia de un conjunto de instituciones que se articulan como Estado, es una característica propia de las relaciones sociales capitalistas, restringiendo históricamente el uso del concepto estado en sentido estricto solo para estas sociedades.

que el estado deje de pensarse meramente desde su función de cohesión y reproducción de lo social. En primer lugar, retomando la idea de productividad del poder de Foucault, el Estado se plantea como co-constitutivo de las relaciones de producción y de las clases sociales, enfatizando las múltiples formas en que éste produce efectos que no se reducen a lo represivo o a lo ideológico. En segundo lugar, aparece un conjunto de elementos de la sociedad capitalista –la división entre trabajo intelectual y manual, la individuación, la ley y la nación– que explica la materialidad institucional del Estado más allá de su función de cohesión. Por último, en lo que constituye su innovación principal, el Estado dejará de definirse funcionalmente, y el conjunto de sus aparatos serán entendidos "como la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clase, tal como se expresa, siempre de forma específica, en el seno del Estado" (Poulantzas, 1980: p. 154).

De esta forma, el Estado encuentra una doble determinación: parte de las características propias del modo de producción capitalista, pero se concreta como condensación de las luchas sociales, que se inscriben así en la materialidad institucional del Estado. Las luchas, por lo tanto, ya no son algo externo que el Estado neutraliza; dejan de estar en una posición de exterioridad, para pasar a formar parte de la propia configuración estatal. Llevando esta conceptualización hacia el concepto de hegemonía, ésta no podría ser entendida, entonces, como la práctica de la clase dominante en tanto efecto de las estructuras políticas. Por el contrario, la hegemonía debería poder ser resultado de esta condensación material de fuerzas, el producto del conjunto de las políticas estatales a partir de cómo condensan, en los diferentes aparatos, las distintas luchas, hasta que se produzca cierto equilibrio, como una disputa por la hegemonía entre clases en el seno del Estado. Sin embargo, no encontramos una conceptualización en este sentido. La hegemonía continúa apareciendo como aquello que lo estatal siempre realiza en favor de las clases dominantes, por la posibilidad de garantizar concesiones a las clases dominadas, incluso cuando éstas sean ahora producto de sus luchas: "el Estado, procurando siempre la hegemonía de clase, actúa en el campo de un equilibrio inestable de compromiso entre las clases dominantes y las clases dominadas. El estado asume así, permanentemente, una serie de medidas materiales positivas para las clases populares, incluso si estas medidas constituyen otras tantas concesiones impuestas por la lucha de las clases dominadas" (Ibíd.: p. 30).

Con respecto a la producción de hegemonía, lo estatal sigue operando en sus funciones de organizar las clases dominantes en el bloque en el poder, condensando las correlaciones de fuerza favorables a éstos que en los aparatos de Estado, y, a la vez, desorganizando las clases populares, inscribiendo sus luchas en estos aparatos sólo como polos de resistencia. Es decir, la nueva centralidad puesta sobre la relación entre el Estado y las luchas, en lo fundamental, no ha cambiado el concepto. La nueva conceptualización del Estado permite pensar su accionar como resultado de numerosas luchas y disputas que se condensan a lo largo de los múltiples aparatos que lo conforman, dando cuenta así del proceso efectivo de contradicciones e incoherencias de la política estatal. Sin embargo, Poulantzas no logra explicar por qué este conjunto de disputas micropolíticas, de resultados contingentes de la lucha de clases, conduce a una hegemonía de la fracción dominante de la burguesía.

Consideramos que es acertado, por parte de Poulantzas, mantener la afirmación de que las estructuras políticas del estado producen necesariamente una dominación propia de las relaciones sociales de las cuales surgen. En este sentido, se diferencia positivamente de intelectuales posteriores, muchos gramscianos incluidos, que piensan que el cambio en las

correlaciones de fuerzas implica una posible transformación de la naturaleza capitalista del Estado.[41] No obstante, es una afirmación que queda indeterminada tras la ruptura con el marco estructural que le daba sentido, y que por lo tanto deja también sin mucho fundamento al concepto de hegemonía. Se trata sólo de un conjunto de políticas contradictorias reflejo de las luchas sociales diversas, cuya correlación de fuerzas el estado materializa. Cómo hace este Estado para garantizar la hegemonía de una clase es lo que permanece, así, como un misterio.

Más allá de este itinerario de la hegemonía en sus textos, de sus transformaciones a medida que se acerca o aleja del marco estructuralista, de las contradicciones y lagunas que se producen en este camino, lo cierto es que Poulantzas realiza una potente reapropiación del concepto gramsciano en su forma estatal. Al poner el énfasis en la dominación política y sus mecanismos institucionales, destaca un elemento fundamental –a nuestro entender– para pensar la hegemonía: su relación con el Estado en tanto Estado capitalista: contraria a toda interpretación culturalista, la hegemonía sólo puede realizarse *en* y *a través* del Estado. En su articulación, Poulantzas profundiza las intuiciones gramscianas sobre la centralidad del Estado para constituir la clase dominante, para organizarla y, por lo tanto, establecer su hegemonía, en una unidad que sería imposible sin esta mediación política, y que amplía nuestra compresión de la política por fuera de una teoría que la piense desde la pura voluntad.[42] A su vez, al vincular el concepto con las relaciones sociales propias del capitalismo, Poulantzas hace que las condiciones de existencia de dicho fenómeno dependan de la permanencia de ese sistema y que beneficie, por lo tanto, sólo a su clase dominante. De esta manera, rompiendo con toda equivalencia entre la forma de la dominación y la de su emancipación, este uso de la hegemonía impide su generalización toda política y nos permite pensarla en relación a sus condiciones de posibilidad sociales e históricas, en una reflexión sobre la política como parte de una realidad social y no como una lógica abstracta autónoma.

No obstante, como lo hemos planteado, esta forma de abordar la hegemonía estatal muestra, por fuera de sus potencias, límites a la hora de pensar desde los conflictos y las luchas de clases.

---

[41] Podríamos decir que en términos políticos Poulantzas se encuentra en el límite entre una estrategia centrada en la transformación del y en el Estado, y el sostenimiento de las luchas sociales contra este. Si bien postula una estrategia que combine ambas formas de lucha, bajo una creciente con cercanía el eurocomunismo, Poulantzas parece confirmar lo que en términos teóricos nunca termina de definir: la posibilidad de que las luchas transformen al propio Estado de forma que este ya no pueda producir la hegemonía y la dominación de la burguesía, volviendo a sus aparatos centros de poder de las clases populares por los cuales se debe luchar. Paradójicamente Poulantzas había discutido con los gramscianos que proponían una estrategia de la hegemonía del proletariado a partir de que este constituyera su fuerza en las instituciones de la sociedad capitalista; su posición parece ahora acercarse (y de hecho muchos de estos gramscianos adhirieron al eurocomunismo) con un mayor énfasis puesto por parte de Poulantzas en la importancia de las instituciones estatales por sobre aquellas de la sociedad civil.

[42] En este sentido es interesante destacar que partiendo de originales articulaciones de Gramsci y Poulantzas, distintos autores han buscado insertar al concepto de hegemonía como parte de una teoría de las políticas públicas. Si bien en ninguno de estos casos se realiza un análisis o reconceptualización en profundidad, la hegemonía aparece como un resultado posible del proceso conflictivo de definición, adopción e implementación de una política pública. Pensando así a la política estatal como una arena, sus definiciones se producen en relación a un conflicto social traducido de manera particular por los propios mecanismos burocráticos del Estado y los intereses conformados alrededor de estos (Oszlak y O'Donnel, 1984). Por mencionar tan solo un ejemplo, Brown y Erie (1984), al analizar la conformación del poder burocrático, plantean los mecanismos de delegación de autoridad en ciertos subsistemas administrativos como una estrategia de institucionalización del conflicto que de esta forma contribuye a construir determinada hegemonía.

Como efecto estructural, éstas parecen realmente no importar. Centrándose en el vínculo entre el Estado y las clases dominantes, son sólo sus conflictos los que se vuelven relevantes; las luchas de los subalternos constituyen un elemento menor a la hora de pensar la hegemonía. Esto contrasta con la manera en que hemos buscado pensar la forma estatal de la hegemonía: tanto desde los intentos de integración y mediación del antagonismo inherente a las relaciones sociales capitalistas, como a través de la idea –que venimos articulando a lo largo de esta tesis– del surgimiento del concepto como producto del auge de masas.

Pero habíamos visto, también en nuestra introducción, otra forma de pensar una hegemonía centrada ya no únicamente en las luchas del bloque en el poder, sino precisamente en la relación entre Estado y masas. Nos referimos, claro está, a los aportes de Juan Carlos Portantiero, quien, desde una relectura de Poulantzas, realiza un "uso" original de Gramsci para pensar la hegemonía desde la integración estatal de las luchas populares (Portantiero, 1999). En su propuesta, el concepto de hegemonía se entiende en el marco de las relaciones políticas de fuerza como resultado del conjunto de luchas de una sociedad, mediante las cuales se establecen distintas articulaciones de la hegemonía que delimitan una particular relación entre el Estado (en sentido ampliado) y las masas a las que se busca dirigir. Por esta razón, "cada fase estatal implica, en efecto, una modificación en las relaciones que se establecen entre Estado y economía (modelo de desarrollo) y Estado y masas (modelo de hegemonía)" (Ibíd.: p. 161).

Destacando la dimensión organizacional de la hegemonía, su funcionamiento mediante las instituciones y organizaciones concretas que la producen, y distinguiéndose así de sus lecturas ideológicas, Portantiero pone el foco en el problema de la mediación entre las clases dominadas y la capacidad estatal de integrarlas bajo distintos modelos de dirección burguesa. Se trata de pensar, así, los diversos procesos históricos en los que se produce una construcción institucional que permite dicha integración; es decir, que permite la producción, desde lo estatal, de acciones hegemónicas. Frente a las luchas populares y la existencia de organizaciones propias en las que se constituyen políticamente, las clases dominantes pueden pacificar el conflicto construyendo institucionalmente mecanismos estatales para su incorporación subordinada, permitiéndo así establecer vínculos relativamente estables con las masas populares. Es este elemento el que compone por lo tanto a la hegemonía sobre las masas populares, aún dentro de la dinámica conflictiva de la lucha de clases.

Pareciera, así, que bajo la interpretación de Portantiero accedemos a la versión más refinada de la forma estatal de la hegemonía. Sin embargo, y a pesar del énfasis en las configuraciones históricas de las correlaciones de fuerzas entre clases, si observamos con detenimiento su planteo vemos que aquí, al igual que sucedía en Poulantzas, la hegemonía aparece como una categoría sistémica y permanente, por lo tanto, de la sociedad capitalista. Es decir, hay siempre algún modelo de hegemonía que articula la dominación, que produce la integración de las masas y que se combina con las relaciones entre Estado y economía, los modelos de desarrollo, asegurando el funcionamiento de la sociedad. Iniciadas, en gran parte, en un punto de partida común –el estructuralista–, ambas propuestas no logran eludir el tono funcionalista de esta teoría, el carácter de reproducción de lo social dado a las superestructuras, haciendo de la política, de las relaciones de fuerza, un simple juego de variaciones, de las distintas maneras en que se vuelve a producir, una y otra vez, la dominación. La hegemonía aparece, de esta forma, como un concepto tranquilizador que nos permite afirmar y dar coherencia al orden de la dominación capitalista más que el poder de cuestionarlo.

¿Qué garantiza, sin embargo, dicha funcionalidad? Si decidimos centrarnos en las luchas por romper con la dominación, si pensamos que es desde la propia fortaleza de las clases subalternas que surge la necesidad de integrarlas subordinadamente, construyendo los mecanismos estatales para lograr una hegemonía burguesa, nos enfrentamos a la contingencia de que ésta se produzca. Si la hegemonía es efectivamente el resultado del enfrentamiento antagónico entre clases, podemos preguntarnos si el Estado logrará siempre articular su equilibrio inestable, si siempre podrá incorporar a las masas, sus organizaciones y sus luchas. El resultado contingente de la lucha de clases como explicación principal del desarrollo de la sociedad capitalista y sus transformaciones políticas nos impone, así, la posibilidad de que el enfrentamiento no termine en una forma de dominación caracterizada como hegemonía.

A riesgo de resultar aristotélicos, podemos afirmar que dominación y Estado capitalista se dice de muchas maneras: que existe una multiplicidad de posibilidades que puede adoptar y que, en efecto, ha adoptado la relación política entre clases, sin que todas lleven el nombre de hegemonía. Ésta no constituye necesariamente su forma normal –como ocurre en las propuestas que hemos aquí esbozado–, ni será el resultado del mero desarrollo del capitalismo. Como nos ha mostrado la historia, las formas más avanzadas de acumulación de capital pueden convivir con formas políticas totalmente ajenas a esta idea de mediación, incorporación y construcción de un consenso de las masas populares, asumiendo la dominación características abiertamente excluyentes y coercitivas. La hegemonía, por lo tanto, no puede referir a una constante en el capitalismo sino a una forma históricamente determinada, con sus propias características, con la que la burguesía, en ciertos momentos y lugares, logra articular la dominación. Contra todo automatismo del concepto, propio de sus lecturas estructuralistas y postestructuralistas que garantizan que siempre exista hegemonía, debemos pensar la particular constelación histórica que la produce como un resultado particular del conflicto de clases. Se trata de una crítica que nos lleva a plantear, en el próximo capítulo, la tercera y última forma en la que, según consideramos, se puede construir este polisémico concepto: la hegemonía como un resultado de la lucha de clases, como una dinámica histórica particular de la dominación burguesa.

Capítulo 5: Hegemonía, lucha de clases y formas de la dominación

Delineada por los usos del término en los textos gramscianos, una tercera forma de construir el concepto de hegemonía podría desplegarse a partir de una pregunta distinta de las que organizaron, hasta ahora, nuestras interrogaciones. ¿Hay siempre hegemonía?

En los capítulos anteriores hemos intentado, en efecto, abordar la hegemonía como producción de un equilibrio inestable entre las clases a través del cual, mediado por mecanismos ideológicos o estatales, una de ellas logra presentar su expansión como la del conjunto de la sociedad. De distintas maneras, por lo tanto, la hegemonía se volvía el nombre de la constitución del orden, la forma por la cual una clase logra su dominación. Presente en toda sociedad –o al menos en toda sociedad capitalista– como nombre secreto que explica su unidad ideológica o estatal, la hegemonía siempre describiría los mecanismos de producción del orden social.

¿Qué sucede, sin embargo, si en el proceso político, si en la lucha y el conflicto entre los grupos sociales, no se logra ese equilibrio inestable? Partiendo de una primacía analítica del conflicto para explicar la constitución de las formas de la dominación social, nos encontramos entonces con la posibilidad de que la clase dominante no consiga dicho equilibrio. El resultado contingente de la lucha podría abrir, por esa razón, un escenario no hegemónico, obligándonos, así, a pensar la existencia de otras configuraciones por las cuales la clase dominante puede ejercer su dominación. Pero si este resultado es posible, si existe la posibilidad de que no exista hegemonía, ésta debería poder diferenciarse como una forma históricamente particular, con condiciones características, del ejercicio de la dominación.

Hemos visto que el concepto de hegemonía aparece, en instancias recurrentes de los textos gramscianos, con este énfasis: como el intento de nombrar una transformación histórica en el orden social, un cambio propio del advenimiento de una sociedad de masas que, a causa de sus conflictos, producía una particular forma de la dominación burguesa en ciertos territorios y en ciertos momentos. Presente constantemente en diversos análisis comparativos de la constitución de la dominación burguesa, en sus crisis, o en las famosas diferencias entre Oriente y Occidente, la hegemonía se desarrollaba así como una forma diferencial capaz de asumir la dominación burguesa en contraste con otras formas no hegemónicas.

En una profundización de este modo de entender el concepto, nuestra indagación sobre la hegemonía nos lleva nuevamente, entonces, a nuestro punto de partida. Como decíamos en el primer capítulo, es el desborde de masas sobre las formas políticas de la dominación el que hace emerger, histórico-conceptualmente el problema de la hegemonía. Es frente a la crisis del Estado liberal que surge la pregunta por cómo éste había logrado integrar a las clases trabajadoras y cómo ahora, en cambio, ya no lo consigue. Es la ruptura de la hegemonía –podríamos decir– la que provoca una indagación teórico-política que lleva a complejizar el entendimiento de la dominación; es la particularidad de la hegemonía burguesa y su crisis a partir del auge de la lucha de clases la que impone la necesidad de que emerja una conceptualidad nueva sobre lo político en el marxismo. Las distintas formas que toma la dominación de la burguesía, las diversas maneras en que ésta logra (o no) incorporar a las masas bajo su dirección, aparecen, ahora, como el objeto de una necesaria reflexión desatada por una constelación histórica del antagonismo capitalista.

Lo que nos proponemos pensar en esta capítulo es, entonces, de qué manera "[…] el concepto de hegemonía, […] sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno" (*Q8* <52>: 244). Debemos preguntarnos, por lo tanto, en qué sentido la presencia de las masas trabajadoras y sus luchas transforman las formas de la dominación burguesa, constituyendo una modalidad particular que, aunque situada históricamente, puede pensarse, en su propia repetición, como hegemonía. Resultado de una configuración particular de la relación de fuerzas entre clases, la última forma del concepto que intentaremos pensar se despliega, así, desde las características particulares que diferencian a la hegemonía de otras formas de la dominación en la sociedad capitalista.

1. La hegemonía como una forma histórica de la dominación burguesa *en* Gramsci

Al recorrer los *Cuadernos* y delinear, dentro de éstos, los itinerarios de la hegemonía, nos hemos encontrado constantemente con una presencia de los conceptos dictada por su inscripción en determinadas constelaciones históricas. La complejidad de la construcción de una teoría de la hegemonía no respondía únicamente, entonces, al carácter asistemático e inacabado del corpus carcelario, sino también a las singularidades aportadas por un método de articulación permanente entre análisis históricos y elaboración teórica. Los textos gramscianos no parten de un conjunto de conceptos definidos que luego son aplicados: presentan, por el contrario, una reflexión en la cual éstos se despliegan para analizar un conjunto de fenómenos políticos, culturales y sociales, temporal y geográficamente específicos. Partiendo de estas aplicaciones que se repiten en una diversidad de usos, los conceptos, en el propio desarrollo textual, se van constituyendo como instrumentos que trascienden la especificidad de los objetos históricos analizados y se vuelven plausibles de ser trasladados al análisis de diversos lugares y momentos de la historia (Liguori, 2013b).

El concepto de hegemonía constituye un ejemplo de este movimiento de la reflexión gramsciana. Categoría presente sin mucha elaboración en escritos anteriores a los *Cuadernos*, en éstos parece cargarse de múltiples determinaciones teóricas, partiendo de un análisis histórico comparado entre Francia e Italia en el siglo XIX, pensando la formación de la dominación burguesa en cada país, y extendiéndose hasta el estudio de fenómenos políticos contemporáneos, como el fordismo. Desde esta especificidad múltiple, aparece como un "criterio general" de constitución de la clase dominante como clase dirigente del conjunto social, que se va configurando, en el propio despliegue de la escritura, como un concepto para pensar las relaciones entre estructura y superestructura en el pensamiento marxista.

Este nexo entre análisis histórico y teoría nos impone una serie de decisiones metodológicas. No es obvio cómo se debe construir un concepto de hegemonía desde su inscripción situada. La mayoría de los intérpretes proceden con una abstracción de las determinaciones concretas, generalizando los conceptos como si éstos pudieran escindirse de sus configuraciones históricas. Podríamos preguntarnos por las potencias de un enfoque que, contrariamente, no tome las notas gramscianas de análisis histórico como "ejemplos" de un fenómeno, sino como contenidos fundamentales para pensar un concepto de hegemonía. Si ésta da cuenta de una particular relación de fuerzas entre las clases sociales, pensar cómo se forjó, se consolidó y se insinuó capaz

de explicar su crisis, se vuelve así central para su definición conceptual.[43] Por tal razón, para abordar esta forma de entender la hegemonía debemos enfrentarnos al problema de su advenimiento histórico. En este sentido, debemos centrarnos en las diversas notas de los *Cuadernos* en las que habita una reflexión sobre las transformaciones socio-políticas del siglo XIX, dando cuenta del surgimiento de una nueva forma que asume la dominación de la burguesía y que podemos nombrar como hegemonía.

Paradigma para pensarla, Francia siempre aparecerá en estos análisis históricos como el modelo emblemático de la constitución de la burguesía como clase dominante, como el espejo frente al cual comparar al resto de los países, y particularmente a Italia. Recorrer la experiencia francesa tal como es analizada en los textos gramscianos, se vuelve así fundamental para pensar el momento de constitución de la hegemonía: para pensarla como un resultado de la lucha de clases y una forma particular que, en consecuencia, adopta la dominación burguesa.[44] Como veremos, se trata de una transformación en las estructuras de la dominación, fechada por los textos gramscianos alrededor de 1871, que implicará, para poder enfrentarla, un necesario replanteo del horizonte estratégico-político.

No obstante, este cambio encuentra sus fundamentos históricos mucho más atrás: es el resultado del largo proceso de luchas y conflictos que atraviesa Francia en el siglo XIX, luego de los sucesos de 1789. entendiendo la Revolución, en este sentido, como el momento de conformación de la burguesía en clase dominante y de la correspondiente construcción de su Estado, lo que debe analizarse es aquello que media entre esta "toma del poder" y la consolidación de una forma estable y hegemónica de la dominación.

> El desarrollo del jacobinismo (de contenido) y de la forma de la revolución permanente puesta en práctica en la fase activa por la Revolución francesa ha encontrado su 'perfeccionamiento' jurídico-constitucional en el régimen parlamentario, que realiza, en el periodo más rico en energías "privadas" en la sociedad, la hegemonía permanente de la clase urbana sobre toda la población, en la forma hegeliana del gobierno con el consenso permanentemente organizado […] El "límite" encontrado por los jacobinos en la ley Chapelier y en la del máximum, fue superado y alejado progresivamente a través de un proceso complejo en que se alternan la actividad propagandística y la práctica (económica, político- jurídica): la base económica, por el desarrollo industrial y comercial, es continuamente

[43] En este sentido, una caracterización de la hegemonía como forma histórica de la dominación puede derivarse de una profundización de aquellas interpretaciones del concepto surgidas a partir de los años 70. La distinción realizada por Gerratana y Francioni entre notas que dan cuenta de una teoría general de la hegemonía y otras donde se especifica la forma histórica que esta asume, nos permite profundizar una razonamiento que continúa, a contramano, aquel que estos intérpretes desarrollan. Si la teoría general quedaba apenas delineada, requiriendo problemáticas teorías de lo ideológico o de lo estatal para completarla, nos proponemos, en cambio, pensar en qué sentido los elementos "específicos" de la hegemonía que aparecen en los textos gramscianos son centrales para pensar la definición del concepto.

[44] Los diversos análisis realizados por Gramsci de experiencias históricas, y particularmente aquellos sobre la historia francesa, son limitados, esquemáticos, y muy discutibles a partir de investigaciones contemporáneas más exhaustivas que se han realizado sobre dicho fenómeno. No obstante, no nos interesa aquí preguntarnos por su precisión histórica, sino plantear la importancia de los elementos que aparecen en estos para pensar el concepto de la hegemonía, para mostrar, más allá de la exactitud historiográfica de dicho análisis, la manera en que estas coordenadas históricas dan forma a una manera de entender la hegemonía dentro de los textos gramscianos.

> ampliada y profundizada […], la sociedad entera está en continuo proceso de formación y de disolución seguida de formaciones más complejas y ricas en posibilidades; esto dura, en líneas generales, hasta la época del imperialismo y culmina en la guerra mundial. En este proceso se alternan tentativas de insurrección y represiones despiadadas, ampliación y restricciones del sufragio político, libertad de asociación y restricción o anulación de esta libertad, libertad en el campo sindical pero no en el político, formas diversas de sufragio, […] diverso equilibrio de los poderes, […] diverso equilibrio interno de los organismos territoriales, […] A este proceso contribuyen los teórico-filósofos, los publicistas, los partidos políticos, etcétera, para el desarrollo de la parte formal y los movimientos o las presiones de masas para la parte sustancial, con acciones y reacciones recíprocas, con iniciativas "preventivas" antes de que un fenómeno se manifieste peligrosamente y con represiones cuando las prevenciones faltaron o fueron tardías e ineficaces (*Q13* <37>: 80).

En la interpretación gramsciana, la dominación burguesa sobre el conjunto de las clases encuentra importantes límites bajo la forma jacobina, típica de la Revolución. La fuerte resistencia de las antiguas clases dominantes, que permanentemente intentan la restauración, así como la incipiente presencia de la clase obrera como una nueva clase subalterna que se opone al gobierno en su prohibición de las asociaciones (Ley Chapelier) y en la fijación de topes salariales (máximum), producen una serie de golpes y contragolpes que ponen fin al gobierno jacobina.[45] Esto no implica, claramente, el fin de la dominación burguesa tras el Termidor o la restauración monárquica, sino su continuación bajo otras fórmulas, que resultan del conjunto de luchas del periodo y que marcan un horizonte político para el conjunto de Europa: "la restauración se convierte en la forma política en la que las luchas sociales encuentran cuadros bastante elásticos para permitir a la burguesía llegar al poder sin rupturas espectaculares, sin el aparato terrorista francés" (*Q10* <61>: 231). Las intensas luchas políticas durante todo el siglo XIX, la sucesión de estallidos revolucionarios y reconfiguraciones de las fuerzas políticas y sociales, se expresan así en las distintas formas que va asumiendo la dominación de la burguesía. Frente a esta continua conflictividad, ella muestra, sin embargo, la imposibilidad de establecer una forma estable en la que pueda presentar su expansión de clase como desarrollo del conjunto de la sociedad.

Pero advertimos que es justamente como resultado de este conjunto de conflictos, de las presiones de las masas nombradas como la parte sustancial del proceso, que se terminará articulando un "perfeccionamiento" de este dominio. Consecuencia de la lucha de clases, se irá conformando una nueva forma de la dominación en la que las energías privadas del conjunto de la sociedad son organizadas gubernamentalmente como un consenso permanente a la dirección burguesa. Bajo las características asociadas al desarrollo del régimen parlamentario de fines del siglo XIX, se produce una articulación de coerción y consenso frente al conflicto social, se logra su mediación e incorporación en mecanismos estatales que perfeccionan y aseguran la dirección

[45] Un desarrollo más amplio de la experiencia jacobina francesa puede encontrarse en la nota 24 del cuaderno diecinueve, donde se expone la particular actividad política que hace avanzar la dinámica revolucionaria llevando a la burguesía a una transformación más allá de la que gran parte de esta se planteaba como clase, así también como sus límites que incluyen su choque con los obreros de París.

burguesa sobre el conjunto de las clases sociales. Ocurre, así, una nueva forma de la dominación burguesa nombrada como el ejercicio normal de su hegemonía.

> El ejercicio “normal" de la hegemonía en el terreno que ya se ha vuelto clásico del régimen parlamentario, se caracteriza por la combinación de la fuerza y del consenso que se equilibran diversamente, sin que la fuerza domine demasiado al consenso, incluso tratando de obtener que la fuerza parezca apoyada en el consenso de la mayoría, expresado por los llamados órganos de la opinión pública […] (*Q13* <37>: 80).

Las luchas e insurrecciones que se suceden en Francia a lo largo del siglo XIX expresan, entonces, la carencia de una forma estable de la dominación burguesa que pueda efectivamente integrar bajo su hegemonía al conjunto de las clases. Forma hegemónica que no aparece de la noche a la mañana sino que se va formando en estos procesos de lucha, ella da lugar a transformaciones socio-políticas que culminan en un nuevo modo de integrar el conflicto de clase bajo una forma estatal. La tercera república francesa, el momento efectivo de adopción del régimen parlamentario en el país galo, aparece así como la forma política que consolida y expresa la hegemonía burguesa; como su forma “normal”, “clásica”. Ésta supone el desarrollo del contenido del jacobinismo, es decir, la dominación de la clase urbana, de la burguesía, sobre el conjunto social, en una forma política nueva, perfeccionada. De esta manera se produce, luego de las oleadas revolucionarias, un momento de estabilización de la dominación social en el cual es posible subordinar estatalmente al conjunto de las clases en lucha, incorporar sus organizaciones de la sociedad civil y producir un consenso que se expresa como opinión pública.

El mismo relato nos plantea que esta nueva forma de articular la dominación encuentra sus bases en una expansión económica, en una transformación de la producción y el comercio que permite la ampliación de las propias fuerzas y de los propios márgenes de acción de la burguesía. Bajo su coincidencia, este nuevo momento queda asociado, así, a la expansión de la segunda revolución industrial; momento de efectiva extensión de las relaciones capitalistas a todo el territorio nacional y de su expansión imperialista. Se trata, entonces, de un cambio económico que opera como fundamento y base de profundas transformaciones sociales, del desarrollo de la sociedad de masas con su consecuente complejización de la sociedad civil, que encuentra una articulación política novedosa a través de los cambios en las formas de representación y mediación entre las clases. El conjunto de transformaciones que surgen *de* y *en* la propia dinámica del conflicto de clases hacen emerger, así, una nueva forma política de la dominación. En las últimas décadas del siglo XIX, la burguesía logra dirigir, por lo tanto, al conjunto de la sociedad, y no lo hace negando las potencias antagónicas a las que se enfrenta, sino incorporándolas estatalmente: ella logra su hegemonía.

Pero en el mismo sentido, y como producto del conflicto, esta nueva forma de la dominación burguesa no nacerá simplemente como una consolidación pacífica, sino como un mero desarrollo incremental a partir de la nueva configuración social. La serie de cambios políticos “formales” encuentra su sustancia en los movimientos de masas y en la correlación de fuerzas de su lucha: la hegemonía burguesa es una respuesta frente a un nuevo auge de masas, a una nueva ofensiva revolucionaria que mostrará la potencia obrera en la Comuna de París. La coordenada histórica de 1871 como advenimiento histórico no marca sólo, entonces, la acumulación de estos cambios, de la expansión económica y el perfeccionamientos paulatino

en los mecanismos de la dominación, sino, principalmente, un cambio en la correlación de fuerzas entre las clases, a partir de una victoria burguesa sobre su antagonista:

> En efecto, sólo en 1870-1871, con el intento de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, o sea que no solo la nueva clase que lucha por el poder derrota a los representantes de la vieja sociedad que no quiere confesarse decididamente superada, sino que derrota también a los grupos novísimos que declaran ya superada la nueva estructura surgida de la transformación iniciada en 1789 y demuestra así ser vital tanto con respecto a lo viejo como con respecto a lo novísimo […] Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan después de 1789 encuentran su resolución relativa solo con la tercera república y Francia tiene 60 años de vida política equilibrada después de 80 años de trastornos en oleadas cada vez más largas: 89-94-99-1804-1815-1830-1848-1870 (*Q13* <17>: 34).

La constitución de la burguesía como clase hegemónica alcanza en Francia su realización en 1871; es en este momento en el que se consolida como clase dirigente del conjunto de la sociedad, por su capacidad de derrotar tanto a la antigua clase dominante como a las nuevas clases subalternas que luchan contra ella, garantizando así una estabilidad política de largo alcance. Se trata de un largo periodo que puede ser caracterizado como el propio de una hegemonía portadora de las características típicas del liberalismo burgués del siglo XIX; una forma en la dominación de la burguesía que no es extensible a toda la historia de su dominación como clase, iniciada en Francia, según el relato de los textos gramscianos, en 1789. Profundizando las consecuencias de este razonamiento, la hegemonía no es una constante en la historia; ni siquiera un fenómeno permanente en lo que hace al dominio burgués. Forma particular, posibilitada y marcada por una constelación de correlaciones de fuerzas, ella es un momento de formación de un equilibrio entre la clase dominante y las subalternas, la constitución de una vida política relativamente estable que, siendo su resultado, contrasta con el conjunto de luchas anteriores.

Sin embargo vemos, a su vez, que estas transformaciones no implican solamente la constitución de nuevos mecanismos de dominación, sino también un cambio en la dinámica misma del conflicto, de la lucha de clases: "con el 1870-71 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados ideológicamente en torno al 48 (aquellos que se resumen en la fórmula de la "revolución permanente)" (*Q13* <17>: 34). Pareciera que, tras el advenimiento de la hegemonía, la dinámica de la acción política cambia: pasa del predominio de la confrontación directa y abierta, de las formas insurreccionales típicas del periodo anterior, a una creciente incorporación del conflicto a través de un conjunto de mediaciones institucionales estatales. En una nueva marca de la historicidad específica del concepto, finaliza, entonces, la eficacia de una estrategia de revolución permanente, "expresión científica del jacobinismo" (Q8 <52>: 244), que ahora será reemplazada por la fórmula de una hegemonía civil.[46]

[46] Los textos gramscianos muestran aquí otro de sus elementos en tanto corpus teórico-político. Estos no solo están articulados por un nexo entre análisis histórico y teoría, sino también por su traducción de en un pensamiento político estratégico. Las reflexiones gramscianas están orientadas a plantear un análisis concreto que permita pensar la acción del proletariado bajo la particularidad de las relaciones de fuerza

> [La revolución permanente] […] propia de un periodo histórico en el que no existían todavía los grandes partidos políticos de masas ni los grandes sindicatos económicos y la sociedad está aún, por así decirlo, en un estado de fluidez en muchos aspectos: mayor atraso en las zonas rurales y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o incluso en una sola (París para Francia), aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto a la actividad estatal, determinado sistema de las fuerzas militares y del armamento nacional, mayor autonomía de las económicas nacionales respecto de las relaciones económicas del mercado mundial, etcétera. En el periodo posterior a 1870, con la expansión colonial europea, todos estos elementos cambian, las relaciones organizativas internas e internacionales del Estado se vuelven más globales y masivas y la fórmula del 48 de la "revolución permanente" es elaborada y superada en la ciencia política en la fórmula de la "hegemonía civil". Sucede en el arte político lo que sucede en el arte militar: la guerra de movimientos se vuelve cada vez más guerra de posiciones y se puede decir que un Estado gana una guerra en cuanto que la prepara minuciosa y técnicamente en época de paz. La estructura masiva de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales cuanto como complejos de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las trincheras y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones: hacen solamente parcial el elemento del movimiento que antes era toda la guerra, etcétera (*Q13* <7>: 22).

Consecuencia de toda una serie de transformaciones sociopolíticas, acontece consecuentemente un cambio en la morfología de las clases populares: ahora se expresan en grandes organizaciones de masas. Como reacción a esta nueva potencia de los subalternos, se produce, también, una transformación del propio Estado, que, contra sus opositores, hace de su actividad una ofensiva permanente para organizar al conjunto social, evitando la disgregación por medio de una intervención activa en la sociedad civil y las organizaciones de masas. Estas

---

en determinado momento histórico. Se trata de abordar la configuración política específica producida por la propia lucha, para plantear allí las coordenadas estratégicas a seguir por la clase trabajadora. Retomando así una de las fuentes del concepto, la hegemonía aparece entonces en una discusión estratégica contra las posiciones de Trotsky, del mismo modo que la palabra aparecía en numerosos autores de la III Internacional. Pero a diferencia de estos, lo que Gramsci realiza es una lectura de las transformaciones de la sociedad y de las formas de la dominación que dan cuenta de una nueva dinámica de desenvolvimiento del conflicto. La fórmula de la "revolución permanente" aparece más que como incorrecta como no actual porque desconoce estas profundas transformaciones. Si esta había mostrado su eficacia en la revolución rusa, debe ahora ser reemplazada para los países occidentales por una nueva estrategia que admita la imposibilidad de una lucha centrada en el ataque frontal. En este sentido, Gramsci afirma que a diferencia de lo planteado por Trotsky: "Ilich comprendió que era preciso un cambio de la guerra de maniobras, aplicada victoriosamente en Oriente en el 17, a la guerra de posiciones que era la única posible en Occidente" (Q7 <16>: 157). Como hemos mencionado en el capítulo segundo, es necesario una profundización del vínculo Gramsci/Trotsky. La teoría de la "revolución permanente", en su forma más desarrollada es posterior y probablemente Gramsci no tuviera acceso a los textos donde esta es expuesta. En la dicotomía hegemonía/revolución permanente lo que se evidencia, por tanto, más que un análisis en profundidad de la propuesta trotskista, una reproducción de los ataques contra esta llevados adelante por los exponentes teóricos del estalinismo. (Dal Maso, 2016). Pero contrario a esta ortodoxia de la URSS, Gramsci reconoce que Trotsky llega a exponer, aunque sin desarrollarlas, las premisas de una transformación táctica que dé cuenta de las diferencias entre el frente oriental y los países capitalistas desarrollados de occidente.

nuevas técnicas políticas, propias de las democracias masivas, conllevan, así, una nueva forma en la que se despliega el conflicto entre clases. En este sentido, la estrategia que funcionaba anteriormente ya no parece aplicable en sociedades que muestran un diferencial en la forma de articular la dominación, que presentan una forma hegemónica que excede ampliamente el dominio estatal represivo. En éstas se ha producido una nueva dinámica, un cambio en las formas del conflicto de clases, que puede caracterizarse como el paso de una guerra ofensiva directa entre dos campos a una guerra de asedio.

Se trata de un cambio en la forma del conflicto que, como hemos visto en el segundo capítulo, aparecía en la distinción entre un Oriente con poco desarrollo de la sociedad civil y un Occidente donde el Estado interviene sobre este conjunto de organizaciones como posiciones, trincheras de esta nueva forma de guerra. Articulando estos argumentos, la hegemonía aparece diferenciada de otras maneras del dominio que se producen en otras sociedades capitalistas, donde no se ha desarrollado una sociedad civil robusta, donde las clases subalternas no participan en grandes organizaciones de masas. Por esta razón, es posible sostener formas de la dominación burguesa que no requieren de una compleja mediación e integración estatal del conflicto, que sigue principalmente desplegándose, por lo tanto, en una dinámica de confrontación más directa.

> *Paso de la guerra de maniobras (y del ataque frontal) a la guerra de posiciones incluso en el campo políti*co [...] La guerra de posiciones exige enormes sacrificios a masas inmensas de población; por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía y por lo tanto una forma de gobierno más "intervencionista", que más abiertamente tome la ofensiva contra los opositores y organice permanentemente la "imposibilidad" de disgregación interna: controles de todo tipo, políticos, administrativos, etcétera, reforzamiento de las "posiciones" hegemónicas del grupo dominante, etcétera. (*Q6* <138>: 105).

Los textos gramscianos describen, así, una transformación caracterizada por el surgimiento y la actuación de organizaciones de masas, la expansión industrial y colonial, la mayor intervención del estado y el desarrollo de la democracia moderna, como formas de concentrar la hegemonía de la burguesía. Estos cambios se traducen en una nueva dinámica de la lucha política, aunque a su vez son producto de la propia fuerza del antagonismo entre las clases: no se trata de un plan consciente o de un continuo perfeccionamiento automático en las formas de la dominación por parte de la burguesía. Por el contrario, esta nueva forma de la dominación, esta concentración inaudita de la hegemonía, es un resultado de la lucha de clases, una respuesta a una creciente fortaleza de la clase trabajadora. Asediada por las nacientes organizaciones de masas de esta clase, con el recuerdo de la insurrección que antecedió a su represión sangrienta, se configura una nueva correlación de fuerzas que produce una particular forma de la dominación. Cambia la dinámica del conflicto: “En la política el asedio es recíproco, no obstante todas las apariencias, y el solo hecho de que el dominador deba desplegar todos sus recursos demuestra el cálculo que hace del adversario” (*Q6* <138>: 106).

La hegemonía, como forma de dominación y de la lucha política, aparece, entonces, en un determinado momento histórico y sólo en algunas sociedades en particular, a partir de una transformación en el desarrollo de la sociedad civil y del Estado. Producto de una correlación de fuerzas marcada por la acción de las masas, constituye una nueva forma de articular la

dominación social, interviniendo y organizando las clases subalternas bajo nuevos modos de mediación política que permiten su incorporación en el Estado. Estos elementos, que ya habíamos desarrollado en el capítulo cuarto, dejan de aparecer, ahora, como una normalidad del capitalismo, como la forma en que bajo éste se produce, en todo momento, la dominación de la burguesía, para encontrar sus coordenadas, en cambio, en una especificidad histórica.

Las notas históricas sobre la hegemonía en Francia cobran aun más sentido, por lo tanto, en el espejo de las otras experiencias contemporáneas, ya que, desde la especificidad de la hegemonía, se puede pensar la existencia de otras formas no hegemónicas de la dominación dentro del capitalismo. Se advierte, así, una multiplicidad de formas bajo las cuales la dominación de la burguesía se presenta en distintas sociedades. Como habíamos planteado en el capítulo segundo, parecería existir una importante diferencia entre lo que ocurre en la Italia del *Risorgimento* como proceso del devenir dominante de la burguesía en dicho territorio y la hegemonía desplegada en el modelo francés. La unificación italiana, el proceso de formación de la dominación burguesa en la península, puede verse, entonces, como "uno de los casos en los que se da la función de 'domino' y no de 'dirección' en estos grupos: dictadura sin hegemonía (*Q15* <59>: 233). Si las notas que daban origen al concepto de hegemonía partían de una particular articulación de dominio y dirección, lo que encontramos aquí es una dominación que se mantiene sin construir una integración de otros grupos sociales, evidenciando una imposibilidad, en las clases dominantes, de desarrollar una dirección hegemónica.[47]

La aparición histórico-geográficamente situada de la hegemonía y su diferenciación de otras formas contemporáneas de la dominación ya delinean, en sí mismas, un concepto que es el

[47] En los textos gramscianos se plantea entonces una diferenciación "italiana" ante el espejo de Francia. Esta no aparece desarrollada muy explícitamente en términos de hegemonía y su falta, sino más bien entre el modelo jacobino de constitución del poder burgués contrapuesto a la idea de una revolución pasiva. Como veremos en el siguiente apartado, este concepto se ha vuelto clave en los estudios gramscianos contemporáneos, como una suerte de marco histórico del desarrollo general de la hegemonía. Sin embargo, y más allá de que discutiremos contra esta idea, lo que nos interesa aquí plantear es que lo que estamos contrastando aquí no es, por un lado, el momento de llegada al poder de la burguesía francesa, caracterizado en el texto gramsciano a partir de la movilización activa del conjunto de las clases, y, por el otro, un devenir dominante de la burguesía caracterizado por la pasivación. Por el contrario, lo que aquí estamos delineando y contrastando no es este proceso, sino un momento posterior de consolidación de una particular forma de la dominación burguesa, que acompaña un conjunto de transformaciones sociopolíticas como respuesta al antagonismo obrero y que contrasta con formas excluyentes, que no logran incorporar subordinadamente a las masas, como las que se producen en la Italia de fines del siglo XIX. Uno de los mecanismos que aparece como principales para configurar esta forma no hegemónica de dominación es el transformismo. En vez de integrar a las clases antagónicas dentro de mecanismos estatales, de intervenir sobre el conflicto para construir un consenso, lo que se observa es la absorción de dirigentes de otros grupos sociales. Pero a su vez este mismo fenómeno tiene dos momentos: "1] de 1860 a 1900 transformismo molecular, o sea las personalidades políticas individuales elaboradas por los partidos democráticos de oposición se incorporaban aisladamente en la clase política conservadora-moderada (caracterizada por la aversión a toda intervención de las masas populares en la vida estatal, a toda reforma orgánica que propusiera una hegemonía como sustitución del crudo dominio dictatorial; 2] de 1900 en adelante transformismo de grupos extremistas enteros que se pasan al campo moderado" (Ibid.). Sobre este último momento podemos pensar en una iniciativa de tipo hegemónico, pero este fenómeno, no obstante, aparece históricamente contrastado con la robusta hegemonía burguesa nuevamente de Francia. Para ese mismo momento Gramsci describe para dicho país una dominación articulada a partir de numerosos partidos políticos y organizaciones de la sociedad civil que se integran bajo el régimen parlamentario y contrastan como una la vida política mucho menos robusta y desarrollada de Italia.

resultado particular de una particular configuración de lucha entre las clases. Pero esta característica se refuerza aun más cuando emprendemos el análisis de la crisis de la hegemonía burguesa. La historicidad en el advenimiento de la hegemonía encuentra su continuidad en la ruptura de esta forma de la dominación que marca la época de los textos gramscianos, atravesados, como hemos planteado desde el capítulo primero, por el análisis de la crisis de la primera posguerra. En este sentido, la posibilidad de su ruptura, de su fin, nos plantea que la conformación histórica de la hegemonía no supone una fase final en el devenir de la burguesía como clase dominante, una etapa en la que la burguesía finalmente encuentra la forma normal de ejercer su dominación. Nos enfrentamos, por el contrario, a una determinada constelación de las relaciones de fuerza entre las clases, a un momento particular en el cual, resultado del conflicto, la burguesía ha logrado integrar, bajo una forma política estatal, al conjunto bajo su dirección. Una forma histórica cuya duración se observa en un periodo extenso pero no eterno, y cuya crisis estalla a la salida de la primera guerra mundial: "En el periodo de la posguerra, el aparato hegemónico se cuartea y el ejercicio de la hegemonía se vuelve permanentemente difícil y aleatorio" (*Q13* <37>: 81).

La crisis política generalizada en Europa tras la experiencia bélica hunde en verdad sus raíces en la crisis de toda una forma de dominación configurada en las últimas décadas del siglo XIX. Diferenciándose críticamente del conjunto de pensadores que en su misma época la concebían simplemente en términos de una crisis del régimen político o como una que, peyorativamente, mostraba la decadencia de los principios de la sociedad, en los textos gramscianos esta crisis es una manifestación de los cambios de relaciones de fuerza entre las clases (Bianchi, 2018). En este sentido, la coyuntura se presenta como crisis de la hegemonía burguesa, una ruptura de la forma de dominación configurada "clásicamente" en el régimen parlamentario.

> En cada país el proceso es distinto, si bien el contenido es el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque […] ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas […] han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto (*Q13* <23>: 52).

Bajo la centralidad del conflicto de clases como explicación de las transformaciones sociopolíticas, las causas de la crisis, de la ruptura de la hegemonía, también se explican, consecuentemente, por la activación de masas y el fracaso de la clase dominante en articularlas bajo una nueva dirección. Con particularidades para cada sociedad, se trata de un fenómeno que encuentra un contenido común a lo largo de Europa, como crisis de la particular configuración estatal que se había consolidado alrededor del desarrollo de la sociedad civil y de la incorporación mediada de las masas a través de los nacientes y cada vez más amplios sistemas políticos democráticos. La pregunta por la crisis de autoridad cobra entonces sentido en el espejo de una pregunta mayor: ¿cómo se había podido articular una forma de dominación que se expresaba abiertamente como aceptación, como consenso democratico, por parte de las masas, hacia su subordinación?

Los elementos centrales de la hegemonía como forma particular de la dominación burguesa reemergen, entonces, en la lectura de su crisis: 1) implica al conjunto del Estado integral y apunta directamente a la forma de integración entre sociedad civil y estado que garantiza la hegemonía; es una crisis de las diversas instituciones de intervención y regulación del conflicto y se expresa en la separación de las masas de sus representaciones tradicionales y en una "dificultad de construir una orientación política permanente y de vasto alcance" (*Q15* <47>: 220); 2) su causa responde a un movimiento de masas, a una actividad política de las clases subalternas que transforma la correlación de fuerzas e impide la integración del conflicto bajo los términos de la hegemonía existente. En este sentido, si bien en la posguerra se manifiesta un conjunto de contradicciones acumuladas, propias de la forma anterior de dominación y acumulación, el fenómeno principal que caracteriza al periodo como crisis de hegemonía es la emergencia y organización creciente de la clase obrera en tanto clase antagónica.

> la guerra del 14-18 representa una fractura histórica, en el sentido de que toda una serie de cuestiones que molecularmente se acumulaban antes de 1914 se han "amontonado", modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar en la importancia que ha asumido el fenómeno sindical, término general en el que se suman diversos problemas y procesos de desarrollo de distinta importancia y significado (parlamentarismos, organización industrial, democracia, liberalismo, etc.), pero que objetivamente refleja el hecho de que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso ya no desdeñable, etcétera, etcétera (*Q15* <59>: 233).

Nombrado como "fenómeno sindical", se trata de aquellos "elementos sociales de nueva formación, que anteriormente no tenían 'tela en este entierro' y que por el solo hecho de unirse modifican la estructura política de la sociedad" (*Q15* <47>: 220), es decir, la fuerza creciente de una clase trabajadora que rompe con la hegemonía construida por la burguesía en el siglo XIX. Así como la victoria sobre la clase obrera había solidificado una forma de la dominación, el proceso de organización y lucha bajo sus nuevas formas sindicales y políticas pone en crisis la forma liberal "clásica" de la hegemonía. Organizándose en su antagonismo con la burguesía, articulándose en grandes organizaciones de masas, aquella clase plantea una crisis general del conjunto de las instituciones políticas en las que se configuraba la hegemonía burguesa. Hemos vuelto, así, al punto de emergencia de los problemas que, tal como planteamos en el primer capítulo, contorneaban el concepto de hegemonía y la necesidad de una nueva forma de pensar el conflicto político desde el marxismo: el advenimiento de masas en lucha, su fortaleza para romper con las formas de dominación, aunque también su incapacidad, frente a aquella filosofía de la historia que postulaba el necesario advenimiento del orden proletario, de transformar radicalmente la sociedad.

Esta paradoja ha llevado a privilegiar, dentro de la lectura del concepto gramsciano, aquellos elementos que se referían a la complejización en la dominación burguesa: a cómo se erigían, pese a la crisis de su Estado, poderosas trincheras desde las cuales resistir el embate proletario. Retomando la distinción gramsciana entre Oriente y Occidente, quedaba entonces de manifiesto cómo, en aquellas sociedades más desarrolladas, los puntos de conflictividad política y de sujeción de los subalternos se habían modificado al punto de resistir los ataques directos, al punto de sostener el dominio burgués aún ante las más profundas crisis. Aunque este énfasis destaca un elemento central para pensar la dinámica de la lucha de clases bajo formas

hegemónicas de la dominación, consideramos que ha llevado a una asociación entre desarrollo capitalista y hegemonía que tendió a hacer de ésta la forma normal de la dominación una vez que se ha consolidado el capitalismo y, consecuentemente, a asumir una lectura funcionalista del concepto. Según ella, una vez alcanzada la hegemonía, ésta muestra su capacidad constante para articularse bajo nuevas configuraciones. La lucha de clases que suscita su crisis marca, por lo tanto, una interrupción momentánea sucedida por una forma más acabada y compleja de dominación. El conflicto se vuelve así funcional: un medio por el cual se articulan formas más acabadas de la dominación capitalista, se expresan las transformaciones del desarrollo de la acumulación de capital que requieren de la adaptación de los mecanismos políticos del dominio. La crisis, las luchas, más que mostrar la potencia de ruptura y la apertura de nuevas posibilidades, articulan el paso entre distintas hegemonías, un paso funcional hacia una nueva hegemonía de la burguesía.

Consideramos, por el contrario, que pensar la hegemonía como una forma histórica particular de la dominación de la burguesía, resultado de la lucha de clases, implica arribar a una interpretación distinta. La crisis no debe ser vista como una interrupción momentánea de un *continuum* en la dominación, a la espera de una nueva configuración hegemónica. La hegemonía, su crisis y su resolución deben ser concebidas, en cambio, como resultados contingentes del enfrentamiento, del conflicto entre clases. A diferencia de las interpretaciones que han tendido a pensarla como forma "normal" o más desarrollada de la dominación, proponemos pensar la forma hegemónica de la dominación burguesa en su particularidad: como respuesta y resultado contingente de una particular relación de fuerzas entre clases sociales. Sustrayéndola a una lectura funcionalista de la crisis, buscamos pensarla como apertura de un periodo conflictivo cuyo resultado puede terminar en formas no hegemónicas de la dominación. No existe de antemano garantía frente a la lucha, no necesariamente la burguesía logrará articular de nuevo una dominación que integre subordinadamente a las masas, pacificando, de modo temporal, el conflicto. La crisis de hegemonía es una ruptura del equilibrio de intereses logrado por la burguesía, producto de la irrupción y la fuerza de la clase antagónica; su resolución puede terminar en múltiples resultados. La hegemonía responde a una constelación de la lucha de clases que puede desarmarse, no a una "etapa" general del capitalismo de la que no hay vuelta atrás. En todo caso, la posibilidad de que esto ocurra se encuentra abierta al resultado de la lucha. Es éste el problema que, referido a las perspectivas de superación del orden burgués o de transformación de sus formas políticas que puedan absorber el nuevo auge de masas, atraviesa gran parte de las reflexiones gramscianas:

> ¿Cómo reconstruir el aparato hegemónico del grupo dominante, aparato que se había disgregado por las consecuencias de la guerra en todos los Estados del mundo? Se disgregó por causas mecánicas: grandes masas pasivas entraron en movimiento, las clases medias tuvieron funciones de mando y responsabilidad, porque las fuerzas antagónicas resultaron incapaces de organizar en su provecho el desorden. El problema era reconstruir el aparato hegemónico de estos elementos antes pasivos y apolíticos y esto no podía realizarse sin mediar la fuerza: pero esta fuerza no podía ser "legal". Como en cada estado el conjunto de relaciones sociales era distinto distintos tenían que ser los métodos políticos de empleo de la fuerza y de combinación de fuerzas legales e ilegales (*Q7* <80>: 145).

Frente a un alza en la lucha de clases –como la que se advierte en Europa tras la guerra y que en Italia muestra toda su potencia en el movimiento de los consejos–, la primera respuesta, más que la de una nueva hegemonía, parece ser la de una represión abierta. Incluso las formas de esta violencia no son legales, en referencia a todas las organizaciones paraestatales de coerción, propias de las modalidades fascistas de los años veinte Es decir, no forman parte, en principio, de los mecanismos estatales de mediación del conflicto. Frente a la lucha, aún se deben producir nuevas y distintas combinaciones de coerción y consenso, en un escenario abierto por las diferentes relaciones de fuerza de cada territorio. En esta línea de interpretación, los análisis parecen mostrar que la crisis no resulta necesariamente en una nueva hegemonía sino que abre la puerta a situaciones múltiples y diversas.

Aparece, por un lado, la revolución proletaria, como la rusa; perspectiva, nunca abandonada como posibilidad para el resto de los países europeo, que marca, justamente, el quiebre de toda posibilidad de una hegemonía burguesa. Por otro lado, los intentos –más o menos exitosos, ejemplificados principalmente con el caso francés– de rearmar el antiguo aparato hegemónico allí donde éste era fuerte, de retomar la dominación bajo formas que no requieren una gran modificación de aquella hegemonía propia del siglo XIX. Pero también nos encontramos con nuevas configuraciones de la dominación política: aquellas fuertemente apoyadas en la violencia y la coerción, como en Italia y Alemania, o las que responden a una reestructuración social profunda que acompaña a las nuevas formas de la producción fordista, como la hegemonía nacida de la fábrica que parece acontecer en Estados Unidos. La crisis muestra, por lo tanto, que bajo la aparente paz lograda por la hegemonía burguesa existe una continua lucha de clases que, en su antagonismo, desgarra la estabilidad, y que luego de la crisis, en las distintas configuraciones de las relaciones de fuerza, se pueden producir nuevas y múltiples formas de dominación política.

Lejos de confirmar una teoría general de lo político en una sucesión de devenires hegemónicos entre clases, la crisis abre el juego, entonces, a distintas configuraciones políticas de las relaciones de fuerza entre ellas. Bajo esta lectura, consecuentemente, la hegemonía no da cuenta, en términos históricos, de un supuesto devenir dominante de la burguesía, sino del momento en que construye una forma de dominación que logra incorporar al conjunto de las clases sociales en una dirección estable. Este hecho aparecía en Francia hacia 1871 y se desarrollaba en la época de expansión económica de la segunda revolución industrial, bajo el régimen parlamentario liberal. Esta forma, parcialmente generalizable a gran parte de la Europa occidental del periodo, entra en crisis en la primera posguerra: la hegemonía se rompe, y la dominación burguesa es cuestionada, superada o rearticulada bajo nuevas formas.

Dentro de estas formas de la dominación, la hegemonía es, por lo tanto, sólo aquel momento en que puede producirse una máxima expansión del grupo dirigente burgués, concebida y presentada como la de todas las fuerzas nacionales. Contra toda lectura historicista, este fenómeno no supone la efectiva progresividad de dicha clase dominante o de aquella que está llamada a superarla, sino una capacidad de producir, por medio de la acción estatal, un equilibrio de fuerzas que permite incorporar al conjunto social bajo una dirección burguesa. La hegemonía, en suma, es una rareza producida políticamente, más que una norma que explica el funcionamiento de toda sociedad.

Como una forma particular de la dominación burguesa, como una de las maneras que, por las propias características de la política en la sociedad capitalista, puede adquirir la dinámica y el conflicto entre clases, la hegemonía implica, así, una serie de diferencias a la hora de pensar el concepto con respecto a muchas de sus interpretaciones y de sus usos en los *Cuadernos*. Los elementos que nos permitían pensarla a partir de un complejo accionar político desde el Estado implican su derivación como forma política de las relaciones sociales capitalistas. En este sentido, requería del Estado de una clase particular, la burguesía, limitando el concepto: 1) temporalmente, en su extensión a un momento previo al accionar del Estado; 2) en la naturaleza del vínculo hegemónico, entendiéndolo como la producción material de un equilibrio de relaciones de fuerza entre clases que no descansa en la ideología; 3) en su terreno, contra una interpretación de la producción de la hegemonía en la sociedad civil; y 4) en su sujeto, en la imposibilidad de "utilizar" el Estado cual instrumento y de producir hegemonía por parte de otra clase social que no sea la burguesía.

Pero a su vez, y a partir de lo que hemos planteado en el presente capítulo, este conjunto de limitaciones no aparece ahora como consecuencia de todo accionar del Estado capitalista, como un fenómeno estructural, sino como un resultado posible de la lucha de clases. Entendiendo el Estado como forma política de la relación capital-trabajo, es el despliegue de su antagonismo el que marca las condiciones de posibilidad y formación de una hegemonía. Como una forma de dominación articulada sobre una constelación de relaciones de fuerza, la hegemonía no refiere, por lo tanto, a toda constitución política en la historia, ni a la totalidad de la modernidad capitalista. De este modo, el concepto aparece en los *Cuadernos* como elemento para pensar las distintas formas que puede asumir la dominación burguesa. En tanto forma histórica particular, es un resultado que debe producirse en la lucha: que puede romperse, entrar en crisis. De esta manera, es un concepto que logra dar cuenta de un proceso dinámico de lucha entre las clases; uno que puede explicar la constitución de la hegemonía burguesa, pero que también abre la puerta para pensar su crisis, su superación y el posible paso a otras formas en que la burguesía ejerce su dominación.

El concepto de hegemonía se sustrae, entonces, a su uso e interpretación recurrente en tanto explicación del proceso consciente de constitución de toda clase en dominante, al recorrido que va desde su subalternidad hasta su hegemonía y que volvía equivalente el proceso de organización y conciencia de todas las clases al de su capacidad efectiva de ejercer la dominación. Porque, en efecto, nos encontramos con que, en primer lugar, las condiciones para una dominación hegemónica son exclusivas del capitalismo y, por lo tanto, de la burguesía, impidiendo su extensión hacia la idea de una hegemonía proletaria;en segundo lugar, ésta puede ser clase dominante sin poder producir una dominación hegemónica, que puede ejercer su dominación bajo otras modalidades; y, en tercer lugar, la hegemonía no surge de la organización consciente de una clase, no la hacen sus intelectuales, sino que es un resultado contingente del conflicto.

Bajo la articulación metodológica de análisis históricos y construcción conceptual, se trata de una forma particular de entender el concepto de hegemonía. La operación teórica que debemos realizar consiste, por lo tanto, en pensar cuáles son las características de esta dominación que pueden generalizarse en coordenadas históricas similares. Es decir: en un plano más espacioso que el de la particular hegemonía burguesa de fines del siglo XIX, debemos definir cuáles son los elementos que en estos análisis se delinean para extender el uso del concepto más allá de aquel

momento histórico, abriéndolo a un abanico de nuevas constelaciones políticas. Lo que entonces debemos desarrollar son las consecuencias plenas de esta marca espacio-temporal a un concepto de hegemonía; preguntarnos cómo generalizar esta "historicidad", cuáles son los elementos de dicha dominación hegemónica que pueden dar cuenta de características de una forma de dominación presente, ya no siempre ni en toda sociedad, aunque sí en múltiples períodos y geografías.

Los textos gramscianos nos permiten encontrar, de este modo, las bases para una forma particular del concepto de hegemonía, entendida como una configuración que puede adoptar la dominación en el capitalismo, como un resultado de una lucha de clases que modifica la dinámica del conflicto, produciendo nuevas formas de su integración estatal. Es cierto, sin embargo, que no existe en los textos gramscianos un gran desarrollo conceptual sobre esta forma de entender la hegemonía, que ésta contrasta con los intentos, más desplegados, de inscribirla dentro de una teoría general de la historia y la política. Por esta razón, profundizar en ella, indagar cómo nos permite un abordaje de las nuevas configuraciones de la dominación y de la dinámica de la lucha de clases desde el despliegue del propio antagonismo capitalista, explorar las potencias que supone para una teoría marxista de la política, nos impone un ejercicio *contra* y *más allá* del propio Gramsci para seguir pensando, así, el polisémico concepto de hegemonía.

2. Las clases en conflicto y la crítica al historicismo: la hegemonía como resultado de la lucha de clases *contra* Gramsci

En los capítulos anteriores, hemos desplegado dos formas de la hegemonía –una ideológica-cultural, la otra estatal– que, con sus matices y diferencias, parecen fundarse en diversos elementos de una concepción del marxismo. El concepto de hegemonía aparece, en ellas, como un modo de entender la articulación entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la estructura y la superestructura, siendo parte de una teoría general de lo social. Anclada, principalmente, en una noción de praxis, la hegemonía explicaba el proceso por el cual toda clase social logra devenir dominante, articulando el conjunto social según sus necesidades y a partir de su organización consciente.

Por el contrario, la construcción de una forma de la hegemonía tal como la que estamos ensayando en este capítulo –una que dé cuenta de los modos de la dominación a partir de los resultados del conflicto de clases– no encuentra, a lo largo de los *Cuadernos*, un desarrollo teórico semejante. Ella no se halla contenida sino en sus análisis históricos y en una profundización crítica de la teoría de las relaciones de fuerza como clave de un marxismo centrado en la lucha de clases. Hemos intentado desarrollar, así, una forma de entender la hegemonía que se encuentra sólo potencialmente *en* Gramsci y que entra en tensión con una forma "gramsciana" de entender la teoría marxista.

Profundizar aquella forma, centrada en la lucha de clases, en el antagonismo capital-trabajo y en su despliegue bajo modos particulares de la dominación burguesa, requiere que entonces nos detengamos críticamente, *contra* este marxismo de Gramsci, a pensar este conflicto y las relaciones de fuerza en las que se constituye. Como hemos visto en los capítulos anteriores, en los textos gramscianos se aborda la lucha desde la perspectiva de los grados de organización consciente y voluntaria de las clases alrededor de concepciones del mundo que emergen de las

actividades de los sujetos en el mundo de la producción. Ausencia de una incorporación de la crítica de la economía política marxiana, el enfrentamiento aparece desligado de las características propias de la relación social que constituye el antagonismo entre las clases. En consecuencia, las relaciones de fuerza se perciben desde el prisma de un enfrentamiento ideológico entre grupos sociales cuya existencia objetiva se configura a partir de sus prácticas productivas, expresando el desarrollo de la autoconciencia y organización de un grupo que surge de una actividad económica. Inserta a su vez en un relato de progresividad y necesidad histórica, esta concepción supone el devenir dominante de aquella clase que, con su actividad en el desarrollo de la civilización, supone nuevos niveles de libertad en el largo camino de la humanidad hacia su emancipación. En este sentido, la organización del conjunto de la sociedad a partir de su concepción del mundo se convierte en su tarea histórica, y el enfrentamiento entre los grupos sociales se explica –según remarcábamos– por la necesidad de que uno de éstos devenga dirigente del conjunto y organice la sociedad desde su ideología, que triunfa en la lucha, para poder continuar, así, con el progreso de la historia.

No obstante, consideramos que existe, en tensión con esta concepción de la historia y la política presente desde los textos gramscianos más tempranos, otra forma de entender la lucha de clases desde su despliegue desde los distintos "momentos" de las relaciones de fuerza, que deben ser pensadas separando al conflicto, tanto de su conceptualización ideológica como del relato historicista que supone el necesario devenir dominante de clases cada vez más progresivas. Se trata de ensayar, entonces, una lectura abierta de las relaciones de fuerza que ponga el foco en su existencia como momentos de las relaciones de lucha y conflicto entre sujetos sociales constituidos por las relaciones sociales capitalistas. De esta manera, el conflicto no forma parte de un largo relato histórico, del devenir de un espíritu que encarna en las ideologías de cada grupo, ni hace del momento de la hegemonía el necesario devenir dirigente de una clase.

Conceptualizada, por el contrario, como un posible resultado del enfrentamiento político propio de la sociedad capitalista, la hegemonía se vuelve un particular modo en que la burguesía puede dominar, y no ya la necesaria forma de existencia de la fuerza social llamada a hacer avanzar la historia. A partir del conflicto, podemos dar cuenta de la configuración de modos de la dominación capitalista a partir del resultado contingente de la lucha y su impacto al transformar las formas políticas estatales del capital. Partiendo, por lo tanto, de las relaciones de fuerza entre clases como despliegue del antagonismo capitalista, el concepto de hegemonía pierde su lugar como articulador de una teoría general de lo político y lo social, para dar cuenta de una particular constelación de aquellas relaciones, de una forma histórica que toma la dinámica del conflicto capital-trabajo. En una sociedad a la vez constituida y desgarrada por este antagonismo, por la lucha de clases, la hegemonía designa la paz precaria a través de la cual, en algunos momentos, y mediante ciertos mecanismos, la clase dominante puede realizar su dominación, dirigiendo el conjunto social. Ahora bien: aunque parte de intuiciones presentes en Gramsci, es claro que esta forma de entender el conflicto de clases y la hegemonía entra en tensión con su filosofía de la praxis, particularmente en relación a cómo, en ésta, esas clases, en efecto, aparecen.

A lo largo de los textos gramscianos no encontramos una definición de clase social; tampoco, como hemos dicho, una reflexión sobre la relación capital-trabajo de forma tal de entender cómo compone a sus sujetos y su antagonismo. Inscripta en el relato historicista y por fuera de una conceptualización que pueda entenderlas como una relación social objetiva, la que esos

textos configuran no es, por el contrario, una teoría relacional de las clases. Se trata, más bien, de lo que podríamos llamar una "teoría sociológica" de las clases (Piva, 2017). El fundamento de los grupos y su conflicto se instala a partir del concepto de praxis, vinculando cada grupo con una actividad productiva. Es decir, lo que define a una clase no es la relación social que establece con otras –por ejemplo, el vínculo capital-trabajo que sería constitutivo tanto de la burguesía como del proletariado–, sino, aquella actividad productiva que define a un grupo. Lejos de comprender las clases como una relación social, como la existencia de grupos a partir de los vínculos de explotación y dominio, se trata de grupos que "hacen" distintas cosas, que tienen, debido a ese hacer, diversas concepciones del mundo, y que se enfrentan a partir de la conciencia de organizar el mundo según su actividad.

Esta problemática forma de entender las clases es consecuente con la falta de un concepto de capital, y se observa, con claridad, en el relato que en los textos gramscianos se refiere al devenir histórico de la burguesía. En numerosas notas, se la ve surgir como clase alrededor del año 1000, asociada a la actividad comercial medieval. De esta manera, la burguesía no nace de las relaciones de producción capitalista surgidas tras la revolución industrial; existiría más allá del vínculo de explotación que la constituye como clase, de manera relacional con el proletariado. Más que aquella personificación y expansión de la relación de valor, más que una historia de su constitución a partir de la extensión de las relaciones de producción capitalistas y la extracción de plusvalor, la historia de la burguesía es la del despliegue de una fuerza social que representa la fuerza motriz económica y la capacidad de expansión de las fuerzas productivas desde el Medievo. Desde la conciencia de esta posición, esa historia es el largo proceso de desarrollo de las formas políticas e ideológicas que expresan el despliegue de su praxis. Se trata, por lo tanto, de una conceptualización que, abstrayéndose de las relaciones sociales capitalistas, proyecta en grupos sociales concretos que realizan una determinada actividad (el comercio, la obtención de ganancias) la existencia de una clase que se explica únicamente por relaciones sociales inexistentes en la Europa medieval.

Consecuente con esta forma de pensar la clase, hay en el texto gramsciano un énfasis en el momento de su organización ideológica y política como explicación del surgimiento del capitalismo mismo. Es decir, no se trata de determinadas formas de producir y reproducir la sociedad que se personifican y producen sujetos sociales –la burguesía y el proletariado–, sino de grupos que manifiestan un "hacer" concreto en lo económico, que desarrollan una concepción del mundo desde sus prácticas productivas, buscando generalizar su acción y su ideología como la del conjunto social a partir de las necesidades de su actividad. Bajo esta lectura, las relaciones de fuerza se vuelven, por lo tanto, sólo el grado de organización y conciencia que el propio grupo desarrolla, luchando, primero, contra su inscripción dentro de la concepción del mundo y el hacer de la clase dominante anterior, y, luego, imponiendo sobre los nuevos grupos su manera de organizar la sociedad. El devenir dirigente, la hegemonía de un grupo, queda así asociado al cambio de una civilización en otra, a la imposición de un nuevo modo de producción –podríamos decir–, haciendo del momento político e ideológico, en abstracción de la efectiva extensión de las relaciones sociales, lo determinante para pensar las transformaciones históricas.

Este tipo de análisis se evidencia claramente en los textos gramscianos que abordan la historia de la burguesía en Italia. Gramsci plantea la emergencia, en la península italiana medieval, de los elementos más avanzados del comercio y las finanzas, de una clase burguesa que entra en la

historia y muestra su dinamismo. Sin embargo, estos grupos fallan en organizar una ideología coherente y construir las formas políticas que les permitan generalizar su dirección, fallan en su tarea de devenir clase dominante. Esto explicaría la ausencia de capitalismo en Italia. Las razones de este fracaso no residen, por lo tanto, en la inexistencia de relaciones capitalistas de producción en dicho territorio, sino en cuestiones ideológicas y políticas: por un lado, en la falta de intelectuales nacionales, debido a su cosmopolitismo; por otro, y en vínculo directo con este fenómeno, en la falta de un Estado nacional unificado. Contra toda evidencia histórica de un desarrollo capitalista en la Italia medieval, es claro que Gramsci considera que la burguesía se encontraba allí en condiciones de comenzar un proceso para devenir en clase dirigente, de constituir su Estado y su civilización, pero que la falta de intelectuales le impide superar su fase económica corporativa (identificada con la etapa de las comunas medievales) y organizar su voluntad configurando aquel Estado para dirigir al conjunto nacional.

Contrastando con el caso italiano, pero bajo el mismo tipo de análisis, es Francia la que aparece una y otra vez como caso paradigmático de triunfo de la burguesía, como modelo para el inicio de la "civilización" burguesa. La Revolución francesa se vuelve, de esta manera, el momento cúlmine del largo desarrollo de la burguesía desde la época medieval, el momento en que su ideología y sus formas políticas lograron imponerse sobre el resto de las clases y organizar el conjunto de la sociedad. Es la expresión política de una serie de transformaciones culturales e intelectuales en las que se va formando la praxis burguesa y difundiendo sobre el resto de las clases, en una verdadera reforma intelectual y moral que modifica el pensar y actuar de las masas. En la secuencia Renacimiento-Reforma protestante-lustración-Filosofía alemana, asistimos a ocho siglos de la historia de la conformación de la burguesía, que culmina, con la Revolución francesa, en el devenir hegemónico de dicha clase.[48]

Nos encontramos con una peculiar forma de abordar el origen del capitalismo que se sustrae a un abordaje de la acumulación originaria, y omite analizar aquel territorio donde nace y desde donde se extiende esta forma de producir y reproducir la sociedad: Inglaterra. Se relata, en cambio, del proceso de difusión de una cultura y su momento de consolidación política en que los jacobinos franceses, como intelectuales y representantes de la burguesía, le imponen a ella ir más allá de sus intereses económico-corporativos, para constituirse como una clase dirigente del conjunto de la nación. Un momento político en el cual la clase deviene Estado, legislando de un modo acorde a sus necesidades, adaptando las conductas de las masas a las prácticas propias de la burguesía, aboliendo todas las trabas para su desarrollo y extendiendo, a través de las guerras revolucionarias, la civilización burguesa al resto de Europa.[49]

---

[48] Incluido este relato ahora dentro de una teoría que supone el devenir sucesivo de las clases progresivas de la historia como hegemónicas, como articuladoras del conjunto de la sociedad, nos encontramos así con un elemento que ya se encontraba en los textos precarcelarios. En estos se plantea, que "el capitalismo ha surgido del privilegio comercial" (*NM*: 94) y que"Hoy la clase privilegiada es la burguesía y el capitalismo es la forma específica que el privilegio ha asumido" (*CF*: 99). De manera similar, a la hora de pensar el caso Italia, se afirma que a pesar de su menor desarrollo posterior "desde la época de las comunas – que mucho antes de las revoluciones inglesas y francesas, indican el surgimiento en las regiones más ricas y más fértiles de nuestro país de una clase burguesa activa y trabajadora, la cual destruye de hecho muchos de los privilegios feudales y se constituye primer en Europa para la actividad comercial y bancaria" (*CT*: 102).

[49] Cómo debería quedar claro por los argumentos que hemos hasta aquí desplegado, no estamos planteando una necesaria "primacía" de lo económico que luego toma formas políticas. Por el contrario,

No nos interesa aquí discutir las notorias imprecisiones históricas que supone esta lectura gramsciana del origen del capitalismo, sino entender qué es lo que ella implica para pensar una teoría de las clases y su enfrentamiento. Determinada la sociedad por la capacidad de un grupo económico de imponer su voluntad sobre el conjunto, el capitalismo puede definirse, así, en términos de triunfo político e ideológico de la burguesía. De esta manera se evidencia, al igual que en los textos precarcelarios, una suerte de "inversión" de la determinación. El dominio político de una clase pasa a ser el momento fundamental del orden social: es la organización consciente y voluntaria del conjunto de la sociedad por parte de esa clase, su dirección, su hegemonía, la que efectivamente construye al orden económico.[50]

Bajo la concepción de la historia y la política aquí presente, el elemento principal que define a la modernidad es la dominación de la burguesía como grupo, como si ésta surgiera con anterioridad al desarrollo de las relaciones de producción capitalistas que sólo se despliegan para consolidar su dominación y sus privilegios. Se establece, de este modo, una distinción entre burguesía e industrialismo (Vacca, 2016) que permite afirmar la existencia de este último en tanto conjunto de elementos técnico-productivos. En consecuencia, la civilización futura aparece como la liberación de estas potencias, como la organización del conjunto social bajo la práctica propia de los productores industriales: "¿Cuál es el punto de referencia para el nuevo mundo en gestación? El mundo de la producción, el trabajo. El máximo utilitarismo debe estar en la base de todo análisis de las instituciones morales e intelectuales que se han de crear y de los principios que se han de difundir: la vida colectiva e individual debe ser organizara para el máximo rendimiento del aparato productivo" (*Q7* <12>: 154).

En continuidad con los planteos precarcelarios, nos encontramos, así, con una sociedad por venir similar a una gran fábrica, donde la praxis del trabajo debe sustituir a la burguesa, afirmándose la clase trabajadora como clase dominante, deviniendo Estado, y adaptando las

se trata de la extensión de relaciones sociales, de la constitución de nuevas formas de articular el lazo social que en su generalización comienzan a dar forma a las lógicas de acumulación de capital y a su forma política en el Estado moderno. Esto resulta evidente en una lectura de la acumulación originaria marxiana, en la cual el accionar estatal es central en la formación del capitalismo. Pero este accionar no surge de una conciencia de la burguesía, de una voluntad que se hace de los medios estatales, sino de los procesos de co-constitución de lo político como un poder impersonal en y desde la extensión de las relaciones sociales capitalistas (Gerstenberger, 2007). En el mismo sentido, los estudios recientes más interesantes sobre la revolución francesa se han apartado de cierta historiografía clásica marxista que asociaba directamente a los grupos en conflicto a distintas posiciones de clases, y que hacen de dicho evento la efectiva "toma del poder" por parte de la burguesía. Por el contrario, analizar justamente los desarrollos de extensión limitada de las relaciones capitalistas en dicho territorio, viendo a la revolución como un momento del contradictorio proceso de extensión de los lazos modernos impersonales y abstractos propios de las relaciones sociales capitalistas (Sewell, 2021).

[50] Este elemento parece mostrar una continuidad a lo largo de los textos gramscianos. Aunque claramente la filosofía de la praxis desplegada en los *Cuadernos* supone una complejización de las formas de pensar las relaciones entre estructura y superestructura, no deja de ser un desarrollo de esta concepción centrada en la noción de un orden social expresivo de una voluntad de clase. La forma más extrema de esta "inversión" puede ser encantada en un texto gramsciano temprano que ya hemos citado en el capítulo primero, y en el cual, contra toda determinación o importancia de la relación de capital, se afirma que "tampoco el capitalismo es burgués en su esencia histórica, en realidad es una superestructura burguesa, es la forma concreta adquirida por el desarrollo económico un tiempo después de afirmarse como poder político de la nueva clase, por el esfuerzo que esta hizo por hundir más sólidamente sus raíces en el mundo" (*CT*: 182).

instituciones sociales y las conductas de los miembros de la sociedad a la concepción del mundo del trabajo. La lucha de esa clase no emerge, entonces, del propio antagonismo que se produce en la relación de explotación al abolir la reducción de las grandes masas a su sometimiento al trabajo industrial, sino que es una afirmación de esta posición. Es una lucha equivalente a la llevada adelante por la burguesía, por la cual los trabajadores industriales, en tanto grupo, se afirman ahora como dominantes. Una lucha por reemplazar los principios y las formas políticas que organizan la sociedad, afirmando el trabajo como praxis que expresa el progreso civilizatorio.

En la ausencia de la crítica de la economía política marxiana y en la de un concepto de capital que pueda dar cuenta de los antagonismos que atraviesan la sociedad moderna, se trata, por el contrario, de una concepción de la historia en la cual, independientemente de sus relaciones, hay grupos, determinados por sus actividades, que luchan por la dirección social. El conflicto no surge, por lo lo tanto, de un antagonismo que hace a la constitución del vínculo mismo entre las clases, que constituye a los sujetos desde una relación de explotación y dominación, sino que es la expresión, en la política y la ideología, de una lucha entre distintas prácticas económicas propias de cada grupo. Un conflicto que, a su vez, se encuentra enmarcado en un relato de necesidad y progresividad histórica que nunca terminará de desaparecer en los textos gramscianos y que hace de cada orden de clase, de cada civilización basada desde la praxis de un grupo, un paso adelante dentro de la larga lucha de la humanidad por devenir libre.

Por fuera de esta estructura conceptual, consideramos, sin embargo, que, desde un entendimiento de la hegemonía como forma histórica de la dominación burguesa, como modalidad que asume el conflicto en la sociedad capitalista bajo determinado resultado de la lucha de clases, es posible otra forma de pensar el enfrentamiento de clases retomando el concepto gramsciano de relaciones de fuerza. Porque, junto a la determinación por una actividad práctica, por una praxis que supuestamente anuda hacer y pensar, objeto y sujeto, nos encontramos persistentemente, a lo largo de los textos gramscianos, con procesos de formación de los fenómenos ideológicos, políticos y de las clases mismas que emergen a partir del conflicto y las relaciones de fuerza. Debemos, por lo tanto, retomar las potencias presentes en este abordaje para pensar las formas políticas e ideológicas como despliegue del antagonismo que constituye a la sociedad moderna, resituando el concepto de relaciones de fuerza como parte de una teoría crítica de las relaciones sociales capitalistas.

Tal como planteamos en el capítulo anterior, la relación capital-trabajo, lejos de ser un fenómeno económico, constituye una lazo social particular del mundo capitalista moderno que existe *en* y *a través* del antagonismo de los sujetos que esta misma relación produce. Pero éste no se expresa siempre bajo las mismas formas políticas e ideológicas, ni constituye a los sujetos colectivos del conflicto siempre de la misma manera. Por el contrario, como resultado de la lucha, la morfología de la propia clase, de sus organizaciones y, con éstas, de las formas que toman las respuestas políticas de la clase dominante frente al conflicto, se va modificando a causa de las relaciones de fuerza.[51]

[51] En este sentido, en una lectura operaista que privilegia el momento de lucha, podemos pensar procesos de constitución de las clases desde las relaciones de fuerza como parte central de la existencia misma del capital. A partir de estas, el antagonismo de la sociedad capitalista se traduce en distintas formas de organización y desorganización de las clases. Una constitución conflictual de los sujetos, por lo tanto, que

Al explorar, en este capítulo, esta última forma del concepto de hegemonía presente en los textos gramscianos, hemos intentando articular, por lo tanto, una reflexión que parte de esta conceptualización del conflicto, al abordar las transformaciones en el estado capitalista y los cambios en las modalidades del enfrentamiento que surgen como resultado de una particular constelación de correlación de fuerza entre las clases. De esta forma, a partir del concepto de hegemonía, hemos reformulado a su vez los aportes gramscianos como parte de una teoría crítica de lo político en la sociedad capitalista. Esto implicaba situar las relaciones de fuerza entre las clases a partir del problema de la constitución de las formas sociales y políticas del capitalismo como resultado de la lucha que surge de la especificidad histórica del antagonismo capital-trabajo. En este sentido, también implicaba diferenciarse de aquellas lecturas que hacían del conflicto y de la hegemonía una parte integral de una teoría general de la historia, ya se trate de un materialismo histórico o de una filósofa de la praxis, que encuentra en lo económico o en esa praxis la "materialidad" desde la cual pensar lo social. Por el contrario, "la base" se constituía en nuestra reflexión por una relación social antagónica que se desplegaba, a través de la lucha, en formas políticas. En consecuencia, el resultado contingente de este conflicto aparece ahora como explicación de las transformaciones sociales, por lo que esta forma de entender la hegemonía significa también una crítica a los presupuestos de necesidad y progresividad histórica que atraviesan la teoría gramsciana desde los textos precarcelarios.

Estamos frente a una forma de entender al antagonismo entre las clases en la sociedad capitalista que rompe contra todo intento de basar lo político en una objetividad económica. Es decir, que no reduce el antagonismo al plano de expresión consciente del progreso histórico ni al de la articulación voluntaria de un conjunto de acciones desde dicha conciencia. No tenemos entonces, por un lado, una determinación objetiva que constituye a los grupos y, luego, su enfrentamiento consciente, la lucha de sus ideologías o de sus organizaciones políticas de clase por la dirección de lo social. Por el contrario, partimos de una relación social que, en su objetividad, se constituye desde un antagonismo entre los sujetos sociales que la componen. Es decir, de una particular forma de sociedad que se produce en y a través de la lucha de clases. Lo político sería entonces esta lucha misma. No un conflicto ontológico presente en toda la historia, sino un antagonismo que se constituye bajo relaciones sociales determinadas e históricamente específicas. Por otro lado, la política se constituye en las formas institucionales y organizadas que toma este conflicto, en las distintas maneras en que se despliega la dominación dentro de las características propias del Estado como forma de las relaciones sociales capitalistas.

Bajo esta lectura crítica, la hegemonía se vuelve un concepto que da cuenta de una posible forma de mediación entre el conflicto y su posible integración bajo la forma estado. Un resultado contingente de la lucha en el cual la potencia de las clases trabajadoras produce una forma de dominación que debe incluir, sin embargo, sus intereses de forma subordinada. Se trata de una forma histórica que asume la dominación de la burguesía, en la que ésta logra presentarse como expansión del conjunto a partir de una serie de mediaciones estatales que aseguran, en una combinación de fuerza y consenso, la inclusión de la clase trabajadora y sus organizaciones dentro de formas estatales. Entendida en este modo, la extensión del concepto se ve limitada ya que impide que la hegemonía se convierta en elemento de una teoría general de lo político

no los piensa a partir de una posición o actividad en lo económico, o de una mera voluntad o una conciencia de sus tareas históricas, sino en un movimiento conjunto de composición técnica y política de la clase a partir de sus luchas (Bologna, 1972).

o en modo de nombrar cierta constante de la dominación capitalista. Por el contrario, el concepto se determina aquí como una dinámica particular de la lucha de clases. Pero creemos que esta limitación de su extensión se traduce en su mayor potencia teórica. Situada como mediación entre el antagonismo capitalista y sus formas políticas, la hegemonía permite pensar esta relación en su existencia bajo múltiples y diversas modalidades, potenciando así un pensamiento que aborde las distintas formas de la política a partir de la lucha de clases.

A partir de estas consideraciones nos gustaría abordar críticamente un último elemento de análisis presente en las reflexiones sobre la hegemonía. Si el tercer capítulo nos permitía abordar una crítica del marxismo gramsciano, de su filosofía de la praxis, y el cuarto nos llevaba a pensar la ausencia de una reflexión sobre las formas sociales en dicho pensamiento (esto es, la falta de una incorporación de la crítica de la economía política marxiana) las reflexiones sobre el conflicto y las formas históricas de la dominación nos llevan a un análisis crítico otro concepto central de los textos gramscianos: la revolución pasiva. El "descubrimiento" a fines de los años setenta de esta categoría dentro de los estudios gramscianos, ha producido su creciente importancia a la hora de abordar el pensamiento político de Gramsci[52]. Esto ha llevado a algunos intérpretes a ver en la revolución pasiva el contrapunto histórico de una teoría gramsciana de la hegemonía; como una categoría que describe toda una época de constitución y reconfiguración de la hegemonía burguesa (Vacca, 2016; Voza, 2008).

Como no podría ser de otra forma, dada la naturaleza de los propios textos gramscianos, el concepto de revolución pasiva muestra también una serie de usos que define su polisemia. Presente a lo largo de veintisiete notas de los *Cuadernos*, la revolución pasiva atraviesa una suerte de "dilatación": una extensión que va desde un uso específico para pensar el *Risorgimento* italiano hasta encontrar un uso teórico general que describe diversas situaciones históricas. En ese recorrido, de forma similar aunque más acotada de lo que sucede con el concepto de hegemonía, la revolución pasiva se va articulando en diversas constelaciones conceptuales que producen sentidos contradictoriamente potentes. En una suerte de resumen de estos usos y enfoques del concepto de revolución pasiva que aparecen en los *Cuadernos* se podrían mencionar fundamentalmente cuatro: primero, éste aparece como una descripción de la revolución burguesa en el siglo XIX; forma que se extiende, en segundo lugar, para describir de manera más general la formación del Estado capitalista y sus procesos de modernización; en tercer lugar, se despliega como una estrategia o una técnica de gobierno vinculada al transformismo, entendida como articulación diferencial de la dominación; por último, se presenta como un concepto que da cuenta de las transformaciones al interior del capitalismo luego de la crisis de posguerra, en una interpretación que privilegia la extensión del concepto para pensar el americanismo, el fordismo y el fascismo como nuevas formas de articulación del pasaje de lo económico a lo político (Thomas, 2022).

De manera general, el concepto de revolución pasiva se delinea en su contraposición con un modelo jacobino de transformación política centrada en la movilización de las masas. A diferencia de esta modalidad por la cual la burguesía deviene dominante en Francia, en países

[52] En un libro de reciente aparición, Massimo Modonesi ha compilado y traducido al español los textos más relevantes que analizan el concepto de revolución pasiva. En este libro se pueden leer desde los textos pioneros de De Felice (1977) y Buci-Glucksmann (2022) en los años setenta, hasta las más recientes interpretaciones sobre la revolución pasiva, incluyendo un artículo que aborda sus usos y reintrepracones en latinoamérica (Modonesi, 2022).

como Italia y Alemania, habría durante el siglo XIX una imposibilidad de la "vía jacobina". Imposibilidad que resultaría, por un lado, de la debilidad de las respectivas burguesías nacionales; y por otro, y de modo más fundamental fundamentalmente, del hecho de que la creciente fuerza del proletariado habría vuelto extremadamente peligrosa su movilización. Para estos casos se plantea entonces la existencia de una revolución pasiva:un cambio en la clase dominante y una transformación de las estructuras sociales y políticas sin una movilización de masas. A su vez, a medida que avanza la reflexión de los *Cuadernos*, el concepto buscará describir la reconfiguración de la dominación burguesa producida en el siglo XX. En esta otra inflexión del concepto, tanto el fascismo como el fordismo aparecen como nuevos ejemplos de revolución pasiva. En ambos casos se trataría de una transformación profunda de las estructuras político-sociales que se realiza sin la participación activa de masas movilizadas en el horizonte de dicha transformación.

A partir de estas reflexiones, se ha afirmado que una vez que la burguesía ha hecho época, que se ha vuelto la clase dominante, la revolución pasiva daría cuenta de la morfología del proceso político moderno (Kanoussi y Mena, 1985; Thomas, 2013). Es decir, permitiría pensar el conjunto de transformaciones políticas que se suceden con posterioridad a una revolución burguesa original. El concepto serviría así para nombrar y analizar las distintas formas de la dominación en el capitalismo a partir de la incorporación pasivizante de las clases subalternas. Bajo esta lectura, existirían entonces dos lógicas con las que se puede construir la hegemonía de una clase: una progresiva, de movilización activa de las masas, asociada como posibilidad a las acciones futuras de la clase trabajadora; y una regresiva, propia de una burguesía ya dominante, que consiste en la absorción pasiva de las clases populares en una nueva dominación hegemónica (Frosini, 2022; Voza, 2008).

Sin embargo, consideramos que el concepto de revolución pasiva, lejos de proveernos una de herramienta para pensar las diversas formas de la dominación, las transformaciones políticas que emergen como como respuestas a la lucha de clases, forma parte de la problemática concepción del desarrollo histórico presente en los textos gramscianos. En estos se plantea abiertamente que este concepto "debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de la ciencia política" (*Q15* <17>: 193) y que "la teoría de la revolución pasiva es un necesario corolario crítico de la *Introducción a la crítica de la economía política*" (Q15 <62>: 236). Es decir, dentro de la teoría de la historia gramsciana, el concepto de revolución pasiva viene a completar las dos famosas premisas del prólogo marxiano: ninguna sociedad se plantea tareas para cuya solución no existan ya las condiciones, ninguna sociedad desaparece hasta que haya desplegado todas sus potencias. La revolución pasiva aparece, por tanto, como la realización por otros medios de las necesidades históricas propias del despliegue progesivo del desarrollo productivo.

En el siglo XIX significó la necesaria constitución de la burguesía en clase dominante y la construcción de su Estado para reflejar la expansión de las relaciones sociales capitalistas. En el siglo XX, la constitución de formas políticas que "resultan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada" (*Q22* <1>: 61). Necesidades que emergen de la creciente colectivización del proceso de producción. De esta manera, en el fordismo y en el fascismo "la revolución pasiva se verificaría en el hecho de transformar la estructura económica <<reformistamente>> de individualista a economía planificada" (*Q8* <236>: 345). Esto es, transformar la economía, vía la intervención del Estado, de acuerdo a las nuevas exigencias del

desarrollo de la producción. En ausencia de la revolución proletaria llamada a dar el próximo salto de la historia (la construcción de una sociedad del trabajo basada en la colectivización) o, al menos, como pasivación de dicho movimiento histórico, nos encontramos con nuevas formas políticas que realizan, sin un cambio de clases dominantes, las transformaciones necesarias para el continuo y progresivo desarrollo de la civilización[53]. En tanto "criterio de interpretación en ausencia de otros elementos activos en forma dominante" (Q15 <62>: 236), la revolución pasiva supone así que la astucia de la historia siempre triunfa, que el necesario devenir histórico se realizará por medio de nuevas formas políticas que actúan y ejecutan sus tareas.

De esta manera, sea que se la considere como una transformación "desde arriba" en ausencia de movilización, o que se enfatice que la categoría de revolución pasiva "postula como necesaria, una antítesis vigorosa" (Q15 <62>: 236) frente a la cual actúa como mecanismo de pasivación, lo que tenemos es un proceso por el cual "bajo una determinada envoltura política necesariamente se modifican las relaciones sociales fundamentales" (*Q15* <56>: 229). Esta perspectiva permite unificar bajo un mismo concepto a dos fenómenos de naturaleza distinta: los procesos de transformación entre la clase que detenta el poder en la sociedad, y las modificaciones al interior de las formas de dominación de esta clase. Lo que permite dicha unificación es justamente la determinación exclusivamente política del orden social, el supuesto de que lo determinante es el movimiento por el cual, desde el Estado, se "adecua" la sociedad a las necesidades del desarrollo productivo. Esto debería lograrse por medio de una revolución activa, concebida según el modelo del jacobinismo (lo que asume la imagen ilusoria de una burguesía francesa que, consciente de su misión histórica, moviliza a las masas hacia la lucha contra el viejo orden). Pero si este modo de transformación primario no es posible, los cambios se realizarán de todas formas mediante un rodeo: la revolución pasiva, una transformación operada desde arriba que adecua la sociedad a la hegemonía de una clase.

En el concepto de revolución pasiva volvemos a encontrarnos, entonces, con los elementos que articulaban la concepción gramsciana de la historia y la política. Aquellos mismos elementos que se volvían un problema a la hora de pensar una teoría política centrada en el antagonismo de las relaciones sociales capitalistas. Por un lado, un historicismo que supone un devenir progresivo hacia la libertad y que articula ese camino partiendo de las prácticas económicas de los distintos grupos sociales, asumiendo que una de estas representa el desarrollo de las fuerzas productivas y civilizatorias de la humanidad. Por otro lado, un conflicto que aparece como la disputa entre grupos sociales por organizar conscientemente el conjunto social de acuerdo a su propia actividad práctica. La categoría revolución pasiva, en tanto "corolario crítico" del prólogo marxiano o como descripción epocal de las nuevas modalidades de la hegemonía burguesa,

[53] Una de las expresiones más claras de este razonamiento aparece en la idea de un retraso entre el avance económico y su expresión en un movimiento de cambio social. Retraso que debe ser superado por una política y una ideología que por lo tanto signifique la liberación del progreso de la economía: "los hechos ideológicos de masas están siempre retrasados con respecto a los fenómenos económicos de masas y cómo, por lo tanto, en ciertos momentos, el impulso automático debido al factor económico es retardado, obstaculizado o incluso destruido momentáneamente por elementos ideológicos tradicionales, que por ello debe existir la lucha consciente y predispuesta para hacer "comprender" las exigencias de la posición económica de masas que pueden hallarse en oposición a las directivas de los jefes tradicionales. Una iniciativa política apropiada es siempre necesaria para liberar el impulso económico de las trabas de la política tradicional, esto es, para cambiar la dirección política de ciertas fuerzas que es necesario absorber para realizar un nuevo bloque histórico económico-político homogéneo (*Q13* <23>: 59).

aparece, por lo tanto, como una confirmación de los problemas propios del historicismo y el politicismo gramsciano.

Por el contrario, consideramos que la reflexión sobre la política debe poder dar cuenta de las múltiples formas que asume la dominación, antes que describir bajo distintas categorías un mismo proceso que garantiza siempre la unidad de lo social bajo la dirección de una clase, o sumar categorías que garanticen la adecuación del orden y que explican la conformación de la sociedad por un conflicto indeterminado o por un devenir histórico necesario,. Para que el concepto de hegemonía pueda desplegar sus potencias, para que pueda ser pensado como mediación entre el antagonismo de la sociedad capitalista y las posibilidades de su integración estatal, se vuelve necesario entonces que lo pensemos *más allá* de Gramsci. Para esto, debemos retomar aquellos análisis que lo utilizaron para dar cuenta de una diversidad de transformaciones sociales y políticas a partir de la configuración de distintas constelaciones de las relaciones de fuerzas entre las clases en lucha.

3. Pensando los elementos de la hegemonía como forma histórica de la dominación burguesa *más allá* de Gramsci

Por fuera de su inscripción en los textos gramscianos, el concepto de hegemonía ha sido utilizado como una potente herramienta teórica para el análisis de los más diversos fenómenos políticos históricos. Una gran cantidad de intelectuales de distintas geografías retomaron el concepto gramsciano para dar cuenta de las configuraciones en las que desplegaba el conflicto de clases en sociedades determinadas. En el marco de su recepción por unas ciencias sociales en expansión durante la posguerra, se volvió parte de un arsenal conceptual adecuado para un análisis marxista. La hegemonía se utilizó así para dar cuenta de las formas particulares en que se articulaba un nuevo consenso a las condiciones de expansión capitalista y de las transformaciones que experimentaban las organizaciones de las distintas clases, con sus características propias de la cultura y la historia de cada caso, en sus relaciones con el Estado. De esta manera, en un conjunto de análisis históricos, sociológicos y politológicos, el concepto de hegemonía, mostraba su potencia para analizar las características diferenciales que podía asumir en distintas sociedades histórica y geográficamente situadas. Su potencia para pensar cómo se podía construir una hegemonía de la clase dominante, pero también dar cuenta de sus rupturas, de sus crisis, de la aparición, en suma, de las múltiples formas que podía adquirir la dominación en las sociedades capitalistas.

Como planteamos en el capítulo anterior, dada la recepción del concepto gramsciano en el contexto de la segunda posguerra, muchos de estos análisis tendieron a pensar la consolidación estatal de una forma de hegemonía propia de dicho momento, como la forma política normal a la que arribaba un capitalismo desarrollado. El estado de bienestar, con sus potentes mecanismos de articulación de masas, aparecía como la forma perfeccionada de la dominación, como la posibilidad de articular de forma definitiva la acumulación de capital con un conjunto de instituciones que podían gestionar sus contradicciones y conflictos. De esta manera, la hegemonía se volvía el nombre del funcionamiento de una dominación que no parecía mostrar líneas de ruptura. La potencia antagonista de la clase trabajadora, que, del mismo modo que había sucedido en las últimas décadas del siglo XIX, estaba en el origen de esta nueva

articulación de la dominación, quedaba así desdibujada frente a una hegemonía burguesa que se postulaba como la nueva normalidad del capitalismo.

Consideramos, no obstante, que es posible realizar una lectura de ese mismo estado de bienestar justamente como una forma particular de la dominación, como una hegemonía que surge de la lucha de clases, que está atravesada por una particular constelación de relaciones de fuerza, que puede, en suma, pensar su fin y su reemplazo por otras formas de dominación política. En esta lectura, las luchas y la crisis no marcarán así un interregno funcional hacia nuevas formas más perfectas de dominio, no anuncian directamente el paso hacia una nueva hegemonía, sino que abren la situación a múltiples resoluciones posibles. De esta manera, pensar como se constituye la hegemonía propia del periodo de los estados de bienestar implica abordar la historia tanto de las luchas que los preceden como de aquellas que marcaron su fin.

En este sentido, como se observa en los textos gramscianos, la crisis de la primera posguerra implica, al menos de forma generalizada en Europa, una ruptura de tal magnitud que conlleva la imposibilidad de constituir una dominación con características hegemónicas. La potencia de estas luchas, la apertura de un verdadero periodo de crisis, guerras y revoluciones, configura una coyuntura en la que se vuelve imposible que exista una hegemonía. La causa principal de dicha imposibilidad reside, justamente, en el antagonismo obrero y su expresión política. Este adquiere su forma más amenazante en la Revolución Rusa, mostrando su potencial existencia autónoma y abriendo un largo periodo de crisis, de imposibilidad por parte del capital de encontrar una forma estable y segura para su expansión.

Lo que debe pensarse, por tanto, es cómo desde esta situación de crisis, frente a este nuevo auge de masas, frente a una lucha de la clase trabajadora que muestra toda su potencia, se llega efectivamente a las características de una dominación hegemónica en el Estado de bienestar. Sí frente a las primeras grandes movilizaciones obreras del siglo XIX la respuesta del capital había sido la división de la clase a partir de la creciente especialización técnica y su inclusión en una democracia liberal de masas, son justamente estos nuevos obreros los que muestran ahora su antagonismo y su ruptura con dicha forma política. Desde San Petersburgo hasta las fábricas turinesas las luchas obreras desbordan y rompen los mecanismos de contención propios de la hegemonía burguesa vigente. Se trata entonces de responder a esta presencia de la clase obrera como un sujeto masivo organizado políticamente.

Las respuestas del capital serán múltiples y no necesariamente coherentes y funcionales. En este sentido, en primer lugar, vía la extensión de la cadena de montaje fordista, se aprecia un intento de responder a las resistencias que la calificación había permitido a los trabajadores. Pero el aumento inaudito de productividad que ésta genera no resuelve por sí solo el problema político de cómo integrar a este nuevo obrero masa del fordismo. La crisis del 29 expresa así la persistencia de esta potencia obrera, la continuidad de Octubre de 1917 (Negri, 2003). Por ello, luego de una serie de primeras respuestas represivas o que buscan repetir las fórmulas pasadas ya sumidas en su crisis, comenzarán a desplegarse transformaciones de la forma de estado y en la acumulación que sólo verán una nueva forma articulada tras el violento cambio en las relaciones de fuerza surgida de la guerra (Holloway, 1994). La articulación de acumulación fordista y Estado benefactor puede entonces pensarse como una nueva constelación hegemónica a la que se arribará, no como consecuencia necesaria de la desarticulación de la hegemonía anterior, sino como un nuevo resultado contingente del conjunto de luchas de la

época. Del mismo modo, la reemergencia del antagonismo, de las luchas de clases a fines de los años sesenta, marcan la ruptura de esta hegemonía y dan paso a un nuevo periodo donde la continuidad del capital o la integración de la clase obrera bajo mecanismos estatales no aparecen ya como algo seguro.

Podemos entonces pensar estas profundas transformaciones como constitución de una nueva hegemonía, aunque de forma estricta, deberíamos comprobarlo con un estudio empírico de cada caso, a partir de la correlación de fuerza de clases y la forma de articular la dominación que, más allá de una generalización del periodo, esta asume en cada Estado. No hemos trabajado esta hipótesis pero creemos que sería interesante para futuros trabajos desarrollarla en un diálogo posible entre los análisis autonomistas de la incorporación del antagonismo obrero bajo nuevas formas económicas y políticas y la teoría de la hegemonía en los textos gramscianos[54]. En estos se observa una intuición que parece confirmar las nuevas posibilidades de la hegemonía en el contexto de posguerra: en los análisis de "Americanismo y Fordismo" aparece una particular combinación de altos salarios y disciplinamiento del sindicalismo con el que comienza a establecerse una nueva hegemonía en EEUU; sin embargo, por su propio horizonte temporal, en estos no se llegará a ver como esta hegemonía se desarrolla bajo una nueva forma de estado con las innovaciones del Estado de bienestar. La profundización de diversos análisis históricos a partir de la categoría de hegemonía se vuelven por lo tanto una tarea necesaria en una profundización de esta forma de entender al concepto, pudiendo pensar distintas constelaciones de fuerzas entre clases y las formas de su articulación política a partir de la diversidad que la dominación ha mostrado en la historia del capitalismo.

En este sentido, si la estabilidad del estado de bienestar tendió a generar en los intelectuales de los países capitalistas más desarrollados la imagen de una normalidad bajo el nombre hegemonía, podríamos decir que cierto beneficio epistemológico de la subalternidad permitió, en otras latitudes, pensar la particularidad histórica de la hegemonía. En la introducción a esta tesis habíamos visto que en los análisis de distintos intérpretes latinoamericanos aparecía frecuentemente la ausencia de hegemonía a la hora de pensar el conflicto y la dinámica política de los distintos países de la región. Bajo el prisma de una continua crisis o de un empate entre las fuerzas sociales que impide que alguna logre una dominación hegemónica, en los usos latinoamericanos del concepto gramsciano se asume así que la hegemonía es un fenómeno particular que debe ser producido, que no es la forma necesaria por la que se constituye todo orden o la manera por la la cual la burguesía llega siempre a dominar en las sociedades capitalistas. En la evidencia de otras modalidades que asume la dominación del capital en los llamados países subdesarrollados, bajo la experiencia de Estados que lejos de integrar el conflicto mostraban una constante exclusión de las masas en formas violentas de ejercicio del

[54] Esta lectura de las configuraciones sociales y políticas de Europa en periodo que va desde la primera posguerra a los años setenta es propia de un marxismo autonomista que lejos está de referenciarse en Gramsci o en su concepto de hegemonía. Quizá por el énfasis de este en la estabilidad y la dominación, por su falta de desarrollo del concepto de capital central para dicha tradición, o por los usos de Gramsci propios de los Partidos Comunistas, los autonomistas buscaron más bien diferenciarse, no encontrando en los textos gramscianos una referencia importante para sus desarrollos teóricos. No obstante, creemos que una interpretación del concepto de hegemonía como particular forma de la dominación burguesa producto de la lucha de clases se puede articular plenamente con estos planteos, puede sumar desde el plano del análisis de lo estatal a sus potentes análisis de la composición de la clase y las transformaciones, desde la lucha de clases, de la dinámica de la acumulación de capital

poder, la hegemonía se volvía en los hechos una forma particular de la dominación, y era la lucha de clases, las relaciones de fuerzas entre estas, las que explicaba las posibilidades de su existencia o su ausencia en las sociedades latinoamericanas.

Pero si esta forma de entender la hegemonía podía solo inferirse en estos usos latinoamericanos, a la vez carecía, en estos análisis, de un desarrollo conceptual sustancial que permitiera delimitar el concepto gramsciano, el cual sí comenzará a elaborarse en otras distantes geografías. Abordando las resistencias de los campesinos bengalíes a la dominación colonial y poscolonial, analizando una configuración particular de las relaciones entre Estado, clases dominantes y luchas de los subalternos, Ranajit Guha realizaba una potente reapropiación del concepto gramsciano, planteando abiertamente la existencia de una dominación sin hegemonía (Guha, 1997).

Al centrar el análisis en las luchas de las clases subalternas, rehabilitando su rol como sujetos activos y centrales de la historia, la particular historiografía inaugurada por Guha y otro conjunto de historiadores provenientes de ex colonias británicas, puso así el foco en la existencia de un enorme conjunto de prácticas populares autónomas que funcionaban al margen y muchas veces en contra del estado capitalista. La incapacidad en las sociedades coloniales de una integración estatal de este universo subalterno, la persistencia de este conjunto de organizaciones y tradiciones que continúan definiendo la vida de la mayoría de la población, expresa el fracaso histórico de constituir una dirección hegemónica sobre el conjunto, de producir una unidad nacional bajo la hegemonía de la clase dominante.

En consecuencia, en su libro titulado precisamente *Dominación sin hegemonía: historia y poder en la India colonial*, Guha analiza las distintas estructuras de poder con las que se articula el orden social bajo el dominio colonial britanico. Para ello despliega un modelo analítico que permite vislumbrar una pluralidad de formas bajo las cuales se producen las relaciones de subordinación, dominio y resistencia, dando cuenta de distintas “composiciones orgánicas” del poder. En la combinación de este conjunto de relaciones, la hegemonía es una condición de dominio en la cual la persuasión excede ampliamente a los vínculos por coerción. Esto no quiere decir que no exista el elemento represivo, ya que no existe dominación estatal sin coerción, sino que ésta permanece pero no predomina. Tampoco supone que bajo la hegemonía se integran todas las resistencias, pero sí que se han establecido mecanismos por los cuales esta puede contenerse sin llegar a un enfrentamiento abierto. Bajo este esquema analítico, por lo tanto, la hegemonía no se contrapone al dominio, sino que se articula como una modalidad específica que pueden asumir las relaciones sociales de dominación (Ibíd.).

Contrario a esta forma de dominación, el Raj britanico mostraba un claro predominio de lo represivo, un orden que en vez de construir mecanismos de integración y consenso de las masas populares se caracterizaba por su constante exclusión. Si bien existían todo un conjunto de instituciones dedicadas a intentar construir un consenso, a presentar la dominación británica como un progreso del conjunto de la población del subcontinente, en los hechos predominaba continuamente una dominación de rasgos excluyentes. Frente a esta particular estatalidad, por tanto, persisten un conjunto de formas de organización que se sitúan por fuera del Estado, y si bien muchas veces eran utilizadas por el propio orden colonial para consolidar su dominio, para establecer alianzas con parte de las elites locales de forma de garantizar obediencia y colaboración, se constituían frecuentemente como focos de insurrección y conflicto. En su

conjunto, esta experiencia histórica en la India se constituía, por lo tanto, como una verdadera dominación sin hegemonía.

La potencia de las lecturas del concepto de hegemonía operadas en Latinoamérica y por los estudios subalternos, nos permite por lo tanto pensar la existencia de sociedades donde la hegemonía no se produce, donde está ausente. Este solo hecho implica toda una operación sobre el concepto, que no puede ya dar cuenta de una teoría general de la constitución de lo social, ni ser el nombre por el cual toda clase constituye siempre su relación de dirección y dominio sobre otras. Pero a la vez, la evidencia de su ausencia nos obliga a pensar los elementos que deben construir su presencia, aquellos que pueden definir a la hegemonía como una forma diferenciada de la dominación. Es decir, implica interrogarnos por las maneras en las que extender el concepto de hegemonía más allá de aquel que hemos identificado como el momento de su surgimiento y pensar, por tanto, los elementos que definen la posibilidad de la repetición de la hegemonía en nuevos contextos.

Hemos intentado construir algunos de estos elementos a partir de su aparición en los análisis históricos de los textos gramscianos. Sin embargo, como hemos afirmado en los apartados anteriores, no encontramos en estos un desarrollo extenso que nos permita construir esta forma del concepto hegemonía. Si bien no buscamos aquí desplegar en su totalidad estos elementos—estas características que permiten designar a determinado contexto como estando bajo la existencia de una hegemonía—, si nos proponemos nuevamente ir *más allá* de Gramsci para trazar algunos aspectos de esta forma de la dominación. Para ello, retomamos algunas reapropiaciones latinoamericanas, y particularmente argentinas, del concepto gramsciano, extrayendo desde sus análisis históricos ciertas consideraciones teóricas. Nos referimos a un conjunto de intervenciones intelectuales que buscaron pensar una determinada configuración de esta forma de la dominación, abordando la constitución de hegemonías neoconservadoras en Argentina durante la década de los noventa (Bonnet, 2007b y 2008; Piva, 2009 y 2012).

El primer elemento que nos gustaría destacar a partir de estas intervenciones es la relación entre esta forma de la dominación, entre la hegemonía, y sus condiciones materiales de posibilidad a partir de su articulación con la acumulación capitalista. Que la dominación política se dé en las relaciones sociales capitalistas bajo una separación de la explotación económica no debe llevarnos a ignorar la unidad subyacente que las constituye: su reproducción es siempre y al mismo tiempo, la del conjunto de sus formas políticas y económicas. En este sentido, existe un nexo entre acumulación capitalista, como reproducción ampliada del conjunto de las relaciones sociales, y las formas políticas que pueda asumir la dominación de clase.

Si, como se planteaba en el texto gramsciano, "la hegemonía presupone indudablemente que se tomen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales la hegemonía será ejercida, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, esto es que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo" (*Q13* <18>: 42), deben existir ciertas condiciones materiales para satisfacer esos intereses, para otorgar ciertas demandas que permitan el equilibrio de compromiso. Pero al mismo tiempo, y nuevamente siguiendo a Gramsci, "es indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar en lo esencial, porque si la hegemonía es ético-político, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica" (Ibid.). Es decir, deben poder producirse en conformidad y

en continuidad con las condiciones de acumulación de capital, la extracción de cantidades de plusvalor suficientes que permitan que una parte de dicho valor pueda reconducirse hacia demandas y beneficios para las clases trabajadoras. En este sentido, la capacidad hegemónica de la clase dominante, o de una facción de esta, descansa en que su expansión, su reproducción económica y social, pueda efectivamente universalizarse coincidiendo con la del conjunto de las clases. Esto implica condiciones históricas de expansión de la acumulación de capital en las que exista cierto marco de crecimiento del conjunto de las fracciones del capital, pero también, una valorización que pueda producirse fundamentalmente sobre una base distinta a la del aumento de la plusvalía absoluta y con ella del deterioro del salario y las condiciones de vida de la clase obrera (Piva, 2009).

Estas condiciones, aparecen en el texto gramsciano como generalizadas por primera vez en la Europa de las últimas décadas del siglo XIX. Asociadas a la expansión propia de la segunda revolución industrial, marcan condiciones de productividad que permiten a la burguesía el otorgamiento de concesiones materiales, sea directamente por un aumento del salario, tal como Gramsci observaba en el caso del fordismo, o indirectamente vía reconocimiento de ciertas demandas a partir del accionar del Estado. Son estas concesiones posibilitadas por la acumulación ampliada las que permiten entonces la constitución de un equilibrio de intereses primero, entre el conjunto de las fracciones de la burguesía, y luego, y principalmente, entre estas y la clase obrera. Estas condiciones no son, sin embargo eternas, acompañan la propia dinámica de acumulación ampliada que puede mostrar períodos de crisis o estancamiento, momentos en los cuales los diferenciales de plusvalor por aumento de la productividad se reducen. Pero así como no son eternas claramente han mostrado su repetición histórica, siendo el caso de los años de expansión de la segunda posguerra el periodo más notorio de una sostenida acumulación ampliada. Bajo este razonamiento, que Bonnet y Piva plantean para pensar la hegemonía neoconservadora en Argentina a partir de sus primeros años de aumento de la productividad y expansión de la acumulación, se plantea, más allá de este caso histórico, una relación compleja entre la capacidad de otorgamiento de demandas y los límites de la acumulación y extracción de plusvalor, entre los intereses de la clase dominante y el reconocimiento de intereses de otras clases para integrarlas a su dirección.

El segundo elemento que consideramos puede extraerse a partir de estos análisis, es el hecho de que la constitución de una dominación hegemónica debe ir acompañada por una profunda transformación del Estado mismo. Los mecanismos institucionales de integración de las clases en conflicto y de otorgamiento de demandas no nacen espontáneamente al interior del Estado como mero reflejo de las condiciones políticas. Por el contrario, debe darse un proceso de modificación de las estructuras estatales, de manera que estas puedan responder a las clases y sus luchas bajo las condiciones de su particular composición en distintos momentos. Como respuesta a determinadas relaciones de fuerza sobre la que se busca operar, para pacificar y poder dirigir a las clases subalternas de forma integrada, deben producirse modificaciones que garanticen una intervención estatal eficaz para modificar las condiciones políticas y económicas. Es decir, debe producirse una metamorfosis sobre elementos claves del conjunto institucional estatal de forma que este pueda expresar la correlación de fuerza entre clases bajo la hegemonía de una fracción de la burguesía. La constitución de una dirección hegemónica requiere de una serie de intervenciones y mediaciones estatales que deben plasmarse institucionalmente en sus propios aparatos. Las grandes transformaciones históricas en las formas del estado capitalista

pueden así asociarse a la constitución de hegemonías en distintos territorios y periodos, dicho de otro modo, a la forma en que en los distintos aparatos de estado se condensa institucionalmente la hegemonía de una clase (Bonnet, 2007b y 2008).

Este elemento ya se apreciaba en los textos gramscianos, en los que se describe una profunda transformación del estado capitalista asociada al advenimiento de la hegemonía burguesa a fines del siglo XIX y que se expresaba en la extensión de las formas parlamentarias y democráticas desde las que se mediaba y operaba sobre las crecientes organizaciones de masas en la sociedad civil. Extendiendo su análisis teórico e histórico, podemos afirmar que toda dirección hegemónica que incorpore al conjunto social requiere de nuevas acciones estatales (legales, represivas, de concesión de demandas) que operen en la construcción y consolidación del equilibrio de fuerzas e intereses que conforman dicha hegemonía. Para que estas puedan darse deben por lo tanto operarse cambios en el estado que permitan su ejecución; un cambio en la forma de estado que se expresa: 1] a su interior, en el conjunto de sus instituciones, pero también y fundamentalmente, en la forma de dar unidad a este conjunto, en la relación de poder y dirección entre los distintos aparatos con prioridad de aquel que mejor condensa los intereses y la dirección de la fracción hegemónica; y 2] en su relación hacia afuera, en su vínculo con el conjunto de las relaciones sociales, en su forma y capacidad de intervención en el mercado y en la representación del conjunto de las clases en el propio Estado.

Solo a partir de estos dos elementos[55]— acumulación ampliada y cambio en la forma de Estado—, y en su articulación podemos, en tercer lugar, considerar los aspectos ideológicos que acompañan a la hegemonía. No queremos plantear una total prescindencia de la ideología y la cultura a la hora de construir el consenso que acompaña la hegemonía. Sin embargo, contraria a toda interpretación culturalista o discursiva del concepto, consideramos que la ideología acompaña y refuerza estos aspectos políticos y económicos. Es decir, en las propias modalidades productivas que supone la acumulación ampliada en sus modalidades históricas se articulan discursos y prácticas sociales que la legitiman, como puede ser, por ejemplo, para el caso de la hegemonía neoconservadora en Argentina, la difundida evidencia del crecimiento económico, la posibilidad de prácticas masivas de consumo y la culpabilización individual de aquellos que quedaban excluidos de estas. Del mismo modo, las intervenciones políticas que permiten la

[55] En otra interesante reapropiación del concepto gramsciano, Bob Jessop realiza justamente un intento de articulación de estos elementos. Jessop distingue entre forma-valor y forma-estado como formas generales de las relaciones sociales cuya concreción requiere de estrategias conscientes que las realicen. En este sentido, bajo la construcción histórica de ciertas estrategias de acumulación se buscan crear las condiciones de una crecimiento ampliado del conjunto de las fracciones del capital, mientras que bajo determinados proyectos hegemónicas se busca coordinar una línea política que pueda dirigir al conjunto de las fuerzas sociales en pos de diversos objetivos (Jessop, 1990). Sin embargo, la teoría de Jessop no plantea plenamente una articulación integral de estos momentos, tiende a separar ambas relaciones planteando a la hegemonía como relativamente autónoma de un contenido de clase y a su unidad con la acumulación como una cuestión de afinidad. Existen más posibilidades de realizar un proyecto hegemónico bajo una estrategia de acumulación y viceversa, pero no se requiere una necesaria articulación entre ambos. Lo que aquí planteamos, por el contrario, es que el conflicto de clases produce correlaciones de fuerza que actúan sobre el conjunto de las relaciones sociales capitales en su unidad diferenciada de acumulación y dominación. Es esta unidad desde el conflicto la que permite o imposibilita la constitución de una dominación relativamente estable bajo la dirección de una fracción de clase. La hegemonía no es por tanto una "proyecto" o una "estrategia" consciente, sino un resultado contradictorio del conflicto de clases y una forma que puede asumir la dominación política en su unidad con la reproducción del conjunto de las relaciones sociales capitalistas.

exitosa gestión del conflicto, aparecen bajo el discurso de una nueva eficiencia estatal como consecuencia de sus transformaciones y como justificación de su profundización, como podía observarse en la argentina de los años noventa, en las constantes discusiones en torno a la excesiva e inoperante burocracia de un estado "elefante" y su necesaria reforma bajo nuevas direcciones tecnocráticas.

Por último, y en consecuencia con lo que aquí hemos desarrollado, resulta evidente que la configuración de este conjunto de elementos debe siempre pensarse a partir de la lucha de clases y sus resultados contingentes. En este sentido, podemos pensar un cuarto elemento para analizar esta forma de la hegemonía. Esta solo se produce a partir de una importante modificación de la relación de fuerzas entre clases como producto de sus luchas. Las condiciones para que la dominación de clase asuma una forma hegemónica supone una situación paradójica, en la cual es imposible una denominación meramente coercitiva o excluyente dada la fortaleza de las clases subalternas, pero en la que a la vez se expresan límites en su potencia, ciertas condiciones de derrota o de debilidad de poder articular otra alternativa, que producen su subordinación bajo la hegemonía de la clase dominante. De esta forma, el concepto de hegemonía no sólo designa una forma que puede asumir la dominación burguesa en determinados momentos y territorios, sino que implica una conceptualización de la dinámica que asume el conflicto en dichas sociedades. Bajo la modalidad de incorporación subordinada por la mediación estatal, la lucha de clases asume una dinámica distinta que complejiza sus formas de expresión como conflicto directo. La hegemonía, por tanto, marca la constitución de una relativa estabilidad que puede asumir la dominación burguesa que, sin nunca eliminar el conflicto antagónico de clase, logra incorporarlo en una dirección estatal.

No buscamos aquí realizar una mayor complejización de estos elementos que permiten distinguir a la hegemonía como una forma histórica de la dominación, que hacen a su construcción más precisa como una categoría para realizar análisis históricos y políticos. Más allá de estos, lo que motivó nuestra investigación fue la búsqueda de las potencias para una teoría marxista de la política que se anudaba bajo la polisemia del concepto de hegemonía. En este sentido, esta última constelación conceptual bajo la que hemos dado una forma a la hegemonía implica una importante diferencia con respecto a las otras formas que hemos trabajado en esta tesis. Como forma particular de la dominación y de la dinámica del conflicto de clases en un momento histórico, la hegemonía deja de ser el elemento central de una teoría marxista de la política, para ser a una categoría intermedia que da cuenta de una posible articulación de la dominación burguesa, de un posible resultado de un antagonismo que no se agota en la lucha por la hegemonía.

Creemos, no obstante, que es justamente en esta limitación, donde radican las máximas potencias del concepto gramsciano para un pensamiento político marxista. Bajo esta forma se vuelve posible una ruptura tanto con las teorías de la superestructura, que piensan a la política como el necesario reflejo de las condiciones económicas, como con todo historicismo que inserte a la lucha de clases en un necesario devenir de la historia. Por el contrario, si la hegemonía es una configuración posible pero no única que puede asumir la dominación, esto significa que las formas políticas, entendidas desde su especificidad como parte fundamental de las relaciones sociales capitalistas, se transforman a partir de la lucha de clases. Es el antagonismo que atraviesa y organiza a esta sociedad lo que va transformando a la propia relación de capital, en su unidad de existencia diferenciada de formas políticas y económicas, lo

que nos marca las coordenadas para pensar los diversos fenómenos políticos. La diversidad de formas que asume el conflicto y las formas de dominación en las sociedades capitalistas no son por lo tanto expresiones necesarias y determinadas de un fenómeno general siempre presente en la dominación, sino que deben ser derivados de la historia y los resultados contingentes de los conflictos sociales y políticos. La hegemonía, como forma particular de este conflicto, ya no da cuenta de un conflicto ontológico por la conformación de lo social, pero en cambio, nos permite pensar mediaciones posibles entre el antagonismo capitalista y su despliegue en diversas formas políticas que surgen en y desde la lucha de clases.

CONCLUSIONES

Hacia una teoría crítica de la hegemonía

A lo largo de esta tesis hemos abordado un concepto que ha devenido central en las ciencias sociales y humanas. Utilizada para caracterizar los más diversos fenómenos, la hegemonía se ha convertido en la forma de calificar una relación de dominio entre sujetos sociales cuyo vínculo no puede resumirse en la coerción violenta; dando cuenta, a su vez, de mecanismos que atraviesan y articulan el conjunto de lo social. Desde su difusión en el siglo XX, diversas tradiciones del pensamiento crítico encontraron en la hegemonía el enigma develado de la constitución del consenso de los dominados hacia su dominación. No obstante, bajo esta referencia común a la hegemonía, sobrevivían una enorme diversidad de sentidos que se anudaban bajo la misma palabra ¿Qué significaba la hegemonía? ¿Dónde se producía? ¿Desde qué lugares se ejercía? ¿Qué sujetos la constituían? ¿Cómo se formaba? ¿Qué caracteriza este vínculo? ¿Qué lugar ocupaba en la conformación de la sociedad? Todos estos interrogantes encontraban las más variadas respuestas, haciendo del concepto de hegemonía un campo problemático de disputa e interrogación más que una solución teórica.

En nuestro trabajo nos propusimos adentrarnos en estos diversos sentidos de la hegemonía desplegando sus apariciones a lo largo de los textos en los que dicha palabra pasó de denotar simplemente una supremacía entre distintos elementos para articularse como un concepto polisémico capaz de dar cuenta de cierta complejidad de lo social. En el imaginario que motivó el inicio de nuestra investigación, los textos gramscianos aparecían como el territorio donde residían las respuestas a este conjunto de preguntas, en los que se desplegaba una teoría que permitiría clarificar el sentido del difundido concepto. En tanto referencia común al conjunto de teorías que la utilizaban, Gramsci debía guardar el secreto de un verdadero sentido de la hegemonía. Por ello, una indagación en profundidad sobre el conjunto de sus escritos debía darnos la respuesta sobre qué era lo que significaba este enigmático concepto.

Sin embargo, el encuentro con el texto gramsciano disolvió rápidamente la ilusión de encontrar este sentido unívoco. La diversidad aparecía permanentemente en el propio laberinto que se conformaba en aquel conjunto de textos. Lejos de construir una teoría de la hegemonía, Gramsci utilizaba dicha palabra en sus análisis históricos y en los desarrollos de una teoría marxista, presente en sus escritos, produciendo la emergencia misma de estos interrogantes a través de los distintos sentidos que se iban anudando bajo tal palabra. La posible solución se develaba así como el verdadero problema: el concepto de hegemonía en los textos gramscianos se desarrollaba en una enorme pluralidad de menciones que desplegaban su polisemia más que resolverlo en una unidad. El conjunto de esta tesis se constituyó, por lo tanto, como un intento de lidiar con esta diversidad de sentidos, interrogándolos tal multiplicidad como la forma misma del concepto, y sosteniendo la existencia no suprimible de distintas formas de entender la hegemonía.

Para abordar esta tarea, antes de realizar un análisis del recorrido de la hegemonía a lo largo de los textos gramscianos y de su inscripción dentro de distintas constelaciones conceptuales, buscamos otra manera de acercarnos a su diversidad de sentidos. Para ello, luego de delinear los contornos que motivaban nuestra indagación, quisimos, en la introducción, buscamos reflexionar acerca de cómo estas distintas maneras de entender a la hegemonía se habían plasmado a lo largo de décadas de investigaciones sobre el pensamiento gramsciano. Aquí, más

que realizar el estado del arte de rigor en toda tesis, nos propusimos construir una historia de las interpretaciones, para mostrar la existencia de momentos y territorios en los que primaban distintos los sentidos posibles del concepto de hegemonía. De esta forma, se evidenciaba cómo bajo esa palabra se había constituido un campo de batalla privilegiado por la interpretación teórica y política del corpus gramsciano y, desde este, de una interpretación sobre la política en el pensamiento marxista.

Narramos esta historia en cinco partes que acompañaban, a su vez, la posibilidad de construir el concepto de hegemonía en sus formas diferenciadas. En primer lugar, abordamos las tempranas interpretaciones italianas que enfatizaban el carácter ideológico-cultural de la hegemonía, proponiendo una lucha emprendida por el Partido Comunista para ganar el consenso de las masas como forma de construcción de una hegemonía del proletariado. En segundo lugar, expusimos cómo, en su recepción francesa, la hegemonía pasó a designar una categoría analítica que daba cuenta de la unidad de las instancias de lo social. Particularmente en la interpretación estructuralista, esta unidad era el producto de un conjunto de prácticas realizadas en los aparatos estatales que reproducían las relaciones sociales y aseguraban la dominación de clase. En tercer lugar, vimos cómo, a partir de un auge de los estudios sobre la hegemonía de los años setenta, se comenzaba a plantear la existencia de diversos sentidos del concepto en las notas de los *Cuadernos*. El reconocimiento de esta multiplicidad aparecía bien en la afirmación de la existencia formas antinómicas del concepto; en el estudio de los momentos diferenciados propios un desarrollo diacrónico al interior de su escritura; o como una diferencia entre una teoría general de la hegemonía y el análisis histórico de formas concretas que esta asumió, lo que permitiría pensar en un concepto de hegemonía como forma de la histórica de la dominación burguesa. En cuarto lugar, relatamos los itinerarios de la hegemonía en su recepción latinoamericana, mostrando cómo en este territorio se privilegiaban los análisis históricos que plantean la ausencia de esta forma particular de la dominación, y cómo, desde esta constatación, aparecían interpretaciones singulares del concepto. Por último, abordamos algunas de las discusiones contemporáneas en los estudios gramscianos. En estas, que surgen como respuesta a sus reapropiaciones posmarxistas, la hegemonía se volvía la clave de una filosofía de la praxis. Se trataba de un concepto que permitía resituar, por fuera del determinismo y el economicismo y bajo una primacía de lo político, la unidad de lo objetivo y lo subjetivo en una forma nueva de entender la teoría marxista. En su conjunto, estas interpretaciones reforzaban nuestra idea de una diversidad de sentidos del concepto de hegemonía, mostrando, en sus distintos énfasis, las consecuencias teóricas y políticas divergentes que se desprenden de la profundización de cada una de sus formas.

Sin embargo, aun cuando reconocían la existencia de esta polisemia, los intérpretes han tendido a resolverla en alguna forma de unidad que pudiese proyectar la imagen de un pensamiento gramsciano coherente y completo. Como norma, buscaban constituirse en lecturas que dieran cuenta de un verdadero Gramsci. Apuntaban a postularse como las que mejor comprenden las intenciones que este autor había plasmado en sus conceptos. Desde diversas estrategias a la hora de abordar los textos, y bajo un creciente predominio de los enfoques filológicos, las interpretaciones del concepto gramsciano de hegemonía resolvían y clausuraban la multiplicidad de sus sentidos por medio de la reconstrucción de una voz autorizada de su autor.

Por el contrario, nuestro enfoque se orientó a soportar esta diversidad de sentidos para explorar sus límites y potencias a la hora de pensar lo político dentro de una teoría política que se

reconociera como parte del marxismo. En este sentido, la batalla teórica por el concepto de hegemonía no podía resolverse por vía de una mayor precisión científica en el estudio textual que desenmascarase los supuestos abusos interpretativos cometidos sobre la letra de Gramsci. Por el contrario, planteamos una lectura que considere el conjunto de interpretaciones como evidencias y profundizaciones de los sentidos posibles presentes en el propio texto de los *Cuadernos*. Por esta razón, antes de comenzar con el análisis, consideramos que era necesario postular los fundamentos de nuestro enfoque. La introducción, por lo tanto, finaliza con un recorrido crítico de distintas propuestas para el abordaje y la lectura de textos de la teoría política, con el objetivo de contraponerlas a una propuesta centrada en las potencias de un concepto que emerge de los conflictos de la sociedad capitalista y que cobra su polisemia más allá de la intención autoral.

Postuladas estas coordenadas, en la primera parte de esta tesis nos propusimos desplegar el concepto de hegemonía a lo largo del desarrollo diacrónico de la escritura de los textos gramscianos. El enfoque principal que orientó esta primera parte fue, por lo tanto, de carácter cronológico, mostrando las apariciones de la hegemonía a medida que avanzaba la escritura gramsciana e interrogando las transformaciones de sus sentidos en este recorrido. De esta manera, esta primera parte implicaba adentrarnos en una suerte de territorio laberíntico, compuesto de miles de textos, notas y fragmentos en los que se iban componiendo formas de entender la política asociadas a la hegemonía y junto a estas, una particular y contradictoria concepción sobre la historia que atravesaba el conjunto de las reflexiones gramscianas. Siguiendo el hilo de la hegemonía, recorriendo los múltiples caminos por los que discurre, buscamos pensar su aparición como una nueva problemática teórica-política propia de una determinada época, como un concepto que emerge desde una constelación de luchas sociales de su tiempo. A partir de estos orígenes, intentamos mostrar los distintos desarrollos conceptuales que se van anudando en la palabra hegemonía, realizar una suerte de mapa de sus menciones para evidenciar cómo esta se va cargando de sentidos divergentes en, entre y al interior de los distintos textos de gramscianos.

En el capítulo primero, por lo tanto, realizamos este recorrido dentro del conjunto de textos escritos hasta 1926, antes del encarcelamiento de Gramsci por parte del gobierno fascista italiano. Corpus textual generalmente ignorado a la hora de pensar el concepto de hegemonía, buscamos pensarlo como *locus* de emergencia de un problema teórico que es producto de las transformaciones históricas de principios del siglo XX. Se buscó así exponer los orígenes de dicho concepto, delineando los principales elementos conceptuales y políticos que actúan como fuente para los desarrollos gramscianos. A diferencia de la mayor parte de los intérpretes del periodo, que se centran en estas fuentes como fundamentos explicativos del concepto, nuestro enfoque apuntó a hacerlo emerger desde las faltas en la lógica general del marxismo de Gramsci; de la necesidad de una forma distinta de pensar la articulación política, que aparecerá bajo la palabra hegemonía. Se plantea, de esta manera, una relación entre los límites de las teorías marxistas dominantes de la época y el surgimiento de nuevos fenómenos políticos que no pueden ser explicados bajo su dispositivo conceptual. Son estos fenómenos novedosos, que ya no pueden subsumirse a las formas de pensamiento disponible, los que, a partir de las contradicciones y cambios en los escritos gramscianos, serán crecientemente pensados a partir de la noción de hegemonía.

Frente a la ausencia en la mayor parte de estos escritos precarcelarios de una mención explícita a la hegemonía, lo que se buscó trabajar fueron, por lo tanto, los desarrollos de la concepción de la historia que se va articulando en estos, para mostrar cómo, en su choques con el contexto que buscan pensar, hacen emerger una nueva problematización de la política. Es entonces desde estos elementos, desde la postulación de un historicismo heredero del idealismo combinado de formas originales con un marxismo potenciado por los hechos revolucionarios del período, que se busca reflexionar sobre la ruptura conceptual que supone la efectiva aparición del concepto de hegemonía. En este capítulo, por lo tanto, planteamos su emergencia a partir de la ruptura de las formas liberales de la política que suponían las luchas de la posguerra. Se trataba de un auge de masas que imponía replantear las formas en que anteriormente estas sí habían podido ser contenidas y, al mismo tiempo, pensar las causas y razones por las que su potencia antagonista no logra una ruptura revolucionaria frente a la dominación burguesa. La hegemonía, por lo tanto, era un nombre que cifraba la necesaria reevaluación crítica de los presupuestos marxistas sobre la política para repensarlos bajo el signo de las masas en lucha.

A partir de esta emergencia, nos dedicamos, en el segundo capítulo, a evidenciar las diversas apariciones de la hegemonía en el corpus canónico de su despliegue: los *Cuadernos de la Cárcel*. Aquí se realizaba el recorrido por el laberinto que contiene al concepto de hegemonía, ese extraño conjunto de anotaciones realizadas durante el encierro donde se entrecruzan todo tipo de reflexiones en un intento de producir una nueva argumentación de la política desde el marxismo. Sin embargo, a diferencia del laberinto del mito griego, no encontramos aquí un centro fijo donde se alojaría aquel monstruo llamado hegemonía. Por el contrario, los hilos que nos guiaban a lo largo de estas notas mostraban una y otra vez las bifurcaciones en múltiples caminos, la vuelta sobre pasos ya dados, la repetición de argumentos sutilmente modificados La falta, en suma, de un sentido único para el concepto de hegemonía que pudiéramos encontrar para salir del laberinto.

El capítulo, por lo tanto, plantea un recorrido a partir de la reconstrucción de la dimensión diacrónica de estos textos en cuatro momentos fundamentales. Esto con el objetivo no de mostrar un desarrollo incremental, sino de dar cuenta de las diversas posibilidades que se van anudando en la palabra hegemonía a lo largo de su escritura. Se trata, en definitiva, de un conjunto de textos que no se proponen ni contienen una exposición sistemática de este concepto. Por el contrario, lo que se evidencia en ellos es la utilización de una palabra propia del debate político de su época que se carga sucesivamente de densidad teórica al ser hilvanada dentro de los análisis teóricos y políticos propios de estos textos y en su contacto con otros conceptos. Es desde estos usos que se empieza a constituir un concepto de hegemonía que, bajo diversas formas, intenta dar cuenta de una dimensión fundamental en las relaciones de dominación entre las clases sociales. El desarrollo diacrónico del concepto se volvía así importante para registrar cómo la hegemonía se anudaba con todos estos otros diversos elementos que le van dando forma. No obstante, también intentamos mostrar que, en el despliegue diacrónico, no se arriba jamás a una definición definitiva. Al recorrerlo se encuentran, más bien, y de forma persistente usos divergentes y hasta contradictorios que articulan lo hegemónico en constelaciones conceptuales divergentes. Al finalizar el capítulo, por lo tanto, planteamos la existencia en los *Cuadernos de la Cárcel* de tres formas principales de entender al concepto de hegemonía.

En primer lugar, encontramos una *hegemonía ideológica-cultural*, entendida como dirección y unificación social por la difusión de la concepción del mundo de una clase y su adopción por otros grupos sociales. La hegemonía designaba así la construcción de una cultura en común entre diversos grupos, haciendo de la dirección social el resultado del consenso logrado en una disputa ideológica que tiene su espacio en la sociedad civil. En segundo lugar, registramos un uso de la hegemonía como la dirección de una clase sobre el conjunto de la sociedad a partir del Estado. Articulando coerción y consenso, la *forma estatal de la hegemonía* se desplegaba en un conjunto de acciones que logran componer un equilibrio de intereses entre las clases para incorporarlas subordinadamente bajo la dirección de una de ellas. Por último, nos encontrábamos con ciertas reflexiones donde la hegemonía era caracterizada con elementos que la delimitaban espacio-temporalmente. De esta forma, el concepto no parecía designar una forma abstracta general de la dominación, sea esta ideológica o estatal, sino una forma particular que esta asume históricamente. El análisis histórico de las diversas formas de constitución de la dominación de la burguesía, y las estrategias de lucha que se plantean a partir de sus diferencias, nos permitían así pensar la hegemonía como una *forma histórica de la dominación burguesa resultado de la lucha de clases* y, en consecuencia, como una modalidad que asume el conflicto en aquellas sociedades donde se ejerce una dominación hegemónica.

Pero si bien el análisis diacrónico de la obra no lograba reconducir estas tres formas a una unidad completa del concepto, esto no implicaba tampoco su existencia como maneras radicalmente antinómicas de construirlo, que sólo permitían su desarrollo en distintos "temas" o áreas de aplicación autónomas una de la otra, entre las que había simplemente que elegir a partir de aquella más elaborada. Por el contrario, consideramos sumamente posible que en el desarrollo de su escritura, Gramsci, apuntase efectivamente hacia una construcción teórica unitaria. Probablemente fuera aquella forma ideológica-cultural la que mejor se articulaba con la concepción de la política y la historia del marxismo gramsciano. Lo que nos interesaba destacar, más allá de su intención, era que, en su despliegue asistemático, los textos tendían a presentar de formas diversas al concepto de hegemonía, permitiendo sucesivas inflexiones en su sentido. Con cada una de estas se abrían posibilidades para pensar las potencias del concepto para una teoría de la política.

La consecuencia lógica de esta conclusión debía ser, naturalmente, el despliegue de las constelaciones conceptuales en las que se articulaban estas formas de la hegemonía. Con base en la reconstrucción realizada en los primeros capítulos, en la segunda parte de esta tesis nos propusimos, justamente, dicha tarea. El objetivo de cada una de las tres interrogaciones que ensayamos fue, por lo tanto, situar a la hegemonía dentro de cadenas conceptuales que la excedían. Más allá de la aparición textual de la palabra hegemonía, intentamos entenderla desde los particulares usos que la dotan de contenido teórico. Realizamos entonces una reconstrucción de las maneras, presentes en los textos gramscianos, de abordar la ideología y la cultura, el accionar del Estado, y las transformaciones históricas de la dominación burguesa, para delinear las constelaciones teóricas e históricas que se enlazan al concepto de hegemonía. A partir de estas reconstrucciones, del análisis de los modos diferenciales con que se piensa el conflicto y las relaciones de dominio, nos preguntamos por las implicancias de estas formas de la hegemonía para una teoría marxista de la política.

Sin embargo, para indagar en las potencias críticas de cada una de estas formas de la hegemonía, no alcanzaba con presentar su despliegue *en* los textos gramscianos. La apuesta por una lectura

no basada en la intención autoral nos llevaba necesariamente a desarrollar una lectura por fuera de aquello que estrictamente aparecía en los textos, a confrontar con los problemas y contradicciones que allí se anudaban, pensando las formas de la hegemonía también *contra y más allá* de Gramsci. En este sentido, luego de construir la constelación conceptual que acompaña y sostiene a cada una de las formas de la hegemonía en los textos gramscianos, pasamos a discutir la lectura del marxismo que estas producen. Explorando críticamente sus implicancias *en contra* de la propia conceptualización gramsciana, buscábamos, no obstante, rescatar las potencias que el concepto de hegemonía operaba desde las tensiones que produce sobre el marxismo gramsciano. Por último, entonces, exploramos ciertas reapropiaciones de la hegemonía que retomaban estas potencias, reformulando el concepto como parte de novedosas y potentes teorías culturales, políticas y sociales.

En el capítulo tercero, al abordar su forma ideológico-cultural, nos encontrábamos con una compleja teoría de la ideología presente en los textos gramscianos que hacía de la hegemonía un momento clave de la unificación de lo social a partir de la adopción por las masas de una concepción del mundo. En esta teoría, el concepto de praxis, articulado desde las actividades de transformación de la naturaleza en la producción económica realizadas por cada clase social, se vuelve un anclaje fundamental. Este es el punto desde el cual se derivan distintas concepciones del mundo que se enfrentan. Pensadas en una historia motorizada por el avance de las fuerzas productivas, se diferencian así praxis progresivas y regresivas para que la producción se desarrolle. La dirección de una clase sobre el conjunto social implicaba, por lo tanto, la adopción por los otros grupos sociales de su ideología para así adaptar sus acciones y pensamientos a la práctica productiva de la clase que representaba el avance de la civilización.

Este proceso no sucedía de forma automática, sino que era el resultado de una lucha entre las distintas concepciones del mundo organizadas en diversas formas políticas e ideológicas. Este esquema, por lo tanto, distaba mucho de hacer de lo ideológico-cultural el resultado de una enfrentamiento libre de ideas en la sociedad civil, resuelto simplemente cuando una de estas primaba sobre el resto al articular el sentido común de una sociedad. Contra esta difundida lectura culturalista de Gramsci, se hacía posible desarrollar una forma más rica de la hegemonía sostenida sobre la dirección ideológica del conjunto de lo social. El conflicto de las ideologías "germinadas" en la producción se desplegaba así en formas subjetivas que daban cuenta de grados de organización de estas clases en su enfrentamiento. Estas se despliegan principalmente en la sociedad civil por la acción de los intelectuales pero encuentran su culminación en el Estado, atravesando el conjunto social y dándole unidad en la dirección lograda por una clase en la adopción por las masas de su ideología.

Sin embargo, si la complejidad de esta teoría gramsciana de lo ideológico diferenciaba el concepto de hegemonía de su extendido uso culturalista, encontraba una serie de elementos problemáticos para pensar la teoría marxista. El efecto de este esquema conceptual era plantear una visión del mundo propia de cada clase dada por sus características objetivas, sin que nada de la relación entre los grupos partícipe de su definición. El conflicto, entonces, no es más que una expresión segunda, *a posteriori*, de una objetividad originaria que existe como propia de la actividad de cada grupo. A su vez, en la persistencia de la idea de necesidad histórica, la generalización de las praxis de las clases progresivas, la organización del conjunto social según la concepción del mundo del grupo que supone un posible avance de la civilización, inscribía

esta teoría en un historicismo que suponía de antemano el sentido de la historia y por lo tanto, el resultado final del conflicto.

Como elemento central de una teoría general de lo social, la ideología aparece entonces "germinando" directa y transparentemente, sin fetichismo o antagonismo, de las distintas prácticas de transformación de la naturaleza que opera en su hacer práctico cada clase. Las formas políticas (el sindicato, el partido, el Estado, etc.) son la manera en que, partiendo de estas, se organiza una voluntad subjetiva que apunta hacia la autoconciencia de la tarea histórica de la clase y a la adopción de su concepción del mundo por el resto de los grupos de una sociedad. En suma, todo el conjunto de organizaciones son un grado de desarrollo de la misma voluntad, que encuentra su máxima razón de ser en "educar" las conciencias para adaptarlas a la práctica productiva que supone el progreso de la historia. Todo conflicto de clases es por lo tanto reducido a expresiones ideológicas que moldean a los individuos según las "praxis" de clase. El sujeto político central se desplaza, en consecuencia, de las propias clases sociales hacia sus intelectuales que, mediante un diferencial de conocimiento, son quienes las organizan con el fin de lograr su hegemonía como una dirección ideológica del conjunto social.

Esta teoría se volvía el fundamento de un marxismo entendido como filosofía de la praxis, que unifica lo objetivo y lo subjetivo, la estructura y la superestructura, a partir de la actividad consciente de cada grupo en la producción. Buscamos reconstruir la particular lectura de Marx que sostiene esta concepcutalialización, su anclaje en determinados textos y la persistencia, en esta filosofía, de la tradición neoidealista que articulaba la concepción de la política y la historia desde los textos gramscianos precarcelarios. La filosofía de la praxis produce un particular marxismo hegeliano, en el cual el despliegue necesario del espíritu opera desde la lucha de ideologías atadas a las determinaciones económicas. La ideología y sus formas de existencia organizada, incluyendo al Estado, son así abstraídas de las relaciones sociales históricas, siendo en toda sociedad el devenir de una voluntad subjetiva que surge desde la actividad práctica del grupo social dominante. El concepto de hegemonía bajo su forma ideológico-cultural explicaba así el proceso de lucha y el momento de consolidación de una dirección intelectual como producción de una cultura en común, bajo la cual el conjunto de los individuos modificaban su accionar, se adaptaban a las necesidades económicas de la clase que representaba efectivamente el horizonte histórico de expansión de toda la civilización. A partir de esta reconstrucción pudimos criticar la idea de una naturaleza ideológica del enfrentamiento entre clases, en su abstracción de las relaciones sociales que explicaban justamente su antagonismo. Por esta razón propusimos, *contra* Gramsci, un necesario apartamiento de esta filosofía de la praxis como fundamento teórico de la hegemonía.

En la búsqueda de producir una diferenciación con esta forma de entender a la ideología y la cultura, pero retomando las potencias críticas de abordar su dimensión conflictual y su importancia para pensar la dominación de una clase, exploramos entonces, *más allá* de Gramsci, los usos de la hegemonía dentro de los estudios culturales británicos. Intentamos brevemente reconstruir el camino por el cual la categoría gramsciana llega a convertirse en una pieza central de esta apuesta intelectual y exploramos la particular operación realizada sobre la hegemonía en los textos de su principal exponente, Stuart Hall. Emancipada de toda teoría general del devenir histórico, en un productivo y original uso del concepto gramsciano, esta manera de entender la hegemonía cultural permitía dar cuenta de las dimensiones del poder que se

expresaban en los fenómenos culturales, explicando las formas de simbolizar y domesticar un antagonismo entre clases que no se agota en su aspecto ideológico.

Éramos conscientes que al abordar la forma ideológica cultural de la hegemonía, en, contra y más allá de Gramsci, no estamos solamente lidiando con la interpretación más difundida del concepto, sino también con aquella que aparecía más claramente desarrollada en los textos gramscianos. Pero en en nuestra interrogación del concepto de hegemonía, planteamos que, en tensión con esta particular forma gramsciana de formular la teoría marxista, y de entender dentro de esta el paso de lo objetivo a lo subjetivo, existía otra conceptualización posible. Una de las conclusiones de nuestro trabajo partía, por lo tanto, de la necesidad de pensar las intuiciones gramscianas sobre las relaciones de fuerza de otra manera. Estas no deberían ser la descripción de un proceso de desarrollo gradual en la organización de la conciencia de una clases desde su posición objetiva, sino exponer la existencia de un conflicto que se expresa bajo formas económicas, ideológicas y políticas.

En este sentido, si la aparición de esta teoría marcaba un punto de inflexión en el desarrollo de los *Cuadernos*, la forma de interpretarla se volvía central para pensar el concepto de hegemonía. Su despliegue, como parte de un marxismo con prioridad y centralidad analítica en el conflicto, implicaba entender las relaciones de fuerza entre clases no como el desarrollo subjetivo incremental de una contradicción objetiva de la producción, sino como las formas de existencia de una relación social antagónica que excede lo ideológico-cultural y atraviesa el conjunto de las instancias de lo social. Los desarrollos de las otras dos formas del concepto de hegemonía, que identificamos en el capítulo segundo, partían entonces de este entendimiento diferencial de las relaciones de fuerza entre clases. Requerían, por lo tanto, de una profundización crítica que las determinara no ya en tanto relación abstracta entre todo grupo social en la historia, sino como forma de despliegue del conflicto constitutivo de determinadas relaciones sociales. Era la existencia inherentemente antagónica de la relación capital-trabajo, como nexo principal de articulación en la sociedad capitalista, la que debía entonces tomarse como fundamento de estas relaciones de fuerza y de la constitución de una hegemonía.

En el capítulo cuarto, por lo tanto, exploramos algunos elementos de esta línea de indagación a partir del análisis de la relación entre Estado y hegemonía. Pensando la tensión teórica que se abría desde aquella centralidad de las relaciones de fuerza como articuladoras de las categorías gramscianas, empezamos a construir un concepto que avanzara más allá de la noción de una dirección ideológica entre grupos sociales. Consideramos que la teoría del Estado integral podía dar cuenta de una forma más completa de entender la hegemonía. Esta permite pensar la dominación social desde una accionar estatal que produce la unidad entre la sociedad civil y la política. Entendiendo, entonces, a la hegemonía como aquel momento de las relaciones de fuerza en las que una clase se vale del Estado para una integración y mediación del conflicto, comenzábamos a producir otro sentido del concepto. Bajo esta forma de la hegemonía designamos entonces a la dirección del conjunto de la sociedad a partir de la integración de las clases en lucha en una dominación que se articula a partir de diversos mecanismos estatales cuyo efecto es la creación de un equilibrio inestable, permitiendo a la clase dominante presentar su expansión como la del conjunto social.

La acción del Estado aparecía así como fundamental para la hegemonía, haciendo imposible pensarla como una dirección producida en la sociedad civil antes de contar con el poder estatal.

De esta forma, a su vez, el concepto pasaba a designar una dominación sobre el conjunto de la sociedad y dejaba de dar cuenta de un vínculo de dirección sólo entre grupos, tal como había aparecido en los textos precarcelarios. A su vez, entendida como producto de la acción de un conjunto de intervenciones del estado, la hegemonía excede a lo ideológico para incluir la concesión de demandas, la represión, la mediación y representación de intereses, la sanción de derechos por la ley y la intervención en lo económico. Era el resultado de este conjunto de acciones lo que construía un equilibrio de intereses para integrar al conjunto bajo la dirección de la clase dominante, no una voluntad consciente que difunde una concepción del mundo. De esta forma la "naturaleza" de la hegemonía dejaba de ser un consenso ideológico en el "terreno" de sociedad civil y pasaba a designar una compleja unidad de consenso y coerción que permitía integrar a las masas, a sus organizaciones y su conflicto, en el Estado.

Sin embargo, planteamos también en este capítulo, esta forma de la hegemonía nos imponía el desarrollo de una teoría del Estado que aparecía apenas delineada en los textos gramscianos. Había que ir más allá de una "ampliación" que incorporaba la sociedad civil a lo estatal, como si se tratara de un vínculo de mera adición o de desarrollo incremental. Bajo esta conceptualización. la hegemonía continuaba siendo un producto consensual-ideológico del momento civil y el Estado la contraparte coercitiva que la aseguraba. Por el contrario, considerábamos que la teoría del Estado integral debía desplegarse críticamente de forma diferenciada a la idea de "ampliación". Para esto retomamos algunos elementos presentes en los *Cuadernos* en los cuales se delineaba una teoría del Estado moderno en su especificidad en tanto que Estado capitalista.

En este sentido, a partir de algunas intuiciones presentes en Gramsci, podíamos comenzar a ver a la intervención estatal desde el particular antagonismo inherente de la relación capital-trabajo; como una forma política que puede crear de un equilibrio inestable entre las fuerzas sociales para consolidar el dominio de la burguesía. En su diferencia con formas políticas anteriores, era solo por medio de sus características modernas, asociadas a su carácter burgués, que el Estado podía realizar aquella serie de intervenciones orientadas a incorporar al conjunto social en una dirección que asimila, en abstracto, a todas las clases a los intereses de expansión de la clase dominante. De esta forma, el proceso de constitución de la hegemonía implicaba la traducción del conflicto dentro de formas estatales, reconociendo intereses y demandas de otras clases, de forma que la dominación de la burguesía pudiera presentarse como un interés general del conjunto social. La hegemonía refería entonces a las diversas formas de incorporación de las masas a la vida estatal de forma de reproducir y expandir en una dominación relativamente estable las relaciones sociales capitalistas.

Bajo esta forma de construir el concepto, la hegemonía encontraba así una limitación temporal fundamental con respecto a sus interpretaciones más frecuentes, perdiendo su capacidad de dar cuenta de una teoría general de la conformación de toda sociedad. Esta era producto del particular Estado moderno, por lo que se seguía que era una forma de dominación específica de las sociedades capitalistas y, en consecuencia, que el sujeto que podía ejercerla era solamente la clase dominante de dicha sociedad. Si la hegemonía era la producción de una dominación que reproducía las relaciones sociales capitalistas, su sujeto necesariamente debía ser la burguesía. Dentro de esta, a su vez, era posible pensar que son determinadas facciones en distintas condiciones históricas las que pueden presentar su expansión como la del conjunto, imponiendo su hegemonía no solamente frente a las clases subalternas sino también sobre el conjunto de

las clases dominantes. La forma estatal de la hegemonía la determinaba así como el resultado de la acción del Estado que, como forma política de las relaciones sociales capitalistas, garantiza y expande la dominación burguesa incorporando al conjunto social bajo la dirección de una de sus facciones.

Aunque encontrábamos elementos para desarrollar esta forma de pensar la hegemonía en los escritos de Gramsci, lo cierto es que una tal perspectiva suponía una manera de entender el marxismo que resulta mayormente ausente en estos mismos textos. El análisis de la forma estado nos llevó así a delinear otra lectura de Marx radicalmente distinta a la que aparecía en la filosofía de la praxis gramsciana. Nos propusimos entonces, *contra* Gramsci, exponer la ausencia de la crítica de la economía política marxiana en sus reflexiones, discutiendo con aquellos intérpretes contemporáneos que buscaban reivindicar su presencia. Por el contrario, quisimos mostrar que la lectura sobre lo económico que estos suponían, bajo su absoluta determinación por una voluntad política y como efecto de la ideología, era contraria a la propuesta marxiana e impedía pensar la objetividad de las formas sociales. La propuesta, por lo tanto, no era ya solamente la de separar las potencias de un pensamiento político centrado en las relaciones de fuerza de un relato de progresividad histórica, sino también realizar una operación que permitiría resituarlas como parte de las relaciones sociales capitalistas. Lo fundamental era partir del antagonismo que las constituía y que explicaba la producción y reproducción de una sociedad dominada por el capital, en la que el Estado, como forma política de dicha sociedad, era elemento central para producir la hegemonía de la burguesía.

Siguiendo esta perspectiva, y para explorar el vínculo entre Estado capitalista y hegemonía *más allá* de Gramsci, los aportes de Nicos Poulantzas se nos aparecían entonces como un territorio privilegiado para seguir desplegando las potencias del concepto gramsciano. Dentro de su lectura estructuralista, la hegemonía se volvía el mecanismo de producción de la dominación en una sociedad donde la extracción del excedente no requería y entraba en contradicción con formas de coerción extraeconómicas. Poulantzas designaba así a la hegemonía como la práctica política característica de la burguesía, casi como un efecto de la instancia de lo político en el modo de producción capitalista, posible únicamente a partir de la particular autonomía relativa que ésta reviste en en dicha sociedad. Sus indagaciones abordaban las formas en que el conflicto de la sociedad moderna se articulaba en un Estado que lograba así la cohesión de una sociedad atravesada por sus contradicciones. A su vez, en los distintos movimientos de alejamiento de sus versiones más estructuralistas, los aportes poulantzianos nos permitían pensar los impactos de las luchas en los propios aparatos estatales y en la implementación de las políticas estatales como un ámbito de producción y lucha por la hegemonía.

No obstante, la reflexión sobre esta forma de la hegemonía nos llevó a enfrentarnos críticamente con las interpretaciones estructuralistas, como aquella postulada por Poulantzas. En estas había un privilegio de la función de producción estatal del orden, como una producción objetiva y funcional en la que en los hechos la lucha de clases y las correlaciones de fuerza ocupaban un lugar secundario. Existía una tensión entre la centralidad del antagonismo que explicaba al Estado en el capitalismo, y su necesaria resolución en una hegemonía que siempre lograba domesticarlo. Por el contrario, si la base de la reflexión estaba en la existencia de las relaciones sociales capitalistas que existen solo en el conflicto entre sus sujetos, la hegemonía debía comprobarse como un resultado de esa lucha y no estar siempre presupuesta. No podía asegurarse de antemano que el Estado siempre logre crear un equilibrio de intereses o la

integración de masas que suponía una hegemonía de la burguesía. Esta debía derivarse como un resultado posible, pero no único, de la lucha desde las distintas constelaciones de relaciones de fuerza entre las clases.

En consecuencia, debíamos explorar una última forma del concepto que aborda esta posibilidad, que bajo una centralidad de la lucha de clases, pensara a la hegemonía como resultado del conflicto. En el capítulo quinto, por lo tanto, creímos posible derivar esta forma de la hegemonía de los análisis históricos gramscianos, en sus planteos de la emergencia de una forma diferenciada que asume la dominación burguesa en ciertos momentos y territorios. De esta forma buscábamos pensar la hegemonía en contraposición a sus interpretaciones como un concepto formal y ahistórico para construirla como categoría de análisis que explicara los resultados y las modalidades históricas del desenvolvimiento de la lucha de clases. Retomamos entonces un pensamiento gramsciano situado que analizaba las condiciones para la acción política de la clase obrera. En algunas sociedades se había producido en las últimas décadas del siglo XIX una transformación que complejizaba los mecanismos de la dominación, incorporando estatalmente a las masas en una dominación de clase e impidiendo por lo tanto una estrategia política basada únicamente en el asalto del Estado. La hegemonía era así el resultado histórico de un proceso de luchas que daba lugar a una nueva modalidad de la dominación de la burguesía, cambiando la relación entre las clases y el Estado y exigiendo, en consecuencia, un cambio en la estrategia política.

No obstante, planteamos que esta hegemonía no era un punto de llegada sin vuelta atrás, sino que, como resultado del conflicto de clases, se encontraba atada al mantenimiento de la correlación de fuerzas en la que se sostenía. Por esta razón, la hegemonía se diferenciaba de otras formas de la dominación burguesa hacia atrás en el tiempo, pero también hacia al futuro: podía desarmarse, entrar en crisis y romperse, dando lugar a nuevas formas políticas de la dominación burguesa. La limitación temporal de la hegemonía se extendía. No representaba ya ya representaba una ontología de lo político en toda sociedad pero tampoco era una forma de producción política de la dominación siempre presente al interior de la historia de las sociedades capitalistas. Era necesario, por el contrario, distinguir entre momentos con y sin hegemonía, entre formas hegemónicas y otras modalidades que podía asumir la dominación en las sociedades capitalistas.

Este razonamiento nos imponía, entonces, no sólo situar históricamente el surgimiento y la crisis de la hegemonía, sino también pensar cuales eran las características que permitían extender el uso del concepto más allá del caso histórico particular. En los textos gramscianos, aquello que marcaba la constelación de fuerzas que da lugar al surgimiento de la hegemonía era una derrota de una clase subalterna que muestra a su vez su enorme capacidad, la posibilidad de su existencia no subordinada, imponiendo una nueva forma de dominación que debe incorporarla. Es decir, la hegemonía era un resultado contradictorio de la lucha de clases que configura el surgimiento de los mecanismos políticos de incorporación de la clase obrera. En estos se expresa tanto la fortaleza del antagonista como su derrota, su incapacidad de una existencia autónoma por fuera de esa dominación. Es esta misma constelación de fuerzas la que se expresa en una nueva forma de Estado que puede realizar las intervenciones necesarias para lograr esta incorporación, y que, a su vez, se sostiene en nuevas condiciones de la acumulación que permiten a la burguesía el otorgamiento de ciertas demandas de los trabajadores.

Consecuentemente, del mismo modo que explicaba su surgimiento, la centralidad de la determinación por la correlación de fuerzas surgida contingentemente de la lucha de clases, hacía, a su vez, que el desarrollo del antagonismo obrero fuera también el que explicaba la ruptura de la hegemonía. Los análisis de los textos gramscianos se desplegaban como una reflexión propia del momento de la crisis de hegemonía de su época. Un conjunto de intuiciones cuya resolución permanecía como un interrogante abierto. El fin de la crisis aparece entre un necesario devenir hegemónico del proletariado, la reconfiguración de la hegemonía burguesa bajo nuevas formas, o la aparición de nuevas formas no hegemónicas de la dominación. Pero en estas posibilidades se observan nuevamente las tensiones que atraviesan al concepto de hegemonía en su inscripción dentro del particular marxismo gramsciano. Ya que, mientras se constata la evidencia de la ruptura de la hegemonía se afirma, al mismo tiempo, el necesario devenir hegemónico de una clase progresiva de la historia que, no obstante, debería romper con los mecanismos mismos que permiten una dominación hegemónica. De manera similar, frente a la evidencia del fracaso de una revolución que se sigue anunciando como necesaria, aparecían formas en que la dominación burguesa podía adaptarse a contradicciones vistas como insalvables, garantizando así nuevamente la hegemonía. Existe, por lo tanto, una fuerte tensión en el pensamiento gramsciano articulada en el concepto de hegemonía. Por un lado, asistimos a intentos de repensar el progreso histórico y su "retrasada" expresión política en una teoría general de la hegemonía; por el otro, descubrimos momentos donde ésta opera como crítica del historicismo determinista pudiendo ser pensada como una particular y contingente articulación de la dominación lograda en la lucha.

Para lidiar con esta tensión tuvimos, entonces, que repensar esta forma de la hegemonía *contra* Gramsci, criticando las maneras de teorizar a las clases y su conflicto en sus textos. Discutiendo nuevamente con su filosofía de la praxis y habiendo constatado la ausencia de la crítica de la economía política en el marxismo gramsciano, retomamos los análisis sobre el desarrollo histórico de la burguesía para mostrar la falta de una teoría relacional de las clases. De esta manera, intentamos repensar el conflicto social por fuera de aquella teoría que lo que lo volvía un enfrentamiento entre ideologías, y que hacían de lucha la búsqueda consciente de una clase por convertirse en aquella que organiza al conjunto de la sociedad. Por el contrario, se trataba de pensar las modalidades históricas que iba tomando un antagonismo de las relaciones sociales capitalistas que existía más allá de las voluntades de los sujetos, pero que solo podía existir en la persistencia de su enfrentamiento, en la configuración de sus modos de existencia desde los resultados de la lucha de clases.

Para esta tarea, nos pareció útil realizar una crítica a otra categoría devenida central en los estudios gramscianos: la revolución pasiva. Categoría que creíamos reforzaba los elementos historicistas y normalizadores del concepto de hegemonía. Nuestro análisis de la categoría de revolución pasiva, por lo tanto, busco romper con la imagen de una hegemonía que bajo distintas formas siempre termina garantizandose, de la necesaria expresión de las necesidades objetivas del progreso de la historia bajo nuevas formas políticas. En este sentido, si las potencias que encontraban su máximo desarrollo en la Revolución rusa mostraban la ruptura de la hegemonía, el fin de toda una forma de articular la dominación de la burguesía, el fracaso de su generalización y su derrota bajo los regímenes más barbáricos, no debería llevar solamente a una reflexión sobre la complejidad de la revolución y las fortalezas del régimen burgués. La paradoja de la máxima fortaleza de la clase trabajadora y la imposibilidad de su revolución no

debería resolverse afirmando las múltiples maneras por las cuales el conflicto puede pasivizarse y ser funcional para superar las contradicciones surgidas de la producción. Debería, por el contrario, permitirnos romper con el esquema que plantea la necesaria sucesión de devenires hegemónicos, abriendo plenamente al concepto de hegemonía a los resultados contingentes de la lucha de clases.

Por esta razón, para finalizar esta tesis, decidimos retomar aquellos aportes que, *más allá* de Gramsci, permitían profundizar esta ruptura, y que habilitaban una indagación sobre la multiplicidad de formas que asume el conflicto y las relaciones de dominación en las sociedades capitalistas. En esta búsqueda debimos alejarnos de los desarrollos teóricos producidos de las sociedades centrales del capitalismo contemporáneo para buscar respuestas en las reapropiaciones del concepto gramsciano realizadas desde las periferias. Si en el apogeo de los estados de bienestar del siglo XX el concepto de hegemonía se había convertido, en los países desarrollados, en la explicación de la normalidad de la dominación, una palabra con la que pensar la conformación del orden, la mirada cambiaba cuando nos movíamos hacia otras geografías donde se insistía en la existencia de una dominación sin hegemonía.

En este sentido, así como los análisis latinoamericanos referidos en la introducción planteaban la imposibilidad de constituir una hegemonía burguesa estable, encontramos también en los aportes de los estudios subalternos, particularmente de Ranahit Guha, los elementos para dar cuenta de un dominación sin hegemonía. Los aportes de Guha sobre la ausencia de hegemonía en la India colonial, permitían explorar un concepto de hegemonía mucho más determinado históricamente. Lo que permitía, a su vez, analizar los diferentes modos que podía asumir la dominación por fuera de la hegemonía. Partiendo de estas intuiciones, por lo tanto, nos propusimos retomar algunos usos contemporáneos de la hegemonía en latinoamérica para repensar los elementos que permiten caracterizarla, diferenciarla y generalizarla como una categoría interpretativa. Desde el análisis de la constitución de hegemonías neoconservadoras en la Argentina de los años noventa, buscamos destacar los fundamentos económicos de la hegemonía en la acumulación ampliada de capital y la necesidad de que esta se exprese en una transformación profunda de la forma de Estado. En su conjunto, al presentar estos elementos, volvíamos así a pensar desde el antagonismo capitalista, a plantear que es solo en y desde la lucha que atraviesa y constituye a esta sociedad que se configuran los distintos procesos económicos y políticos, incluida la hegemonía.

Hemos expuesto aquí el desarrollo general de los contenidos de esta tesis, delineando un camino que se movió desde la emergencia de la problemática de la hegemonía en el auge de masas de comienzos del siglo XX hacia la exposición de su existencia como concepto bajo múltiples formas en los textos gramscianos, pasando por el reconocimiento de los elementos de esta diversidad en las interpretaciones y reapropiaciones del concepto, hasta llegar al despliegue de cada una de estas formas en la constelación de conceptos que las determinaban. Cada una de estas formas, la ideológico-cultural, la estatal, y la forma histórica de la dominación burguesa, implicaba consecuencias teórico-políticas que no sólo determinaban al concepto de hegemonía, sino también el problema de cómo entender la política en la teoría marxista. En nuestro camino, por lo tanto, la construcción de cada una de estas formas se montaba sobre una crítica de la anterior, en una delimitación mayor del concepto de hegemonía, yendo en cada caso a una reconstrucción del concepto, *en*, *contra* y *allá* de Gramsci en la búsqueda de derivar la hegemonía como resultado de la lucha de clases.

La conjunción de los elementos críticos que hemos ido desplegando pueden entonces llevarnos a un particular entendimiento del concepto que se vuelve así una clave para el desarrollo de una teoría marxista de la política. Partiendo de un pensamiento centrado en el antagonismo que constituye las relaciones sociales capitalistas, la hegemonía emerge como una suerte de mediación entre este conflicto y una forma política que intenta su contención. De esta manera, configura una modalidad históricamente particular en la cual se desarrolla la lucha a partir de la transformaciones que genera sobre las estructuras políticas de la dominación en el capitalismo. De esta manera, inscribiendo el conflicto en las relaciones sociales que lo constituyen y en las formas objetivas que suponen la producción y reproducción de la realidad en la sociedad capitalistas, nos encontramos con una primacía de la lucha a la hora de pensar los diversos fenómenos políticos, las distintas configuraciones ideológicas y estatales que permiten la subordinación de las clases trabajadoras. En suma, tras recorrer el conjunto de los textos gramscianos, al salir del extenso laberinto de notas y reflexiones en los que se configura el concepto de la hegemonía, nos encontramos tan solo con algunas certezas sobre las potencias polisémicas del concepto gramsciano que nos compelen a seguir profundizando un pensamiento marxista crítico sobre la política.

Por esta razón, una de las principales conclusiones de esta tesis se convierte así en un punto de partida para futuros trabajos: la existencia en los textos gramscianos de distintas formas en tensión de cómo pensar la realidad y su transformación en la teoría marxista. La teoría de las relaciones de fuerza entre clases y el desarrollo de los más diversos fenómenos económicos, políticos y culturales como formas de su despliegue en conflicto conviven con una filosofía que hace de estos la expresión subjetiva necesaria de un desarrollo objetivo atado al progreso de la producción. Una tensión entre un marxismo centrado en la lucha de clases que lo vuelve una teoría del antagonismo propio de determinadas relaciones sociales y una teoría "materialista histórica", o una filosofía de la praxis, que describe en toda sociedad la relación entre la objetividad de una estructura económica y sus formas de despliegue posterior en las superestructuras políticas e ideológicas.

Esta tensión no es exclusiva de los textos gramscianos y puede encontrarse en otros pensadores marxistas de los años 20. Históricamente, las reflexiones de esta década están marcadas por el fracaso del esquema ortodoxo evidenciado por el éxito de la revolución impensada y por las dificultades de su generalización en aquellas sociedades donde estaba destinada a triunfar. La política leninista implicó un cuestionamiento práctico a la correspondencia entre desarrollo económico y su expresión política, "forzando" la historia, al hacer la revolución allí donde el atraso del desarrollo capitalista la declaraba, en teoría, imposible. Pero la teoría marxista debía reaccionar a esta anomalía. Las primeras respuestas, al igual que la propia teoría leninista, no plantearon una ruptura profunda de los fundamentos teóricos de un marxismo anclado en el progreso histórico de la producción y sus contradicciones objetivas. Sin embargo, aun manteniendo un relato histórico que anunciaba la inevitabilidad del comunismo, estas teorías empezaban a evidenciar las fallas del esquema "clásico" y, sin salir del todo de él, a proponer un pensamiento de lo social atravesado y determinado por el conflicto que surge del antagonismo entre clases.

Anudados en los sentidos del concepto de hegemonía, los desarrollos que hemos trabajado a lo largo de los textos gramscianos pueden pensarse como un interesante y fundamental ejemplo de este momento en el pensamiento marxista. A lo largo de sus notas, se combinan crítica

teórica a la ortodoxia y reivindicación política de Lenin, complejización de la relación entre estructura y superestructura y confirmación de este esquema y de los principios de avance histórico que los sustentan. Se plantean así posibles retrasos y diferencias entre los cambios económicos y los fenómenos políticos e ideológicos, pero sin romper con la determinación en un momento económico entendido como objetivo y "anterior" a su despliegue en el conflicto de clases. Esta teoría, a su vez, es tomada como canon de interpretación para toda la historia, abstrayendo la existencia del conflicto de clases de las relaciones sociales históricamente determinadas que lo explican. De esta manera, si bien la teoría de las relaciones de fuerza apunta a superar un pensamiento de lo político y lo ideológico como mero reflejo de lo económico —explicándolos desde un proceso de lucha y conflicto de las clases— hace, al mismo tiempo, emerger en última instancia a los sujetos y sus conflictos de un momento objetivo, abstracto y general que se encuentra inserto en un relato del progreso de la historia determinado por las prácticas productivas de cada clase.

El concepto de hegemonía puede pensarse como el *locus* de esta tensión en los textos gramscianos. Se trata de una palabra que designa las formas que asume la dominación política a partir de los resultados de la lucha de clase, pero también de un intento de pensar la unidad de lo social y la expresión subjetiva de las necesidades objetivas de la historia representadas en la voluntad de una clase. Una forma de dominación puesta en crisis por el antagonismo de la clase obrera, pero destinada a una necesaria rearticulación de lo social que adapta a los hombres, ya sea bajo la dirección del proletariado o por las transformaciones de la propia burguesía, al creciente avance de la producción. Por esta razón, interrogar las distintas formas con las que en los textos gramscianos se constituye la hegemonía nos permite, desde y más allá de este concepto polisémico, abrir una reflexión sobre la forma misma de entender al marxismo.

La hegemonía aparece ante nosotros como una fuente posible de renovación de un marxismo cuestionado como filosofía de la historia basada en la determinación económica. Pero los aportes que contiene este concepto, no obstante, no deben pensarse asumiendo la existencia en un pensamiento gramsciano total y coherente, de una completa "filosofía de la praxis" que explica toda sociedad, sino a partir de la profundización de aquellos elementos que piensan lo social desde el desarrollo del conflicto entre clases. Se trata entonces de partir de las relaciones de fuerza pero sin abstraerlas de sus determinaciones históricas, de no hacer de toda la historia el despliegue de un conflicto ontológico; entendiéndolas, por el contrario, a partir del antagonismo de las relaciones sociales capitalistas que este conflicto expresa. En este sentido, debemos operar el paso desde el "materialismo histórico" hacia una teoría crítica de la sociedad capitalista, abriendo el conjunto de las categorías del análisis a los procesos y resultados de la lucha de clases.

Este movimiento implica, en principio, una diferenciación fundamental con aquellos marcos teóricos de referencia desde los cuales se ha entendido el concepto de hegemonía. En primer lugar, supone una clara diferenciación con sus lecturas culturalistas, con todo intento de pensar la política sólo en referencia a las ideas o discursos que se encuentran en una sociedad. La hegemonía no puede ser el resultado de un mero convencimiento ideológico independiente de su articulación con las fuerzas económicas y políticas que configuran a la sociedad. El movimiento habilitado por los textos gramscianos, por lo tanto, no debe llevar a independizar a la ideología o la cultura, volviéndolas la determinación fundamental de lo social. Por el contrario, debemos resituar estos elementos como parte de un conflicto que excede esta dimensión. La

hegemonía debe permitirnos una exploración sobre los elementos simbólicos que acompañan y fortalecen los lazos de la dominación pero, contra todo voluntarismo que pueda pensar su libre articulación por medio del accionar de los intelectuales, se necesita inscribirlos como parte de la objetividad social que ayudan a conformar.

El énfasis en este aspecto de la hegemonía, en su escisión de una producción voluntaria y consciente por parte de los sujetos sociales, no debe llevarnos, no obstante, a plantear su emergencia meramente como una consecuencia natural de las estructuras de la dominación. En este sentido, y en segundo lugar, la apertura de las potencias críticas contenidas en el concepto de hegemonía debe retomarse desde una lectura diferente a sus interpretaciones estructuralistas. La primacía de la mirada debe estar en el conflicto más que en el orden, evitando suponer una interpretación funcionalista que lleva a una siempre necesaria y exitosa forma de subsumir al antagonismo bajo la hegemonía de una clase dominante todopoderosa.

Esta centralidad en la lucha no debe conducirnos, tampoco, a una teoría de la absoluta determinación de lo social por el conflicto político. Por esta razón, en tercer lugar, una teoría crítica de la hegemonía implica una diferenciación fundamental con sus interpretaciones posmarxistas. No se trata de liberar la hegemonía de su supuesta determinación económica, volviéndola la lógica misma de la constitución de toda sociedad, sino de encontrar una fundamentación para el antagonismo, de resolverlo por fuera de su postulación como una ontología de lo social. El antagonismo y sus formas de configuración en relaciones políticas de dominación y subordinación entre sujetos sociales debe existir como consecuencia de una forma particular en la que se establecen las relaciones entre los individuos en una determinada sociedad. Es decir,debe reconducirse a la relación capital-trabajo como forma principal en la que, por y a través de sus contradicciones, se produce y reproduce la sociedad capitalista. La hegemonía, por lo tanto, debe ser una consecuencia particular de este conflicto, no un fenómeno que explica de manera abstracta cómo se constituye toda sociedad.

En su conjunto, estas tres críticas a las interpretaciones más clásicas del concepto de hegemonía, este intento de pensarlo más allá del culturalismo, el estructuralismo y el posmarxismo, conlleva también una diferencia fundamental entre nuestra perspectiva y las lecturas contemporáneas predominantes en los estudios gramscianos. Consideramos que la problemática filosofía de la praxis con la que hemos discutido a lo largo de esta tesis no puede convertirse en la base para recomenzar un marxismo asediado por su crisis. Para operar una ruptura con el economicismo y el determinismo marxista no alcanza con la postulación de la absoluta inmanencia de los social a partir de las relaciones de fuerza, como si estas no tuvieran más determinación, como si no hubiera nada por fuera de un enfrentamiento que pasa a perder todo fundamento o referencia. No se trata entonces de reducir las diferencias entre lo subjetivo y lo objetivo, anudándolas bajo un concepto de praxis, sino justamente de pensar las razones por las cuales las relaciones intersubjetivas se objetivan, se fetichizan, en formas sociales ajenas a la voluntad de los sujetos. La hegemonía, en consecuencia, no puede ser pensada desde una voluntad política que configure conscientemente a la sociedad.

La crítica marxiana a estas formas, la descripción de su historicidad, de la dominación y del antagonismo objetivo que suponen, no puede obviarse. No se puede reducir la eficacia de la acumulación de capital a un efecto ideológico o una posición política. En suma, no se trata de reducir el todo social a un efecto de la política volviéndola una ontología, planteando su

autonomía en un movimiento que a su vez, y aunque no lo confiese, tiende a identificarla con el Estado. Si esta posición teóricamente implica un olvido del fetichismo, de la totalidad contradictoria pero efectiva que se imponen bajo el capital, políticamente se choca una y otra vez con la fantasía de un Estado que controla al capital, de la reducción de las contradicciones sociales a una pura voluntad solo signada por las relaciones de fuerza. Por el contrario, un pensamiento que pueda afrontar los desafíos contemporáneos, que pueda explicar la politicidad que reside en los movimientos del mercado sin conducirlos a un efecto de la ideología o a la voluntad de la burguesía, nos impone la necesidad de una teoría marxista de la política radicalmente distinta a esta filosofía de la praxis.

Nuestra indagación y sistematización del concepto gramsciano de hegemonía nos lleva, entonces, a la necesidad de profundizar una teoría crítica de las formas políticas de la sociedad capitalista. Una suerte de teoría crítica de la hegemonía hacia la que debemos avanzar. Este movimiento no constituye una tarea sencilla e implica una relectura de los textos gramscianos en un diálogo crítico con quienes han profundizado este camino. Hemos esbozado a lo largo de este trabajo algunos puntos centrales de este camino que, no obstante, nos pone frente al desafío de continuar una reflexión de largo alcance sobre el pensamiento político marxista más allá del concepto de hegemonía. Pero volviendo a las potencias teóricas que en este se anudan, podemos mencionar algunos elementos que pueden operar como base para esta teoría crítica de la hegemonía.

En principio, debemos situar a las categorías gramscianas como formas de las relaciones sociales capitalistas, entendiendo su propia emergencia como un resultado de la lucha de clases, de las transformaciones históricas en las formas de la dominación del capitalismo por el auge de masas. Por otro lado, y de manera determinadamente, debemos articular a la hegemonía con una lectura de Marx, con su crítica de la economía política como un pensamiento que da cuenta de la totalidad moderna en y desde las contradicciones de las relaciones sociales capitalistas y sus formas de existencia. La política y, dentro de esta, las relaciones de fuerza entre las clases no deben, por lo tanto, pensarse por fuera de las particulares condiciones históricas que dan sentido al enfrentamiento. A su vez, debemos separar el pensamiento marxista de la política de toda idea de un devenir histórico con un sentido determinado. Quizá sea posible continuar haciendo poesía después de Auschwitz, pero lo que claramente ha perdido valor tras esta experiencia es toda confianza en el progreso de la historia. Por último, y como consecuencia de este conjunto de elementos, debemos avanzar hacia una entendimiento de la política que no intente reconciliar en la teoría el antagonismo irreconciliable de lo social, que no busque producir una tranquilizadora imagen de que el orden finalmente reinará. En suma, y retomando a Gramsci, se trataría de partir de un marxismo que "[…] no tiende a resolver pacíficamente las contradicciones existentes en la historia y en la sociedad, [que] incluso es la misma teoría de tales contradicciones" (*Q10* <41> XII: 201).

El pensamiento de la contradicción como expresión del antagonismo debe hacer del concepto de hegemonía una crítica de la reconciliación que haga reaparecer nuevamente al antagonismo. Señalar que, como resultado contingente del conflicto, la hegemonía expresa una forma particular y finita de la dominación de una parte de la humanidad sobre otras. La multiplicidad de este dominio, y su complejidad en su forma de lidiar con el antagonismo permanente que lo amenaza, hacen de la hegemonía una forma posible con la que históricamente se ha logrado domesticar, inestable y temporalmente, la lucha de las clases subalternas. Teórica y

políticamente, por lo tanto, la hegemonía es la categoría que permite pensar esta aparente paz en sus posibilidades y riesgos en la lucha por la emancipación, bajo la búsqueda constante de los imaginarios y acciones que permitan su superación.

Contra toda idea de la construcción de una hegemonía de los oprimidos, este concepto debe servirnos para pensar la potencia de la lucha, su expresión bajo las formas del dominio, y sus posibilidades de ruptura con la dominación. La hegemonía, como una de las formas que toma la dominación del capital sobre los trabajadores, no puede sin más ser su opuesto como si no estuviera determinada por las relaciones sociales con las que se busca acabar. La lucha, en consecuencia, no será por la conquista de una hegemonía de los trabajadores que exprese el dominio de estos sobre otros grupos, sino por la transformación de toda condición que implique tal dominio. Para repensar una teoría política marxista desde las potencias contenidas en el concepto de hegemonía, se trata entonces de partir del elemento central de si "¿Se quiere que haya siempre gobernados y gobernantes o bien se quieren crear las condiciones en las que la necesidad de existencia de esta división desaparezca?, o sea, ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano o se cree que ésta es sólo un hecho histórico, que responde a ciertas condiciones?" (*Q15* <4>: 175).

Bibliografía

Acanda, J.L (2006) “La recepción de Gramsci en Cuba”, Kanoussi, D. (comp.) *Gramsci en América. II conferencia internacional de estudios gramscianos*, México, Plaza y Valdés.

Acha, O. (2014) “Releer Pasado y Presente: ¿por qué, desde dónde y para qué?”, en *Prismas - Revista de Historia Intelectual*, vol. 18, núm. 2, diciembre, pp. 239-242, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Argentina.

Adamson, W.L (1980): “Gramsci's Interpretation of Fascism”, en *Journal of the History of Ideas*, Vol. 41, No. 4 (Oct. - Dec., 1980), pp. 615-633

Adler, F. (1977) “Factory Councils, Gramsci and the industrialists”, en *Telos*, N° 31, pp. 67-90

Adorno, T. (2004a) “Sociedad”, en *Escritos Sociológicos I*, Madrid, Akal.

Adorno, T. (2004b) “Contribución a la doctrina de las ideologías”, en *Escritos Sociológicos I*, Madrid, Akal.

Adorno, T. (2005) *Dialéctica negativa – La jerga de la autenticidad*, Madrid, Akal.

Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007) *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal.

Althusser, L. (1974) *Curso de filosofía para científicos*, Buenos Aires, Planeta- Agostini.

Althusser, L. (2003) *Marx dentro de sus límites*, Madrid, Akal.

Althusser, L. (2004) *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Althusser, L. (2008) “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Althusser, L. (2010) “El Marxismo no es un historicismo”, en Althusser, L. y Balibar, E. (2010) *Para leer el capital*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Alvarez Ortiz. A.O. (2015) “Gramsci en México. Formación y desaparición de un archivo crítico”, en Cabezas, O.A (comp.) *Gramsci en las orillas*, Adrogué, Ediciones La Cebra.

Anderson, P. (1981) *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Buenos Aires, Fontamara.

Anderson, P. (2005) *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Anderson, P. (2016) “The heirs of Gramsci”, en *New Left Review* , nº 100, July-August, Londres

Anderson, P. (2017) *The H-word. The peripeteia of Hegemony*. London, Verso.

Aricó, J.M (1998) “Prólogo”, en Labastida Martín del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Aricó, J.M (1999) “América Latina como unidad problemática”, en *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires, Sudamericana.

Aricó, J.M (2005) *La cola del Diablo, itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Aricó, J.M. (2010) *Marx y América Latina*, Buenos Aires, FCE.

Aricó, J.M (2012) *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo. Curso de El Colegio de México*, Buenos Aires, FCE.

Artese, A. (2018) *El concepto gramsciano de «hegemonía». Su enriquecimiento a partir de los análisis sobre la política y el Estado en América Latina. El caso de Norbert Lechner en los años setenta*, tesis presentada en la Maestría de Estudios Sociales Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Auciello, N. (1974) *Socialismo ed hegemonía in Gramsci y Togliatti*, Bari, De Donato.

Austin, J. (2006) *Como hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós.

Badaloni, N. (1975) *Il marxismo di Gramsci*, Turin, Einaudi.

Badaloni, N. (1987) "Teoria gramsciana delle dislocazioni egemoniche", en *Critica marxista 2-3*.

Baratta, G. (2003) *Las rosas y los cuadernos. El pensamiento dialógico de Antonio Gramsci,* Barcelona, Bellaterra.

Baratta, G. y Liguori, G. (eds.) (1999) *Gramsci da un secolo all'altro*, Roma, Riuniti.

Barthes, R. (1994a) "La muerte del autor", en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura,* Buenos Aires, Paidós

Barthes, R. (1994b) "De la obra al texto", en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Buenos Aires, Paidós

Bates, T. (1976) "Antonio Gramsci and the Bolshevization of the PCI", en *Journal of Contemporary History,* Nº 11/2, pp. 115-131.

Bianchi. A. (2008) *O laboratorio de Gramsci-Filosofia, Historia e Política*, Campinas, Alameda Editorial.

Bianchi, A. (2018) "Classe politica e crisi della democrazia nella critica di Antonio Gramsci", trabajo preparado para la III edición de la Ghilarza Summer School, Scuola Internazionale di Studi Gramsciani, Ghilarza, 10 al 15 de Septiembre.

Blanke, B., Jürgens, U. y Kastendiek, H.: "A propósito de la reciente discusión marxista sobre el análisis de la forma y función del estado burgués. Reflexiones sobre la relación entre política y economía", en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.

Blumenberg, H. (2008) *La legitimidad de la edad moderna*, Madrid, Pre-Textos.

Bobbio, N (1975) "Esiste una dottrina marxista dello Stato?", en *Mondoperaio* nº 8-9.

Bobbio, N. (1977) "Gramsci y la concepción de la sociedad civil", en Fernández Buey, F. (ed.) *Actualidad del pensamiento político de Gramsci,* Barcelona, Grijalbo.

Bobbio, N. (1985) *Estudios de historia de la filosofía de Hobbes a Gramsci*, Madrid, Debate

Boggs, C. (1974) "Gramsci's theory of the factory councils: nucleus of the socialist state", en *Berkeley Journal of Sociology*, Vol. 19 (1974-75), pp. 171-187

Boggs, C. (1976*) Gramsci's Marxism*, Nueva York, Unrizen Books.

Bologna, S. (1972) "Composizione di classe e teoria del partito alle origini del movimento conciliare", en *Classe operai e Stato*. Milán: Feltrinelli.

Bonnet, A. (2007a) “Estado y capital. Debates sobre la derivación y la reformulación del estado”, en Thwaites Rey, M. (comp.), *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo.

Bonnet, A. (2007b) “El concepto de hegemonía a la luz de las hegemonías neoconservadoras”, en *Nuevo Topo, revista de historia y pensamiento crítico,* Buenos Aires, N.º 4, pp. 109-134, ISSN 1669-8487

Bonnet, A. (2008) *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina 1989-2001*, Buenos Aires, Prometeo.

Bonnet, A. (2012) “Riñas en la cofradía. Los conflictos interburgueses en las crisis argentinas recientes.”, en *Revista Conflicto Social*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani-UBA, vol. 5, nº 8, pp.65-123, eISSN: 1852-2262

Bonnet, A. (2016) “El concepto de estado capitalista en el pensamiento de Poulantzas”, en *Herramienta web 18*, Buenos Aires, ISSN 1852-4729.

Boothman, D. (2008) “The Sources for Gramsci's Concept of Hegemony”, Rethinking Marxism, 20: 2, 201 — 215.

Boothman, D., Giasi, F. y Vacca, G. (comp.) (2015) *Gramsci in Gran Bretaña*, Bolonia, Il Mulino.

Bordiga, A. (1926) “Draft theses for the 3rd Congress of the Communist Party of Italy presented by the Left”, disponible en www.marxists.org

Boron, A. y Cuellar, O. (1983) “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 45, No. 4 (Oct. - Dec.), pp. 1143-1177

Brandist, C. (2015) *The dimensions of hegemony. Language, Culture and Politics in Revolutionary Russia*, Leiden, Brill.

Brown, M. y Erie, S. (1984) “Poder y administración: paradigmas alternativos para el análisis de la autonomía burocrática”, en Oszlak, O. (comp.), *Teoría de la burocracia estatal,* Buenos Aires, Paidós.

Buci-Glucksmann, C. (1978) *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, Madrid, Siglo XXI.

Buci-Glucksmann, C. (2022) “Sobre los problemas políticos de la transición: clase obrera y revolución pasiva”, en Modonesi, M. (Coord.) *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*, Barcelona, Bellaterra.

Burgio, A. (2014) *Gramsci. Il sistema in movimento*, Roma, Derive Approdi.

Burgos, R. (2004) *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Burgos, R. (2009a) “Sesenta años de presencia gramsciana en la cultura argentina. 1947-2007.”, ponencia presentada en el *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología y VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Burgos, R. (2009b) “Gramsci y la izquierda latinoamericana”, en *Revista da Faculdade de Serviço Social da Universidade do Estado do Rio de Janeiro*, N.º 22

Burnham P. (2013) "Hegemonía neo-gramsciana y el orden internacional" en Kan J. y Pascual R. (comps.) *Integrados (?) Debates sobre las relaciones internacionales y la integración regional latinoamericana*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Buttigieg, J. (1995) “Gramsci on Civil Society”, en boundary 22, vol. 22, Nº 3, Duke University Press, pp. 1-32.

Buttigieg, J. (2007) “Il dibattito sulla società civile”*,* en Vacca, Guiseppe y Giancarlo Schirru (coords.), *Studi gramsciani nel mondo 2000-2005*, il Mulino, Bologna.

Candioti, M. (2014) “Gramsci y la praxis como ‘actividad sensible’” en Pala, G., Firenze, A. y Mir Garcia, J. (eds) *Gramsci y la sociedad intercultural*, Barcelona, Montesino.

Candioti, M. (2015) “El Marx de Gentile. Retroceso de la filosofía de la praxis a la vieja ‘praxis’ de la filosofía”, en *Políticas de la Memoria*, N° 16, pp. 169-178.

Calderón, F. (1991) “Hegemonía y bloque histórico en Bolivia”, en *Nueva Sociedad*, N°115, pp. 157-163.

Caracciolo, A. (1957) *Sulla questione partito-consigli di fabbrica nel pensiero di Gramsci*, «Ragionamenti», II, 10-12, mag.-ott., pp. 224-231

Carlucci, A. (2013) *Gramsci and Languages. Unification, Diversity, Hegemony*, Leiden, Brill.

Caterina, D. (2021) “Gramsci in China: Past, Present, and Future of a Still Open Encounter”, en *Antipode*, Volumen N° 53 (5), pp. 1357-1376.

Cerroni, U. (1965) “Gramsci y la superación de la separación entre sociedad y estado” en AA.VV *Gramsci y el Marxismo*, Buenos Aires, Proteo.

Clarke, S. (1991) “Marxism, sociology and Poulantzas theory of the state”, en Clarke, S. (ed.): *The state debate*, Londres, MacMillan.

Colletti, L. (1977) “Gramsci e il Pci”, en *Mondoperaio* Nº 7

Concheiro, E. (2013) “Gramsci en América Latina”, en Modonesi, M. (coord.) *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Gramsci*, México, UNAM.

Córdova, A. (1991) “Gramsci y la izquierda mexicana”, en *Nueva Sociedad*, N°115, pp. 160-163.

Cortés, M. (2015) U*n nuevo marxismo para América Latina. Jose Aricó: traductor, editor, intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Cortés, M (2016) “El momento mexicano. Exilios, integración “involuntaria” y teoría política latinoamericana”, en Rinesi, E.; Smola, J; Cuello, C. y Ríos, L. (comps) *Hombres de una república libre Universidad, inclusión social e integración cultural en Latinoamérica*, Los Polvorines, UNGS.

Cospito, G. (2008) “Genesi e sviluppo del concetto di egemonia nei ‘Quaderni del carcere’”, en D'Orsi, A. (a cura di), *Egemonie*, Napoles, Dante & Descartes, pp. 187-207.

Cospito, G. (2011) “Verso l’edizione critica e Integrale dei Quaderni del carcere”, en *Studi Storici*, N° 52 (4), pp. 896-904.

Cospito, G. (2016a) “Egemonia/egemonico nei ‘Quaderni del carcere’ (e prima)”, en *International Gramsci Journal*, nº 2(1), pp. 49-88.

Cospito, G. (2016b) *El ritmo del pensamiento de Gramsci,* Buenos Aires, Continente.

Cospito, G. (2021*) Egemonia. De Omero ai Gender Studies*. Bologna. Il Mulino

Coutinho, C. N. (1980) *A democracia como valor universal: Notas sobre a questão democrática no Brasil*. São Paulo: Editora Ciências Humanas.

Coutinho, C.N. (1991) “Brasil y Gramsci: variadas lecturas de un pensamiento”, en *Nueva Sociedad*, N°115, pp. 104-113.

Coutinho, C. N. (2006) “El concepto de sociedad civil y la lucha ideológica en el Brasil de hoy”, en Kanoussi, D. (comp.) *Gramsci en América. II conferencia internacional de estudios gramscianos*, México, Plaza y Valdés.

Coutinho, C. N (2012) *Gramsci’s Political Thought*, Leiden, Brill.

Coutinho, C.N (2015) “Gramsci en Brasil”, en Cabezas, O.A (comp.) *Gramsci en las orillas*, Adrogué, Ediciones La Cebra.

Cox, R. (2016) “Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el método”, en *Relaciones Internacionales*, número 31.

Crespo, H. (2009) “En torno a Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983”, en Hilb, C. (comp.) *El político y el científico, ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Crezegut, A. (2015) “An imaginary Gramscism? Early French gramscism and the quest for a “Marxist humanism” (1947-1965)”, ponencia presentada en: *Past and Present. Philosophy, Politics, and History in the thought of Gramsci*, King's College, London, 18th of June.

Crezegut, A. (2016) “Althusser, étrange lecteur de Gramsci. Lire « Le marxisme n’est pas un historicisme»: 1965-2015”, en *Décalages*: Vol. 2: Iss. 1.

Croce, B. (1942) *Materialismo histórico y economía marxista*, Buenos Aires, Imán

Croce, B. (1950) *Historia de Europa en el siglo XIX*, Buenos Aires, Imán.

Croce, B. (1960) *La historia como hazaña de la libertad*, Buenos Aires, FCE.

D’Orsi, A. (1999) “Lo studente che non divenne "Dottore". Gramsci all'Università di Torino”, en *Studi Storici*, Anno 40, No. 1 (Jan. – Mar.), pp. 39-75.

D’Orsi, A. (2017) *Gramsci. Una nuova biografia*, Milan, Feltrinelli.

Dal Maso, J. (2016) *El marxismo de Gramsci. Notas de lectura sobre los Cuadernos de la cárcel*, Ediciones IPS, Buenos Aires.

Daniele, C. (comp.) (2005) *Togliatti editore di Gramsci*, Roma, Carocci.

Davidson, A. (1974a) “Gramsci and Lenin 1917-1922”, en *The Socialist Register,* N° 11, pp. 125-150

Davidson, A. (1974b) “Gramsci and the factory councils”, en *Australian Left Review,* Octubre.

Davidson, A. (2008) “The Uses and Abuses of Gramsci”, en *Thesis Eleven* N° 95, pp. 68–94

Davidson, A. (2018) *Antonio Gramsci*. *Towards an Intellectual Biography*, Chicago, Haymarket

De Federicis N. (2013), "Hegel in Italy (1922–1931): The Dispute on the Ethical State", en Herzog, L. (ed.) *Hegel's Thought in Europe. Currents, Crosscurrents and Undercurrents,* Londres, Palgrave MacMillan.

De Felice, F. (1977) "Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci", en Ferri, F. (ed.) *Politica e storia in Gramsci. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani, Firenze 9-11 dicembre 1977*, Roma, Riuniti.

De Giovanni, B. (1977) "Gramsci e l'elaborazione successiva del partito comunista", en De Giovani, B. et al. *Egemonia, Stato partito in Gramsci*, Roma, Riuniti.

De Giovanni, B. et al. (1977) *Egemonia, Stato partito in Gramsci*, Roma, Riuniti.

De Riz, L. y De Ipola, E. (1998) "Acerca de la hegemonía como producción histórica (apuntes para un debate sobre las alternativas políticas en América Latina", en Labastida Martín del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Del Roio, M. (2015) *The prism of Gramsci: the political formula of the united front*, Brill, Leiden.

Derrida, J. (1994) "Firma, acontecimiento, contexto", en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra.

Dotti, J. (1983) *Dialéctica y Derecho. El proyecto ético-político hegeliano*, Buenos Aires, Hachette.

Duso, G. (1998) "Historia conceptual como filosofía política", en Res publica N.º 1, pp. 35-71.

Faletto, E. (1991) "Qué pasó con Gramsci", en *Nueva Sociedad*, N° 115, pp. 90-97.

Fernández Buey, F. (2001) *Leyendo a Gramsci*, Madrid, El Viejo Topo.

Fernández Díaz, O. (1995) "In América Latina", en Hobsbawm, E.J., Buttigieg, J.A. and Santucci, A.A, *Gramsci in Europa e in America,* Bari, Laterza.

Ferri, F. (ed.) (1977) *Política e Storia in Gramsci*. *Atti del convegno internazionale di studi gramsciani Firenze, 9-11 dicembre 1977*, dos volúmenes, Roma, Riuniti.

Filippini, M. (2015) *Una política di massa. Antonio Gramsci e la rivoluzione della società*, Roma, Carocci.

Finelli, R. (2010) "Antonio Gramsci. La rifondazione di un marxismo 'senza corpo'", en Poggio, P. (ed.), *L'altronovecento. Comunismo eretico e pensiero critico, vol. I, L'età del comunismo sovietico. Europa 1900-1954*, Milan Fondazione Micheletti-Jaca Book, pp. 321-344.

Finelli, R. (2016) *A Failed Parricide: Hegel and the Young Marx*, Leiden, Brill.

Fiori, G. (2009) *Vida de Antonio Gramsci*, Buenos Aires, Peón Negro.

Fontana, B. (1993) *Hegemony and power: On the relationship between Gramsci and Machiavelli*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Forgacs, D. (1989) "Gramsci and Marxism in Britain", en *New Left Review* N°176, pp. 70–90.

Foucault, M. (2000) *¿Que es un autor?*, Buenos Aires, elSeminario

Francioni, G. (1984) *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei Quaderni del carcere*, Napoli, Bibliopolis.

Francioni, G. (1992) "Proposte per una nuova edizione dei *Quaderni dei carcere* (seconda stesura)" en *ig Informazioni* 2, pp. 85–186.

Francioni, G. (2016) "Un labirinto di carta (Introduzione alla filologia gramsciana)", en *International Gramsci Journal*, Nº 2 (1), pp. 7-48.

Freeland, A. (2014) "The Gramscian Turn: Readings from Brazil, Argentina, and Bolivia", en *A contra corriente, una revista de historia social y literatura de América Latina*, Vol. 11, N°2, pp. 278-301.

Frosini, F. (2003) *Gramsci e la filosofia. Saggio sui Quaderni del carcere*, Roma, Carocci.

Frosini, F. (2008) "Beyond the crisis of marxism: Gramsci's contested legacy", en Bidet, J. y Kouvelakis, S. *Critical companion to contemporary Marxism*, Amsterdam, Brill.

Frosini, F. (2009) "Gramsci dopo Laclau, politica, verità e le due contingenze", en Frosini, F. y Vinale, A. (a cura di) *Verità, ideologia e politica,* Napoles, Cronopio.

Frosini, F. (2010) *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*, Roma, Carocci.

Frosini, F. (2012) "Egemonia", trabajo presentado en *LUM La rivoluzione che viene, Concetti marxisti alla prova del presente*, Roma, 7 de diciembre.

Frosini, F. (2013a) "Hacia una teoría de la hegemonía", en Modonesi, M. (coord.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Gramsci,* México, UNAM.

Frosini, F. (2013b) "Luigi Russo e Georges Sorel: sulla genesi del «moderno Principe» nei «Quaderni del carcere» di Antonio Gramsci", en *Studi Storici*, N° 3/2013, luglio-settembre, pp. 545-590.

Frosini, F. (2015) "Hegémonie: Une aproche génetique", en *Actuel Marx 57*.

Frosini, F. (2016) "Surdeterminazione, egemonia e storia: il Gramsci "althusseriano" di Juan Carlos Portantiero ("Los usos de Gramsci"), en *Décalages*: Vol. 2: Iss. 1

Frosini, F. (2022) "Revolución pasiva y laboratorio político: apuntes sobre el análisis del fascismo en los Cuadernos de la Cárcel", en Modonesi, M. (Coord.) *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*, Barcelona, Bellaterra.

Frosini, F. y Liguori, G. (coords.) (2004) *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei Quaderni del carcere*, Roma, Carocci.

Gadamer, H.G (1999) *Verdad y método: volumen I*, Salamanca, Ediciones Sígueme

Gagliardi, A. (2016) "Tra rivoluzione e controrivoluzione. L'interpretazione gramsciana del fascismo", en *Laboratoire italien* [En ligne], 18.

Gago, V. (2012) *Controversia, una lengua en el exilio*, Buenos Aires, Editorial de la Biblioteca Nacional.

Gago, V. y Sztulwark, D. (2015) "El diablo metió la cola: itinerario de Gramsci en Pasado y Presente", en Cabezas, O.A (comp.) *Gramsci en las orillas*, Adrogué, Ediciones La Cebra.

Gajduk, V. (1999) “Gramsci in URSS e in Russia", en Vacca, G. (a cura di) *Gramsci e il novecento*, volumen secondo, Roma, Carocci.

Garaudy, R. (1957) “Introduction à l’oeuvre d’Antonio Gramsci”, en *La Nouvelle Critique*, n° 87-88, pp 97-107.

Garaudy, R. (1959) “Humanismo marxista. Cinco ensayos polémicos”, Buenos Aires, Horizonte.

Garaudy, R. (1971) “Révolution et bloc historique”, en *L'Homme et la société*, N° 21, pp. 169-177.

García Linera, A. (2015) “Gramsci en Bolivia. Del Estado aparente al Estado integral”, en Cabezas, O.A (comp.) *Gramsci en las orillas*, Adrogué, Ediciones La Cebra.

Garin, E. (1977) “Política y cultura en Gramsci”, en Fernández Buey, F. (ed.). *Actualidad del pensamiento de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo.

Garin, E. (1997) *Con Gramsci*, Riuniti, Roma.

Gerratana, V. (1977) “Stato, partito, strumenti e istituzioni dell’egemonia nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci”, en de Giovanni, B. et al*., Egemonia, Stato e partito in Gramsci,* Riuniti, Roma*.*

Gerratana, V. (1981) “Prefacio”, en Gramsci, A. *Cuadernos de la Cárcel*, México, Era.

Gerratana, V. (1997) *Gramsci. Problemi di metodo,* Roma, Riuniti.

Gerstenberger, H. (2007) Impersonal power: History and Theory of the Bourgeois State, Leiden, Brill.

Giasi, F. (2011) “Marx nella biblioteca di Gramsci”, en A. Di Bello (ed.), *Marx e Gramsci. Filologia, filosofia e politica allo specchio*, pp. 55-65, Nápoles, Liguori Editore,

Giasi, F. (2019) “La bolscevizzazione tradotta in <<linguaggio storico italiano>> (1923-1926)”, en Capuzzo, P. y Pons, S., *Gramsci nel movimento comunista internazionale*, Roma, Carocci.

Gill, S. (1993) *Gramsci, historical materialism and international relations*, Nueva York, Cambridge University Press.

González Casanova, P. (1998) “Los trabajadores y la lucha por la hegemonía en América Latina”, en Labastida Martín del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Gramsci, A. (1954) *L’Ordine Nuovo (1919-1920),* Turin, Einaudi.

Gramsci, A. (1966) *Socialismo e fascismo. L’Ordine Nuovo (1921-1922)*, Turin, Einaudi

Gramsci, A. (1971) *Le costruzione del Partito comunista (1923-1926)*, Turin, Einaudi.

Gramsci, A. (1980) *Cronache torinesi: 1913-1917*, a cura di S. Caprioglio, Torino, Einaudi.

Gramsci, A. (1981-2000) *Cuadernos de la cárcel*, 6 tomos, edición crítica a cargo de Valentino Gerratana, México, Era.

Gramsci, A. (1982) *La Città futura: 1917-1918*, a cura di Sergio Caprioglio, Turin Einaudi.

Gramsci, A. (1984) *Il nostro Marx: 1918-1919,* a cura di Sergio Caprioglio, Turin Einaudi.

Gramsci, A. (1991), *Escritos Políticos [1917-1933],* Buenos Aires, Siglo XXI.

Gramsci, A. (2009) *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gramsci, A. (2014) *Crónicas de Turín*, Buenos Aires, Gorla.

Gramsci, A. (2015a) *La ciudad futura,* Buenos Aires, Gorla.

Gramsci, A. (2015b) *Cartas desde la cárcel*, Buenos Aires, Losada.

Gramsci, A. (2016) *Il nostro Marx*, Buenos Aires, Gorla.

Grossberg, L. (2012) *Estudios culturales en tiempo futuro. Como es el trabajo intelectual que requiere el mundo hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gruppi, L. (1978) *El Concepto de hegemonía en Gramsci*, México, Ediciones Cultura Popular.

Gualtieri, R. (2007) "Le relazioni internazionali, Marx e la <<Filosofia della praxis>> in Gramsci", en *Studi Sotric*i n. º 4, pp. 1009-58.

Guha, Ranajit (1997) D*ominance without Hegemony: History and Power in Colonial India,* Cambridge, MA: Harvard University Press.

Guzzone, G. (2018) *Gramsci e la critica dell'economia politica. Dal dibattito sul liberismo al paradigma della "traducibilità"*, Roma, Viella.

Habermas, J. (1982) *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gill ediciones

Hall, S., (2010a) "El surgimiento de los estudios culturales y la crisis de las humanidades" en *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Envión.

Hall, S., (2010b). "Estudios culturales: dos paradigmas", en *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Envión.

Hall, S., (2010c). "El problema de la ideología: el marxismo sin garantías", en *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Envión.

Hall, S. (2010d) "La cultura, los medios de comunicación y el 'efecto ideológico'" en *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Envión.

Hall, S. (2010e) "La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad" en *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Envión.

Hall, S. (2017a) "Gramsci y nosotros", en *Intervenciones en estudios culturales*, N° 4, pp. 11-24

Hall, S. (2017b) *Estudios culturales 1983. Una historia teorética*, Buenos Aires, Paidós.

Hall, S. (2018) *El Largo Camino de la Renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda*, Madrid, Lengua de Trapo.

Harris, D. (1992) *From class struggle to the politics of pleasure. The effect of gramscianism on cultural studies*, London, Routledge.

Hegel, G.W. (1993) *Fundamentos de la filosofía del derecho*, Madrid, Libertarias/Prodhufi.

Herrera, A. (2009) "Hegemonía y contra-hegemonía. Ayer, hoy y mañana", en *Primer seminario Internacional Antonio Gramsci,* Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Hirsch J. (2017) “El aparato de estado y la reproducción social: elementos de una teoría del estado burgués”, en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado, Buenos Aires, Herramienta, 2017.

Hobsbawm, E.J., Buttigieg, J.A. and Santucci, A.A. (1995), *Gramsci in Europa e in America,* Bari, Laterza.

Hoggart, R. (2013) *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Holloway, J. (1994) “Se abre el abismo. Surgimiento y caída del keynesianismo”, en *Marxismo, Estado y Capital*, Buenos Aires, Tierra del Fuego

Holloway, J. y Picciotto, S. (2017): “Hacia una teoría materialista del Estado”, en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta.

Horkheimer, M. (2003) “Teoría tradicional y teoría crítica”, en *Teoría Crítica*, Buenos Aires, Amorrortu.

Ives, P. (2004), *Language and hegemony in Gramsci*, London, Pluto Press.

Izzo, F. (2009) *Democrazia e cosmopolitismo in Antonio Gramsci*, Roma, Carocci.

Jacobitti, E. (1975) “Labriola, Croce, and Italian Marxism (1895-1910)”, en Journal of the History of Ideas, Vol. 36, No. 2 (Apr. - Jun., 1975), pp. 297-318

Jacobitti, E. (1980) “Hegemony before Gramsci: The Case of Benedetto Croce”, en The Journal of Modern History, Vol. 52, No. 1 (Mar., 1980), pp. 66-84

Jay, M. (2003) “El enfoque textual de la historia intelectual”, en *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós.

Jay, M. (2011) “Historical Explanation and the Event: Reflections on the Limits of Contextualization”, en *New Literary History*, Volume 42, Number 4, pp. 557-571.

Jessop, B. (1985) *Nicos Poulantzas Marxist Theory and Political Strategy*, Londres, Macmillan.

Jessop, B. (1990) *State Theory. Putting capitalist states in its place*, Cambridge, Polity Press.

Kanoussi, D. (2007) *Los cuadernos filosóficos de Antonio Gramsci, de Bujarin a Maquiavelo*, México, Plaza y Valdés.

Kanoussi, D. y Mera, J. (1985) La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la Cárcel, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.

Kohan, N. (2004) “Hector P. Agosti, introductor de Gramsci en Argentina”, en *Le Monde Diplomatique*, 07/05/2004 .

Kohan, N. (2006) “Gramsci en Argentina”, en Kanoussi, D. (comp.) *Gramsci en América. II conferencia internacional de estudios gramscianos*, México, Plaza y Valdés.

Koselleck, R. (1993): “Historia conceptual e historia social”, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.

Koselleck, R. (2009) “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos”, en *Anthropos*, N° 223, pp. 92-105

Krätke, M. (2011) “Antonio Gramsci's Contribution to a Critical Economics”, en *Historical Materialism* N° 19.3, pp. 63-105

Labastida Martín del Campo, J. (coord.) (1998) *Hegemonía y alternativas políticas en América latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Labriola, A. (1945) *Del materialismo histórico*, Buenos Aires, Intermundo

Labriola, A. (1976) *Scritti filosofici e politici (I)*, Turín, Einaudi.

Laclau, E. (1998) “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, en Labastida Martín del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2004) *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Lechner, N. (1977) “La crisis del Estado en América Latina.”, en *Revista Mexicana de Sociología,* Vol. 39, No. 2.

Lechner, N. (2012) Obras I. Estado y Derecho, México, Fondo de Cultura Económica.

Lesgart, C. (2003) *Usos de la transición a la democracia: ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*, Rosario, Homo Sapiens.

Liguori, G. (1999) ‘Le edizione dei *Quaderni* de Gramsci tra filologia e politica, in Barata, G. y Liguori, G. (eds.) *Gramsci da un secolo all’altro*, Roma, Riuniti.

Liguori, G. (2012), *Gramsci conteso. Storia di un dibattito: 1922–2012*, Roma, Riuniti.

Liguori, G. (2013a) “Genesi e struttura dei Quaderni del carcere di Gramsci”, presentada en el *Laboratorio permanente di studi gramsciani dell’Unical*, Seminario del 8 de Octubre.

Liguori, G. (2013) “Los estudios gramscianos hoy”, en Modonesi, M. (coord.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Gramsci,* UNAM, México.

Liguori, G. (2016) *Gramsci’s pathways*, Chicago, Haymarket Books.

Liguori, G. (2021) “Gramsci e i consigli nel biennio rosso 1919-1920”, en *International Gramsci Society Archive*, disponible en http://igsarchive.org/article/gramsci-e-i-consigli-nel-biennio-rosso-1919-1920/

Liguori, G. y Voza, P. (a cura di) (2009) *Dizionario gramsciano. 1926-1937*, Roma, Carocci

Lisa, A. (1933) “Informe de la discusión política con Gramsci en la cárcel”, disponible en www.marxists.org

Lisa, A. (1973) *Memorie: In carcere con Gramsci*, Milan, Feltrinelli.

Lo Piparo, F. (1979) *Lingua, intellettuali, egemonia in Gramsci,* Bari, Laterza.

Losurdo, D. (1997a) *Antonio Gramsci dal liberalismo al comunismo critico*, Roma, Gambaretti.

Losurdo, D. (1997b) *Dai fratelli Spaventa a Gramsci. Per una storia politico-sociale della fortuna de Hegel in Italia*, Napoles, La città del sole.

Lovejoy, A. (1940) “Reflections on the History of Ideas”, en *Journal of the History of Ideas*, Vol. 1, Nº 1, pp. 3-23.

Lovejoy, A. (2001) *The Great Chain of Being: A Study of the History of an Idea.* Cambridge, Harvard University Press

Loyola Díaz, R. y Martínez Assad, C. (1998) "La hegemonía como ejercicio de dominación", en Labatista Martin del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Lukács, G. (2009) *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista,* Buenos Aires, Razón y Revolución.

Luporini, C. (1965) "La metodología del marxismo en el pensamiento de Gramsci", en AA.VV, *Gramsci y el Marxismo*, Buenos Aires, Proteo.

Macciocchi, M.A. (1987) *Gramsci y la revolución de occidente,* México, Siglo XXI.

Manduchi, P., Marchi, A. y Vacca, G. (2017) *Gramsci nel mondo arabo*, Bologna, Il Mulino.

Mangoni, L. (1987) "La genesi delle categorie storico-politiche nei Quaderni del carcere", en *Studi Storici*, N° 3, pp. 565-579.

Marx, K. (1969) "Tesis sobre Feuerbach", en Feuerbach, L., *La filosofía del Futuro,* Buenos Aires, Ediciones Calden.

Marx, K. (2002) *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Marx, K. (2003) *Sobre la cuestión Judía*, Buenos Aires, Prometeo.

Marx, K. (2005) *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*. Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Marx, K. (2010) *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

Marx, K. (2013) "Introducción general a la crítica de la economía política (1857)" en *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, pp. 281-313

Marx, K y Engels F. (2005) *La ideología alemana*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editores.

Massardo, J. (1999), "La recepción de Gramsci en América Latina: cuestiones de orden teórico y metodológico", en *International Gramsci Society Newsletter*, N.º9.

Massardo, J. (2001) *Gramsci en Chile,* Santiago, LOM Ediciones.

Massholder, A. (2011) "El pensamiento intelectual comunista en Argentina: Una relectura de Héctor P. Agosti y su introducción al pensamiento de Gramsci.", en https://digitalrepository.unm.edu/laii_research/52

Mazora, M. (2003) *La sociedad civil en Hegel: crítica y reconstrucción conceptual*, Buenos Aires, Del Signo.

McNally M. (2015) "Gramsci, the United Front Comintern and Democratic Strategy", en McNally M. (eds) *Antonio Gramsci. Critical Explorations in Contemporary Political Thought*. Palgrave Macmillan, Londres.

Mejía, R. (1987) "Gramsci en nuestro medio", en *Revista Foro*, N° 3.

Melino, M. (2016) "Note sul metodo di Stuart Hall. Althusser, Gramsci e la questione della razza", en *Décalages*: Vol 2: Iss. 1.

Modonesi, M. (2010) *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Buenos Aires, CLACSO-Prometeo.

Modonesi, M. (coord.) (2013) *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Gramsci,* México*,* UNAM.

Modonesi, M (Coord.). (2022) *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*, Barcelona, Bellaterra.

Monasta, A. (1985) *L'educazione tradita. Criteri per una diversa valutazione complessiva dei Quaderni di Antonio Gramsci*, Pisa, Giardini.

Morfino, V. (2016) "Althusser lettore di Gramsci", en *Décalages*: Vol. 2: Iss. 1.

Morton, A. (2007) *Unravelling Gramsci, Hegemony and Passive Revolution in the Global Political Economy*, Londres, Pluto University Press.

Mouffe, C. (1998) "Hegemonía, política e ideología", en Labatista Martin del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Mouffe, C y Showstack Sasson, A. (1977) "Gramsci in France and Italy a review of the literature", en *Economy and Society*, nº 6:1, pp. 31-38.

Natoli C. (2020) "Da Livorno a Lione, Gramsci e la costruzione del Partito comunista (1921-1926)", Francioni, G. y Giasi, F (a cura di) *Un nuovo Gramsci. Biografia, temi, interpretazioni*, Roma, Viella.

Negri, T. (2003) "John Maynard Keynes y la teoría capitalista del Estado en 1929", en *La Forma Estado,* Madrid, Akal.

Nun, J. (1966) "América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar", en *Desarrollo Económico,* N°6-22/23, pp. 355–415.

Nun, J. (1987) "Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 49, No. 2.

Nun, J. (2015) "Gramsci y el sentido común", en *El sentido común y la política. Escritos teóricos y prácticos,* Buenos Aires, FCE.

Ohara, K. y Matsuda, H. (2004) "Estudios sobre Gramsci en Japón: nuestros logros y problemas futuros", en Kanoussi, D. (comp.) (2004a) *Gramsci en Río de Janeiro*, México, Plaza y Valdés.

Oszlak, O. y O'Donnell G. (1984), "Estado y Políticas estatales en América Latina: Hacia una estrategia de inves gación", en Kliksberg Bernardo y Sulbrandt José (comps.) *Para investigar la Administración Pública*, Madrid, INAP.

Ortega Reyna, J. (2015) "Gramsci en México: tres momentos para una nueva gramática de la política", en Cabezas, O.A (comp.) *Gramsci en las orillas*, Adrogué, Ediciones La Cebra

Paggi, L. (1970) *Antonio Gramsci e il moderno principe*, Roma, Riuniti

Paggi, L. (1977) "Gramsci e l'egemonia dall' <<Ordine nuovo>> alla <<Questione meridionale>>", en de Giovanni, B. et al*., Egemonia, Stato e partito in Gramsci,* Riuniti, Roma.

Paggi, L. (1984a) "Giacobinismo e societâ di massa in Gramsci", en Salvador, M.L (comp.) *Il mondo contemporaneo. Il modello politico giacobino e la rivoluzione,* Firenze, Nuova Italia.

Paggi, L. (1984b) *Le strategie del potere in Gramsci,* E.R. Roma, 1984.

Paggi, L. (1991) "La teoría general del marxismo en Gramsci", en Gramsci, A., *Escritos Políticos [1917-1933],* Buenos Aires, Siglo XXI.

Palti, E. (2004). "De la Historia de 'Ideas' a la Historia de los 'Lenguajes Políticos'. Las escuelas recientes del análisis conceptual. El panorama latinoamericano", en *Anales*, Nos 7-8, pp. 63-81.

Palti, E. (2005) "Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N.º 9, pp. 19-34.

Paris, R. (1976) "Gramsci y la crisis teórica de 1923", en *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo.

Paris, R. (1979) "Gramsci en France", en *Revue française de science politique*, 29e année, nº 1, pp. 5-18.

Pashukanis, E. (1976) *Teoría general del derecho y marxismo*, Barcelona, Labor.

Petra, A. (2017) *Intelectuales y cultura comunista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Piva, A. (2009) "Hegemonía, lucha de clases y estado", en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* Buenos Aires, Prometeo, Nº 6, pp. 111-132,ISSN 1669-8487

Piva, A. (2017) "Clase y estratificación desde una perspectiva marxista. La clase como relación social objetiva.", en *Revista Conflicto Social*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani-UBA, vol. 10, nº 17, pp. 170-220, eISSN: 1852-2262.

Pocock, J. (2011) *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método.* Madrid, Akal

Portantiero, J.C (1964) "Un análisis "marxista" de la Argentina", en P*asado y Presente* N.º 5-6, abril-septiembre, pp. 82-86

Portantiero, J.C. (1973) "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", e*n Pasado y Presente*, nº1 (nueva serie), abril-junio, pp. 31-64.

Portantiero, J. C. (1977): "Economía y política en la crisis argentina", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 2.

Portantiero, J.C (1988) *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Portantiero, J.C (1998) "Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica", en Labastida Martín del Campo, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina. Seminario de Morelia*, México, Siglo XXI.

Portantiero, J.C. (1999) *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo.

Portelli, H (1974) "Jacobinisme et antijacobinisme de Gramsci", en *Dialectiques*, N° 4-5, pp. 29-34

Portelli, H. (2011) *Gramsci y el bloque histórico*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Poulantzas, N. (1972) *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI.

Poulantzas, N. (1974) *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI.

Poulantzas, N. (1976) *Las crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España*. México, Siglo XXI.

Poulantzas, N. (1980) *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI.

Poulantzas N. (1982) "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado" en *Hegemonía y Dominación en el Estado Moderno,* México, Ediciones Pasado y Presente.

Prestipino, G. (2012) "Il Marx di Gramsci e un Croce ritradotto", en *Testo & Senso*, N° 13

Ragionieri, E. (1976) "Gramsci y el debate teórico en el movimiento obrero internacional", en Fernández Buey, F. (ed.) *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo.

Rancière, J. (1975) *La lección de Althusser*, Buenos Aires, Galerna.

Rancière, J. (2010) "Las desventuras del pensamiento crítico", en *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial.

Rapone, L. (2011) "Gramsci giovane: la critica e le interpretazioni", en *Studi Storici* Anno 52, No. 4, (Ott- Dic), pp. 975-991.

Rapone, L. (2019) *El joven Gramsci. Cinco años que parecen siglos (1914-1919)*, Buenos Aires, Prohistoria.

Righi, M.L (2016) "L'Edizione nazionale degli scritti di Antonio Gramsci. Vecchi problemi e nuove acquisizioni: gli Scritti 1910-1926", en Laboratoire italien [En ligne]

Roberts, D. (2011) "Reconsidering Gramsci's interpretation of fascism", en J*ournal of Modern Italian Studies*, N° 16:2, pp. 239-255

Rocca, F. (2017) "The labour contract in Das Kapital: from simple illusions to necessary appearances", en *Historical Materialism Web,* disponible en *http://www.historicalmaterialism.org/blog/labour-contract-das-kapital-from-simple-illusions-to-necessary-appearances*

Rocca, F. (2018) "La modernidad democrática como límite a la historia contextual de las ideas políticas", en *Conceptos Históricos* N° 4 (5), pp. 14-46.

Rosanvallon, P. (2003) *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, FCE

Rosengarten, F. (2015) *The revolutionary marxism of Antonio Gramsci*, Chicago, Haymarket Books.

Sábato, E. (1947) "Epistolario de Gramsci", en *Realidad. Revista de ideas*, nº 6, Buenos Aires.

Sacristan, M. (1977) "La formación del marxismo de Gramsci", en Fernandez Buey, F. (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci,* Barcelona, Grijalbo.

Sacristan, M. (1998) *El orden y el tiempo*, Madrid, Editorial Trotta.

Salvadori, M. (1977) "Gramsci e il Pci: due concezioni dell'egemonia", en *Mondoperaio* Nº7.

Santofimio-Ortiz, R. (2018) "El pensamiento de Antonio Gramsci en América Latina y Colombia", en Virajes Revista de Antropología y Sociología: 20 (1), 177-196.

Schirru, G. (2008) "La categoria di egemonia e il pensiero linguistico di Antonio Gramsci", en D'Orsi, A. (a cura di) *Egemonie*, Napoles, Dante & Descartes.

Segatto, J.A (1988) "A presença de Gramsci na politica brasileira", en Aggio, A. (ed) *Gramsci. A vitalidade de um pensamento*, São Paolo, pp. 177-178.

Secco, L. (2002) *Gramsci e o Brasil. Recepção e difusão de suas idéias,* São Paulo, Cortez.

Sewell, W. (2021) *Capitalism and the Emergence of Civic Equality in Eighteenth-Century France*, Chicago, University of Chicago Press.

Sigal, S. (2002) *Intelectuales y poder en Argentina. La década del 60*, Buenos Aires, Siglo XXI

Silvestrini, F. (2012) "Dopo la trincea: Gramsci, "L'Ordine Nuovo" e la rivoluzione italiana", en *Etica & Politica / Ethics & Politics*, N° XIV (2), pp. 150-196

Silvestrini, F. (2017) "Gramsci e un bilancio (preventivo) dell'esperienza rivoluzionaria a Torino", en *International Gramsci Journal*, N°2(2), pp. 3-16.

Simionatto, I. (2004) G*ramsci. Sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social,* Florianópolis: Ed. da UFSC São Paulo: Cortez.

Skinner, Q. (1974) "Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action", en *Political Theory*, Vol. 2, Nº 3, pp. 277-303.

Skinner, Q. (2007) "Significado y comprensión en la historia de las ideas", en *Lenguaje, política e historia. Bernal,* UNQUI, 2007, pp. 109-164.

Sorel, G. (2016) *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza.

Spirano, P. (1967) *Storia del Partito comunista italiano, vol I: Da Bordiga a Gramsci*, Turin, Einaudi

Spirano, P. (1972) *Storia di Torino operaia e socialista. Da De Amicis a Gramsci, Turin*, Einaudi.

Starcenbaum, M. (2015) "Gramsci y Althusser en la experiencia de Pasado y Presente", en Cabezas, O.A (comp.) *Gramsci en las orillas*, Adrogué, Ediciones La Cebra.

Starcenbaum, M. (2016) "Althusser y Gramsci en Argentina: los "Cuadernos de Pasado Presente", en *Décalages* Vol. 2: Iss. 1.

Strauss, L. (2006) *La filosofía política de Hobbes: Su fundamento y su génesis*, Buenos Aires, FCE

Strauss, L. (2009) *La persecución y el arte de escribir*, Buenos Aires, Amorrortu.

Tamburano, G. (1965) "Gramsci y la hegemonía del proletariado", en AA.VV (1965), *Gramsci y el Marxismo*, Buenos Aires, Proteo.

Terán, O. (1993) *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, El cielo por asalto.

Texier, J. (1975) *Gramsci teórico de las superestructuras*, México, Ediciones de Cultura Popular.

Texier, J. (1976) *Gramsci*, Barcelona, Grijalbo.

Thomas, P. (2010), *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony, and Marxism*, Chicago, Haymarket Books.

Thomas, P. (2013) "Hegemony, passive revolution and the Modern Prince", *Thesis Eleven 117*, pp. 20-39.

Thomas, P. (2022) "Las revoluciones de Gramsci: pasiva y permanente", en Modonesi, M. (Coord.) *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*, Barcelona, Bellaterra.

Thompson, E. P (2012) *La Formación Clase Obrera Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing.

Thompson, E.P (2019*) Costumbres en común*, Madrid, Capitán Swing.

Thwaites Rey, M. (2007) "El estado 'ampliado' en el pensamiento gramsciano", en Thwaites Rey, M. (comp.), *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo.

Togliatti, P. (1965) "Gramsci y el Leninismo", en AA.VV, *Gramsci y el Marxismo*, Buenos Aires, Proteo.

Togliatti, P. (2013) *Scritti su Gramsci*, Roma, Rutini.

Tosel, A. (1995) "Gramsci in Francia", en Hobsbawm, E.J., Buttigieg, J.A. and Santucci, A.A. (eds.) *Gramsci in Europa e in America,* Roma, Laterza.

Tosel, A. (2008) "The crisis of marxism and the transformation of capitalism" en Bidet, J. y Kouvelakis, S. *Critical companion to contemporary Marxism*, Amsterdam, Brill.

Vacca, G. (1991) "Egemonia e politica-potenza. La filosofía della praxis come programa" en *Gramsci y Togliatti*, Roma, Riuniti.

Vacca, G. (1995) *Vida y pensamiento de Gramsci*, México, Plaza y Valdez.

Vacca, G. (1995a) "La interpretación de Gramsci en la segunda posguerra", en *Vida y pensamiento de Gramsci*, México, Plaza y Valdez.

Vacca, G. (1995b) "Togliatti editor de las "Cartas" y de los "Cuadernos de la Cárcel", en *Vida y pensamiento de Gramsci*, México, Plaza y Valdez.

Vacca, G. (2008) "*Dall'«egemonia del proletariato» alla «egemonia civile». Il concetto di egemonia negli scritti di Gramsci fra il 1926 e il 1935"*, en D'Orsi, A. (a cura di) *Egemonie*, Napoles, Dante & Descartes.

Vacca, G. (2016a) *Modernità alternative. Il novecento di Antonio Gramsci*, Roma, Einaudi.

Vacca, G. (2016b) "Dal materialismo storico alla filosofia della praxis", en *International Gramsci Journal,* N° *2(1*), pp. 359-378.

Volóshinov, V.N (2009): *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, Ediciones Godot

Von Braunmühl, C. (2017): "El análisis del Estado nacional burgués en el contexto del mercado mundial. Un intento por desarrollar una aproximación metodológica y teórica", en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta.

Voza, P. (2008) *Gramsci e la continua crisi*, Roma, Carocci.

Waiman, J. (2013a) "Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia", en *Revista Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*. Rosario: Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (CIESO), Nº8, eISSN: 1852-4702

Waiman, J. (2013b) "Dialéctica y ontología: repensando el antagonismo posmarxismo desde la teoría crítica", en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica,* Madrid, Centro de Ciencias Humanas y Sociales, vol. 5, p. 260-279. eISSN: 2172.9506

Waiman, J. (2015) "Itinerarios de la hegemonía gramsciana en la obra de Nicos Poulantzas", ponencia presentada en el XII Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad

Argentina de Análisis Político (SAAP) y la Universidad Nacional de Cuyo (UNCUYO), Mendoza, 12 al 15 de agosto.

Waiman, J. (2017) "¿Qué Marx(ismo) el del posmarxismo? Sobre la presencia de Marx en la obra de Ernesto Laclau", en Tonkonof, S. (comp.) *Teorías sociales clásicas, contemporáneas y emergentes.*

Waiman, J. (2021) "Reconsiderando las Consideraciones. Para una crítica a Perry Anderson y su marxismo occidental", en *Antagónica Revista De investigación Y crítica Social*, N° 2(3), pp 33-58 *ISSN 2718-613X*.

Williams, R. (2009) *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta.

Zavaleta Mercado, R. (1986) *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI.

Zavaleta Mercado, R. (2009a) "El estado en América Latina", en *La autodeterminación de las masas*, Bogotá, CLACSO.

Zavaleta Mercado, R. (2009b) "Cuatro conceptos de democracia", en *La autodeterminación de las masas*, Bogotá, CLACSO.

Anexo I: Textos precarcelarios que mencionan la palabra hegemonía

19/08/1916 *Contra il feudalismo económico. Perché il libero scambio non è popolare* (Cronache torinesi. 1913-1917, a cura di S. Caprioglio, Torino, Einaudi, 1980, p. 497)

08/07/1917 *Ancora i fratelli Chiarella* (Scritti (1910-1926), vol. 2, 1917, a cura di L. Rapone, con la collaborazione di M.L. Righi e il contributo di B. Garzarelli, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 2015, p. 364.)

10/05/1919 *L'Italia, le alleanze e le colonie* (, L'Ordine Nuovo. 1919-1920, p. 11)

18/97/1919 *Italiani e Cinesi* (L'Ordine Nuevo 1919-1920, pp. 262-264)

26/07/1919 *Per L'Internazionale Comunista* (L'Ordine Nuevo 1919-1920, p. 19-22)

11/02/1920 *Il potere in Italia* (A. Gramsci, L'Ordine Nuovo. 1919-1920, p. 76-79)

27/03/1920 *Il problema della forza* (L'Ordine Nuovo 1919-1920, p. 101-105)

5/06/1920 La relazione Tasca e il congreso camerale di Torino (L'Ordine Nuvo 1919-1920, pp. 127- 131)

14/08/1920 *La Russia, potenza mondiale* (L'Ordine Nuovo 1919-1920, p. 144-146)

5/04/1921 *La Disfatta* (Socialismo e fascismo 1921-1922, pp. 125-128)

8/04/1921 *Constituente* (Socialismo e fascismo 1921-1922, pp. 130-132)

29/01/1922 *Il Partito comunista e i sindacati (Risoluzione proposta dal comitato centrale per il II Congresso del Partito Comunista d'Italia)* (Con Angelo Tasca) (Socialismo e fascismo 1921-1922, pp. 499-518)

21/02/1924 *Il nostro indirizzo sindacale* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, p. 3-7)

03/1924 *Capo* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, pp. 12-16)

05/06/1924 *Dopo la conferenza di Como* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, Torino, Einaudi, 1971, p. 182)

12/06/1925 *Liquidatori di sinistra* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, pp. 220-223)

23/07/1925 *La situazione interna del nostro partito ed i compiti del prossimo congresso* (, La costruzione del partito comunista. 1923-1926, p. 62-69)

01/1926 *La situazione italiana e i compiti del PCI* (Tesis de Lyon) (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, pp. 488-513)

22/10/1926 *Il partito republicano* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, pp. 356-363)

26/10/1926 C*arta al comitato centrale del paritto comunista sovietico/Sulla situazione nel partito bolscevico* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, Torino, Einaudi, 1971, p.125-131)

26/10/1926 *Carta a Togliatti* (La costruzione del partito comunista. 1923-1926, pp. 134-137)

10/1926 *Note sul problema meridionale e sull'atteggiamento nei suoi confronti dei comunisti, dei socialisti e dei democratici // Alcuni temi della quistione meridionale*. (La costruzione del partito comunista. 1923-1926)

Anexo II: Menciones de la palabra hegemonía/hegemónico en los *Cuadernos de la Cárcel*

Cuaderno	Nº de menciones a "hegemonía"/"hegemónico"	Cantidad de Notas en las que aparece	Notas en las que aparece
1	32	8	<44> <46> <48> <61> <76> <116> <149> <151>
2	13	8	<16> <40> <41> <58> <97> <109> <125> <138>
3	10	7	<5> <42> <63> <76> <87> <90> <137>
4	23	5	<14> <38> <46> <49> <91>
5	11	9	<1> <8> <12> <55> <85> <89> <86> <126> <127>
6	34	22	<7> <10> <24> <38> <54> <60> <73> <74> <78> <81> <85> <87> <88> <89> <118> <126> <136> <137> <138> <155> <162> <168>
7	18	15	<9> <12> <17> <24> <25> <28> <33> <35> <71> <80> <83> <90> <99> <104>
8	34	18	<36> <37> <48>, <52> <72> <79> <86> <106> <112> <141> <169> <173> <185> <179> <191> <227> <233> <238>
9	15	7	<16> <68> <93> <99> <101> <124> <132>
10	25	12	<Sumario> <7> <9> <10> <12> <13>, segunda parte: <6> <7> <11> <12> <41> <44> <61>

11	12	7	<12> <13> <24> <27> <53> <65> <70>
12	4	1	<1>
13	44	14	<2> <5> <7> <13> <14> <15> <17> <18> <19> <23> <26> <32> <36> <37>
14	5	4	<23>, <56>, <68>, <74>
15	5	3	<5> <59> <61>
16	3	3	<7> <9> <11>
17	2	1	<9>
18	1	1	<3>
19	28	8	<1> <2> <3> <5> <20> <24> <26> <27>
20	2	1	<4>
21	1	1	<5>
22	2	1	<2>
23	1	1	<6>
24	0	0	-
25	4	2	<4>, <5>
26	0	0	-
27	0	0	-
28	0	0	-
29	2	2	<2>, <3>
TOTAL	332	161	

Cuadro de elaboración propia realizado a partir de la lectura y recopilación de datos de la edición de los *Cuadernos de la Cárcel* editada por Valentino Gerratana en 1975, en su edición en español (Ediciones Era), traducción de Ana María Palos y revisada por José Luis Gonzales.

***